

Juan Rodríguez Doreste

**Memorias
de un hijo
del siglo**



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
N.º Documento 15919
N.º Copia 95146

MEMORIAS DE UN HIJO DEL SIGLO

© Juan Rodríguez Doreste

© Caja Insular de Ahorros de Canarias

Las Palmas de Gran Canaria - 1988

Impreso en España

Printed in Spain

Depósito Legal: M. 14944-1988

I.S.B.N.: 84-7580-548-5

Artes Gráficas Clavileño, S. A. Pantoja, 20. Teléf. 415 25 46. 28002 Madrid

JUAN RODRIGUEZ DORESTE

MEMORIAS DE UN HIJO
DEL SIGLO

CAJA INSULAR DE AHORROS DE CANARIAS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

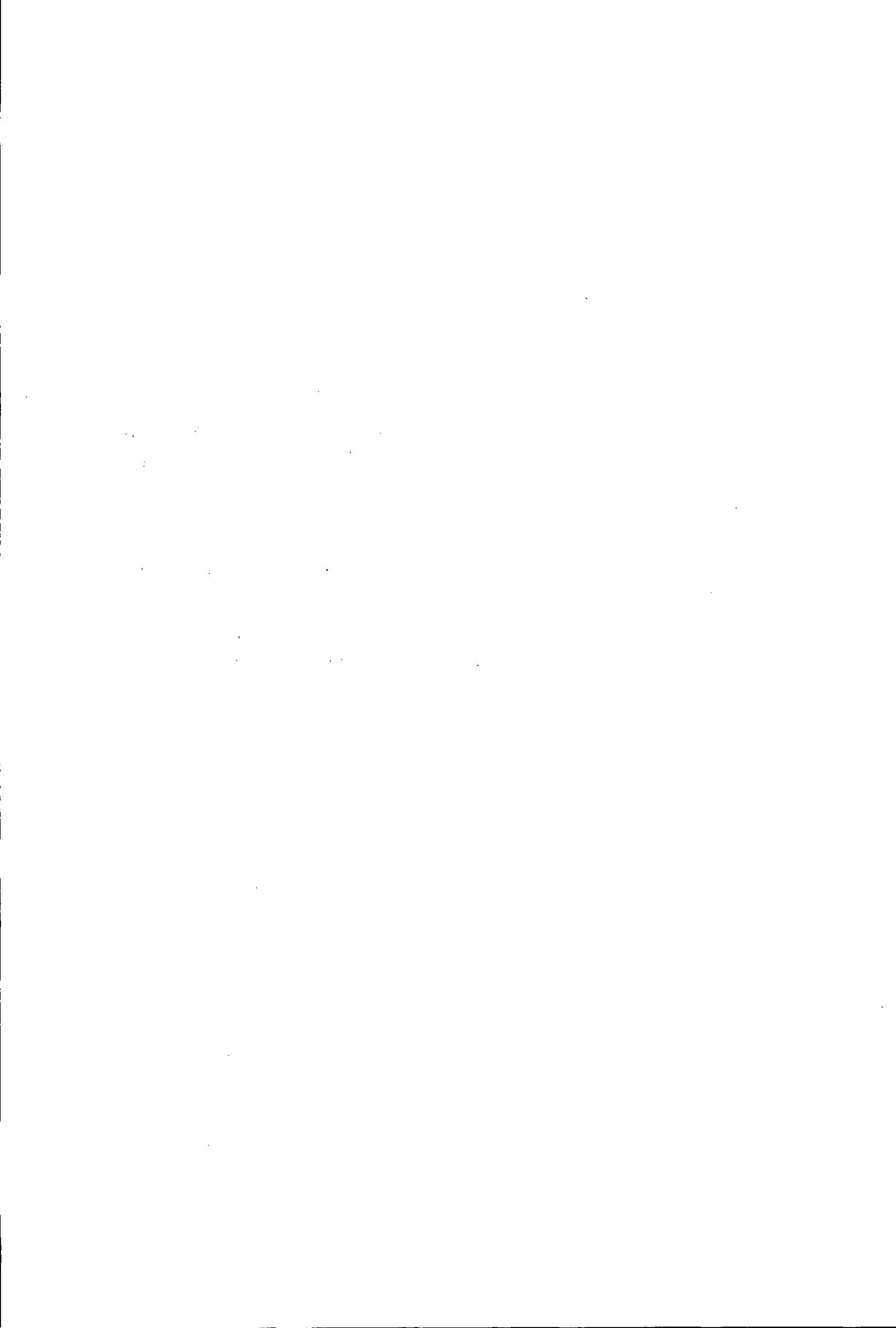
1988

A mi esposa, Mercedes, cuya solicitud y ternura han sido dulce y firme báculo en el largo camino.

A mis nietos María Mercedes, Juan Carlos, Margarita y Sonia, en los que ahora veo arder la llama que perdí.

A mi nuera Margarita, cuyo cariño filial tanto alivia mi llaga en el costado.

A Juan Francisco García González, sin cuyo amistoso aliento decisivo estas memorias no se hubieran escrito.



¡Oh dulces prendas por mí mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía
y con ella en mi muerte conjuradas.

Garcilaso de la Vega: «Sonetos»

Si cuentas los años, el tiempo te parecerá corto:
si ponderas los eventos, te parecerá un siglo.

Plinio el Joven: «Epístolas»

¿No habrá un rincón olvidado
en la memoria del tiempo?

Pedro Lezcano: «Romance del tiempo»

Grave isla mía, sonora
en su albor crepuscular,
nido de otrora,
brinco de mar en aurora;
quisiera que mi cantar
te pudiera trasladar
más allá de noche y día,
más allá de cielo y mar,
¡seno de melancolía
que no se puede agotar!

Pedro Perdomo Acedo: en «El País»



I

PROLOGO CON HISTORIAS

Muchas incitaciones he recibido para escribir mis memorias. En verdad todo cuanto yo he escrito en mi ya larga vida es, en cierto modo, un gajo o un segmento, una fracción o un capítulo de mi biografía. Mis numerosos artículos consagrados a la glosa o a la exaltación póstuma de un amigo desaparecido, gran parte de mis libros, han llevado siempre, encapsulados en su decurso o en su narración, aspectos y episodios más o menos reveladores que yo había vivido cercanamente, con lo que se convertían de modo parejo en sucesos o hechos autobiográficos. Mis muchísimos trabajos de crítica artística, mis propias conferencias, sembradas al doble azar de temas y lugares, han sido siempre reflexiones y juicios sobre eventos, historias o historietas que encerraban casi siempre una experiencia vivida, o absorbida y asimilada, a través de la directa contemplación o de la lectura reposada. También leer es vivir, y vivir en múltiples ocasiones con la misma ansiedad que ante muchos sucesos vistos o sufridos. A mí, como a todo buen lector, me han enriquecido tanto como mis avatares personales mis excursiones librescas. No podría discernir lo que debo a escritores tales como Cervantes, Galdós, Víctor Hugo, Tolstoi, Balzac, Shakespeare, Dickens, Wells, Dostoievsky, Flaubert, Julio Verne, Edmundo de Amicis, etc., etc., que tan tempranamente conocí, y, en otro orden de saberes, a los filósofos alemanes, a Gracián, a Renan, a Descartes, a Montaigne y a los moralistas franceses, a Ortega, a Unamuno, etc., citando sólo nombres cimeros. No podría sopesar con certeza si les debo más a todos ellos que al trato y comercio de los hombres, a los años de prisión, a los muchos viajes, a mis afanes y trabajos y hasta a mis amores y amoríos. Los encuentros y lances de la vida cotidiana es evidente que me han dado un conocimiento de la condición humana, de la rica variedad de la condición humana, sin duda muy

parejo al que haya podido proporcionarme la frecuentación amorosa, casi viciosa, de los libros. La lectura, ese vicio impune, que escribió André Maurois. Pero, a la postre, este sustrato vital que nos queda en la memoria, esa caja mágica que a modo de secreto calidoscopio guarda tantas imágenes de vivaz evocación, no podrá uno nunca decir en qué parte está formado por vivencias tangibles, nutridas en la diaria vigilia, o por residuos sedimentados de buenas lecturas. Cuando no por incrustaciones oníricas, pues es bien sabido que un sueño repetido y repetido puede a la larga confundirse con la huella de una auténtica vivencia desvelada.

Este género literario de las Memorias, que tan buena tradición tiene en otros países europeos —recordemos que en Inglaterra ya se inicia en el siglo XVII, con los famosos nombres de John Evelyn y Samuel Pepys, la serie de Diarios, tan numerosos en aquel país, como en Francia ilustran el género memorial autores clásicos, como el Duque de Saint Simon, Madame de Sévigné, Chateaubriand, etc., etc., y en tiempos más modernos, Julián Green, François Mauriac, André Malraux y otros, entre ellos Jean Paul Sartre, cuyo único libro biográfico, *Les Mots*, es el más hermoso libro de memorias que he leído en mi vida— no cuenta en rigor en la literatura española con muchos representantes, al frente de ellos la pintoresca *Vida* del salmantino don Diego Torres de Villarroel, y si no se estiman como tales los varios memoriales dirigidos a los reyes y a las Cortes por conocidos personajes que todavía son fecunda fuente de noticias históricas. El género tiene también unas fronteras ambiguas, indecisas. Alguien ha escrito que un *buen diario es un diálogo del autor consigo mismo*. Si la carga de subjetivismo, de azaroso egocentrismo, no es excesiva y la narración se abre a una crónica del fluido vivir cotidiano en el ámbito del escritor, puede alcanzarse la perfección del modelo. Por otra parte, grandes y famosísimos novelistas sólo han escrito en rigor memorias noveladas. Dos nombres me vienen a las mientes: Marcel Proust y James Joyce. Los libros del primero son una crónica con análisis espectroscópicos de las gentes y las cosas de su tiempo bajo nombres enmascarados, y los del segundo, algo semejante, con una mayor dosis de subjetividad lírica, que alcanza a la propia esencia de las palabras. Sin ninguna duda, Heródoto debe de ser el más viejo memorialista de la historia de nuestra especie, pues contó especialmente sus viajes por el orbe incógnito de su época.

En estas islas, a pesar de su relativa juventud histórica y la parvedad, también relativa, de su producción literaria, tenemos unas pocas pero muy interesantes muestras de cultivadores de esta forma de narrar. No estará de más, la ocasión la pintan calva, dice el refrán,

glosar de paso la obra de estos antecesores a cuya venerable sombra me acojo, pues no sólo justifico mi empresa, sino contribuyo a dar a conocer unas creaciones que son fiel reflejo de lo que Unamuno llamara la *intrahistoria*, esa madeja de hilos de sutil apariencia que van llenando, con los otros cabos gruesos, las tramas y urdimbres de la historia. El Diario más antiguo creo que es el de Antonio Romero Viberó, abogado de la Real Chancillería, continuado por su hijo Antonio Romero Ceballos, que va desde 1772 a 1779, en sus primeros cuadernos, y desde 1760 a 1814, en la continuación, que abarca, además de un viaje a *España y otras partes*, una breve descripción de *las ciudades, islas, villas, lugares, puertos, montes, ríos, cumbres y valles del tránsito*, y en la que se incluye la de su patria, Caracas. Las islas son, naturalmente, las Canarias. El manuscrito lo conserva el Museo Canario, cuya revista publicó la parte segunda en su número de 1904-1905. Otra obra, también realmente amena, la forman los *Quadernos de apuntes curiosos* de don Antonio Betancourt, comerciante de Las Palmas de Gran Canaria, establecido en la vieja calle de la Peregrina, y que comprende anotaciones que lo mismo registran el movimiento de los géneros de su almacén y la entrada y salida de buques en la bahía, que los «cólicos miserere» y los partos de los vecinos y vecinas del barrio. Un extracto de los cinco cuadernos, que igualmente guarda nuestro Museo, fue publicado y comentado de su encargo por el historiador Agustín Millares Cubas en el año 1931.

Contemporáneo de los legajos de Romero Ceballos, pues abarcan desde 1760 a 1790, son los de Lope Antonio de la Guerra y Peña, regidor perpetuo de la isla de Tenerife, redactados bajo el título *Memorias: Tenerife en la segunda mitad del siglo XVIII*. El Museo Canario hizo una edición en cuatro tomos, prologada y cuidada por don Simón Benítez Padilla, a quien tanto debemos los canarios, y yo de modo particular, pues fue mi maestro e iniciador en varias disciplinas científicas que ensancharon notablemente el cuadro de mis curiosidades espirituales. Las memorias son las de un fiel gacetero de La Laguna, que se lamenta de la decadencia de su ciudad, ve cómo va igualándola Santa Cruz, y con minucioso detalle nos refiere las llegadas y salidas de personajes —lejano antecedente del bello libro de viajeros de Domingo Pérez Minik—, otros múltiples y pequeños episodios y también sus humanidades, su amor por Virgilio y Ovidio, sin olvidar las dolencias de la época que él sufre, viruelas, sarampión, paperas, sarnas, etcétera. Por su fino aire clásico transcribo de la obra los versos finales del epitafio dedicado al famoso don Cristóbal del Hoyo Solórzano, Marqués de la Villa de San Andrés y Vizconde de Buen Paso, en el que se resume la agitada existencia, que se prolongó ochenta y cinco

años, de aquel famoso personaje dieciochesco, uno de los más inquietos y ruidosos de nuestra historia. Dicen así:

«Encomiéndalo a Dios, tú, pasajero,
que al sepulcro también vas caminando
y sabes que vivir ocho u ochenta
lo mismo viene a ser, tarde o temprano.»

En la isla disponemos de otro memorialista bien conocido, el médico y fundador del Museo, don Domingo José Navarro, autor de un librito divulgado últimamente en una edición del Cabildo Insular de Gran Canaria en el año 1791, fechado originalmente en 1895, y que se titula con amplia explicación: *Recuerdos de un noventón. Memorias de lo que fue Las Palmas de Gran Canaria a principios de siglo y de los usos y costumbres de sus habitantes*. Las 176 páginas del volumen son de sabrosa y entretenida lectura, y nos revelan lo que fue la ciudad a comienzos del siglo XIX, bien distinta ya de la de los inicios del siglo XX que me propongo evocar. Acaba con esto la nómina de nuestros memorialistas, si no tenemos en cuenta que las *Crónicas de la ciudad y la noche*, que con varios seudónimos publicó el poeta Rafael Romero, «Alonso Quesada» —ahora recogidas en la edición de la Obra Completa del autor que ha realizado Lázaro Santana bajo los auspicios económicos del Gobierno de Canarias y el Cabildo de nuestra isla—, y que contiene notas desde 1919 a 1922, son en el fondo vivencias y memorias de un sensible escritor que comenta y acentúa, con lírica ironía, perfiles, tipos, rasgos, usos y tics del colectivo anónimo de nuestra ciudad, aunque cada crónica tenga un supuesto nominado protagonista, lo que las equipara a certeras pinceladas esclarecedoras de gran parte de esos signos existenciales que también forman parte de la historia.

A pesar de que unas memorias, como antes expresé, corren siempre el riesgo de ser en exceso autobiográficas, es decir, de caer en pecado de narcisismo, siempre odioso, sin contar su inevitable contaminación subjetiva, porque, como escribió José Bergamín, *nosotros hemos nacido sujetos y no objetos*, y siempre vemos las cosas a través de nuestro propio cristal, hay dos razones concurrentes que al final me fuerzan a escribirlas: la época y el lugar en que se inserta la existencia del memorialista y su excepcional lúcida longevidad. Me explicaré. Nuestra ciudad, aunque comenzara a crecer y desarrollarse a partir de la histórica fecha inaugural de su Puerto de Refugio, y, antes, de su puerto franco, cuando en rigor cimenta sus estructuras urbanas, se derrama sobre la anchurosa terraza marinera que hoy ha colmado, fórmula balbuceante y afirma luego los rasgos de su personalidad his-

tórica, física y espiritual, ha sido en los primeros cincuenta o sesenta años de este siglo, y, de modo esencial, en los años que van desde las vísperas de la primera guerra mundial del 14 al 18 hasta el lento final del último conflicto que conturbó al planeta. La historia de esos años, pues, y la paralela intrahistoria, es importantísima fracción de los anales de una ciudad joven, pues quinientos años a nivel europeo no confieren verdadera antigüedad. Por otro lado, tanto la vida como la historia de nuestros cuatro primeros siglos es harto apacible y monótona en su curso doméstico, interior, y también en su proyección externa sólo tiene pocos y ya bien conocidos incidentes. Esta acotada historia, esta parcela de nuestra intrahistoria, que es el fragmento más vivaz e influyente de nuestra historia total, no creo que tenga ahora en nuestra ciudad, dicho sea sin inmodesta jactancia, porque el hecho es providencial y ajeno a mi humana voluntad, un espectador que pueda narrarla en las condiciones de ancha perspectiva y cercano testimonio que yo poseo. Espero que la cosa quede clara y no se piense que me atribuyo un arrogante papel en esta plausible tarea. Creo que si las fuerzas no me faltan y Dios no me niega su ayuda, rebuscando en el fondo de mi memoria, coordinando los recuerdos con buen método y eligiendo con ponderado juicio los episodios, podré dar en un relato sincopado, en cuadros sueltos sin verdadera secuencia cronológica y con autonomía narrativa, una visión interesante de nuestra existencia en estas décadas tan decisivas, repito, en la cristalización de nuestra identidad ciudadana. Como es natural, no voy a escribir una historia, sino tan sólo unas memorias, con la ganga añadida de algún que otro lance personal que en mi estimación juzgue emotivo y original, gracioso o divertido, o que, por su contexto histórico general, valga la pena rememorar. En estos últimos años he tenido ocasión de leer tres ejemplares de memorias: *La alameda perdida*, de Rafael Alberti; *Confieso que he vivido*, de Pablo Neruda, y *Mi último suspiro*, de Luis Buñuel, tres genios de la creación artística, que son, años más, años menos, de mi misma generación. Salvando mi enorme distancia de esas altas cumbres, me atrevo a poner esos tres deliciosos libros —que tanta luz arrojan sobre hombres y sucesos de su tiempo— como una especie de ideal platónico al que quisiera acercarme con mis más modestos medios y en un reducido ámbito insular, con las indispensables interpolaciones que conviniere. La empresa es ciertamente arriesgada, porque ahora se convierte, además, en una apuesta contra el tiempo. Pero bien merece mi ardor y mi arrojo esta ciudad, y esta isla mía, *cuna redonda que el mar mece*, como cantara un gran poeta insular, en las que he puesto siempre tanto amor y tanta ilusión.

No debo ocultar, repito, el riesgo de que el equilibrio de que antes hablé, en ese binomio autobiografía-historia vivida, pueda gravitar en exceso sobre el primer término. Las memorias son siempre una autobiografía, y las autobiografías han sido calificadas por el profesor Castilla del Pino, eminente siquiátra y publicista, como un autoengaño, porque no son absolutamente sinceras. Según el razonamiento de Castilla, en toda autobiografía el sujeto de la misma, convertido en objeto en el clásico juego del que se mira en el espejo, se autocensura, más o menos inconscientemente, ya que en el fondo se propone dar la imagen que él tiene de sí mismo, que suele ser distinta de la que de uno tienen los demás. En ese proceso de la escritura el autor elimina los rasgos que considera desfavorables y acentúa los que cree que más le favorecen. Pero eso mismo ocurre en la vida ordinaria con la estampa física que uno quiere y se propone dar externamente. A mí, por ejemplo, me ha gustado siempre, a más de ir pulcro y limpio, bien rasurado, completar mi atuendo con una bella corbata y con un traje bien cortado, mostrando en lo posible maneras corteses y afables. Eso forma parte de lo que, siguiendo a tratadistas alemanes, se llama *la cultura estética*: promover en torno de uno mismo y poniendo en juego su propia persona, un ámbito grato y lo más ameno posible, un orbe estético en la justa medida de nuestra particular proyección.

Me atrevo, pues, a redactar mis memorias, mi autobiografía, o como queramos llamarla. Lo hago además con la ilusión de que algún día sean publicadas, para poder trabar con el lector ese diálogo mudo, esa romanza sin palabras que siempre vibra silenciosa en derredor de cualquier obra del espíritu. Toda obra de creación artística se propone siempre, en primer término, suscitar ese diálogo, abrir ese círculo dialéctico y mágico que va de la obra al lector y del lector a la obra. En este caso concreto y para que nuestro coloquio sea útil y placentero, yo trataré de poner mi mejor arte, y confío, amigo lector, en que tú me prestes tu mejor benevolencia.

II

LAS PRIMERAS DECADAS DE NUESTRO SIGLO

Quien recorra las calles de la Vegueta actual, el viejo barrio embrión secular de nuestra ciudad, y lo visite, como se hace hoy generalmente, con mirada y juicio de turista, por sensible que sea a su encanto añoso y pintoresco, no puede hacerse una verdadera idea de lo que fue aquel rincón en los tiempos de mi infancia y mi primera adolescencia. La paulatina decadencia física de sus edificios ha corrido parejas con la atonía y parálisis que hoy lo han convertido, de ser un órgano vivo, una víscera vital de la ciudad, en un segmento anémico, parcialmente desangrado, más semejante a una pieza de museo que a un sector céntrico inserto en el cuerpo vivo de la población. No olvidemos que Vegueta fue desde el nacimiento de la ciudad su centro cordial, el espacio donde se fraguaba totalmente su vida oficial, su mejor vida social y también parte importante de su vida económica. Albergaba la Casa Regental, la Catedral y el Palacio Episcopal, la Casa de los antiguos Cabildos de la isla, convertida después en nuestro Ayuntamiento hasta fecha cercana, la vieja y la nueva Audiencia al amparo de la Iglesia matriz, la de San Agustín, que fue de la Veracruz, los dos primeros domicilios del nuevo Cabildo de la isla, en la calle de los Balcones, primero, en la de Luis Millares, después, justamente en la misma mansión del ilustre escritor y cirujano que hoy da nombre a la vía; el viejo Hospital de San Martín, la primera Delegación del Gobierno en la calle de Obispo Codina, el Seminario y el Museo Canario, el venerable Colegio de don Diego Mesa o de San Agustín, la primera dulcería en el Toril, hoy Juan de Quesada, amén de las residencias señoriales de las familias patricias de la isla, que en aquellos años de mi testificación personal eran todavía poderosas e influyentes.

Un economista francés, del equipo del Presidente Mitterand, ha escrito que la civilización industrial, el capitalismo industrial, que comenzó hacia 1880, ha conocido ya dos diferenciadas etapas, que él

llama la de la autonomía del desplazamiento y la de la autonomía de servicio. La primera la crea el factor de la distancia, que desplaza de la urbe a la fábrica, que aleja el lugar del trabajo, y su producto representativo es el automóvil; la segunda nace como obra de la necesidad y exigencia por parte de la sociedad de mejores servicios, y las muestras más indicativas son los productos electrodomésticos, desde la lavadora a la televisión, con los miles de chismes eléctricos o electrónicos que todos hemos visto proliferar. A esta etapa habrá de seguir la de la autonomía de la seguridad, para luchar contra la enfermedad y la inestabilidad del empleo. Si desde hace ya bastantes años hemos vivido bajo el signo dominante del automóvil, la época ciudadana que va desde fines del siglo pasado hasta mediada la tercera década del actual, puede colocarse bajo el signo de la tartana, aunque el auto hubiera hecho ya en la isla su irrupción imperial. Durante los años en que fue nuestro único medio de transporte interior, los tartaneros de la ciudad eran como verdaderos personajes, ya que la posesión de un coche y un caballo, por esquelético que fuera, connotaba cierto privilegio en una población donde durante bastantes años no hubo más coche notorio que la calesa del Conde. Después algunos médicos trajeron sus vehículos poco a poco y recuerdo vagamente el tálburi de don Vicente Ruano, uno de los primeros terapeutas de la isla —también político activo— con clientela popular. Las tartanas fueron aumentando también lentamente: en el año 1856 había en la ciudad una sola tartana. Los tartaneros, además, no fueron nunca tantos como para convertirse en una grey numerosa, una corporación gremial con sus estatutos y sus muchos líos, como hoy son los taxistas, por lo que no cayeron por ello en el anonimato genérico. Recuerdo con particular cariño a Pepe Garrote, y siento no conocer su verdadero nombre, el tartanero que nos llevaba y nos traía todos los años a la playa de San Cristóbal, donde mi familia paterna, la de mi tío Jacinto Doreste, con dos ramas de los Peñates, pasamos bastantes veranos, por lo menos hasta que yo tuve dieciocho años. El veraneo, que no era todavía muy habitual, por no ser atributo laboral generalizado como lo ha sido con las vacaciones pagadas, tenía en la ciudad tres lugares de cercana concentración familiar: Tafira, Las Canteras y San Cristóbal, con su prolongación de La Laja. Pepe Garrote, además, le hacía servicios de transportista de paquetes a la tienda de los Peñates, donde trabajó mi padre, y de ahí vino nuestro conocimiento. Este aspecto de transporte de paquetería también estuvo generalizado entre los del gremio. Antoñito, el tartanero, como único superviviente, subsistió transportando medicinas, películas, periódicos y revistas, hasta bastantes años después de desaparecer sus restantes congéneres. De éstos, casi ninguno pasó a taxista, como los barberos pasaban a practican-

tes. De la personalidad de estos personajes nos ilustra esta frase que tomo de las memorias de don Julián Cirilo Moreno, de quien ya hablaré en otro lugar. Don Cirilo escribió:

Cuando en mis lecturas encuentro una frase en francés, me las arreglo; si es en latín, la consulto con mi vecino el párroco de San Francisco; y si es en inglés, salgo a la calle y le pregunto al primer tartanero que me encuentro.

Este papel de precursores del guía moderno lo han vuelto a desempeñar esos tartaneros que hoy han desempolvado unas pocas tartanas como atracción típica para turistas despistados.

Otra curiosa supervivencia fue la tartana que utilizaba el primer Corredor de Comercio de la ciudad, don Francisco Inglott Artiles. El auriga era un tipo medio bizco, que llevaba a su rocín a un trote tan moderado que le permitía a don Francisco subir y bajar en marcha, casi sin parar. Juan Cambreleng Mesa, en cierto modo heredero de Inglott, utilizó también mucho la misma tartana.

En una ciudad cuyo transporte público tenía a la tartana de un solo caballo como símbolo representativo, la vida entera había forzosamente de llevar la misma lentitud, el mismo ritmo pausado, testigo apacible del lento fluir de las horas. Había comenzado ya a diseñarse esa particular estructura de la población que nos ha llevado siempre a los nativos a distinguir entre la Ciudad y el Puerto. La ciudad llegaba hasta la linde del *Camino Nuevo*, hoy calle de Bravo Murillo; comenzaba allí un barrio disgregado, de límites indecisos, hasta los grandes arenales, y a partir de las dunas daban principio los caseríos del Puerto, sobre sus dos iniciales células genéticas: Santa Catalina, también llamado el Refugio, por el nombre oficial original del Puerto, y la Isleta incipiente. Todo lo que cayera más allá de *Fuera de la Portada*, que tal fue el nombre primitivo del sector extravasado, era ya el Puerto: se nacía en el Puerto, se vivía en el Puerto y el Puerto era invocado incluso por los santacruceros como prueba física cuando, para demostrarnos que su capital era mayor que la nuestra, nos decían que aquí había dos distintas ciudades: Las Palmas y el Puerto. Por fortuna, los portuenses no tuvieron nunca veleidades separatistas, porque si no, a estas horas, tendríamos dos ciudades hermanas siamesas, como Buda y Pest, San Pablo y Minneápolis, y otros muchos ejemplos mundiales, a cuya consagración municipal, amparados en el privilegio de su capitalidad, hubiesen contribuido gustosamente los chicharreros.

El nuevo Puerto de Refugio comenzó a construirse en 1883 y se terminó, con sus sesenta hectáreas de zona abrigada, en 1902, es decir, dos años antes de mi nacimiento. Desde sus comienzos se convirtió en el pulmón de la isla. Por allí nos vino durante muchos años todo lo

bueno que nos nutrió y reconfortó, como también todo lo malo, tal las epidemias gripales y las drogas modernas, pero siempre, por fortuna, fue bastante más lo bueno que lo malo. Pero en uno y otro lado de la ciudad, que yo conocí ya comunicados por la carretera que tantos años tardó en construirse, con sus tres sucesivos tranvías o trenes, los usos y costumbres de los ciudadanos fueron durante larga etapa los mismos que nos había legado el siglo anterior. Por cierto que la carretera era tan polvorienta, como todas las de la isla, que el *guardapolvos*, una especie de bata o blusón blanco largo, era de uso obligado. Yo alcancé a ver a mi padre, a mis tíos y amigos enfundados como los muebles de las salas en los veranos. La ciudad crecía, hasta la irrupción demográfica posterior a la guerra civil, a razón de unos mil, luego mil quinientos, habitantes por año. Así, cuando en 1886 nació Rafael Romero Quesada, *Alonso Quesada*, cuyo nombre figura con letras de oro en nuestra historia moderna, se contaban unas 37 mil almas. Cuando yo lo hice, o me hicieron, dieciocho años más tarde, ya éramos 50 mil palmenses. Al escribir estas líneas rebasan los 380 mil. Por muchos esfuerzos que haga, ya me cuesta trabajo identificar en mi recuerdo a los abuelos de tantos habitantes, cosa que logré durante una larga etapa anterior. También es verdad que desde los años cincuenta casi la mitad de los abuelos de los ciudadanos de hoy ya no son oriundos de la isla.

El pronto crecimiento del caserío urbano en torno a la bahía de la Luz, fruto del sostenido auge del Puerto de Refugio, como igualmente el nacimiento espontáneo, diseminado, de numerosas casucas en el contorno de las grandes dunas fósiles, pequeño remedo del cercano Sahara, que luego se nuclearían en el gran barrio actual de Arenales, exigieron, primero, como ineludible comunicación entre las dos separadas porciones de la ciudad, la construcción de la carretera, tan accidentada y fraccionada como lo fue la del mismo puerto, y después la instalación del primer tranvía, que se inauguró el 1 de octubre de 1890. Fue iniciativa de los hermanos Luis y Juan Antúnez, que obtuvieron la concesión inicial, después traspasada al Banco de Castilla a través de la sociedad «Tranvías de Las Palmas», adquirida finalmente por el Ayuntamiento. Don Luis Antúnez hizo carrera política y fue, entre otras cosas, Gobernador civil de Barcelona por los años en que regentó la Alcaldía de aquella ciudad el famoso Rius Taulat, organizador de la primera gran exposición internacional de 1888 y autor del ensanche propulsor del moderno progreso urbano de la gran ciudad catalana. Don Luis tiene su calle, mercedamente ganada, en el barrio de Arenales. El tranvía tuvo al principio tracción por vapor y no se convirtió en eléctrico sino mucho después, en 1910, casi a los veinte años de su inauguración. Yo sólo recuerdo el tranvía

ya electrificado, aunque más tarde, en los tiempos de escasez de la postguerra, volviera al uso del vapor, con su popular nombre de *La Pepa*, tras un período de larga suspensión. Aquel viejo tranvía sufría frecuentes cortes de corriente, y por ello bruscos parones, que daban lugar a muchos jocosos comentarios. El viaje al Puerto en el tranvía era poco menos que una atrevida aventura. Una tarde, entre dos luces, dos compadres del Risco entraron a tomar unas copas en una tasca del Mercado, punto de arranque de las vías. Preguntado qué vinos tenía, el bodeguero les explicó que de dos clases: uno corriente, más barato, y otro especial. Los amigos eligieron el corriente, y copa tras copa acabaron con sus buenas chispas. A uno de ellos, estimulado por el alcohol, se le ocurrió proponer que tomaran el tranvía y se dieran un paseo al Puerto, que significaba siempre, como ya expliqué, una tentadora excursión. Así lo hicieron, pero al cabo de un rato, arrullados por el traqueteo regular de los vagones, los dos compadres se quedaron profundamente dormidos. Unos minutos más tarde surge un inesperado apagón de los habituales, el convoy se detiene bruscamente, los hombres se despiertan con el reflechón, y en la cerrada oscuridad que se produce, oyen decir al cobrador:

—Señores, nos quedamos sin corriente.

—Pues si no queda del corriente, sírvanos del especial —ordenó uno de ellos sin pensárselo mucho.

Los tranvías de mi tiempo llevaban unos coches provistos de estribos para subir y bajar a todo lo largo y que eran un poco elevados. Uno de nuestros alardes de hombría se cifraba en bajarse con el coche en marcha, dejándonos caer hacia atrás, una actitud que siempre tenía algo de arrogante desafío. Como las faldas de las señoras en muchos años no subieron más allá de los tobillos, el que se mostraran unas buenas pantorrillas era un espectáculo inusual, poco menos que el colmo de la más incitadora exhibición. Recuerdo que siendo ya unos *galletones* nos apostábamos en las paradas para ver bajar o subir, y contemplar diez o doce centímetros de sus buenas piernas, a Fulanita o a Menganita, que tenían fama de poseer en ese aspecto los mejores atributos de la ciudad. *¡Oh tempora, oh mores!*

El entramado de nuestra vida ciudadana tuvo ya, desde principios de siglo, dos centros focales: la calle de Triana, para el comercio en general, cada vez más fortalecido, y el Puerto de la Luz, que esparcía sus almacenes a lo largo de la costa, aunque el núcleo cerebral se emplazara en torno al muelle de Santa Catalina. Vegueta era el barrio de solera, mayormente residencial, pero donde se cumplían igualmente todas las gestiones de la vida administrativa y oficial y donde siempre acababan las múltiples manifestaciones populares, que en aquellos años provocaban de modo principal los accidentados episodios de la

división de la provincia. Recuerdo con especial nitidez, sobre todo, una muy nutrida a la que asistí con varios curiosos camaradas. La Delegación del Gobierno, como expliqué, estaba situada a mitad de la calle del Obispo Codina, justamente esquinera al callejón de San Marcial. Esto debió ocurrir hacia el año 1920, siendo Alcalde de la ciudad, no recuerdo si interino, Emilio Valle y Gracia, futuro Secretario del Cabildo Insular, y también futuro recluso conmigo en los campos de concentración de la Isleta y Gando. El Alcalde, que iba al frente de la manifestación, provocada por uno de los tantos tiquismiquis que iban surgiendo en el largo curso del pleito insular, se asomó luego al balcón a informar y arengar a las masas. Pronunció al final una bella frase, que oía por primera vez en mi vida, por lo que recuerdo especialmente el episodio, y que yo mismo he repetido luego en algunas ocasiones:

—¡Ciudadanos! No debemos cejar en nuestra lucha, y recordad siempre lo que escribió un gran poeta alemán: *Ladran en el camino, señal de que cabalgamos*.

No he podido comprobar todavía si la frase en efecto es de Goethe, como me explicó Emilio muchos años después cuando le recordaba el suceso.

Desde entonces y desde siempre, aunque los productos del campo fueran los que primero hicieran conocer exteriormente a nuestro Archipiélago —sus vinos y sus azúcares desde Carlos V, la barrilla después, la cochinilla a mediados del siglo XIX, los plátanos y los tomates, que tomaron el relevo del arruinado insecto tintóreo, y los variados cultivos de hoy, frutos, flores y hortalizas—, el comercio ha sido en todo momento el eje central, el polo atrayente y sustentador de nuestra vida económica, bajo una u otra forma de las que se agrupan en ese complejo ocupacional que los economistas llaman el sector terciario. El comercio, es decir, los canarios que lo ejercían también necesariamente hubieron de adaptarse a esa especie de hemistiquio, dicho con palabras poéticas, a esa segmentación que asumió pronto la organización estructural de la ciudad: los comercios de Las Palmas y los comercios del Puerto.

El comercio canario empezó realmente en Triana. Aunque allí, en su vega, que era entonces feraz, algunas familias hidalgas levantaron pronto soberbias mansiones, fue el primer lugar de asiento del pequeño comercio, de los pescadores y de los mareantes, que con las servidumbres constituían la población menestral.

Los pequeños comerciantes fueron fortaleciendo sus negocios, y ya, a principios de siglo, y hasta muy avanzada la centuria, existieron en la calle Mayor y en algunas de sus afluentes, prósperos establecimientos, muy populares en la época, pocos de los cuales, sin embargo, han

llegado hasta nuestros días. Recuerdo, en rápido vislumbre que me excusa de cualquier omisión, las tiendas de la Viuda de Lozano, de don Manuel Campos Padrón, de don Narciso Cabrera, el Bazar Alemán, la joyería de Pflüger con su reloj, hito callejero del barrio, la Relojería Alemana, la casa Toby, Eduardo Azofra, las primeras tiendas indias, Metharan y Chanray, los almacenes de Miller y la tienda de los hermanos Rivero Domínguez, las primeras zapaterías, «La Bola de Oro», la sombrerería «El Aguila», con su abultada insignia en cartón piedra, la de don Juan Sánchez de la Coba, en la esquina de Matula, mi sombrerero —con excepción de algún chapeo comprado en Londres— de cámara hasta que se extinguió, con gran desconsuelo de sus devotos, este vistoso hábito viril; las casas de banca y comercio de don Juan Rodríguez Quegles, el Banco British, como era conocido, con su popular y entrañable Mr. Lenton, don Arturo, que a pesar de haber pasado aquí la mayor parte de su vida y ser canaria su esposa y todos sus hijos, hasta el final siguió confundiendo los géneros de las palabras, etc. En las calles aledañas y en la plazuela de la Democracia se abría la banca de don Nicolás Dehesa, que absorbió el Hispano, la casa Bosch y Sintés, armadores y comerciantes, el almacén de abonos y ultramarinos de don Francisco Caballero, las oficinas de la City, la compañía que explotaba el servicio de agua, y más allá surgieron pronto la fábrica de chocolates de don Cástor Gómez, la primera fábrica de cerveza, «La Salud», que no recuerdo si siguió o precedió a la de «La Tropical», del polifacético don José Bosch y Sintés; «La Mallorquina», famosa dulcería de don Bartolomé Juan, tan ligada a la celebración de los carnavales, etc., etc. A propósito de los nombres de las dos viejas fábricas del brebaje alemán —¡no tan brebaje!— («La Tropical» es hoy una gran industria), corre desde aquellos tiempos un gracioso chiste que nos muestra la afición, heredada de los andaluces, que siempre han tenido los canarios por el retruécano, por el juego de palabras, que a pesar de ser muy conocida, quiero transcribir.

Una ciudadana, angustiada por el cotidiano empacho de cerveza con que su hijo regresaba a casa todas las noches, le advirtió un día quejosamente:

—¡Ay!, hijo mío, si sigues así, vas a terminar con «la salud»...

—No se preocupe, madre, que luego sigo con «La Tropical»...

Un recuerdo trianero que me tintinea es el de la gran tienda de comestibles en la esquina de Buenos Aires, que hoy ocupa una firma india de nombradía nacional, que muchos años poseyó don Juan Bautista Martín de la Fe, con su abundancia de géneros y sus cinco puertas. Allí obtuvo su primer empleo en la ciudad Néstor Alamo, como oficinista, y desde aquellas fechas data nuestra entrañable amistad. A título de curiosidad explico al lector que hace pocas fechas, en uno

de los registros y acomodados que, por mor de mis vagancias domiciliarias, han sufrido mis libros y mis papeles, econtré al azar una factura de la compra mensual, que era el hábito de las buenas amas de casa, fechada en junio de 1933, cuando hacía apenas dos meses que me había casado. La nota incluye todos los artículos de nuestra culinaria, desde el azúcar al arroz, los cereales, las latas de conserva, sardinas, etcétera, salchichón italiano, chocolates y galletas inglesas y varias botellas de vino, y su importe es de ¡125 pesetas! Con veinticinco duros al mes comía, y comía bien, un matrimonio canario hace cincuenta y cuatro años. Para bien valorar, diré que mi sueldo, buen sueldo, en la Junta de Carreteras, era de quinientas pesetas mensuales, seis mil al año.

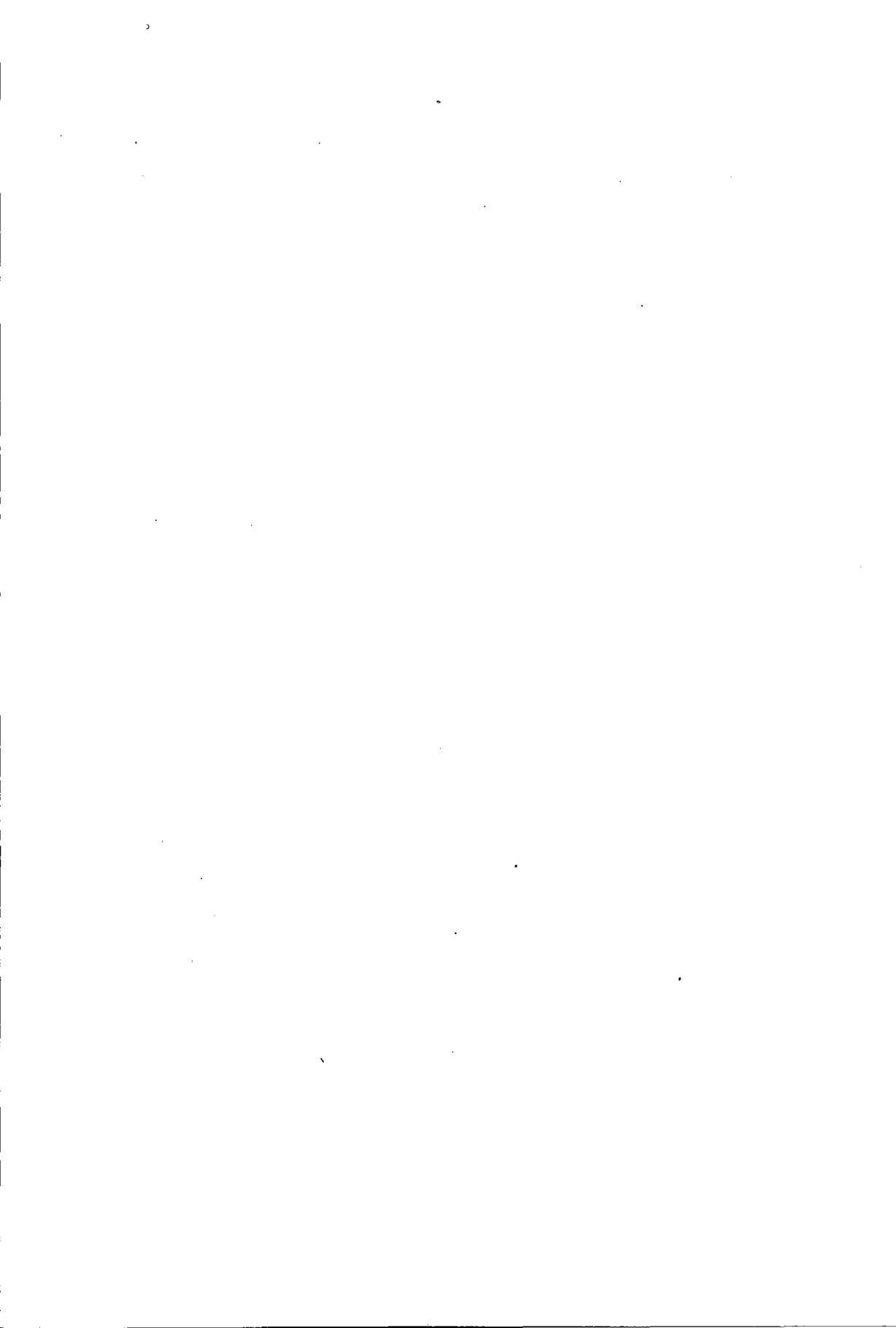
En el puerto, bajo el imperio de su vida marítima, se abrieron los grandes almacenes de las compañías carboneras —Elder, Miller, Yeoward, Woermann, etc.—, bajo diferentes nombres, los primeros talleres metalúrgicos, las tiendas de proveedores de buques, Díaz Casanova, González Torres, etc., los bazares especializados, los consignatarios Bordes, Martinón, Staib, Miguel Curbelo, Transmediterránea, y también las primeras agencias de viaje, precursoras de su gran expansión actual. Y la primera gran funeraria, la de Parrilla, con sus coches de emplumados corceles, etc., etc.

El primer establecimiento enciclopédico de nuestra ciudad, por llamar de algún modo a esas grandes tiendas en que se vende de todo, fue el de los Peñates, cuya entrada principal estaba en la Bajada de San Pedro, aunque también había acceso por Triana. En ella tuvo mi padre, Manuel Rodríguez Torres, su primero y único empleo, pues cuando empezaron a crecerle los hijos y se le aumentó la demanda, se liberó y se hizo comisionista. Los dependientes de Comercio formaron el primer gremio profesional de la ciudad, después de los obreros portuarios del carbón, y el Centro de Dependientes, que así llamamos al local social, que presidió un querido amigo, Miguel Alfonso Carrillo, ya desaparecido, emplazado en la calle de Constantino, fue germen fecundo de sindicalismo y cultura ciudadanas. La tienda de los Peñates gozaba de verdadero prestigio insular, secreto orgullo de los palmenses por sus dimensiones y por el ancho espectro de los productos que expendía. Se justifica así el expresivo comentario que hizo uno de los pocos canarios que por aquellas calendas viajaban a la Península, viaje largo y costoso que sólo realizaban gentes más o menos afortunadas. El hombre pasó unos días en Barcelona, y llegó haciéndose lenguas de las maravillas de la ciudad condal. Una de las cosas que más le sedujeron fueron los grandes almacenes de «El Siglo», hoy desaparecidos, situados cerca de la plaza de Cataluña. El canario glosaba de esta manera aquel episodio de su visita:

—Y luego, la plaza de Cataluña, lo menos veinte veces más grande que la plaza de Santa Ana... Y los almacenes del Siglo, ¡caray!; mira tú, los almacenes del Siglo, ¡me cago en los Peñates!

Poco a poco, en el lento discurrir de los años, se le fueron fijando a la ciudad, en los flancos montañosos de Vegueta y en la estribación trianera paralela al mar, sus barrios bajos, que aquí son los más altos, San José, San Roque, San Nicolás, San Lázaro, San Francisco... Allí, como en todo el resto de la urbe, proliferó ese género de tiendecillas que entonces llamábamos *de aceite y vinagre*, bastantes de las cuales han sido germen de buenos negocios posteriores, aunque la mayoría hayan ido desapareciendo por la fuerza del progreso comercial. Fueron durante muchos años otro de los rasgos distintivos de la menuda vida ciudadana, que se sumaban al creciente número de pequeños talleres de carpintería y de mecánica, estos últimos avanzadilla prometedora de los innumerables de reparación de coches, pintura y chapa, cuya legalización, con sus inevitables secuelas de denuncias, cierres, conflictos, reaperturas, etc., me procuró en mi etapa de Alcalde no pocos quebraderos de cabeza.

Aquellas excrecencias arquitectónicas, como un acné juvenil en la cara de un adolescente, no sólo le brotaron a la ciudad en los terrenos de sus espaldas periféricas, sino en el mismo recinto de sus barrios viejos. Las Palmas tardó mucho tiempo en tener lo que hoy llamamos un Plan de Ordenación Urbana. El primero fue obra del Arquitecto don Laureano Arroyo, padre de Tomás Arroyo Cardoso, Interventor del Cabildo, amigo inolvidable que formando pareja con Bernardino Correa Viera, aprovechaban los días festivos para recorrer a pie hasta los más recónditos rincones de la isla. Yo les acompañé una vez para atravesar cauce arriba *pedibus andando* todo el barranco de la Aldea de San Nicolás, cuando aún no llegaba al pueblo la arriscada carretera. Tomás, que era poeta a ratos, nos recitaba de sobremesa, o de sobrecopas, una retumbante «Oda al Nublo», cuyas consonantes sonaban como redoble de tambores. El explicaba con mucha gracia que el suyo a la isla era un amor peripatético, porque, como las clases de Aristóteles, se demostraba andando. El Plan de don Laureano tuvo muy poca suerte, y, como los otros que le siguieron, fue repetidamente vulnerado. En éstos descuidos iniciales y en la pasividad omisa o culpable de tantos ediles, con la aprovechada complicidad de algún arquitecto municipal, está el germen incubador de ese disparatado urbanismo, de ese crecimiento apresurado de la ciudad sin norma ni ley, que es la verdadera causa de los tantos males que en este aspecto vital acongojan a la población y han venido desvelando de continuo a cuantos hemos alcanzado el honor, pero también la desventura, de tener que regirla.



III

FIESTAS QUE PERECEN Y FIESTAS QUE PERMANECEN

Las fiestas populares, dándole al concepto una ancha acepción que abarque desde las estrictamente religiosas a las meramente laicas o seculares, con tal que tengan tradición y adhesión populares, son siempre rasgos definidores de la vida de los pueblos, una de sus varias señales de identidad. Y no solamente porque las fiestas populares procuren ocasión y lugar de encuentros, de amistosa convivencia y de compartido regocijo a los vecinos, sino porque llenan uno de los episodios o estadios en la evolución de la especie y de la condición humanas. En ese dilatadísimo proceso multiseccular, el hombre, cuando supo emplear sus manos, en la aprehensión de frutos, en la caza y en la pesca, finalmente en la agricultura, pasó por la etapa de *homo habilis*; al crecer y mejorar su capacidad craneana, cerebral, alcanzando una relativa estabilización, lo llamaron los naturalistas *homo sapiens*, hombre sabio, que hoy se completa, cuando se han descubierto las infinitas posibilidades de nuestra mente, con otro adjetivo parigual: *homo sapiens sapiens*, hombre sapientísimo. Pero, paralelamente, el hombre tuvo que trabajar, recibió la famosa condena bíblica por haber gustado del fruto prohibido, y el ser humano fue *homo faber*, el hombre obrero o artesano, el hombre que trabaja. Mas el trabajo exige y requiere descanso, ocio, y el ocio lo llena el hombre con el juego o la diversión. El hombre cumple, pues, esta última exigencia de su naturaleza y pasa a ser *homo ludens*, el hombre que juega y se divierte. Todo este requilorio lo hago no sólo para justificar el papel que le atribuyo a los festejos populares como una de las más brillantes facetas del poliedro de su personalidad, de su identidad, sino también para hacerme comprender, aunque tardíamente, trayendo un poco por los pelos unos modestos latinajos, de aquellos conciudadanos que cuando yo purgaba mi Alcaldía, purgar por Purgatorio, me reprochaban concederle demasiado importancia a la promoción

de fiestas populares, siendo tan notorias las faltas y escaseces de la ciudad en tantas cosas indispensables.

En los años de mi infancia la ciudad tenía cuatro celebraciones grandes, que conmovían, interna y externamente, a todas sus gentes: las Navidades y los Reyes, que eran el paquete de Pascuas, los Carnavales, la Semana Santa y el Corpus. Estas eran las fiestas grandes, con sus características peculiares, algunas de las cuales han desaparecido. En Navidades, por ejemplo, todos los ciudadanos grandes y pequeños desfílamos por los *nacimientos*, los clásicos belenes de la tradición católica, que aquí tenían unos conspicuos representantes: fueron famosos el de don Alfonso Morales, el de don Rafael Bello, primer profesor titulado de dibujo que tuvo la ciudad, y el de don José Rodríguez Iglesias, conocido comerciante, uno de los creadores y animadores de «Los Doce», el primer grupo teatral de verdadera solvencia artística que nació en la isla. En el puerto se admiró por largos años el de don Bartolomé Apolinario, médico fundador del Hospital para marineros, llamado «de San José». La tradición se ha mantenido gracias al que, a partir del Alcalde Ramírez Bethencourt, viene haciendo todos los años en el parque de San Telmo el gran artista aruquense Santiago Santana. Hoy hasta la festividad de los Reyes se ha desvalorizado con el esnobismo del árbol de Noël, importación nórdica que ha prendido profusamente entre ciertas capas de nuestra sociedad de consumo.

Los Carnavales, recuperados nuevamente para solaz y diversión de todos, sin distinción de clases, después del largo eclipse en que los sumió la dictadura franquista, tuvieron grande y tradicional arraigo en nuestra ciudad, al menos desde mediados del siglo XIX. Mi tío materno Bernardo Doreste, hermano de mi madre, solterón, sastre hasta que pudo vivir de sus rentas, me refería de niño muchos episodios del Carnaval de su tiempo. Hasta Camilo Saint-Saëns, el famoso músico francés, hacía coincidir con los días del Carnaval algunas de sus conocidas estancias en la isla. Guardo un retrato suyo dedicado y fechado en 1899, que dice así: «Al más sastre de mis amigos y al más amigo de mis sastres, D. Bernardo Doreste González, sinceramente, Camilo Saint-Saëns». El carnaval de entonces era principalmente carnaval de máscaras de sábanas y de a pie, salvo en la batalla de bolas de confetis que se desarrollaba siempre en la tarde del martes, a todo lo largo de la calle de Triana. Las gentes entraban y salían libremente de las casas, donde eran obsequiadas entre bromas en falsete, se bailaba en el Casino, en el Mercantil, en el Club Náutico, en las sociedades de los barrios, en la dulcería de don Bartolo Juan de Triana, y los alardes de costosos trajes se reservaban a los chiquillos de los bailes infantiles. Había, incluso, efímeras aventuras amorosas del Carnaval,

urdidas al amparo del anonimato del disfraz, algunas renovadas año por año con curiosa y fiel regularidad.

A propósito de nuestros carnavales, no resisto el deseo de transcribir un párrafo de una de las deliciosas «Crónicas de la ciudad» de Rafael Romero a las que aludí antes en el prólogo. El cronista comenta así el Carnaval de aquel año, creo recordar que fue el de 1920:

Más parecía la ciudad en estos carnavales el patio de un manicomio, una casa de salud, llena de degenerados que padecieran una igual manía. Un cantar idiota que desde Pascuas nos venía amenazando con la relajación de su ritmo fue todo el Carnaval. Desde el señoritismo de pantalones de odalisca hasta el último jayán, se pasaron los tres días cantando ese cielito repugnante, con una crueldad de infierno.

Se refiere, claro es, al hasta hoy muy conocido «Cielito lindo» que ni un solo isleño, en alguna que otra ocasión, ha dejado de cantar. El escritor, de ordinario melancólico, y con frecuencia malhumorado, acaba así su diagnóstico:

Decididamente, este pueblo es estúpido.

Conservo un inolvidable recuerdo de los últimos carnavales populares anteriores al pronunciamiento militar. Los llamo populares, como han vuelto a serlo, y en ello puse gran empeño como Alcalde, porque ni un solo ciudadano, casi ni un solo isleño, dejaba de vestirse de máscara o de coger su tranca filarmónica. Los últimos comenzaron el domingo 23 de febrero de 1936, y en la mañana del mismo día se celebraba en la Audiencia el escrutinio general de las últimas elecciones a diputados de la II República, en las que triunfó aquí el Frente Popular de partidos de izquierda. Yo era Presidente de la Comisión Electoral y tenía que recoger las credenciales. Con ellas fresquitas en un bolsillo interior de mi chaqueta, cogí a mediodía, con un grupo de amigos, una tartana. Todavía circulaban en abundancia. En ella, algunos de nosotros con los pies por fuera de la portezuela, que era signo externo de la juerga, celebrando la fiesta y la victoria, recorrimos durante la tarde y toda la noche calles y barrios, incorporados a la cantadora y ronífera turbamulta en que la ciudad se convertía. Cuando volví a mi casa, avanzada la mañana siguiente, mi mujer tuvo que planchar con cuidado las credenciales de los cuatro diputados para restituirles en parte su integridad.

Entre los viejos fastos, hoy casi desaparecidos o reducidos enormemente, contó durante largo período la celebración de la Semana Santa, que aquí se llamaba «La Semana Mayor». En mi libro sobre Domingo Doreste, «Fray Lesco», el gran escritor canario, maestro de mi generación, comenté el relieve especial que hasta hace relativamente pocos años tuvieron esas solemnidades. La procesión del Paso, del

Miércoles Santo, las procesiones del Viernes Santo, eran, como la del «Corpus Christi», grato pretexto para que los chiquillos luciéramos nuestros preciosos trajes de marineros con cuello abierto, y las damas y damiselas estrenaran las mejores galas del año. Las tres parroquias que organizaban las procesiones —San Agustín, Santo Domingo y San Francisco, aparte la del Cristo de Luján Pérez de la Catedral— rivalizaban en la presentación y adorno de los tronos, cuya conducción tenía tradicionalmente atribuida algún miembro de las familias patricias o ricas de la ciudad. Un año de aquéllos, dos compadres del Risco de San Nicolás veían desfilar desde la Alameda de Colón la procesión de San Francisco. Uno observó, de pronto, que aparecía un trono con una imagen que no conocía y se lo hizo ver así a su acompañante:

—¡Ah! Sí —dijo aquél—. Este es un San Juan de Telde, que este año ha fichado por San Francisco.

Una tradición, que con tanto decoro y arraigo siguen manteniendo otras ciudades españolas, que ha ido contrayéndose y reduciéndose a una mínima expresión. Aduzco con particular emoción una de las bellas crónicas que «Fray Lesco» le consagrara:

La Semana Santa adviene y acaba siempre entre nosotros con idénticos sentimientos. La esperamos con ansia, la gozamos con complacencia, la despedimos con desconsuelo. Sentimos renovada siempre la satisfacción de tener una Semana Santa a la española, trasunto de popular religiosidad, de majestuosa liturgia, de ostentación artística; pero nos amarga el temor de su decadencia.

La decadencia del estado en que la vieron los ojos de «Fray Lesco» y de los hombres de mi tiempo ya parece haberse consumado. La responsabilidad está bien compartida. No ha sido únicamente la del tráfico y la del tráfico urbanos que se alega como excusa: hay por medio voluntades débiles, e incluso voluntades contrarias, en las altas jerarquías eclesiásticas, que no ven con malos ojos esta postración. Confío en que, cuando el viejo barrio vegueteño se estatuya para exclusivo uso peatonal, sus calles vuelvan a ser escenario de aquella Semana Mayor que aquí contaba con sus tres esenciales elementos: adhesión popular, marco adecuado e imágenes bellísimas.

Desde luego, las del Pino eran las fiestas grandes de la isla entera, no sólo de la ciudad, con sus romeros, sus penitentes descalzos y devotos, sus juerguistas habituales, sus ventorrillos y sus peleas, porque entonces los canarios, que bebían ron puro, cogían unas curdas más agresivas que las que hoy propician los whiskies y los «cubas libres» que ahora tomamos. Hasta en esto se nota que hemos progresado.

También fue durante muchos años fiesta grande —la omití antes— la de San Pedro Mártir, el 29 de abril de cada año, que conmemora el

final de la larga lucha, más de ochenta años, de las tropas castellanas por someter a nuestros valientes indígenas, que solamente con esta gesta heroica justificaron el nombre de Gran Canaria para su isla redonda, aunque desde su descubrimiento ya fuera por todos así conocida. Recuerdo y evoco con particular deleite el solemne desfile del Pendón de Castilla por las calles de Vegueta, los brillantes uniformes de la tropa, el colorido litúrgico de la función religiosa, cuyo sermón servía de prueba suprema a famosos oradores sagrados de la época, canarios y peninsulares, y que luego se comentaban como hazañas del verbo clerical, a cual más elevada y elocuente.

Destacan en mi recuerdo, siguiendo la huella de Roca Ponsa, que fue muy grande, las figuras de los canarios don José Martín, piadoso Párroco de Guía; don José Feo y Ramos y don José Azofra del Campo, dignidades del Cabildo catedralicio; don Pedro López Cabeza, que fue Vicario, y sobre todo el Magistral don José Marrero, uno de los mejores oradores sagrados que he oído, hombre de muchas lecturas, con quien me unió gran amistad, como con el doctor Feo, a través de nuestra común pertenencia a la directiva del Museo Canario. De los oradores fórneos evoco al famoso Padre Laburu, S. J., que no sólo predicó en la Catedral, sino en el teatro Pérez Galdós. Vino precedido de una enorme fama, que, a posteriori, nada justificaba. Más actor que orador, gesticulante, saltarín, de expresión huera y sonora como una calabaza, con un juego exagerado de los acentos retóricos más maniados, fue el típico ejemplo, ya desaparecido, de la oratoria jesuítica, que, como acertadamente definiera «Fray Lesco» en una crónica de las que hablo en su biografía, inventaban en cada sermón un supuesto adversario para irlo destruyendo a golpes de silogismos. El papanatismo local caía en éxtasis ante los castillos de fuegos artificiales, tan efímeros como endebles, a que, a la postre, se reducían las catilina-rias famosas del Padre Laburu.

La fiesta, que se mantuvo con mayor o menor esplendor incluso durante la II República, entró en decadencia popular por obra de los fascistas, empeñados en equipararla a las llamadas *de liberación*, que instituyeron después de nuestra guerra las capitales peninsulares para rememorar cada año la entrada victoriosa de los ejércitos mixtos del general Franco. Mientras fue obispo, el doctor Pildain trató al menos de evitarlo en el famoso sermón de la función religiosa. Pero la fuerza del contagio acabó contaminando a San Pedro Mártir de supuestas connivencias con moros e italianos y se perdió totalmente la adhesión popular. Bien es verdad que había empezado ya, también por contagio exterior venido de las brumas del Norte europeo, esa *heliofilia*, ese culto al sol, especie de inicial esnobismo que inoculó a todos, nobles y plebeyos, artesanos, menestrales, burgueses de toda laya, hasta

chabolistas menesterosos, porque empezó a creerse que tanto más se ascendía en la escala de la estimación social cuantos más centímetros cuadrados de piel hacíamos achicharrar, con su escala de valores cromáticos, desde el rojo bermellón al marrón oscuro, llevándose la palma los que llegan al café con leche de los etíopes o al embetunado negror de los angoleños. En busca del sol, como de una milagrosa panacea, las gentes desertan de la ciudad para acogerse a nuestras abundantes playas, aprovechando todas las fiestas, y de modo especial los llamados «puentes», un día laboral entre festivos, diabólica invención de la cultura del ocio, que es correlato de la sociedad de consumo. Es realmente una irónica broma de la historia que hayamos estado los canarios cuatro siglos y medio presumiendo de la clara luz y del rutilante sol de nuestras islas, para que al fin lleguen unos desabridos rubicundos nórdicos a descubrirnos que los solares rayos actínicos tienen más valor que nuestros plátanos dorados.

La fiesta, como día de asueto oficial, fue abolida por el primer Ayuntamiento democrático que presidió Manuel Bermejo. Debo confesar que me resistí bastante, pues comprendía que nada tiene que ver el verdadero sentido de la conmemoración con el ominoso disfraz que los fascistas le pusieron. El día tiene una significación histórica —y entono mi sincero «mea culpa» por lo que después hube de hacer por obligada disciplina de partido— profunda, inalienable, única y trascendental para nuestra isla. Aquel día es verdad que las tropas de Pedro de Vera, cuya execrable crueldad tanto enturbia su hazaña militar, dieron por finalizadas las cruentas luchas que durante cerca de noventa años habían librado para reducir la indómita resistencia de los indígenas. Aquellos aborígenes, los Doramas y los Maninidras, los miles que perecieron en la casi secular contienda, que, repito, supieron revalidar con su épico heroísmo el título de Gran Canaria, que ya las primeras crónicas y los primeros mapas habían conferido a nuestra isla, aunque no sea la más grande en superficie. Después de Lanzarote, la primera bautizada en un portulano medieval, los navegantes toparon con la nuestra, de costas bajas y fácil acceso, y por ser la mayor de las conocidas hasta aquellas lejanas calendas le pusieron el adjetivo que tanto encocora a nuestros hermanos de la isla picuda. No debieran éstos olvidar nunca que si nosotros tenemos el adjetivo, que sólo es un atributo verbal del nombre, ellos tienen el Teide, que es un rotundo atributo de la isla, que no sólo la singulariza a ella, sino a todo el archipiélago, como un hito geológico, bien enhiesto y bien cantado, que se conoce en el planeta entero. Aunque se vea entero y mejor, y con bella perspectiva de paisaje wagneriano, desde las costas y cumbreros del norte de Gran Canaria.

Tomando nuevamente el camino perdido —y discúlpeleme la digresión histórico-geográfica—, insisto en que la fiesta no significa sólo el fin de la conquista, el final de unas batallas. En aquel histórico día los isleños de Gran Canaria saltaron de la Edad de Piedra, por muy pulidas que fueran las nuestras, al gran movimiento del espíritu llamado el Renacimiento, a la Edad Moderna, a la Europa de los grandes artistas, escritores, poetas y filósofos que instauraron lo que Burckhardt llamó un *nuevo estilo de vida*, nos insertamos en esa gloriosa y evolucionada etapa de la historia de la humanidad al incorporarnos a la Corona de Castilla, que pocos años después completaría la unidad nacional. Con ello pasamos a disponer de todas las ventajas de la españolidad —no nos hubiese ido mejor siendo ingleses o portugueses, cosa que pudo ocurrir— y de la europeidad, sin haber sufrido, entre otras penas y aflicciones, el enorme trauma de la Reconquista. Saltamos del taparrabos de cuero al jubón y a las calzas, aunque fueran de estameña. Si aquel famoso Rey francés, Enrique IV, dijo que *París bien vale una misa*, nosotros podemos decir que el salto desde el neolítico bien vale una procesión.

San Pedro fue sustituido por San Juan, el Mártir por el Bautista, porque en el día de San Juan se fundó la ciudad, y justo es que celebremos la fecha de nuestro cumpleaños ciudadano como cada quisque celebra su cumpleaños personal. Fue nuestro decisivo argumento para el cambio, pero yo nunca quise desposeer al otro día de sus connotaciones históricas, aparte, añadido, que cuando el Ayuntamiento suprimió la festividad apenas hacía unos meses que habíamos tomado posesión los concejales de aquel extraño pacto nacionalista-socialista-asambleario, y hacer cuestión de gabinete un problema de misas y procesiones hubiera sido un mal principio. En verdad yo era el único disidente. Mi propio pobre hijo Octavio, católico sincero hasta su muerte, era de los que más abominaban de la celebración de San Pedro, por el feo cariz de falsa liberación al modo falangista que le habían venido dando hasta desfigurarla totalmente.

Cuando volví a la Alcaldía con suficiente mayoría, sin quitarle a San Juan su rango y su fiesta, traté de restablecer la de San Pedro a través de la tradicional ceremonia religiosa y a la complementaria y evocadora procesión cívico-religiosa que se estuvo celebrando durante siglos. Organicé la primera, que por la debilidad e inexperiencia del Gobernador Civil casi acaba como el rosario de la aurora, en vez de procesión cívico-religiosa en pelea cívico-militar, porque un oficial, molesto con las provocaciones agresivas de un grupo de exaltados nacionalistas, le arreó a uno de ellos una torta descomunal. Los nacionalistas cubillistas, esos que creen en nuestra posible independencia y que como primera medida postelectoral, en los últimos comicios

municipales de 1987, proponían expulsar de la ciudad —emulando y superando a Felipe IV, que expulsó a los moriscos de la Península pero no de Canarias— a ciento cincuenta mil «godos», sin decirnos cómo se mide el grado y la condición; esta subespecie nacionalista, repito, que viven en un limbo económico-mental, porque creen en nuestra autosuficiencia para subsistir, se habían disfrazado de aborígenes, semicubiertos con pieles de carnero y con visibles relojes de pulsera japoneses, y formando un grupo de veinte a treinta, se empeñaron en aguar la fiesta desfilando a la cabeza del cortejo. Para ellos, San Pedro Mártir significa el principio de la «colonización españolista». La sangre canaria vieja, mezcla de cromañoide y mediterránea, debe de haberse conservado muy pura, con todo el ardor original, sin que cinco siglos del más variado mestizaje la hayan contaminado. ¡Loor y gloria a esos iluminados descendientes de Bentejuí! Alguno de ellos luce un apellido vasco o catalán y desembarcó en la Isleta hace media docena de años.

Pero en verdad quien le dio a la fiesta «la puntilla» —y perdón por la irreverencia taurina de la palabra tratándose de quien se trata— fue el Obispo de la diócesis. Acogiéndose al pretexto de aparente aplicación de los Tratados con la Santa Sede, de la separación de la Iglesia y el Estado, el prelado encontró una hábil salida dialéctica para negarse al año siguiente a que saliera la procesión religiosa, dejándola, si yo quería, solamente en cívica, con lo cual le quitaba al festejo una de sus dos partes, le quitaba al banco una de sus patas, lo desposeía de una de sus características tradicionales. *Yo te entrego el perdón en la puerta de la Catedral, tú solito lo paseas y después me lo devuelves. Con lo cual yo quedo como un rey con los nacionalistas que pululan en mi Corte.* Siento que esto pueda parecer una falta de respeto, que no es tal mi propósito, pues yo aprecio mucho la ciencia y la virtud del señor Obispo. Pero en este caso, como en su muy celada protección a los curas nacionalistas, así como en su evidente simpatía por los «cristianos de base», que aquí han andado revueltos y poco diferenciados con algunas de las estirpes comunistas, pienso yo, y no soy el único en pensarlo, que al eminente pastor se le ve cierto rejillo nacionalista. De todos modos, somos muchos los ciudadanos amigos de nuestras bellas tradiciones, aunque haya en ellas aspectos paganos que en parte puedan impurificarlas —las Semanas Santas de Sevilla, Málaga, Murcia, Valladolid, etc., citando sólo las más conspicuas, han sabido hacer compatibles la democracia municipal y la tradición cívico-religiosa de las fiestas, que no han perdido un ápice de su viejo esplendor—; somos muchos, insisto, los que nos hemos interrogado acerca de la poca simpatía que muestra la diócesis hacia las formas del culto religioso exterior, desde las procesiones de Semana Santa,

tan glosada por «Fray Lesco», a la misma del «Corpus Christi», pues ya este último año se cercenó su recorrido y se le quitó la solemne y multitudinaria bendición desde el balcón de las Casas Consistoriales que siempre se ha hecho. Claro es que con su reconocida pericia dialéctica —que llega hasta a aprovechar el error de una secretaria que inadvertidamente le envió una invitación para la misa de San Pedro en la Catedral, llamándome la atención en la prensa— el sabio prelado sabe cubrirse las espaldas con la buena capa pluvial de la separación de potestades, que hay que aplicar a rajatabla. Se aprecia, desde luego, que nuestro buen obispo no es andaluz, y no le hago reproche de ello.

Cierro este capítulo de los festejos añosos, perdidos, mantenidos o recuperados, lamentando la suerte de San Juan Bautista, mi santo patronímico. Le instauré su día como festivo oficial a todos los efectos para celebrar la fundación de la ciudad, quitándole la fiesta a San Pedro, aunque ese decreto no lo firmé yo. Dos años solamente le duró el contento, porque ahora una ola popular, teñida de leve demagogia, en la que hubo algunas aguas episcopales —¡caray, las tradiciones son las tradiciones!— me obligó a quitársela y dársela a la Virgen del Pino, cuya celebración tradicional debiera justamente ser fiesta insular y patrocinada por el Cabildo. Cuando se promovió la protesta y me pusieron como un trapo, estando yo ausente de la isla, el Cabildo, con elegancia dieciochesca, se lavó las manos, no como Herodes, porque no hubo sacrificio, sino como un cuidadoso matasanos antes de sajar un divieso. En fútbol eso se llama «echar balones fuera». Yo no sé lo que pensarán en las alturas celestiales de todo este festivo tejemaneje, aunque confío en que al menos mi San Juan bendito sabrá comprenderme y exculparme.

IV

GRANDES Y PEQUEÑAS AÑORANZAS

No sólo son las fiestas populares las definidoras de nuestro rostro. Tienen todos los pueblos igualmente unas tradiciones vestimentarias, musicales, culinarias, agrarias, míticas, y hasta supersticiosas, que enriquecen y completan su personalidad. El pueblo canario, aunque no posea una singularidad tan acusada y relevante como la de otros más históricos de nuestra nación —también es mucho más joven y por ende más cercanos su mestizaje y su conformación— posee su música y sus cantos, su habla peculiar dentro del lenguaje castellano, o español, en la que se mezclan unos cuantos vocablos supervivientes de la lengua aborigen con portuguesismos, andalucismos, americanismos y también bastantes formas propias, que incluso empleó Galdós en muchos de sus escritos, como sabía y sagazmente ha sabido descubrir Pérez Vidal, nuestro gran historiador. Tuvo tradición en el traje, que también se perdió prontamente, como tantas cosas entrañables se van perdiendo en este agitado mundo bajo ese enorme rodillo nivelador, uniformador, de hábitos, vestidos, música, deportes, vicios y otras virtudes y otras calamidades que propician los modernos medios de comunicación, desde aviones y buques a la radio y la televisión. En nuestra ciudad, gracias al pintor Néstor, se recreó un bello y barroco traje típico, que yo defendí, hacia el año cuarenta y tantos, en un folleto sin firmar que publicó la Junta de Turismo por iniciativa de Domingo Cárdenas, a la sazón su Secretario, frente a la readopción por las niñas de la Falange de otro traje que ni era más auténtico ni era más bello y vistoso. De este episodio he escrito algo en estos días pasados al hablar de Santiago Santana y del influjo que tuvo la Escuela de Luján Pérez en la reorientación, o en la profundización, que también puede llamarse así, de la canariedad en el arte y las creaciones de Néstor, nuestro gran pintor. Como no me gusta repetirme, remito al lector curioso al bello librito que la Caja Insular de Ahorros

de Canarias ha publicado con motivo de la exposición antológica consagrada recientemente a ese polifacético artista, tan bueno como modesto, que es Santiago Santana, hormiguita paciente y laboriosa de las que, con otros artistas de su tiempo, han ido poco a poco modificando y elevando el gusto popular. No hablaré, pues, ni de la música ni del vestido, pues ambas, con el calor inicial de la gestión de Néstor, y ayudadas más cercanamente por el sarampión del nacionalismo, que en este aspecto tiene, a mi juicio, su única virtud, le han procurado conservación y auge, aunque no han podido evitar malsanas mixtificaciones. Me ocuparé, en consecuencia, de otras pequeñas marcas, de otras distintas señas, tanto en la faz externa como en los hábitos de la ciudad que he visto palidecer o desaparecer con verdadero desconsuelo.

Las ciudades, como los rostros humanos, rompen en muchas ocasiones su escasa singularidad, su aparente irrelevancia, que no las destaca del montón, gracias a algún detalle que parece trivial, pero que se convierte en identificador. Nadie me negará que el que vea una fotografía con un chiquillo orinando sin cesar, sobre un paisaje urbano, con sólo poseer una cultura media reconoce en seguida que está en Bruselas viendo el «mannequin pis» de uno de sus rincones típicos. Claro es que no es éste el único encanto de esta gran ciudad, pero es un detalle que curiosamente la identifica. En la nuestra existían algunas cosas sencillas, como pueda ser un lunar en un carrillo, que eran muy privativas, y que, algunas en parte, otras del todo, se han ido perdiendo, las he visto borrarse en el curso de mi vida. La de mayor bulto, porque no era un rasgo pequeño, sino una señal física de relieve arquitectónico, la última obra de verdadera firmeza de las que anteriormente la habían precedido en el mismo lugar, fue el llamado Puente de Verdugo. Ya no era propiamente el de Verdugo, sino el de don Simón Benítez Padilla, verdadero autor del proyecto, que de modo oficial firmó el Ingeniero de Caminos don Celestino Pérez de Sala. Este último puente cerró la larga serie de los que a comienzos del siglo XVI empezaron a construirse en el mismo paraje para unir Vegueta y Triana, cuando las calles arracimadas del viejo barrio iban siendo estrechas e insuficientes para acoger al natural crecimiento del núcleo urbano. Nos refiere Alfredo Herrera Piqué, en su magnífico libro sobre *La ciudad de Las Palmas. Noticia histórica de su urbanización*, que fueron más de una docena los que hubieron de levantarse, hasta los dos que hemos conocido los hombres de mi generación: el Puente de Piedra, de tres ojos, que regaló a la ciudad en el año 1815 el Obispo don Manuel Verdugo —supuestamente retratado por Goya en un soberbio retrato que guarda la Catedral—, y el de Simón Benítez, construido en 1928, demolido como acto iniciador de la mayor

herejía urbanística que ha sufrido nuestra urbe, y cuidado que a la pobre no le han faltado achaques graves de este género. El puente no sólo era, en cierto modo, rasgo conservado de la traza original de la población, era su distintivo arquitectónico más singular, la facción de su cara, la viva y la histórica, que mejor la definía, porque como la ciudad se articuló sobre las dos riberas de un río, aunque luego se secara, los dos fragmentos eran como las dos mitades de un rostro, dignas de respetarse y conservarse para siempre. La herejía no sólo fue cegar el barranco, de cuyas fuentes se surtió la ciudad muchos años, quitando al rostro la histórica cicatriz, sino convertirlo, además, en autovía, poniendo entre las dos populosas partes una ancha cinta de hormigón que los coches convierten en aberrante cinta metálica. Fue como consumir un crimen con verdadero ensañamiento: un grado más en la culpabilidad histórica. Me recuerda, en distintos planos, naturalmente, aquella graciosa frase de Oscar Wilde cuando le decía a un señor: *¿Por qué es usted simplemente majadero cuando con un pequeño esfuerzo usted podría ser insoportable?*

Insoportables, en efecto, han sido las consecuencias de esa enorme cisura circulatoria abierta como una llaga perenne en la parte más noble de la ciudad. Cuando se consumó la hazaña, en el año 1970, publiqué en un diario local una especie de elegía del puente, recordando además a dos preclaras figuras palmenses, «Fray Lesco» y Simón Benítez Padilla, cada uno de los cuales, de haber podido, hubiera comentado el hecho con su distinto talante temperamental: nostálgico y dolido el primero, irónico y agudo el segundo. Escribí entonces —y perdón por citarme— que aquella masa de hormigones cambiaba por completo la faz tradicional, familiar y reconocible de la población. *Es como si a la ciudad le hubiesen practicado la cirugía estética, injertándole unas tiras de piel joven y lustrosa donde exhibía antaño un pellejo carcomido de piedras y de soles. Este no es mi Pedro, que me lo han cambiado*, terminaba yo mi párrafo reprobatorio. La herejía es más sangrante cuando ahora dicen algunos ingenieros que con los nuevos medios técnicos la otra solución que se contempló, la de desviar la carretera del centro por la ribera derecha aguas abajo, atravesando en túnel el cerro donde se asienta la parte alta del barrio de San José, para desembocar sobre las playas de San Cristóbal, es incluso tan hacendera y económica como la conflictiva que se realizó. En mi primera Alcaldía con el grupo político de la UCD, hoy convertida en la CDS, que yo califiqué de Alcaldía *in partibus infidelium*, en tierra de infieles, promovió el Ayuntamiento un concurso para el embellecimiento de aquel paraje. No hubo un proyecto de indiscutible superioridad y el primer premio se repartió entre dos equipos de arquitectos. Alguno de los concursantes adoptó la solución del túnel

que permite liberar, para convertirlo en amplia zona verde, todo el viejo anchuroso cauce del cubierto barranco desde las curvas anteriores a la Prisión Provincial. A la hora en que escribo estas líneas tengo la esperanza de que el nuevo Plan de Ordenación Urbana que dejó finalizado mi Corporación haga desaparecer el horrible «escalestrix» y humanice nuevamente aquel entrañable rincón de la ciudad vieja.

El puente barrido, no por las tumultuosas aguas del barranco, como lo fuera antes tantas veces, sino por la ciega torrencera del progreso, sumada a la ceguera estética de los autores del desaguisado, me trae añoranzas de dos eventos insulares que lo convertían en protagonista o propicio colaborador: cuando corría su cauce y cuando nevaba en la cumbre. La llegada del barranco era en la vida de la ciudad un feliz acontecimiento. Precisamente por una crónica que «Fray Lesco» publicó en *El País*, el diario en que yo trabajé y del que hablaremos después, veo que una de las últimas veces que el hecho se produjo fue el 30 de noviembre de 1935, ya que al siguiente día el cronista, alborozado, le dedica un preciso comentario, que transcribí en mi biografía del escritor. Contiene una frase que resumía el fenómeno que entonces pasaba: *¡Ha llegado el barranco! Lo que significa que lo han dejado «llegar» a pesar de las infinitas sangrías del recorrido.* En efecto, el barranco corría cada vez menos, no sólo porque se enrarecieron las lluvias cada vez más, sino porque fueron poniéndole en su curso cantoneras y tomaderos que le iban vaciando escalonadamente. Estuvo sin correr tantos años, que un Alcalde, Francisco Hernández González, el querido «Franito» para sus amigos, decidió arreglar y embellecer el cauce disponiendo en él unas pequeñas obras de jardinería. Hubo también allí un «terrero» de luchas, y delante del Hospital Militar habilitaron el cauce para estacionar unas ambulancias. Pero el monstruo dormido se despertó, el Guinguada volvió por sus antiguos fueros, y apareció un día con los morros hinchados arrastrando palos, piedras, cajas, colchones, ramas y arbustos, troncos y hasta cabras y cerdos muertos, arrancados a los huertos y casas colindantes, así como algunas de las ambulancias del hospital. Del jardín no quedó ni la memoria. Me parece que ésta fue la última vez que los ciudadanos, que yo recuerde, asomados al pretil del puente o a los muros laterales, vimos pasar sus turbios aguajes. En el terrero provisional luchó una vez el famoso Faro de Maspalomas, legendaria figura de nuestro antiguo deporte, con otro luchador de complexión delgada y baja estatura, a quien por su aspecto llamaban «La Viejita». Tenía de astuta habilidad lo que le faltaba de fortaleza física. El Faro, haciendo comedia, se dejó tirar la primera vez, y la gente aplaudió entusiasmada la aparente proeza del púgil calacimbre; pero, al volver a pegar, el luchador del sur cogió con una sola mano al «Viejita», lo levantó en

vilo y lo paseó alzado por todo el terrero como un torero que mostrase un trofeo, entre el alborozo del gentío que presenciaba la luchada.

Cuando nevaba en la Cumbre, fenómeno que a pesar de que lloviera con más frecuencia, era más raro que ahora, el puente resultaba el mejor observatorio, casi el único, para vislumbrar al fondo, sobre los sombríos picachos y laderas de los altos montes, las blancas manchas que el sol hacía reverberar. Se promovía en estos lances una verdadera peregrinación al puente, y Alonso Quesada, en una crónica evocadora, escribió que la nieve en la Cumbre *le daba al isleño una visión serena y lejana e inaccesible de las cosas.*

En otro orden de recuerdos, en ámbitos distintos pero también a su modo significativos, el paso del tiempo ha traído otras mudanzas. Me refiero a ciertas costumbres y a ciertos usos culinarios. Pocas casas canarias celebran ya, verbi gratia, «los finados», la festividad doble de «Todos los Santos» y el «Día de los difuntos». Las reuniones familiares para comer, en un marco de alegría, contradictorio de recuerdos fúnebres, castañas asadas y guisadas, nueces, buñuelos y «huesos de santos», regados con copitas de los anises clásicos «del Mono» o «Mary Brizard», entre los vecinos de hoy son ya excepcionales. Sobre la popularidad del licor francés se cuenta una vieja y sabrosa anécdota. Durante muchos años prestó servicios en el Casino un ordenanza llamado Segundo, muy buena persona, muy bien mandado, como se decía, pero con cierta torpeza y brusquedad de maneras que le hacían frecuente objeto de bromas por parte de algunos socios bienhumorados. Lo más divertido era pedirle que les trajera del bar bebidas con nombres raros, más o menos exóticas, que provocaban luego también las burlas de sus compañeros de la cantina. Una vez le pidieron:

—Segundo, tráeme una copa de Valvanera.

Este, como es bien sabido, fue un barco en el que viajaban muchos emigrantes canarios que se hundió a la vista del puerto de La Habana. Los cantineros le explicaron a Segundo que una vez más le habían tomado el pelo. Pero un día apareció por el Casino un señor de fuera, militar o funcionario, muy serio, que llevaba poco tiempo en la isla y no conocía la broma tradicional.

—Segundo, ¿quiere usted traerme una copita de Mary Brizard? (Entonces empezaba la boga del licor.)

Segundo se quedó parado, encaró al señor y le espetó:

—¿María Brizard, ha dicho? Mire usted, señor, ¡el María Brizard se fue «pa» La Habana!

Suerte parecida a la de las castañas guisadas de los Difuntos han corrido otras especialidades gastronómicas. Nadie se acuerda ya de la «sopa de ingenio», postre a base de miel oscura de caña, de elaboración doméstica navideña, aunque hoy siga comiéndose el «bienme-

sabe», dulzón y almendrado, por virtud de los menús de algunos restaurantes típicos y las menestras de «Iberia», que suelen servirlo en los viajes aéreos a la Península. Las «roschas» de nuestros carnavales se han convertido en las «torrijas» nacionales, y si se siguen conservando las «carajacas», los «burgaos», los «pejines», «las papas arrugadas» —las mejores papas del mundo—, los distintos «mojos» verdes o colorados, y algún que otro aperitivo por el estilo, aparte de los pasteles navideños de carne y de cabello, cuya boga continúa, es por el celo, entre nacionalista y mercantil, de bodegonos, tascas y comedores donde aún arde una débil llamita tradicional. Ni el «frangollo», ni el «cochafisco», ni el «sancocho», ni el «caldo de pescado», ni el cazón en forma de sabrosos «tollos», ni nuestro «escabeche», ni la socorrida «ropa vieja», formas endémicas unas, adaptadas otras de la cocina mediterránea, tienen la obligatoriedad festiva y ritual que antes tenían en el yantar de los canarios, aunque sigan siendo «el puchero», bien distinto al cocido madrileño, y los «potajes» de berros, lentejas y verduras, «el puchero» hoy plato de lujo, frecuentes elementos de nuestra culinaria popular. Hasta el gofio de millo, grancanario de naturaleza frente al de trigo tinerfeño, ha perdido su condición de alimento básico al subir el nivel alimentario, y hoy, más que alimento, es condimento, golosina con los potajes y «conduto» con los caldos de pescado en las casas en que se mantiene la tradición. Otro viejo uso del gofio, perdido y apenas recordado, era en la receta del «tulipán», lo que llamábamos una «rala», hecha de vino tinto, gofio y azúcar, que se daba a las recién paridas o a las chiquillas endeble para hacerlas engordar.

La nivelación universal de usos y costumbres lo arrasa todo. No critico los avances, sólo acentúo las diferencias y la rapidez de los cambios. Ya nadie ve en nuestra ciudad a los novios hablando por las ventanas, desgañitándose o haciendo telegrafía, incluso hacia un tercer piso, como me pasó a mí antes de ser autorizado a hablar en la escalera o en la sala debidamente vigilado. Tengo encasillada en el recuerdo, en el cajón que se reserva a las historias de pillerías, una que presencié hace muchos años, siendo solteros los dos, el protagonista, Juan Cambreleng, amigo muy querido, que ya reaparecerá en estos cuadros, y yo. Nos acompañaba un tercer amigo, Calixto Doreste, excelente persona, tío del escritor Ventura Doreste Velázquez, que falleció muy joven. Bajábamos un domingo por la tarde los tres camaradas por la calle de los Remedios hacia Triana y observamos que a mitad de la calle, desde un elevado tercer piso, justamente en el mismo edificio en donde vivió muchísimos años la familia de Domingo Doreste, «Fray Lesco», una muchacha, conocida nuestra, hablaba con su novio, apostado al borde de la acera, usando la especial

telegrafía sin hilos que era usual en tales casos. Juanito poseía la paradójica virtud, fácil instrumento de pillerías, de padecer, aunque no la sufría, una fuerte aerofagia, regulable a voluntad, que le permitía, cuando le petaba, soltar unos cuescos sonoros, escandalosos, aunque totalmente inodoros. Conocíamos ya de vista al pretendiente, un joven funcionario peninsular muy redicho y finchado, de los que antaño nos miraban siempre por encima del hombro, y Cambreng le tenía poca simpatía. Al pasar justamente frente a él, intercalado como un rotundo punto y aparte en el amoroso diálogo, sonó un pedo fenomenal. La onda sonora alcanzó hasta la ventana. La chica, enfurecida por el ultraje, conminó al novio:

—¿Has oído? ¡Qué desvergüenza! ¡No eres hombre si no le partes la cara a ese cochino!

El pollo, que no había salido de su estupor, engallado por la categórica orden de la dama, infló el pecho y vino hacia nosotros, fulgurante la mirada, el porte alzado y amenazador. Pero en verdad era una futesa física al lado de la robustez juvenil de Juanito: como pedirle peras al olmo.

—¿Quién de ustedes se tiró ese pedo desvergonzado? —vociferó.

Juanito, mirándole de arriba abajo con no oculta sorna, se adelantó:

—He sido yo..., ¿qué pasa?

El engallamiento del galán se disipó por ensalmo. Entrando el pecho, encogiéndose, mirando a un lado y otro de reajo, una furtiva mirada hacia la novia imperativa, confesó en tono bajo y confidencial:

—Amigo, ¡¡fuerte pedo!!

Las niñas ya no se pasean por la Alameda de Colón o por la calle de Triana con todos sus encantos y anzuelos desplegados; ya ningún «pollo» se declara por escrito a su pretendida, y eso que, como escribía Alonso Quesada, *cuando un pollo isleño se declara lo hace siempre de un modo diferente a los restantes pollos del planeta*; ya las barberías no son aquellos lugares que el poeta citado, en sus inolvidables «Crónicas», definía así: *En esta pobre insula, tan falta de centros artísticos, y tan nutrida de tabernas y timbas más o menos aristocráticas, los únicos lugares donde se rinde culto a las bellas manifestaciones del Arte y se discuten apasionadamente los altos problemas de la patria son las barberías. Las barberías son una especie de Ateneos populares.*

Es curioso también señalar lo que ha ocurrido con los apellidos por mor del más acelerado mestizaje de nuestra población. Todos sabemos que los canarios, aunque seamos un pueblo joven, tenemos una de nuestras raíces bien lejana, que se remonta nada menos que a la primera raza blanca del planeta, los «cromañones» de la gruta

francesa de la Dordogne. Pero durante casi tres siglos el proceso de mestización fue lento, lentísimo. Vinieron las dos distintas razas mediterráneas antiguas que se mezclaron con los «cromaños»; llegaron y se quedaron los conquistadores y los comerciantes, castellanos, andaluces, vizcaínos, gallegos, catalanes, portugueses y franceses, judíos conversos que no son una raza, sino un pueblo, moriscos, irlandeses, alemanes, ingleses, etc., pero en los largos años de la lenta sedimentación, hasta la invasión contemporánea, había en la ciudad una verdadera abundancia de esos apellidos que servían a Alonso Quesada como supuestos protagonistas de sus citados trabajos periodísticos. Los Galindo, Robaina, Chirino, Arencibía, Fabelo, Camejo, Estupiñán, Monagas, Fleitas, Jinorio, Umpierrez, Mujica, Zerpa (estos tres de bien filiable raíz) son hoy una pequeña parte de nuestros repertorios nominativos de cualquier clase, desde las listas telefónicas a las del impuesto de circulación, frente al abrumador número de Rodríguez, Pérez, López, Alonso y otros de conocido cuño castellano, aunque nuestros peculiares Santanas —aquí apenas existen los Expósitos— sean casi tantos como los Rodríguez, que dicen venir de los Ruiz o Rodrigos, por lo que todos los que llevamos este apellido podemos ufanarnos de ser lejanos descendientes del Cid Campeador, don Rodrigo Díaz de Vivar. Descendamos o no del Cid, de lo que sí podemos estar seguros es de que, si brujuleamos mucho hacia atrás, encontramos que, como con gracia ha dicho alguna vez Néstor Alamo, tan sabio y versado en estos rincones oscuros de nuestra historia, a propósito de algunas nobles familias isleñas, nos sale al camino algún canónigo o prebendado colgado a una rama de nuestro árbol genealógico. Graciosa de verdad es la frase —dicho sea sin ofender su memoria, ni la de su estimada parentela— que en mis tiempos se atribuía a doña Dolores de Quintana, conocida por su buen ingenio, esposa de uno de los médicos más famosos en los albores del siglo, don Cristóbal Quedo. El hermano de doña Lola, don Francisco de Quintana, Marqués de Acialcázar, importante personaje de nuestra historia local, poseedor de un rico archivo de viejos papeles canarios de varia procedencia, que él reunió y fichó pacientemente, y que fue además uno de los primeros directivos del Museo Canario, parece ser que hacía gala de su limpia prosapia. La única hembra de sus hijos hizo un matrimonio, muy feliz y muy largo, pues el esposo llegó a General, con un militar tinerfeño, de buena y vieja familia lagunera, pero sin visos aristocráticos. Doña Lola comentaba: *Tanto presumir mi hermano de sangre limpia para que luego viniera un Pinto y se le cagara en el árbol*. El yerno del Marqués se apellidaba Pinto de la Rosa —hermano de Pedro, gran poeta y gran amigo—, y, como es sabido, el pájaro pinto es un pajarillo muy conocido en nuestras islas, el jilguero, tan co-

riente en España, aunque aquí se aclimató una subespecie. Su nombre científico es *carduelis carduelis* y la subespecie *parva*.

El mestizaje de seres, y, en consecuencia, de apellidos, es no sólo muy viejo, sino muy característico de nuestras islas. Muchas veces he repetido que el pueblo español es un pueblo muy mestizado, porque desde los iberos a los moros, sin contar otras mezclas posteriores, recibió sangre de muchos pueblos, pero el canario es quizás el más mestizo de todos, al menos con comprobación histórica.

Ya la población aborigen que encontraron los castellanos estaba mestizada, como antes expliqué, por tres grupos raciales, y sufrió luego el variado juego de alianzas, primero con las tropas colonizadoras y los hombres que tras ellas vinieron a trabajar, a comerciar, desde judíos portugueses, franceses, genoveses, a flamencos y holandeses. Fueron llegando luego a las islas, en sucesivos aportes, irlandeses huidos de las luchas religiosas de su país, en dos ocasiones, franceses prisioneros de la guerra de la Independencia, ingleses y alemanes que abrieron factorías, y de estos últimos incluso los tripulantes de un buque alemán que la primera guerra mundial pilló en nuestro puerto, no dejándolo zarpar. Todos ellos se casaron con canarias y pululan por la ciudad con sus patronímicos muchos de sus descendientes. En este proceso histórico se insertan dos hechos dignos de anotar: ni los judíos —numerosos y bien colocados en las islas—, ni los moriscos —fruto de las «entradas» en el Africa cercana de señores feudales para reclutar brazos que movieran arados y trapiches— fueron expulsados del Archipiélago cuando a los primeros los echaron los Reyes Católicos después de la conquista de Granada y a los segundos Felipe IV, en 1647, so pretexto de las famosas revueltas de Aben Humeya. Aquí se quedaron y su caudal genético corrió igualmente por venas canarias.

Estoy convencido de las virtudes del mestizaje. Con mi experiencia personal le atribuyo virtudes de progreso somático y psíquico. Recuerdo haber leído unas páginas certeras y atinadas del gran poeta senegalés, ex Presidente de su país, de lengua francesa, Leopoldo Cedar Senghor, en las que hace del mestizaje una bien razonada y lírica exaltación. Miguel Angel Asturias, premio Nobel de Literatura, que vivió entre nosotros, acogido a la ejemplar generosidad del doctor Juan Díaz Rodríguez, los meses anteriores a su muerte, nos hacía también la apología de la fusión de razas. El era un mestizo en cuyo rostro los rasgos mayas de los indígenas de su Guatemala natal tenían acusada preeminencia. Ocurre esto especialmente con los indios americanos, y ello debe de ser por la energía vital, de supervivencia, de la esquilmada raza mongólica de la que casi todos proceden. Hasta tal punto parecía un indio, que en muchas aldeas del interior de su país

su presencia era seguida y respetada como la encarnación de uno de los dioses mayores de su sincretismo religioso.

A propósito de nuestro mestizaje ciudadano traigo a colación una anécdota del General Miguel Primo de Rivera, cuando visitó nuestras islas como Jefe del Gobierno en 1928, que conocí por uno de los que le oyeron. En honor del General se organizó una función teatral en el Pérez Galdós, recién inaugurado. La sala estaba rutilante y a su esplendor contribuían tanto las lámparas nuevas como la belleza y el atavío de nuestras féminas. El Presidente, que tuvo crédito de buen catador, estaba encantado. Asomado al palco, y tras recorrer todo el recinto con su mirada apreciativa, le preguntó a sus acompañantes:

—Aquella rubia tan guapa que está en la primera platea, ¿quién es?

—Esta chica es Merceditas Henning, hija de un alemán y una canaria.

—¿Y aquella otra de aquel palco de la izquierda?

—Esa muchacha se llama Emma Bird, hija de inglés y canaria.

—¿Y aquella otra de ojos tan bellos en aquel otro palco?

—Ah, ésa es Hortensia Ladevèze, de padre francés y madre canaria.

—¡Caray! —exclamó don Miguel—, ¿pero es que aquí las canarias sólo se casan con extranjeros?

Las tres muestras que el buen ojo del curtido militar había escogido eran por sí solas una elocuente prueba de la abigarrada y bien amalgamada historia de nuestro poblamiento.

EL RECUERDO POLITICO MAS ANTIGUO

Todas mis consultas sobre esta facultad han resultado hasta ahora infructuosas: ¿a qué edad se registran y quedan grabados en nuestras neuronas, en el tejido cerebral, nuestros primeros recuerdos? Todos los seres humanos guardamos recuerdos más o menos vivaces de nuestra infancia, asociados casi siempre a una emoción fuerte, a una sensación ligada a un estado o movimiento de ánimo que dejó alguna huella en nuestra existencia. Pero pocas personas pueden evocar con claridad imágenes que se remonten a los primeros años de su vida. Yo he conservado en el curso de la mía los perfiles de un lejano recuerdo del día en que nació mi hermana Carmen, ya desaparecida, a la que llevé poco más de cuatro años. Atribuyo el hecho a una doble circunstancia: el que me emocionó la noticia de que tenía una hermanita, pues habiendo ya en la casa otro hermano, Manolo, dos años más joven que yo, la irrupción de ese tercer vástago modificaba mi relación con el resto de la familia, vagamente teñida de los inevitables celos infantiles frente al otro hermano. Sin embargo, he pensado muchas veces que lo que me impresionó hondamente, contribuyendo a fijar los trazos de aquella estampa, fue que, aunque se lo propuso llevándonos al cuarto más alejado, mi padre no pudo evitar que hasta nosotros llegaran apagadas pero reconocibles, con el confuso susto que es de suponer, las quejas de nuestra madre parturienta. En aquellos años, y durante muchos más, las mujeres canarias daban a luz en sus propios hogares, asistidas casi siempre por una comadrona, frecuentemente intitulada, que utilizaba los instrumentos de la «caja de partos» —bisturí, apósitos, algodón, agua oxigenada, tijeras, etc.—, que siempre para tales fines tenían dispuestas las farmacias.

Son, repito, unas imágenes borrosas, que los años han desgastado y que han debido recibir retoques inconscientes, interpolaciones in-

voluntarias, al evocarlas y narrarlas ocasionalmente. En cambio, de lo que sí guardo una imagen clara, bien delineada, es de otro hecho, relacionado con un episodio histórico de nuestra ciudad, que repercutió en toda la nación, que hizo tambalear al gobierno de Canalejas, entonces Presidente, que ocurrió el 15 de noviembre de 1911, cuando me faltaban dos semanas para cumplir siete años. Me refiero al entierro de las víctimas del trágico suceso ocurrido en la calle Molino de Viento de nuestra ciudad aquel martes aciago. Recordaré brevemente el suceso. El 12 de noviembre de aquel año se celebraban en Las Palmas unas elecciones municipales que se anunciaban muy reñidas, porque eran unas de las primeras en que se enfrentaban las antiguas huestes políticas de don Fernando León y Castillo, ya divididas con la ruptura de éste con su hermano Juan, el ingeniero que proyectó y construyó nuestro inicial Puerto de Refugio.

La presumible ventaja la llevaba la fracción que dirigió don Felipe Massieu y Falcón, el primer Alcalde de la ciudad que yo recuerdo, pues, como era habitual, pondría en juego todos los recursos del poder para derrotar a la fracción contraria. Sin embargo, unos días antes de las elecciones anunció este último grupo, el disidente del señor Massieu, que se retiraba, quedando en la liza dos de los componentes de la lista con carácter independiente. Aunque los «felipistas» dijeron que dejarían un puesto libre para la oposición en cada uno de los distritos del Teatro, Arenales e Isleta, que eran los más poblados, lo cierto fue que se presentaron «al copo», como se decía en la jerga electoral, en el Teatro y Arenales, y el puesto vacío se dejó en la Isleta, donde los republicanos tenían mucha fuerza y ganaron los tres puestos don José Franchy Roca, don José Montelongo Gutiérrez y el abogado don Juan B. Melo Rodríguez, primo hermano de mi padre.

En el distrito de Arenales había que elegir dos concejales. Luchaban los dos leonistas, un independiente y un republicano, don Ignacio Cantero. En los tres colegios de las calles León y Castillo, plaza de la Feria y Aguadulce los leonistas sólo lograron una pequeña mayoría. En cambio en el de Molino de Viento, después del mediodía se apreció que los candidatos de la oposición, el republicano y el independiente, llevaban mucha ventaja sobre los de don Felipe Massieu. Estos decidieron anular la elección por el medio clásico, es decir, rompiendo la urna, de lo que se encargó un conocido matón de los que mantenía el partido. Para las elecciones de aquellos tiempos, a pesar de todo menos ominosos y dictatoriales que los que habían de sucederles, se preparaban cuidadosamente «los embuchados», generalmente en un local cercano al colegio. La calle «Molino de Viento» es la que hoy, tras un largo período en que se llamó «18 de Julio» por los Ayuntamientos

del franquismo, ha vuelto a recobrar su denominación de 15 de Noviembre después de instaurada la nueva monarquía parlamentaria.

La elección era decisiva, incluso para la posibilidad de que saliera en tercería el concejal del partido republicano. Por la tensión popular que existía se apostó en las cercanías del colegio un destacamento de la Guardia Civil mandado por un teniente apellidado Abella, nombre que no olvidó jamás ningún hombre de mi generación. En las primeras horas de la tarde corrió por los muelles del Puerto de la Luz y calles circundantes el rumor de que habían detenido a don José Franchy. Los obreros que faenaban en aquellas horas, alarmados ante la noticia —Franchy y Roca era entonces no sólo el líder de los trabajadores, sino el político valeroso adversario del caciquismo—, dejaron el trabajo y en manifestación espontánea se dirigieron a la ciudad. Venían con ellos también mujeres y niños. Apenas alcanzaron las primeras casas de Fuera de la Portada comprobaron la falsedad de la noticia, pero con la natural curiosidad ante la lucha política, se acercaron al colegio electoral y se estacionaron frente a él. Serían las cuatro de la tarde cuando en el espacio vacío que quedaba ante la puerta de acceso al local cayó de pronto una gran piedra, que no hirió a nadie, arrojada desde la azotea de una de las casas colindantes. Se dijo después que con ánimo de provocación la habían tirado desde la terraza de la casa de enfrente, donde tenía su oficina electoral una de las ramas del leonismo. Lo cierto fue que, un segundo después, el teniente Abella, sin toque previo de advertencia, dio la orden de disparar sobre el público. Lo hicieron casi a quemarropa. Los disparos causaron seis muertos, cinco de los cuales recibieron los tiros por la espalda, es decir, cuando huían atemorizados ante la súbita e inesperada agresión. Recordemos sus nombres. Murieron en el acto, en plena calle, Pedro Montenegro González, Cosme Ruiz Hernández y Juan Torres Luzardo; quedaron gravemente heridos y fallecieron en el curso de las siguientes horas Vicente Hernández Vera, Juan Pérez Cubas y Juan Vargas Morales.

Al anochecer de aquel día, mi padre, que tenía grandes simpatías por Franchy, aunque nunca albergó mayores inquietudes políticas que las que adversamente le procuraron, durante nuestra guerra civil, la larga prisión de su hijo mayor y la suerte en las contiendas peninsulares de otros dos hijos movilizados, regresó a mi casa realmente abrumado ante la grave noticia, que en aquella ciudad tranquila y apacible produjo una enorme confusión, una verdadera conmoción. A mi curiosidad despierta de chiquillo inquieto le impresionó hondamente el talante de mi padre, el aire de turbada y preocupada seriedad con que narraba a mi madre la versión del suceso que había corrido por la población como un reguero de pólvora. Nadie recordaba hecho

igual en nuestra historia. El eco de los asaltos piratescos del siglo xvi, las únicas que en rigor fueron las páginas sangrientas de nuestros anales, estaba muy lejos, apagado por tantos años de pacífico discurrir. Horrorizaba el hecho, la cruenta carnicería, pero también la fría e inhumana resolución del teniente, que a la postre hubo de quedar impune. Al día siguiente se celebró el entierro de los seis obreros inmolados. Vivía yo en la vieja calle de San Agustín, que hoy se llama del Doctor Chil, en la misma casa en que había nacido, demolida luego con las obras de ampliación del Palacio de Justicia. Acompañado de mi hermano y de otros chiquillos de la calle presenciábamos desde la esquina de la Casa del Conde, en Reyes Católicos, el paso del cortejo fúnebre, la inmensa muchedumbre silenciosa, recogida, que marchaba al cementerio, adonde en una tartana habían sido llevados los cadáveres el día anterior. Presidiendo el desfile, al lado de los hombres que dirigían el Sindicato de Obreros del Carbón, el primero que se organizó en nuestra ciudad, al que pertenecían las víctimas, marchaba la figura, tan respetada y venerada, de don José Franchy y Roca. La dramática elocuencia de aquel gentío, en cuyo recogimiento parecían concentrarse el dolor y la ira, el gran prestigio popular de que gozaba Franchy, la actitud de mi padre, los comentarios que captaba por doquier, debieron ser factores que coadyuvaron a que yo conserve de aquel entierro, en la fugacidad de su paso por la esquina de mi calle, unas imágenes que han permanecido imborrables a lo largo de toda mi vida. De ellas tuve ocasión alguna vez de hablar con don José, cuando, elegido diputado de la II República por nuestra isla, volvió a la política activa desde su Secretaría judicial en la Península. Con él comenté también cómo, sin duda alguna, aquella precoz impresión del crimen, en los años en que comienzan a forjarse los resortes de nuestra personalidad adulta, debió de servir de iniciático fermento a esa rebelde inquietud inconformista que con los años me conduciría a militar en un partido de izquierda y a consagrar muchas horas de mi vida, mis modestos medios y mis mejores fuerzas, a la causa de la libertad y de la justicia.

VI

UN TIPICO ADOLESCENTE DE SU TIEMPO

No me detendría a referir estos pasajes de mi vida, que van desde la primera infancia a mis andanzas de adolescente en la Villa y Corte, al filo de los veinte años, si no creyera sinceramente que, además de ser determinantes de mi existencia posterior, de influencia decisiva en todos sus futuros avatares, y por ello clave y explicación de las singladuras y del zigzaguo de mi conducta, no fueran también muy representativos y simbólicos de la existencia de muchos, de muchísimos, hombres de mi generación, que, salvadas las distancias, han jugado en nuestra historia literaria, más estrictamente en la periodística y en la cultural, un papel semejante al que, a nivel nacional, jugó en España la llamada generación del 27 por el año en que comienzan a granar sus primeros frutos creadores. Cuando yo tuve edad de ir al colegio, como decíamos entonces, la ciudad disponía de pocas y malas escuelas públicas. Sólo había, que recuerde, dos colegios particulares, el de don Santiago y el de don Diego, como eran conocidos el que regentaba aquel inolvidable sacerdote don Santiago Sánchez, y el que, muchos años antes, había fundado la egregia figura de don Diego Mesa de León. Yo no fui ni a uno ni a otro. Tuve la suerte inmensa de contar para mis primeras letras y mi preparación hasta ingresar en la Escuela de Comercio, recién fundada, con mi prima Librada Alvarado Doreste, hija de mi tía Rosario, viuda temprana de don Luis Alvarado, que fue profesor de la Escuela Normal de Maestros. Mi prima Librada fue una maestra ejemplar, verdadero modelo de honda, entusiasta y abnegada vocación, espejo de verdadera educadora, pues sus enseñanzas rebasaban el marco de la primaria y extendían su ámbito benéfico a otras disciplinas, como música, literatura, etcétera. Librada tenía su colegio en la calle de los Reyes, en un edificio frontal de mi casa, adonde acudimos todos mis hermanos hasta que ella, ya casada con Eugenio Zumbado Báez, a quien debo mis

precoces resabios republicanos, se trasladó a aquel caserón propiedad de Eugenio, que estuvo situado en la Puntilla, en la playa de las Canteras, donde enseñó a leer, instruyó y preparó para el trabajo a los chiquillos de media Isleta. Muerta hace pocos años, su figura es casi legendaria en aquel paraje, como lo es igualmente su liberal generosidad, pues Librada tuvo siempre muchos más alumnos gratuitos que de pago. Librada e Isabel, la otra hermana, también fino y sensible espíritu femenino, fueron para mí y mis hermanos como unas segundas madres. La mía fue la más joven de los suyos, y por su dulce y afable carácter y su excepcional belleza atrajo siempre afectos y simpatías de todo el mundo. Isabel y Librada, Librada e Isabel, nos bañaban, nos arreglaban, nos vestían, nos curaban, echándole a mi madre, siempre afanada con sus siete hijos cercanamente escalonados, una mano eficaz en todos nuestros cuidados. Cuando apenas tenía yo poco más de cuatro años ya sabía leer. A pesar de haber empezado tan pronto, todavía no me he cansado de hacerlo. Pero, además, la casa de Librada, con la biblioteca de su padre y la de su novio, Eugenio —como la vieja colección de revistas finiseculares «La Ilustración Hispano-Americana» y otras del género que mi abuelo paterno, Juan Rodríguez Quevedo, tenía en su casa del Monte Lentiscal— fueron el verde y ameno prado donde pastó sin descanso, sin trabas y sin interdictos, mi voraz apetito de impenitente lector. Todo Galdós, desde sus Episodios a sus polémicas novelas supuestamente anticlericales, «Guerra y Paz» y «Ana Karenina», de Tolstoi; «Los miserables» y «Nuestra Señora de París», de Víctor Hugo; «Eugenia Grandet» y «Papa Goriot», de Honorato de Balzac; «Crimen y castigo» y «Los Hermanos Karamazof», de Fedor Dostoievsky; la «Madame Bovary», de Flaubert, y «La Cartuja de Parma», de Stendalh, emparejadas con las obras de Palacio Valdés —«La Hermana San Sulpicio» me arrancó mis primeras lágrimas sentimentales—, Pereda y Alarcón, por no citar sino las más relevantes, pasaron por los filtros de mi sensibilidad en los primeros diez o doce años de mi lectora existencia. Los libros de aventuras, en verdad, vinieron más tarde, desde Julio Verne y José Conrad a Emilio Salgari y Rudyard Kipling, con todos los clásicos del género. Las buenas novelas policíacas, tipo Agatha Christie, Simenon, John le Carré, etc., me inficionaron bastante más tarde, en las largas esperas de los muchos aeropuertos de los tres continentes por donde he transitado.

Acabados mis estudios primarios y bien preparado para el ingreso en la Segunda Enseñanza, me quedaban muy pocas opciones, y éste fue el gran problema crucial y común de todos los muchachos de mi edad. Las salidas estaban muy limitadas. Podía ingresar en el Instituto, pero el título de bachiller por sí solo no preparaba para nin-

guna verdadera profesión, y era sólo el primer tramo para una carrera universitaria: ninguna de las que entonces existían podía estudiarse en Las Palmas. No estaban instituidas las becas como formas de promoción educativa, y recuerdo que en todos aquellos años no conocí sino dos becarios: Miguel Santiago, inteligente y laborioso investigador de nuestra historia, que dirigió el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, desde donde preparó la gigantesca edición de la obra histórica de don Pedro Agustín del Castillo, verdadera recapitulación, a través de sus copiosas notas, de cuanto se sabe sobre el pasado de nuestra isla, y a quien becó el Cabildo por gestiones de don José Sansó, que fue general del Cuerpo Jurídico y propietario de fincas en el término de Guía, de donde era oriundo Miguel, y el escultor Juan Márquez Peñate, que recibió una ayuda económica para ampliar estudios en Francia. Los jóvenes de mi tiempo que estudiaban carreras en la Península —los estudios laguneros de Derecho y Filosofía comenzaron más tarde— procedían de familias más o menos acomodadas. A los estudiantes canarios pobres, aunque fuéramos muy buenos, sólo se nos abrían tres sendas con acceso en la isla: la Escuela de Ingeniería, la Escuela Normal de Maestros y la Escuela de Comercio. La primera daba títulos de Perito industrial, mecánico y electricista; la segunda preparaba a los maestros para la primera enseñanza, y la última concedía dos títulos, los de Perito y Profesor mercantil, equiparados los acogidos al Plan de Estudios de 1915, durante unos pocos años, a los de Intendente en dos ramas, que después se estudiaban en Madrid y Barcelona. Yo poseo escasa habilidad manual, y no me halagaba la idea de desasnar párvulos: la elección era no sólo única, sino obligada, y además contaba con la complacencia de mi padre. Ingresé en la Escuela de Comercio en el mismo mes en que cumplía diez años. Terminé los estudios completos de lo que se llamaba la carrera mercantil, con el título de Profesor, cuando no había cumplido aún los diecisiete. Debo proclamar que recibí unas excelentes enseñanzas, no solamente en materias de neto ejercicio profesional, sino de utilidad y cultura generales.

No debo ocultar que en mis estudios me ha ayudado siempre mi buena memoria, que sin vanagloria puedo calificar de excelente, pues no es mérito mío, sino precioso don de la Providencia, inserto en mi código genético por la rama de los Dorestes, que siempre tuvieron fama de memoriones: recuerdo a mi pobre hijo, también de agilísima memoria, y al malogrado y querido Venturita Doreste Velázquez, uno de los mejores escritores canarios de todos los tiempos, que tenía una memoria fotográfica, como dicen que era la de don Marcelino Menéndez y Pelayo. La mía fue —y digo fue porque la memoria, como buena fémina, ha empezado a abandonarme un poco conforme voy

envejeciendo, y de pronto se me aleja, produciéndome eso que los franceses llaman «trou de mémoire», agujero en la memoria, aunque, siempre coqueta, reaparezca súbitamente— una memoria retentiva de vista y oído. Rememoro dos episodios. Cuando dirigía el diario «Avance», cuya redacción estaba en la calle de Buenos Aires, frente a la oficina de Guillermo Sintés, gran amigo, trabajador y activo, que era a veces «un fosforito» por sus rápidas pero fugaces «calenturas» de carácter, solía escuchar la radio en el magnífico aparato de muchas lámparas que Guillermo poseía. Un día radiaban un mitin en el que hablaban Marcelino Domingo, Alvaro de Albornoz e Indalecio Prieto, que eran entonces Ministros de la República o figuras de la oposición, no lo preciso ahora. Guillermo y yo nos sentamos a escuchar. Yo atendí absorto, sin tomar una sola nota, y al día siguiente reproducía en el periódico casi íntegros los tres discursos. Guillermo no salía de su asombro, y toda su vida me recordó, y contaba con frecuencia, mi juvenil hazaña mnemotécnica. Otra prueba curiosa por lo rara y sorprendente es que, siendo un niño o casi un niño, me aprendí de memoria en un número de «Blanco y Negro» una letra para cantar la Marcha Real con nombres de generales monárquicos de aquellos años. Muchas veces, y para «epatar» a amigos militares, se las he recitado cómo prueba de que mi viejo republicanismo no era tan cerrado y excluyente.

He aquí el extraño texto en sus dos partes, sonora y suave:

(Forte)

Pando, Pinto,
 Ochando, Pons, Domingo,
 Castellón, Martín,
 Martiteguí, Rubí,
 Manso, Zampino,
 Palanca, Maccón,
 Chacón, Andrino,
 Capdepóns, Borbón.

(Suave)

Suárez, Suero,
 Rosal, Vidal, Borrero,
 Agustín, Garcés,
 Serra, Cortés, Osés,
 Villa, Molina,
 Marina, Roldán,
 Francés, Alsina,
 Torreblanca, Franc
 —¡Castellví! (trompeta final).

No garantizo la corrección ortográfica de los nombres, dada la vejez del recuerdo, pero no es cosa de ir ahora a rebuscar en los archivos militares. El que más me suena es Marina, que fue Ministro de la Guerra con don Antonio Maura en el primer Gobierno de concentración nacional en 1918.

No puedo detenerme en glosar lo que me enseñaron todos y cada uno de aquellos beneméritos profesores cuyos nombres evoco con agradecida emoción, pero no es justo que soslaye la honda huella que me dejaron algunos de ellos: don Mario Augusto Romero, interventor de Hacienda, me hizo amar la gramática y me volvió verdadero taquígrafo. Hasta que tuve secretarías-taquígrafas a mi servicio, las lecciones de don Augusto, como lo llamábamos, me permitieron tomar apuntes estrictamente textuales de conferencias y charlas, como de las muchas clases orales de los años siguientes, en la Escuela y en la Universidad de Madrid, que frecuenté dos años como libre oyente. Hasta que se me extraviaron en una de las forzosas mudanzas a que me obligó el destino bajo una forma u otra, «manu militari» o por propia decisión, conservé bastante tiempo las transcripciones completas de los textos taquigráficos que tuve la suerte de tomar en las clases de don José Ortega y Gasset y don Andrés Ovejero, de Metafísica el primero, de Historia del Arte el segundo, en sus cátedras de la Universidad Central en aquellos dos cursos. Igual reconocimiento debo a don Manuel González Hernández, que me enseñó la contabilidad, comercial y de empresas, que me permitió ganar las oposiciones a Oficial Primero Contable de la Junta de Carreteras, donde establecí mi vida, tras otros frustrados intentos, hasta que los militares me expulsaron y me enchiqueraron. Mi sincera y vieja francofilia viene de que tuve un gran profesor de francés: don Alfonso Canella y Muñiz, asturiano, hijo de una gran figura política de Oviedo, don Fermín Canella. Don Alfonso, que llevó en París una vida de estudiante bohemio, hablaba un francés perfecto y empezó a darme las clases del segundo curso. Recuerdo que en su primera lección nos dictó un párrafo de Víctor Hugo que no se me ha olvidado, más que por la belleza del texto, porque de entrada nos dejó consternados, pues no habíamos entendido ni una sola palabra.

Madame Thérèse continuait les préparatifs du départ —Doña Teresa continuaba los preparativos de la marcha—. En francés aprendí, por cierto, de labios de don Santiago de Ascanio Montemayor, ingeniero, que fue director de la Escuela y mi primer profesor de Matemáticas, una frase con la que, contando las letras de cada palabra, pueden escribirse las cifras expresivas del valor de π (pi), la decimosexta letra del alfabeto griego, equivalente a nuestra p, que representa la relación constante entre la circunferencia y su diámetro, número

irracional, del que se ha llegado hasta ochocientas cifras. Aunque hoy las fórmulas en que entra este símbolo se calculan por ordenadores que le dan a uno todo hecho, transcribo la frase francesa como una curiosidad pedagógica:

Que j'aime à faire apprendre ce nombre utile aux sages... Puesto en solfa, es decir, en cifras, eso equivale a 3,1415926535..., es decir, un número de decimales apto para cualquier cálculo geométrico.

Especial mención merecen también don Teodoro Rosales Quevedo y don Sebastián de la Nuez Aguilar, que me instruyeron en Física y Química y Ciencias Naturales, hasta el extremo, como contaré después, de que mi primer juvenil viaje a Madrid fue para preparar y hacer las oposiciones a cátedras de Física y Química de Escuelas de Comercio. Don José Oramas, alto funcionario de Hacienda, me enseñó «Hacienda pública», Derecho fiscal y organización administrativa. Recuerdo también complacido a don Francisco Reina, mi excelente profesor de alemán. Cuánto me han ayudado después en mi vida profesional, y hasta política, sus sabias lecciones. Pero sin duda, y dicho sin menoscabo de la ciencia y el aprecio de los demás, el mejor profesor que tuve en mi carrera fue don José Miranda Guerra. Me enseñó Estadística y Geografía económica. Me enseñó y me metió en el alma mi afición y mi amor a la geografía, a los estudios geográficos, que además de impulsar mi frustrada primera orientación profesional hacia la enseñanza, determinó que tal atracción siga siendo hasta hoy mismo grato solaz en muchas de mis morosas lecturas. Para mí, una carta geográfica, un mapa, un atlas, son objetos tan queridos y valiosos como un buen libro. De don José Miranda, con cuya amistad me seguí honrando hasta su muerte —fue, además de Profesor, Secretario de la Cámara de Comercio y Secretario de la Junta de Obras del Puerto—, guardo la memoria halagadora del último examen que me hizo. Me dio sobresaliente con matrícula de honor en todas sus asignaturas, pero la que mejor me gané, a pulso taquigráfico, fue la del último curso del Profesorado, el segundo de Geografía económica. Como hice desde que la aprendí, yo solía tomar taquigráficamente las explicaciones de mis profesores que pudieran interesarme, y así ocurrió con todas las de don José. Si en alguna ocasión él explicó sobre un tema todo lo que sabía, transcrito y aprendido por mí, me hacía saber en aquello tanto como él. El examen de geografía duró dos horas: recorrimos el planeta sin que yo fallara ni una sola respuesta. El profesor me llevaba a los sitios más raros; los ferrocarriles del Canadá, las minas de Africa Central, las producciones agrícolas del Sudán, los grandes puertos del Pacífico, etc., etc. De pronto hizo una pausa en su casi acuciante interrogatorio y me preguntó:

—¿Conoce usted el nombre de un nuevo estado asiático situado al sur de Rusia, limítrofe con Turquía y Persia?

Mi buena suerte me seguía protegiendo. Hacía pocos días que yo había leído en «El Sol», de Madrid, que se había proclamado la independencia de una nueva nación situada en aquella zona del planeta. Esta nueva república fue incorporada posteriormente —la primera Unión de Repúblicas Soviéticas se formó en 1922— al gran imperio ruso como una de los tantos componentes de su federación. Puse un deliberado retraso en contestar:

—Sí, señor. La República de Azerbaiján, cuya capital es la ciudad de Bakú.

Don José no había explicado eso en sus clases. Me miró con cierto estupor y con el aire de quien se da por vencido:

—Está bien, puede retirarse —exclamó.

Cuando acabé la carrera, bajo la influencia de este excepcional profesor, sufriendo una verdadera distorsión vocacional, decidí hacerme catedrático de Geografía. Don José me dijo que en aquel momento el mejor geógrafo del mundo era el profesor Marton, de la Universidad de París, autor, entre otros descubrimientos, de un nuevo sistema de proyección gráfica de zonas y cortes geográficos. Vivía entonces en París mi primo y padrino Luis Doreste Silva, agregado de la Embajada de España en Francia, en la cual trabajaba como secretario particular del Embajador. Le escribí explicándole mi proyecto de ir a estudiar a aquella capital, asistir a las clases de Marton y preparar la cátedra convenientemente. Luis me disuadió del propósito, argumentando la carestía enorme de la vida y la dificultad de encontrar un trabajo que me permitiera estudiar y subsistir. La veracidad de lo primero lo comprobé algunos meses después. Orienté entonces mis aspiraciones hacia los estudios de Física y Química, me nombraron ayudante de la cátedra y profesor de la sección nocturna de la Escuela, y profesé allí durante dos cursos seguidos, del 21 al 22 y del 22 al 23. En las horas que no me ocupaban las lecciones ayudaba, con mi francés cepilladito, en el trabajo de la agencia marítima que tenía en el puerto mi tío Juan, hermano de mi padre. Consignaba una línea de barcos franceses que hacían el trayecto Las Palmas-Dieppe, llevando plátanos y trayendo mercancía general. En recompensa de mi colaboración, la Compañía me obsequió con un viaje gratuito, ida y vuelta, al puerto normando. La escala, que era de seis días, me permitió pasar cuatro en París. Fue en aquel viaje, en cuyo breve curso, y con ansiosa avidez y visión cinematográfica, recorrí externamente casi toda la ciudad, cuando sufrí el «flechazo», lo que los franceses llaman «le coup de foudre», el golpe de rayo, de aquella maravillosa urbe, a la que debo tantos gratos y placenteros recuerdos: desde los divertidos

fin de semana, llegando de Londres, donde los sábados y domingos eran tristes y aburridos, a los estudios del doctorado de mi hijo Octavio, pasando por la recuperación de mi salud tras una urgente operación quirúrgica que me practicaron en una clínica del «XVI arrondissement», el céntrico distrito 16 de la gran capital. He aquí, cómo, a guisa de buen canario cosmopolita, conocí la capital de Francia antes que la de España. A ésta, sin embargo, no tardaría mucho en llegar. Con los ahorros que habían producido mis clases oficiales y mis clases particulares —yo nací realmente para profesor— se había nutrido mi bolsa con la suma que calculaba suficiente para sostenerme un año en Madrid. Embarqué rumbo a Cádiz el 11 de septiembre de 1923. Al bajar a tierra en la *tacita de plata*, como se llamó muchos años a la bella ciudad andaluza, nos enteramos los pasajeros de que en el curso del día 13, unas horas antes de nuestro arribo, el general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja había dado en Barcelona, donde era Capitán General, un golpe de Estado, y que el Rey Alfonso XIII le había encomendado ya la formación de gobierno.

Llegué, pues, a Madrid, bajo la sombra, que todos juzgábamos fatídica y atemorizante, de un espadón que se unía a los que habían constelado a lo largo de casi todo el siglo XIX la accidentada historia de nuestra patria.

VII

EN EL HERVIDERO MADRILEÑO

Llegué a Madrid, como antes expliqué, cuando don Miguel Primo de Rivera acababa de formar el Directorio Militar. Pasé en la capital los dos cursos escolares del 1923-24 y del 24 al 25, con un breve intervalo veraniego, es decir, casi justamente lo que duró el extraño y anacrónico organismo, sustituido luego por los gabinetes civiles que gobernaron hasta que, militares y estudiantes coaligados, el general tuvo que dimitir el 28 de enero de 1930. Había hecho el viaje desde Cádiz en aquel tren cansino, pomposamente llamado «el exprés», que ponía ya no sé cuántas horas en hacer el recorrido. Iban conmigo varios estudiantes canarios. En el mismo vagón, Agustín Cabrera Sánchez, que acabaría luego su carrera como coronel de Artillería, en camino para reanudar sus estudios en la Academia de Segovia. Le gustaba gastar bromas, hacer perrerías. En una de las estaciones de la ruta nuestro tren, ascendente, se detuvo frente a otro que bajaba por la vía paralela. Asomado a una ventanilla hacia nuestro lado contemplaba el animado andén, con visible satisfacción y cara oronda, un pasajero calvo y mofletudo. Nuestra unidad arrancó lentamente, y al pasar nosotros frente a la ventanilla del señor, Agustín, inclinándose fuera, le largó una bofetada con tal fuerza que lo dejó tambaleando. El señor, ya recobrado, casi volcándose, hirviendo de coraje y manoteando con furia, empezó a vociferar insultos y maldiciones mientras nosotros, amparados en la impunidad que nos daba la marcha contraria, nos reíamos ostentosamente. Como yo soy incapaz de una hazaña de ese tipo, he recordado toda mi vida el crispado rostro iracundo del viajero con cierto contrito y cómplice remordimiento.

Mi primera impresión de Madrid no pudo ser más grata: había comenzado ya ese maravilloso tiempo otoñal, templadito, de cielos claros, de brisas leves, que invita a gozar andando de la acogedora

benignidad de la estación, la mejor del año en toda Europa, pues las primaveras suelen ser variables, inseguras, límite siempre indeciso entre el invierno y el verano.

La pensión a la que me dirigí, mi única residencia madrileña en los dos años, salvo las pernoctaciones finisemanales en pueblos y ciudades de Castilla con amigos alumnos de don Andrés Ovejero y del Marqués de la Vega-Inclán, me había sido recomendada por Juanito Betancort, inspector de Policía, amigo de la infancia, también vecino de Vegueta, que había vivido en ella varias temporadas. La pensión de doña Emilia ocupaba el primer piso —el segundo era otra pensión— de una gran casa vieja de la calle de la Ballesta, en el tramo entre Puebla y Corredera Baja, una vía del viejo Madrid, trasera de la Gran Vía, refugio hogaño de bares americanos y salones equívocos, donde pululan gentes de irregular vivir. En mis años juveniles era una calle tranquila, bastante céntrica, que me permitía ir a pie a la Universidad Central, todavía abierta en la calle de San Bernardo, adonde, comenzado el curso, asistía a las clases de que después hablaré. Doña Emilia era la típica patrona de esas casas que tanto abundaban en Madrid, en las que la existencia solía revestir un agradable ambiente familiar. Era viúda y tenía dos hijas, Emilia y María; la mayor, Emilia, era madre soltera y por las tardes, aparentemente, trabajaba de manicura, dejando a su chiquilla a cargo de la abuela, aunque la pequeña, monísima y despabilada, de unos ocho años de edad, ayudaba bastante en las labores de la fonda. Recuerdo, por cierto, que hecha ya una hembra espléndida, fue por algún tiempo novia de Carlitos Hernández Millares, sobrino de Agustín Millares Carlo, médico de profesión y primer marido de Gaby de Resko y de Gómez. La otra, María, era en verdad el burro de carga del negocio. Tendría de quince a dieciséis años, gentil de tipo y monilla de cara, nada rezongona en el trabajo, bellas cualidades que en gran parte debilitaban su notoria falta de higiene personal, que hacía ostensible, aparte de ciertos vahos indiciarios, la pertinaz negrura de sus uñas. Me recordaba la frase de aquel ciudadano que contaba:

—Mira tú si será sucio, que lleva entre los dedos de las manos eso negro que todos llevamos entre los dedos de los pies.

Los dedos de los pies no se los vi nunca, calzados siempre con unas chinelas de color indefinido, que en la tienda presumo que fueran blancas cremosas o algo así, pero las orlas digitales daban frecuentemente motivo de jocosos comentarios, que a ella la dejaban indiferente. Esto de la higiene personal o la deshigiene, fue lo primero que me chocó en la pensión. La inmensa mayoría de las casas viejas de Madrid tenían unos baños destartalados, desde luego sin bidet, las tinas, cuando existían, eran muy angostas, y el cuarto en conjunto estaba

muy lejos del rango que hoy ocupa en una casa moderna. La bañera de doña Emilia, por otra parte, se pasaba casi toda la semana ocupada con lo que ella llamaba «la colada», es decir, la ropa con jabón que se enjuagaba cuando le parecía. Con mis hábitos de canario limpio, era para ella una rareza que yo le pidiera cuatro o cinco veces durante las primeras semanas de mi estancia que me vaciara la pileta para poder bañarme. Pronto, por fortuna, descubrí las duchas del Ateneo, contiguas a la sala de gimnasia y esgrima, en el subsuelo, que usábamos preferentemente los canarios habituales de la casa. Los nativos se asombraban de vernos tomar duchas frías con cualquier temperatura exterior. La higiene de la mayoría de los huéspedes estaba poco más o menos a la altura de la familia rectora. Se me perfila en la memoria la figura de un compañero de pensión, empleado en un bar cercano, que usaba siempre camisas blancas, raras eran entonces las de color, y que a juzgar por el persistente ambiguo tono de la prenda, debía mudarse muy poco. Recuerdo una anécdota atribuida a Baude-laire hablando con un camarada:

—Ayer he tenido una aventura espantosa. Me quedé blanco de emoción. Blanco como tu camisa.

Pero, después de mirar bien al compañero:

—Más blanco —añadió.

Curiosamente, la persona de más aparente pulcritud en la casa era Amparito, la doncella, asturiana de naturaleza, de unos veinte años, gentil y servicial, que aunque asalariada hacía con las demás vida de familia. Guardo muy buen recuerdo de sus atenciones. Verdad es que yo era el que mejor la trataba.

Los restantes huéspedes no eran todos tan sucios. Había al llegar unos doce o catorce, la mayoría fijos, gentes que trabajaban en negocios cercanos, estudiantes recalcitrantes, opositores, cómicos del cercano Teatro Lara y alguna que otra ave noctívaga, entonces muy escasas en aquel pacífico rincón, que sólo hacían breves escalas. Amisté más con los que tenían gustos similares a los míos: Paco, un chico aragonés muy fino, contable en un almacén de muebles, apasionado del teatro; el barman o camarero de las camisas equívocas, que era, no obstante, muy gracioso y ocurrente, como buen andaluz; un palentino, de continente serio, pero afable y conversador, especialista en zarzuelas, pues creo que se sabía de memoria y cantaba con afinación, y sin alardes vocales, todas las arias, romanzas, duetos y coros del género chico, muy en boga en aquellos felices años, y por último un tronado señorito andaluz, de buena casta, a juzgar por sus modales, aunque el raído y desteñido atavío no le ayudara, la fuente de cuyos parvos ingresos todos ignorábamos. Era un entendido aficionado a los toros, diría que hasta sabio, pues conocía la historia del arte, los

nombres y hazañas de todos los toreros famosos, los lances de la corrida, etc. Fui con él a la primera que vi en mi vida, y él me enseñó, toalla en mano a guisa de capote o muleta, todas las suertes de la lidia, desde el volapié a las chicuelinas. Chicuelo era, en efecto, uno de los ídolos taurinos del momento. Marcial Lalanda, Villalta, el primer Litri, etc., eran nombres que ya sonaban, como la famosa rivalidad de Joselito y Belmonte, el toreo alegre y el toreo estatuario. Mi profesor particular no sólo me instruyó, sino que me inficionó. Confieso con cierto rubor, porque he pertenecido y hasta he sido directivo de la Sociedad Protectora de Animales y Plantas, que durante muchos años me gustaban los toros, a pesar de sus detractores, entre ellos el famoso Eugenio Noel, a quien escuché una vez en el Ateneo, y sólo comenzó a debilitarse mi afición cuando empezaron los cuernos afeitados, los toros cada vez menos bravos y más flojos de remos, en fin, cuando se inició esa decadencia de las divisas ganaderas que, salvo en contadísimos casos, es casi general. Antes había toros bravísimos, de buena estampa y trapío, y escasos buenos toreros, aunque hubiera algún fenómeno; hoy los toros son enclenques, se doblan de patas al primer pinchazo, y, en cambio, según aprecio de vez en cuando por la tele, abundan los muchachos con aptitudes y buen arte.

Sobre el hambre de las pensiones se ha hecho mucha literatura. De la de doña Emilia puedo decir que el menú no era muy variado, pero en las porciones o raciones no era cicatera y además estaban bien cocinadas: el clásico cocido madrileño, con más féculas que grasas, desde luego, más garbanzos que tocino, la pescadilla mordién dose la cola, el arroz en paella, también con más paisaje que figuras, como decía Bagaría, las judías verdes, los huevos revueltos, los filetes de los domingos, las albóndigas de los lunes, las croquetas de media semana, etc. Claro es que todos bromeábamos sobre la dureza de los garbanzos, broma clásica en tierras garbanceras, pero las quejas forman parte de la tradición hostelera.

Yo de verdad nunca tuve retortijones hambrinos, nunca sentí necesidad, y sólo alguna que otra vez, cuando nos sobraban unas perras, Juan Ramírez Suárez, el antiguo interventor del Cabildo, que vivía en la pensión de arriba, me acompañaba al «Gambrinus», viejo restaurante de la calle de Zorrilla, donde por peseta y media le daban a uno un bistec con un huevo a caballo que no se lo saltaba un torero, y que le llamaban «Bistec Hindenburg», como el mariscal alemán.

Mencionar a Juanito Ramírez me trae al coco un sucedido que él solía referir mucho con alborozo, y que a mí, en verdad, me hizo muy poca gracia. Está relacionado con lo que pudiera llamar mi primera aventura amorosa de adolescente, aunque a los diecinueve años yo era un varón formado, por no decir curtido. Cayó por la pensión

un día una cómica argentina que formaba parte de la primera compañía de comedias de aquel país que venía a España, la de Muiño-Alippi. La chica, muy guapa, con un chiquillo de cinco o seis años, ocupó la única plaza vacía que había en nuestro piso, distribuyéndose el resto de sus compañeros por otros hoteles y fondas del sector. Se llamaba Mary Isaac: hay nombres que no se le olvidan a uno nunca. Apenas cayó en la casa, le pusieron cerco todos los gallos del corral. La hora de la comida se convirtió en un verdadero torneo de ingeniosidades, rivalizando todos por atraer la atención y la hilaridad de la artista, propicio prólogo de unos posibles favores ulteriores. Yo era todavía muy tímido y encogido para entrar en justas semejantes. No es que siguiera con el pelo de la dehesa, porque los canarios cosmopolitas tenemos todos buen pelo, sino por natural comedimiento y cortesía. Mis palabras y mis gestos fueron siempre acordes a mi temperamento: la saludaba, le daba bromas a ella y al chiquillo, le retiraba o le ponía la silla al sentarse a la mesa, le aliviaba los paquetes cuando coincidíamos en el portal o en la escalera, atenciones normales y menudas, a mi juicio, sin mayor alcance. Al cabo de diez o doce días, coincidimos en el rellano del piso, salíamos a un tiempo. Empezamos a bajar los escalones, me cogió del brazo, retrasó el paso deliberadamente para que nos rebasaran otros huéspedes apresurados y en el último descansillo, apretándose contra mí, me dijo:

—Vete a buscarme al teatro esta noche a las ocho y media.

Eligió, pues, al gallo que tenía menos plumas de todo el gallinero, o que galleaba menos que los demás. La causa me la explicó ella misma espontáneamente:

—De todos los rapaces de la pensión —rapaz tiene un doble sentido, ave de rapiña o chico joven, galleguismo que también empleaban mucho los argentinos—, tú eres el más fino, el más cortés, el mejor hablado.

Ella había comprobado lo que a mí tanto me chocó desde un principio: lo malhablados que eran los machos del lugar; malhablados y maldicientes, pues empleaban en sus continuos tacos palabras y términos que a un canario jamás se le ocurriría usar: Cristo, la hostia, la Virgen, el copón, aparte de los atributos sexuales masculinos, que era la interjección más corriente. La chica no era, claro está, una mojugata, pero le repelía aquella sarta de palabrotas que esmaltaban las agudezas verbales de sus pretendientes. Cuando se marchó —estuvo dos meses en Madrid— me dejó como recuerdo un precioso anillo de fantasía, una baratija, pero de muy buen gusto. Juanito Ramírez me la pedía algunas veces para echárselas con ella, pues era realmente llamativa. Siempre me la había devuelto. Pero un día no lo hizo. Muy enfadado inquirí el paradero de mi sortija:

—Perdóname, Juan, perdóname. ¿Te acuerdas de aquella chavala estupenda que nos hemos encontrado algunas veces en el bar de la Red de San Luis? Yo estoy detrás de ella hace mucho tiempo, pero pedía mucho dinero. Ayer me la tropecé y mientras hablábamos reparó en el anillo.

—¡Qué sortija tan bonita y tan rara! Vaya, si me la regalas me voy contigo ahora mismo —exclamó.

Y Juanito terminaba, en apariencia pesaroso y contrito:

—Perdóname, tocayo, pero no me lo pensé ni un segundo. Me la quité y yo mismo se la puse en el anular de su preciosa mano derecha.

Lo gracioso de la anécdota es que a mí, que apenas si he contado lo sucedido alguna que otra vez, no me ha servido para pavonearme, y Juan Ramírez, en cambio, la saca a relucir cada vez que habla de su pasado juvenil.

Los dos pasamos juntos, en efecto, aquellos años inolvidables. Vivía en el piso superior, expliqué, como también Antonio Fleitas, entrañable amigo, teldense, que fue luego secretario de don José Franchy Roca en el Tribunal Constitucional de la II República y antes cuando fue Fiscal General.

Antonio Fleitas, que era republicano federal, me llevó por primera vez a una reunión de la UGT que se celebraba, creo recordar, en la calle de Piamonte o de Augusto Figueroa, o al revés. Era un mitin o una asamblea del gremio de impresores y el salón estaba repleto de bote en bote. Desde el fondo, en el centro de la mesa presidencial, acerté a ver dificultosamente, pues me lo impedían cientos de cabezas, a Pablo Iglesias, el viejo líder, ya bastante quebrantado de salud. Creo que aquélla fue una de sus últimas apariciones en público, pues los postreros meses de su vida los pasó recluido en su domicilio. Falleció el 9 de diciembre de 1925, y tres días después, por eso recuerdo las fechas, dejaba de existir don Antonio Maura, dos grandes figuras de la política nacional, representativas de lo que fueron quizás las dos únicas tendencias, los dos grandes movimientos de opinión positivos de los últimos años de la monarquía de Alfonso XIII. Yo estaba en Las Palmas en aquellos días, pero recuerdo que el entierro de Pablo Iglesias fue una manifestación multitudinaria de gran magnitud, equiparable a la que unos sesenta años más tarde, salvada la enorme diferencia de población, acompañó a los restos del Alcalde de Madrid Enrique Tierno Galván. A ésta sí que asistí.

Antonio, Juanito y yo nos hicimos pronto socios del Ateneo, que para los canarios liberales no sólo era grato y caliente refugio, nutrida biblioteca, instructiva tribuna, sino medio seguro de seguir de cerca, casi en el vórtice de los huracanes, rozándonos con los protagonistas, la agitada política nacional en el largo estertor del

régimen. En aquellos decisivos años, tan agitados, tan críticos para la nación, se inoculó la juventud de mi tiempo de pasión política. Un virus que para mí, al menos, no ha sido letal, aunque me haya producido accesos febriles recidivantes, pero que en un momento particularmente dramático de mi vida, cuando perdí a mi hijo, me ayudó a que anímicamente no me hundiera.

Hablemos, por consiguiente, del Ateneo Científico, Artístico y Literario de Madrid y de su hervor incesante en aquellos mis dos primeros años de vecino en la que, ya herida de muerte, era todavía la Corte borbónica de España, la Villa y Corte de Madrid.

VIII

LA MUSA POPULAR

En todos los pueblos de España existe siempre algún ser humano poco dotado por la naturaleza, o dotado con cualidades distintas a las de los demás mortales, en quien recaen de continuo las burlas y rechiflas de las gentes. Es lo que comúnmente llamamos el tonto del pueblo. Nuestra ciudad, por no desmentir la regla, tuvo también sus tontos en cada generación, aunque al ir creciendo la población, el pobre desvalido fuera tomando cada vez menor notoriedad, que compartía con otros congéneres, pues el fenómeno es directamente proporcional al número de habitantes. Se dice que el número de tontos que hay sobre el planeta es infinito. Comparto este aserto, aunque hay dos géneros de tontos, el tonto rematado o tonto de remate, que se sabe tonto y al que por ello hay que perdonarle sus tonterías, y el tonto que se ignora y se cree listo, lo que lo convierte en una verdadera peste para los que con él conviven. En mi larga vida he tropezado con muchos tontos de esta especie, que he procurado soslayar en todo lo posible, a pesar de que en mi vida política los que he encontrado, resignado ante la fatalidad, no he tenido más remedio que soportarlos, so pena de romper la baraja. ¡Dios nos libre de los tontos engreídos!, diría, parodiando a Rubén Darío cuando dijo, «De las Academias, líbranos, Señor!».

Los tontos de la primera clase, los del encéfalo corto, o miniencefálicos, no pasan a la historia ni a las historias, salvo que los retrate algún pintor genial, como Velázquez. Pero ocurre a veces que alguno de esos seres posee alguna remarcada característica exterior o alguna habilidad menor, que le confiere cierta personalidad, cierto destello, en un mundo tan cargado de seres grises. Es el caso, por ejemplo, de «Lolita Pluma», pintarrajeada como una mona, fea como un adefesio, vestida con prendas en desuso, disparejas, que hacían de ella una suerte de espantapájaros semoviente y multicolor, y que fue hasta su muerte un accesorio más del Parque de Santa Catalina, con espe-

cial atractivo para los turistas extranjeros. Lolita vendía «chicles», como otros de la misma estofa venden fósforos o limpian zapatos.

En nuestra ciudad hemos tenido algunos ejemplares de esta fauna que se singularizaban, más que por su raro atuendo, por su capacidad versificadora, por ser poetas espontáneos en quienes la expresión rítmica, más o menos ajustada, más o menos aconsonantada, brotaba ante cualquier externa provocación. Algunos de estos vates populares no eran tontos ni mucho menos. Eran simplemente seres a quienes se les había perdido un tornillo y andaban por la vida desequilibrados y ensimismados, es decir, vagando de noche y durmiendo de día, haciendo las cosas a contracorriente de los demás, tan metidos en sí mismos que apenas si reparaban en el mundo exterior. Eran, ya los calificué antes, seres raros, seres que yo llamaría concéntricos más que excéntricos, porque viven vueltos hacia su centro vital. No pude conocer a uno de esos seres originales que dejaron una gran huella en la memoria de sus contemporáneos, y cuyas hazañas verbales se hubieran perdido de no haber tomado Néstor Alamo, con la honda entrega que él pone en estas cosas, un verdadero empeño en recoger y publicar los versos que aquel personaje improvisaba con pasmosa facilidad. Me refiero a doña Agustina González, la «Perejila». No era tonta ni mucho menos la ingeniosa mujer. Era extravagante, también ensimismada, poco cuidadosa de su persona, según me la han descrito, y rompía violentamente, con sus errátiles andanzas intempestivas por las calles de la ciudad, la imagen de recato, sumisión y mansedumbre que era la honesta y propia de la mujer de su tiempo. Yo costeé los gastos de la primera edición del libro que le dedicó Néstor Alamo, que ha vuelto a reeditarse y agotarse rápidamente. En un plano muy modesto contribuí entonces a que no se perdiera la memoria de esta singular poetisa popular, que es uno de los más rutilantes personajes de ese estrambótico género entre los que ha conocido nuestra ciudad. No resisto la tentación, por asociación de ideas o cerebración inconsciente, que diría Rubén, de transcribir unos versos de doña Agustina que me sé de memoria, dedicados a una señora de quien en otro capítulo cité una graciosa ocurrencia a propósito del árbol genealógico de su hermano. Me refiero a doña Dolores de Quintana, que fue esposa del afamado médico de esta ciudad don Cristóbal Quevedo. Se deduce del texto del «poema» que doña Lola estaba hablando con su novio desde la ventana, según era usual y obligado en aquellas fechas. Algo debió mortificar a doña Agustina, pues su agresividad era siempre provocada, que le espetó a la pareja este rimado piropo:

Se tiró la de Quintana
tan fuerte y terrible pedo

que tembló el doctor Quevedo
debajo de su ventana.

—Lola, le dijo su hermana,
Cristóbal te oyó peer,
dirá que tienes un culo
con más potencia que un mulo
y lo quieres para él.

De quien sí guardo un vago recuerdo, un poco fantasmal, en mi memoria, es de otro vate popular, de Roque Morera, que tiene en la ciudad su callecita en los aledaños del Mercado de Vegueta, donde corriera la mayor parte de su existencia, como la tiene también Andrés «el Ratón», otro estrafalario tipo de esta categoría, que no fue poeta. Andrés fue, no obstante, lo bastante original, con su roja nariz abotargada, sus descalzos pies de palmípedo, su aire de transplantado y su condición sumisa y servicial, para que fijemos su recuerdo en ese fichero de nuestra historia local que son los nombres de nuestras calles. Los pies de Andrés, descalzos toda la vida, suscitaban el asombro de todos. Se le pedía que pisara fuerte y aquellos «ñames» gigantescos eran como sonoros palmetazos. Tal dureza tenían los callos de sus calcañares que encendía en ellos los fósforos. Una de sus graciosas manías consistía en limpiar todos los objetos metálicos que encontraba en la playa, detrás del Teatro, hasta sacarles brillo con la solapa de su propia chaqueta o con una especie de capote que algunas veces usaba. Tenía la pasión del destello, como muchos faroles políticos que he conocido.

En una de sus bellísimas crónicas, no recogida en la pequeña antología de sus prosas que publicó su mujer, y cuya selección hice yo mismo, «Fray Lesco» traza una emotiva descripción de Roque Morera a propósito del nombre de su calle. Ya que no puedo ofrecer mi propia evocación, por lo deslucido de mi recuerdo, brindo al lector la que hizo mi tío y maestro don Domingo:

Unos pasos más. Al fondo de la calle, en el muro del Potrero, leo con emoción nueva un letrero que da nombre a un apéndice de calle: «Roque Morera». Y me asalta la imagen de aquel hombre que pisó todos los guijarros de la calle y tocó con sus manos todas sus paredes. Y le veo como ayer, derrotado pero pulcro, abierta la camisa, al aire la ensortijada cabellera de ébano, la mirada perdida, los labios escandiendo el verso en ciernes, el cuerpo rehuyendo la prosaica línea vertical, pero conservando la nativa prestancia, altiva y aristocrática. He aquí, me digo, el poeta genuino de estos lugares, de estas costumbres y de esta vieja prosapia. Y pienso cómo se hubiera extasiado



en esta noche de luna a la puerta de cualquier tugurio; y en el derecho que tiene su memoria a una evocación cariñosa.

Los lugares a que se refiere el escritor son la antigua calle de la Carnicería, que luego se llamó de Mendizábal, después del General Mola y ahora otra vez de Mendizábal, y las callejuelas anejas con sus viejos nombres, Botas, Lonjas, Matazón, Potrero, etc. Por aquellos rincones también hizo y deshizo su vida el poeta popular. Tengo en la memoria tan sólo una de sus improvisadas cuartetas. Una tardecita, en la ribera del mar, Morera dormía, apoyado en un muro, una de sus siestas levemente etílicas. Cerca de él, tres o cuatro «roncotes» discutían en tonos destemplados sobre las proezas natatorias de uno de ellos:

—Mira tú, yo de aquí puedo ir nadando al puerto.

—No seas bobo, ¡tú no sabes nadar pa'eso!

—Que sí, que puedo llegar al puerto...

Los contertulios, alzando las voces en demasía, despertaron a Morera, que apenas captó el motivo de la contienda, exclamó:

Aunque mi musa es muy lerda
y a versificar no acierto,
no vayas nadando al puerto,
vete nadando a la mierda.

Otra figura muy popular en los tiempos de mi primera mocedad fue la de don Cleto, inspector de la Guardia Municipal. Era un tipo alto, delgado y anguloso, con un vulgar perfil narizón que no hubiese detonado de no ser por el raro nombre que lo adornaba y que a los chiquillos nos hacía mucha gracia. Como nos hacía reír mucho cuando el hombre corría detrás de nosotros, que, parapetados en las esquinas, le gritábamos con agudo sonsonete:

—¡Cleto, Cletiiito, Cletito!

Nuestro don Cleto, muy sulfurado, les explicaba a los mayores:

—No me fastidia que me llamen Cleto o Cletito; lo que me jeringa es el retintín con que me lo dicen...

Otro esperpento popular, ni poeta ni loco, sino orador sonambúlico, no sé si por las muchas o las pocas copas, fue Baldomero, grandullón y desbaratado, que andaba por nuestras calles obsequiando a todo el mundo con unos soliloquios incoherentes y gesticulantes en los que siempre planteaba algún agravio personal. Se le encontraba en cualquier parte de la ciudad, pero preferentemente en la calle de Triana, donde los vecinos comerciantes le ayudaban con algún donativo, que lo mismo podía ser en metálico que en prendas de vestir usadas. Siempre se veía que el difunto era más largo o más chico. Recuer-

do de él un «golpe» que se hizo popular. Una vez que vino a nuestra isla el obispo de Tenerife, Padre Albino, hombre de alta estampa y andar despacioso, hizo a pie por Vegueta un largo paseo, repartiendo muy pausadamente bendiciones a uno y otro lado de la calle. Acertó a pasar frente a Baldomero, parado en la acera viéndole llegar, y el obispo, con toda la prosopopeya que ponía en sus ademanes, se volvió hacia él y le dio su bendición. Baldomero, ni corto ni perezoso, imitándole con cómicos aspavientos, le devolvió su propia bendición mientras le decía con su voz bronca y rasposa:

—Tú Albino y yo al ron: ni me debes ni te debo.

Ninguno de estos seres marginales, como se dice ahora, aunque no se les mantenía en los márgenes, vivió tanto tiempo como el personaje que más conocí, porque también fue hasta su muerte vecino de Vegueta. Me refiero a Juanito «Argumento», como todos lo conocían, aunque él firmaba con sus apellidos las octavillas que regularmente le imprimían unos caritativos amigos y que él vendía o regalaba con los tesoros de su inspiración poética. Pero su verdadero y parvo sustento se lo proporcionaba la venta de cajas de cerillas, que ofrecía a los viandantes farfullando:

—Fósforos, fósforos —con tal atropello que la palabra sonaba apocopada, como si dijera: frósfos, frósfos...

De la calidad de su numen, y sobre todo de lo pulcro de su imaginaria poética, dan idea estos pocos versos, dedicados a otro contrincante, vate popular de vida efímera, cuyo nombre he perdido, por cuyo traslado desde mi memoria, culpable por haberlos retenido, pido excusas al lector. Decían así como resuello final de un largo improperio:

Te pareces al trinquete
de un barco desmantelado,
huéleme el culo de lado
y cuando te canses, ¡vete!

Es clásico en la historia del humorismo canario, y ha debido pasar ya a la antología del género, el sucedido que nos contara en su época aquel gran médico, gran corazón y gran bromista, que fue don Ventura Ramírez Doreste, esposo de doña Sofía de la Torre, una de las mujeres más bellas entre las de su época, y padre del inolvidable amigo Juanito Ramírez de la Torre, compañero de viajes a Teror para ver a las novias, y también de nuestras tertulias aurorales en la plazuela de los Patos, plaza de la Democracia o de Hurtado de Mendoza, que con los tres nombres se la conoce. Don Ventura tenía un sentido del humor acusadísimo y él solía decir que las chanzas curan mejor

que las medicinas. Vivía en Vegueta, en la calle Dolores de la Rocha, y como yo vivía en la de los Reyes, me lo tropezaba con bastante frecuencia. Un día, yendo con un amigo que iba a casarse, nos lo encontramos:

—Me han dicho que te vas a casar —le preguntó.

—Sí, don Ventura, a fines del mes próximo —le contestó mi amigo.

Se le quedó mirando despaciosamente, y con la sonrisa inequívoca que se le dibujaba en tales instantes, recitó:

Cásate y tendrás mujer,
y le cogerás el culo...
y a los tres meses escasos
te crearás que es el tuyo...

El consejo lírico de don Ventura nos dejó confusos y cariacontecidos, y comentamos:

—¡Caray! ¡Y que eso nos lo diga un hombre que tiene una de las mujeres más hermosas de la ciudad!...

Al despacho de don Ventura, abierto con generosa liberalidad, acudió un día Juanito «Argumento», pálido, ojeroso, vacilante.

—Mire, don Ventura, me encuentro muy mal, mareado, sin fuerzas, todo me da vueltas.

Don Ventura, que ya lo había tratado, hizo la pantomima de reconocerlo, le dio un frasco de fosfatina cálcica o algo por el estilo, y le amonestó severamente:

—Tú no tienes nada, Juanito; lo que tienes es que abusas mucho de la masturbación.

A Juanito un color se le iba y otro se le venía:

—Don Ventura, es que no me puedo aguantar, es que soy muy, muy... —balbuceó el poeta.

—Tú lo que eres es un insensato. Te vas a matar si sigues así, tienes que reprimirte: de aquí en adelante sólo lo haces los domingos...

Juanito, con su frasco en la mano y ya más tranquilo, se dispuso a salir, pero cuando llegaba a la puerta se detuvo, se volvió hacia atrás y le interrogó:

—Oiga, don Ventura, ¿y si cae algún día de fiesta entre semana?

Las tertulias aurorales de que antes hablé —y las llamo aurorales porque muchas noches se dispersaban con las primeras luces de la aurora— tenían como escenario las mesas y sillas que había en un kiosco de la Plazuela. Durante la época en que hacíamos «El País», pero también antes, que coincidió en parte con los días en que el pintor Néstor trabajaba en la decoración del Pérez Galdós, todas las noches nos reuníamos en la Plazuela —en los meses crudos íbamos

al «Suizo» del Puente de Palo— a charlar, tomar un helado o un chocolate, a apurar algunas cervezas, pues la «whiskymanía» no había comenzado aún, un grupo de viejos amigos, jóvenes de edad, con algún que otro transeúnte o invitado de los asiduos. Solíamos ser Eduardo Gregorio, el entrañable amigo, gran escultor, Rafael Navarro Jiménez, futuro bufete en Madrid; Félix Delgado Suárez, escritor y poeta; Juanito Ramírez de la Torre, Abogado del Estado en funciones; Pedro Perdomo Acedo y Cristóbal González Cabrera, escritores los dos y compañeros de redacción; Tomás Miranda Ortega, jefe de Estadística, algún otro amigo, como Paco Martín Vera, de vez en cuando, como también Néstor, que se incorporaba a nuestra reunión al salir de su trabajo nocturno en el coliseo. Alguna noche acudía Manolo Reyes, gran caricaturista y enorme bohemio, hijo de un famoso dentista de la ciudad, y yo, que «también diba», como dicen los barqueros. Ya saben ustedes que el verbo ir se pronuncia «dir» en lengua marinera. Recuerden lo que decía aquel pescador de San Cristóbal a quien le ofrecían ir en un velero a la costa:

—Mire usted, estoy en la de tres —explicó.

—¿Qué significa estar en la de tres? —le preguntaron.

—Pues, hombre, que estoy en una «pa dirme» y en dos «pa quedarme».

En el curso de nuestras tertulias, ya bastante avanzada la noche, veíamos a veces pasar sigilosa, siempre recelosa, la silueta larguirucha y desgarbada de Juanito «Argumento», que también vivía en Vegueta, en la calle de López Botas, en un cuartucho cuya existencia delataba el vaho inconfundible que salía al encuentro de quien transitara el paraje. Una noche, Félix Delgado, muy amigo de hacer perrerías, vio cruzar al fondo de la plaza a nuestro vate y se le ocurrió llamarlo para divertirse un rato con él. Le compró una de sus cajetillas, le hizo preguntas y se interesó por sus creaciones, diciéndole que él era un colega, pues también hacía versos. De pronto le preguntó:

—Oiga, Juanito, ¿se tomaría usted ahora un buen vaso de leche caliente con un bizcocho lustrado, de esos de Tamaraceite?

Los jugos gástricos de Juanito, que probablemente hacía muchos días que no se echaba al gazzate sustancias calientes, se alborotaron ruidosamente y empezaron a secretar hasta por la comisura de los labios.

—¡Ay!, don Félix, ¡qué bromista es usted! —acertó a articular.

—No, Juanito, no es broma —y volviéndose al camarero le ordenó—: Pepe, tráigale usted aquí a Juanito un vaso grande de leche caliente y un buen bizcocho lustrado.

El mozo cumplió, y Juanito, con visible avidez, se zampó el bizcocho y la leche. Pero apenas le había llegado al estómago el líquido

confortador, se quedó dormido como un tronco. Nos reímos un rato y seguimos tertuliano por lo menos hora y media o dos horas más. Nos levantamos para marcharnos, pero como Juanito siguiera dormido, Félix lo movió por un hombro para despertarlo:

—Juanito, despiértese, que ya nos vamos.

Juanito se despertó sobresaltado, se estregó los ojos, y sonriendo con una sonrisa indescriptible, infame, le dijo a Félix:

—Don Félix, ¿podrá usted creer que estaba soñando que me había tomado un vaso de leche y un bizcocho?

IX

EN LA «SUITE» DEL HOTEL JORGE QUINTO

Demos ahora un salto, tanto geográfico como temporal, al modo que lo hacía el clásico Diablo Cojuelo levantando los techos de las casas, o como lo hacen hoy esos chismes metálicos, brillantes y erizados de antenas que circulan por los espacios y por los tiempos en el cine de ficción, y pasemos del Madrid de Primo, donde me quedé en el otoño de 1923, al París de unos treinta años más tarde, hacia 1951 ó 1952, cuando la primavera incipiente nos deja ya soltar los abrigos. Dije antes que durante bastantes años solía ir desde Londres, donde había pasado la semana, a gastar en París las horas siempre más gratas del sábado y el domingo.

De todas las grandes capitales que conozco, es Londres la más cómoda, la más habitable, y en términos de seguridad ciudadana, a pesar del gamberrismo futbolístico, la más segura. Se debe ello a varias cosas, entre ellas sus transportes interiores, el Metro y los Buses, que le dejan a uno siempre a cien pasos de donde quiera ir. Hasta los taxis, con su cajón secular, son los más cómodos del mundo. El talante de los ingleses también contribuye. Como cada uno de ellos es una isla dentro de su isla, no se preocupan de las vidas ajenas y dejan vivir a cada cual a su propio aire. Y son muy respetuosos con los demás. París, más monumental, más latinizado, más divertido, es otra cosa: tiene otra vida, muy grata, pero el francés, también ensimismado, sigue teniendo relentes de xenofobia que no he visto nunca en los ingleses.

Me estuve alojando repetidas veces, estando en París, en el Hotel Jorge Quinto, en la avenida de igual nombre que desemboca a la izquierda, subiendo, de los Campos Elíseos, excelente y moderno, hasta que me sobrevino, pernoctando en él, una hemorragia gástrica de úlcera duodenal que motivó una rápida intervención quirúrgica, que he referido en mis «Cuadros del Penal». Le cogí manía al Hotel y ya

no he vuelto sino alguna que otra vez a su elegante bar, donde se siguen dando cita a las horas del aperitivo algunas de esas mujeres despampanantes que circulan sueltas por París, con grave peligro de los viandantes. En los años de mi relato lo frecuentaban muchos famosos artistas de cine, y recuerdo haber coincidido en algún salón o en los ascensores, entre otros, con Gregory Peck y la bellísima Greer Garson.

En estas excursiones finisemanales iba siempre acompañado de Manolo Pulido Betancor, audaz navegante en todas las borrascas, amigo querido, bromista impenitente, que dirigía la oficina receptora de frutos que la casa que yo regentaba, Hijos de Juan Rodríguez, S. A., tenía cerca del mercado central de Covent Garden, en la capital británica. Nuestros frecuentes viajes a Londres, ahora puede decirse ya toda la verdad, tenían el fundamento oficial de inspeccionar el mercado, la marcha de la oficina, visitar y saludar a los clientes compradores, tomarle, en fin, el pulso a un negocio tan aleatorio como ha sido siempre la venta de frutos de estación en mercados abiertos. Pero también, y por una temporada más larga de lo que hubiéramos deseado todos los exportadores, íbamos a Londres para cobrar los excedentes de las ventas y organizar su adecuada colocación y empleo. En aquellos tiempos de la dictadura, el Estado, a través del Instituto de Moneda Extranjera, ejercía un rigurosísimo control de las divisas que los españoles ganábamos o recogíamos fuera de nuestras fronteras. La medida tenía sobrada justificación, pero era arbitraria, y sobre todo injusta, la forma en que se aplicaba. Durante una larga etapa estuvimos obligados a repatriar hasta el último penique de nuestros tomates, que el Estado se apropiaba pagándonos las libras a una cotización muy por debajo de su valor en el mercado internacional. Como, por otro lado, era muy cicatero en los cupos de divisas que nos asignaba para nuestras compras en Europa —entonces se traía de Suecia, de Alemania, de la propia Inglaterra, casi todo lo que necesitábamos para empaquetar el fruto, desde los clavos al papel «kraft»— para poder disponer del dinero de nuestros indispensables suministros teníamos que falsear las cuentas de ventas, haciendo filigranas con los números, y siempre con el riesgo de que pudiera descubrirse ese supuesto delito de evasión de capitales y dar con nuestros huesos en la cárcel, cosa que le ocurrió a más de un exportador. Nuestras reiteradas quejas lograron al fin modificar el duro trato oficial, y el Ministerio de Comercio decidió que los exportadores entregáramos una cantidad mínima por cada cesto exportado —creo recordar que eran cinco chelines—, pudiendo disponer luego del resto de los productos de la venta. Pero hasta esta medida, aparentemente razonable, era injusta: nos pagaban nuestras esterlinas a un cambio muy

por debajo de su valor verdadero en el mercado libre. En un determinado momento nuestras libras eran pagadas a razón de unas 85 pesetas unidad, cuando el tipo exterior era de 125: al revender nuestras divisas, muchas de ellas a nosotros mismos, el Instituto hacía un negocio suculento, 40 pesetas por libra, una verdadera especulación, que, sin embargo, se castigaba duramente si la hacíamos los verdaderos productores de la moneda. Estos equilibrios monetarios eran, pues, otro poderoso motivo, oficialmente inconfesable, de nuestros frecuentes viajes a las fuentes productoras. Creo que la digresión no habrá sido inútil, porque ilustra uno de los muchos episodios de la verdadera lucha a brazo partido, o a brazo encarcelado, que hemos librado los canarios con la incomprensión de los organismos centrales. Le oí decir a Luis Navarro Carlo, que fue muchos años gerente de la firma más importante en la exportación de plátanos, que sólo con la reventa de las divisas de esta fruta exportada al extranjero, el Estado se había embolsado más de 2.500 millones de pesetas, una fortuna entonces, mucho más ahora, y eso que los plátanos tenían mucha menos venta exterior que los tomates. Todo esto también forma parte de la historia.

Antes de marchar a París los fines de semana, telefoneábamos desde la oficina para hacer la reserva de nuestras habitaciones. En una ocasión se encontraba también en Londres Alberto Urbieta, hombre de extraordinaria calidad, cordial y generoso, que había dirigido la CIEL, compañía de exportación e importación de capital vasco, como lo era Alberto, y que después se asoció con Francisco Quintana y Niceto Flores en un importante negocio de pozos y cultivos de exportación. Alberto, que era más bueno que el pan, sólo tenía una fobia, aparte la de Franco, que le persiguió en Bilbao, y que con él compartíamos la mitad más uno de todos los españoles: la del doctor Pildain, obispo de nuestra diócesis. Pero no es que abominara de nuestro grande y virtuoso obispo, cuya labor humanitaria conocía bien, sino de aquel conocido través de nuestro inolvidable don Antonio: su misoginia. Yo he tratado de explicarme el origen de esa manía persecutoria —ni un solo centímetro de carne femenina presuntamente excitante podía mostrarse en público— en el librito consagrado a nuestros obispo en la colección «Guagua», del Cabildo Insular, que dirige Paquito Morales Padrón, profesor universitario en Sevilla. Alberto, como buen vasco, no diré machista, pero sí reverenciador del bello sexo, no podía soportar que otro varón de su pueblo execrara al sexo opuesto. Yendo un día los dos por Picadilly Circus, céntrica plaza londinense, acertó a ver en un escaparate unas corbatas de muchos colores que llevaban estampada la completa figura de una mujer desnuda, un cuerpo bien modelado. Como una centella, sin decirme una palabra,

entró en la tienda, compró una corbata, pidió un sobre en que cupiera y acto seguido la franqueó y la metió en un buzón dirigida al doctor Pildain, obispo de Canarias. No tuve tiempo ni de hacerle ver que el obispo tenía sus secretarios y que la corbata seguramente no llegaría a sus manos. Como expliqué antes, aquel fin de semana, Alberto, conociendo nuestras escapadas, nos pidió que al reservar nuestros cuartos le reserváramos uno para él. Como Manolo era un poco de la piel del diablo decidió gastarle una broma: en vez de reservarle una habitación le reservaríamos una «suite». Hay que conocerlas para saber lo que son las «suites» del Hotel Jorge Quinto: alcoba regia, dos salones contiguos, doble servicio, todo ello enmoquetado y amueblado para uso de embajadores extraordinarios y millonarios americanos.

Al atardecer del viernes Manolo y yo llegamos al Hotel. Pedimos las llaves reservadas, y sin que reparáramos en ello nos entregaron la de un cuarto y la de la «suite». Cuando estábamos en el piso descubrimos la confusión: Alberto, que nos había dicho que llegaría a París por la mañana, antes que nosotros, tuvo que retrasarse, y llegó horas después. El recepcionista, como el encargo lo había hecho Mr. Pulido, cliente habitual, creyendo que la «suite» era para él le entregó la llave que aún no había recogido Alberto. Yo me quedé consternado:

—Manolo, pero tú no sabes lo que cuesta esto. Vamos a tenerle que pedir dinero a Cocó —así llamábamos familiarmente a Antonio Bonny, conocido negociante suizo-canario de nuestra amistad—. Porque no van a dejarnos salir.

Pero Manolo no se arredraba por tan poca cosa. Ya veríamos. De todos modos, como yo era el jefe y el más viejo, se me destinó la «suite» y él tomó la otra habitación. Excuso decir lo que se rió Alberto Urbietta cuando llegó más tarde y se enteró del equívoco: a eso se llama ir por lana y salir trasquilado.

En todas esas excursiones siempre divergían las ocupaciones de Manolo y las mías. No es que quiera hacerme pasar por un santo, pues todos tenemos nuestras debilidades, pero mis aficiones artísticas y mi buen conocimiento del francés me llevaban a acudir a algún concierto —eran famosos entonces los de la Orquesta Padeloup— o algún teatro, mientras que Manolo prefería otras diversiones. La noche de autos lo hicimos así: yo me fui a un teatro y Alberto y Manolo a tomar unas copas y «a ver el género» por las calles de Montmartre. Antes de las doce y media de la noche —los teatros en París empiezan temprano, Madrid es la ciudad del mundo en que comienzan más tarde— estaba yo en mi regia cama y dispuesto, dado el ambiente, a pasar una buena noche soñando que era un Bey de Turquía. A eso de

la una, en pleno sueño, sonó con estrépito el teléfono. Como no esperaba ninguna llamada, lo cogí asustado:

—Juanito, ¡aquí estamos, en Montmartre, Alberto y yo, que hemos pedido una llamada telefónica a Las Palmas para hablar con Pildain!

Me quedé frío, estupefacto. Pensé en seguida que por aquellas fechas no éramos muchos los canarios que viajábamos al extranjero —a mí me costó Dios y ayuda obtener el pasaporte, aunque fue por mis antecedentes políticos— y que por la rareza de la intempestiva llamada no iba a ser difícil que alguien creyera que la hacía un notorio «rojo», también, naturalmente, anticlerical, que precisamente se encontraba en París aquella noche, y que al final todo confluyera en que me echaran a mí, no el parche, sino el fardo voluminoso de una culpa semejante.

—¿Pero estáis locos, Manolo? —le contesté—. No hagáis más disparates que ahora mismo trataré yo de anular la conferencia. ¿No comprendes que estando yo aquí, con mis malos antecedentes, me pueden señalar como autor de esa impertinencia? La fobia de Urbieita se había manifestado una vez más.

Logré, en efecto, anular la llamada desde el hotel, después de no sé cuántas interrupciones explicativas, porque el «Doctor Pildén», como pronunciaban las telefonistas, sabía yo que estaba ausente de la ciudad. Pero no iban a acabar aquí los sustos telefónicos de aquella noche, aunque el siguiente ya fue bastante más divertido y por eso lo cuento con detalle.

Apenas había vuelto a mis sueños orientales, cuando otro timbrazo me sentó en la cama. En el reloj apreció que apenas había pasado una hora. Era un poco más de las dos. Otra vez sonaba al otro lado la voz de Manolo, visiblemente enardecida:

—Juanito, tenemos aquí en la calle esperándonos a ocho o diez chicas y dos chicos. todos guapos y fotogénicos, a quienes les hemos dicho que hemos venido a París con un rico productor de cine hispanoamericano a contratar extras franceses para una película de ambiente cosmopolita que vas a rodar en varios escenarios. Vamos con ellos hacia el hotel, de modo que vete preparando.

Me desgañité en vano, porque aquellos dos «mataperros» juntos habían sumado sus dos poderosas energías de «coñones» temibles y habían montado ya una farsa avasalladora. Pensé que no había otra opción que subirse al carro. Me vestí de prisa, preparé la «mise en scène», y aguardé la llegada del batallón. Antes de media hora irrumpían en mi «suite». Eran no recuerdo bien si ocho o nueve chicas, a cual más escultural, procedentes sin duda de algún cuerpo de baile de un cabaret de Montmartre y un par de muchachos lustrosos de la misma estofa. Empecé a desempeñar mi papel de productor adine-

rado. Para imprimir carácter le daba a mi correcto francés cierta inflexión, cierto acento, que lo americanizase en lo posible. Como buen empresario, interrogué al personal e hice que Alberto, súbitamente convertido en «script girl», mejor «script boy», o secretario de producción, tomara los nombres y direcciones de cada uno de ellos. Aludí vagamente, pues los concretaríamos en una próxima reunión, a unos supuestos honorarios que, como yo no tenía la menor idea del asunto, debieron salirme muy apetitosos, pues todos notamos un claro gesto colectivo de complacido asentimiento, y convinimos en que como el sábado y el domingo tenía yo que atender a otros anteriores compromisos, quedábamos todos citados para el lunes siguiente a las doce de la mañana —eran ya más de las tres de la madrugada del sábado— en el vestíbulo del hotel, reunirnos con mis asesores jurídicos y técnicos, formalizar los contratos y tomar las primeras disposiciones. En mi vida me había visto yo en papeles más relevantes. Había soñado primero que era un bey turco o egipcio, aunque me faltó tiempo para reunirme con el harem, y me veía ahora exaltado a productor capitalista para una película que reclutaba sus extras nada menos que entre bailarinas y alternantas de París. Para rematar la velada y quedar a la altura de mi pabellón, sin pensármelo mucho, o mejor, pensádomelo bien, porque tenía que darle a la cosa una salida espectacular y no despertar sospechas, ordené por teléfono que nos subieran unas botellas de champán.

No diré que aquello acabó como el rosario de la aurora, aunque sí acabó bastante avanzada la aurora. Juntando nuestras tres bolsas, como habíamos juntado nuestras tres desvergonzadas carotas, el lunes a primera hora liquidamos las cuentas y partimos sigilosamente rumbo a nuestros negocios serios por vía aérea, no sin antes dejar la advertencia al personal del hotel que explicaran a cualquier visitante que los señores americanos habían abandonado el local muy temprano y no habían dicho para dónde partían y por ello no conocían en absoluto sus direcciones. Por mi parte, yo estuve lo menos un año, aunque seguí viniendo a París regularmente, sin aparecer por ningún rincón de Montmartre, no fuera que el diablo al azar me pusiera delante de alguna de las apócrifas extras y pudiera reconocerme.



Foto 1.—Doña Carmen Doreste de Rodríguez con sus cuatro hijos mayores, Juan, Manuel, Carmen y Pino, de unos cinco meses, en los brazos de su madre. En el curso del año 1912. Faltan los tres nacidos posteriormente, José, Jesús y Rosario. (Foto Enrique Ponce.)



Foto 2.—Con Domingo Marrero Guerra, futuro médico, ante la Puerta de Alcalá en Madrid. Diciembre de 1923.



Foto 3.—El autor, descubierto, con Juan Ramírez Suárez, a su derecha, futuro Interventor del Cabildo de Gran Canaria, y Domingo Marrero, ante las verjas del Parque del Retiro, en Madrid. Abril de 1924.



Foto 4.—La Junta Directiva de la Sociedad de Amigos del Arte “Néstor de la Torre”, frente al Hotel Atlantic, en Ciudad Jardín. De izquierda a derecha, Paquita Mesa de Christensen, Rosita Caballero Millares, de rodillas, el autor, Manuel Caballero Rodríguez, José Avellaneda Cardoso, Ignacio Pérez Galdós y Ciria, Tomás Christensen, José Hernández, Cónsul de Grecia, Lolita Bosch Millares, Luis Mesa López, Paquita Sofía de la Torre de Pérez Galdós, Encarnación Millares Carlo de Bosch, Concepción Guedes de la Torre, Manuel de la Torre Cominges, Conchita de la Torre Guedes y, en cuclillas, Antonio Grondona. Foto hecha en 1935.



Foto 5.—Doña Encarnación Millares Carlo, Cachona para sus amigos, acompañan a Néstor Alamo y al autor en uno de los ensayos de la gran “Fiesta Típica Canaria”, que organizó la Sociedad de Amigos del Arte “Néstor de la Torre” para el lanzamiento del traje de campesino canario recreado por el pintor Néstor, cuyo es también el decorado. Año 1934.

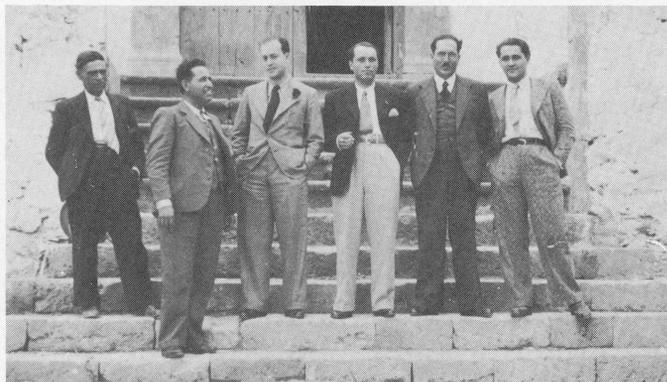


Foto 6.—Delante de la Iglesia de Adeje (Tenerife) en el curso del traslado del Archivo de los Condes de la Gomera. De izquierda a derecha: un capataz de Antonio Artilles, el contratista Antonio Artilles, el autor, Pedro Alvarez, delineante, Simón Benítez Padilla y un hijo de Artilles. Foto tomada por José Naranjo Suárez, funcionario del Museo Canario. Año 1935.

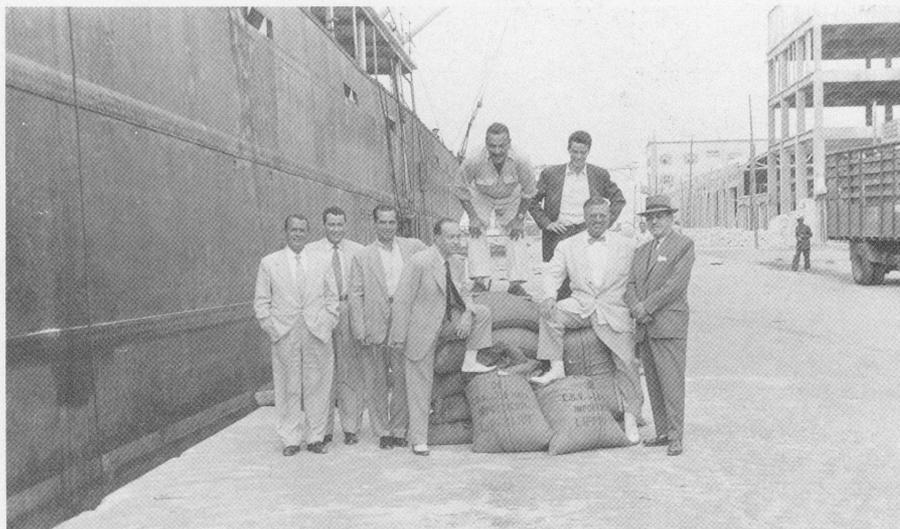


Foto 7.—En la descarga de un cargamento de sulfato amónico, desde el barco "Santo Domingo", en el Puerto de la Luz de Las Palmas. De izquierda a derecha, en primer plano, Manuel Rodríguez Herranz, apoderado de la firma vendedora; Carlos Lippmann, de Madrid; Juan Salazar Lara y José Rodríguez Tascón, que con el autor y Manuel Pulido Betancor forman parte de "Hijos de Juan Rodríguez, S. A.", receptores de la mercancía, y Gaspar Márquez Ortega, gerente de "Camilo Martínón Navarro", consignatario del buque. Detrás Antonio Martín Navarro, encargado de los consignatarios, y otro empleado de la firma. Agosto de 1955.



Foto 8.—Aparece en la foto el poeta y académico de la Lengua Gerardo Diego, al que acompañan, de izquierda a derecha, el pintor Juan Ismael González, el poeta Pedro Lezcano, Simón Benítez Padilla, Presidente del Museo, y Ventura Doreste, escritor y poeta. Hacia 1985.



Foto 9.—Un grupo de amigos del Museo con Agustín Millares Carlo: el poeta Pedro Perdomo Acedo, el médico José Jaén Díaz, el historiador Manuel Hernández Suárez y los poetas Agustín Millares Sall e Isidro Miranda. Hacia 1962.



Foto 10.—En el acto de descubrimiento de la placa que da el nombre del famoso sabio antropólogo francés Doctor René Verneau a la antigua calle de San Marcos. De derecha a izquierda: Carlos Navarro Ruiz, cronista y Presidente de "Fomento y Turismo"; José de Aguilar, Presidente del Cabildo; el General Tenorio, el doctor Verneau, dos altos militares y Salvador Manrique de Lara, Alcalde de la ciudad. En la ventana aparece el doctor Ripoche, conservador del Museo. Febrero 1926.



Foto 11.—Compromisarios canarios para la elección de don Manuel Azaña a la presidencia de la II República, en mayo de 1936. Faltan en la foto Pedro García Cabrera y Juan Pedro Schwarz. De izquierda a derecha, el autor, Fernando Álvarez Astorga, Manuel Miranda Márquez, J. Rodríguez Sanfiel, Rafael Roca Suárez, José Miguel Pérez y Lucio Illada. Frente al Bar Atlántico, en Santa Cruz de Tenerife. Mayo 1936.

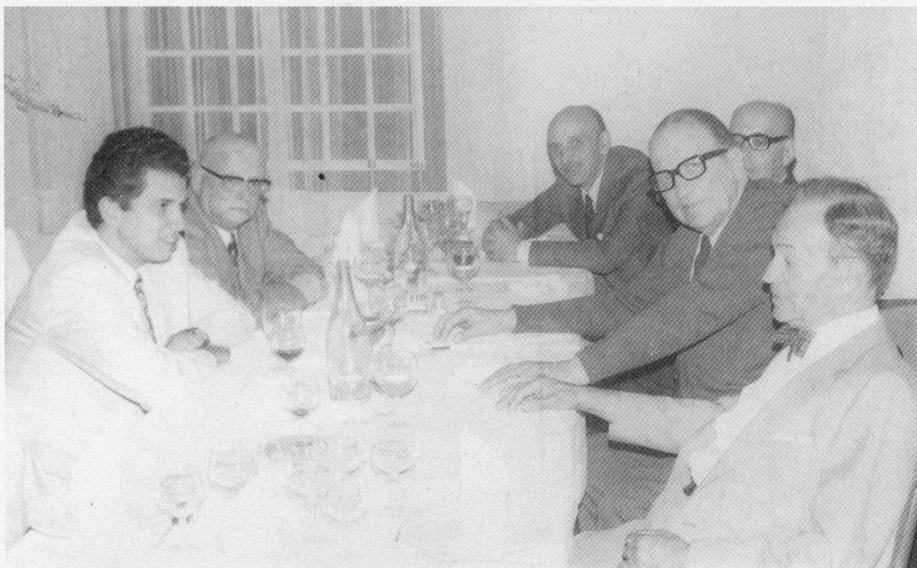


Foto 12.—En uno de los almuerzos con que la Directiva del Museo Canario agasajaba a Agustín Millares Carlo cuando sus recaladas por la isla eran esporádicas, desde México o Venezuela, donde entonces residía y profesaba. Están con él Lothar Siemens, Antonio Limiñana, Juan Nogales, José M. Alzola y el autor.



Foto 13.—Miguel Angel Asturias, Premio Nobel de Literatura, en un salón del Museo la tarde en que pronunció allí una magistral conferencia; con él están José Miguel Alzola y el autor. Al fondo, con sombrero blanco, Blanquita, la esposa de Miguel Angel.

X

LAS RARAS Y SONADAS VISITAS DE ALTOS DIGNATARIOS

Desde que terminó la conquista del archipiélago, con la total rendición de los guanches de Tenerife en septiembre de 1496, las islas entraron en un lentísimo proceso de organización y crecimiento, uno de cuyos componentes era la escasa comunicación con la Península, de la que en muchos años sólo recibimos obispos, regentes, veedores y reformadores de Guerra, capitanes y comandantes generales y hasta corregidores, sin que ningún alto personaje oficial se dignase visitarnos. A pesar de ello, escalaron aquí gentes de calidad que alcanzarían fama y gloria, sin que, salvo en el caso de Colón, los canarios nos apercibiéramos de la importancia histórica de aquellos casuales visitantes. Así, por ejemplo, pasaron por la bahía de las Isletas, la rada más abrigada y acogedora de todo este sector del Atlántico, figuras del relieve de Américo Vespucio y Juan de la Cosa en el año 1499, formando parte de la expedición de Alonso de Ojeda, rumbo al continente recién descubierto; Hernán Cortés, el conquistador de Méjico, que formaba en las huestes de Alonso Quintero, en 1504; Diego de Ordaz, colaborador de Cortés, pasó en 1520; y hasta Juan Sebastián Elcano, superviviente milagroso de la primera vuelta al mundo, pasó en la única nave que se salvó de la expedición de Fernando Magallanes, asesinado en Filipinas, en el año 1522. Tuvimos obispos ilustres, como Murga y su famoso histórico Sínodo; Servera, que inició las obras del Hospital de San Martín; Encina, después obispo de Arequipa, en Perú, comisionado ante la Junta Central formada a la caída de Fernando VII, en 1808, para defender los derechos de Gran Canaria y de Las Palmas frente a la Junta de La Laguna; Verdugo, el primero y único prelado canario, que nos construyó el primer Puente de Piedra sobre el barranco; Pozuelo, que excomulgó a don Agustín Millares Cubas y al doctor Chil por evolucionistas, etc., etc.; pero las crónicas no registran el paso por la ciudad en tantísimos

años de otros personajes de igual fuste. No es de extrañar, pues, que la primera visita de una persona de la familia real, la infanta doña Eulalia de Borbón, hermana de Alfonso XII, que hizo una fugaz escala en la ciudad a principios del año 1893, cuando regresaba de su viaje a América para asistir a la Exposición de Chicago, conmemorativa del 4.º centenario del Descubrimiento, produjera una conmoción popular tal que mi madre, muchos años después, al describirme la visita de Alfonso XIII, la recordara como un verdadero acontecimiento.

En ese dilatadísimo período de casi absoluta incomunicación, las islas trastrabillaron en su proceso económico y político un poco a la buena de Dios. Basta pensar lo que les costó algo tan sustancial como disponer de comercio libre con los nuevos puertos americanos y poder aprovechar con ello su privilegiada situación. Aunque en 1534 una Real Cédula autorizó a los puertos canarios para tener relación directa con los americanos, de poco nos servía, porque los barcos con sus cargamentos completos pasaban de largo, retornando directamente a Sevilla.

Un caso de paralelismo histórico se da cuando, en los años de nuestra reciente postguerra, escalaban en los puertos canarios los barcos que traían de la Argentina cargamentos completos de trigo y carne. Debemos agradecerle al general García Escámez, entonces jefe del Mando Económico y Militar, su empeño y sus fructuosos forcejeos para que descargaran aquí lo necesario para nuestros suministros.

Hasta el año 1718 no se les concede a estos españoles arrinconados un cupo de carga de mil toneladas anuales, pero a cambio habrían de embarcar cinco familias por cada cien toneladas para poblar las tierras de allende el océano. El libre comercio con los tres grandes puertos de La Habana, Caracas y Campeche no se autorizó hasta 1772, pero, sin embargo, los canarios nunca fuimos remisos, no sólo en defender las islas con heroísmo y sacrificio en muchas ocasiones frente a piratas de toda estofa, desde ingleses a berberiscos, sino en contribuir con nuestros mejores mozos a las varias levadas de soldados para luchar en Flandes o en Italia, o en otros lugares, realizadas entre los años 1639 y 1685, en cuyo transcurso salieron del archipiélago más de 8.000 hombres, cifra considerable, habida cuenta de nuestra escasa población.

En la cuenta debe figurar también el Batallón de Voluntarios canarios al mando de don Antonio de la Rocha que en 1793 luchó a las órdenes del general Ricardos en la famosa campaña del Rosellón, y del que regresaron quinientos hombres menos, y la no menos heroica «Granadera de Canarias», que para luchar contra las tropas napoleónicas reclutara en el año 1809 el coronel grancanario don Juan María de León, abuelo de don Fernando León y Castillo.

No cabe olvidar, en esta pequeña digresión histórica, el papel que los canarios siempre jugamos en América, donde tantos sudores y tantas ilusiones hemos sembrado, ganando fama de laboriosos, «de hombres de buen trabajo», hasta el extremo de reclamarnos de modo especial para poblar alguna isla caribeña falta de brazos y amenazada de invasión.

Hago este rodeo no solamente para subrayar nuestra incomunicación y el olvido secular en que vivimos, sino para explicar la repercusión y la huella que dejaron en la memoria de las gentes y en la crónica periodística las pocas visitas de altos personajes que las islas, nuestra ciudad incluida, recibieron en el considerable lapso de tiempo que va desde principios de este siglo, años más, años menos, hasta bien implantada la Dictadura de Primo de Rivera, en que ya comienzan a recalar directores generales y ministros. En los treinta primeros años recuerdo tan sólo tres ruidosas visitas: la del Rey, que por no tener yo ni dos años —Alfonso XIII llegó a Las Palmas en el mes de marzo de 1906—, evoco a través de las vívidas narraciones de mi madre, que participaba de ese general sentimiento, mezcla de veneración y de admiración, casi de idolatría, que agigantaba las figuras de los lejanos componentes de la Casa Real. El Rey, como volvió a serlo el dictador Franco, por propia decisión, aunque felizmente no intentó apropiarse la corona como hicieron otros guerreros con fortuna, por más que, según cuentan gentes veraces, no le faltaron ganas de asegurarla para algún familiar cercano; el Rey, repito, lo era por la gracia de Dios, lo cual le confería cierta aureola de sacralidad. Por otra parte, el papanatismo, que viene de «papanatas», equivalente en su mejor sentido a cándido y crédulo, «creído» decimos los canarios, es normal atributo de gran parte del pueblo ignaro, y los palmenses de aquellas datas debíamos de serlo en alto grado. Por eso la visita de don Alfonso fue y siguió siendo por muchos años uno de los más memorables sucesos de nuestra historia. Vino acompañado de su hermana, la infanta María Teresa, y su esposo, el infante don Fernando María de Baviera y Borbón, y de tres ministros del Gabinete de don Segismundo Moret, entonces jefe del Gobierno: el general Luque, ministro de la Guerra; el señor Víctor Concas, de Marina, y el conde de Romanones, de Gobernación y de Jornada, el ministro más leal que tuvo el Rey, pues fue el único que lo acompañó el día en que, con verdadero y patriótico acierto, abandonara nuestro país. Según me contaba la fiel narradora, que estaba en aquellas fechas encinta de mi hermano Manolo, la «novelería» popular no tuvo límites. Se arreglaron calles, se albearon fachadas, se repusieron luces del alumbrado, y las mujeres prepararon sus mejores atavíos, o encargaron algunos nuevos «ex profeso», para la festiva ocasión como si el Rey fuera a verlas a todas,

una por una, cuando lo más que lograron fue entreverlo en el coche abierto del cortejo oficial en un rápido desfile. Hubo, como en todas las grandes ocasiones, iluminaciones, fuegos artificiales y paseo con música en la plaza de Santa Ana, que sigue siendo, mal pese a los escasos vecinos, nuestra mejor explanada para estos festejos. El tranquilo remanso de la vida insular se turbó como se turba con un pedrusco el agua de una alberca. La secular y silenciosa adhesión de la isla a la Corona, los tantos años de lejano y pacífico vasallaje, tuvieron al fin una imagen física, visible, a la que asir su futura memoria histórica.

Recuerdo, ya con imagen propia y no transplantada, otras dos visitas de personas de linaje real, la primera asociada a una curiosa anécdota, casi de antología, y la segunda porque los ilustres visitantes eran tíos del Rey de Inglaterra. La primera fue la de Humberto de Saboya, príncipe del Piamonte, heredero de la corona de Italia, que venía de incógnito con una escuadrilla naval italiana. El cónsul de Italia, que creo que era todavía don Nicolás Massieu Falcón, el viejo don Colacho, que también fue buen pintor y tío de Nicolás Massieu y Matos, nuestro brillante impresionista, convenció al príncipe para que visitara la isla y aceptara banquetes y homenajes de las autoridades. El Cabildo Insular —esto pasaba a fines de 1924— le ofreció un agasajo en el Hotel Santa Brígida, todavía abierto. Lo presidía entonces don José de Aguilar, acaudalado propietario, elegido por el Directorio Militar. A don José le escribieron el discurso del protocolario brindis final, que él trató de memorizar con su mejor voluntad. Pero al llegar al momento crucial, cohibido tanto por su falta total de experiencia en estas lides como por el aura de prestigio de la figura del príncipe, hombre, además, de buena estampa, se puso de pie, balbuceó un confuso «Alteza real» y allí se quedó totalmente mudo. Hizo un visible esfuerzo por serenarse, y olvidando el texto preparado improvisó:

—Alteza, brindo porque pronto ciña vuestras sienes la corona real.

Ignoro si el cónsul le tradujo fielmente estas palabras o si el príncipe sabía suficiente español para entenderlas. De todos modos, la profecía de don José Aguilar tardó más de veinte años en cumplirse, y a Humberto II le duró poco el contento, ya que en el mismo año 1946, en que su padre, Víctor Manuel III, abdicó en él, hubo de abandonar la corona ante el plebiscito popular que implantó la República en Italia.

De la visita a la ciudad de los duques de York, tíos del Rey de Inglaterra Jorge V, que a bordo de un buque de guerra se dirigían a Australia, en el año 1927, tan fausto en nuestros anales, tengo recuerdos sin imágenes, porque estuvieron comiendo en el viejo Club Inglés y he oído allí repetidamente hablar con orgullo del feliz suceso. Me

hizo socio del Club Inglés —el British Club— el querido Bernardino Correa Viera, de quien guardo un venerado recuerdo. Muchas veces almorzamos los dos rumiando esperanzas, en los tiempos ominosos, al grato cobijo de los salones del Club, tambaleante testimonio de los tiempos en que la colonia inglesa, a la que tanto debemos, digan lo que quieran historiadores nutridos de nacionalismos de vía estrecha, que sólo presentan la aparente faz racista del fenómeno, era no sólo la más numerosa, sino la más imbricada en los mejores engranajes sociales y económicos de nuestra isla. Somos deudores históricos suyos de muchas cosas —no sólo el fútbol y el tenis—, desde la primera y mejor hostelería al comercio en general, que nos trajo variadas y nuevas clases de mercancías y productos, incluidos los sanitarios. No es bien sabido de todos que, entre otros utensilios, los ingleses introdujeron en la isla el uso del «bidet», *ese instrumento desconocido en forma de guitarra*, como lo definió en un inventario un famoso escribano judicial. Aunque yo, en mi primer viaje despacioso a Inglaterra, comprobara con cierto asombro que ellos lo habían exportado, pero les faltaba en casi todas las casas que conocí.

Hubo antes de la visita del general Primo de Rivera en 1928 otra visita, creo que la primera que la isla recibió de un ministro, unos meses antes, que fue muy sonada, por la gran repercusión social que tenía el problema y la feliz solución que el ministro le dio. Fue, salvando las distancias y el número de campesinos insertos en el problema, en nuestra isla como el problema de los «rabassaires» catalanes: en aquél se discutía la propiedad de la «rabassa morta», las cepas de vid que habían muerto y con ello acababa el arrendamiento. Los agricultores asentados en el valle de lo que entonces se llamaba la Aldea de San Nicolás venían cultivando de padres a hijos las fincas que ellos, con enorme trabajo y sacrificio, habían levantado surco por surco sobre el fondo y las laderas del cauce de un largo barranco, que corría con frecuencia removiendo siempre el inmenso montón de rocas, pedruscos y callaos de playa que lo formaban. Aquella finca había sido feudo de conquistador, y por sucesivas transmisiones había ido a parar a la propiedad de un noble castellano que ni siquiera sabía dónde estaba, y que se limitaba a cobrar la renta o el censo establecido desde hacía mucho tiempo. Pero los aldeanos querían optar a la plena propiedad de aquellos predios, elaborados por ellos mismos desde la primera piedra del primer muro, que mejoraban continuamente y que ni siquiera les servían de aval para un préstamo bancario, porque no estaban inscritos a sus nombres. Expusieron sus deseos a los propietarios a través de un emisario calificado, el cura del pueblo, que los tramitó debidamente. Aunque en el curso del largo litigio el cura, sin duda por especiales razones crematísticas, pasó de ser abogado de los

aldeanos a ser fiel aliado de los condes o marqueses absentistas. Lo cierto es que éstos, advertidos del gran valor que habían adquirido aquellas tierras incultas —por obra y casi milagro de los agricultores del valle—, se llamaron a la parte y comenzaron a pedir unas sumas que, además de injustas, eran desorbitadas. Se entabló un largo litigio sociopolítico. Los aldeanos dejaron de pagar sus rentas como medida simbólica de presión, pero el pleito no se resolvía. Fue entonces cuando vino a la isla don Galo Ponte, ministro de Justicia en el gabinete civil de don Miguel Primo de Rivera, recibido con honores casi reales por la rareza de la visita. Don Galo recorrió los lugares, escuchó a unos y otros y dictó un laudo en el que se fijaban a los distintos lotes unos valores racionales, al alcance de los campesinos, y creo recordar que también se les facilitaron créditos oficiales. Lo que sí recuerdo claramente, porque a veces las anécdotas tienen más garra para prenderse en la memoria, es el retruécano que la gente de buen humor hizo entonces con los nombres de don Galo Ponte y su esposa, la andaluza doña María Montoya. Contaban que por las noches el ministro le preguntaba a su mujer:

—María, ¿monto ya?

—Sí, Galo, ponte.

No garantizo la certeza del nombre de la esposa, pero el juego verbal está «ben trovato».

¡Quién me había de decir a mí, cuando con mi hermano Manolo escuchaba extasiado las vivaces descripciones que nos hacía nuestra madre de la visita de Alfonso XIII, que setenta y tantos años más tarde me tocaría recibir a su nieto Juan Carlos I y a su esposa, Sofía, ocupando el trono restaurado que aquél tuvo que abandonar! De esta visita real, tan cercana en el tiempo y por ella tan viva, guardaré siempre la memoria de la simpatía y gentileza, tan llenos de sencilla afabilidad, de los jóvenes reyes. Entre los regalos que como Alcalde de la ciudad había preparado para obsequiar a los padres y a los hijos, figuraba un nuevo aparato fotográfico, muy pequeño, que casi cabía en un puño, pero con un objetivo de una perfección mecánica realmente sorprendente. Al enseñárselo, en el despacho de la Alcaldía, en las Casas Consistoriales, le expliqué a la Reina:

—Ese aparatito tan gracioso es para Su Alteza el Príncipe Felipe...

La Reina me contestó, sonriendo:

—¿Para el príncipe?... En cuanto lo vea el padre...

Yo no sabía que el Rey tiene pasión por estos aparatos.

Confirmando lo que la Reina me había dicho, el Rey, que estaba distraído examinando la bella y original escultura del artista canario Juan Bordes que yo le había regalado, saltó en efecto con graciosa ligereza, le tomó de la mano de doña Sofía la maquineta y empezó

a manipularla, a graduarla, a mirar por el objetivo, con aire de buen entendedor:

—¿Está cargada, alcalde?

—No, Señor, no lo previmos...

—Es lástima, porque si lo hubiera estado la estrenaba ahora mismo haciéndole una fotografía recordatoria...

Claro es que los servicios de imagen de la Casa Real me enviaron después numerosas fotos en que aparecen los Reyes en la recepción municipal que ofreció nuestra Corporación. Pero me hubiera gustado tener una hecha por la misma mano del Soberano.

Y vuelvo a repetir la paráfrasis de unos conocidos versos de Espronceda: «La cristalina esfera gira bañada en luz...» ¡Y cuántos cambios trae! ¡Quién le había de decir, no al cándido niño de ocho años, sino al adolescente de veinte, que todos los ardores republicanos de sus tiempos de ateneísta habrían de fundirse al calor de la mano de un Rey, que en una noche famosa, al deshacer un golpe militar, afirmaría la democracia con la que aquel político en agraz tanto había soñado!

Justamente un mes después del abortado golpe de Tejero y de Milán del Bosch visitábamos al Rey, en el Palacio de la Zarzuela, los alcaldes de las veinte capitales de provincia de mayor población. Estuvimos reuniéndonos regularmente cada dos meses en una ciudad distinta. El alcalde Bermejo había asistido a las primeras reuniones y yo fui a las restantes en los dos años de mi primera Alcaldía. Precisamente fue en la reunión que se celebró aquí, en las Casas Consistoriales, cuando se acordó pedir audiencia al Rey para expresarle en nombre de nuestros respectivos ciudadanos la profunda gratitud por su decisiva intervención en aquella indecisa e inolvidable madrugada del 23 al 24 de febrero de 1981. En esa visita de los alcaldes, la última que Tierno Galván hizo a la ciudad, tuve ocasión de mostrarle el Museo de Néstor, que lo dejó materialmente deslumbrado. No tenía ni la menor idea de la existencia de un pintor tan bueno, a pesar de que él, hombre cultísimo, poseía un buen conocimiento de la pintura modernista.

En la visita de los alcaldes al Rey me tocó a mí, como decano de edad y secretario de la última reunión, explicar a don Juan Carlos la significación de nuestra presencia. Después de mi breve discurso procedí a presentarle al Soberano uno por uno a los demás alcaldes. Con cada uno de ellos habló algo relacionado con su respectiva capital con alusiones muy adecuadas. Conocía ya bastante a los alcaldes de Madrid y Barcelona, Enrique Tierno Galván y Narcis Serra; al de Sevilla le dijo:

—Hoy está mi mujer precisamente en tu ciudad. A ver cómo la tratáis.

Y así siguió uno por uno. Cuando le tocó su turno al alcalde de La Coruña, que era un concejal del «Bloque nacionalista gallego», uno de los tantos brotes de esa tendencia de más acusado radicalismo, el alcalde, que cesó un par de meses después por división de su mayoría, trató de explicarle al Soberano, un poco atropelladamente, por qué estaba él allí cumplimentándolo. Don Juan Carlos asentía y se sonreía, pero al terminar la ronda de presentaciones, se dirigió a mí y me preguntó:

—¿Qué es lo que trataba de explicarme el alcalde de La Coruña, que no acabé de entenderle?

—Pues el lío mental en que está metido —contesté—: el Ayuntamiento de La Coruña, en su último pleno, debatió si el alcalde debía venir o no a esta visita. Se puso a votación, y por mayoría de votos se acordó que el alcalde viniera. El alcalde quería explicarle que él había votado en contra de la visita, pero que había venido cumpliendo la voluntad de la mayoría.

El Rey rió mucho y comentó:

—Podría haber adoptado una solución salomónica: medio alcalde aquí y el otro medio allá: así cumplía con la mayoría y con su conciencia.

La anécdota final de aquella visita tuvo mucho que ver, aunque no lo parezca, con nuestro viejo pleito provincial, que ahora parece ser solamente el pleito de Tenerife. Al día siguiente de la entrevista los periódicos y agencias circularon unas fotografías donde, como es natural, porque yo presidía el grupo, aparecíamos el Rey en el centro, yo a su derecha, los alcaldes de Madrid y Barcelona y demás a lo largo de la fila. En los últimos lugares estaban, poco visibles en la foto, los alcaldes de Santa Cruz y de San Sebastián, que creo que eran las dos ciudades de menor población del grupo de los veinte. Al día siguiente también los periódicos de Santa Cruz, molestos por mi involuntario protagonismo fotográfico, publicaban unos sueltos reprochándole al alcalde de Santa Cruz, y bajo unos titulares llamativos que decían:

¿Dónde estaba ayer el alcalde de Santa Cruz?, en el sentido de ¿dónde estaba metido, que dejó solo al de Las Palmas?

Otro nuevo despojo involuntario que habrá que añadir a los tantos que continuamente les estamos haciendo.

XI

PARENTESIS PORTUARIO

Las obras del primer Puerto de Refugio de la Luz se terminaron en los últimos días del mes de julio de 1902. Se habían realizado sobre el proyecto del ingeniero don Juan León y Castillo, adjudicadas en una segunda subasta a la firma inglesa Swanston y Compañía, cuyo nombre haría popular hasta cercanas fechas una marca de jabón de rudimentaria manufactura, pero de probada eficacia. Para gestionar el asunto viajó a Londres don Bernardo de la Torre Doreste, abuelo de Lola, de Josefina, de Claudio, de Néstor y Miguel Martín Fernández y otros muchos de la Torre que en la isla abundan, y primo hermano de mi abuelo materno Simón Doreste. Uno de los Doreste que aparecen con cierta frecuencia en las crónicas de la ciudad desde principios del siglo XIX, aunque la estirpe venga de más lejos. El hecho histórico, trascendental, es, pues, anterior en dos años a mi venida a este mundo. Mas, teniendo en cuenta que trato de abarcar el siglo desde su inicio, se me permitirá la licencia literaria de incluirlo en estas memorias, al modo de una trivial licencia poética, aunque no pienso hacer infracción alguna de las leyes que rigen toda verídica narración. Me confiere, además, título para hacerlo mi viejo y probado amor a nuestro puerto, por donde siempre nos ha llegado la salud, pues he consagrado a su pequeña historia, a sus múltiples problemas, muchos artículos fuera y dentro del archipiélago, y, que recuerde, tres conferencias, una en la Casa del Marino en 1967, otra en la Escuela de Ingenieros Industriales en 1976 y la tercera en la Real Sociedad Económica de Amigos del País en 1983, cuando se cumplió el centenario del comienzo de sus obras. Tengo otro título que considero justamente valedero: durante más de cuarenta años mi trabajo se desarrolló dentro de su anchuroso ámbito, dirigiendo negocios de exportación y de importación, y en una larga etapa hasta que la política me separó, metido de hoz y coz en este apasionado submundo

portuario, tan colorido, tan abigarrado, tan hirviente, tan complejo. Para centrar el tema y graduar debidamente su importancia capital para nuestra isla, me permitiré exponer algunos antecedentes.

Duraron las obras a que me refiero casi veinte años, y pasarían más de treinta hasta que el puerto completó, en 1935, su primera gran ampliación. Busco mis viejas notas y doy por curiosidad la cifra de lo que costaron aquellos dos primeros muelles, sobre los cuales se edificó su afirmación y progreso: 8.637.675,10 pesetas. Traducidas a pesetas de hoy equivaldrían a trescientas veces más. Desde que hubo periódicos en la isla, que es donde yo he aprendido su historia moderna, aparece en los insulares la preocupación por el puerto y sus problemas, que tantas columnas llenarán después, entre ellas, repito, las de mi propia minerva. En el año 1859, el historiador don Agustín Millares Cubas escribía en «El Omnibus», el periódico que él inspiraba y donde también escribió Galdós:

La primera isla que cuente con un puerto de refugio se asegura la primacía del Archipiélago.

Y don Fernando León y Castillo, que después, como ministro de la Corona, hizo posible la construcción, ratificaba el lúcido juicio de Millares escribiendo en «Las Canarias», que se editaba en Madrid, que *la grandeza y prosperidad de la isla depende de la existencia de un buen puerto*. Claro es que nuestro puerto nació favorecido por la naturaleza, al ser proyectado con feliz clarividencia por don Juan León y Castillo, al amparo de lo que los geólogos llaman el «tómbolo» de la Isleta, como es también un tómbolo el peñón de Gibraltar. En el nuestro no hay monos, aunque haya también ingleses desde el principio. Antes de que se decidiera el emplazamiento final, los isleños discutimos mucho sobre nuestro porvenir marítimo y hubo gran copia de propuestas, desde convertir en canal el istmo de las Canteras, uniéndolo los mares de la Luz y el Confital con una zanja de 8 metros de profundidad, 20 de ancho y 1.200 de longitud, hasta canalizar el barranco Guinguada. En una de estas ardorosas discusiones en el Gabinete Literario, que era el foro de la época, cuando uno de los «canalizadores» hablaba de que si el proyecto costaría tanto o costaría cuanto, un contertulio le preguntó:

—¿Y de dónde sacaremos el dinero, Agustinito?

Y Agustinito contestó con frase ya proverbial:

—¡Hombre, si nos ponemos a hablar de boberías!...

Si me pongo a hablar del puerto no terminaría, o le daría mucha extensión a este capítulo. Cuando yo di mi primera conferencia sobre la historia del Puerto de la Luz, en 1967, muy poco se había escrito seriamente sobre él, y me costó trabajo elaborar mis notas en el Museo, la Junta, etc. Por fortuna, y que recuerde, desde entonces han

aparecido la tesis doctoral del profesor Fernando Martín Galán; el trabajo del igualmente profesor Francisco Quintana Navarro sobre su construcción y desarrollo desde 1883 a 1913; el del práctico Manuel González Quevedo sobre sus magníficos y seguros fondeaderos, que son la base de su aceptación universal; los estudios de Víctor Morales Lezcano sobre aspectos de su comercio y otros asuntos, y el del profesor Berriel de La Laguna, que yo recuerde ahora. De modo que mis conferencias han recogido sobre todo el copioso anecdotario, la salsa cómica de todo este largo episodio. No tan cómica en el fondo, porque alguna anécdota es muy esclarecedora. Las que cuenta, por ejemplo, don Julián Cirilo Moreno en su libro *Del Puerto de la Luz y de Las Palmas y otras historias*, que editamos el «Grupo de bibliófilos del Gabinete Literario», formado por Matías Vega, que lo presidía; Simón Benítez Padilla, que lo era del Museo Canario; José Ramírez Bethencourt, Alcalde de la ciudad, Néstor Alamo y yo mismo. Una pequeña quijotada editorial que nos permitió dar a conocer un libro de versos, *En la paz de tu cintura*, de Diego Navarro, que murió prematuramente en Barcelona; la primera edición de *Los Caminos Dispersos*, de Alonso Quesada, que yo personalmente llevé sobre los originales del poeta; el libro de don Julián Cirilo, y *Canarias en la brecha*, de la pluma del capitán general de Canarias, don Carlos Martínez y Campos, académico de la Lengua, que es un apretado resumen de la historia militar de las islas.

Don Julián Cirilo Moreno, don Cirilo, como era conocido, abuelo de mi contemporáneo el pintor Cirilo Moreno, fue delineante de Obras Públicas, en la vieja oficina del muelle de Las Palmas. Fue compañero suyo don Cayetano Arozena, por quien conocí su historia. Don Cirilo proyectó el faro de Maspalomas y la carretera a San Mateo. Yo trabajé en las mismas oficinas con el ingeniero jefe don Orencio Hernández, padre del alcalde Franito Hernández González. Fue aquél mi primer empleo, después de salir del cuartel, y me lo procuró don Antonio Artiles Gutiérrez, director del Puerto, a través de amistades familiares. De allí pasé a la Junta de Carreteras, como ya referí. Don Cirilo, a quien ya retirado pude ver pasar alguna vez, fue el brazo derecho de don Juan León y Castillo, autor del proyecto del Refugio. Estas obras fueron, después de las de la Catedral, las mayores que se hacían en la isla, y de ahí la expectación que suscitaron. Todo era un acontecimiento: la traída y el montaje de la grúa, de la que primero sobró una rueda, y decían que los ingleses, previsores, la habían mandado de repuesto; la primera inmersión del buzo que colocó los primeros bloques, etc. Pero el debate que dio mucho que hablar y discutir fue el del verdadero emplazamiento. Abandonada por irrealizable ante los embates del mar la idea de hacerlo frente a la ciudad, donde

estuvo situado el primer muelle, hoy desaparecido con las obras de la avenida marítima, no se sabía de dónde podrían arrancar los nuevos muelles en la anchurosa bahía de las Isletas. Don Juan, el ingeniero, reunió un día en su despacho a los periodistas y a los marinos que a diario se ocupaban del asunto: el patrón del «Telémaco», el del «Amalia», el del «Churruca», veleros de buen porte que navegaban por estas aguas, y a los directores de «El Canario», «El Crisol», etc., diarios de la época. Los oyó hablar y opinar sobre dónde se abriría la boca del puerto. «Los bocudos» llamaban a los que estaban metidos en la disputa. El problema radicaba en proteger el recinto portuario de los vientos del Noroeste, Sur y Sureste que batían el dique ya construido desde Santa Catalina. Cuando los hubo escuchado a todos, don Juan se levantó, se acercó a una gran pizarra que tenía preparada y explicó la solución: cuatro rayas que señalaban dos diques convergentes: uno de 1.200 metros, orientado de Norte a Sur, y un contra-dique perpendicular. Las rayas de don Juan dieron con la solución más sencilla, más económica y más técnica. Las gentes, boquiabiertas y admiradas, las ponderaban de continuo y le repetían a don Cirilo:

—¡Aquellas cuatro rayas, Cirillo!... ¡Aquellas cuatro rayas!...

Don Cirilo, con su buena letra, hizo a mano todo el proyecto, cuadros, perfiles, etc., en cuya tarea invirtió unos seis meses. No se conocía entonces el papel de ferropusiano ni la máquina de escribir.

A propósito del primer viejo espigón desaparecido recuerdo que el primer mapa de la ciudad en que aparece este viejo muelle es el bellísimo dibujo de don Antonio Pereira Pacheco, fechado en 1833, y que durante seis años he tenido colgado de la pared de la sala de visitas del alcalde, en una buena ampliación fotográfica que mandó hacer Antonio Rumeu de Armas al celebrarse el 5.º centenario de la ciudad.

Don Cirilo fue también muy amigo de Mr. Doorly, el primer inglés que vino a la isla a poner carboneras. En el puerto lo llamaban «Mastro Dule». Para él construyó los dos hoteles, el de Santa Brígida y el Metropol. Un día fueron juntos a visitar a una señora inglesa amiga de Doorly, ya mayorcita pero todavía de buen ver. A la salida, Mr. Doorly, con su español trabucado, le dijo a don Cirilo:

—Donde usted la ve, todavía se tira sus pólvoras...

Con toda la sorna de buen canario, Don Cirilo comenta: «Y hasta hoy he llegado sin comprender la frase...».

Con todas estas circunstancias, no necesito explicar lo que fue, cómo fue y, sobre todo, cómo conmocionó a la isla la histórica fecha de la terminación. Sobre todo, y hay que contarlo, a la luz de lo que ocurrió en Tenerife. Hubo un primer muelle pequeño en Santa Cruz, inicialmente puerto de La Laguna, que entró en mayor tráfico, con el Puerto de la Cruz en el Norte, cuando la erupción del Teide en 1709

sepultó el de Garachico, que fue muchos años el más importante de aquella isla. Al aumentar su movimiento, pues Santa Cruz salió beneficiada en el cupo de carga anual que le asignaron a las islas, se pensó inicialmente en prolongar aquel primer espigón. Cuando llegó la hora de acometer en serio un proyecto realizable, se hicieron sondeos en los fondos inmediatos al viejo muelle, pero asustados por la profundidad que daban las sondas, se ideó hacerlo en una playa más aplacada y de menor profundidad junto a la costa, condiciones que reunía la de San Andrés. El cronista que comenta el grave error inicial escribe que *abandonaron la idea porque aquello estaba en Las Timbambas*. Al final lo han construido sobre las grandes profundidades que tanto asustaron, lo que ha llevado a la inútil inversión de muchísimos millones del erario público, para acabar algún día convirtiendo la última ampliación en un «parque marítimo», es decir, en zona de recreo de superflua utilidad.

Allí hicieron falta de verdad las clarividentes cuatro rayas de don Juan León y Castillo.

XII

ATENEISTA DE DERECHO

Los estudiantes que pasaron por Madrid a partir del año 1920 hasta el 29 o el 30, que hubieran tenido en su espíritu unos leves pigmentos de inquietud y curiosidad, recibieron en el Ateneo madrileño una verdadera educación política, al menos una abierta inclinación hacia estos problemas, de la que muy pocos se curaron en el resto de sus existencias. En aquellos años tan vivaces, tan movidos y tan cruciales en los anales de nuestra patria, el Ateneo no fue solamente un activo laboratorio de cultura humanista, sino el gran resonador, el más fiel captador de todos los ecos, rumores o noticias que en cualquiera de sus variados pliegues estremecieran o conmovieran nuestra vieja piel de toro. Su permanente febril agitación sólo se remansaba en el silencioso ámbito de su gran biblioteca, cuya comodidad y cuyo diligente y eficaz servicio, abriendo a los lectores la fácil disponibilidad de cuantos libros apetecieran, que enriquecían después, si eran nuevos, su incalculable tesoro, la hacían el acogedor refugio preferido de los estudiosos de cualquier materia. El palenque político estaba fuera: en el amplio salón de actos, de continuo ocupado por las conferencias, los debates y las discusiones que promovían las distintas Secciones de la casa, entre las cuales, en aquella etapa, era la llamada de Ciencias Morales y Políticas la más incansable y activa; en el ancho doble salón de propicios y atrayentes sillones conocido por «la Cacharrería», donde los más jóvenes oíamos pontificar a conocidos personajes de las letras nacionales, en mi época sobre todo a don Miguel de Unamuno, con sus ininterrumpidos y jugosos soliloquios, y a algún otro de pareja magnitud, como don Ramón María del Valle Inclán, temible por sus agresivas intemperancias. Ha pasado a la historia que en una de sus famosas «Notas oficiales» con las que Primo de Rivera salía al paso, luciendo su pintoresco desaliño literario, de sus detractores, llamó a Valle «eximio escritor y extravagante ciudadano».

Nunca olvidaré que, recién llegado yo a la casa, escuchaba muy calladito e inmóvil, como cumplía a la majestad del disertador, una de aquellas ingeniosas diatribas contra Primo de Rivera que eran en él un «leit motiv» casi consuetudinario. Se había sentado en el grupo, frente a frente, un chico canario, también de reciente arribo, muy joven, que asentía moviendo visiblemente la cabeza con gesto aprobatorio a cuanto nos describía el escritor.

En un determinado momento, éste, que como todos sabían tenía muy malas pulgas, molesto sin duda por aquella reiterada y no solicitada aquiescencia, interrumpió la perorata y le soltó al muchacho:

—Oiga usted, joven imberbe, a su edad estaba yo cascándomela en un rincón de mi casa.

El muchacho se quedó como quien ve visiones.

El tercer campo de maniobras de la casa eran los pasillos y galerías, sobre todo la de retratos del piso bajo, donde también se formaban grupos y tertulias. En aquellos años míos presidía la casa don Angel Ossorio y Gallardo, «el monárquico sin rey», como él se llamaba, ex-ministro, prestigiosísimo abogado, político antes y después de la Dictadura, y uno de los mejores oradores que he escuchado en mi vida. En el Ateneo teníamos los canarios muy buena reputación. Habían pasado por allí muchos amigos cuando estudiaban sus carreras, como Rafael O'Shanahan, Luis Manchado Martinón, Vicente Boada, etcétera, que guardaron siempre de su paso por la venerada institución el imborrable recuerdo y la huella señalada que a todos nos dejó. Formaban, además, parte de la misma Jenaro Artiles, luego profesor en América, bibliotecario por oposición, y Agustín Millares Carlo, ya catedrático en Granada, que daba las clases vesperales de latín.

Se contaba en la casa que en una ocasión se celebraba una elección para elegir los componentes de una de las secciones y a una de las candidaturas le faltaban votos. Salieron dos o tres comisarios a buscar a los canarios por toda la casa. Todos ellos, como expliqué, eran estudiantes.

—¡Los canarios! ¿Dónde están los canarios?

Y una voz respondió desde la galería:

—¡Los canarios están empollando!

El grupo canario contemporáneo mío lo formaban, y puede que omita algún nombre, Juan Ramírez y Antonio Fleitas, de quienes hablé; Juan Cambreleng Mesa, Carlos Ramírez Suárez, Orencio Hernández González, Domingo Marrero Guerra, Manuel Torres Mesa, Carlos Peña Díaz, José Bosch Millares, José Melián, todos ellos de distinta disciplina escolar. Todos nos contagiarnos de mayor o menor pasión política, aunque en algunos, como en mi caso, se convirtiera en una dolencia crónica, que, sofocada y acallada los largos años en que

pintaron espadas, resurgiría al final con el incontenible ardor de toda verdadera pasión sojuzgada. Todos igualmente eran contrarios a la dictadura, y ya sabemos que el estamento estudiantil fue uno de los factores más poderosos en la ruina final de aquel régimen. Como los dos protagonistas, los dos excelentes amigos, ya no son de este mundo, evoco el episodio que dio lugar a una larguísima ruptura entre Juan Cambreleng y Carlos Ramírez, que duró todo el tiempo que Juanito estuvo en Madrid. Para dar una muestra resonante de la adhesión nacional al Rey, que era frecuente objeto de críticas más o menos sibilinas, pero siempre de claro sentido, como cuando don José Sánchez-Guerra dijo, citando unos versos clásicos,

«no más servir a señor
que en vasallo se convierte»,

el Ministerio de Gobernación organizó una concentración nacional de alcaldes, que, con las corporaciones en pleno, a todo trapo de fracs, uniformes, maceros y estandartes desplegados, en un desfile ciertamente vistoso y abigarrado, se celebró en Madrid la víspera de San Juan de 1924. La gigantesca comitiva, que el general apuntó tranquilamente en su haber, aunque él no la había motivado, partió del Retiro y se disolvió frente al Palacio Real. Juan Cambreleng, otro amigo y yo salimos del Ateneo a presenciar el espectáculo desde la esquina de Cedaceros con Alcalá. Asistíamos divertidos a la bien urdida mascarada cuando vimos acercarse a la representación de Las Palmas, encabezada por el entonces alcalde accidental de la ciudad, el procurador don Juan Ortiz. Lo rodeaban concejales y altos funcionarios, pero reparamos de pronto que al grupo, ocupando un lugar bien visible, se había incorporado también Carlos Ramírez, súbitamente curado de la fiebre libertaria que el Ateneo a todos nos contagiara. Cuando por la tarde nos reuníamos nuevamente allí, como era habitual, Juanito Cambreleng le afeó su incoherencia. Carlos, picado en lo vivo, le contestó violentamente, de lo que resultó una agria y desagradable disputa que tuvimos que cortar los demás sin lograr avenirlos. La enemistad duró bastante tiempo, incluso después de que los dos regresaran a la isla. No era nada propicia para ello la coyuntura política de la ciudad. La enemistad alcanzó aquí dimensión familiar. Juanito era sobrino de don José Mesa y López, alcalde destituido de la ciudad cuando Primo se apoderó del Gobierno, acabando con los residuos del partido liberal de Sagasta y Silvela, que en la isla sustituyó a las disueltas huestes del leonismo. Don José fue un segundo padre para los hijos de su hermana doña María, que enviudó muy pronto. Costeó las carreras de Diego y de Juanito, incluso la estancia de éste en Alema-

nia, cuando, a poco de terminada la guerra mundial, un buen grupo de chicos canarios, entre ellos mis primos Manolo y Víctor Doreste Grande, hijos de «Fray Lesco», marcharon a aquel país, unos a estudiar alemán, otros música, otros a conocer mundo, aprovechando la enorme baratura que a los españoles les procuraba la asombrosa inflación de la economía alemana y la continua devaluación del marco. Recuerdo, y dicho sea en elogio de su probidad y de su espíritu ahorrativo, que Juanito Cambreleng fue el único a quien le sobró dinero del que le mandaban para su estancia, que escrupulosamente devolvió a su tío. Dije antes que don José Mesa perdió el poder. Mas, por obra del engendro que ideara el general para dar a la farsa apariencias de juego político con un falso partido, creó la Unión Patriótica. Y el poder en la isla pasó entonces a manos de Tomás Quevedo Ramírez, primo hermano de Carlos. Fue presidente del Partido y mangoneador máximo hasta que cayó el dictador. De todo esto hablaremos en otro lugar. Por este camino la disensión de Juanito y Carlos pasó a ser familiar. Lo que no quiero olvidar, porque a lo mejor se me trasconeja en la memoria, fue la perrería que Juanito Cambreleng y yo le hicimos un día en el Ateneo a don Mario Rosso de Luna, competente director del Observatorio Astronómico de Madrid. Don Mario era un ferviente espiritista. Había sufrido una transformación física realmente notable, que propició su adscripción a la teosofía. El era un hombre de mediana estatura y fuerte complexión, de piel más bien pálida y blanquecina, con una crespita y abundante cabellera roja. Le dio un tifus que lo tuvo en trance de muerte, pero resucitó rojo del todo, como una cereza, y calvo como una bola de billar. La intensidad de sus enfados y rabietas se le medían en el coco: pasaba de rojo grana a rojo bermejo rubicundo y de éste al rojo blancuzco de los metales en fusión. Don Mario era además un espiritista proselitista. A los canarios, como éramos tan corteses, nos abrumaba con libros, folletos, etc., en que se propalaban las virtudes de la doctrina teosófica de la señora Blavatsky. Un día, Juanito y yo aceptamos por fin asistir a una sesión. Se preparó el escenario en un rincón de la galería del Ateneo, al fondo y detrás de un biombo que ya había allí. Se dispuso la mesa de tres patas, que trajo la «medium», nos sentamos los cuatro alrededor, los dos invitados, don Mario y la sonámbula, pusimos las manos sobre el tablero, y en medio de un silencio de cartujos, empezaron las invocaciones de ritual. Don Mario quería comunicar con el espíritu de un hermano que había fallecido hacía poco tiempo:

—Bernardo, Bernardo, ¿me oyes?

El silencio, si es que ello era posible, se hacía más denso.

—Escucha, Bernardo, escucha. Da signos de que me escuchas.

No sé si fue una casualidad, o fue una voz más alta que llegaba atenuada a través del biombo, pero se percibió un rumor que nos sobrecogió a todos. Un leve rumor insidioso, que de pronto estalló como un trueno: Juanito acababa de tirarse uno de aquellos inodoros, sonoros, estrepitosos pedos secos que le dieron entre nosotros justa y graciosa fama de pedorrero. La roja cucurbitácea craneal de don Mario pasó de súbito del grana al blanco; pero Juan y yo estábamos ya por lo menos en la plaza de Santa Ana, a trescientos metros del altar. Durante algunos días evitamos tropezarnos con el profesor. Pero, a la postre, pensamos que si se difundía el suceso, quien más perdía sería el burlado, no el burlador.

El Ateneo era una verdadera antología de bichos raros: Mínguez, que había estado unos años en Alemania y vivía teóricamente de dar clases, pero en realidad de ingeniosos sablazos; Iván de Morales, que tenía la manía de hacerse unas tarjetas llenas de títulos rimbombantes, desde «cultivador de ciencias ocultas» a la famosa «Suscriptor de *El Imparcial*»; el señor de sobretodo, cuyo nombre he perdido, que no tenía otro atavío que un pantalón raído, que por las partes genitales era un arco iris, y un gabán desflecado que no se quitaba ni en verano ni en invierno, porque debajo no llevaba otra cosa; una señora gorda, muy gorda, ávida lectora de no sé qué, que se pasaba el día en la biblioteca, pero nos dejaba a un niño, también igualmente gordo y fofo, que zangolotinaba y alborotaba por toda la casa hasta el extremo de que un día Félix Herce, médico y humorista, más de lo segundo que de lo primero, lo cogió por el cogote, lo llevó al retrete mientras le decía: «¡Quítate los pantalones, cochino niño, que te voy a dar...». El niño, aterrado, creyéndose la broma, salió corriendo escalera arriba en busca de la madre, en tanto gritaba como un descosido:

—¡Mamá, mamá, que un señor me quiere dar por el culo!

Félix Herce, ateneísta asiduo, fue el autor de un *Diccionario de términos médicos* lleno de un humor tan gracioso como desvergonzado, cuyo ejemplar se me perdió, como tantos libros, en los avatares de las mudanzas, registros y quebrantos que sufrí durante los cuarenta años de sequía. Aun a riesgo de malquistarme con algún lector más pudibundo —aunque si es buen lector y al día, ya no debe asustarse de nada—, no resisto la tentación de transcribir de memoria las tres definiciones de Herce que todavía guardo en ella:

«Dedo cordial».—El dedo de en medio, que se le da a la novia antes de pedirle la mano.

«Virgo».—Membrana prehistórica que tuvo la mujer y cuya memoria se ha perdido en la noche de los tiempos.

«Clítoris».—¡Ay!, no lo recuerdo ahora, pero lo tengo en la punta de la lengua.

Hombre también de talento, ingenio y buen humor era Francisco Vighi, excelente poeta en serio, que presidía la Sección de Ciencias Morales y Políticas, y por ello los más frecuentes, encrespados y conflictivos debates en el salón de sesiones. En el curso de uno de ellos pidió y tomó la palabra un canario palmero llamado Pérez Díaz —no sé si pariente de un Pérez Díaz que fue diputado provincial y anduvo en los líos de nuestros pleitos por la capitalidad— que era tan poco ameno y tan pesado que le llamábamos Pérez Plomo. El hombre estuvo discurrendo un largo rato y al fin se sentó. Vighi, que presidía, advirtió:

—Pueden despertarse los señores ateneístas, porque el señor Pérez Díaz ha cesado en el uso de la palabra.

Aquellos debates fueron nacionalmente famosos, algunos cómicos y disparatados. Valga como ejemplo el que promovió una vez, cuando preparaba sus oposiciones a la cátedra de Filosofía de Institutos, que después desempeñó en Las Palmas con maestría que dejó muy buen recuerdo, don José Chacón de la Aldea. Se trataba de demostrar científicamente la inexistencia de Dios. Los ateneístas y libreoyentes se pasaron dos o tres tardes discutiendo con calor si Dios existía o no. Para resolver la ardua cuestión, viendo que no llegaban a un acuerdo los contendientes, Paco Vighi, con su autoridad presidencial, decretó:

—Se pone a votación la existencia de Dios: los que digan que sí, que levanten el brazo.

Se recontaron bien los nutridos votantes, y aquel histórico día Dios volvió a existir por el estrecho margen de cinco votos de mayoría.

De todos los debates celebrados en el Ateneo, el que tuvo gran resonancia y consecuencias sensibles dentro y fuera de la casa, fue el que promovió don Antonio Arantave. Arantave era un competente abogado que fue bastante tiempo pasante de don Antonio Maura, pero que, viudo y sin familia, fue cayendo poco a poco en la sima del alcoholismo. Cuando estaba sereno, que ocurría pocas veces, era un orador sensacional, equiparable a cualquiera de los grandes oradores que he oído en mi vida, Ossorio, Lerroux, Azaña, Sánchez Román, Ortega, De los Ríos, Prieto, etc. Construía el discurso como una sinfonía. Arantave fue el ponente de la comisión del Ateneo que elaboró un informe sobre las responsabilidades del desastre de Annual, ocurrido en el Rif en 1921, cuando los rifeños arrasaron todas las posiciones españolas y llegaron a las mismas puertas de Melilla, pereciendo en las sangrientas batallas hasta el jefe del sector, el general Fernández Silvestre. Para dilucidar responsabilidades, el último Congreso de Diputados del reinado de Alfonso XIII nombró una Comisión especial que tomó el nombre de «Comisión Picasso», por el general que la presidía. La Comisión emitió un dictamen, pero antes de conocerse y

discutirse, el golpe de Primo de Rivera disolvió las Cortes, y del dictamen, como decía el portugués del cuento, «nin se supo». Tan sólo ordenó Primo un expediente para las responsabilidades administrativas, que también se evaporó. Pero bastantes cosas de las que decían los documentos secretos se filtraron, y entre ellas la existencia de un telegrama del Rey, dirigido a Silvestre, que le había prometido que el día de Santiago tomaría Annual, abatiendo el baluarte rifeño. Del cable aquél yo he recordado siempre la versión que circuló por Madrid, según la cual el Rey le telegrafió al general:

—«Olé los hombres, el 25 comemos juntos.»

Sin embargo, he visto recogida en algunos historiadores, entre ellos Fernández Almagro en *La vida de Alfonso XIII*, otra versión, que dice: «Olé los hombres, el 25 te espero». Era sabido que el Rey tenía más simpatía por Silvestre, bravucón, atrevido, ya cosido a golpes y balas en Cuba, que no se arredraba por nada, que mandaba el sector de Melilla, que por don Dámaso Berenguer, más prudente y cauto, que era el jefe de la otra zona. La maledicencia popular interpretó el cable real como una orden más o menos sobreentendida, pero, de todos modos un aliento, una incitación, grave cosa en un monarca meramente moderador. Tanto se creyó así, que hasta oí alguna explicación del puñetazo de Primo de Rivera en Barcelona, donde era Capitán General —que no fue el suyo ni un golpe ni un pronunciamiento, sino un fuerte puñetazo sobre la mesa para que desde Madrid lo oyera el Rey— que atribuía la inmediata aceptación por el monarca de la situación creada por el general, a un tácito deseo compartido de echar tierra y no dejar aventar las conclusiones del «Informe Picasso». Con sus frivolidades de jugar a la política, quitando y poniendo presidentes a su antojo, como hizo tantas veces, el prestigio de la Corona estaba ya bastante carcomido. En el ruidoso debate del Ateneo bien se puso de relieve. El discurso de Arantave, una pieza magistral, era contundente en demostrar cómo aquella desastrosa huida, la mayor derrota que sufrió en Africa el ejército español, fue el inevitable producto de imprevisiones, errores, abandonos, imprudencias de todo orden, al final de las cuales podía decirse, como en el famoso verso del conde de Villamediana,

Decidnos, ¿quién mató al Conde?
El matador fue Bellido
y el impulso soberano.

Esto que Arantave dejó solamente traslucir, lo dijo en el curso del debate, en un violento ataque al Rey, el diputado republicano Rodrigo Soriano. Este había logrado una rápida celebridad el día que en el Congreso llamó «chueta» a don Antonio Maura, el peor insulto

que se le podía hacer a un mallorquín. El dictador reaccionó rápidamente y decretó el destierro de Soriano a Fuerteventura, al mismo tiempo que el de don Miguel de Unamuno. El profesor salmantino se pasaba la vida perorando contra el general, y el pretexto se lo dio una carta que don Miguel envió a don Américo Castro, conteniendo juicios despectivos para la monarquía, y que publicó la revista «Nosotros» de Buenos Aires. También se pasaba las clases despotricando contra el dictador don José Bergamín, el ex-ministro y famoso abogado, cuando explicaba a sus alumnos de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles, de la que era profesor. A ella asistía Juanito Ramírez Suárez, que se partía de risa contándonos las graciosas ocurrencias de Bergamín. Es famosa aquella respuesta que dio una vez en el Congreso a un diputado que lo acusaba de tener dos caras. Don José, que era muy feo, feísimo, le contestó:

—Hombre, ¿cree usted que si yo tuviera dos caras salía con ésta a la calle?

Bergamín escapó, sin embargo, a las furias dictatoriales.

El destierro simultáneo de Unamuno y Soriano, que siguió en poco tiempo al que infligió al marqués de Cortina, conocido financiero, por unos artículos en una revista de la materia, y que estuvo en Las Palmas en tal condición, aunque sólo un mes, tuvo inmediata repercusión mundial. Para los jóvenes ateneístas fue nuestra primera prueba de fuego. El día en que pasaba don Miguel por Madrid, camino de las islas, se organizó una manifestación para ir a recibirlo a la estación. Todos los canarios de la casa nos sumamos al acto. Aquello fue realmente una juerga. Nos desgañitamos dando vivas a Unamuno, y mueras al General, y también brotaron algunos mueras a la monarquía. La policía, ya advertida, repartió palos a troche y moche y organizó una redada en la que por cierto caímos Antonio Fleitas y yo, como eximios representantes de la rebeldía canaria. Aquella noche sufrí —esto es un eufemismo porque nos divertimos mucho— la primera prisión de mi vida. Nos pasamos la noche en los sótanos de Gobernación, en la Puerta del Sol, alborotando, cantando, diciendo chistes, y hasta entonando la canción que le habían inventado, no recuerdo con qué música, si «Las Leandras» o alguna similar, al general Martínez Anido, don Severiano, tristemente famoso desde que en Barcelona se armara a los sindicatos libres que él protegía contra el sindicato único anarquista y se liaron a tiros por las calles. Sólo recuerdo estos versos del cuplé que tanto cantaron los estudiantes:

Severiano, Severiano,
no bajas más la mano,
no seas «exagerao».

Se referían, desde luego, a los palos que empezaron a recibir los jóvenes insumisos.

Esta ligera mirada retrospectiva da idea de lo moviditos que fueron los siete años de la «Dictablanda», aunque no tan blanda porque hubo víctimas mortales como las del fraguado supuesto complot de Vera del Bidasoa. El general entró haciendo «machuco y limpio». Empezó poniendo a caldo a los antiguos políticos, a los que llamó *semilla y fruto de la política partidista y caciquil*, y en otra ocasión *gentes del hampa y del mal vivir* y disolvió todos los Ayuntamientos y Diputaciones, ensañándose de modo especial con los secretarios, instruyéndoles muchos centenares de expedientes y destituyendo a unos doscientos, entre los cuales estuvo don Juan Arencibia, que lo era de Arucas, y lo fue después de Las Palmas, cuando lo repusieron; se peleó con el Colegio de Abogados de Barcelona; dio el escándalo público de «La Caoba», una conocida mujer pública, detenida por tráfico de estupefacientes, y a la que le facilitó una tarjeta de recomendación que al juez le faltó tiempo para exhibir a sus amigos; riñó con los estudiantes llevando a la fama al célebre Antonio Sbert, inspirador de la FUE, convertida en distribuidora de hojas subversivas y panfletos; se ganó la ira de los catalanes, no solo prohibiendo la enseñanza y difusión del catalán, sino disolviéndoles la Mancomunidad de Puig y Cadafalch, que tan grande obra cultural hizo en el Principado; metió en la cárcel a las cabezas del sindicalismo catalán; ridiculizó, zahirió y molestó a personalidades como las que hemos mencionado; mandó a prisión a Ossorio y Gallardo y hasta encerró en la Modelo de Madrid al doctor Marañón; cerró el Ateneo varias veces y encarceló a una Junta que no aceptó su forzosa sustitución; dio lugar a que muchos profesores, entre ellos Ortega y Gasset, renunciaran a sus cátedras; procesó a don José Sánchez Guerra, que era de los políticos más honestos del régimen, y al antiguo ministro de Hacienda don Santiago Alba, al que persiguió como a un conejo; tuvo que abortar dos o tres conspiraciones cívico-militares, entre ellas la famosa «sanjuanada», en la que estaba comprometido el general Castro Girona, que después se asustó, etc. Pero el gesto más audaz y de coraje, de verdadera temeridad, fue la disolución del Arma de Artillería, en los primeros meses de 1928, suspendiendo de empleo y sueldo a todos los jefes y oficiales de la escala activa y prohibiéndoles hasta el uso del uniforme. Este conflicto, típicamente militar, se originó porque los artilleros se negaron a que se modificaran los ascensos que se hacían por «la escala cerrada», es decir, riguroso turno de antigüedad, pues así lo juraban al salir de la Academia.

Todas estas tormentas, consecutivas o superpuestas, y otras más, unidas a imponderables factores económicos en cuyo detalle no entro porque no estoy escribiendo la historia de España, confluyeron para que, desairado una vez más por sus colegas generales cuya adhesión vanamente solicitó, tuviera que presentar al rey su dimisión a principios de enero de 1930. En los primeros días de marzo de aquel mismo año el general, víctima de un ataque cerebral, fallecía en París.

Con la perspectiva que dan los años transcurridos y la serenidad que su paso nos impone, a pesar de sus enormes errores y tonterías, entre ellas el tono de patriarcal fanfarronería protectora que siempre le dio a sus dos gobiernos, debemos abonarle dos logros muy importantes: el gran impulso que imprimió a las obras públicas, pantanos y carreteras, que modernizó a través de la llamada Red de firmes especiales, y cuya política llevó con buen pulso el conde de Guadalhorce, y la completa pacificación de Marruecos, tras el desembarco en Alhucemas, brillante operación militar realizada en paralelo con otras del ejército francés, que permitieron derrotar y reducir al famoso rifeño Abd-El-Krim. Esta fructuosa operación fue obra personal y directa del propio general. Fue el mejor momento, el «clímax» de su paso por el poder. Acabó con la enorme sangría de hombres y dinero en cuyo despilfarro se encuentra una de las causas de nuestro atraso económico que tanto ha costado superar, inútilmente perdidas tantas inmensas energías humanas y riquezas que hubieran permitido fecundar toda la nación. Fue la gran ocasión de abandonar la escena con aires de apoteosis. Ello ocurrió en noviembre de 1925. Pero lo cegó la misma magnitud del triunfo. En las muestras de aprobación que recibió entonces creyó ver el testimonio de la general simpatía que, por sus antecedentes personales, talante alegre, buen machismo a la española, suscitó, al principio, entre las «gentes que bullían», como dijo alguien. Se engañó a sí mismo superviviéndose. Perdió su ocasión de oro para pasar a la historia con brillo perdurable, pues los errores posteriores y su empecinamiento le hicieron cobrar ese pálido fulgor equívoco con que hoy nos mira desde la posteridad.

Ya hemos visto, ¡ay!, que la historia se repite. No sólo somos los hombres vulgares los que tropezamos dos veces en la misma piedra. También tropiezan estruendosamente los generales.

XIII

«YO SOY RESIDENTE DE ESTUDIANTE»

A sí es cómo se calificaba a sí mismo Salvador Dalí, el famosísimo pintor, perdiendo el título de la «Residencia de estudiantes» en la que pasó tantos años de su primera juventud en Madrid. Yo no fui residente, aunque sí estudiante, pero fui visitante frecuente de la Residencia, es decir, residente de hecho como ahora se verá. La Residencia de Estudiantes, fundada en el año 1910, fue el primer Colegio universitario de España concebido dentro del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, bajo los auspicios de don Francisco Giner de los Ríos y don Manuel Bartolomé Cossío, el gran tratadista de arte, verdadero descubridor del Greco. Ya es bien conocido que la Institución defendía, sobre un fondo de filosofía krausista, la profunda reforma de la sociedad española a través de la educación, propugnando una enseñanza libre, laica, es decir, sin ataduras religiosas, profundamente humanista sobre la base de la libertad y la tolerancia. Se proponía igualmente dar una educación complementaria y alternativa de la Universidad, incidiendo también en la vida moral, en la formación del carácter de los estudiantes, en su cultura general y en su higiene a través de la promoción de los deportes. Ortega y Gasset escribió de ella diciendo que era *una muestra activa del profundo amor a la España que se está haciendo*. La Institución estuvo primero en la calle de Fortuny, pero yo la conocí en su definitiva y completa instalación en la calle del Pilar, en el paraje conocido por los altos del Hipódromo, por detrás del Museo Nacional de Historia Natural. Estaba emplazada en una loma que dominaba la llanada que conducía a Chamartín de la Rosa, plantada de árboles, y Juan Ramón Jiménez, el gran poeta, premio Nobel de Literatura, que vivió en la Residencia hasta que se casó con Zenobia Camprubí, la llamó «La Colina de los Chopos», y en unos bellísimos poemas en prosa que le dedicó en la

«Revista de Occidente» la llama igualmente «Colina del alto chopo». Dirigió la Residencia, desde que se fundara, don Alberto Jiménez Fraud, a quien, en el centenario de su nacimiento, se le ha dedicado en Madrid un gran homenaje. Adjuntos a la Residencia, pues la institución estaba integrada oficialmente en ella, estaban los laboratorios de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, precursora del Consejo actual, que fue la institución pionera de España en esta materia. Allí se encontraba el Laboratorio de Histología de don Pío del Río Ortega, discípulo y sucesor de Ramón y Cajal, el Instituto Nacional de Física y Química, donde trabajaba don Blas Cabrera, el Laboratorio de Fisiología de don Juan Negrín y el Laboratorio de Química y Análisis, que dirigía don José Ranedo. La Residencia tenía un salón de conferencias, posteriormente ampliado, con un piano donde yo vi y oí cantar y recitar a Federico García Lorca en varias ocasiones. Pero ordenemos el relato.

Yo conocía la Residencia porque por ella habían pasado, cuando hacían sus carreras, varios amigos canarios. Concretamente de nuestra ciudad fueron residentes hasta el año 1921, dos años antes de mi llegada, Bartolomé Apolinario Navarro, el farmacéutico; Diego Cambreleng Mesa y Luis Cárdenes López, abogados los dos y el último también periodista; Domingo Hernández Guerra, catedrático de Fisiología en Salamanca, brazo derecho de Negrín en el laboratorio, que falleció prematuramente en 1932; y Gonzalo Pérez Casanova, futuro catedrático de Ciencias Naturales y director del Instituto de Las Palmas, que, aunque no canario, pasó luego a serlo por adopción, matrimonio y residencia. También pasó por el Colegio el doctor Isidoro Luz Carpenter, que fue presidente del Cabildo de Tenerife y uno de sus hermanos. Igualmente estuvo alojado en la Residencia, no recuerdo si antes o después de Cambreleng, el cirujano Armando Torrens, de conocida familia portuense. Cuando decidí marchar a Madrid para preparar oposiciones a cátedras de Física y Química de Escuelas de Comercio, traté de obtener una plaza en la Residencia. Pero era muy difícil, el número de alumnos estaba limitado y las vacantes comprometidas en muchos años. Pero en el curso de mis gestiones me informaron de la existencia en la casa de un laboratorio de química en el que me sería más fácil trabajar y prepararme. Provisto de sendas cartas de presentación de amigos comunes visité, apenas instalado en Madrid, a don Juan Negrín y a don Blas Cabrera Felipe, dos ilustres canarios profesores de la Universidad Central. A Negrín lo vi en su casa de la calle de Serrano, donde también tenía un laboratorio. Allí comenzó mi larga y entrañable amistad con él, de la que hablaré oportunamente. A don Blas, también preclara figura, futuro rector de la Universidad

al estallar nuestra guerra, que lo obligó a exiliarse a Méjico donde murió, lo vi en la Universidad, a la salida de una de sus clases. A través de ellos me fue fácil hacerme conocer del doctor Ranedo y ser admitido para hacer prácticas de química en su Laboratorio. Entré, pues, en la Residencia por una puerta lateral, pero a los pocos días entraba y salía de la casa como un residente más. En aquel curso en que yo empecé a frecuentarla también vivió allí Francisco Hernández Guerra, médico oculista, gran y querido amigo, hermano de Domingo, y en el curso siguiente entraron los hermanos Valle Benítez, Bernardino y Ricardo, médico e ingeniero aeronáutico, y después Luis, médico y famoso futbolista. Con lo que ganaba con su deporte en Francia ayudó a mantener, cuando fueron al exilio, a sus padres, doña Matilde y don Bernardino Valle y Gracia, ex alcalde de la ciudad, diputado republicano, galeno ejemplar, orador perfecto y corazón tan ancho que no le cabía en su cuerpo. También ingresó en el establecimiento aquel año Antonio Yáñez Acosta, médico muy popular en Teror y en la ciudad.

Para dar idea relativa del cambio operado en el coste de la vida, añadiré que los residentes pagaban 180 pesetas al mes, con comida, desayuno y merienda, ropa limpia y libre uso de salones y campos de juego. Mi pensión en casa de doña Emilia me costaba 150 pesetas, un duro al día.

Yo acudía al laboratorio todas las tardes de tres a cinco, menos los sábados, destinados a la limpieza, pero me demoraba luego y fue así cómo conocí a todos aquellos muchachos que más tarde serían famosos en el mundo entero: Federico García Lorca, residente fiel que pasó muchos cursos haciendo que estudiaba, pero viviendo su vida, creando, alegrándonos a todos con su embrujado encanto personal, único, cuando hablaba, cuando cantaba con voz más bien bronca, pero con un oído perfecto, aquellas bellísimas canciones andaluzas, como «Los tres muleros», «Los peregrinos de Roma», que yo me sabía enteras de memoria, y otras más, que pasaron a formar el repertorio de la Argentinita, la famosa cantante. También conocí, aunque era muy raro e introvertido, a Salvador Dalí, que es de mi misma edad, en el que nadie sospechaba el genial y estrambótico futuro pintor, aunque ya dibujaba, ilustraba y daba muestras de su gran talento. A Luis Buñuel me lo crucé algunas veces. Entonces sólo era un señorito aragonés rico, aprendiz de boxeador, que salía medio desnudo a correr por aquellos descampados con un frío de todos los demonios. Otro viejo amigo a quien conocí en la Residencia fue al excelente escritor cubano José María Chacón y Calvo, solterón y diabético, con el que volví a amistar cuando estuve en La Habana en el año 56. Hacía más de treinta años que no nos veíamos, pero al encontrarnos en

casa de Dulce María Loynaz, la generosa poetisa cubana, nos reconocimos con alegría. Carlos Anabitarte, el magnífico ingeniero de Caminos, que con don Secundino Zuazo proyectó y realizó la primera parte de la Avenida Marítima, era residente en mis años, pero no nos conocimos allí por movernos en áreas de distinto interés. Cuando lo conocí aquí, nos deleitamos largo rato evocando los felices tiempos de la Residencia. Luis Sánchez Cuesta, famoso librero con quien tuve amistad hasta su muerte, también fue residente, como lo fue el finísimo poeta Emilio Prados, fundador de la revista «Litoral», que era del grupo que en la casa llamaban «los malagueños», los andaluces más abundantes en las listas de la institución. De los discípulos de Juan Negrín que vi en su laboratorio recuerdo al doctor Severo Ochoa, que obtuvo entonces una beca para estudiar en Alemania la fisiología del músculo. Marcelino Pascua, gran médico y sanitario, director general de Sanidad en la II República y diputado a Cortes por Las Palmas, fue también de los de larga residencia. Y por último evoco con cariño entre los residentes a Ernesto Navarro, gran aviador, uno de los mejores de su tiempo. En diciembre de 1925, sin haber dado aviso previo, aterrizó en Gando inesperadamente tripulando solo un aparato desprovisto de telegrafía, lo que ahora llamaríamos una pequeña avioneta. Fue aquélla una verdadera hazaña. Venía haciendo estudios para la futura instalación de servicios en el que todavía únicamente era un campo habilitado para operaciones de entrada y salida de aviones. Ernesto Navarro fue después director del Aeropuerto de Barajas al estallar nuestra guerra y tuvo activa intervención como asesor del ministro. Lo vi por última vez en los últimos días de junio o en los primeros días del fatídico julio de 1936. Yo había ido a Madrid como compromisario para la elección de Azaña a la Presidencia de la República. Retrasé bastantes días mi regreso, y una mañana nos citamos para comer. Bajábamos juntos la calle de Alcalá, frente a «La Elipa», el viejo café, cuando nos encontramos con Federico García Lorca, que venía en sentido contrario. Hablamos unos minutos y siempre recuerdo con leve estremecimiento las palabras que nos dijo Federico, que a la luz de lo que pasó después se transforman en trágica paradoja:

—*Chicos*—nos explicaba con aquel «ángel» que ponía en todo—, *Madrid se está volviendo imposible. Uno de estos días «me las piro» para mi Granada, para mi casita, porque allí al menos tengo tranquilidad.*

¡Quién podía sospechar que fue precisamente en «su Granada» donde a aquel «andaluz tan claro, tan rico de aventura», como él dijo de Ignacio Sánchez Mejías, le arrebataran la vida! No he vuelto a

tener noticias del querido Ernesto Navarro. Otra gran relación amistosa que me cercenó la guerra.

Asegurada mi asistencia regular al laboratorio, donde aprendí mucho y tuve como compañero al profesor González Velayos, que habría de ser catedrático de la Universidad Central, organicé mi existencia con el rigor y el método que he puesto siempre en ello. Por la mañana, a primera hora, asistía a las clases de la cercana Universidad, en el viejo caserón de San Bernardo, hoy domicilio de la Asamblea regional de Madrid. La de Química la daba el doctor Enrique Moles, la de Física el propio don Blas Cabrera. Me sorprendió mucho y me disgustó sobremedida ver cómo se comportaban en clase los alumnos. Aunque las clases no estaban masificadas, eran bastante numerosas, en exceso inquietos y levantiscos los muchachos, y sobre todo en las lecciones de don Blas, que no había nacido para profesar sino para investigar —fue el introductor de Einstein en España y se decía que cuando el sabio alemán vino a Madrid, don Blas fue el único que lo entendió, pues la teoría de la relatividad tiene tanto de física como de lógica matemática—. A mí me indignaba la irrespetuosidad de los alumnos y estuve una vez, yo tan pacífico y conciliador, a punto de darle un guantazo a un chisgarabís a quien le pedí que guardara silencio. Una vez más comprobaba cómo los canarios de mi generación éramos bien modosos y educados, frente a la grosera, cuando no soez, garrulería de los chicos que encontraba. A media mañana recalaba en el Ateneo para estudiar en la biblioteca, cuando no me tocaba ir a escuchar a don José Ortega a su clase en la Facultad de Filosofía y Letras, o a don Andrés Ovejero, catedrático de Historia del Arte, con quien igualmente tanto aprendí. Después de comer cogía en la Puerta del Sol el tranvía del Hipódromo, creo que era el 8. El 8 ó el 5, los dos que más tomaba: el otro era el de Cuatro Caminos, donde algunos domingos íbamos los amigos a bailar, actividad lúdica que también ejercitamos en «El Ideal» del Retiro, centro de reunión de modistillas y menestralas apañadas para nuestros gustos. Recuerdo que un domingo bajábamos Domingo Marrero Guerra y los tres Juanes, Cambreleng, Ramírez y yo, la calle de Alcalá de regreso del Retiro, donde habíamos pasado una tarde espléndida. Apenas hacía un mes que estábamos en Madrid y yo me había curado ya de la nostalgia casera e insular que antes sufríamos los isleños tras nuestro primer alejamiento. Cambreleng la tuvo viva todo el tiempo que estuvimos juntos en Madrid. Yo venía exultante de alegría:

—Juanillo, ¡qué tarde! ¡Hoy hace un mes que llegamos! —exclamé en tono alegre y ponderativo.

—¡Sí, hoy hace un mes que llegamos! —me contestó Cambreleng, pero casi en tono funerario—. Pero, Juan, ¿no echas de menos las tardes de los domingos en que a estas horas salíamos del fútbol en las Alcaravaneras? —evocó con el mismo aire melancólico.

—Mira, Juan, ¡no nos jeringues! ¡A quién se le ocurre comparar la calle de Alcalá y estas chavalas imponentes con la carretera del Puerto! —le objetó rápidamente Juanito Ramírez.

Al final de la tarde regresaba otra vez al Ateneo. Cuando en la Residencia había alguna conferencia interesante de las que organizaba la Sociedad de Cursos y Conferencias —yo escuché en su salón al famoso antropólogo León Frobenius, a Blaise Cendrars hablando de literatura negra, a don José Ortega y a don Manuel B. Cossío, como a Mr. Howard, el compañero de Lord Carter en el descubrimiento de la tumba de Tuntakamen— asistía a ella como un residente más. Pasaba mucho también a saludar y hablar con Domingo Hernández Guerra, en su laboratorio, pues él estaba allí más tiempo que Negrín. Allí conocí al querido y respetado don Paulino Sánchez, médico y biólogo, que ayudaba a don Alberto en las faenas de la dirección, y al simpático y estupendo pintor y escritor José Moreno Villa. Una persona que no puedo olvidar, pues después estuvo con sus discursos en la BBC de Londres manteniéndome la moral durante toda la guerra del 39 al 45, es a don José Castillejo, el secretario y el alma de la Junta de Ampliación de Estudios, el que la sostuvo denodadamente hasta que los espadones acabaron con todo, con la Residencia, con el Instituto Escuela, con el Instituto Internacional, con todo lo que en aquel rincón madrileño iluminado de cultura y humanismo habían levantado los hombres de la Institución Libre de Enseñanza. Castillejo, que creo que fue profesor de Derecho Romano, fue el mejor locutor de radio que he escuchado en mi vida. Conciso, claro, convincente, con un arte oratorio inigualable, todos los días desde Londres, aun cuando cayeran las bombas alrededor, informaba al mundo de lengua española, al servicio de la causa aliada, de la marcha de la guerra contra los nazis. En nuestra cruda postguerra —escaseces, racionamiento, humillaciones, alardes imperiales, crueldad y chabacanería— la voz de don José Castillejo llegaba a sus atribulados oyentes españoles como la genuina voz de la esperanza. Y viéndolo personalmente nadie diría que aquel hombre, con su frondoso y descuidado bigote, su traje deslustrado y su sombrero siempre torcido, tuviera aquel talento y aquellas pasmosas facultades didácticas. Uno de los tantos cerebros bien organizados que nos hizo perder la guerra.

Al final del día nuestro refugio, el de todos los canarios, era el Ateneo, donde, después de las aguas lustrales de la ciencia, recibíamos

las duchas frías del gimnasio o sala de armas, en la que hacíamos esgrima, o las duchas calientes del avispero político de los salones.

En el segundo curso de mi estancia en Madrid yo tenía que agenciarme para poder ir dos veces a la semana, a última hora, a la oficina de Hijos de Diego Betancor, en la calle Atocha, si no se me confunde el recuerdo. Pedro Santana Brito, inolvidable compañero de estudios y más tarde de prisión, dirigía la oficina administrativa de la firma, receptora y vendedora de plátanos, en Madrid y para ayudarme económicamente me buscó ese trabajo: llevar unos libros auxiliares de la contabilidad que él había organizado. Muchos domingos iba a comer a su casa, donde su mujer, hermana de Félix Delgado Suárez, el poeta, de quien ya me ocuparé, me ponía unos potajes de berros y unos pucheros canarios que me daban reservas nutritivas para toda la semana. Después también solíamos ir juntos al fútbol. Pedro fue gerente del Servicio Municipal de Aguas, y hasta el final de sus días, además de un amigo entrañable, un admirable profesor. Había comenzado a trabajar como oficial platero y se supo hacer a sí mismo con voluntad y constancia, como tantos otros, en una isla donde no había nada que se pareciera a eso que ahora llamamos igualdad de oportunidades. Que en román paladino significaba que sólo los ricos podían estudiar carreras.

En los días finales de junio de 1925 yo regresaba a Las Palmas, perdida ya definitivamente mi condición de estudiante. Llevaba en el alma mi primera frustración: el dictador había suspendido todas las oposiciones a cátedras y yo tuve que arrumbar en el rincón de los olvidos mi ilusión de ser catedrático, secreta aspiración insastifecha de mi radical vocación. Traía en cambio para mi isla un bagaje invaluable de experiencias, de ciencia, de recuerdos, de amistades, de amores y de aficiones que desde entonces empezaron a llenar y siguen colmando mi ilusión de vivir y mi aliento en el trabajo.

XIV

EL DECRETO QUE DIVIDIO LA PROVINCIA

Cuando el día 21 de septiembre de 1927 los primeros telegramas anunciaron que el Consejo de Ministros que presidía Primo de Rivera, a propuesta del de Gobernación, el general Severiano Martínez Anido, había aprobado al fin un Real Decreto por el cual la provincia canaria se dividía en dos, hubo, es verdad, alegría general, pero bastante menos ruidosa y estentórea de lo que era presumible después de cerca de un siglo de luchas interinsulares.

En rigor la lucha por la capitalidad empezó cuando en noviembre de 1833 Santa Cruz de Tenerife fue nombrada capital de la provincia. Era, pues, una capital con muy poca antigüedad frente a La Laguna y a Las Palmas, ciudades de mayor solera histórica. Incluso el Obispado de Tenerife sólo data de 1818, el nuestro viene desde el final de la conquista.

El pleito insular, como de una vez para siempre lo bautizó su mejor y admirable historiador, Marcos Guimerá Peraza, fue en su largo transcurso, tan accidentado y de tantos altibajos, como la secreta llama que mantuviera interiormente vivas y despiertas las ansias políticas de todos los canarios, así como la mutua emulación, el permanente acicate recíproco de los dos bandos, de las dos riberas del inmenso caudal de papeles, proclamas, peticiones, escritos, memoriales, protestas, y sobre todo de energías humanas que el empeño movilizó. Muchas veces me he preguntado qué hubieran sido nuestras islas, a qué alturas de desarrollo material y espiritual habrían llegado, si todo ese verdadero tesoro de energías, despilfarradas en gran parte, se hubiesen encauzado, no como neutralizadas fuerzas contrarias, sino como poderosos esfuerzos convergentes. No hubo desde un principio verdadera perspectiva y auténtica comprensión del problema en ninguna de las partes contendientes. La primera resolución eficaz, que

acercó la solución final, y tardó tantos años en llegar —la ley de Cabildos— y que hoy nos parece casi perogrullesca de puro simple, la hubiese imaginado cualquier espíritu sereno capaz de colocarse *au dessus de la mêlée*, por encima de la revuelta. Pero entre los propios isleños era difícil, por no decir imposible, que surgiera esa mente iluminada, esclarecedora, de suficiente calado intelectual y lúcida mirada, porque a todos los canarios afectados, envolviéndolos en sus miasmas cegadoras, los ofuscaba la pasión. Entre los gobernantes o gentes de la Península, aparte la lejanía del problema y su relativamente escasa magnitud, frente a los otros gravísimos males que a la nación había acarreado su rápida decadencia, no hubo jamás suficiente interés en ponerle fin. Nunca sabremos si ello fue por oculto designio maquiavélico de impedir que todos los canarios se unieran, añadiendo otro latente conflicto regional a los que, en apariencia adormilados, yacían inextintos y expectantes, presintiendo todos que en cualquier propicio momento estallarían con virulencia, o por esa letal pereza que, como un veneno sutil, aflojó y atrofió los mejores resortes de la vida política nacional, llevándonos a esa España invertebrada de la que nos ha hablado el maestro Ortega y Gasset. Tenía que venir de otro sitio, en este caso concreto, de una isla empobrecida y flácida donde las toxinas estaban diluidas, casi inexistentes en el cuerpo social, el sencillo remedio que no sólo palió muchos males, sino que a la postre allanó el camino para la solución final. Fue la feliz y clara iniciativa de don Manuel Velázquez, majorero asentado aquí, repudiada en principio, pero asimilada después, y convertida en ley: la resurrección de los viejos Cabildos de las islas, que fueron su primer órgano de gobierno. Con esta ley, con el reglamento para su aplicación, con la concesión sucesiva a nuestra isla, y su extendida jurisdicción sobre Lanzarote y Fuerteventura, de parcelas de poder político y facultades desligadas de Santa Cruz, vinculadas directamente al gobierno central, fue vaciándose de contenido paulatinamente la provincia única y su órgano más representativo, la Diputación Provincial, que constituyó muchos años, a través de mayorías electorales amañadas, el instrumento de la supremacía política de Tenerife. Cuando se aprobó la Ley de Cabildos, en 1912, don José de Canalejas, que era Jefe del Gobierno, sabía que la Diputación era considerada por los habitantes de Gran Canaria como el gran espantajo político, pero que hacía daño. A raíz de aprobarse la ley el ilustre político comentaba que «la Diputación Provincial iba a quedar convertida en un ente más aparente que real». Pero siguió en funciones, creando algún conflicto hasta que la suprimió Primo de Rivera.

Los diputados provinciales canarios estuvieron varios años ausen-

tes del organismo, pues nadie podía olvidar el famoso Viernes Santo en que los tinerfeños, alborotados por uno de los tantos quiebros de la lucha provincial, arrojaron al agua los equipajes de los diputados canarios y los insultaron y apedrearon hasta el extremo de tener que salir protegidos por la Guardia Civil. Este episodio debió dejar mucha huella pues siempre oí en mi casa comentarlo con acritud. Yo conocí personalmente a uno de ellos, don Fernando Inglott y Navarro, que vivía en la calle de García Tello, cerca de mis abuelos. Fue periodista y prestigioso profesor del viejo Colegio de San Agustín. Ante mis ojos, al conocer yo aquel episodio de su vida política, su prestigio se acreció, pues aunque mi generación ha sido hasta ahora la única que estuvo muchos años inmunizada contra «el mal insular», como debiera llamársele, todavía a mi inexperta juventud lo de la división le sonaba como una mágica panacea. Cuando el decreto llegó pudimos comentar que cumplía lo que sentencia el popular refrán: mucho ruido para tan pocas nueces. No quiero expresar que las nueces que trajo no fueran suculentas —en aquella ocasión nos concedieron las Jefaturas de Minas, Montes y Agronómica, la Inspección del Trabajo, el carácter provincial de la Delegación de Hacienda y de la Jefatura de Obras Públicas, la Mancomunidad Provincial de Cabildos— sino que eran muchas menos de las que, poco a poco, con tenaz forcejeo, se habían logrado ya para esta ciudad. La Delegación insular del Gobierno, los centros de enseñanza, la Escuela Industrial, la de Comercio, el Instituto de segunda enseñanza, el Registro Mercantil, la Administración Provincial de Correos, la Junta Insular de Sanidad, las Juntas del Censo electoral, los dos Juzgados de Las Palmas, Triana y Vegueta, la Granja Agrícola de Guía, etc., fueron apareciendo escalonadamente antes del decreto divisionario. Como testigo ocular, y alguna vez también gesticulante y vociferante, de tantas manifestaciones en los primeros veinte años de mi vida, convocadas con cualquier pretexto y a cualquier hora, puedo afirmar que la última que festejaba la división y el aparente término del pleito provincial, no tuvo mayor relieve que cualquiera de las otras muchas que la precedieron. De todos modos, en una ciudad tan externamente apacible como lo era la nuestra hasta las lindes de nuestra guerra civil, aquellas regulares concentraciones populares constituían al propio tiempo un motivo de diversión, en su doble sentido etimológico, porque nos divertíamos los que a ellas asistíamos, y sobre todo mucho los chiquillos, y nos vertían a todos, nos vaciaban hacia el exterior, rompiendo la calma monotonía de la vida cotidiana. Por las pantallas de mis recuerdos pasan confusas las figuras de los oradores populares que siempre al final de cada acto informaban, tranquilizaban o enardecían a las

masas: Emilio y Bernardino Valle, Juan B. Melo, Juan Sintes Reyes, el viejo alcalde don Felipe Massieu, don Carlos Navarro Ruiz, don Federico León, don Domingo Doreste, don Luis Marrero, don Pedro Boinello, don José Doreste, etc. Para dar idea del enredijo manifestatorio de aquellos tiempos, y del continuo zigzaguo de las disposiciones del Gobierno central, que decretaba una cosa y la suspendía poco después, que se contradecía en las resoluciones de los distintos ministros, etcétera, voy a citar un solo ejemplo. En el mes de enero de 1913 el Ministerio de Fomento crea la Jefatura de Obras Públicas en Las Palmas con jurisdicción en Lanzarote y Fuerteventura y pocos días después el Ministerio de Hacienda dispone que la Delegación de Hacienda de Las Palmas sólo comprenda la isla de Gran Canaria. De modo que para un ministro los majoreros y conejeros podían resolver aquí sus problemas de Obras Públicas —permisos, pozos, expropiaciones, etc.— pero para pagar sus contribuciones tenían que desplazarse a Santa Cruz de Tenerife. Cualquier error de éstos echaba la gente a la calle. No puede calcularse cuántas manifestaciones alentadas desde aceras y balcones, presenciaron las calles de la ciudad, aunque el recorrido solía no variar: todas, o casi todas, desembocaban frente a la Delegación del Gobierno, primero en la calle de Obispo Codina, después en la de Triana. Recuerdo con particular viveza a tres Delegados del Gobierno, el señor Gavilanes, a quien apenas conocí, don Manuel Luengo y Prieto y don Cipriano Fernández de Angulo, que fueron, sin duda, por su coetaneidad con los problemas, los que recibieron a mayor número de comisionados. Los dos tuvieron un largo y agitado mandato. Don Manuel Luengo fue un tipo pintoresco: abultado, grueso, fofo, con unos ojillos claros siempre húmedos, porque cuando a don Manuel se le presentaba un problema agudo, difícil, inevitablemente invocaba no se sabía qué desventuras personales —la pérdida de su esposa es la que más recuerdo— y las lágrimas le afluían al rostro. El espectáculo de un hombre tan gordo dando muestras de tanta ternura acababa por enternecer a su vez a los visitantes, la tensión se aflojaba, y aunque el problema no se resolvía, la gente no se retiraba maldiciendo, compadecida de la aflicción de don Manuel. El otro delegado, don Cipriano, era un tío hábil y listo, muy ocurrente e ingenioso. Lo traté mucho en mis tiempos de redactor-jefe de «El País» porque tenía que discutir con él para tratar de atenuar los estragos de la censura previa que muchos años soportó, y burló cuanto pudo, la prensa local y nacional. Algunas veces me llamaba para que le descifrara el sentido, aparentemente críptico, de alguna editorial, de algún comentario. Yo solía argüirle:

—Don Cipriano, no se preocupe. Si usted, que las caza al vuelo,

no entiende bien lo que queremos decir, ¿qué podrá entender «el vulgo municipal y espeso», que no posee su sutileza?

La verdad es que le «metimos muchos goles», como se dice ahora en argot futbolero. Por su talante abierto y comunicativo pensé alguna vez que fingía que se dejaba engañar, con tácita aquiescencia a las galeradas, y mostrándonos que el león no era tan fiero como aparentaba.

Esto de las manifestaciones de aquel dilatado lapso fue un curioso fenómeno regional: en una y otra isla la gente solía manifestarse casi sincrónicamente, por los mismos motivos, pero vistos desde un ángulo distinto, antípodas los dos. Si Montaigne, el sabio moralista francés, escribió que la verdad está contenida en una vasija que tiene dos asas, canariones y chicharreros nos agarrábamos a nuestras asas respectivas, tirando con todas nuestras fuerzas para llevarnos el vaso. Tardó mucho en romperse. Aparentemente, tras el decreto divisionista, había ya al fin pocas cosas por las que pelearnos. Pero la Divina Providencia, que vela celosamente por nuestra salud espiritual, habiendo decretado de una vez para siempre, en uno de sus secretos designios, que a nuestra salud insular le convienen las agitaciones como al cuerpo humano le convienen los ejercicios físicos, ha urdido otras nuevas trampas para vernos perder alientos en sus laberintos: la alternancia de la Presidencia del Gobierno regional y de las sedes de las distintas Consejerías, el reparto interprovincial de puestos, la distribución de los presupuestos, la primacía del tratamiento de unos problemas sobre otros, la creación de la Universidad de Las Palmas, etcétera. Dicho sin ánimo de ofender, los amigos de Tenerife tienen para estas cosas mayor voracidad que nosotros, son más extremistas y extremosos, tienen más acusada beligerancia, al menos la prensa diaria. Yo no recuerdo en todo mi largo pasado que una sola manifestación grancanaria haya terminado ante el Consulado inglés pidiendo la inscripción de los manifestantes, cosa que sucedió alguna vez en la otra capital. El hecho ponía a los santacruceros en íntima contradicción con ellos mismos, con su propia historia. Porque, aparte de lo que significa de tambaleante inestabilidad patriótica, ¿cómo explicar que acudan a pedir auxilio, protección o amparo a los mismos directos descendientes de Nelson, cuya derrota y cuyo desmembramiento constituyen la página más brillante de la historia de Tenerife? Si en aquella época hubiesen presentado este oscuro anhelo futuro del alma popular, quererse hacer súbditos británicos —perdóneseme la inocente broma— adelantándose al destino, se hubieran ahorrado los malos tragos que, a pesar de la victoria sobre las naves inglesas, debió acarrearles la gloriosa epopeya que es el mejor blasón de la isla.

XV

EL MUSEO CANARIO, MI SEGUNDO HOGAR

Soy socio del Museo Canario desde el año 1928. Diego Cambreleng Mesa y yo somos en este instante los socios más viejos de la venerada y venerable institución. Entré por primera vez en la Directiva en marzo de 1930. Volví a ella, tras la guerra, a fines del 40. La inmensa mayoría de los canarios tienen escasa o nula idea de lo que es y lo que significa aquella casa. Tampoco del inmenso valor espiritual y material de los tesoros que contiene. El Museo no sólo es el más rico repositorio de inapreciables y variadas muestras de la cultura de nuestros aborígenes en toda la región —título bastante para otorgarle excelsitud— sino hontanar bien nutrido de muchas fuentes de nuestra historia desde que el archipiélago se incorporó al Reino de Castilla. Nuestra isla sufrió en dos nefastas ocasiones la desventura de perder sus archivos oficiales. Fueron, primero, las hordas holandesas de Van der Does cuando, al filo del siglo XVI, ocuparon y saquearon durante siete días la ciudad, poniendo fuego a la Casa del Cabildo, donde hoy se emplaza el viejo Ayuntamiento, a casas de rango y a las iglesias que en aquel año tenían culto abierto en la población, apenas centenaria. Todo el archivo fundacional de la ciudad, desde 1478 a 1599, más de un siglo, cuando el caserío se conglomeró y tomó verdadera unidad poblacional, fue pasto de las llamas. Por segunda vez, esto ya sucedido en el año 1842, la vieja Casa del Cabildo de la isla, convertida en el Ayuntamiento de la ciudad, volvió a arder, en tal ocasión no se sabe con certeza si por obra del azar o por obra de mano criminal, aunque en la época hubo indicios y rumores sobre el origen de la tea devastadora. A causa de estas desgracias la isla posee poca riqueza documental de primera mano. Esto justifica que, ni aun historiadores como Antonio Rumeu de Armas, que ha historiado magistralmente la conquista de Tenerife, cuyos archivos no han sufrido

mayor quebranto, se haya negado a aceptar el encargo del Museo para describir la de Gran Canaria, por falta de suficiente asidero documental. Todas estas adversas circunstancias han determinado que los poco numerosos archivos oficiales e históricos de la isla constituyan hoy piezas de inestimable valor como únicos manaderos, no tan ricos como los desaparecidos, donde poder abreviar al mejor conocimiento de nuestro pasado. Ningún pueblo puede vivir ignorando su pasado, el que guardan los viejos papeles y el que conservan y transmiten sus tradiciones. Repito con frecuencia la metáfora de un gran escritor francés: «El fruto que hoy nos ofrecen las ramas del árbol se lo habían dado antes las raíces.»

Las raíces de nuestra historia se encuentran ahora en tres campos bien definidos: el Museo Canario, con sus fondos bibliográficos, sus manuscritos diversos y el imponderable archivo de la Inquisición, felizmente completado tras muchos años de culpable mutilación; el Archivo Provincial, que tiene incorporado el Archivo de Protocolos notariales y, más diseminados, los archivos parroquiales de la isla, entre los cuales sobresale el de la Parroquia Matriz de San Agustín como el más antiguo de la ciudad. Existen también algunos archivos de propiedad particular, muy valederos en ciertos aspectos de la historiografía insular, como son los de la Casa Condal de la Vega Grande y los del Marqués de Acialcázar, pacientemente acopiado éste por el último desaparecido titular.

Nuestro Museo posee la virtuosa condición de ser un museo misceláneo, que reúne bibliotecas y archivos, colecciones etnográficas y antropológicas, una buena colección de minerales y conchas marinas, bosquejo de un Museo de Ciencias Naturales, moderno archivo fotográfico, la mejor hemeroteca del archipiélago, sin contar la modesta pero eficaz contribución de su actividad social a la profundización y difusión de la cultura canaria. No hay en toda España institución que le iguale: existen muchos museos monográficos de distinta especialidad, pero no hay ninguno que reúna un «corpus» de tan ancho espectro y tan completo sobre el pasado de un pueblo en las distintas vertientes de su existencia colectiva. Cuando en tiempos relativamente recientes ha brotado en muchos sectores de la población canaria el sarampión del nacionalismo, entendido por unos, los más sectarios, como vocación independentista, tan inane como absurda, por otros como afán de hallar y fijar nuestros signos de identidad regional, los rasgos definidores de nuestra personalidad, más desmayada e imprecisa que la de otros pueblos españoles, precisamente por ser las islas crisol de sangre de todos ellos, el Museo nos brinda en sus distintas colecciones, la mejor ilustración de nuestra singularidad. Esta se cifra,

en el aspecto etnográfico, en nuestro profundo mestizaje, en la variada procedencia de los genes humanos que se han ido mezclando, enriqueciéndolo, con el primitivo complejo racial que ya encontraron los conquistadores, compuesto de un núcleo inicial cromañóide y dos injertos de viejas razas mediterráneas. Entre los genes que se fundieron en el vaso secular no hay que olvidar los de los pueblos que fueron extrañados de la Península, pero que aquí siguieron en pacífica convivencia: los judíos y los moriscos.

Todo este largo preludeo, cuyo conocimiento creo necesario a todo buen hijo de la tierra, justifica que me condujeran prontamente a frecuentar y amar a nuestro Museo, no sólo mi nativo y ávido afán de saber, mi inquieta curiosidad enciclopédica, sino igualmente el oscuro tirón del amor que todos sentimos por nuestra patria chica, que se acentúa y concreta cuando es una isla, pues se suman a los factores físicos elementos de origen metafísico más inefables.

Vengo perteneciendo a las Juntas Directivas de la casa con la sola interrupción de los cuatro años de la guerra, más de cincuenta y cinco años, cuando me presentó para el cargo Rafael Cabrera Suárez, el inolvidable amigo tan prontamente desaparecido. Me eligieron la primera vez como vicesecretario de la Junta. Llevo muchos años, pues, de asidua concurrencia, de cercano seguimiento de todos los episodios de su curso vital, asumiendo a veces decisivas responsabilidades, compartiendo en todo momento las venturas y desventuras de la casa, que siempre ha tenido al fondo, como un bajo continuo, la mayor de sus desventuras, la falta de suficiente asistencia económica para cumplir en plenitud sus fines sociales, sus proyectos y sus aspiraciones. Contrasta esto con el dispendio de que han hecho gala, en estos últimos veinte o veinticinco años, otras instituciones culturales de la isla, generosamente sostenidas por el Cabildo Insular, que no tienen en absoluto la tradición y las colecciones del Museo con todas sus actividades. En alguno de estos centros nos ha parecido como si sus rectores hubiesen realizado una eficaz labor, pero con un cierto sentido «pro domo sua», haciéndonos parecer a veces que, más que de instituciones públicas abiertas y polivalentes, se trataba de una especie de oligarquía cultural. Tan sólo con lo que estas instituciones, superprotegidas en sus presupuestos, se gastaban en anuncios pagados en la prensa, hubiésemos sido felices en el Museo, con finanzas siempre alicortas y cojitrancas. Por fortuna, el Cabildo, desde hace unos años, ha pasado a ser verdadero protector de la institución. Se lo debemos a la presidencia de Juan Pulido Castro. Desde aquí lo agradezco.

El mismo año en que yo regresé de Madrid, compuesto y sin novia, es decir, sin cátedra, a fines de 1925, vino a Las Palmas el gran antro-

pólogo francés Renè Verneau, invitado por el Museo. El sabio galo, que fue el primero que conociera y estudiara las colecciones antropológicas, había estado en las islas desde 1884 a 1888, y publicó con motivo de aquella visita su libro *Cinq ans de séjour aux Iles Canaries*, que es una de las más hermosas, documentadas y cariñosas obras que se han editado sobre nuestro archipiélago. Dejó escrito para la revista de «El Museo» un largo trabajo sobre «Las Islas Canarias y la leyenda de la Atlántida». Cuando la revista reanudó su publicación, en el año 1934, bajo la dirección de Agustín Millares Carlo, éste me encargó a mí su traducción. Esta fue, pues, mi primera contribución escrita a la labor científica y cultural de la sociedad, por así decirlo, mis nupcias espirituales con la casa a la que tantas horas de mi vida habría de consagrar después y a la que tanto debo de ayuda y confortación, de estímulo y de enseñanza en tantos dominios del saber cuyas nuevas sendas abrió a mi inquieta curiosidad.

No intento diseñar una historia del Museo en estos más de sesenta años en que por primera vez descubrí su importancia capital para la cultura de la ciudad. Es éste un empeño ajeno a mis propósitos, aunque relativamente fácil de cumplir, pues existen las Memorias de cada año que se presentan regularmente a la Junta General. Pero sí me propongo narrar los acontecimientos más significativos e interesantes que la institución vivió en este fructuoso período de mi vinculación personal a sus tareas. Estoy eligiéndolos al azar de mis recuerdos, por lo que no descarto que omita alguno que otro que merezca ser rememorado y no lo sea. Entré de nuevo en la directiva que se constituyó después de nuestra guerra, al abandonarla reglamentariamente varias personas, alguna de ella singularizada por el daño que en los primeros confusos meses de la contienda infligió a las colecciones bibliográficas de la casa, al señalar a los sabuesos del régimen militar los volúmenes que debían ser pasto de las llamas por encerrar maléficas enseñanzas. Si hubiese limitado la selección solamente a libros de contenido político, aunque siempre grave pecado, el gesto tendría relativa disculpa, pero estuvieron a punto de perecer, salvados por la casual intervención providencial de Rafael Cabrera, algunos libros raros muy valiosos, entre ellos una *Historia de las sectas secretas* —la masonería, los Rosacruces, etc., desde la Edad Media— que es una verdadera joya bibliográfica por el número y la calidad de sus grabados, aparte de su contenido histórico.

Mi primer presidente fue Rafael Cabrera Suárez, decano del Colegio de Abogados, extraordinario amigo a quien me ligó una larga y fiel amistad, rota con su muerte prematura en el año 1952. En uno de mis libros anteriores recogí las dos crónicas que hube de pu-

blicar con motivo de su fallecimiento, cuando aún no había cumplido los 59 años. Hice entonces un esbozo biográfico de su vertiente de abogado prestigiosísimo, de político fugaz, de fiel protector del Museo, a cuyas juntas pertenecía desde el año 1920. En aquel año se produjo en la casa lo que llamaríamos, parodiando otro movimiento famoso, la rebelión de los «jóvenes turcos», que se apoderaron y renovaron la directiva. Los socios más jóvenes, entre los que destacaban Rafael Cabrera, Simón Benítez Padilla, Rafael Hernández Suárez, Manuel González Cabrera, Manuel Hernández González y otros acreditados profesionales de la ciudad, obligaron a la Junta, presidida por don Francisco de Quintana, marqués de Acialcázar, cuyos cargos eran inamovibles, a perpetuidad, a realizar una modificación de los Estatutos sociales estableciendo que los puestos de la directiva se elegirían cada cuatro años, renovándose por mitades cada dos años y que ningún socio podría ser reelegido para el mismo cargo más de una vez. La directiva de los «viejos», anquilosada e ineficaz, cuyo mérito principal había sido trasladar a las casas que legó don Gregorio Chil, desde los desvanes del Ayuntamiento, las pertenencias del Museo, carecía de iniciativas y de resolución. Ocurrió aquello por los mismos años en que corrió igualmente por la ciudad un aire renovador de la política bajo el influjo de lo que don Melquiades Alvarez, famoso orador, y sus amigos venían haciendo en toda España. Se formó entonces aquí el partido «reformista», que llegó incluso a publicar su diario, de brevísima vida, denominado «Renovación». Rafael Cabrera contaba con la fina gracia que le era peculiar, «que los reformistas cabían en un banco y sobraba banco».

Se me permitirá que complete en estos apuntes mi retrato de este amigo inolvidable en una de las facetas más conocidas en su diario trato humano: su gracia irónica, su ingenio vivo y socarrón. Siempre he pensado que el sentido del humor es una característica inalienable de la inteligencia, porque el humor torna relativas todas las cosas, las pondera y coloca en su justo sitio, desdramatiza las situaciones, alivia las tensiones. *Si las cosas que lamentas tienen remedio, ¿por qué te apuras?; si son irremediables, ¿qué vas a sacar con apurarte?* Esta frase la repetía con frecuencia un viejo amigo socarrón de vena humorista, como compendio de su filosofía existencial. Recuerdo unas cuantas ocurrencias del pobre Rafael, algunas de las cuales recogió José del Río Amor, abogado y compañero de estudios, en una conferencia editada luego en un pequeño folleto. Como es difícil encontrarlo, aunque aquí repita alguna de ellas, como son ámbitos de lecturas distintas, transcribo las que guardo en mi memoria.

Rafael llevaba un prontuario, más bien una especie de diario, en

el que hacía apuntes frecuentes, pero sin regularidad. Entre otras cosas contiene estas dos graciosas máximas:

El matrimonio es un pleito de mayor cuantía en que la mujer es la parte contraria, los hijos los incidentes y el marido el condenado en costas.

Las mujeres, como las leyes, se han hecho para violarlas.

Otras anotaciones se refieren a su fiel compañero de bufete, algo más que su pasante, Rafael García Díaz, cuya entera existencia profesional, hasta su muerte, transcurrió en el despacho de Rafael Cabrera, y después, tras la desaparición de éste, en el de su hijo Bernardo, que heredó el del padre, tan frecuentado por mí. Rafaelito García, como le llamábamos, fue también directivo del Museo.

El día en que se casó Rafaelito:

Se casó Rafaelito después de ocho años de noviazgo... Es este un matrimonio por prescripción...

Cuando regresaba de pescar, su gran afición deportiva:

Rafael regresó de la pesca. El dice que fue buena... Yo creo que no.

Me referí antes al episodio del expurgo de la biblioteca que sufrió el Museo, consumado con la ayuda de un antiguo directivo, que pasó a empleado y que como oficial de la biblioteca, donde trabajó muchos años Néstor Alamo con gran provecho para la casa, era el encargado de la compra de libros. Se pasó dos años comprando en contra de mi voluntad y creyendo que con ello me halagaba, libros de tendencia izquierdista y luego, cuando cambiaron las tornas, se convirtió en el denunciador de los libros que él mismo había comprado. Para hacer méritos trató de incorporar al montón de volúmenes expurgados algunos otros ejemplares valiosos, que parecían sospechosos a su nueva fe. Toda aquella atrocidad fue otro gesto teatral y criminal a imitación de los nazis. Por cierto que la madre de este hombre, convertida en vestal del régimen, se tomó tan a pechos sus deberes de militante falangista que olvidaba hasta los más elementales de su condición de ama de casa. Un día, de regreso de sus falanges, le preguntó a la criada:

—María, ¿qué hay para almorzar?

—Señorita, un huevo frito y ¡arriba España!

Los presidentes que tuvo el Museo en todos estos años, algunos duplicando su mandato, y pasando a otros cargos, pues poca gente se interesaba entonces por nuestra casa, fueron, en el orden en que los recuerdo, Rafael Cabrera, Simón Benítez Padilla, Juan Bosch Millares, Rafael O'Shanahan, Manuel Morales Ramos, Juan Díaz Rodríguez y José Miguel Alzola. Cada uno vivió momentos distintos en los altibajos de la política dictatorial de la época. Todos actuaron siempre bajo el permanente agobio de la escasez de recursos. La finca de

«Tarazona» en Guía, legado de don Gregorio, al principio suficiente, fue empobreciéndose con la crisis del plátano, con la carestía del agua y acabó en los espléndidos terrenos que hoy esperan que algún día el Ayuntamiento de Guía permita que sean urbanizados. Cada uno de mis presidentes protagonizó variados episodios de la vida social interesantes y significativos, que bien vale evocar, siquiera sea de modo esquemático.

Después de tantos años, mezclados todos en el hondón de mi memoria, lo que sí puede ocurrir es que, cronológicamente, atribuya a alguno de ellos algo que ocurrió o se ejecutó en el mandato de otro. Pero como ellos no deben de tener registrada la propiedad intelectual, y en las juntas todos éramos uno, sabrán perdonarme los vivos, y tendrán celestial indulgencia los otros, mis posibles errores temporales.

Bajo la presidencia de Simón Benítez realizamos la hazaña de raptar con alevosía y premeditación, aunque sin nocturnidad, el Archivo de los Condes de la Gomera, que se guardaba en la vieja Torre de la villa de Adeje, en el sur de Tenerife. Uno de los principales propietarios de la finca donde se halla el viejo hito histórico era el esposo de una prima hermana mía, querida por mí como una hermana. Logré convencerlo de que aquel valioso montón de legajos iba a desaparecer, roído y podrido, que ninguna institución tinerfeña se había interesado nunca por ellos, y que nuestro Museo era el hogar más adecuado para recibirlos entre los tantos otros valiosos que sus archivos guardan. La dificultad radicaba en poder sacarlos subrepticamente. Si el hecho se conocía, los periódicos mastines de la isla pondrían el ladrido en el cielo, alarmando a la opinión con este otro «despojo» llevado a cabo por los canariones. Contábamos en el lugar con una colaboración inestimable. Don Antonio Artiles, contratista grancanario de carreteras, construía un tramo de vía en aquellos parajes. Muy conocido por Simón y por mí, pues también trabajaba en nuestra isla, y por ello muy relacionado con la Junta de la que los dos éramos funcionarios, se prestó gustoso a facilitarnos los peones para el embalaje y la carga y descarga en sus propios camiones, que circulaban por allí y no levantarían sospechas. Fletamos entonces un velero de pesca, a la sazón desocupado, zarpó éste rumbo al puertecito de Adeje, que entonces era sólo playa, y fondeó como para una escala de suministro. Simón, José Naranjo, el inolvidable, inefable, ubicuo, «manitas» incomparable, que lo mismo servía para un roto que para un descosido, Pepe o Pepito, y yo mismo, llegamos al lugar con trebejos de topógrafo como llamados por Artiles. Nos habían precedido las cajas para el transporte, también recogidas por nuestro amigo. Todo fue

cosa de coser y cantar. Al atardecer del mismo día el velero levó anclas y con los papeles en su buena panza se alejó rumbo a nuestro puerto, hacia su destino final. Ni una sola persona tuvo el menor indicio del secuestro documental. Ha sido el único «despojo» a la isla picuda que no ha pasado a los anales del pleito insular. El archivo de Adeje es un valioso fondo, con papeles que alcanzan fechas de comienzos del XVII, muy útiles para el estudio histórico y económico de aquella importante zona agrícola de Tenerife, y de toda la isla en general.

Debo recordar, ahora que el Colegio de Arquitectos ha hecho una soberbia edición, sabiamente comentada por Fernando Gabriel Martín Rodríguez, de los dibujos del ingeniero cremonense Leonardo Torriani, enviado a las islas por Felipe II para reforzar sus defensas, que fue Simón Benítez, acompañado por Luis Belón, director del Laboratorio Oceanográfico de Las Palmas, también directivo del Museo, quien primeramente descubrió y fotografió el valioso manuscrito en la Universidad de Coimbra. Pepe Naranjo ideó un curioso aparato que durante muchos años ha permitido enseñarlo en fotos ampliadas en un rincón del Museo. Lo digo porque algún historiador posterior del documento se ha olvidado de hacerlo constar. A Dios lo que es de Dios y a Simón Benítez lo mucho que le debe la cultura canaria.

Otro evento de magnitud organizado principalmente por Simón fue una reunión internacional de geólogos y vulcanólogos celebrada mucho antes de que los profesorees Telesforo Bravo, de La Laguna, y Juan Fuster, de Madrid, comenzaran sus estudios geológicos de nuestra isla. Simón hizo venir por primera vez al doctor finlandés Hausen, que publicó magníficos libros sobre esta materia y que después, contratado por el Museo, visitó regularmente el archipiélago, levantando de cada isla detallados mapas geológicos. De aquella reunión internacional recuerdo mucho al profesor Burckardt —creo que se escribe así—, de París, a quien traté mucho. Acompañando a los asistentes por toda la isla, yo apuntalé y fortalecí mi afición a esta ciencia, cuyos rudimentos me enseñó Simón. Durante seis o siete años, cuando trabajaba en la Junta, yo escribía la descripción geológica del terreno, parte integrante de la Memoria de los proyectos de carreteras que hacía el ingeniero, tan querido aquí y tan inolvidable, Luis García Mauriño y Campuzano. A uno de los geólogos de aquella memorable visita le oí decir que la isla de Gran Canaria era una especie de antología geológica, la más interesante de todas desde este punto de vista por la gran variedad de rocas, de tierras y de erupciones que han configurado su superficie.

—C'est une sorte de paradis géologique... —me explicó el profesor francés: una especie de paraíso geológico.

Simón Benítez fue tan bondadoso, tan generoso, que nunca supo valorarse. Sus valiosos trabajos profesionales los cobraba muy poco, pudo hacerse rico y no lo fue, bajaba a los pozos más profundos y conocía las tripas de la isla como no lo ha hecho ningún otro mortal y en un pozo, empapado por el surtimiento parietal de sus aguas, contrajo la enfermedad, que luego degeneró en la lenta y larga, invencible dolencia que acabó con sus días. Tenía muy pocas graciosas fobias: una de ellas, que nos divirtió mucho, era la del «Comisario». Se trataba de un personaje, hijo legítimo y bien amamantado del régimen fascista, del que sólo se conoce una cara, aparentemente inofensiva, pero que tuvo alguna otra más perturbadora: fue, por ejemplo, censor teatral y de espectáculos. Una vez le negó a Paquita Mesa el permiso para dar en el teatro la obra de García Lorca, «Bodas de sangre», a sabiendas de que había preparado ya todo: vestuarios, decoración, laborioso ensayo, etc. Su voluptuosidad llegó al extremo de exigirle un ensayo general completo, como si fuera el estreno, una especie de «première», como se hace en París. Cuando acabó la representación, jugando frívolamente con los intereses, tanto artísticos como económicos, que en el loable empeño estaban imbricados, se puso solamente de pie y sentenció:

—¡Niet!... No lo dijo en ruso, pero yo lo traduzco así para acentuar su lerdo sentido autoritario. Menos mal que a la velada probatoria, convertida en reprobatoria, habían asistido muchísimas personas, buenos aficionados, que se encargaron de propalar el torpe y arbitrario desaguado.

El personaje tenía vocación de escritor, torcida vocación por lo mal que lo hizo, pero tenaz y recidivante. Su ignorancia le llevaba a decir cosas como éstas: piedras «líticas», fuego «ígeo», etc. Una vez, en una nota necrológica describió la labor pastoral de un cura de pueblo de parecida manera a ésta, en que los sustantivos son los mismos que él empleara: *Desarrolló su enorme tarea pastoral por aldeas, pueblos, valles, montes, collados, «taludes»...* Nos imaginamos al buen cura rural remangándose la sotana para deslizarse sobre el culo, talud abajo... ¡Cómo se le pondrían las nalgas al segundo o tercer talud!

Sin embargo lo más memorable del cómico escritor fueron sus traducciones del trabajo de un profesor francés sobre los aborígenes canarios. Tan graciosos y tan disparatados que Simón y yo decidimos recogerlos en unas hojitas cuidadosamente impresas y bilingües para repartirlas entre los amigos: en una página el original francés, en la

otra la sabia traducción del improvisado lingüista. Doy el texto francés para que los que conocen esta lengua se formen cabal idea de la graciosa mixtificación.

El texto francés decía, con posibles variantes que no alteran lo sustancial:

«Les canariens, épuisés de la longue et inutile lutte contre un adversaire si puissant, *s'en allaient de l'autre côté*». «Los canarios, agotados por la larga inútil lucha contra un adversario tan poderoso, *se pasaban al otro lado*», es decir, desertaban.

Traducción del neolingüista: «Los canarios, agotados por la larga inútil lucha, *se marchaban a la costa*». Los canarios primitivos, pues, mucho antes que nuestros pescadores modernos, descubrieron la costa —debe ser la de Africa— como refugio salvador. No sabemos lo que allí harían, ni nos lo dice el apócrifo traductor.

Más graciosa y más curiosa es otra pieza, porque convierte en virtud lo que fue entrega al vicio: ¡qué moralistas tan ejemplares aquellos chicos de Falange!

«Les femmes canariennes —se refiere a las indígenas— se livraient à la prostitution.» Lo que equivale a *las mujeres canarias se entregaron a la prostitución*. El sabio enciclopédico historiador, un farol de mucho cuidado, tradujo todo lo contrario: «Las mujeres canarias *se libraron de la prostitución*.» Un estudiante de francés de primer curso es incapaz de hacer un cambio semántico tan contradictorio. Acabo aquí los ejemplos, que serían interminables.

La fobia de Simón estaba científicamente justificada: se metió a reconstruir, con criterio de zapatero remendón, una de las pocas joyas arqueológicas de la isla que el Museo, antes que nadie, estudió, levantó planos y maqueta y trató de conservar con la mayor fidelidad posible a su traza original. Aquel hombre la reparó y maquilló como si se tratara de una vulgar alcantarilla averiada.

Debo a Simón la amistad de una investigadora francesa, ya mayor, viuda de un ingeniero agrónomo bien asentado en Argelia, arruinado por la independencia del país, que vino a la isla recomendada a él por un profesor francés, amigo común. Simón leía el francés perfectamente, como otros tres o cuatro idiomas, pero su nativa sordera, que corregían mal los chismes usados en la época, le dificultaba un largo trato seguido con una persona que no hablara el castellano. Me encomendó a mí el atenderla y así lo hice. La señora francesa, de origen polaco, se llamaba Madame Weissen-Schumlanska, hija de un diplomático que había servido muchos años en Estambul, donde ella estudió y aprendió también lenguas orientales, árabe, hebreo, etc. Se había especializado luego en la Sorbonne de París, en los cursos del Colegio

de Francia, en egiptología, y estaba empeñada en demostrar que los antiguos pobladores del Egipto, las capas primitivas de su población; eran de origen atlántico, y habían llegado allí, atravesando el continente, desde estas costas cercanas. Había recorrido paso a paso, ayudada por las patrullas francesas que ocupaban una amplia zona del Africa del Norte y que le facilitaban mapas de cada zona, todo el borde meridional del desierto del Sahara, desde el último importante oasis en el Sur de Egipto hasta la misma costa atlántica, frente a nuestro archipiélago. Seguía, según explicaba, la tercera ruta de penetración en el Africa del Norte descrita por Heródoto: la primera acababa en la costa de Túnez, por donde estuvo Cartago, la segunda terminaba en las Torres de Hércules, es decir, en el Estrecho de Gibraltar, y la tercera, que el viejo historiador confesaba no haber podido recorrer totalmente a causa de la hostilidad de unas tribus salvajes, los garamantes, que encontró en el camino, daba fin en lo que él llama el Cabo Soloeis, que para la egiptóloga era el Cabo Juby.

Examinando los relieves egipcios, las momias y demás abundante material que hoy custodian el Museo del Cairo, el Louvre de París y el Museo británico de Londres, la famosa Roseta y otros viejos textos, había descubierto que los escribas, que aparecen casi siempre en segundo plano, tenían rasgos cromañoides, y como los antiguos egipcios practicaban la momificación de sus muertos, y el único pueblo viejo, más o menos cercano al Egipto que la practicó, fue el aborígen canario, también con una raíz étnica de origen cromañoiide, presumió que el viaje a las islas le sería fructífero. Además, a mayor abundamiento, las islas están a sólo cien kilómetros de la costa africana, frente a Cabo Juby, final de la ruta de Heródoto, por donde ella infería que, partiendo de un sitio cercano, habían llegado hasta el Sur de Egipto sus primeros pobladores. No puedo detenerme en explicar las otras pruebas escriturarias que ella aducía en favor de su tesis: los antiguos egipcios creían que los hombres vinieron del Oeste, no del Este de todas las tradiciones, donde estaba emplazado su supuesto Olimpo, es decir, de un foco atlántico. Aquí la señora robusteció su tesis comprobando varias curiosas similitudes: el uso del color rojo ritual, la semejanza de la lucha canaria con las de los antiguos relieves, que ya estudió un profesor canario, la misma raza original, la misma subespecie de cabra indígena que en el Oriente cercano, descubierta por un profesor inglés, la momificación, etc. Todo eso la llevó a publicar un libro, que no alcanzó a ver, aunque me adelantó las pruebas de imprenta, después los hijos me mandaron dos ejemplares, desordenado de escritura pero repleto de curiosas noticias, que a mí me sirvió de base para una conferencia que di a fines de 1964 en el Ateneo

de Barcelona, presidido entonces por el novelista Ignacio Agustí. En esa ocasión di otra, en el Conferencia Club del Hotel Ritz, invitado por su presidente don Luis Pí Suñer, que fue decano del Colegio de Abogados de la ciudad condal, sobre los amores de Colón con Beatriz de Bobadilla, la esposa de Hernán Peraza, señora de la Gomera.

Otro gran evento científico, auspiciado y organizado por el Museo Canario, siendo presidente de la Casa el doctor Juan Díaz Rodríguez, fue el Congreso Internacional conmemorativo del primer centenario del descubrimiento del hombre de Cro-Magnon, único que se celebró en el mundo. Cro-Magnon se llama la gruta de la Dordogne francesa, no muy lejos de Burdeos, donde, en mayo de 1868, unos constructores franceses descubrieron, al azar de las obras de un ferrocarril que derribaron una de las paredes de la gruta, el esqueleto completo fosilizado de un varón, ya con casi todas las características óseas y craneanas de un hombre de nuestros días, el eslabón que faltaba entre el hombre del Neandertahl, todavía homínido, y el hombre blanco contemporáneo. Es decir, un ejemplar de ser humano que, en la larga cadena de la evolución de las especies que nos preceden sobre la tierra, está en el ápice, en el umbral de nuestra raza, el hombre blanco más antiguo de la humanidad. El centenario del magno descubrimiento antropológico debió celebrarse en Francia, país donde el esqueleto fue encontrado. Pero los graves sucesos del Mayo francés de 1968, con la rebelión estudiantil, el intento de dimisión del general De Gaulle, y toda la incertidumbre política que ello aparejó, impidieron la organización del importante certamen. Los sabios franceses sabían que en el mundo entero son las Islas Canarias el lugar donde se han descubierto más restos cromañoides, pues al paso que en distintos yacimientos de algunos puntos de Europa y de Africa del Norte se han hallado apenas algo más de setenta muestras incompletas de osamentas de aquella raza, en el archipiélago, entre todas las islas, principalmente en Gran Canaria y Tenerife, los fragmentos óseos descubiertos pasan de dos mil. A través del profesor Marcy, que enseñó en la Universidad de Rabat, en Marruecos, que había estado en Canarias, el Museo entró en contacto con la Sociedad Antropológica de París y varios profesores españoles, entre ellos el profesor Alsina, entonces en Sevilla, y puso mano eficaz a la organización del Congreso. Acudieron antropólogos e historiadores de todo el mundo, algunos especializados en el estudio de la raza, las sesiones se celebraron en el propio Museo y la vieja casa vivió en aquella ocasión días de gloria. Recuerdo la impresión que a todos les causó la Sala Verneau, donde están los numerosos cráneos indígenas y los esqueletos completos de tres aborígenes y de un hombre francés moderno,

instalados precisamente por el doctor Verneau cuando su larga visita, para que puedan ser comparadas las diferencias de tamaño, grosor, etcétera de los huesos viejos y modernos. Nos decían que aquellas dos salas del Museo, con sus vitrinas, sus armarios de cristal, los bustos en yeso de hombres de todas las razas colocados en el friso superior de las vitrinas, tienen todo el aire de un típico gabinete de ciencias naturales del siglo XVIII y que debiéramos siempre mantenerlas intactas. A mí ese día lo que más me impresionó fue ver y oír al profesor francés Lionel Balout, antiguo rector de Rabat y después en una de las Universidades de París, recorrer la sala y ante cada cráneo decirme:

—Este es de varón, éste es de hembra..., inferido de los huesos craneales.

Me explicó, pero me quedé «in albis», en qué consistían las diferencias morfológicas que se acusan en los distintos cráneos: esto hubiese requerido de mi parte estudios de anatomía que no he podido hacer. Mi fuerte ha sido más bien la anatomía externa femenina...

Seguiremos hablando del Museo en otros capítulos: bien lo merecen los anales de la Casa.

XVI

POETAS, ESCRITORES Y COMICOS

Durante muchos años la lejanía geográfica de nuestras islas, su apartamiento forzoso de focos vivos de cultura y el mediocre nivel de vida de la población en general han hecho de cada visita de una persona de cierto fuste, no digamos una personalidad, un sonado acontecimiento en los anales de la ciudad. Domingo Doreste, «Fray Lesco», definió una vez a nuestra isla como un continente en miniatura, por la variedad de sus paisajes y por el acusado contraste que ofrecen. También lo es desde un punto de vista geológico, según he tenido ocasión de señalar en otro capítulo. Lo adverso de esta certera definición es que igualmente puede aplicarse a la vertiente espiritual de nuestra existencia: somos un continente físico miniaturizado, pero además somos un continente espiritual de mínima entidad. La isla es fundamentalmente caja de resonancia de sus propios lloros y suspiros: de ahí que cobren tanta importancia episodios que en el continente no turban los ritmos de la vida ordinaria, pero que aquí se resuelven en ondas de mayor o menor longitud que alcanzan a todos los rincones, pero frecuentemente desproporcionadas a la verdadera magnitud del suceso. Un crimen vulgar, como fue el del falso médico alemán, el crimen de los Pinos de Gáldar, un curandero que tiende una trampa a un farmacéutico avaro en un lugar despoblado, lejos de caminos accesibles, para robarle, matarle y enterrar el cuerpo, se convirtió en toda la isla en un suceso tan memorable como pudo ser la primera visita del Rey. La escasez de noticias de bulto hincha artificialmente a las de mucho menor bordo. Hasta que los aviones, y sobre todo la televisión, no ampliaron el horizonte visual y vital de las islas, hecho relativamente reciente, los canarios no hemos empezado a familiarizarnos con los múltiples ecos del mundo, que, en una u otra forma, venían percibiendo mucho antes las regiones españolas asentadas en tierra firme.

Las personas de cierta altura cultural, sobre todo las que tienen inquietudes literarias o artísticas, pueden enumerar de memoria las personalidades cultivadoras de tales actividades que han sido huéspedes de paso o más estables, hasta bien entrada la tercera década del siglo. Por fortuna ya hemos perdido el verdadero paletismo de tantos años. El turismo internacional, la mayor frecuencia de actos culturales de distinto signo, el enorme crecimiento de la población, que ha aumentado mucho el número de sus papanatas, pero también el de los enterados, hacen que para los ciudadanos de hoy la situación antes descrita asuma caracteres de rareza casi pintoresca. Un aficionado a las letras de nuestros días se preguntará cómo es posible que un poeta como Salvador Rueda, que apenas cuenta en la historia literaria, o una escritora como Carmen de Burgos, «Colombine», de menor rango, agitaran el cotarro literario y social de la isla en la forma que lo hicieron sus visitas, según las crónicas de la época. Pero los hechos ocurrieron así y los ha registrado también mi memoria.

El primer poeta de cierta nombradía que nos visitó, hoy casi olvidado, aunque por aquellos años de fines del XIX y comienzos del XX destellara un poco más en la general grisalla lírica, fue, como digo, Salvador Rueda. Era ya un hombre de más de cincuenta años y los poetas canarios que lo recibieron, lo obsequiaron y le hicieron recitar, ninguno llegaba a los treinta. Existe una fotografía en la que aparece rodeado de los poetas, y de los amigos de los poetas, que eran numerosos, entre ellos el rico propietario que le ofreció en su bella finca del Monte un cordero asado más sustancioso que lírico.

En 1910 vino a la ciudad por primera vez don Miguel de Unamuno. La segunda escala fue de paso para Puerto Cabras, cuando lo desterró en 1924 el general Primo de Rivera. Fecundas estancias las dos: de la primera salió el magnífico prólogo suyo a la primera edición de «El lino de los sueños», el primer libro de versos que publicó «Alonso Quesada». Con el hondo acierto iluminador que tuvo en tantas cosas, el profesor salmantino habla por vez primera de la insularidad en términos de vivencia lírica, pero también social, colectiva. De la segunda, y más larga, estadía canaria salió una de sus más bellas obras, «De Fuerteventura a París», que además de ser la mejor glosa lírica que jamás se ha hecho sobre la isla «fuerteventurosa», contiene apuntes y vislumbres bien reveladores del vuelo espiritual de aquel gran pensador.

La visita de 1910 se originó como Mantenedor de unos Juegos Florales de los que fue reina la inolvidable y entrañable Cachona Millares Carlo, entonces en la gloriosa eclosión de su rubia y juvenil belleza. El poeta de la Flor Natural fue el propio Alonso Quesada. Una fiesta

de este porte social conmovió realmente a la ciudad. Pero hubo otro motivo político que produjo igualmente susurrados y contrariados comentarios: en su discurso en el teatro don Miguel habló contra la división de la provincia. Ahí es nada: les dijo a los palmenses con meridiana claridad, en un momento en que el pleito estaba punto menos que al rojo vivo, que todos debíamos elevar la vista por encima de pequeñas ideas localistas para contribuir al engrandecimiento de la patria, que bien lo necesitaba. En el coliseo, totalmente lleno, la gente se tragó la píldora sin rechistar. Mas, según me contara «Fray Lesco», como todos sabían que él era su mejor amigo en Las Palmas, le decían a él, abrumándole, las cosas que no se atrevían a decirle al escritor, incluso hasta improprios. «Fray Lesco» las comentó con el maestro, que luciendo una sonrisa llena de sana picardía, le contestó: Mire, Domingo, hay que hacer patria grande, no muchas patrias chicas, que ya estamos los españoles bastante desintegrados.

Otra rápida visita por aquellos mismos meses, que traigo a colación porque el libro que motivó, «Nuevo descubrimiento de las Islas Afortunadas», me produjo un coraje que todavía me dura, fue la del famoso charlista ambulante Federico García Sanchiz. García Sanchiz vino a las islas como secretario particular de un gobernador, Rafael Comenge, que dejó entre nosotros mal recuerdo por su indisimulada simpatía hacia la causa tinerfeña, obligado, sin duda, por vivir en Santa Cruz. El gobernador tenía un niño de diez a doce años que Federico sacaba a pasear, regalaba y mimaba con excesivas muestras de adulona servilidad. En la ciudad tinerfeña todo eso se comentaba mucho, a lo que se unía la equívoca fama que tenía el charlista sobre sus inclinaciones íntimas. En esta atmósfera, y viniendo con un poncio sospechoso, se explica, aunque no se justifica, que en uno de los días de su visita a Las Palmas, al pasar frente al Casino, que era el primer centro social de la isla, les dieran una pita descomunal, acompañada de algún que otro malsonante epíteto. El oficioso y agraviado secretario se vengó escribiendo aquel libro en que nos pone como chupa de dómine, tras una engañosa introducción o justificación casi poemática. El libro es hoy una rareza bibliográfica, pero no tiene desperdicio.

También dio pábulo a mucha parlería, alguna escandalizada, natural en tiempos tan pacatos, y no pocas con guiño picaresco, la presencia en esta tierra de la conocida escritora y periodista Carmen de Burgos, «Colombine». Era en aquellas calendas esposa sin vínculo del famoso escritor Ramón Gómez de la Serna. La familia literaria del diario «Ecos», a la que vino consignada, la festejó, la paseó y la exhibió con alarde un tanto provocativo. Venía acompañada de su

hija, digno retoño de la madre por la bella estampa, la viveza y el ingenio. Era entonces una adolescente muy despabilada por la que contaban que anduvo bebiéndose los vientos el poeta «Alonso Quezada». Desde luego es verdad que hubo entre ellos lo que entreguerras llamábamos un «flirt», con palabra inglesa que no ha encontrado justa traducción posterior, pues no pueden aplicársele términos tan bastos y pedestres como «un plan», o un «ligue», hoy frecuentes en los labios de los jóvenes.

La extensión que el «flirt» tuviera fue secreto que se llevó el gran poeta, cuya vida, tan corta y más llena de sinsabores que de alegrías, pocas expansiones de estas clase pudo procurarle.

Dos visitantes de altura pasaron por la isla, uno hacia América, en su primer viaje a Buenos Aires, donde tras nuestra guerra viviría bastantes años: José Ortega y Gasset; el otro, el catalán Eugenio D'Ors, que ya había abandonado el seudónimo «Xenius» de sus escritos en catalán, pues ya lo hacía casi exclusivamente en castellano. Este regresaba de América hacia Europa. Aunque pasaron cuando yo tenía edad y saber para conocerlos, por alguna circunstancia no los vi. Fueron visitas de horas la escala de sus barcos, que antes eran más demoradas. Permitían, por ejemplo, que el gran tenor Stagno, la famosa tiple Fabri, incluso una compañía formada por Puccini para estrenar una ópera suya en la Argentina, se detuvieran el tiempo suficiente para dar audiciones en el Gabinete Literario. Aquellas visitas, como la de Stagno, dejaron tal memoria que hasta una placita detrás del teatro lleva su nombre. Esa fue antes de yo nacer; la de Puccini, mucho más reciente, la recuerdo bien.

A ambos ilustres visitantes, Ortega y D'Ors, los atendieron y pasearon un grupo selecto de poetas y escritores canarios, entre ellos Pedro Perdomo Acedo, de quien tuve la referencia de las dos escalas. El catalán recorrió despaciosamente la ciudad, de modo más detenido el barrio de Vegueta. Y cuentan que comentó:

—Esta ciudad es la que se ajusta más cercanamente al modelo ideal que yo me había trazado de una ciudad americana. Tenía que ser volviendo de América, y en mi propia patria, donde la encontrara.

La comparación del escritor es un poco exagerada. Lima, México, Cartagena de Indias, La Habana, etc., tienen sectores urbanos que obedecen a ese tipo americano colonial a que él se refiere. Pero hoy están arrinconados, cuando no mutilados, por la fiebre del gigantismo arquitectónico que ha provocado el contagio norteamericano.

A don José Ortega, con gran sentido de la oportunidad y conocimiento de su talante, sus amigos lo llevaron a ver las cuevas de la Atalaya. Estaban muy cerca en su resonancia novedosa la obra de

León Frobenius, ilustrador de la primera antropología social, y de sus discípulos, y el gran pensador español salió contento y complacido de la visita. Le interesó a tal punto que muchos años después todavía les hablaba a los canarios que acudían al local de la «Revista de Occidente», de los trogloditas de nuestras islas. En escala marina también nos visitaron el gran crítico teatral y poeta Enrique Díez-Canedo y el genial dibujante y caricaturista Luis Bagaría, cuya obra popularizó el prestigioso rotativo «El Sol» de Madrid. Conocí a un hijo del escritor que trabajaba en México, en la editorial «Fondo de Cultura Económica», adonde me llevó Agustín Millares Carlo. Pasé con él y otros amigos una tarde entera. Recuerdo que los mexicanos estaban en pleno sarampión de agresivo indigenismo, que tanto ayudaron a fomentar los famosos murales de Diego Rivera en el antiguo palacio de Hernán Cortés, en Cuernavaca, y las obras no menos fogosas de David Sequeiros y de Clemente Orozco, sin duda todos ellos monumentales pintores. Al azar de la amistosa charla sobre los libros que publicaban, entre los que figuraban también prestigiosos textos españoles, salió a relucir el tema de la herencia cultural: lo que deben los mexicanos actuales a sus viejos genes indios y a sus abuelos españoles. La moda entonces era menospreciar o infravalorar el legado cultural de España, dando notoria preeminencia al factor indígena. Sin acalorarme les expliqué que tal elemento puede muy bien subrayarse con mayor énfasis en las artes plásticas, como lo estaban haciendo aquellos pintores, con técnica aprendida en escuelas europeas, pero que, trascendido este dominio, no podían negar que su lazo más poderoso con el pasado es la lengua, la lengua española, para llamarla en su más ancha acepción, que les ha dado un instrumento de expresión universal, visible hasta en sus cantos, pues la música mexicana no tiene ni un resabio azteca, tolteca o de cualquier influjo indio. Octavio Paz y Carlos Fuentes atinan cuando dicen que hay que ver la cultura mexicana como una síntesis, que uno y otro elemento constitutivo merecen ser atendidos y cultivados y que en la cultura viva ha obrado una especie de sincretismo, como ocurre en gran parte con la propia religión, en la que hay una interpolación de formas externas de culto, hijas de supersticiones, con el contenido sustancial del cristianismo. La discusión fue animada. Me ayudaba Díez-Canedo, pero el paladín más esforzado del indigenismo era un muchacho de unos treinta y cinco años, inteligente y agudo, pero también terco y obstinado, que además no tenía la menor pinta indígena. En un momento de la larga charla, le interrumpí para preguntarle:

—¿Usted cómo se llama?

—Alí Chumacero, para servirle —contestó.

—¿Se llama usted Alí y reclama de tal modo sus antecedentes aztecas? —le argüí, medio en broma, medio en serio.

Todos nos reímos, incluso el interlocutor de nombres arábigos. Era, y es, pues sigue vivo y fecundo, uno de los mejores poetas mexicanos de hoy, como es natural escribiendo en español: una rama siria, libanesa o palestina que debió mezclarse con otra portuguesa, porque la palabra «chumacera» es un término marinero, de origen portugués, que señala la tablilla de los barcos a remo donde se inserta el tolete: de azteca nada. Esta anécdota se relaciona con otra más graciosa que me ocurrió en La Habana. Yo estuve allí en los días en que, recién elegido Eisenhower para la presidencia de los Estados Unidos, se desencadenó la primera gran guerra del Oriente Medio, cuando los israelitas, ayudados por los ingleses, a los que entonces gobernaba Mr. Eden, llegaron al borde del Canal de Suez, que amenazaban atravesar invadiendo Egipto. La ofensiva se detuvo y la guerra cesó por la dura advertencia que el presidente americano hizo al gobernante inglés. Estaba yo con mi mujer sentado en el bellísimo Paseo del Prado habanero tomando un refresco, y llamé a un betunero para que me limpiara los zapatos. El hombre, como todos los cubanos, estaba infeccionado de política. Por aquellas fechas, supongo que ahora estén menos febriles, cubano que conocías, cubano que te hablaba de política. Pero no de política local, de Batista y sus secuaces, sino de política internacional, de altos vuelos. El betunero tenía anudada una conversación de ese continente con otro camarada. Y le decía:

—Mira tú, si no es por ese jodido Eisenhower que amenazó a Mr. Eden, los ingleses y los israelitas estarían ya en El Cairo. Los ingleses son unos «cagones»: ingleses tienen que ser. Nosotros, los latinos, no nos hubiéramos parado, hubiéramos seguido p'álante.

Miren por dónde descubrí en La Habana un negro latino con un mezcla de mal alguno. Le pregunté:

—¿Tú cómo te llamas?

—Cisneros —me contestó con cierto leve orgullo.

Miren por donde descubrí en La Habana un negro latino con un nombre de tanta resonancia histórica para los españoles. Es bien sabido que, cuando había esclavitud negra, y en América duró mucho, los amos daban sus apellidos a sus esclavos.

Volviendo a los artistas transitorios me dejé atrás el paso de Luis Bagaría. Lo he comentado en otro libro dedicado al pintor Juan Carlo, uno de los fundadores de la Escuela de Luján Pérez. Al ver desde la borda del barco que atracaba, que entre quienes lo esperaban no estaba el pintor, de quien era un viejo amigo, les gritó:

—Y Carlo, ¿cómo está? ¿Siempre aguantando las ganas de trabajar?

Se refería a la fama, en parte sólo aparente verdad, de la pereza del artista. Sin embargo Carlo tuvo una vida activa, aunque su producción fuera escasa. Un caso parecido al de Víctor Doreste, tan bohemio que la noche en que murió la madre, estando él solo en su casa, despertó a un vecino para que me llamara, pues él no sabía telefonar. Víctor repetía aquella clásica definición del trabajo:

—Mira tú si será malo el trabajo que le pagan a uno para que lo haga.

Los huéspedes canarios con estadías más largas ya son más cercanos en el tiempo y cada vez más numerosos. Han venido a dar conferencias, a congresos o simposios o a representar. Porque, para mí, los grandes cómicos, divulgadores del buen arte teatral, cuentan igualmente con alto aprecio. Han pasado por el Museo Canario o por el Gabinete Literario, o por el Círculo Mercantil, que también ha jugado sus buenas cartas en la promoción cultural, figuras del relieve de Carmen Laforet, nuestra ilustre paisana, autora de «Nada», la novela que marca el arranque renovador del género en nuestra patria, junto con «La vida de Pascual Duarte», de Camilo José Cela. Los dos vinieron a la isla, después de su consagración literaria, invitados por mí. Cela ha vuelto varias veces. La última vez que lo invité por cuenta del Museo, para hablar en su salón, me ocurrió un buen chasco. Al día siguiente de llegar se puso malo. Le dio mucha fiebre y como al parecer es muy cobardón para las dolencias físicas, se asustó muchísimo y quiso irse a Tenerife para llamar desde allí a su mujer, cosa que hizo auspiciado por el gran amigo Aristides Ferrer, a quien le cayó encima. Tuvimos que suspender la conferencia. Pero yo tuve que pagarle sus honorarios, que no me atreví a cobrarle al Museo para no tener que entrar en enojosas explicaciones. Yo puedo pagar conferencias que no se dan, pero el Museo, organismo que vive de subvenciones que debe justificar, no puede hacerlo.

Grandes conferenciantes que dejaron huella perdurable, a los que conocí y traté, fueron Ramón Pérez de Ayala, el gran novelista, que invitado por el Círculo Mercantil, bastante antes de nuestra guerra, por el 29 ó 30, habló de Galdós en su teatro, pues Pérez de Ayala fue el único de su generación, junto a Gregorio Marañón, que mantuvo la admiración y el respeto por la enorme obra galdosiana. El silencio de unos años sobre ella se ha convertido hoy en una verdadera y generalizada pasión: las tesis, las ponencias, los trabajos sobre nuestro insigne paisano lo han restituido al puesto que se merece, el que proclama una cuarteta, el nombre de cuyo autor he olvidado, escrita en las hojas que en el portal de su casa firmaban los visitantes el día de su muerte:

En España ha habido dos
escritores semejantes:
el primero fue Cervantes,
el segundo fue Galdós.

Buenos, amenos, doctos o líricos, según los casos, han sido Carmen Conde, amiga querida, poeta consagrada, visitante reiterada de nuestra isla, a la que yo presenté; Vicente Aleixandre, nuestro último Premio Nobel de Literatura, cuya estancia entre nosotros fue, según me refirió varias veces, uno de los viajes más gratos y felices que hizo en su vida, muy sedentaria por su larga enfermedad; Miguel Angel Asturias, otro Premio Nobel que fue huésped de la isla, acogido a la impagable generosidad y buen corazón del doctor Juan Díaz Rodríguez, cuando era presidente del Museo Canario. Juan Díaz puso a disposición del gran novelista guatemalteco, uno de los primeros gigantes de la literatura hispano-americana, anterior y no inferior a los García Márquez, Vargas Llosa, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Mújica Láinez, etc., que vinieron después, su bella y cómoda casa de la playa de Puerto Rico. Asturias, con su mujer, Blanquita, viva, culta, habladora y eficaz, pasó allí los que fueron últimos meses de su vida, y según nos decía, los contaba como unos de los más felices de su agitada y difícil existencia. De allí salió para internarse en la clínica de Madrid donde murió. Blanquita hizo conmigo una gran amistad, hasta el extremo de que fue la primera persona a quien llamó, cuando Miguel Angel estaba a punto de expirar. Durante su temporada en la isla los llevé varias veces de paseo para hacérselas conocer. Siempre me acompañaron mi mujer y mi nieta mayor, María Mercedes. Blanquita y María Mercedes, que entonces tendría unos quince años y ya tenía la bella voz y el fino sentido musical de verdadera cantante que hoy le permite ganarse holgadamente la vida, se pasaban las horas cantando a dúo canciones populares, españolas y americanas, pues Blanquita tenía también un buen oído y una buena memoria musical.

Un visitante que no debo olvidar, siquiera sea por reconocimiento, fue don José Hernández Díaz, director del magnífico Museo de Sevilla, catedrático de aquella Universidad, que nos dio en el Museo unas soberbias conferencias, entre ellas, una sobre Velázquez, a quien nunca acabaremos de conocer. Hicimos con él buena amistad José Miguel Alzola, compañero de directiva y yo. A su regreso a la capital andaluza nos propuso, y fuimos nombrados, para académicos correspondientes de la Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla, que él entonces presidía. Creo que fue el primer título honorífico que en nuestra vida recibimos José Miguel y yo. Sin jac-

tancia confieso que siempre he sido un poco refractario a estos honores, pero tampoco debo olvidar lo que tienen, tanto como de reconocimiento oficial, de muestra personal de estimación y afecto de quienes nos los otorgan.

Yo nunca he solicitado ninguno. Por eso, sin duda, al final de mi vida me han abrumado con otras tres o cuatro Academias y Medallas. Ni te aligeran el paso ni te facilitan subir escaleras. Cuando uno ya no los puede ver, sin embargo, lucen muy bonitos en nuestras esquelas funerarias.

XVII

EN EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSA

Los recuerdos son como bandadas de pájaros posados. Si los avientas, al levantar el vuelo descubres con sorpresa que hay en el aire muchos más de los que habías calculado. Alguien ha dicho también que son como las cerezas: al tirar de una se te vienen muchas detrás. Digo esto porque en el capítulo anterior me proponía evocar la actuación en nuestra ciudad de dos o tres grandes artistas de los que dejan tras sí huellas luminosas en nuestros recuerdos. Mas, como atraídos por un imán invisible, un rostro llamaba a otro, éste hacía un guiño a un tercero y así, sigilosamente, apartando el leve sudario en que los había envuelto mi largo olvido, fueron incorporándose en la pantalla, una tras otra, espectrales imágenes de hombres y mujeres, de seres excepcionales que, como los personajes de la comedia de Pirandello, también buscaban al autor. He aquí por qué les consagro un capítulo especial, que coloco bajo la frase con que se inicia el prólogo de «Los intereses creados», la comedia de Benavente que es la joya de su producción.

Mi afición al teatro, mi amor, porque por satisfacerlo alguna vez he sacrificado hasta la comida, es casi congénito. Lo heredé de mi madre, de la que me vienen las aristas soñadoras, la dimensión imaginativa de mi temperamento, como de mi padre el amor al método, al rigor, al orden organizado. Eugenio D'Ors popularizó la famosa definición de Hildebrand que distingue entre las formas que vuelan y las formas que pesan. En pintura vuelan los impresionistas, pesan los cubistas; vuela el arte barroco, gravita el arte clásico. En el alma de los hombres se funden también estas dos tendencias: mi madre me dio las cualidades que vuelan, mi padre, las que pesan. Entre las que vuelan, ponen alas al sueño y a la fantasía, está el amor al teatro, arte central, arte que conjuga en su ámbito a todas las demás, pues

no es sólo Talía, la musa de las máscaras, la que el arte teatral convoca; la música tiene también varias musas inspiradoras. No está de más que lo recuerde brevemente, porque la mitología clásica, tan bella y sugeridora, está hoy arrumbada en el oscuro rincón del más completo olvido. Eran nueve las musas: Clío, la musa de la historia, que don Benito Pérez Galdós de vez en cuando invoca en sus hermosos Episodios; Euterpe, la de la poesía lírica; Talía, la de la comedia; Melpómene, la de la tragedia; Terpsícore, la de la danza y el canto coral; Erato, la de la poesía erótica y la mímica; Polymnia, la de los himnos sublimes; Urania, la de la astronomía y Calíope, la de la poesía épica. Como se ve, en el teatro pueden conjugar y armonizar su inspiración casi todas ellas. Mi madre me contaba que, embarazada de mí, asistía a las representaciones en nuestro coliseo de los dramas románticos de la época, como «La venganza catalana», de García Gutiérrez, y de las óperas que allí se daban. Se sentaba entre bastidores, pues le facilitaba la entrada don Nicolás Navarro Doreste, que fue muchos años administrador del teatro, y que era primo hermano suyo.

No perdió la afición sino cuando los hijos la esclavizaron. Todavía nonnato iba yo al teatro... Quizás la primera experiencia teatral que yo tuve, y fue una experiencia bien sonada, me la dio la representación de una ópera. Tendría yo cinco o seis años. Yo no lo recuerdo y fue ella a quien se lo oí referir pasado el tiempo. Se estrenaba en Las Palmas «Los Hugonotes», la ópera de Meyerbeer, en la que se evocan episodios de la Guerra de Religión en Francia, entre católicos y calvinistas, que en aquel país fueron llamados hugonotes. Entre los episodios de la sangrienta lucha figura la famosa «Noche de San Bartolomé», en la que los católicos, entrando a saco en las casas de sus enemigos, les prendieron fuego y organizaron una enorme carnicería. Yo estaba junto a mi madre, sentadito en el suelo, supongo que adormilado, cuando en la escena se evocó la noche trágica. Empezaron a sonar cohetes, gritos, alaridos, fregonazos de incendios, toda la parafernalia del suceso. Despierto de pronto y asustadísimo, salí corriendo hacia el fondo del escenario. Cuando mis padres empezaron a buscarte, calmado el tumulto escénico, no me encontraban por ningún lado, y al fin, revolviendo el escenario de arriba abajo, aparecí agazapado en el telar, lo más alto, de donde bajan los telones, adonde debí subir empavorizado. No sé cómo pude trepar por la enorme y empinada escalera.

De aquel episodio debe de venirme mi horror instintivo de las explosiones, de los disparos. Cuando iba al teatro y veía a alguien esgrimir una pistola o suponía que iba a sonar un tiro, disimulada-

mente me tapaba los oídos. Me curé de la fobia al hacer el servicio militar, donde hube de aprender a manejar y usar el fusil. Completé la curación en los campos de concentración, al escuchar de continuo disparos que no eran, desgraciadamente, tan inofensivos como los fingidos del teatro. Todavía hoy, no me cubro ya con las manos, pero, como signo que son de violencia, siguen inspirándome repugnancia.

Nuestra ciudad, como síntesis de canariedad por la diversidad de procedencias de las sangres que en ella se han mezclado, tuvo desde siempre una gran afición filarmónica, así como una atracción pareja a las artes del espectáculo. El canario es un pájaro de canto bello y el canario de carne y hueso es por naturaleza melómano: nos cuadra muy bien el nombre, aunque el uno derive del otro. La ciudad disfrutaba de vez en cuando de óperas completas que en aquellos tiempos no podían montar otras ciudades semejantes. Mi padre poseyó una discoteca de discos de pasta dura, los usuales de la época, que incluía las mejores arias, romanzas, cuartetos, etc. de los cantantes más conocidos, entre los que recuerdo a Tita Rufo, Enrico Caruso, Tito Schippa, a quien yo pude oír en Madrid, Anselmi, Batistini, Graziella Pareto, Lauri Volpi, la Barrientos, la Galli-Curci, Chaliapine, bajos cantantes, mezzosopranos, etc. De ahí mi precoz familiaridad con este género musical. Mi madre, por su parte, cantaba con gusto y afinación muchas romanzas de zarzuelas. Guardo todavía en la memoria las figuras de mi madre, mi tía Lola, hermana de mi padre, y mi tío Pancho, haciendo en el Monte, en una finca que tuvo mi abuelo paterno, la escena de Julián y las chulapas con don Hilarión, de «La verbena de la Paloma»:

¿Dónde vas con mantón de Manila,
dónde vas con vestido chiné?

La zarzuela es el género musical más español, aunque nuestro pueblo tenga, según Unamuno, un sentido trágico de la existencia. Es el español probablemente el pueblo europeo de más rico y variado folklore musical, tan sólo igualado por el pueblo ruso, acorde con su variada y compleja idiosincracia. No son solamente los toros, la fiesta sangrienta, la que mejor nos simboliza. En la España de pandereta, sin embargo, hay que contar con la pandereta, que, por muy tónica y manida que esté la imagen, tiene un fondo de verdad sustancial.

En cuanto a la afición teatral en nuestra ciudad, yo puedo hablar con pleno conocimiento y cabal recuerdo de una época que no ha tenido igual en todo el largo curso de mi vida. Me refiero a los diez años en que, a causa de su incendio, no pudo utilizarse el Pérez Gal-

dós. El Cine Cuyás fue inicialmente una arriesgada aventura de un catalán con mucha pimienta en el alma, que nos cayó por aquí, el viejo don Salvador Cuyás, que tantas iniciativas felices movió en muchos aspectos de nuestra vida ciudadana. Hoy sus nietos, bisnietos y tataranietos bullen también mucho en la urbe, donde el apellido ha ganado carta legítima de canariedad. El Cine en aquella década del 18 al 28 fue un verdadero laboratorio de experiencias teatrales, algunas de primerísimo rango. Por ejemplo: cuando Lauri Volpi, que ha sido uno de los grandes tenores italianos, en la línea de Caruso, de Pertile, de Gigli, de Anselmi, etc., comenzaba su brillante carrera, cantó en el Cuyás entre el asombro entusiasmado de sus oyentes canarios. Aquí cantó también la tiple Graziella Pareto, una de las mejores de su cuerda en el mundo entero; aquí tocaron Andrés Segovia y Emilio Pujol, guitarristas; en el cine tocó el famoso pianista Rubinstein, como Gaspar Casaux, gran celista catalán. En ese escenario dio sus primeros conciertos Federico Quevedo, pianista canario que fue luego profesor del Conservatorio de Madrid. En la misma escena nos dio Gustavo Durán —antiguo secretario del pintor Néstor, hermano de Araceli, la bellísima esposa del arquitecto Miguel Fernández de la Torre, compositor, y después coronel de una brigada republicana frente a las tropas del general Queipo de Llano, y también futuro héroe de una famosa novela de Ernesto Hemmingway, «Por quién doblan las campanas», que se enmarca dentro de nuestra guerra—, un inolvidable concierto de su música para piano, muy adentrado en la contemporánea, en el mismo clima sonoro de Eric Satie, Ravel, Honneger, etc. Recuerdo que un buen amigo, Antonio Suárez Morales, que fue concejal republicano de la ciudad, hermano de Luis, entrañable e inolvidable amigo y compañero, hombre de buenos gustos musicales pero un poco anclados en la música clásica, me comentaba a la salida del concierto:

—Esto es quincallería, Juanito, quincallería musical.

Tiene gracia la frase por lo gráfico de la comparación. Le sonaban a quincallería los cambios de tonalidad, los contrastes de la música moderna. A estos giros del gusto, como a todos los cambios de los estilos, hay que saberse adaptar, enriqueciendo así el espectro de nuestra cultura, añadiendo nuevas cuerdas al arpa de nuestra sensibilidad. La limitación de los gustos musicales entre mucha gente, que excluye de su fruición y goce todo lo que caiga fuera de sus predilecciones, me trae a la memoria una frase del maestro Pancho Sosa, capataz de unos talleres del Puerto, socialista viejo, muy ingenioso, que tenía gran afición a la ópera. Un día presenciaba, con la atención que siempre ponía en ello, una representación de «Lohengrin», la obra

de Wagner. Como saben los que conozcan la ópera, todo el primer acto transcurre con intervenciones de otros cantantes y de los coros, y sólo, ya muy cerca del final del acto, aparece Lohengrin montado en una barca, o en un cisne, se baja y canta su primera bella romanza. Maestro Pancho quedó complacidísimo de la actuación del cantante y, entusiasmado, se volvió hacia sus acompañantes y sentenció:

—Así da gusto: ¡en la ópera debieran ser todos tenores!...

En el curso de su trabajo de capataz en los talleres metalúrgicos de una empresa portuaria, un día se le presentó un hombre, relativamente joven, a pedirle trabajo en un puesto que había vacante. Maestro Pancho se informó de sus antecedentes y de su preparación, y complacido decidió admitirlo:

—¿Usted cómo se llama? —interrogó.

—Juan Luis Pérez del Pulgar y Beltrán de Lis —contestó.

Maestro Pancho hizo un gesto de sorpresa y comentó:

—Amigo, mal empleado apellido para echarlo a trabajar.

Volviendo a la prestigiosa historia del Cuyás, me bastará dar una simple relación de las grandes obras teatrales, y de las grandes artistas que por allí desfilaron.

Rosario Pino, una bella y dúctil cómica, repitió actuaciones y nos dio a conocer su repertorio de los hermanos Alvarez Quintero, los andaluces costumbristas tan llenos de fina gracia: «Genio alegre», «Puebla de las mujeres», etc., pero también dos de las mejores obras de Jacinto Benavente: «Los intereses creados» y «La Malquerida»; Catalina Bárcena, un prodigio de gracia natural, nos dio a conocer la obra de Martínez Sierra, el comediógrafo de quien se decía que sus comedias se las escribía la mujer, y también «La noche del sábado» bella fantasía de Benavente. Era su acompañante en la interpretación otro gran actor, Manolo Collado. Como un acontecimiento memorable evoco el fenómeno de Mimi Aguglia, una artista italiana que trabajaba en las tres grandes lenguas latinas, la suya, el francés y el español. Representó aquí, entre otras obras de calidad, la «Marianela» de Galdós y «La Hija de Yorío», del poeta y dramaturgo italiano Gabriel D'Annunzio. Pasó por la ciudad, con un magnífico repertorio, la compañía argentina de Rivera-de-Rozas. Puso en escena obras maestras del teatro universal, como «Casa de muñecas», de Ibsen; «Cándida», de Benard Shaw; «Seis personajes en busca de autor», de Pirandello; «La Electra», de Galdós, etc., y lo mejor del teatro hispanoamericano, entre sus obras «La Barraca», de Florencio Sánchez. No se me olvida la compañía del entonces famoso poeta Francisco Villaespesa, que escenificó dos o tres obras suyas en verso, entre otras «El Alcázar de las perlas». Esta compañía ofreció una tarde en el Círculo Mer-

cantil una velada con recitación de versos de los mejores poetas de España y América. Aquello fue un delirio. El tamaño de la ciudad, su mayor homogeneidad poblacional, daban un tono más elevado que hoy a la cultura popular. En el mismo Círculo ofreció el novelista Eduardo Zamacois una serie de charlas biográficas de los grandes escritores españoles, amenas y bien documentadas. Alargaría demasiado esta relación si continuó rememorando. He de añadir que en el Cuyás estrenó nuestro paisano Claudio de la Torre su obra dramática «Tic-tac», precursora en el montaje, en el tono nuevo y original, del teatro de vanguardia que veríamos por esos mundos varios años más tarde. La obra se representaría después en Madrid, suscitando muchos comentarios. Por aquella época le concedieron a Claudio el Premio Nacional de Literatura. Claudio fue un dramaturgo más fino, más hondo e incluso más experto que otros congéneres que hoy disfrutan de mayor nombradía, como es el caso de López Rubio, de escasa producción teatral, que ya es académico de la Lengua Española. A Claudio de la Torre le perjudicó mucho su talante modesto, la aparente irresolución de su carácter, su afán conciliador y aveniente. Como buen canario, la modestia y la prudencia de su carácter, ese cierto tímido retraimiento que nos da nuestra condición de insulares, que nos lleva a no desentonar, a no dar una nota hiriente o fuera de lugar, le hizo mucho más daño que provecho. Pocas obras hay en el teatro español contemporáneo que resistan la comparación con la admirable comedia de Claudio titulada «Paso a nivel». Se puso en Madrid aprovechando el descanso de numerosos buenos actores y actrices, que se reunieron en una compañía ocasional sólo para montar y representar la que se consideró como una obra maestra teatral por la originalidad del asunto, por su equilibrado desarrollo, por el hondo retrato que se hacía de los personajes, por el magistral juego escénico y la sencilla belleza del diálogo. Tenía un enorme reparto y no ha vuelto a ponerse más. Guardo de Claudio, de su afable trato, de su caballeroso sentido de la amistad y de su enorme talento artístico, un recuerdo tan entrañado y vivo que no puedo menos de traerlo a estas remembranzas, como uno de los más gratificantes encuentros personales de toda mi vida. Su campaña como director del Teatro María Guerrero durante dos o tres años quedará siempre como ejemplar modelo de buen hacer, bien escoger y bien dirigir.

La ahincada afición canaria al teatro tenía a la fuerza que plasmarse en el cultivo por los propios canarios del arte teatral. La isla ha sido un vivero de grupos teatrales de muy varia fortuna y hemos contado con actores y actrices que bien pudieron haber sido figuras

nacionales del arte si no se lo hubiese impedido, dicho con frase orteguiana, el mundo circundante. El primer serio y logrado intento del siglo fue el de «Los Doce». Doce amigos con honda vocación teatral se reunieron para hacer teatro. Era director artístico y de escena Carlos Luis Monzón, dibujante y pintor a ratos. Sólo recuerdo ahora los nombres de los principales actores: José Rodríguez Iglesias, Antonio Abad Hernández, Conchita Rodríguez, en algunas funciones Anita Suárez Quesada, la esposa de Rafael Mesa, Isidro Díaz, Juan Pulido, etc. Un viejo amigo, prematuramente desaparecido, guardaba y ordenaba todo el archivo de la admirable empresa, programas, recortes de prensa, fotografías, etc. Habíamos convenido en que, cuando lo tuviera completo, yo escribiría la historia y él pondría el material. Su muerte deshizo el proyecto. Confío en poder recuperar su valiosa documentación. «Los Doce» pusieron en escena obras de Maeterlinck, de Benavente, de los Quinteros, etc. El pintor Néstor les hizo algún decorado y les prestó en alguna ocasión su propio rico mobiliario. El grupo marcó una época. Su mayor actividad se centró en la década del 10 al 20, pero más tarde dieron aún alguna esporádica representación. Antonio Abad no tenía que envidiar a ningún otro actor español. Yo le vi desempeñar escenas de «Espectros», el drama de Ibsen que popularizó Tallaví, el famoso y legendario actor; o de «Tierra baja», el drama de Angel Guimerá que bordaba Enrique Borrás; o de «El Abuelo», de Galdós, tan del gusto de actores de carácter, con tanta propiedad y ajuste como cualquiera de los artistas mencionados.

La experiencia teatral que yo viví más de cerca durante varios años, hasta que la guerra y la postguerra nos fueron dispersando, fue la de «La Sociedad de Amigos del Arte Néstor de la Torre», colocada bajo la memoria de este gran cantante canario, padre de Lola de la Torre, que se hizo un nombre con distinción en el mundo de la ópera y de los recitales. Vivió y profesó últimamente en La Habana, donde pude conocer a discípulos suyos. La sociedad tenía una directiva que comenzó presidiendo don Manuel de la Torre, hermano de Néstor. De ella formamos parte Cachona Millares Carlo de Bosch, Margara Bosch Millares, Maruca Suárez Fiol —las dos amigas entrañables que me honraron con su confianza—, Maruca Cabrera, Lola de la Torre, Conchita de la Torre, Paquita Sofía de la Torre de Pérez Galdós, Miguel Quevedo, Paquita Mesa y su marido Tomás Christensen, Pancho Guerra, etc. Yo fui desde la creación el secretario de la Sociedad. Al estallar nuestra guerra la presidía don Jesús Ferrer Jimeno, que fue coronel de Estado Mayor. El alma de la sociedad, el vivo fuego animador de todo el hermoso empeño, fueron Paquita y Tomás. La primera gran empresa consistió en llevar a escena la bella

obra de Alejandro Casona «La sirena varada», bajo la dirección de Pancho Guerra. Después se mostraron varias grandes revistas musicales, con trama argumental y música arreglada por los esposos, que constituyeron en aquella breve pero imborrable temporada, verdaderos éxitos, auténticos acontecimientos en la ciudad. Les pusimos unos nombres muy graciosos: «Soyons gais» —nombre francés que equivalía a «Seamos alegres»—, «Tipití» y «Boohoo», pronunciado en inglés, que son sólo vocablos sonoros. Organizamos, con decorados y vestuario del pintor Néstor, una gran fiesta típica, que fue el lanzamiento oficial del bellissimo traje que recreó el gran artista. Néstor lo concibió sobre el esquema de las nagüetas y el vestuario de los campesinos canarios de fines del XVIII, estilizando y ponderando sus rasgos más propios, y dotándolo de motivos ornamentales que evocan las pintaderas aborígenes de nuestro Museo. También se llevó a representación «La verbena de la Paloma», en que Casta y Susana fueron Paquita Mesa y Coca León. Yo no vi este espectáculo porque ya estaba emparedado. Pero Paquita Mesa y Margara Bosch me hicieron llegar las fotos de su escenificación. También vistió y decoró «La Vербena» el pintor Néstor.

No intento dar la nómina de las chicas y chicos, numerosos y conocidos, que formaron parte de coros, grupos de danza, etc., en las revistas y obras que montó la sociedad. No los recuerdo a todos y las omisiones serían ofensivas. Baste decir que eran las muchachas más guapas de la población y los galanes más bien plantados. Todos tienen hoy para aquella bella empresa un suspiro nostálgico.

Mientras se daban estas muestras externas de actividad públicas, la Sociedad en su propio salón daba recitales musicales, de canto y de grupos filarmónicos. Recuerdo con particular agrado los que consagramos a Grieg y a Sibelius, dos músicos nortefios poco conocidos aquí. Yo tuve que improvisar las presentaciones con breves cuadros biográficos de los dos compositores. Cantaban Paquita Sofía de la Torre, Lola de la Torre, Maruca Suárez, Isabel Macario, Rosarito Morales, Maruca Rodríguez Lisón, Marcial Martín, Antonio Pulido, Josefina de la Torre, etc. Bellísima empresa aquélla, que aunque se prolongó durante nuestra guerra, se disolvió poco a poco. No cabía en el ámbito estrecho, constreñido, mediocre y hasta cursi, que propiciaban los satélites del régimen militar.

Precisamente fue un militar, repito, el último presidente que yo le conocí. Unos días después del alzamiento se celebró una reunión de la directiva, presidida por el señor Ferrer. Estaban presentes todos sus elementos, menos el secretario, yo mismo, en obligada ausencia.

Cuando se abrió la sesión, el presidente, con el aire levemente desdeñoso que le era habitual, mirando en derredor, preguntó:

—¿Dónde está nuestro secretario que no lo veo?

Nadie contestó. Se hizo un denso silencio embarazoso. Todos sabían dónde estaba el secretario. Incluso el propio presidente, que actuaba en aquellos días de gobernador civil, y en la misma mañana o en la anterior, había firmado la orden para detenerme. Paradojas de la vida y de la guerra. Aquella orden quedó sin efecto porque casi durante dos meses «yo no fui habido». Acabé presentándome voluntariamente, acompañado de un amigo inolvidable, el comandante don Domingo Padrón Guarello. Pero todo esto cae ya en el dominio de otras andanzas y otras remembranzas que hice en otro lugar.

Otro intento teatral mucho más cercano en el tiempo fue el del magnífico grupo que organizaron bajo los auspicios del Museo Canario los hermanos Pedro y Ricardo Lezcano, aunque el «factotum» del trabajo, al pie del tajo, fuera Ricardo. De ellos me ocuparé cuando vuelva a hablar de mis tardes y mis afanes en la vieja y querida institución. Hicieron una labor admirable con poquísimos medios y una gigantesca voluntad. Y, sobre todo, con diestra pericia.

Es injusto que olvide a tantos otros grupos teatrales, más o menos efímeros, que la ciudad ha visto brotar con entusiasmo y ardor a lo largo de todos estos años. Pero no puedo rememorar sino los que conocí cercanamente. Vi actuar a Resurrección Acevedo, como ejemplo de excelente actriz, no puedo olvidar al recordado amigo Bermúdez, que tan buen cómico era y tanto nos ayudó, etc. Admiré a Tony Sánchez, verdadera cómica de juego versátil, etc. Pero no quiero, repito, convertir las memorias en un compendio de nuestra historia, en la que, por cierto, todo este aspecto de nuestra alma popular —nuestro amor a la música y al teatro— tendrá que ser registrado como un rasgo definidor e integrador más de nuestra personalidad canaria.

Como mi afición al teatro ha sido larga y fructífera, y me ha acompañado sin desmayo a lo largo de toda mi vida, raro ha sido el viaje en que, teniendo una noche de reposo, no la he aprovechado para sumar a mis recuerdos una experiencia más. Algunas fueron memorables. Yo asistí en París, por ejemplo, gracias al providencial encuentro con un chico francés que aquí había trabajado en la Alianza Francesa, al estreno de una de las mejores obras teatrales de Jean Paul Sartre, «Le Diable et le bon Dieu», que constituyó un éxito sensacional. En ella trabajaba nuestra paisana, actriz franco-española, María Casarès. Yo he visto trabajar a los monstruos teatrales ingleses haciendo desde comedias de Noel Coward y de Priestley, a dramas de

Shakespeare, «El Rey Lear», que una vez vi representar en su propio teatro de Stratford-on-Avon, en Inglaterra. Como he gozado en la Comedia Francesa del gran arte de cómicos franceses haciendo desde Marivaux a Jean Cocteau, desde Giradoux a Molière. No puedo contar las piezas que he visto en mi propia patria, porque desde doña María Guerrero y su esposo, don Fernando Díaz de Mendoza —de quien los buenos aficionados decían que no había en el teatro quien se quitara los guantes con tanta elegancia— hasta los innumerables artistas teatrales que hoy honran nuestra escena, no ha habido en estos últimos cuarenta años —antes de la guerra también vi y oí a muy buena gente, por ejemplo, he visto a Margarita Xirgu haciendo la «Yerma» de García Lorca en el Teatro Español de Madrid en 1936— una pieza de éxito que se me haya perdido. Me refiero al buen teatro, no a la cacharrería: Buero Vallejo, Valle Inclán, etc. Contamos en España hoy, probablemente, con uno de los mejores censos de buenos artistas teatrales de toda Europa. Lo que siempre lamento es que sus nombres sean conocidos del gran público, no por su trabajo en la escena viva, sino solamente a través de producciones cinematográficas, la mayor parte de las cuales, cuando no son mediocres, son malas de remate. Ahora empieza a corregirse la tendencia y a mejorar la calidad. Hasta en esto se percibe el buen influjo de la democracia. Pero el teatro es el teatro, es algo vivo, palpitante, en que no cabe rehacer la postura, volver a repetir el diálogo, en que cada momento es único e irrepetible. El teatro es un arte azaroso, en que se está a merced de imponderables, y en ese riesgo tiene también uno de sus encantos. El teatro es, en fin, la gracia de la presencia y ésta, como la gracia teológica, no se la da Dios a todo el mundo. El teatro ha sido, pues, parte de mi vida, tan integrado en ella que desposeerla de sus experiencias equivaldría a una mutilación. Ya cuando estudiaba en Madrid, la cercanía al Teatro Lara, en la Corredera Baja, a dos pasos de mi casa, donde siempre había algún cómico de los que allí trabajaban, me familiarizó con la vida curiosa, aunque a veces de mezquinas bajezas, que, paralelamente a la escena, se desarrolla entre las bambalinas. Una de mis primeras decepciones fue comprobar que los cómicos, a quienes tenía yo tendencia a idealizar, son también seres humanos y tienen, como todos, los pies de barro. Yo entraba y salía del escenario del Lara sin obstáculo alguno. Me conocían porteros y acomodadores. Actuaba entonces allí el gran actor Juan Espantaleón, hombre corpulento, de excesivo y descompuesto porte. Pero un gran actor. Tenía como esposa o compañera —no sé si estaban casados, pues en el teatro esto del matrimonio a prueba de ahora ya se practicaba de larga fecha— a otra actriz, bastante más joven que él, guapa

y gentil. El estaba muy enamorado y ella parecía serle fiel y, al menos en público, le hacía muchos arrumacos cariñosos. Pero un día, primero por indicios de mi buen olfato, después por la prueba irrefutable del «in fraganti», descubrí que la damisela lo engañaba con otro actor más joven de la misma compañía. Casi me disgustó tanto como si fuera yo mismo el engañado. Cuando lo comentaba con el amigo que solía acompañarme, Paco, me contestó con aire escéptico:

—Mira, Juan, la gente del teatro en ese terreno tiene una moral «sui generis». En esa compañía yo podría contarte tres o cuatro casos semejantes. Acostumbrados a asumir almas ajenas por la naturaleza de su trabajo, las gentes del teatro llegan a considerar las tuyas también como almas de recambio. Y quien enajena su alma no pone gran obstáculo a enajenar su cuerpo.

También en el terreno teatral recuerdo una anécdota con Manolo Pulido, con quien tantas tuve, de nuestras frecuentes estancias comunes en el Reino Unido. Una noche bajamos a tomarnos una copa en un «pub» elegante de Picadilly. Nosotros vivíamos cerca, en un pisito, un «flat» dicen los ingleses, de Jermyn Street. Nos acercamos a la barra y vimos que había allí una pareja, un hombre de muy buen porte y una rubia bellísima, detonante, igualmente acodados en el mostrador. Manolo en seguida montó sus baterías para entrar en amistad. En efecto, al cabo de unos minutos ya departíamos amablemente con aquella pareja de cartel cinematográfico. Pero desde un principio tuve yo la sensación de que conocía a aquel hombre, que había visto en algún sitio aquella cara. De pronto me vino la luz: aquel galán apuesto era Boni Coleano, un actor inglés muy conocido a quien hacía algunas noches le había visto representar «La gata sobre el techo caliente de zinc», de Tennessee Williams, con admirable acierto. Se lo expliqué a Manolo y éste, encogiéndose de hombros, se limitó a comentar:

• —Como tú entiendes mucho de teatro, entreténme al galán mientras yo me trabajo a la rubia...

El trabajo de la rubia resultó infructuoso, por supuesto. Pero de allí salimos tan amigos de los dos artistas que nos pasamos todo el domingo siguiente en su casita de Stratford-on-Avon, pues vivían allí y pertenecían a la compañía titular del teatro, la «Royal Shakespeare Company». La compañía tiene asiento titular en aquel bellissimo pueblo, pero hace campañas por fuera, incluso dando obras ajenas al repertorio shakesperiano. Pasamos un día delicioso, agasajados y tratados como si fuéramos dos personajes. Comimos hasta el «pudding»

hecho por las bellísimas manos de la señora de la casa, una señora realmente magnificente.

Mas, reparo ahora en que éstas son historias para mi biografía pero no historias para mis memorias. Doblemos la página, pues, sobre los mil recuerdos de mis experiencias teatrales.

XVIII

ESPECTADOR DE PRIMERA FILA

Cuando advino a España la II República, el 14 de abril de 1931, yo trabajaba ya en la Junta de Carreteras y las tardes y noches me las pasaba ayudando a Pedro Perdomo Acedo en la redacción de «El País». El diario había venido muy a menos: el descuido de las finanzas, para las que Perico nunca estuvo dotado, le había acarreado una situación ya insostenible. No se podía pagar el sueldo del único redactor de calle y los salarios de la imprenta con mucha dificultad. Atraído por mi irresistible vocación política, no tuve otra opción, dolorosa pero inevitable, que abandonar el periódico a su propia suerte —desde enero de 1928 venía siendo, dicho sea sin sonrojo, el puntal de una redacción poco a poco desertada por los compañeros— y comencé a trabajar en la organización del PSOE. No recuerdo cuándo me nombraron secretario de la agrupación de Las Palmas, con Fernando Alvarez Astorga, llorado amigo y compañero de quien hablo como se merece en mis «Cuadros del Penal», como presidente, con lo que comenzó una época de tenaz y continua labor, que incluía frecuentes viajes a Madrid como intercesor de las más diversas causas. Debo recordar que en el Gobierno provisional y luego en el que se formara tras las elecciones había tres ministros socialistas: Indalecio Prieto en Hacienda, Francisco Largo Caballero, en Trabajo, y Fernando de los Ríos en Instrucción Pública. Era natural que fuera su partido en Las Palmas el que recibiera y canalizara las aspiraciones y las demandas de nuestra isla en los diversos aspectos en que, ya casi tradición secular, la Administración Central las mantenía en persistente olvido. Y de todos los directivos de nuestra agrupación era yo, funcionario público, quien disponía de mayor libertad de movimientos para asumir las distintas misiones precursoras del moderno «lobby» de las grandes democracias.

Fueron éstas muy variadas y distintas. La que más me ocupó fue la de gestor cerca de la Hacienda pública de asuntos relacionados con las labores de la industria tabaquera canaria. De todos modos unas cosas y otras me procuraron ocasión de saltos frecuentes a la capital, que en muchos casos coincidieron con etapas en que estaba abierto el Parlamento, unas en el período constituyente, y otras durante el que siempre llamamos «bienio negro». Del Parlamento elegido por el Frente Popular sólo presencié el debate de investidura de Casares Quiroga como Jefe de Gobierno. ¡Corta vida y trágico final tuvo aquella legislatura!

Mi vieja amistad con Juan Negrín desde mis tiempos estudiantiles se afirmó en esa dramática e intensa época de la vida nacional que los dos seguimos con tanta pasión. Negrín era diputado por Las Palmas, después por Madrid, y últimamente también por esta isla. Fue en todo aquel lapso secretario del Grupo Parlamentario Socialista del Congreso. El me facilitaba los pases a la tribuna pública. Algunas veces me venía a buscar y me franqueaba los recintos reservados a los diputados. Tuve por ello oportunidad de asistir desde la fila delantera de aquella tribuna a algunos de los más apasionantes debates de unas Cortes que han sido probablemente, en la historia parlamentaria de España, las que contaron con el mayor número de grandes tribunos y posiblemente con algunos de los mejores oradores de toda nuestra historia nacional. Hay que tener en cuenta, al valorar la oratoria política, la evolución, no sólo del estilo y del gusto, sino también de la proyección y del alcance de los debates en cada distinta época. No es posible comparar un discurso de Castelar con uno de Azaña, como no es posible igualmente cotejar una filípica de Manterola con una de Calvo Sotelo o de Gil Robles, unas y otras encuadradas en distintas zonas del pensamiento político, la izquierda y la derecha, pero igualmente bien diferentes, dentro de cada una de ellas, los modos de producir, de articular, e incluso de vocalizar —valga el término musical— los discursos individuales. En los tiempos de Castelar y Manterola, como después en los de Melquiades Álvarez y Vázquez Mella, el Parlamento era, por así decirlo, la única o la más privilegiada caja de resonancia nacional. Ni la prensa tenía la generalizada y creciente circulación que fue alcanzando posteriormente, ni existían los radios, al menos en su actual profusión emisora, y mucho menos la televisión, que sólo alcanzó a las ridículas Cortes del franquismo y ahora a las de la democracia instaurada. Por desventura ha coincidido la etapa de la máxima comunicación popular con la de la mínima calidad de la oratoria política. Los cuarenta años de sequía fueron también de sequía laríngea: el régimen franquista tuvo muy pocos oradores, entre otras

cosas porque la verdadera oratoria política no existía, pues que es por esencia eminentemente dialéctica, y los oradores del régimen no tenían nunca adversarios, no diré que eran «voces clamantes in deserto», voces clamando en el desierto, pero eran siempre voces clamando ante auditorios convencidos de antemano. Los únicos adversarios eran los que, al modo de la vieja oratoria jesuítica, ellos mismos se inventaban para irlos abatiendo, no a golpes de mandobles teológicos como los de los hijos de Loyola, sino a golpes de mandobles patrioterros, siempre con la música de fondo, sonara o no sonara, de «La Marcha de Cádiz». Desde luego los adversarios, convertidos por su verbo en diabólicos y pestíferos enemigos, que invocaban con monotonía fonética y sonsonete verbal los atiplados discursos del General, fueron siempre los mismos hasta el borde de su tumba: los conspiradores judeo-masónicos, dotados, gracias a su verbo iluminado, de una ubicuidad y de una tenacidad tan grandes que rayaban en milagrosas. En la buena tradición parlamentaria no se autorizaban los discursos escritos; en los tiempos de ahora hemos podido ver que hasta para explicar:

«Queda inaugurado este Primer Concurso fotográfico», el orador llevaba un papel escrito.

El franquismo nos hizo perder muchas cosas en la necesaria educación política del pueblo. También en la oratoria sembró de sal el terreno. Nuestra lengua, la más sonora de cuantas existen, la mejor dotada para la arenga popular por su robusta fonética, por su vibrante y variada rotundidad, estuvo sonando en el ágora pública durante aquellos años con los desabridos tonos monocordes de lectores sin garganta o sin capacidad de modulación verbal. Recordemos lo que decía la quintilla clásica:

Silbido es la lengua inglesa,
 un suspiro la italiana,
 conversación la francesa,
 canto armonioso la hispana...
 y un rebuzno la alemana.

Aclaremos que la alemana no es, desde luego, un rebuzno. Tiene la dureza glótica de ciertos sonidos, como tienen dureza gutural las del idioma árabe. El alemán del Sur, bien pronunciado, más suave de enunciación, es tan grato de oír como cualquiera otra lengua.

Volviendo a los estilos oratorios, no sólo influyeron en su evolución la proyección y el alcance de los discursos, sino también, siendo como es un género de origen literario, el cambio de signo de la litera-



tura. La misma diferencia que existe entre un poeta romántico y otro poeta social tiene que existir entre un orador de una y otra tendencia, acogidos a distintos climas literarios. Hoy en un Parlamento sería inconcebible un discurso tan opulento como los de Castelar,

«Grande es Dios en el Sinaí
pero más grande es Dios en el Gólgota», etc.

esos discursos grandilocuentes, precursores de la «Marcha Triunfal», de Rubén Darío, que movían, agitaban o conmovían al sentimiento pero poco turbaban o afectaban a la razón. Conforme el debate se expandía exteriormente, se difundía por más canales, se imprimía profusamente, o se radiaba o televisaba, el discurso se iba constriñendo, adensando, expulsando inútil ganga retórica y ganando en simplicidad y eficacia. Lo cual no significaba paralelamente pérdida de belleza. Todo lo que hay que decir puede decirse con claridad, sinónimo de sencillez, explicó un gran pensador alemán. Pero hay sencillez armoniosa, elegante, y hay sencillez seca y repelente. En diferenciar una de otra está el secreto del verdadero orador.

Desde mi privilegiada tribuna yo oí, durante los debates de las Cortes constituyentes, y en el curso de los fogosos y apasionantes que promovieron la discusión del artículo 21, referido al culto religioso que ocasionó la disolución de la Compañía de Jesús, y la del Estatuto de Cataluña, a los mejores oradores de izquierda y de derecha de aquellos dos parlamentos, entre los cuales figuraban, no sólo hombres políticos sino intelectuales como don José Ortega y Gasset, promotor de una agrupación llamada «Al servicio de la República». De la cual, por cierto, desertó relativamente pronto, asustado por el cariz revolucionario de ciertos momentos, tales como la quema de conventos del mes de mayo, las insensatas rebeliones de los anarquistas, etc. Su retirada culminó con el famoso artículo «No es esto, no es esto», que sonó como un aldabonazo en la conciencia popular. Me es imposible glosar aquí las figuras y los estilos oratorios, ni siquiera de los más importantes. Puedo afirmar que eran muy pocos los diputados constituyentes que no tuvieran clara y fácil fluencia verbal. Empezando por el presidente de las Cortes, Julián Besteiro, la gran figura del partido socialista, cuya vida política, intensa, dramática, sufrida y llevada con verdadera grandeza y serenidad, comienza con la prisión en el Puerto de Santa María, como miembro del comité de la huelga revolucionaria de 1917, y acaba en la prisión de Carmona, condenado por Franco tras la ocupación de Madrid, en el año 1940. Era un orador sobrio y elegante, dueño de un fino sentido irónico que pone de relieve la conocidísima anéc-

dota ocurrida en el Parlamento. La Constitución de la II República se discutió durante todo el verano de 1931. Hacía mucho calor y unos diputados le dijeron:

—Señor presidente, ¿nos podemos quitar las chaquetas?

—Sí, señor diputado, pero cada uno la suya... —contestó Besteiro.

Muy interesante fue la discusión del famoso artículo 21 relativo, como dije, a las congregaciones religiosas y al culto. Tuve entonces ocasión de escuchar a don Antonio Pildain, diputado del grupo vasconavarro, a quienes llamaban «la tribu de los Beúnza» por uno llamado así, según he referido con detalle en el librito *Visión sesgada de un gran obispo*, que me publicó Paquito Morales Padrón, el profesor de Sevilla, en su colección «Guagua», que edita el Cabildo Insular. En aquellos debates también oí a don Fernando de los Ríos y a don Alvaro de Albornoz, ministro de Justicia, grandes oradores los dos. Don Fernando —siempre lo llamamos así, como a Tierno Galván siempre don Enrique— unía a la bella facundia la elegancia severa de su gesto y de su porte. El Estatuto Catalán me proporcionó buenos y escogidos pasajes oratorios. Contra el proyecto que elaboró la Generalitat, presidida por Maciá, se pronunciaron Ortega, Gabriel Maura, Melquiades Alvarez y Felipe Sánchez Román, el profesor de Derecho civil que en el exilio mexicano se convertiría en asesor del presidente Lázaro Cárdenas, el mejor presidente que ha tenido aquella nación, protector generoso de los españoles fugitivos que se acogieron al refugio de aquel país. A don José Ortega ya le conocía yo de sus clases de Metafísica, a las que asistí esporádicamente cuando estudiaba en Madrid. Después lo volví a escuchar en otras ocasiones. Puedo decir que fue mi modelo ideal de la oratoria moderna, el ejemplo que, pobremente, he intentado imitar a lo largo de toda mi trayectoria de discursador o conferenciante público. Porque Ortega hablaba como escribía o escribía como hablaba. No se puede dar mejor ejemplo de armonía, de fluencia sobria, brillante y elegante, de verbo ajustado y flexible a la par, de tono adaptado a la gravedad o a la ligereza de lo que dijera, de plasticidad de la expresión, de la viveza y eficacia de las imágenes en todo el majestuoso juego verbal, y ello sin una nota de falsa retórica, sin un latiguillo, sin recurrir a trucos de entonación o de énfasis con los que tantos oradores encubren la pobreza de sus argumentos. Aunque ocurrió muchos años después, no sea que luego se me olvide, creo que debo narrar ahora un episodio de mi último encuentro con don José, algunos meses antes de su muerte, a bordo del transbordador que hacía el trayecto entre los puertos de Calais y Dover, camino de Londres, con ocasión de uno de mis frecuentes viajes al continente, cuando dirigía la casa Hijos de Juan Rodríguez. Yo había conocido personal-

mente a Ortega, después de ser su anónimo alumno y su admirador oyente, en la redacción de «La Revista de Occidente», adonde acudía con regularidad. Conocí allí también a Fernando Vela, alma de la revista, a los dos Antonios, Marichalar y Espina, a Benjamín Jarnés y a algún otro joven escritor. A la revista me llevó Pedro Perdomo Acedo, que publicó en ella un agudísimo ensayo sobre «Los gráficos rítmicos» del pintor Néstor. Creo recordar que alguna vez también fui con Agustín Miranda Junco, el viejo y querido amigo, compañero en la redacción de «El País» y después de correrías juveniles en las que nos especializábamos en el género italiano.

En el viaje a que me refiero paseaba yo por la cubierta del navío cuando reparé en un bonito cabás negro, de piel de serpiente, colocado en el suelo junto a uno de los sillones donde los pasajeros pasábamos casi toda la travesía. Me acerqué y en letras doradas bien visibles leí: «José Ortega y Gasset». Lo busqué por los alrededores y lo encontré cerca de la borda extasiado en la contemplación del mar. Lo saludé, empezamos a hablar del mar, lo que es esta potencia cósmica para un castellano y lo que es para un canario costero que la añora donde quiera que vaya, y nos encaminamos a nuestros asientos. Se acercó a mí el mayordomo del buque, a quien conocía de otros viajes y sin decirme una palabra le entregué el ticket de mi equipaje y mi pasaporte. Ya lo había hecho en ocasiones anteriores, cuando un amigo me enseñó el truco: por una propina de unas libras, no recuerdo cuántas, el empleado me ahorra el engorroso trámite de la aduana, yo me dirigía tranquilamente al tren, me tomaba un café y al llegar a mi vagón me encontraba ya allí el equipaje. El mayordomo nos esperaba y devolvía a cada uno su pasaporte. Claro es que en el secreto de la maniobra sólo estábamos unos pocos. Invité a don José a que hiciera como yo, pero se negó en redondo, obsequiándome de paso con una erudita disertación sobre el poder desmoralizador y vejatorio de la propina, de lo que había adquirido gran experiencia en sus viajes y estancias americanas. En vano traté de disuadirle. Ya en el tren me acodé en la ventanilla sobre el andén y cuando el convoy justamente arrancaba, acerté a ver a don José que aparecía por una de las lejanas puertas corriendo a todo correr, sin poder alcanzarnos, seguido de un mozo que le llevaba la maleta. Dos días después en Londres lo fui a saludar al «Colegio de España», formado por nacionales no franquistas, donde iba a dar su conferencia. No le quise decir nada, pero él mismo, sonriente, me explicó algo como esto:

—Tenía usted razón, pero convendrá conmigo en que por abandonarnos todos a la facilidad no facilitamos precisamente el arreglo de las cosas de este mundo.

Cuando recientemente le contaba yo a su hija Soledad —de quien Eugenio D'Ors, con su «mala leche» habitual, decía, por la belleza de la chica, que era la obra maestra de Ortega— la grandiosa anécdota, que naturalmente desconocía, me comentaba que es muy significativa del talante de su padre, su rigor moral frente a esas menudas corrup-telas a las que no damos importancia pero que son una de las tantas señas de la corrupción general.

Otro gran orador, que sólo era político ocasional, que me impresionó muy favorablemente fue don Felipe Sánchez Román, el profesor a quien antes aludí. Sus discursos tenían siempre un fondo didáctico, llenos de sabiduría. Recuerdo que al hablar de pie tenía el tic de levantar con las puntas de los dos dedos índices el tintero incrustado que había en su pupitre y un día calculó mal el juego, el tintero se salió de su sitio y se vertió totalmente. Sesgando rápidamente el cuerpo para evitar que la colada tintórea lo salpicara, don Felipe terminó tan cam-pante su discurso entre las sonrisas de los diputados que presenciaban el percance. Pero el tic, a pesar de todo, persistió, como tuve ocasión de comprobar en otra posterior intervención suya.

No sé si he explicado que los diputados de aquellas Cortes no dis-ponían ni de micrófonos ni de amplificadores, hablaban desde sus mis-mos escaños, de modo que para ser diputado y tener esperanzas de ser oído, había que poseer un buen órgano vocal, disponer de una voz sonora, en la que quizás esté el secreto de que hubiera tan buenos oradores. Con una voz flatulenta no se conciben ni a Cicerón ni a Demóstenes, de quien se cuenta que se curó de su tartamudez metiéndose piedras en la boca y dando gritos a la orilla del mar.

El Estatuto Catalán, que fue de las primeras leyes que aprobaron las Cortes republicanas después de la Constitución, a principios de septiembre de 1932, puso a prueba la madurez política del pueblo catalán, porque el Estatuto que se aprobó difería bastante del que se había apoyado en clamoroso referéndum. Hubo descontentos que quisieron realizar agitaciones, pero se impuso el buen criterio de los posibilistas —más vale lo posible que no tener nada— entre ellos la voz autorizada de Cambó, el mejor político, de verdadera talla nacional, que Cataluña ha producido en este siglo. Yo estaba en Madrid el día que se aprobó el Estatuto, y asistí al acto de la votación, casi unánime, y muy emocionante. A la salida Juan Negrín nos invitó a mí y a Ma-riano Ansó, diputado azañista y alcalde de Pamplona —después sería durante nuestra guerra ministro con Negrín— a comer en el restau-rante «Baviera», de la calle de Alcalá. Recuerdo como anécdota que el postre, acorde con la festividad política, eran natillas catalanas, unas vulgares natillas en las que, sobre el amarillo de la superficie,

se perfilaban las cuatro barras rojas de la bandera catalana hechas con mermelada de ese color. A aquel mismo local volvería yo, unos cuantos años más tarde, también con Juan Negrín, pero acompañados esta vez por Indalecio Prieto, para celebrar un almuerzo, premonitorio, inolvidable, al que dedicaré en trance oportuno el relato y comentario que merece.

Indalecio Prieto fue, sin duda alguna, el mejor orador político de su tiempo. No había quien tuviera sus dotes de convicción, el fuego interior de sus palabras, la voz sonora, bien timbrada y flexible, a la que hacía cobrar siempre la adecuada tonalidad, el perfecto dominio del tema que tratara, el ingenio vivo y ocurrente y la fácil improvisación. Recuerdo de un modo particular el duelo que sostuvo con José Calvo Sotelo cuando apenas llevaba poco más de un mes en el Ministerio de Hacienda. Calvo Sotelo había sido ministro de Hacienda en el gobierno de Primo de Rivera. Tuvo la suerte de que uno de los presupuestos de la nación se cerrara con superávit en uno de sus primeros ejercicios, creo recordar que el del año 1927, cuando la Dictadura otorgó a no sé cuantos españoles hasta un valor de 25 pesetas para desempeñar por cuenta del Estado ropas, colchones y otros objetos de uso personal. Pero la política hacendista del ministro resultó errónea a la larga, según le reprochó oportunamente el político catalán Cambó, y contribuyó no poco al descrédito y a la caída del dictador. Calvo Sotelo hizo una interpelación al gobierno republicano por no recuerdo bien qué acuerdo del Ministerio que regía Prieto. No quisiera engañarme pero creo que era algo relacionado con el monopolio de petróleos. Calvo Sotelo aprovechó la interpelación para hacer la apología de su gestión ministerial de paso que criticaba la del casi recién llegado ministro. En medio de una enorme expectación se levantó Prieto a contestar. Su contrincante era abogado del Estado y había estado cinco años desempeñando el ministerio. El había sido siempre un buen periodista, pero nada más, y sin títulos universitarios se había formado a sí mismo en su larga trayectoria política. No se le suponía ni preparación, ni capacidad de hacendista. Cuando terminó de hablar, al tiempo que los aplausos atronadores llenaban el recinto del hemiciclo, otro sentimiento unánime y poderoso ardía en cada uno de los diputados y en el público de las tribunas, repletando, por así decirlo, el ánimo general: el sentimiento de atónita admiración ante la magistral lección que Prieto nos dio a todos, y de modo especial a Calvo Sotelo, que achicado y confundido, apenas si pudo balbucear una réplica desmayada. El genial político asturiano, aunque bilbaíno de adopción, pues por Bilbao era diputado y en Bilbao tenía su periódico, «El Liberal», demostró a un tiempo que su preparación

era equiparable a la de cualquier gran hacendista y su nativa capacidad había hecho el milagro de familiarizarlo en brevísimo tiempo con todos los complejos problemas de la hacienda de una gran nación. Refutó punto por punto los alegatos de Calvo Sotelo, desde su error al situar la peseta en la paridad oro, que tanto perjudicó a la industria, como el de su política inflacionista que en España, como en el mundo entero, tan desastrosas consecuencias trajo a los países que la practicaron. En unas cuantas semanas el periodista se había convertido en curtido hacendista. Esa pasmosa capacidad de aprehensión, de captación veloz y cabal de los más intrincados problemas, que luego sintetizaba en claros y certeros esquemas, fue para cuantos lo tratamos fuente inagotable de asombro. Yo le traté y lo visité varias veces. Llevaba el encargo del problema que fue muchos años caballo de batalla de la industria tabaquera canaria: la insuficiencia de los cupos que la Tabacalera asignaba a los tabacos canarios y el mal trato que sus labores recibían en la distribución por los mercados peninsulares. Los tabaqueros canarios, a través de representantes sindicales y del viejo don Eufemiano Fuentes, buen amigo mío, me confiaron la misión de intercesor cerca del ministro. Prieto conocía el problema tan bien como los interesados y sabía por ello que la protección a la industria canaria levantaba toda clase de recelos y no pocas resistencias pasivas. Me explicó una vez la complejidad de aquel núcleo empresarial, los encontrados intereses que en él se anudaban, desde los de los vendedores de materias primas, las exigencias de los nuevos cultivadores de la Península, etc., hasta los distingos del mismo Estado que tenía en el monopolio una saneada y segura fuente de ingresos. Pero él estaba desbordado. Había heredado una hacienda en ruinas que se debatía en un marco económico ya alcanzado por el «crack» americano de octubre de 1929, cuando se hundió la Bolsa de Nueva York. Estoy seguro de que si se hubiese prolongado su mandato, Prieto hubiese dado una buena promoción peninsular a la industria tabaquera, que entonces era la principal del archipiélago. Conocía el problema, repito, y estaba convencido de nuestra razón.

Bien me gustaría hablar con detenimiento de otros oradores de aquel brillante período, Alcalá Zamora, Royo Villanova, diputado aragonés que fue martillo de herejes para el gobierno republicano, Marcelino Domingo, Azaña, Lerroux, Gil Robles, etc. De don José Gil Robles hablaré más adelante. Cuando gobernaban las derechas, en el bienio 34-36, Prieto llegó a decir: «la derecha española no tiene más líderes que Gil Robles y Cambó». Pero como sería interminable acabaré este capítulo narrando un episodio del que fui testigo desde mi atalaya tribunicia.

Cuando Lerroux presentó al Parlamento el gobierno que presidió, salido de las elecciones de 1933, que dieron el triunfo a las derechas españolas de la CEDA —Confederación Española de Derechas Autónomas—, pronunció el discurso programático que es de rigor en esos casos. En el turno de la oposición el presidente de la Cámara le dio la palabra a don Manuel Azaña, portavoz del partido Izquierda Republicana. El gran político, con el rigor dialéctico, la fría serenidad y la certera afluencia de su verbo, le asestó a Lerroux y a su gobierno un golpe durísimo, demoledor. Don Alejandro se levantó a contestar visiblemente afectado. Comenzó diciendo:

—Ese discurso que el señor Azaña quiere hacer creer que ha improvisado...

En ese momento Azaña lo interrumpió:

—Señor Lerroux, señor presidente, yo no improviso nunca porque no soy un hombre improvisado.

En eso radicaba la diferencia entre uno y otro: Lerroux era sólo un tribuno, un brillante orador, pero carecía de cultura, de preparación, y aunque era licenciado en Derecho por la Universidad de La Laguna, en aquella época para nadie fue un secreto que le regalaron el título. Aparte otras condiciones personales —Lerroux fue el prototipo de la desvergüenza política y de la versatilidad, al paso que Azaña fue espejo de consecuencia y honestidad— el gran estadista alcaíno, que antes había sido presidente del Ateneo madrileño, era hombre de profunda y vasta cultura, un ilustre escritor, un humanista preparado en el ancho sentido de la palabra. No improvisa nunca el orador cuyo acervo cultural guarde siempre suficientes variadas reservas para enfrentarse con decoro a cualquier situación imprevista.

XIX

COMPROMISARIO DE AZAÑA

A fines de abril de 1936 se celebraron las elecciones para elegir los compromisarios que, en igual número que los diputados, habrían de proceder a la elección de Presidente de la II República, vacante por la destitución de don Niceto Alcalá Zamora. En esta convocatoria no se presentó la derecha a la elección. Salimos aquí elegidos los cuatro candidatos propuestos por el Frente Popular: dos socialistas, Fernando Alvarez Astorga y yo; un republicano federal, Manuel Miranda Márquez, capitán de la Marina Mercante, práctico del Puerto de la Luz, y por el partido comunista, Rafael Roca Suárez. Rafael Roca y yo somos ahora los únicos supervivientes de todo aquel equipo. Casi iguales de edad; yo soy unos meses mayor. Nos reunimos todos en Tenerife para tomar con los elegidos en aquella isla el barco que había de conducirnos a Cádiz. Evoco los nombres de los compromisarios de aquella provincia: Pedro García Cabrera, Juan Pedro Schwarz, Rodríguez Sanfiel, Lucio Illada y José Miguel Pérez, este último representante de los palmeros. De los cinco, cuatro murieron trágicamente. Lucio figuraba entre los quince mil fugitivos que al final de nuestra guerra se concentraron en el muelle de Alicante esperando el barco inglés que había prometido evacuarlos. El barco no vino. Quienes vinieron fueron los Regulares de Marruecos, que los llevaron a un campo de concentración, adonde cada noche llegaban falangistas de todas las provincias a reclamar a los suyos para ejecutarlos sumariamente. Eduardo Guzmán, viejo periodista de la CNT, ha contado en un libro aterrador cómo se fue vaciando el campo hasta que los no reclamados, entre los cuales se encontraba él mismo, recalaron por una de las prisiones de Madrid. Lucio era el novio de Mariquita Monzón, la hermana más vieja del pintor Felo Monzón. No volvió a tener noticias suyas. Después supimos que le había condenado a muer-

te un tribunal militar y que, como prueba de sus delitos, el fiscal se había limitado a leer unos artículos publicados en un diario de Barcelona llamado «Solidaridad Obrera». Era el anterior «Solidaridad Catalana», incautado por los trabajadores de la empresa al estallar la guerra, y que, gobernando ya en Barcelona los franquistas, se convertiría en «Solidaridad Nacional». Los artículos que el fiscal leyó habían sido publicados por un periodista harto fecundo, que estaba entre los primeros presos políticos canarios que los militares confinaron en Villa Cisneros, en la costa africana. Los confinados en Villa Cisneros, puestos de acuerdo con los tripulantes del barco interinsular, creo que fue el «Viera y Clavijo», que cada quince días llevaba suministros al puesto militar, prepararon bien un plan de evasión. Los tripulantes se apoderaron del barco, rescataron por sorpresa a los presos canarios y los dejaron en Casablanca, desde donde pudieron alcanzar el puerto de Barcelona. Al indiscreto periodista que figuraba entre ellos le faltó tiempo para describir la hazaña con pelos y señales. Sus crónicas, fáciles de hallar por la difusión que tenía el periódico, al cabo de tres años, y con la fortuna cambiada, fueron el irrefutable testimonio que sirvió para condenar a Illada a la última pena, pues figuraba entre los que se escaparon de Villa Cisneros. La verborrea literaria del periodista le jugó al amigo Illada una trágica pasada. Fue el único de todos los evadidos que pereció. «Al buen callar llaman Sancho»: ese refrán no lo conocía el plumífero locuaz.

Pedro García Cabrera, también evadido, gravemente herido en una pierna, debió a esta circunstancia su salvación. Su mujer, Matilde, era la enfermera que lo atendía en el hospital de guerra. Otro de los escapados, Feliciano Jérez, pudo al final de la guerra huir al extranjero y después de veinte años, en 1956, me lo encontré ejerciendo su profesión de médico en La Habana. Regresó al fin a Tenerife, donde falleció. A José Miguel Pérez, el comprometido palmero, también lo fusilaron. Se había escondido en un pozo y lo denunció una hija suya muy pequeña, a la que sometieron a tortura para arrancarle el secreto de su escondite. Los otros dos comprometidos tinerfeños, personas muy conocidas en la isla, Rodríguez Sanfiel y Juan Pedro Schwarz, que era alcalde socialista de Santa Cruz, desaparecieron en los primeros días del movimiento. Schwarz desapareció como Domingo López, compañero y amigo querido, como Luis Rodríguez Figueroa, abogado, poeta y diputado, y otros muchos más, sacados de noche de la prisión. Rodríguez Sanfiel fue fusilado junto al gobernador civil de la provincia y su secretario. Los cuatro comprometidos de Las Palmas sufrimos reclusión y calamidades, pero sobrevivimos. Los que hoy nos faltan —Fernando Alvarez y Manolo Miranda— fallecieron

de muerte natural. Como también le ocurrió a Pedro García Cabrera, uno de los mejores poetas que han tenido las islas en todo tiempo, del que, en otro lugar, hablo más despaciosamente (1).

El viaje marítimo de los compromisarios no se pudo realizar porque estalló una huelga de la Marina Mercante que inmovilizó la flota, y que nos demoró unos días en Tenerife. Para poder llegar a tiempo de la votación presidencial hubo de enviarse un avión de transporte militar. Confieso que nos subimos al aparato con bastante aprensión. No era un avión de pasajeros y nos habían habilitado unos asientos que nos parecían estar amarrados con alambres. Pero la verdad es que hicimos un viaje espléndido, dos escalas, entonces casi siempre obligadas, en Casablanca y Sevilla, y ganamos la capital de España en perfecta condición. Los tres socialistas, Pedro, Fernando y yo nos dirigimos juntos al Partido. Juntos fuimos testigos de jornadas decisivas para el porvenir de nuestra patria y que pudieron ser distintas de haber prevalecido otras voluntades y otras propuestas. Unas propuestas rechazadas que hoy, a la vista de lo sucedido y con mirada retrospectiva desprovista de pasión, sigo pensando que en aquel instante eran las más racionales, las menos azarosas. Pero no se pueden deshilvanar los hilos de la historia. Lo que sí se puede, y voy a hacerlo, es reconstituir la situación de entonces y reflexionar brevemente sobre ella, porque la reflexión puede suministrarnos una viva experiencia. *La historia es maestra de la vida*, decían los latinos. Y de aquella historia se pueden extraer útiles lecciones, siempre válidas para evitar que se repitan las circunstancias que forjaron aquel decisivo giro de la política nacional. Se dirá que es muy fácil jugar con los datos del pasado cuando ya se conocen sus resultados. Pero en conocer y analizar bien el pasado puede estar la clave para impedir que una acción nefasta del pasado pueda volver a repetirse.

En aquellos primeros meses de 1936 el viejo partido socialista se estremecía interiormente, en trance, incluso, de un posible cisma, de una amenazante dispersión de algunos de sus mejores cuadros. En el partido incidía profundamente la dramática radicalización del movimiento obrero, de modo especial la de los militantes de la Unión General de Trabajadores, la UGT, que eran el principal sostén electoral del partido y escuela de formación de donde salían muchos de sus más calificados directivos. No olvidemos que Francisco Largo Caballero era a la vez secretario general de la UGT y componente de los órganos superiores del partido. Había sido ministro de Trabajo, con Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos en los mismo gabinetes

(1) En el transcurso de impresión de este libro ha fallecido Rafael Roca Suárez, amigo cariñoso a pesar de la diversidad de nuestras ideas.

de Azaña. Aquella profunda radicalización de la masa obrera tenía varias claras concausas: la torpe y precipitada anulación que de toda la política social del primer bienio habían hecho los gobiernos de la derecha tras su triunfo electoral de 1933, aboliendo totalmente la reforma agraria y otras leyes de contenido social; la represión implacable del movimiento revolucionario de Asturias y de la fugaz Sección de Cataluña, que no se limitó a sofocarlos sino que se prolongó cruel e innecesariamente; la evidente descomposición e ineficacia de los breves y sucesivos gobiernos republicanos de Lerroux, Samper, Chapaprieta, etc. y en los que iban ganando posiciones preeminentes políticos de derecha de dudoso o nulo republicanismo, reaparecían los cacicatos locales y se extendían los escándalos como el del famoso «estraperlo», que ocasionó una crisis ministerial; la febril impaciencia y la desilusión de los trabajadores y de muchos españoles frente a los escasos resultados de la lucha contra el paro y la inflación, pues ya nos había alcanzado de lleno a los españoles la gravísima crisis, la terrible recesión económica mundial que inició la quiebra de la Bolsa de Nueva York en 1929; el espíritu de violencia en los conflictos y luchas sindicales que venían imponiendo las nutridas huestes de la CNT —Confederación Nacional de Trabajadores, de inspiración anarquista, pues los comunistas carecían entonces de organización sindical poderosa— que se mantenía ciega, sorda e insensible a la verdadera y honda realidad nacional, en un país donde la derecha boicoteaba claramente al régimen paralizándolo, evadiendo enormes sumas de capital, organizando provocaciones y provocadores con sabia táctica en los puntos donde la masa obrera estuviese más discolada, más descontenta y más proclive a promover huelgas y algaradas. No debe olvidarse nunca que las derechas ganaron las elecciones de 1933 porque la CNT, fiel a su estúpida condenación de la lucha política en defensa exclusiva de la acción directa, dio la orden de abstenerse a sus cientos de miles de afiliados o seguidores. No se medirá nunca el daño que le hicieron al país. Rectificaron totalmente, y hasta tuvieron ministros, cuando estalló nuestra guerra: pero ya era demasiado tarde.

El factor de la competencia sindical de la CNT hay que valorarlo con la importancia que tiene: frente a un proletariado ineducado, política y sindicalmente, hambriento y sin trabajo en amplias zonas rurales de Andalucía, de Extremadura, de la Mancha, o ganado de antemano para su causa, a través de largas y viejas luchas desde principios de siglo, como en Cataluña, los anarquistas de la CNT tenían el trabajo fácil, y mucho más si desde fuera les ayudaban las derechas. Era una especie de pújas a la llana: a ver quién da más, quién

ofrece más, quién es más demagogo e irresponsable. La política del «bienio negro» les proporcionaba también buenas bazas. Nada hay más contagioso que la radicalización de un pueblo ignaro y necesitado; el ejemplo histórico de Alemania es revelador: millones de trabajadores pasaron de la noche a la mañana de votar a los socialistas o a los comunistas, a elevar al poder a los nazis, a Hitler, que representó todos los males conjurados del racismo, del imperialismo, de la violencia sistemática y del ciego e intolerante fanatismo.

Poco a poco, insensiblemente, los líderes de la UGT, que defiende la lucha sindical, pero también la acción política, muchos de los cuales habían ocupado puestos importantes en el primer bienio, fueron siendo ganados por ese espíritu de rebeldía que flotaba en el aire y que todos respiraban. Y para no quedarse atrás, para no perder adeptos y afiliados, los *ugetistas* se iban poniendo al paso de los *cenetistas*. La UGT contaba con un gran líder obrero, de inmaculado y hondo prestigio, personal y sindical. Incluso había pasado por un Penal condena a cadena perpetua cuando la huelga general de 1917. Sus propios colegas, muchos afiliados, empezaban incluso a llamar a Largo Caballero, el Lenin español, y hasta dudo que en algún momento él mismo no se lo creyera. Si los anarquistas aborrecían la política y todo había que ganarlo por medios directos, el trabajo, el mejor salario, el mejor trato, nosotros no haríamos declaraciones abominando de la política como ellos, pero nos acercáramos cada vez más a sus postulados de acción, con la ventaja de ser más numerosos, mejor organizados, más penetrados en el tejido social y contar con líderes más carismáticos. Y la tesis final y resultante era, simplistamente, la siguiente: una vez que abandonamos el gobierno de la República, no debemos por ningún concepto volver a él: la República que la gobiernen los republicanos, nosotros a luchar en la calle y en los sindicatos. Error histórico mayor no lo ha cometido ningún partido, que yo conozca, en el mundo entero. Olvidamos que la república era muy débil, que vino solamente por el voto de las ciudades, sobre todo de las grandes ciudades; que su espíritu no había llegado a los campos y cuando quisimos hacerlo llegar, nos apartaron y amordazaron las derechas más conservadoras y más retrasadas de toda Europa. Soslayamos la verdad histórica que nos decía que sin nuestro apoyo decidido nada podían hacer los republicanos, que contaban con muy buenas cabezas pero escasísimos pies firmes en el suelo, frente a la poderosa hostilidad de la derecha y el continuo hostigamiento de las masas de la CNT. Olvidamos, en fin, que la moderación en las demandas, la prudencia en los modos y la tolerancia en el trato eran indispensables, imprescindibles en el período de transición y fortaleci-

miento para sostener y asegurar a un régimen todavía tambaleante, balbuciente, en plena lactancia, lo cual no era obstáculo para que, cuando fuera robusto adulto, le exigiéramos debidamente lo que de él habíamos todos esperado. ¡Maldita impaciencia, tan dañina para la salud de algunos pueblos como puede serlo la soberbia de sus gobernantes!

Estas dos tendencias, que se debatían más o menos oscuramente en el seno del partido, los posibles colaboracionistas, siempre con condiciones, y los abandonistas a ultranza, empezaron a traslucir y tomar cuerpo en la prensa. Los partidarios del «abandonismo», que acaudillaba Largo Caballero, tenían su órgano teórico de expresión en la revista «Leviatán», magnífica por otra parte, que fundara Luis Arquistáin, sin duda la pluma más curtida, más fina y aguda del partido, periodista de solera, formado dentro y fuera de España, convertido en la ninfa Egeria inspiradora de Caballero. También contaba con el apoyo de un periódico nuevo, que creo recordar que se llamaba «Claridad». Los «colaboracionistas» seguían teniendo las columnas de «El Socialista», que dirigía aquel modelo de escritor y de coherencia política que fue Julián Zugazagoitia, futuro historiador de la guerra civil. Refugiado en la Francia no ocupada, cuando los nazis la ocuparon toda, unos comunistas franceses, fieles al espíritu del reciente pacto germano ruso de amistad, lo denunciaron a la Gestapo, que lo entregó a Franco junto con Luys Companys, presidente de la Generalidad catalana, y Pedro Rico, popular alcalde de Madrid. Como era de esperar, los tres fueron fusilados, bastante tiempo después de que hubiera terminado nuestra guerra. La cabeza pensante de aquella tendencia era Indalecio Prieto. La pugna trascendió públicamente cuando en un mítin celebrado en un pueblo de Andalucía, creo recordar que Ecija, Prieto estuvo a punto de ser agredido por compañeros partidarios de Largo Caballero, a los que gustosamente se sumaron los anarquistas del lugar.

En esta conflictiva situación de ánimo el partido abordó las reuniones preparatorias del nombramiento de nuevo Presidente de la República. La primera sorda batalla no tuvo mayor trascendencia exterior. Alguien propuso a Besteiro como candidato, para que Azaña, que había demostrado su talento, su energía y su capacidad, que en el campo republicano nadie igualaba, pudiera seguir gobernando. Pero, apenas había despegado los labios lo callaron: no solamente Besteiro no quería, sino que era manifiesta la oposición de los caballeristas a implicar a un socialista en cualquier órgano importante del Estado, mucho menos en la Presidencia de la República. Sobre el nombre de Azaña todos estaban de acuerdo, aunque significaba

mandar al Aventino a un gran político capaz, muy necesario y útil en otras funciones ejecutorias, condenarlo, como decía gráficamente el general De Gaulle, «a inaugurar crisantemos», a misiones pasivas sin poder real. Se celebró la votación, pero la batalla fea y dura comenzó simultáneamente. Una muestra exterior, desagradabilísima, que presenciábamos muy cercanamente Fernando Alvarez y yo, sentados en una mesa próxima, fue la bofetada que, como término de una acalorada discusión, le dio Luis Araquistáin a Julián Zugazagoitia en el descanso de una de las reuniones conjuntas de diputados y compromisarios. Ocurrió el hecho en las mesas que se habían instalado junto al Palacio de Cristal, el gran pabellón acristalado del Parque del Retiro, donde se celebró la elección. Había trascendido ya que don Manuel Azaña había pedido que Indalecio Prieto ocupara la Jefatura del Gobierno, poco menos que había hecho de ello condición para aceptar la Presidencia. Estaban, pues, públicamente enfrentadas las dos tendencias. El encuentro final, realmente dramático, mucho más dramático a la luz de lo que después había de ocurrir, se produjo en la reunión del partido en que los defensores de una y otra tendencia esgrimieron, en un diálogo de sordos, sus respectivos argumentos. El momento más tenso de la reunión se produjo estando Prieto en el uso de la palabra. Le pasaron un papelito diciéndole que los jóvenes de las milicias falangistas habían asesinado a un militar ayudante del teniente Castillo. La organización juvenil falangista fue desde su origen paramilitar. Encuadrados en centurias, parodia de las romanas, eran militares el atuendo, los saludos, la conducta, dentro y fuera de la centuria. Ellos comenzaron la caza de los jóvenes socialistas un día en que éstos organizaron una excursión a la sierra, con una concentración posterior. Al regreso, los autocares fueron apedreados y tiroteados por jóvenes fascistas apostados en lugares estratégicos. Así comenzó aquella lucha insensata. Los jóvenes socialistas, de los que entonces era secretario Santiago Carrillo, todos imbuidos del espíritu «caballerista», empezaron a organizarse también militarmente y el teniente Castillo era el encargado de darles instrucción. A ellos no les faltaban ganas y les dieron un buen pretexto. Aquel día habían matado a uno de los más conocidos ayudantes de Castillo. Cuando Prieto, en mitad de su discurso, tan brillante como todos los suyos, recibió la noticia, hizo una pausa e intercaló:

—Acaban de comunicarme que unos jóvenes falangistas han asesinado a un ayudante del teniente Castillo; ahí lo tenéis con toda la elocuencia viva de la sangre: mientras aquí nos peleamos como perros, en la calle nos cazan como a conejos.

La ovación enorme, transida de emoción, que sus palabras provo-

caron no era indiciaria y resultó engañosa: el partido acordó por mayoría negarle a Azaña la directa colaboración de Indalecio Prieto: nuestro apoyo se limitaría a darle nuestros votos en el Parlamento al presidente que él eligiera, pero sin entrar en el gobierno. Había triunfado, aunque no con gran mayoría, la tesis de Largo Caballero. Poco tiempo pasaría para que él mismo se convenciera de la futilidad, mejor de la inanidad, de su posición: encargado en el curso de nuestra guerra de formar gobierno, lo hicieron fracasar y dimitir, más que las derrotas militares, la sorda hostilidad y la abierta insubordinación de anarquistas y comunistas, ante cuya insistente demanda accedió al poder. Tuve yo una curiosa coincidencia que relato incidentalmente: a principios del año 1951 me operé en París de una úlcera duodenal que me produjo una peligrosa hemorragia. El «gaillard», el mocetón, ya cuarentón, que me donó su sangre para la necesaria transfusión, se la había donado igualmente a Largo Caballero cuando bastantes años antes, ocho o diez no preciso bien, fue operado en la misma clínica. El donante francés me lo refirió un día con cierto orgullo.

Aquella histórica votación del partido malogró lo que quizás pudo haber sido una pacífica solución a los problemas españoles. Soñando vueltos al pasado, que también se sueña con lo que pudo suceder, como Rubén Daría lamentaba,

el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
y la pérdida del reino que estaba para mí,

soñando con el pasado, repito, muchas veces hemos pensado los que vivimos aquel trance, qué hubiera sucedido si en lugar de subir al gobierno Santiago Casares Quiroga, hombre de probada lealtad pero de mediocre estatura política, lo hubiera ocupado Indalecio Prieto, con su capacidad excepcional, con su gran autoridad y prestigio nacional, pues incluso muchos sectores de la derecha española lo veían con simpatía como el único capaz de sacarnos del atolladero sin recurrir a palabras mayores. Alguna vez hablé aquí de todo ello con don José Gil Robles, departiendo junto a Bernardino Correa, en uno de sus frecuentes viajes a la isla tras su definitivo regreso a España. Aunque él sostuvo en uno de sus libros *que no fue posible la paz*, reconocía que con Prieto presente otras distintas hubieran sido las premisas. Un amigo me refirió posteriormente que en el curso de una conferencia de Gil Robles, asentado éste otra vez en Madrid, en un colegio universitario, don José aclaró que él mismo le había ofrecido a Prieto sus votos parlamentarios si lo encargaban de formar gobierno. Quizás, también, otras hubieran sido las consecuencias, menos trágicas de lo que resultaron después para gran desventura nacional.

LAS PREMONICIONES DE INDALECIO PRIETO

Después de la elección de Azaña a la Presidencia de la República, yo me demoré en Madrid algunas semanas. Sólo recuerdo que pocos días después de mi regreso a la isla ocurrió el infame, además de estúpido, asesinato de Calvo Sotelo, que precipitó la catástrofe. Aproveché aquellos días para tantear un proyecto, largo tiempo acariciado, que me fue sugerido por Antonio Ramos Oliveira, el subdirector de «El Socialista», del que fui muy buen amigo. Ramos Oliveira también escribió en México, su destino final, adonde, como a tantos otros, le aconsejó Prieto que fuera, en vez de dirigirse a Rusia, una historia de nuestra guerra con muchos interesantes detalles. En mis frecuentes estancias en Madrid yo había hecho para aquel periódico varias notas informativas de redacción sin firma; unas críticas sobre exposiciones de arte, la necrología, muy emotiva, de nuestro paisano, el pobre y malogrado Domingo Hernández Guerra, brazo derecho de Juan Negrín en su laboratorio, catedrático de Salamanca, etc. Antonio Ramos estaba muy complacido de mis escritos y un día me dijo:

—Oye, Juan, ¿por qué no te vienes a vivir a Madrid, que aquí tendrías buen trabajo? A mí me hace mucha falta un periodista de tu cultura, que lo mismo pueda hablar de política que de arqueología.

Me hizo gracia la invitación, que se me quedó dentro royéndome como un gusanillo. Algunos meses después visité a Félix Lorenzo, el gran periodista, director de «El Sol», el mejor periódico de España de aquellas fechas, que nació bajo la inspiración de Ortega, y hablamos de periodismo y periodistas. Yo le había sido presentado, creo que fue por un amigo común de la «Revista de Occidente», no recuerdo si Pedro Perdomo, Agustín Miranda Junco o algún otro. «Heliófilo», tal era su famoso seudónimo, que conocía algunos escritos míos, publicados sin firma, como en el otro periódico, me dijo poco más o

menos lo que Antonio: que a mí no me sería difícil abrirme camino escribiendo en Madrid.

—¿Usted me daría trabajo? —le pregunté, medio en serio, medio en broma.

—Hombre, no faltaría más: usted tendrá siempre aquí un puesto donde convenga a la flexibilidad de su preparación.

Todo eso hizo que el gusanillo persistiera. Pero todo se vino abajo el día en que, comiendo con Prieto y Negrín, conocí la verdadera dramática situación de mi país en aquellas tensas horas.

Explicué antes que yo había conocido a Indalecio Prieto cuando lo visitaba para exponerle unas justas demandas de los tabaqueros canarios, que a tal fin me habían comisionado. Ocupaba entonces la cartera de Hacienda, con el mismo acierto con que desempeñó la de Obras Públicas. Prieto fue el promotor de la gigantesca obra de los Nuevos Ministerios, cuyo proyecto encomendó al querido y gran arquitecto don Secundino Zuazo. También concibió el proyecto de Estación única ferroviaria para Madrid, la que hoy se emplaza en Chamartín, uniéndola con túneles a las de Atocha y el Norte. La obra, que asustó a muchos por sus enormes dimensiones monumentales, está ya terminada. En aquellos días llegaron hasta ponerle un mote: la llamaban «Los tubos de la risa», parodiando el conocido juego circense.

Mas, ya había encontrado a don Inda anteriormente. En la Carrera de San Jerónimo, donde están hoy las oficinas de un banco italiano, existió muchos años un restaurante muy bueno llamado «El buffet italiano», donde tenían una tertulia política, profesores y escritores muy conocidos. Eran puntos fijos Juan Negrín, Julio Alvarez del Vayo, periodista, Luis Araquistáin, «Juan de la Encina», seudónimo de un prestigioso crítico, José Gutiérrez Abascal, Agustín Viñuales, catedrático de Economía, muy amigo de Negrín, Mariano Ansó, diputado, Adolfo Salazar, el gran crítico musical de «El Sol», Luis Quintanilla, el pintor que decoró pabellones de la Ciudad Universitaria que la guerra destruyó, el escultor Sebastián Miranda, y otros. Yo acudí varias veces a comer y allí nos dábamos cita muchos días Juan Negrín y yo para nuestras gestiones o nuestras expansiones. Allí conocí también, aunque iba muy raramente, a Indalecio Prieto. Agustín Viñuales, cerebro privilegiado, fue ministro de Hacienda con Negrín durante nuestra guerra. Después de Juan Negrín no he conocido a persona de mayor fuerza vital, capacidad de trabajo, ingenio y buen humor irónico. El nos acompañaba algunas noches cuando estirábamos las piernas en inocente expansión por sitios tranquilos y divertidos, pues Madrid era entonces ciudad gratamente habitable.

Uno de aquellos días ajetreados de la elección presidencial, yendo con Juan Negrín, que era entonces muy amigo y seguidor de Prieto, aunque la paz, más que la guerra, después los separara, según contaré en otro sitio, nos tropezamos a don Inda, como le decíamos todos. Lo saludé, hablamos unos minutos y él le dijo a Juan:

—Negrín, llámeme un día de la semana que entra para comer juntos. Tengo ganas de hablar un rato con «el canario».

Así me llamaba él en broma, después de los latazos que le di a cuenta de los enredos de la Tabacalera con los industriales de aquí. Nos reunimos, pues, a comer, a almorzar decimos los isleños, un día de la semana siguiente —creo que hacia mediados o fines de junio— don Inda, Teodomiro Menéndez, el diputado asturiano que fue su subsecretario, Negrín y yo en el mismo comedor «Baviera», de la calle de Alcalá, donde estuve con Negrín y Ansó el día en que se aprobó el Estatuto catalán. Eramos cuatro: para que una comida esté bien servida, escribió Brillat Savarin, el famoso cocinero francés, el número de comensales debe ser menos de seis y más de dos. Hablamos mucho, casi tres horas, pero en aras de la brevedad, resumo aquí lo sustancial de las revelaciones que nos hizo aquel día don Indalecio Prieto. En rigor, hablaba para mí, porque los otros dos interlocutores estaban igualmente al cabo de la calle: eran secretos a voces, al menos en ciertas alturas de los partidos republicanos.

Don Inda comenzó, diciéndome:

—Posiblemente ésta es la última vez que nos veamos...

Lo interrumpí:

—Está usted hoy muy pesimista...

—Ya verá usted que no. Para pocas gentes en Madrid, de tejas arriba, es decir, en los Estados Mayores de los partidos, es un secreto que está preparándose un golpe militar para derrocar la República. Lo sabemos bastantes y el Gobierno lo sabe además con todo detalle: funcionan mal los servicios secretos, pero los hilos de la trama pasan por tantos sitios que, tirando, tirando, se ha podido averiguar lo necesario para conocer el esquema de lo que se prepara. Como es natural, una de las cabezas parece ser el general Sanjurjo, que le paga de ese modo a la República que no lo haya fusilado cuando se sublevó el 10 de agosto de 1932. Santiaguito —se refería a Santiago Casares Quiroga, que ya había tomado posesión del Gobierno— alardea de que se conoce de memoria los nombres de todos los militares republicanos, y como todavía tiene un concepto decimonónico de los pronunciamientos, los ha concentrado a todos en Madrid, creyendo, el muy ingenuo, que con abortar el golpe en la capital lo descabeza en toda España. Se le ha aconsejado que haga todo lo contrario: enviar gente

de confianza a las guarniciones para intentar cortar los conatos en el mayor número posible de plazas. Se sonríe con aires de suficiencia, creyendo que tiene en sus manos toda la madeja cuando en verdad sólo tiene unos cuantos hilos... Ahora mismo, para evitar que el general Franco conspire en Madrid, lo envía a Canarias, donde tiene las manos más libres y no hay quien lo vigile. Como es posible que el pronunciamiento falle —si no triunfa en veinticuatro horas— no podremos evitar que los focos rebeldes que hayan encendido los jefes desleales se conviertan en otros tantos núcleos de resistencia, lo cual equivale a decir que podemos estar a las puertas de una pavorosa guerra civil...

Con ánimo perturbado ante la profecía, le pregunté:

—Pero, ¿y las derechas? ¿Usted cree que a las gentes que tienen intereses les conviene esa catástrofe, un trastorno de tal magnitud?

—Parta usted, para eso, de una premisa fundamental: la derecha española es la más torpe, más ciega, más enquistada de toda Europa. Ha podido usted ver lo que ha pasado con Gil Robles. Lo he dicho en otras ocasiones: Muerto don Antonio Maura, Gil Robles y el catalán Cambó han sido las dos únicas personalidades de real talento y autoidad que en todo el siglo han salido de la derecha nacional. A Gil Robles lo ensalzan, lo magnifican, lo convierten en figura gigantesca —hasta en la propaganda, pues hubo una efigie de Gil Robles que cubría toda la fachada lateral de la Puerta del Sol, entre San Jerónimo y la calle de Alcalá—, le endosan el lema de *A por los 300*, los trescientos diputados, y como no los obtienen, y ellos saben bien por qué, por sus culpas precisamente, sin parar a preguntarse las causas del fracaso, se lo atribuyen todo a él, le dan un manotazo, lo arriman, y sacan para convertirlo en líder a Calvo Sotelo, que usted sabe tan bien como yo que con la Dictadura de Primo de Rivera, jugando con todas las cartas en la mano, demostró que es un «bluff».

Yo había escuchado en aquellos días, al presentarse en el Parlamento el gobierno de Casares Quiroga, a los dos diputados, Gil Robles y Calvo Sotelo. Me había parecido que no había posible comparación: Gil Robles, al menos aquel día, me produjo una gran impresión y su discurso fue una estupenda pieza construida con rigor y maestría, un discurso de gran político. El otro, en cambio, me produjo la sensación de fosforescencia demagógica. Se lo hice ver a Prieto:

—En efecto, tiene usted razón, hay gran diferencia de talla, pero ya ve usted: lo arrumban como si fuera un trasto viejo. Lo mismo que hicieron con Maura, aunque a lo de Maura también contribuyó la frivolidad de Alfonso XIII. No podemos olvidar cuando tuvo que dimitir el primer gobierno de concentración nacional del siglo, en el

que incluso lograron meter a los catalanes y fue Cambó ministro por primera vez, porque el Rey quiso imponerle a Maura el nombramiento del general Polavieja, totalmente desacreditado en Filipinas, como jefe del Estado Mayor... *Castilla face os ômes et os desfaze...*, decían ya los viejos castellanos: hace los hombres y los deshace. Aquí Castilla tiene la simbólica representación de la derecha española, comentó, haciendo una pausa.

Y añadió finalmente:

—En cuanto a lo que piense la derecha de todo este inmenso aviso, como siempre, se quedará viéndolas venir... Ellos ya se han cuidado de colocar fuera y bien sus buenos dineros, por si vienen mal dadas...

Cada vez que evoco este episodio me estremece el pensamiento de su acertada premonición: todo parece como si hubiésemos sido un pueblo trágicamente predestinado.

Prieto lo previó, como supe después que también previó, desde el principio de nuestra guerra, que, frente a las fuerzas conjugadas de Alemania e Italia, con las manos libres, poco podíamos los españoles leales. Esa es la explicación de aquella desmoralización que, entre otras cosas, le hizo abandonar el gobierno de Negrín en las últimas jornadas de aquella trágica contienda.

EL PERIODICO EN LA VIDA INSULAR.

Durante muchos años, desde que apareció en las islas el primer periódico impreso, todas las vocaciones literarias de los canarios, fueran del género que fueren, no tuvieron otro cauce de expresión que el periódico o la revista. Poetas, cuentistas, ensayistas, hasta novelistas, con la excepción de algún escritor con posibilidades económicas como fue el caso de don Benito Pérez Armas, conejero de origen y luego dueño y señor de la política tinerfeña, que publicó alguna novela, ni uno solo de los hombres acogidos a la sombra protectora de las musas, ha dejado de pagar su contribución a la prensa diaria o semanal. No digamos para darse a conocer fuera de las fronteras marinas de las islas: por grande que haya sido el talento, por elevado que sonara el timbre, por muy original que fuera la creación, el rumor del mar que nos rodea absorbía y silenciaba los ecos de sus voces. De ahí la importancia que las imprentas tuvieron en nuestras islas desde su implantación con la de Bazzanti, en la isla de Tenerife, en 1785. De ahí viene también una de las causas de la extraordinaria proliferación de hojas impresas que hasta bien pasadas las primeras décadas de este siglo han solicitado al lector canario. Pero no fue ésta la causa principal del curioso fenómeno. Su verdadera raíz está en la peculiaridad insular de nuestra región, en la rivalidad que suscitó entre las dos islas mayores, sobre todo el pleito de la división, y dentro de cada isla, la lucha por el poder entre distintas facciones. Las familias políticas, que asumían con frecuencia la forma de cerrados clanes excluyentes, encontraron siempre entre los aficionados a las letras plumas dispuestas a servir sus intereses particulares, muchas de las cuales poseyeron un ingenio, una vivacidad, un talento, en suma, que ya hubieran querido para sí los beneficiarios de sus trabajos. A estos factores de índole social hay que añadir el otro gran factor

geográfico que tanto ha gravitado sobre el destino individual y colectivo de los canarios: nuestro aislamiento, nuestra lejanía de los centros que en tantos aspectos capitales regulaban nuestra existencia. La distancia ha originado naturalmente la indiferencia y el desconocimiento de las islas y sus problemas por parte de los peninsulares, de lo que tanto nos quejamos, pero no menores fueron el desinterés y hasta el despego que también en larguísima temporada mostrábamos los canarios por muchas de las cosas importantes que sucedían en la Península. Aduzco un ejemplo histórico que es por sí solo muy revelador, que yo descubrí, como ocasional historiador de la prensa canaria, revisando las distintas hemerotecas del Archipiélago: de las dos grandes guerras carlistas, la que comienza en 1833 y alcanza a 1840 y de su reanudación o avivamiento desde 1873 al 1874, que no sólo conmovió y perturbó la vida de la nación, sino que puso en juego el destino de los españoles, apenas si hay huellas en los periódicos canarios. Hecho más sorprendente si se añade que a lo largo de aquellos dos años se imprimían en el archipiélago nada menos que 26 publicaciones, y las islas llegaron a ocupar, a mediados del siglo XIX, el quinto lugar entre las provincias españolas por el número de sus periódicos, aventajadas tan sólo por Madrid, Barcelona, Sevilla y Cádiz. La noticia del final de la guerra, cuando el pretendiente don Carlos y sus huestes atravesaron la frontera, en febrero de 1876, sólo se recogió aquí en uno o dos periódicos sin ningún relieve, como pudo recogerse la del parto feliz de la esposa de un jefecillo local. Lo cual nos lleva a otra reflexión previa. La información, la necesidad de estar informados e informar a las gentes que es, sobre otras concomitantes, la primera función de un periódico moderno, sólo contaba secundariamente en la misión atribuida a la prensa, que por otra parte se limitaba, cuando las daba, a noticias de un ámbito estrictamente local. Las islas, en su vida interior, en sus ordinarios eventos, no relacionados con la política común, se han ignorado siempre y se siguen ignorando, salvo raras excepciones, y todavía hoy, si no tuviéramos los desmayados informes que nos da la televisión y algún que otro vislumbre, seguiríamos ignorándonos, apenas nos enteraríamos de lo que ocurre más allá de la orla de espuma marina que rodea a cada peñón. Salvo las noticias de que al señor Olarte, por ejemplo, le ha salido un grano —un grano político, no epidérmico— o de que el señor Fernández es más educado de presidente que de opositor. Un escritor francés, Alfred Sauvy, dijo una vez: «Ser libre, hoy en día, es estar informado.» De lo que se colige que los canarios, siempre mal informados, hemos sido muy poco libres durante nuestra historia moderna, cosa que, no sólo metafóricamente, sino en la viva realidad,

era en gran parte una inconcusa verdad. En todo ese largo período, casi hasta nuestros días actuales, resultaba difícil concebir cualquier pugna entre los periódicos por obtener las primicias de una noticia, pues sólo nos interesaba machacar al contrario. Totalmente inexplicable sería este episodio que refiero, acontecido en un periódico francés de comienzos de siglo, cuando murió en 1903 el famoso papa León XIII, el autor de la encíclica «Rerum Novarum», que estremeció al mundo católico y al no católico. El papa había entrado en su agonía final, que no duró tanto como la de Franco porque no existían los medios técnicos de hoy, ni, para su tranquilidad, tampoco tenía un yerno como el marqués de Villavespa, digo, de Villaverde. Pero fue la suya una agonía larga. El director de un conocido diario de París, «Le Gaulois», hizo esperar la salida de su hoja matinal mientras le traían los cables de Roma por los que se prolongaba la agonía del Santo Padre. A las dos y media de la mañana ya no había otro remedio que tirar el diario. El director abrió la puerta de su despacho que daba sobre la de los redactores y pronunció esta frase desgarradora:

—Señores, resignémonos. Su Santidad morirá para los periódicos de la tarde... que tiren las máquinas.

Nuestros periódicos, con poquísimas excepciones, hasta tiempos cercanos se pasaron su existencia, como los faquires indios, mirándose el ombligo. Así les fue a la mayoría. Lo malo no ha sido solamente que ellos malentendieran o pervirtieran su función: lo irreparable es el estrago que hicieron en un pueblo que tenía las mentes en blanco. Gran parte de la lamentable y nociva ineducación política actual de nuestro pueblo deriva de que, durante más de un siglo, los periódicos olvidaron uno de sus elementales deberes: informar. Lo que no aprendieron nuestros abuelos, mal pudieron transmitirlo nuestros padres.

Cerramos esta digresión reflexiva e histórica con unas cuantas breves notas que siempre son interesantes. Y que el lector me perdone por esta fácil erudición «a la violeta» que le estoy mostrando, pero, digo en mi disculpa, soy de los pocos estudiosos que desde hace muchos años me he ocupado de la historia del periodismo canario. En el mes de marzo de 1964 organicé y presenté en el Museo, con la ayuda inestimable del llorado Pepito Naranjo, una exposición de 504 títulos de publicaciones canarias, nutrida en los fondos de la propia entidad. De allí salió un largo trabajo mío sobre «Las Revistas de Arte en Canarias», publicado en la del Museo, hoy difícil de encontrar fuera de la casa. Creo que también me da derecho a cierta presunción un hecho histórico: el primer periódico que se publicó en

Las Palmas, en 1842, y del cual ya no existe ningún ejemplar, fue «El Pueblo», que confeccionaron dos grandes patricios grancanarios: don Antonio López Botas, bisabuelo por rama materna de Diego y Juan Cambreleng Mesa, repetidamente citado en estas memorias, y don Juan Evangelista Doreste, primo de mi abuelo materno don Simón. Don Juan E. Doreste, como era conocido y tiene su calle en la ciudad, falleció víctima de la epidemia del cólera de 1851, la cual, de los 59.000 habitantes que entonces tenía la isla, segó la vida de unos 5.600 isleños. Las Palmas sólo contaba con 10.569 almas, y a causa del mal entregaron la suya a Dios unos 2.150. La peste se cebó principalmente en nuestra población. Desde entonces ni una sola generación de canarios ha dejado de contar con un Doreste periodista, de mayor o menor relevancia: José Doreste Bonello, allá por el año 1856, Víctor Doreste Navarro, también impresor, hacia el año 1868, Domingo Doreste, «Fray Lesco», su hijo, que estuvo escribiendo hasta 1940, don Rafael Ramírez Doreste, batallador compañero de «Fray Lesco», mi primo hermano, Luis Doreste Silva, cronista de la ciudad, que comenzó su trabajo periodístico como corresponsal de «Ecos» en Madrid, para seguir escribiendo aquí hasta su muerte, cultivando igualmente la poesía. Y después hemos desfilado Víctor Doreste, hijo de Domingo, Ventura Doreste, padre, muy parco en producción, Ventura Doreste Velázquez, hijo, el más talentado de todos, Lorenzo Doreste, nieto de «Fray Lesco», que también rompe alguna que otra lanza, y un modesto servidor, que soy el que mayor número de artículos ha publicado, con firma o sin firma. También he sido el Doreste más longevo. Otro apellido de gran resonancia en las gacetas insulares fue el de los Martínez de Escobar, de los que hubo escribiendo casi simultáneamente, a mediados y a finales del siglo pasado, tres hombres, Bartolomé, Emiliano y Amaranto, este último, de mayor nombradía, muy unido también a la historia del Museo. El postrero que recuerdo de la dinastía fue don Prudencio Morales y Martínez de Escobar, ya que en este siglo fue director de «La Provincia», secretario del Cabildo Insular y una verdadera institución de la ciudad. Creo que la fuente se agotó, a menos que sean parientes suyos los Martínez de la Fe que ahora escriben en nuestra prensa diaria, pero lo dudo porque no hubiesen dejado perder el Escobar de tanta solera castellana.

La fuente principal de inspiración, ya lo expliqué, de tantos periódicos, una especie de nodriza venerable, amamantadora de tres o cuatro generaciones de periodistas, fue la división de la provincia. Hay que recordar que antes de la definitiva de 1927 que nos concedió don Miguel Primo de Rivera, hubo otras cuatro, que originaron la salida de otros tantos Boletines Oficiales de vida tan efímera como

la propia división: la de octubre de 1840, la de marzo de 1852, la de agosto de 1854 y la de enero de 1858, que al abolirse creó ese interregno abonado para la polémica regional, tan pintoresca algunas veces, que se prolongó en lenta agonía hasta 1927, cuando ya de hecho estaba consumada la división. Para amenizar un poco este relato cito dos curiosos episodios que dieron ocasión a unos graciosos epitafios rimados con los que era habitual que los contrincantes de uno y otro bando celebraran la súbita desaparición, violenta o exhausta de fondos, de alguno de sus adversarios.

«El Memorándum», de Tenerife, heroico diario que duró veintiún años, desde 1874 a 1895, polemizó mucho con «La Independencia», periódico de Las Palmas, órgano de los diputados canarios don Pedro Bravo de Laguna y don Fernando León y Castillo. El último, el gran-canario, falleció de inanición en 1884 y el diario tinerfeño le dedicó este responso:

Hijo de «El Cronista», esencia
de agravio oculto y latente,
del odio reminiscencia,
yace aquí «LA INDEPENDENCIA»,
que nunca fue independiente.
Dos bravos, dándole un clavo,
le ofrecieron protección:
creyóles y al fin y al cabo
no les salvó ningún bravo
de las garras del león.

Las alusiones son clarísimas a los pleitos de familias de los caciques de nuestra isla.

Pero del ingenio del periódico chicharrero no se libraron tampoco los colegas adversarios de su propia isla, porque al morir «El País», más o menos por las mismas fechas —la vida de la inmensa mayoría de aquellos papeles imitaba a la de la rosa de la famosa composición: «Pura y encendida rosa, émula de la llama, que nace con el día»: era apenas un breve y fugaz vuelo—, le dedicó este epitafio, que es un modelo de gracia y concisión:

Aquí yace «El País», zurdo y maltrecho,
todo lo hizo al revés infaustamente;
una cosa no más hizo al derecho:
morirse de repente,

Otro ingenioso epitafio que tengo en la memoria fue el que, atribuido a don Isaac Viera, periodista y personaje de Arrecife, le dedicaron a la muerte de «El Proletario», periódico de aquella isla y que fue a fines de 1902 uno de los primeros de tendencia obrerista de la región. Un día, al llegar a la imprenta, sus propietarios se encontraron con que en la noche anterior alguien —los caciques de la isla, hartos de sus ataques— había forzado las puertas y había arrojado al retrete todo el material de impresión. El anónimo vate compuso esta cuarteta:

¿Diz que murió «El Proletario»
en una hedionda letrina?
¡Oh, qué muerte tan cochina
tuvo el pobre semanario!

XXII

LOS PERIODICOS QUE HE CONOCIDO

Clausuremos la larga digresión anecdótica anterior y volvamos a nuestra isla. Los sucesivos relevos en la gobernación del Estado dieron causa de nacimiento a periódicos que representaron todas estas tendencias: progresistas y moderados, monárquicos amadeístas y republicanos, amigos de Cánovas y amigos de Sagasta, liberales y conservadores, amigos de don Fernando, don Felipe Massieu y don Vicente Ruano como de don Tomás García Guerra, de don Juan León, etcétera, hasta finir en don José Mesa y López, antes y después de Primo de Rivera, llegándose así a los siete periódicos que había en la ciudad cuando don Francisco el Africano, frustrado rey de los españoles, nos puso a todos el bozal. Lo llamo el Africano, aunque este título se le quiso dar a don Alfonso XIII, porque en Africa labró su prestigio militar y de Africa sacó las tropas de Regulares de Marruecos con las que atravesó el Estrecho y comenzó de veras la guerra civil. Aunque el mejor sobrenombre que tuvo fue el que le dio la conocida copla, sacada del título de una comedia que se ponía en un teatro de Madrid por la época en que su hija se casara:

La niña quería un buen novio,
la mamá quería un marqués,
el marqués quería dinero,
¡Francisco alegre y olé!

Hasta el año 1936, en que se consumó el ritual sacrificio de la prensa libre, que aunque fuera incruento hizo mucho daño, los periódicos que yo conocí y leí —después citaré las gacetas en que colaboré— fueron los que ahora evoco, por orden cronológico de aparición. El más viejo es el «Diario de Las Palmas», fundado en 1893 por

don Alfredo Santana Pérez, muerto con sus restantes colegas cuando aquel inefable gobernador civil, Antonio García López, de especial recuerdo para mí, pues me tuvo sin ver a mi mujer cerca de un año, cuando yo estaba en la prisión de Gando, decidió suprimir los que no eran beligerantes —el «Diario», «Hoy», «La Provincia» y «El Radical»—, ya que desde el 19 de julio habían cesado por la fuerza del golpe, «Avance», «La Voz Obrera» y «El Tribuno», teóricamente rojos, con el ambicioso designio de fundar un solo gran periódico de aliento imperial. Que luego quedó reducido al ortodoxo «Falange», feroz energúmeno que fue perdiendo fiereza hasta que Pío Gómez Nisa, buen profesional y buen poeta, lo metamorfoseó en «El Eco de Canarias», fallecido sin pena ni gloria en las playas de la democracia. Es curiosa mi relación con el «Diario». Publiqué en él mi primer artículo periodístico —no tengo el recorte, pero creo que fue en el año 1926—, una crítica musical sobre una obra de Víctor Doreste. Víctor estrenó aquí después «La Zahorina», zarzuela con música suya y letra de él y de su padre, que don Domingo, con su enorme generosidad, hizo montar en el Pérez Galdós para que sus paisanos conociéramos el talento musical de Víctor, auténtico y grande, pero desvanecido en los avatares de su borrascosa existencia. Recuerdo que el montaje le costó 40.000 pesetas de la época, casi una fortuna. Más tarde el periódico de don Alfredo, pasado a su muerte a manos de su hermano don Ernesto Pérez Miranda, se convirtió en el principal objeto de mis chacotas y de las de mis compañeros de «El País» cuando apareció este diario, culto e impertinente como nos lo calificó una vez el propio don Ernesto, a principios del año 1928. Ya había sido objeto de bromas y burlas por parte de los redactores de «Ecos», entre el año 1916 y 1920, que eran nada menos que los tres poetas de la primera calificada generación literaria del siglo: Rafael Romero, «Alonso Quesada», Tomás Morales y Saulo Torón. En esta etapa, todavía dirigido por don Alfredo, y que coincidió con los últimos años de la primera guerra mundial, la del 14 al 18, el «Diario» fue germanófilo, es decir, partidario de Alemania y Austria, que perdieron la guerra, frente a los redactores de «Ecos», nutridos de cultura francesa, que eran aliadófilos, partidarios de las potencias aliadas, Francia, Inglaterra e Italia, vencedores con la ayuda decisiva final de los Estados Unidos de América del Norte. «Ecos» no dejaba pasar una al diario vespertino: las crónicas de sociedad, cursis y pintorescas, los versos que publicaba sin discernir, malos cuando no ripiosos, etc. Las burlas de «Ecos» solían tomar formas rimadas, que escribían indistintamente los tres poetas, cuando no las elaboraban en colaboración. Tengo en la memoria dos muy graciosas. La primera relativa

a las necrologías vacuas en que el «Diario» era especialista. «Ecos» publicó también la suya de un supuesto personaje:

Se murió a los sesenta y un años
don Faustino Montero y Montós,
¡otro año que hubiera vivido
y se muere a los sesenta y dos!

Y sobre los versos de colaboración espontánea que el «Diario» insertaba con todos los honores, en el colega de la mañana aparecieron estos endecasílabos:

En Guía, don Bonifacio Ruiz Salinas
coleccionaba latas de sardinas,
y en el Imperio chino un tal Macario
recortaba los versos del «Diario»:
para hacer desatinos
no hay como los isleños y los chinos.

Otra de las características del «Diario» en su ya larga vida fue la de los «gazapos», acuñado como término periodístico que significaba error notorio en una noticia por ignorancia o descuido del redactor o por mera incultura. En la historia de este periódico fueron muchos, aunque él no tuvo la exclusiva. «Pillarle un gazapo» equivalía, pues, a descubrir una de estas barrabasadas informativas y denunciarla públicamente. A fuerza de contarlas las veces que me he ocupado del tema periodístico, me sé de memoria unos pocos, que vale la pena «inmortalizar» en letra impresa. Estas «planchas» en su mayor parte procedían de una interpretación torcida de los lacónicos telegramas que recibíamos en los periódicos, cuando no había télex, ni ninguno de estos avances modernos, y que teníamos, no sólo que interpretar rectamente, sino abultar e hinchar para hacerles ocupar mayor espacio. Hoy ocurre todo lo contrario; muchas noticias que llegan por los canales del télex se desperdician y el problema está, no en inflar, sino en desinflar. ¡Qué facilidad en la tarea frente a las angustias de parto de los periodistas de mi juventud! He aquí una muestra variada de los gazapos del «Diario». El texto de los cables venía siempre con mayúsculas.

En plena guerra de Marruecos, antes de Annual, la redacción recibe un cable que dice escuetamente así:

Ayer encarnizada batalla Rif muerto general Díez Vicario.

El «Diario» lo transforma de esta manera:

«En el curso del día de ayer hubo una encarnizada batalla en los campos del Rif durante la cual, víctima de los disparos del enemigo, perdieron la vida un general y diez vicarios». Al día siguiente el colega adversario —«Ecos»— recogía la noticia diciendo: *Matanza de curas en el Rif*. El significado del telegrama era obvio: la muerte en el campo de batalla de un conocido general que se llamaba Díez Vicario.

Otro gazapo ilustre fue el de las cataratas del famoso general Azcárraga, que desempeñó altos puestos políticos y militares. El cable que recibió el colega vespertino era este:

Hoy batido cataratas general Azcárraga feliz resultado.

Interpretación: «Duelo entre generales. En el día de ayer se batieron en duelo los generales Azcárraga y Cataratas sin que felizmente hubiera que lamentar graves consecuencias.»

El colega ignoraba el sentido del término médico, ya en desuso, batir unas cataratas, equivalente a extirparlas de alguno de los ojos, y puso a pelear a dos generales, mejor, a un general con un fantasma.

Otro gazapo que nos tocó a nosotros, en «El País», denunciar fue el que se produjo cuando al famoso físico alemán Alberto Einstein, descubridor de la teoría de la relatividad, lo hicieron doctor «Honoris Causa» de la Universidad de Madrid. El cable de la agencia rezaba esto:

Doctor Einstein recibido doctor honoris causa facultad Ciencias Universidad Madrid, o algo por el estilo. El conciso despacho se convirtió en esta estrepitosa noticia:

«El famoso científico alemán Doctor Einstein fue recibido ayer por la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid donde pronunció un discurso. Al discurso del recipiendario contestó el doctor don Honorio Causa».

Don Honorio recibiría en la ocasión numerosas felicitaciones.

En uno de los reportajes truculentos que publicaba en la última plana, insertó un día uno sobre la cordillera de los Andes. Con la mayor naturalidad explicó que «allí hay condones que medían de ala a ala más de tres metros». Es obvio que se refería a «cóndores», el águila de la región. Conocemos ahora, después del SIDA, condones de toda clase y calidad... pero en verdad los condones con alas son un hallazgo.

Es curioso, dije antes, mi relación con «Diario de Las Palmas»: publica mi primer artículo; recibe después mis puyas y las de mis compañeros desde las columnas de «El País», de lo que hablaremos en otro sitio, para acabar yo mismo ayudando de modo decisivo a que reapareciera, tras la larga suspensión que le infligió aquel teniente coronel de Intendencia convertido en gobernador de la provincia, a

que antes me referí. Logrado el permiso ministerial de la nueva salida —historia que contaré en su punto— estuve haciéndolo materialmente yo solo, con dos redactores de calle, durante varios meses, hasta que vino Paulino Posada, el primer profesional que lo dirigió tras su reaparición.

Otro periódico que tuvo en la ciudad gran prestigio, pues fue el primero que dio tono y dignidad literarios a sus textos, fue «La Mañana», fundado en 1904 por don Rafael Ramírez Doreste y del cual fue director don Domingo Doreste, «Fray Lesco». Sucedió a otro diario que se llamaba «España», dirigido hasta su transformación por otro conocido periodista, don Arturo Sarmiento Salom, que luego había de ser secretario del Ayuntamiento de la ciudad, el primero que yo recuerdo.

De «La Mañana», de su brillante elenco, de sus colaboraciones, los hermanos Millares, Santiago Tejera, Bernardino Valle, Diego Crosa, «Crosita», de Tenerife, Miguel Sarmiento, Luis Doreste Silva, José Betancort, «Ángel Guerra», Benito Pérez Armas, que publica cuentos, etcétera, he hablado largamente en mi biografía de «Fray Lesco» que publicó el Museo Canario. Está agotada y haré lo posible para que se reedite, pues los jóvenes de hoy ignoran por completo a aquella gran figura de las letras canarias, que junto con su primo Rafael Ramírez, otro grande y culto periodista y luchador por la provincia, supo darle modernidad de información y lustre literario a la prensa de la ciudad. Vivió el diario hasta 1915 y hablo de él con cariño porque he repasado con atención los ejemplares que posee nuestra primera hemeroteca regional, la del Museo.

Equivalente en calidades literarias y casi contemporáneo fue «Ecos», el periódico que fundara y dirigiera aquel estupendo personaje que se llamó Diego Mesa y López, hermano del abogado don José Mesa y López, que fuera larga temporada jefe político de la isla, bajo la égida del Partido Liberal de Silvela, presidente del Cabildo y alcalde de la ciudad. En este diario hicieron sus primeras armas periodísticas los tres poetas mayores que antes mencioné, pero en su redacción se reunía toda la gran primera generación literaria de Gran Canaria. Por allí pasaron Néstor de la Torre Millares, «Claudio de la Torre» como nombre público, Miguel y Luis Benítez Inglott, el musicólogo y el poeta, Fernando González, el gran poeta de Telde, frustrado candidato del partido de Azaña en las elecciones de 1936, Pedro Perdomo Acedo, Juan Rodríguez Yáñez, Domingo Rivero, el excelente poeta recoleto, y su hijo Juan, etc. Fue el diario un agitador de conciencias, un zumbón moscardón impertinente, un verdadero palenque literario, y sobre todo el órgano donde Rafael Romero, «Alonso Quesada», pu-

blicó la mayor porción de sus «Crónicas de la ciudad y de la noche», obra maestra de estilo, gracia, humor y lirismo. Los versos humorísticos, que solían aparecer en una sección llamada «El tinglado de la farsa» y que, como antes dije, los escribían los tres poetas, son de verdadera antología. Es una lástima que la única colección que conozco de este diario, que conserva el Museo, esté incompleta y mutilada por algún viejo lector irreverente que recortó algunos artículos para su disfrute particular. Sería larga tarea seleccionar algunos poemillas irónicos de la sección, muchos de ellos atribuidos a Saulo Torón en el libro que sobre su poesía festiva publicó el profesor don Joaquín Artiles. Es ésta una buena edición, pero tiene la limitación de que al no explicarse suficientemente el contexto social o ciudadano que motiva las coplillas, muchas de ellas son incomprensibles para el lector de hoy. Doy de muestra de aquel derroche de buen ingenio las tres que retengo en la memoria. Son del principio del año 1917 en que la guerra europea, con la entrada de los americanos, dejaba adivinar la victoria aliada.

Coplillas para la paz

Dicen que ya no me quieres
y creen que eso me aterra...
cuando termine la guerra
pondré un puesto de mujeres.

Si esta guerra al fin termina
vendrá otra —y no te asombres—
una guerra... femenina
por conquistar a los hombres.

Que las chicas del país
sepan, por si les importa,
que haré aquí estancia corta,
la larga será en París.

Los hechos cotidianos de la guerra eran comentados también en coplillas, siempre al lado de los aliados, como ya expliqué antes. Fueron muchas, pero a título de muestra recuerdo ésta relativa a uno de los barcos que los alemanes nos hundieron en el bloqueo de las costas de Francia e Inglaterra, generalmente cargados con mineral de hierro de Vizcaya. Decía así:

Un submarino teutón
nos echó otro barco a pique,

y no habrá otra solución
que decirle a este... guasón,
¡Amigo, no perjudique!

Y acabo con el comentario que «Ecos» hizo de la inauguración de la marquesina, de estilo clasicoide, hoy desaparecida, que en el viejo muelle de Santa Catalina hacía el papel de estación terminal, embarque y desembarque de pasajeros.

La inauguración del sábado

Recibí una invitación
y como soy muy cumplido
fui a ver la inauguración
del moderno Partenón
que en el muelle han construido.

Es una obra acabada
de estilos varios y raros;
una perfecta «monada»,
tan perfecta que no hay nada
a que ponerle reparos.

Pero yo que soy profano
y a veces un poco irónico,
digo, escondiendo la mano:
¿Es éste un templo pagano
o un buñuelo arquitectónico?

También fue un verdadero personaje en la ínsula el director y editor del periódico, Diego Mesa y López, padre de mi entrañable amiga Paquita Mesa, que heredó de su padre el inagotable filón de su humor.

Diego Mesa López, hijo de don Diego, el gran educador, tuvo una existencia llena de altibajos. Comenzó en el periodismo y fue secretario de la primera Asociación de la Prensa Canaria, que bajo la presidencia de don José Franchy Roca reunió en su primera directiva a los más conspicuos periodistas de la época: Amaranto Martínez de Escobar, Fernando Inglott Navarro, también profesor del Colegio de don Diego, Luis Suárez Quesada, notario, Alfredo Santa Pérez, fundador del «Diario» y Juan Boissier, que también dirigió un periódico. Al cesar «Ecos», Diego Mesa entró a desempeñar la Jefatura de la Guardia Municipal durante varios años. Se convirtió entonces en una

de las figuras más populares de la ciudad. Supo dirigir con autoridad y disciplina un cuerpo municipal que ha sido siempre muy quisquilloso y que siempre ha cumplido funciones no bien definidas, que en algunos aspectos le han procurado choques con otras fuerzas de orden público. Diego Mesa tenía un perfil anguloso, una nariz de trazo águilino y un bigote kaiseriano; rasgos bien definidos que facilitaban su caricatura. Se convirtió por ello en blanco predilecto de una de las revistas satíricas que mejor recuerdo: «La Careta» se hacía y tiraba en la imprenta de don José Martínez, en la calle de Perojo. Fue la mejor de todas, bastante anterior a «El Pájaro que canta» que salió a la calle en 1932 y que dirigió un tal Peralta. La sátira se ejercitaba preferentemente en el terreno político y mientras «La Careta», dentro del inevitable desgarramiento del género, mantuvo una línea digna, «El Pájaro» era con frecuencia muy chocarrero. Peralta fue hombre esquinado, como lo eran otros redactores, uno de los cuales compartió conmigo los días del Penal.

Cuando cesó en la jefatura policial, al azar de los relevos políticos —estuvo pleiteando con el Ayuntamiento no sé cuánto tiempo—, Diego Mesa pasó una temporada de empresario de una sala de fiestas para acabar de procurador de los tribunales. Hombre de ingenio punzante, con un sentido del humor que se ocultaba tras un cierto envaramiento y altivez, las anécdotas de su vida llenarían un libro. Aunque todas son muy conocidas, referiré, sin embargo, una de los tiempos de su Jefatura municipal, porque es muy significativa del personaje.

Acudieron un día a su despacho dos vecinas de la calle de García Tello, en Vegueta, disputándose la posesión de una gallina que se había escapado de la azotea de una de ellas. La calle de García Tello, donde estuvo el primer domicilio de la Escuela de Luján Pérez, muy típica del barrio, sólo tenía entonces casas terreras, de una sola planta. Acompañadas del famoso sargento Chirino, uno de los brazos ejecutores de don Diego, las mujeres expusieron a éste sus alegatos y razones. Don Diego las escuchó pacientemente y dictaminó con juicio salomónico:

—Mira, Chirino: vas a la calle de García Tello, te colocas con la gallina en medio de la calle en la parte alta, sueltas al animalito y si se vuela para la derecha, es de esta señora, y si vuela para la izquierda, es de esta otra...

Y añadió:

—Pero si no se vuela para ningún lado, me la traes aquí que nos la vamos a comer con arroz.



Foto 14.—En la inauguración de la Exposición de periódicos y revistas canarias que, con sus fondos sociales, organizó el Museo Canario. Están presentes Luis Doreste Silva, cronista de la ciudad; Juan Bosch Millares, Simón Benítez Padilla y el autor de estas memorias. Año 1963.

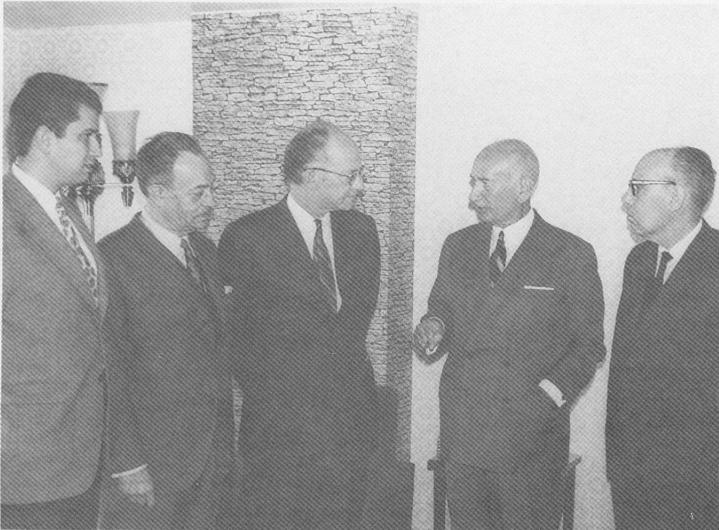


Foto 15.—El ex ministro José Luis Arrese, en una de sus frecuentes visitas al Museo Canario, por el que tanto se interesó. Le acompañan José Miguel Alzola, directivo; el doctor Juan Díaz Rodríguez, Presidente de la Sociedad en aquella ocasión; Lothar Siemens y el autor, los dos igualmente miembros de la Junta rectora. Año 1968.

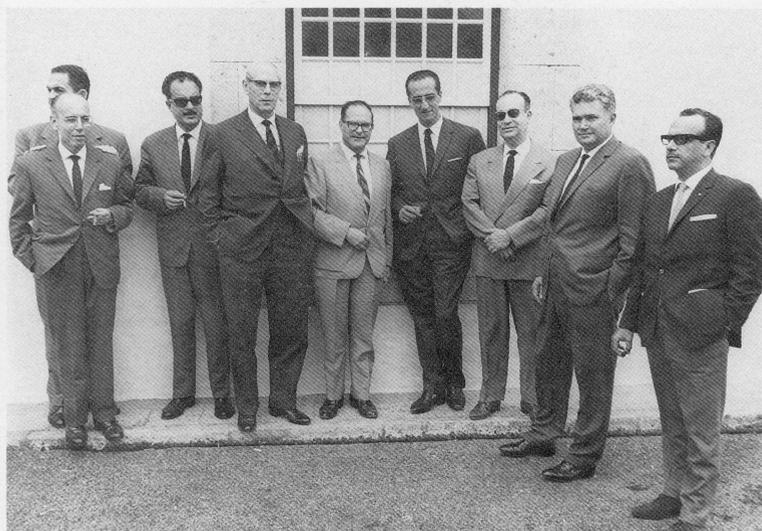


Foto 16.—El escritor y académico Julián Marías, que habló en el Museo sobre el pensamiento de Galdós, aparece rodeado de un grupo de directivos de la época: de derecha a izquierda, Castor Juan Gómez, Manuel Morales Ramos, el autor, el ex gobernador de la provincia Antonio Avendaño Porrúa, Julián Marías, Rafael O'Shanahan, Manuel Hernández Suárez y José Miguel Alzola. De atrás, medio oculto, Alfonso de Armas Ayala.



Foto 17.—Con Juan Boissier Castellano y Simón Benítez Padilla, funcionarios técnicos de la Junta de Carreteras, en trabajos de campo. Hacia el año 1932.

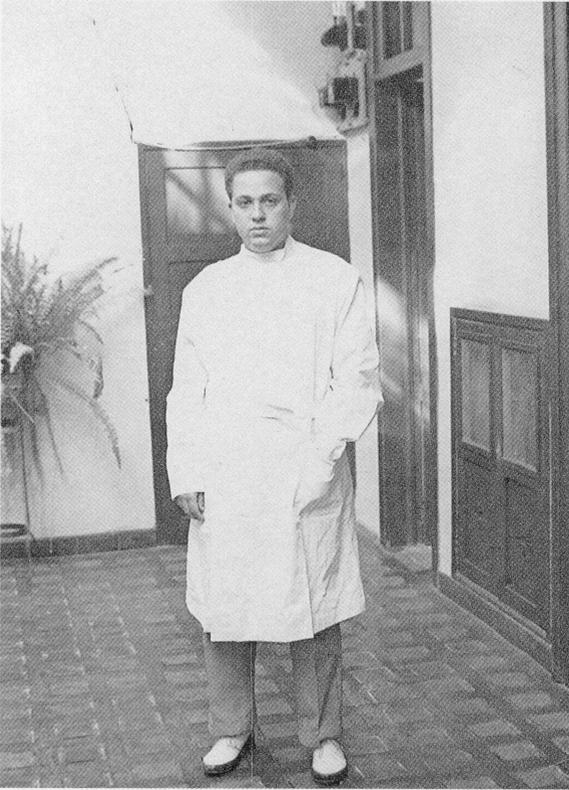


Foto 18.—El Doctor Octavio Luis Rodríguez Doreste, Director del Hospital Insular de Gran Canaria, único hijo del autor, fallecido el 25 de noviembre de 1985.

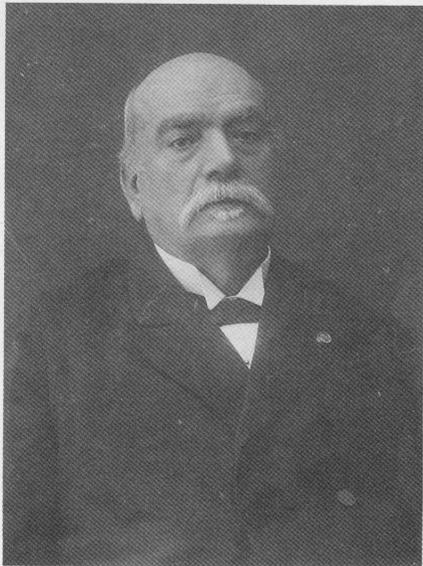


Foto 19.—El Doctor Gregorio Chil y Naranjo, benemérito fundador de "El Museo Canario" en 1878.



Foto 20.—En la promesa del cargo de Alcalde constitucional de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria en su segundo mandato de 1983 a 1987. Aparecen el secretario de la Corporación, Carmelo Cabrera, los interventores Manuel Doreste y Tomás Espinosa, y el concejal más joven, Antonio Cabrera Hernández. 26 de mayo de 1983.



Foto 21.—La mesa presidencial de la reunión de los alcaldes de las veinte más pobladas capitales de provincias de España que se celebró, cuando le tocó en el turno rotatorio a nuestra ciudad, en el mes de febrero de 1981, pasado el 23-F. Acompañan al Alcalde al que lo fue de Zaragoza, Ramón Sainz de Baranda, ya fallecido, a la derecha, y los alcaldes de Valladolid, Tomás Rodríguez Bolaños, Presidente de la Asociación de Municipios y Provincias, y Narcís Serra Serra, que desempeñaba la Alcaldía de Barcelona.

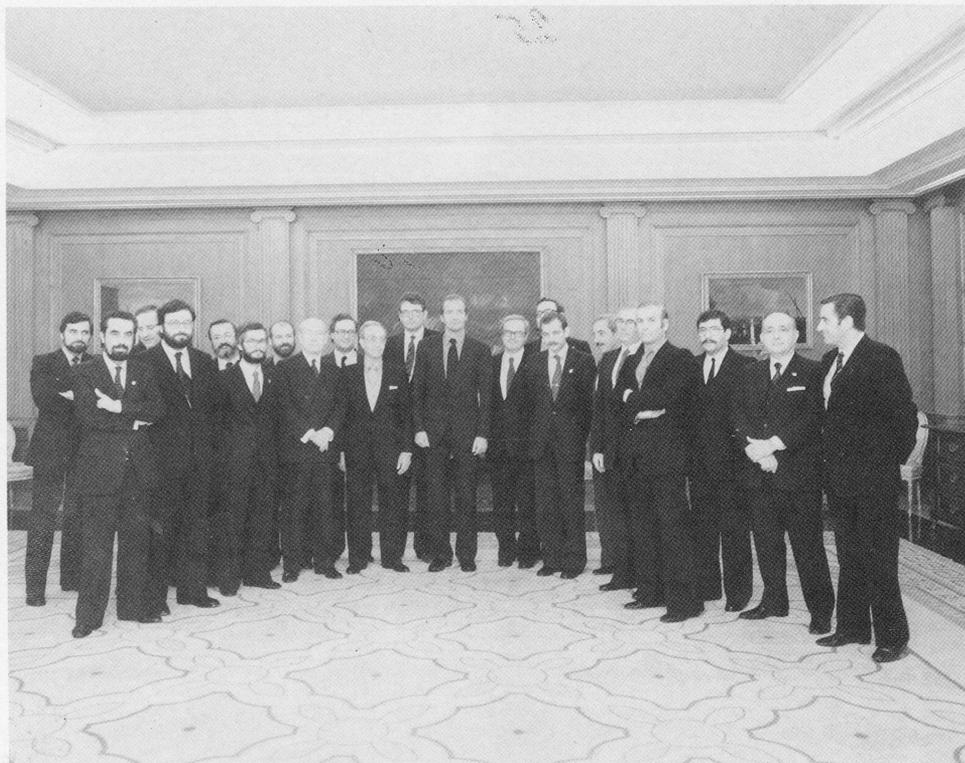


Foto 22.—La histórica fotografía del acto en que los alcaldes de las veinte capitales de provincias más pobladas de la nación rinden testimonio de gratitud a don Juan Carlos I, Rey de España, por su decisiva intervención en la noche del 23 de febrero de 1981, cuando el golpe militar llamado "de Tejero". La foto está tomada el día 23 de marzo, justamente un mes después.



Foto 23.—Entregando un libro, en presencia de Hans Mattöfer, al Canciller de la República Federal de Alemania, Helmuth Schmidt. Año de 1985.



Foto 24.—Con Hans Matthöfer, Ministro de Finanzas de la Alemania Federal, y su esposa, asiduos y fieles visitantes de la isla desde hace varios años. Nos acompaña Jerónimo Saavedra, entonces Presidente del Gobierno regional canario.



Foto 25.—Antonio Buero Vallejo, dramaturgo y académico, departe con el Alcalde de la ciudad en ocasión de su visita para estrenar una de sus últimas producciones teatrales. Buero Vallejo también sufrió prisión acabada nuestra guerra.



Foto 26.—El Vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra, impone al Alcalde de la ciudad la Gran Cruz del Mérito Civil que le concedió el Gobierno, en presencia de Félix Pons, entonces Ministro de Administración Territorial. Año de 1984.



Foto 27.—El alcalde de la ciudad, en su intento de revivificar los populares Carnavales, se disfraza de Greta Garbo, la estrella cinematográfica de su tiempo, bajo los auspicios vestimentarios y capilares de unos grandes almacenes. Si el parecido no es exacto, le edad es aproximada. (Foto J. L. Rubio.) Año 1982.

de estos periódicos debemos aclarar que entonces los aficionados a las letras entraban a trabajar de redactores muchas veces con escaso bagaje cultural. Hacían un aprendizaje de redactores de calle y los que tenían verdadero talento eran los que escalaban los puestos más relevantes, en una especie de selección natural como la de las especies vivas. Un día llegó a «El Tribuno» un telegrama de agencia dando cuenta de un percance en un ruedo taurino de Madrid. El telegrama le tocó en turno a uno de esos primerizos. El cable, poco más o menos, decía lo que sigue con la habitual comprimida concisión de los despachos para que costaran menos:

Ayer tarde plaza Ventas espontáneo Pedro Flores cogido quinto toro fallecido enfermería.

Fiel a la consigna de hinchar para llenar más espacio, el joven redactor lo transformó en estos términos:

«Ayer en la Plaza de Toros de las Ventas de Madrid fue aparatosa-mente cogido por un toro, el quinto de la tarde, el conocido diestro Pedro Flores. Trasladado con urgencia a la enfermería falleció espontáneamente a consecuencia de sus heridas.»

XXIII

LOS PERIODICOS EN QUE COLABORE

No debe extrañarse el atento lector de que consagre tanto espacio en mis memorias a discurrir en torno a los recuerdos de episodios y lances, más o menos relevantes, más o menos divertidos, del periodismo local. En mi disculpa alego que en estos capítulos estoy hablando de lo que pudo y debió ser mi principal ocupación, de no haber cercenado la guerra civil todas mis ilusiones. Yo tengo dos fuertes vocaciones perfectamente compatibles: el magisterio, es decir, la enseñanza y la escritura, la afición a escribir, o al arte de bien escribir. Pude haber encarrilado inicialmente mi existencia por los senderos de la enseñanza, pero Primo de Rivera, al suprimir las oposiciones a cátedras, malogró mi primer intento. Preparar una cátedra requiere un continuo estudio y al fracasar en aquella ocasión, tuve que acomodarme a otro «modus vivendi». Pero el periodismo, el escribir y trabajar en un periódico no se me vedaba, porque como las tareas en los diarios matinales se cumplen entre la tarde y la noche, resultan compatibles con otro regular trabajo matinal, como yo tenía en Obras Públicas o en la Junta de Carreteras. Pero yo comencé a escribir, como ya expliqué, en junio del año 1926. El periódico que acogió mis artículos, después del inicial en el «Diario de Las Palmas», fue «El Liberal», órgano del partido que acaudillaba don José Mesa y López. «El Liberal» tuvo primero como director a Domingo Massieu, pluma bien cortada, que luego, en una crisis de vocación tardía, se hizo sacerdote. Pasó la dirección a Luis Cárdenes López, que desempeñó igualmente la Secretaría de la Cámara de Comercio. Al cabo de unos años cambió el título del diario, modernizó las instalaciones y pasó a llamarse «Hoy». Corrió la misma suerte que todos los demás. Fui buen amigo de Luis Cárdenes, excelente persona, de trato culto y efusivo, que jamás me negó la inserción de un trabajo: críticas de

arte, reseñas de exposiciones, etc. Mi primera polémica la tuve con el fecundo periodista José Rial, un caso de verdadera diarrea literaria, pues hubo días en que firmó cuatro artículos en «La Provincia» con distintos seudónimos. «La Provincia», fundada por don Gustavo Navarro Nieto, fue otro de los periódicos populares de la década del 20 al 30 que tuvo varios directores, entre ellos Adolfo Febles Mora, pero un solo popular administrador eficaz, don Otto Kraus, padre de Alfredo. No tuvo entonces la difusión que había de alcanzar en su segunda época. Durante el año 27 frecuenté las columnas de «El Liberal», del que guardo buenos recuerdos porque en su talleres, acompañando a Luis Cárdenes para corregir las pruebas de mis papeles, me inoculé de tinta de imprenta. Una inoculación metafórica, con la que quiero expresar que a partir de aquellos días el olor de las imprentas, un olor especial que no tiene parecido, se me metió en los sentidos con la potencia de un afrodisíaco. Muchas noches de mi vida he pasado en las salas de máquinas y de composición de los diarios en que he trabajado. Cuando dirigía el diario «Avance», recién casado, para no dejarla sola en casa, llevaba a mi mujer a la imprenta. Estaba ya embarazada y se dormía sentada en un sillón. Mi hijo Octavio, contaminado sin duda con los miasmas de la imprenta, también quiso hacer la carrera de periodismo.

«El País», que comenzó a salir a comienzos del año 1928, constituyó para los que vivimos plenamente sus dos primeros años una aventura inolvidable. Pedro Perdomo Acedo, exquisito poeta y escritor de gran estilo personal, había vivido en Madrid unos años de divertida bohemia. Fue a opositar el ingreso en la Escuela Superior del Magisterio, después de terminar aquí sus estudios de maestro. No supe nunca si llegó a hacer los ejercicios; lo que sé es que allí escribió sus primeros versos y trabajó en algunas redacciones. Incluso hizo en Madrid el servicio militar. Por aquellos mismos años paseaba su bohemia y desparpajo el escritor Rafael Mesa y López, hermano de José y de Diego. Fue un caso de recalcitrante bohemia impenitente. Vivió en París, publicó un libro, se casó con una de las mujeres más sensibles y adorables de la ciudad, Anita Suárez Quesada, gran artista teatral que fue algo así como la madrina de Paquita Mesa, su sobrina, la que le inficionó su amor al teatro. Perico Perdomo me contó que en la época de su servicio militar vivía en un cuartucho alquilado y que siempre, cuando se levantaba muy temprano para ir al cuartel, lo estaba esperando Rafael Mesa para ocupar su cama. Una cama de plena ocupación. Rafael se la encontraba calentita cuando recalaba de sus correrías nocturnas. Fue un personaje de novela. Perico refería una graciosa anécdota. Los días que Perico

tenía libres acompañaba a Rafael en alguna de sus aventuras nocherriegas. Un día lo invitó a jugar a la ruleta en una timba que había en la Puerta del Sol, en lo alto del Café París, del que decían que era el café más alto de Madrid porque estaba encima de «La Montaña», otro café situado en la planta baja del mismo edificio. Rafael sólo contaba con un duro falso, popularmente llamado duro sevillano, porque allí se hizo la acuñación clandestina de tal moneda. Un duro por aquellas datas era mucho dinero: daba para comer bien dos personas con vino y postre. Llegaron a la timba y Rafael tiró el duro sobre uno de los números del tapete verde. El «croupier», habituado a conocer las monedas, rechazó el duro con su paleta:

—Ese duro no juega —advirtió.

Rafael esperó que saliera la bola y a la siguiente vuelta volvió a tirar el duro sobre la mesa. El empleado repitió su gesto, arrojando la moneda a un lado:

—Ese duro no juega.

Imperturbable Rafael vuelve a lanzarlo una tercera vez. Entonces el «croupier», queriendo darle una lección, retiró el duro falso y en su lugar colocó uno bueno. Rafael, como un león sobre su presa, se volcó sobre la mesa, se apoderó del duro nuevo y exclamó:

—Ahora, el que no juega soy yo.

Ya casado y formalizado, Perico, siguiendo los consejos de su padre don Felipe, hombre de gran estampa a quien llamaban «El bonito», que hasta entonces había asegurado su sustento, regresó de Madrid y compró la imprenta «Islas», situada en la calle de Pérez Galdós. La imprenta pertenecía a otro magnífico escritor canario, Miguel Sarmiento, fino cronista que fue corresponsal de «Ecos» en Barcelona y vivió también algunas temporadas en París. En esta imprenta me publicó Perico, con un delicioso epílogo suyo, la primera conferencia que di en mi vida, en abril de 1927, presentando la exposición de un buen pintor expresionista alemán que se llamaba Carlos Beuter. La conferencia se tituló «Itinerario de la pintura moderna».

Contando con una imprenta propia Perico se decidió a fundar un nuevo periódico que se llamaría «El País», nombre que ya habían tenido otras gacetas del siglo pasado. Y constituímos nuestra flamante redacción. Perico Perdomo era el director, yo me hice cargo de la jefatura de redacción, Rafael Navarro Jiménez y Félix Delgado Suárez hacían trabajos de mesa, en los que también colaboraba Cristóbal González Cabrera, entrañable amigo y compañero hasta de prisión, que firmaba con el seudónimo de «Carlos Alas», un personaje de Clarín. De redactor de calle estaba Julio González González. A Julio y a su hermano Paco los conocí de niño cuando veraneaba en San Cris-

tóbal, donde ellos vivían. Paco ha seguido siendo un amigo leal y cariñoso, a quien debo muchos buenos servicios. Nos echaba una mano frecuente Agustín Miranda Junco, futuro abogado del Estado y director general de Trabajo con el ministro Girón. Entre los colaboradores más fieles y constantes figuraba el que entonces era un joven escritor, Angel Tristán Santana, padre del homónimo redactor actual de «La Provincia». Angelito Tristán, como le llamábamos los amigos, casi era un redactor más por la frecuencia de sus colaboraciones. Hacía sobre todo con gran conocimiento críticas de cine. Fiel a su admirable coherencia ideológica —militó siempre en el PSOE y estuvo en Gando, héroe de una rocambolesca fuga que yo he narrado en otro libro— y amistosa, permaneció escribiendo en el diario aún después de que lo habíamos abandonado los demás. Angelito fue un espíritu puro y noble, nada egocéntrico. Durante toda la dictadura no volvió a coger la pluma, retraído a su tienda del Parque donde tuvo más borrascas que bonanzas, porque él no tenía madera de mercader. No había en la ciudad nadie mejor informado sobre la política extranjera, nacional y local, pues la estratégica situación de su establecimiento hacía de ella una especie de mentidero adonde acudían gentes de todas las latitudes y con ellas informaciones frescas y renovadas. Siempre estaba *a la page* de la última noticia. Amigo leal, invariable en su adhesión y afecto, mente clara y ágil, pudo haber sido un gran escritor si nuestra guerra y la cruenta represión posterior no le hubieran roto las fibras del entusiasmo, dejándole tan sólo las de la esperanza. No pudo ver el final luminoso del largo túnel, en cuyo recorrido no dejó un solo día de alentarnos con su optimismo clarividente, siempre apoyado en premisas que se encadenaban con el rigor de un silogismo aristotélico. Mucho lo he recordado en estos años de difícil brega.

Pero la redacción era una casa abierta, como había sido diez años antes la de «Ecos». Néstor, el pintor, pintaba el teatro y su Poema de la Tierra y nos acompañaba todas las noches; él nos hizo las letras del título del diario; Néstor Alamo, recién llegado de Cuba, escribía también alguna vez, el escultor Eduardo Gregorio era punto fijo, «Fray Lesco» y Simón Benítez Padilla colaboraban también, así como José Mateo Díaz sobre problemas hidráulicos; Miguel Navarro Jiménez publicaba caricaturas y Felo Monzón y Santiago Santana nos hacían bellos dibujos de vez en cuando. Saulo Torón tomó a su cargo las coplas festivas que firmaba con el seudónimo de «Belarmino», personaje de una famosa novela de Ramón Pérez de Ayala titulada «Belarmino y Apolonia». Félix se ocupaba especialmente de la sección llamada «El isleño y sus caídas», antología de chistes canarios, en la

línea de los cuentos de los hermanos Millares y precursora de la obra de Pancho Guerra. En «El Cuadrado redondo» exponíamos las planchas del «Diario» y los comentarios jocosos de otros sucesos. También nos visitaba cuando estaba en la isla Claudio de la Torre y le publicamos versos a su hermana Josefina. Publicó igualmente versos humorísticos firmando «Servando Mito» otro buen amigo, José Franchy Zumalave, muerto en Venezuela.

La historia de «El País» ha sido objeto de un largo y bien documentado trabajo de Mercedes Serviá, que el Cabildo prometió publicar pero no lo ha hecho. Sería interminable contar los episodios de todo género que la constelan. Recuerdo el número extraordinario que dedicamos a la visita del general Primo de Rivera en octubre de 1928, una verdadera y seria exposición de todos nuestros problemas, muchos de los cuales siguen todavía vivos. Las perrerías fueron continuas. Cuando se celebró la gran Exposición Universal de Sevilla, que debió inaugurarse a principios del año 1929, «El País», en la sección que llamaba «Buen humor para las cosas trágicas», abrió una lista de las cosas que nosotros mismos íbamos a mandar a Sevilla y las que llevarían particulares y entidades oficiales. Todos los días publicábamos un fragmento y estuvimos más de una semana aportando al certamen, a través de objetos imaginarios, nuestro humor, echando de paso puyitas burlonas a los contribuyentes para señalar algún defecto físico, moral o de gestión de los mismos. Sólo puedo transcribir una parte de la lista, sería muy larga; a cada objeto le pongo debajo, entre paréntesis, una explicación que aclare su sentido, cuando no se deduce de la naturaleza del propio objeto supuestamente enviado.

El propio diario llevaría estos donativos:

Marcha atrás y arranque eléctrico.

(Se refiere al régimen político de Primo de Rivera, volver al pasado y luego partir veloces.)

Un cherne.

(El plato nacional canario.)

Una guagua de Alonso (siglo VI antes de Cristo).

(Alonso era un popular «guagüero» y su guagua una especie de reliquia, objeto de chanzas.)

Una rueda de virginios amarillos de Viera.

(Cigarrillos muy fuertes, para roncotes, fabricados por el abuelo de Bernardino Correa Viera.)

Un ejemplar de «Maleficio».

(Novela muy mala de un periodista local que se creía un genio.)

Cuatro maniqués representando: un guardia de la porra, un intérprete, un empresario contrariado y un canónigo.

(Figuras simbólicas de la vida social.)

La Sociedad de Electricidad, una gramática parda.

(Siempre rehuyendo el bulto y con frecuentes apagones.)

El Patronato de Turismo, un somier.

Fomento y Turismo, un ataúd.

(Era una entidad dirigida por don Carlos Navarro Ruiz, ya casi moribunda, de las que producían mucho ruido y pocas nueces.)

La Filarmónica, cuatro soldados y un cabo.

(Entonces la orquesta desmayante la formaban sólo Agustín Hernández, los hermanos Antonio, Alfonso y Juan Mesa López y un par de músicos más.)

El Gabinete Literario, un tomo de «El Paraíso Perdido».

(Alude, con la obra de Milton, al pasado brillante y al presente gris de la sociedad.)

El Monte de Piedad, mucho de lo primero y muy poco de lo segundo.

Don Ernesto Pérez Mirando, un tolete.

(Era el director del «Diario de Las Palmas».)

La Jefatura Agronómica, un semillero de disputas.

(Eran las que había en la casa con los fruteros y agricultores de la época.)

La Jefatura de Minas, la mar.

El presidente del Cabildo, un monóculo.

(Lo usaba Laureano de Armas, presidente.)

La Patronal de Exportadores, una esquila mortuoria.

El Claustro del Instituto, un Calvario.

El marqués de Arucas, una declaración de pobreza.

Don Sebastián Suárez León, un cuello «Simplex».

(Tenía un cuello muy largo, con una nuez muy acusada y un postizo de pajarita.)

Don Juan Bautista Ros, una caja de píldoras.

(Redactor de «La Provincia», bastante largo y pesado.)

La Mancomunidad, un tomo de «La vida es sueño».

El Sindicato de Tabaqueros, un puro de brea.

El Colegio de Médicos, dos títulos profesionales.

(Dos médicos que ejercían sin tenerlo. Después los obtuvieron.)

El Colegio de Procuradores, tres lisas y cuatro sargos.

(Pescados canarios con doble sentido.)

El partido de gallos de San José, un capote.

El partido de gallos de Triana, dos cachiporros.

(Términos gallísticos usuales.)

El Boletín Eclesiástico, una baldosa.

El Boletín Oficial, una ganga.

Esta sección ponía de relieve que el humor no faltaba entre los redactores del periódico, lo cual mitigaba las penas del dinero.

El «Diario» de don Ernesto salía casi a «plancha» diaria. Un día, confundiendo a un de la Serna desconocido con Ramón Gómez de la Serna, mató al gran escritor y le hizo su larga necrología. Se la mandamos a Ramón, que escribió sobre ella un artículo graciosísimo, en el que hablaba del placer de leer nuestra propia necrología sin tenerlo que hacer desde un balcón del cielo. Creo que la recogió en su libro «Moribundia». También mató don Ernesto a Gerardo Diego, que lo tomó con menos humor que Ramón. Pero nosotros también hicimos una nota necrológica bien sonada. O mejor la hizo Perico Perdomo. Había en la ciudad dos señores llamados Lucas Alzola, uno completaba con Apolinario sus dos apellidos, persona muy conocida, de gran actividad social; el otro era Alzola González-Corvo, uno de los representantes de la Tabacalera y del Timbre del Estado, tío del querido José Miguel Alzola. Este último falleció, sin duda prematuramente, y yo le di la noticia a Perico. Este, sin averiguar previamente cuál de los dos Lucas era el difunto, redactó y publicó sin que yo aquella noche lo advirtiera, una cariñosa loa del Lucas Apolinario. Cuando descubrimos la confusión nos quedamos fríos. Don Lucas, gran persona, era también hombre de malas pulgas. A media tarde del día en que apareció la nota, don Lucas se presentó en la redacción como un venado. Lo encaminamos al despacho del director, autor del desaguado. Tocó en la puerta, abrió y se encaró con Perico. Este, con toda naturalidad, levantó la vista de la cuartilla que escribía y al ver al Lucas Apolinario de cuerpo presente, frente a él, exclamó:

—Pero, bueno, ¿usted no se había muerto?

—¡El que se va a morir ahora mismo es usted!... Tuvimos que entrar a poner paz y freno a la indignación de don Lucas. Al día siguiente, como una debida reparación, el periódico insertó:

«Natalicios: don Lucas Alzola Apolinario.»

Yo era el más joven de la redacción y a pesar de ello el más serio. Tenía que estar siempre ojo avizor con Félix Delgado, ya dije que amigo de perrerías, para que en su sección de chistes canarios no me colara un chiste verde. Una noche, en complicidad con Néstor, el pintor, a quien también le gustaban mucho las bromas, aprovechando que yo llegué tarde a la redacción por asistir a una función del Teatro —yo hacía la crítica musical—, escribió e hizo componer un cuento

canario muy gracioso pero picante. Me di cuenta del gazapo cuando empezaban a tirar el periódico. Tuve que hacerlo parar y sustituir la historia sobre la marcha. El cuento no se publicó, pero como los tiempos y las costumbres han cambiado mucho, hoy ya me atrevo a referirlo. En el Parque de San Telmo había una parada de taxis sobre la calle Bravo Murillo. Un día uno de los chóferes, muy popular, conocido por Felele, llegó al punto muy preocupado. Les explicó a los compañeros que su mujer parecía estar otra vez embarazada, contra la voluntad de la pareja, que no quería más hijos. El la había dejado en el médico y la esperaba de un momento a otro. Pero le salió un viaje y Felele le dijo a los compañeros:

—Si viene mi mujer mientras yo estoy fuera, que les deje a ustedes el recado.

En efecto, al cabo de unos momentos llegó la mujer. Le dijeron que el marido, al que le había salido un viaje, les había encargado que les dejara a ellos el dictamen del médico.

—Díganle a mi marido que el médico me ha dicho que no tengo nada, que es aire.

Cuando Felele regresó los amigos le dieron la buena noticia y lo felicitaron. Pero de pronto uno de ellos le gritó:

—¡Felele!, ¿me la quieres prestar para inflar un neumático?

Uno de los episodios más ruidosos de aquella temporada fue la que armamos Luis Benítez y yo cuando el famoso tenor Miguel Fleta vino a Las Palmas. Fleta había sido un tenor de extraordinarias facultades, pero por su afán de cantarlo todo, incluso obras que no iban a su tesitura, perdió brillantéz y extensión en la voz. El cantaba «Aida», «Tosca», «Pagliacci», «El barbero», «Rigoletto», «El pescador de perlas», no había nada que se le negara. Lo contrataron para actuar en Las Palmas, donde todos creían que seguía siendo la maravilla de los tiempos en que yo empeñé mi abrigo en Madrid para oírle cantar en el Real. Envié al empresario el programa del concierto. ¡Oh, decepción! La lista no comprendía sino canciones como el «Ay, ay, ay, ay», habaneras, romanzas fáciles de zarzuelas y una sola romanza de ópera, la de la flor de «Carmen». Luis Benítez, que además de poeta era pianista y buen entendedor, escribía en «La Crónica». Nos pusimos de acuerdo, y él desde su periódico y yo desde el mío, orquestamos una fuerte campaña protestando de la estafa que iba a sufrir el público de la ciudad, que iba a pagar muy caro, como en sus buenos tiempos, para oír a un cantante un programa mediocre, indigno de la fama del artista. El empresario trató de organizar una contraofensiva, pero sólo logró reclutar una gran «claque». En la noche del concierto se confirmaron nuestros pronósticos: Fleta solamente era

la sombra del pasado. Cuando atacó la nota inicial de la romanza «Una fiore chi m'aveve tu dato», la famosa romanza de la flor, en el mismo instante en que él iniciaba la melodía, que comienza con un la, sonó en el silencio de la sala un diapasón, timbrado sobre la misma nota, en una localidad de general. La sala entera apreció que el tenor comenzaba un semitono más bajo, para poder atacar un fuerte agudo posterior al que ya su voz no alcanzaba. La sala se dividió y mientras unos pateaban, los chicos de la «claque» llegaron hasta dar mueras a los dos periódicos, tal era su forzado entusiasmo. Al día siguiente Luis y yo, en nuestras respectivas reseñas, lamentando que el gran tenor hubiese perdido facultades, afirmamos nuestra razón, lo razonable de nuestros pronósticos, que nos ayudó a confirmar aquel insospechado y oportuno diapasón.

Evoco otra anécdota personal relacionada con una cantante. En la temporada inaugural de la ópera actuó en el teatro la famosa cantante Mercedes Llopert, que después sería una de las profesoras de Alfredo Kraus. Se lió, porque era mujer de tronía y bandera, con Alfonsito Morales del Castillo, de conocida familia, que disipó una buena fortuna en estas aventuras de postín. Lo cierto es que el día que debutó, como consecuencia de la juerga de la noche anterior, la cantante no estuvo a la altura de su reputación. En mi crónica musical, con la ingenuidad de quien hacía sus primeras armas en la crítica del género, no oculté el desencanto del auditorio. En mala hora lo hice. En la tarde del mismo día se presentó en el periódico, llorosa y acongojada, la gran cantante.

—No sabe usted el daño que me ha hecho —me explicó.

Yo no acertaba a presumir que la modesta crónica de un periodista en una pequeña ciudad marginal en el mundo de la ópera, tuviera tal trascendencia. Pero la artista completó su queja:

—En este mundo del teatro lírico somos muy pocos los buenos de verdad y suscitamos unas enormes envidias entre los cantantes del montón. Ese comentario suyo, debidamente recortado, estará dentro de unos días en todas las agencias de contratación teatral del mundo y cuando yo aparezca por alguna de ellas, me sacarán sin remedio su reseña para desvalorizar mi cotización.

Compensé a la gran artista con una crítica muy elogiosa en su segunda actuación, una crítica que incurría en exagerado ditirambo. Así tranquilicé mi conciencia y di parcial satisfacción a la agraviada y guapísima mujer.

Otro episodio realmente histórico de aquellos años fue la inauguración o reapertura del Teatro Pérez Galdós. Diez años había estado cerrado, desde el día en que ardió, el 29 de junio de 1918. Un incendio

cuyo origen no se averiguó, o al menos no se quiso averiguar, pues aunque corrió el rumor que atribuyó su autoría a conocidas personas relacionadas con la empresa que lo explotaba, la cercana vinculación familiar de uno de sus componentes —el otro era un periodista ocasional, un auténtico farol, que esgrimía el título pero no mostraba la pluma, y cuando lo hacía más le hubiera valido no hacerlo— impidió que el rumor cobrara visos de certeza. El teatro, reedificado sobre su planta y estructura anteriores, bajo la dirección técnica de Miguel Martín Fernández de la Torre, con las pinturas de Néstor, las tallas en madera de Eduardo Gregorio, se convirtió desde aquel día en justo orgullo de la ciudad. Fui el único crítico que elogió aquí la obra de los hermanos Martín Fernández. La función de apertura, a la que asistí endosando mi nuevo y flamante «smoking», fue un éxito apoteósico que por poco se malogra. Media hora antes de levantarse el telón los músicos dieron un plante, al que creo recordar que se sumaron algunos de los cantantes. Los empresarios coyunturales, sin experiencia en estas lides, los hermanos Schamann, comerciantes de Triana, no poseían suficiente capital líquido para hacer frente a todos los gastos iniciales. Alguien comentó esta circunstancia y se produjo el plante. Media hora también se retrasó la subida del telón. Después todo discurrió brillantemente. Los cantantes, entre ellos la famosa tiple inglesa Eva Turner, la contralto finlandesa Toini, el tenor italiano Voltolini, el bajo Aníbal Vela, el barítono Notto, en un conjunto bien acordado y entonado, ofrecieron una «Aida» memorable. La única nota de mal gusto la dio el orador que abría el programa: Francisco González Díaz. Fue éste un conocido periodista, que trabajó en Cuba y colaboraba asiduamente en el «Diario de Las Palmas». Tuvo una fama superior a sus méritos, pues aunque su prosa era correcta, tenía muy poco de original y bella. Era buen orador, un poco decimonónico, altisonante y retórico. En aquella noche del teatro se salió por peteneras haciendo un inoportuno elogio del general Primo de Rivera, cuando ya declinaba visiblemente la estrella del dictador. Aquel 20 de mayo de 1928 me consagré crítico musical, título que compartía en la ciudad, como dije, con Luis Benítez Inglott, finísimo poeta de quien hablo como se merece en mis «Cuadros del Penal». En mi crítica reflejé la contrariedad que produjo el discurso adulatorio de González Díaz, que me valió en el futuro la hostilidad del escritor. Vivía éste siempre en la villa de Teror, a la que consagró muchos artículos, y me lo encontraba cuando yo acudía a pasar con mi tía Lola temporadas veraniegas. No me perdonó jamás mi sinceridad.

Uno de los grandes atractivos de «El País» fueron las coplas festivas de «Belarmino», el seudónimo de Saulo Torón. Todos eran com-

pendio de gracia, picardía y, en tiempo de censura, de sobreentendidos de intención política. No olvidemos que a la sazón ejercía la Delegación del Gobierno el inefable don Cipriano Fernández de Angulo, toro resabiado a quien yo tuve muchas veces que lidiar a cuerpo limpio. Me acuerdo de que un día, para chantajearme un poco, me sacó a relucir un supuesto devaneo femenino mío del que decía tener noticia, como amenazando con darlo a conocer. Yo era soltero todavía, y aunque en esto de las faldas a mí me han dado siempre una fama inmerecida, recuerdo también que le repliqué:

—Mire, don Cipriano, yo vengo hoy a verle con los pantalones de periodista; mis pantalones de montar no le interesan a la autoridad gubernativa.

A él le hizo gracia la respuesta y cuando iba a verle —con mayor frecuencia de la que yo deseaba— solía decirme, tuteándome en prueba de afecto:

—¿Qué pantalones traes hoy, Juan, los de las tardes o los de las noches? —en clara alusión a que los de montar los consideraba aptos para ejercicios ecuestres nocturnos.

Los versos de Belarmino eran una de las causas de nuestras disputas, pero vuelvo a decir que en el fondo don Cipriano fue el mejor delegado del Gobierno que tuvimos en la ínsula hasta que se dividió la provincia. Me hubiera gustado ofrecer al lector una antología de las coplas de Saulo, como homenaje de mi mejor recuerdo a aquel amigo excepcional, protestón por sistema pero todo corazón en su entraña. Doy una que es muy representativa de su gracia y estilo.

El debut de la Membrives

La Membrives está en puerta,
o mejor en el Cuyás...
si dejas la puerta abierta,
Membrives, te salvarás.
Tendrás visitas constantes,
y alguna que te haga el «bu»,
y entre elogios fulgurantes,
la consabida interviú.
Tendrás damas que te admiren
los trajes y tu elegancia;
(y muy pocas que respiren
de tus obras la sustancia).
Tendrás aplausos cordiales
como yo te los deseo;

y tendrás ¡que tanto vales!
 homenajes de Ateneo.
 Tendrás en el «gallinero»
 algunas personas finas,
 que como están sin dinero
 tienen que hacer de gallinas.
 Tendrás sonrisas de agrado
 de algún apuesto galán,
 sin temor de ver copiado
 el gesto de Valle-Inclán (1).
 Tendrás todas estas cosas
 y otras más... que me imagino;
 y en coronas caprichosas
 las hipotéticas rosas
 que te envía

Belarmino.

«La Provincia», hablando de don Ramón Menéndez Pidal, el gran profesor y académico, por un error gracioso, lo llamó «el ilustre pornógrafo». Nuestro comentario al día siguiente:

¿Registró bien el sismógrafo
 la equivocación fatal?
 —Sí, señor, y menos mal
 ¡que aún no es sino pornógrafo
 Ramón Menéndez Pidal!

A un periodista del mismo periódico al que llamaban Paquito, que hacía muchos errores, le aplicamos este supuesto diálogo con su director:

- Paquito, ha metido usted la pata.
- ¿Cuál, señor director, la de la derecha o la de la izquierda?
- Las cuatro, Paquito, las cuatro.

Aunque esto sea un poco irrespetuoso —éstas son unas memorias y yo cargo con mis culpas— un día, metidos a tomar unas copas, reclamamos en Arucas. El viejo marqués tenía una cabeza muy rígida y muy blanco de tez, parecía estucado. Estando en un bar, ya todos un poco

(1) D. Ramón del Valle Inclán estuvo casado con la actriz Josefina Blanco y cuentan que un día le propinó un enorme bastonazo a un galán que temerariamente quiso hacer la corte a su mujer.

chispeados, pasó el marqués en su gran coche. Y Saulo improvisó esta cuarteta:

Arucas, tú que estucas
 en su vejez, al marqués,
 yo me cago en ti, Arucas...
 y también en el marqués.

Saulo contaba con mucha gracia lo que le ocurrió con un zapatero republicano del Puerto, en sus primeros años de actividad poética, cuando daba recitales con los amigos. Una de las sociedades del barrio, en la que estrenó alguna de sus comedias, organizó un acto y Saulo leyó unos poemas. El zapatero, que era improvisador, no quedó muy contento y le soltó:

Si éstos son los versos
 de don Saulo Torón,
 yo no espero el tranvía,
 me voy en el carretón...

Saulo seguía con cierta regularidad, como se ha visto, las incidencias de la vida ciudadana. El tono burlón, en el fondo encariñado, de aquellas coplillas, lo registra de modo expresivo esta última graciosa y bella que recuerdo. Comentaba la presencia de la neblina sobre la ciudad en un día primaveral del año 1928. No rememoro jamás en aquellos años la repetida presencia en la atmósfera de las islas de esas casi endémicas rachas del siroco sahariano que ahora sufrimos, y que son tan molestas como nocivas. Deben de ser una consecuencia de esa paulatina desertización que viene sufriendo toda la faja subtropical del planeta, y que nos coge a nosotros en sus indecisos linderos. La copla de Saulo decía así:

Neblina. La población
 se cubre de gasa fina.
 Dos hombres en una esquina
 no se sabe lo que son.
 Neblina, nuestra razón
 se ofusca, y torpe, declina...
 Confundimos a Marquina
 con Platón.
 Neblina. Polvo sutil
 que nuestro cielo de añil

convierte en oscuro paño...
 Neblina. Engaño y error...
 ¡Yo creo que aquí, lector,
 hay neblina todo el año!

Con sus redactores y con sus asiduos «El País» cumplió, en los dos años y medio en que conservó íntegra su plantilla, un destacado papel de foco intelectual de primer orden, un hervidero de inquietudes de todo tipo, una caja de resonancia de los sucesos más notables de las islas, un agitador de la conciencia ciudadana frente a la borreguil sumisión de los otros periódicos de la ciudad. Eran éstos «La Provincia», que entonces dirigía Eduardo Benítez Inglott, el «Diario», con las crónicas, bien escritas pero un poco descoloridas, de José Falcón, «Jordé», y los artículos seudofilosóficos de González Díaz, las catilinarías moralizadoras del periódico de los curas, «El Defensor de Canarias», donde colaboraba de vez en cuando un canónigo ilustre, don Tomás Ventura, mi rival en la ruidosa campaña que el periódico llevó cuando los canónigos «romanos», como los llamaban, vendieron contra la opinión de los restantes, Azofra, Feo, Marrero, López, etc., y la autorizada de Domingo Doreste, comisario de Bellas Artes, unas viejas cortinas de damasco rojo, valiosísimas, para comprar la jaula gótica —la «jiñera», trampa de pájaros, la llamó alguien—, de una iglesia de Jaca que hoy deslucen el altar mayor de la catedral. De ello me ocupé con detalle en la biografía de «Fray Lesco». El único periódico donde se alzaba de vez en cuando una voz disconforme era «El Tribuno», el de los federales, que sufrió junto con nosotros los relativos rigores de la censura gubernativa, y del que era asiduo colaborador Sebastián Suárez León, que lo dirigió unos años. A propósito de «El Defensor», otro de nuestros blancos preferidos, recuerdo un episodio que nos divirtió mucho. En uno de aquellos meses «El Defensor» promovió una de sus campañas habituales para que se construyera en la ciudad un barrio donde poder alojar, trasladándolas desde la calle de Canalejas y adlatares, al contingente de «mujeres de mala vida» —recuerdo que Eduardo Gregorio decía: «no sé por qué las llaman mujeres malas cuando están tan buenas»— que habían anidado en Fuera de la Portada. El órgano clerical decía: *Estas mujeres escandalizan a las personas honestas y deben vivir en una barriada periférica.* Y luego pedía: *Debe construirse un barrio para albergarlas; será buena inversión porque todos saben que son buenas pagadoras.*

Saltamos en «El País» como un galgo tras la pieza. ¡Menuda ocasión nos ponía en bandeja nuestro estimado adversario dialéctico!

Al día siguiente y bajo un título llamativo concebido en términos parecidos, *El diario de los curas dedicado a la trata de blancas*, comenzamos a publicar adhesiones a la campaña del colega puritano de todas las cortesanas famosas de la historia y de las mujeres galantes que en ella también figuran, desde Safo, Friné, Ninon de Lenclos, Madame Pompadour, etc., hasta «La Caoba», la liviana cortesana amiga de Primo de Rivera, que tanto alboroto había armado hacía varios meses.

Lo que nos dio más jugoso comentario fue la rotunda afirmación canónica de que las putas son buenas pagadoras. ¿Por qué conductos había averiguado la solvencia económica de las hetairas del barrio popular? Suponíamos que no sería por la vía de la confesión de algún penitente, porque sería sacrilegio; a lo mejor un canónigo acomodado les tenía alquilada alguna vivienda...

A los dos años y medio, o cosa así, comenzó la deserción de los redactores. Ninguno de nosotros cobraba ni un duro, era todo puro trabajo desinteresado. Los únicos que cobraban eran los tipógrafos y el redactor de calle, y eso siempre con retraso. Perico no tenía manera de hombre de negocios. Las parcelas a él confiadas eran un prodigio de desorganización. Si por casualidad abríamos una gaveta de su mesa, encontrábamos las facturas revueltas con sus poemas. No sé cuántos estupendos poemas perdió por su descuido. Y fue uno de nuestros mejores poetas, dueño de un lenguaje refinado, selectísimo, de verdadero sibarita de nuestra lengua, que manejaba un poco barrocammente, al modo culterano, pero con metáforas deslumbrantes. El abandono de la casa lo inició Rafael Navarro, que en Madrid completó sus estudios de Derecho y llegó a tener un acreditado bufete a la par de consejos de administración de compañías suizas; le siguió Agustín Miranda Junco, para opositar y ganar plaza de abogado del Estado y pasar largos años a la dirección de compañías papeleras; Félix Delgado marchó a Barcelona, donde se casó y fue una de las primeras víctimas de nuestra guerra por su estrecha amistad con Luys Santamarina, escritor catalán muy ligado a los medios fascistas. Los dos que nos quedamos en la isla, Cristóbal González Cabrera y yo, requeridos por nuestras aficiones políticas —los dos militábamos ya desde 1929 en el Partido Socialista— y cansados del espectáculo de la lucha diaria con los acreedores, fuimos los últimos en abandonar, desconsolados y nostálgicos, pero satisfechos de haber protagonizado uno de los episodios más ricos, más interesantes y más fecundos del periodismo canario anterior a la guerra civil.

Pero yo estuve ligado al lanzamiento de otros dos nuevos periódicos, uno totalmente nuevo, «Avance», órgano de los socialistas, y

otro reaparecido tras un largo eclipse, «Diario de Las Palmas», núcleo medular de «Prensa Canaria, S. A.». El diario «Avance» lo puso en marcha un equipo que, bajo mi dirección, reunía a Francisco Martín Vera, Cristóbal González, José Pérez Vera, llorado compañero, Sinfioriano de Armas, leal amigo, Tomás Rodríguez Bolaños, inteligente y culto impresor, Manuel León Peñate, activo secretario, vivo y gracioso, Segundo García, con quien compartiría luego la prisión, Juan Hernández Muñoz, que dirigió «La Voz Obrera», órgano de la Federación de Trabajadores y me sucedió a mí en la dirección del periódico, cuando el nefasto pleito interno entre «caballeristas», partidarios de Largo Caballero, y «prietistas», amigos de Indalecio Prieto, me obligó a abandonarla. Paco Martín fue el abnegado administrador. Obtuvimos que Juan Negrín, diputado por la isla, nos regalara una máquina de tirar, autoplana, que era una novedad técnica y que le costó veinticinco mil pesetas de la época. Las paradojas de la historia hicieron que, desaparecido el periódico, en prisión o fugitivos sus redactores, los militares se incautaran de la imprenta. Algunos meses más tarde el diario fascista «Falange» comenzó a tirarse durante bastantes años en una máquina regalada por el rojo insigne que fue Juan Negrín. Dirigí el periódico desde su salida hasta mediados del año 1933 o principios del 34 —tenía una colección completa que doné al Museo Canario— poco antes o después de las elecciones que dieron el triunfo a las derechas del «bienio negro». Fue un diario bien hecho, bien escrito y confeccionado, que llevaba sus campañas sin estridencias demagógicas, en una línea de seriedad, cortesía y responsabilidad que han sido constantes vitales de toda mi existencia, aunque también daba sus notas de humor, en una sección que escribía yo mismo, con algún apunte de Sinfioriano de Armas. Bien impreso, bien presentado, hoy con mirada retrospectiva me siento en verdad orgulloso de aquella empresa, que después se malogró por el sectarismo de unos compañeros y el redoble de los tambores militares. Al día siguiente de mi cese, el diario pasó a ser un panfleto: titulares descomunales, planas mal cortadas, adjetivos malsonantes e innecesarios, ataques, aunque justos, desorbitados en su planteamiento, etc. No quiero recordar más aquellos infaustos días, prólogo de otros más infaustos que habían de sucederles.

XXIV

LA RESURRECCION DE UN DIARIO

Con todo lo que acabo de narrar sobre mi actividad periodística cayó un telón, y con él un largo silencio, sólo roto por algunos artículos sobre cuestiones artísticas y notas necrológicas, entre ellas la de don Agustín Millares Cubas, el notario y escritor, padre de Agustín Millares Carlo, que publiqué en «Hoy», el órgano de los «mestistas» que sucedió a «El Liberal». Fueron muchos años seguidos de absoluto silencio, los duros años de la represión franquista, en los que sufrí prisión y vejación, que, sin embargo, no lograron amargar mi talante ni ensombrecer mi carácter. Tan sólo en 1943, atendiendo a requerimientos de la familia, publiqué en «Falange» una nota firmada con una X recordando la figura y la obra del pintor Néstor, en uno de los aniversarios de su muerte. En el año 45, también sin mi firma, hice un artículo de compromiso en honor del buen amigo y pintor Tomás Gómez Bosch, y otro celebrando los cien años de doña Carmen Matos, madre de don Colacho Massieu. Incluso en «Canarias Deportiva» y «Canarias Económica», que ideamos y lanzamos, como después explicaré, Antonio Junco Toral y yo, ya entrado el año 1947 y 48, mis más frecuentes artículos, siempre sobre temas de arte, o económicos, salían sin firmar. Con escrúpulos excesivos creía que colaborar en los periódicos de la época equivalía a colaborar indirectamente con el régimen franquista, cosa que repudiaba a mi conciencia. Recuerdo que mis primeros artículos firmados, convencido ya de que, o hablaba o me callaba definitivamente, y a la vista de lo que hacían en toda España amigos y compañeros menos escrupulosos y más realistas, aparecieron en «Diario de Las Palmas» cuando éste reanudó su publicación, creo recordar que en el año 1953. Diecisiete años estuvieron mi pluma ociosa y mi firma sin aparecer en un periódico local, voluntariamente recluido en lazareto espiritual. De él salí

para actuar, como lo he hecho siempre, con ardor, tenacidad y entusiasmo, en la última empresa, la que ha sobrevivido felizmente a mi duro trabajo inicial y se ha convertido en un negocio que enriqueció a mis primeros socios y colaboradores, pero a mí no me produjo ni una peseta: la fundación de Prensa Canaria, S. A. hoy dueña de «La Provincia», el «Diario», «Canarias Económica» y «Canarias Deportiva», filón fructífero que impensadamente pasó de manos canarias a manos de unos señores catalanes, que eran gente nueva y ajena a nuestra ciudad. Como nadie ha contado la génesis de la empresa, algún favorecido no ama contarla, y los muchos trabajadores de todo nivel que hoy viven de ella la ignoran completamente, quiero contarla yo. No deseo atribuirme laureles innecesarios, pero como respeto mucho a la historia quiero que la augusta señora tenga fidedigna y cumplida noticia de lo sucedido.

Antonio Junco Toral, amigo entrañable que compartió conmigo muchas horas de nuestras prisión en la Isleta y en Gando, se quedó, a la muerte de don Ernesto Pérez Miranda, anterior dueño de la cabecera del «Diario», esposo de una hermana de Antonio, con la mitad de la propiedad del título que compartía con Julio Pérez Junco, hijo de Ernesto. Habíamos hablado varias veces, cuando el terror fascista se iba diluyendo, de aprovechar la imprenta del diario para publicar un periódico deportivo, que era lo más innocuo que él y yo podíamos hacer, dados nuestros antecedentes penales. Sería ése el primer paso para abrir la vía a una futura reanudación de «Diario de Las Palmas». El problema radicaba en que él y yo carecíamos de amistades en los círculos gubernamentales donde se otorgaban las licencias oportunas. Reflexionando sobre el problema, se me ocurrió una solución que consulté con Antonio y mereció su aprobación. Entre mis muchos buenos amigos en la ciudad —yo no he tenido más enemigos notorios que unos cuantos jovencuelos comunistas, ello a mi mejor gloria y a su mayor despecho— había dos personas con cercana relación de amistad. Uno de ellos era amigo desde la infancia, por ser muy amigas nuestras respectivas madres, doña Lucía la suya y doña Carmen la mía, colocado al azar del juego político en la Presidencia del Cabildo de Gran Canaria, Matías Vega Guerra, a quien podría interesarle disponer de un órgano periodístico, como lo habían tenido siempre los jefes políticos de la isla, pues el diario «Falange» no tenía otra orientación que la de ser «botafumeiro» del régimen; y el otro, Eufemiano Fuentes Díaz, al que conocí después de la guerra compartiendo cargos directivos en el «Club Marino», aunque sí conocí mucho a su padre en los tiempos de mis gestiones tabaqueras, a quien, como gestor de la incipiente «Unión Deportiva», no le sería indife-

rente contar con un periódico que defendiese sus iniciativas deportivas. Hablé largamente con uno y otro, puse en convencerlos toda mi fuerza dialéctica y un día nos reunimos los cuatro fundadores —Matías Vega, Eufemiano Fuentes, Antonio Junco y yo—, y pusimos los cimientos de la obra. Se logró primero, como empresa que no ofrecía peligro de politización, el permiso oficial para publicar el semanario «Canarias Deportiva», en el que, firmando con tres equis, yo inserté muchas reseñas de conferencias, de crítica artística, de exposiciones y otros eventos inofensivos; después vino «Canarias Económica», cuyos artículos de fondo y campañas en pro del puerto, de nuestros frutos, de nuestras franquicias, etc., escribí y llevé yo personalmente. Fuimos preparando luego el terreno para lograr la salida del diario. «Canarias Deportiva» sirvió de trampolín para el lanzamiento del personaje de Pepe Monagas, creación de Pancho Guerra, entrañable amigo, que trabajó con nosotros hasta que marchó a Madrid. Creo recordar que «Canarias Deportiva» salió a fines de 1946 o principios de 1947. Las gestiones para el permiso del diario fueron más difíciles y laboriosas, pero a la postre facilitadas por la amistad de Matías con el ministro canario Blas Pérez González. Nuestra sociedad inicial, antes de posteriores aumentos de capital, se constituyó aportando cada uno de los cuatro socios cuatrocientas mil pesetas, es decir, un millón seiscientas mil pesetas en total. Ni Antonio ni yo desembolsamos nada: las nuestras fueron acciones liberadas, y entre los dos socios capitalistas se redondeó la cifra del capital social. Consideraron que lo que habíamos aportado uno y otro valía más que tal cantidad.

Cuando salió a la calle «Diario de Las Palmas» yo escribí la editorial de salutación, como escribí, años más tarde, el artículo de fondo de la segunda etapa, cuando se compró la primera rotativa y se mejoraron formato, tipos y presentación, cuando cumplió los 75 años, etc. Durante no recuerdo cuántas semanas, fuera de los redactores de la calle que traían las informaciones oficiales —Registro civil, buques, etc., de esto último, el movimiento marítimo, se encargó el amigo Ferreras, empleado de una casa inglesa del Puerto de la Luz— estuvimos haciendo el periódico sólo dos personas: Tomás Hernández Pulido, que con el tiempo pasaría a ser el gran patrón de la empresa, y yo. Matías había conocido a Tomás en el Cabildo, en su secretaría, como estupendo taquígrafo y mecanógrafo, formando parte de la plantilla de la Corporación. Me lo recomendó y vino a trabajar conmigo. Yo le dictaba los artículos y las traducciones de periódicos extranjeros —principalmente el inglés «Picture Post» y el francés «Paris-Match», dos excelentes revistas de muy variado contenido— para rellenar co-

lumnas, faltos de otras colaboraciones. El primer director oficial fue Paco Fiol Pérez, profesor de inglés de la Escuela de Comercio, que no sé por qué tenía título oficial de periodista sin haberlo sido nunca. Era una merced del arbitrario director general de Prensa, uno de los sabuesos del régimen. El primer profesional que vino a trabajar al diario fue el periodista asturiano Paulino Posada, que escribía muy bien, con verdadero estilo. También nos creó el primer conflicto. Utilizábamos entonces los servicios de esas agencias especializadas que suministran los crucigramas, acrósticos y acertijos, importante sección en un diario popular. Uno de los acertijos enviados consistía generalmente en preguntar una cosa en una plana, dando la respuesta en un rincón de otra. Paulino abría los sobres, metía el material en un cajón y lo iba entregando conforme lo requirieran. Un día, en que no tuvo la precaución de leerlos, dio a las cajas una adivinanza que en una plana planteaba esta pregunta: «¿Cuál es el dictador fascista que ha gobernado más tiempo?» (Estaba hecha para periódicos americanos). Y la respuesta decía sencillamente: «El General Franco».

Ya puede el lector imaginar la que se armó, porque el general fue un dictador con todos los poderes y atributos, pero al que no le gustaba que se lo recordaran, otro caso más del fariseísmo y la hipocresía del régimen. El gobernador llamó en seguida muy alarmado a Paco Fiol, a éste el susto casi lo mata, Paulino, como responsable directo, pasó a la cárcel. Pero las influencias de Matías Vega en la época eran tales, que al asunto se le echó tierra y nosotros pasaremos a la historia como los componentes del único grupo español que llamó dictador a Franco. Incurrimos en un pecado poco menos que mortal, sin que la cosa pasara de los tres días de encierro de Paulino, el morrocotudo pavor de Paco Fiol y la desagradable contrariedad de todos. Como es natural Paco Fiol pidió que lo relevaran inmediatamente de su cargo honorífico. No estoy muy seguro, no tengo tiempo de consultarlo, si fue entonces cuando entró Pedro Perdomo Acedo a trabajar con nosotros. En la empresa estuvo muchos años de director y redactor.

«Prensa Canaria» adquirió poco tiempo después, tras un arreglo con los herederos de don Gustavo Navarro Nieto, la incorporación del título de «La Provincia» por la cantidad de cuatro millones de pesetas, que se hicieron efectivos con el primer aumento del capital social. Se amplió el Consejo de Administración y entraron como consejeros uno de los hijos de Gustavo, Jorge Navarro, Graciliano Morales Ramos, Diego Vega Sarmiento y Niceto Flores Ganivet.

Mi participación en la sociedad cesó a fines de 1956, cuando decidí emigrar a América, desengañado de mi patria y cansado de la sigilosa

e insidiosa represión que el régimen reanudó cuando se sintió fortalecido por la ayuda norteamericana. Vendí a Matías todos mis haberes, mis acciones de «Prensa Canaria, S. A.», de Hijos de Juan Rodríguez, S. A., de la Comunidad de la Presa de la Lumbre, etc., y mi mujer y yo tomamos en Santa Cruz de Tenerife, el navío portugués «Santa María» que había de conducirnos a La Habana. De todo esto hablaré después. Sólo me resta comentar que Eufemiano y Matías se pelearon, o más exactamente Eufemiano se peleó con Matías, por una tontería relacionada con una nota de Antonio Lemus que Eufemiano quiso que no se publicara. Estuvieron pleiteando judicialmente dos o tres años. A mi regreso de América empecé la lenta gestión de convencer a Eufemiano para que vendiera sus acciones a Matías. Al fin, así lo hizo y el ex presidente del Cabildo se convirtió en el mayor, con mucho, accionista de la sociedad, pues ya había comprado también el paquete de acciones de Antonio Junco. Tomás Hernández Pulido ascendió a director gerente, prácticamente el mandamás de todo el voluminoso negocio y yo, desde fuera, seguí manteniendo una colaboración bastante copiosa hasta el extremo, por ejemplo, de que cuando Guillermo García Alcalde, después de una primera breve estancia, volvió para hacerse cargo de la dirección de «La Provincia», yo mismo, a petición de Tomás, escribí la nota editorial de bienvenida. Cuando la empresa fue adquirida por don Javier Moll, García Alcalde pasó a ser el «factotum» y Tomás se retiró a su casa a disfrutar de sus rentas. Supongo que no habrá olvidado que, a semejanza de las ejemplares carreras de tantos empresarios americanos, entró de secretario taquígrafo a trabajar conmigo, con una modesta gratificación, y salió por la puerta grande, veinticinco o treinta años más tarde, con la bolsa bien repleta. Que yo no tengo olfato de negociante lo demuestra esta fallida incursión mía en el campo empresarial del periodismo.

QUIJOTESCA PERIPECIA EN LOS MADRILES

Dígame, dígame! ¿Quién es?

—Juanito, soy Manolo. Te llamo desde el hotel. Quiero verte esta noche, porque está actuando en Casablanca un grupo musical de chiquillas francesas que son una delicia...

Desde su hotel, en efecto, me llamaba Manolo Pulido. Habíamos llegado juntos a Madrid el día anterior viniendo de Londres, para pasar unos días en la capital de España. Corrían fresquitos, pero agradables y con buen sol, los iniciales de la primavera de 1947, cuando aun no hacía dos años que había terminado la segunda guerra mundial del siglo. En Londres tenía negocios de ventas de tomates la casa de comercio que yo dirigía, y Manolo Pulido Betancor era nuestro agente en el gran mercado británico.

Antes de que se me vaya de la mente quiero contar, en cariñoso homenaje a su memoria, algo curioso relacionado con Manolo. Estuvo más de diez años en Londres, recibiendo nuestra fruta y negándose terminantemente a aprender inglés. Alegaba que como ellos, los vendedores de la fruta en comisión, dependían de nosotros, los exportadores canarios, eran ellos los obligados, los que tenían que aprender español. Esto no fue obstáculo a que las palabras que había aprendido de oídas, que fueron muchísimas, las pronunciara con un acento «cockney», londinense puro, equiparándolas fonéticamente a frases españolas. Así, por ejemplo, el nombre «Totenham Court Road», una calle céntrica de Londres donde hay varios teatros, lo pronunciaba «Todo lo dan con ron», contrayendo un poco los labios como si tuviera una pipa entre los dientes, y los taxistas —que hablan un inglés «sui generis»— lo entendían perfectamente. Un día cogimos

juntos un taxi. Di la dirección en mi inglés, que era entonces bastante correcto:

—Oxford Circus, please.

El taxista me decía: «What, what?», ¿qué, qué?

Manolo salió al paso y el taxista lo entendió en el acto.

—¡Ojo seco, please!: el peor inglés del mundo con el mejor acento de Inglaterra.

En Madrid nos alojábamos en distintos hoteles porque yo guardé siempre gran fidelidad al mío, situado a mitad de la Gran Vía, que se llamó Alfonso XIII antes de la II República, cuando lo visité por primera vez; suprimió el ordinal latino en el breve espacio del infausto régimen, pasando a llamarse tan sólo Hotel Alfonso, como siguió siendo conocido hasta que desapareció durante los años de la Dictadura. Había perdido un poco de su antiguo lustre, pero conservaba cierto entonado «cachet», y además me conocían todos los empleados, lo que daba a mis frecuentes estancias un grato ambiente de familiaridad que me hacía disimular cualquier faltilla menuda. Siempre he sido fiel a mis amigos y a mis hoteles, quizás por aquello de que más vale malo conocido que bueno por conocer, aunque el hotel, repito, si un poco deslucido, continuaba siendo un buen hotel.

Lo que Manolo Pulido con tanto alborozo me anunciaba era de verdad un acontecimiento. Nuestra guerra y los duros grises años de la postguerra nos habían alejado de Europa, y en las salas de fiestas, como se llamaban ahora por imperativos nacionalistas los antiguos «cabarets», como pasó a llamarse «ensaladilla nacional» lo que fue siempre una «ensaladilla rusa», sólo actuaban artistas y grupos indígenas, hartos conocidos, por lo que la presencia de un «ballet» francés era un auténtico suceso. En aquel Madrid desvaído y convaleciente, la sala de mejor calidad era la del «Casablanca», situado en la plaza de Bilbao, casi frente al viejo Circo Price. Quiero recordar que todavía no se había abierto el «Pasapoga» que tanto brilló en una larga temporada. No he sido nunca cabaretero, pero es sano para el alma y el cuerpo echar de vez en cuando una cana al aire y a nadie le amarga un dulce, como afirma otro proverbio. Este refrán me recuerda una graciosa anécdota que le oí referir a mi tío «Fray Lesco», ocurrida en los tenebrosos tiempos de las cartillas de racionamiento, de las restricciones y de las colas.

Ante una de esas colas habituales, formadas en este caso sólo de mujeres, pasó un día una tal Ritita, vecina de Vegueta, de edad bien pasada de madura, que mi tío Domingo conocía de antiguo en aquel barrio. Ritita se acercó a la muchacha que estaba al final:

—¿Es ésta la cola del azúcar? —le preguntó.

La muchacha vaciló un poco, la miró de arriba a abajo y con una franca sonrisa que lo mismo podía ser de guasa que de simpatía, le contestó:

—Sí, señora, sí es ésta...

La cola no era ni la del azúcar, ni la de ningún otro género alimenticio, sino más bien higiénico: era la cola que frente a una oficina de Sanidad hacían periódicamente las «mujeres de la vida», con cartillas, cuya profesión seguía estrechamente reglamentada, para comprobar su estado sanitario. La interrogada, advirtiendo la ingenuidad de la vieja, había querido pillamente gastarle una broma. A los pocos minutos acertó a pasar por allí casualmente mi tío Domingo, que observó en seguida la insólita presencia de la mujer en aquella fila de «núbiles».

—Pero, Ritita, ¿qué hace usted en esa cola? —le dijo con cierto tono de reprobación.

—¡Ay!, don Domingo, a nadie le amarga un dulce... —contestó la señora con aire jactancioso.

Mi vieja y leal francofilia, que en tantos años no había podido manifestarse de forma verbal con gentes del país, incitó de entrada mi curiosidad. Manolo me explicó que se trataba de un «ballet», según le habían dicho, formado por chicas no profesionales del espectáculo, procedentes de distintos oficios, dactilógrafas, dependientas, secretarias, peluqueras, manicuras, oficinistas y telefonistas que trabajaban en distintos lugares de París y que por iniciativa de una de ellas, que dotada de una voz bonita cantaba muy bien, habían decidido formar un grupo de canto y baile para venir a España. El señuelo que las atraía era la abundancia y la relativa baratura de cosas que en la ocasión escaseaban o faltaban totalmente en la capital gala, azotada y esquilada, casi recién salida de aquella guerra del 39 al 45 tan devastadora: telas, trajes, pieles, bolsos, abrigos, zapatos, etc., toda la gama del tocado femenino, que las artistas improvisadas se proponían adquirir con los productos de su actuación. Ellas a su vez habían contratado allí a un maestro de baile y a su pareja, recibieron clases y practicaron un par de meses, no se rompieron los sesos para encontrarle un nombre atractivo, pues ya, en aquellas calendas madrileñas, tan sólo llamarse «Ballet francés» tenía un fuerte encanto exótico y cosmopolita, y les fue mucho más fácil todavía enganchar un magnífico contrato, que les aseguraba una decorosa estancia y una prometedor y rentable inversión en bienes fungibles. La demanda, entonces, estaba muy por encima de la oferta, rara o inexistente de cuadros artísticos de esta categoría.

Aquella noche, pues, en compañía de Manolo, y flanqueado por otros dos amigos canarios, Chano Alvarado y José Luis López Romero, fui al Casablanca. En algunos de los muchos viajes que hicimos juntos al extranjero, Manolo, Manolo Pulido —muerto recientemente— que tenía cierta pericia en la materia, solía acompañarme y guiarme, como Virgilio al Dante en «La Divina Comedia», en mis raras bajadas a tan gratos infiernos. Mi fluencia francesa, y nuestra principesca invitación a los ojos de las muchachitas, que habían pasado una larguísima temporada de grandes privaciones, me permitió aquella noche conocer a las bailarinas, a la pareja de maestros y a la solista cantante. Eran, aparte los dos únicos profesionales que formaban rancho aparte, diez o doce jóvenes, no recuerdo el número exacto, de edades que caían entre los veinte y los veinticinco años, guapas, esbeltas y bien apañadas, algunas excepcionalmente bellas, y de estaturas variables pero muy adecuadas a las piezas que ejecutaban: baile moderno, claqué, charlestón, foxes, canciones francesas, etc., pero el «clou» de la noche lo constituía el «cancan» final, apoteosis del espectáculo, que bailaban con verdadera y magistral perfección. Con mis servicios de intérprete nos hicimos amigos del grupo. Al día siguiente las invitamos a conocer El Escorial y pasamos una tarde muy agradable y entretenida. Pero mis apuros con mis compañeros de expedición fueron al principio muy serios:

—Pero, Manolo y Chano, estas muchachas son chicas serias, finas, todas trabajan en París, no es el género cabaretero que ustedes conocen por estas latitudes. Además, en todos lados las mujeres requieren que se les haga la corte; frente a cualquier francesa no se toma Zamora en una hora.

Habitados a los usos españoles en semejantes trances me costó mucho convencerlos de que fueran prudentes, caballerosos, comedidos, sobre todo de obra, porque de lo contrario iban a formar una idea poco halagadora de nuestro masculino talante nacional. Yo trabé gran amistad con la cantante, Gisela. Era una típica francesita de la clase media, de bien cuidada cultura, familiarizada con su literatura, con especial debilidad por los mismos grandes poetas que yo he admirado tanto y muchos de cuyos poemas sabía de memoria y recitaba con una dulce cadencia de entonación y acento, con una voz de bello timbre, bien impostada, pues había hecho estudios de canto, que abandonó por una lucrativa profesión que me sonó algo así como «kinestesista», cuya existencia yo ignoraba. Era, según entendí, una especie de masajista especializada en ciertas zonas musculares del cuerpo de extrema sensibilidad. A mi juicio, viéndola trabajar después en su despachito de París, se trataba de una pedicura excep-

cional que usaba delicados y refinados instrumentos que sabía manejar con tacto y maestría. Físicamente era de las más vistosas del grupo y desde luego la de superior cultura y educación. El rasgo más atrayente de su rostro eran sus ojos, grandes, rasgados, de un azul clarísimo que la obligaba a entornarlos en plena luz, lo que valoraba la perfección y el espesor de sus largas pestañas naturales.

Nos hicimos muy buenos amigos. Una amistad que duró casi hasta el último borde de su existencia, y que atravesó incólume sus dos matrimonios, frustrados los dos, y el largo período en que vivió sola, con una linda y graciosa perra «caniche» como único acompañante. Conocí a uno de sus maridos, excelente muchacho, acomodado hotelero en un gran barrio de París, muy servicial y enamorado pero sin la talla espiritual que ella requería. Me excusará el lector que me haya detenido en comentar aquella larga y fiel amistad, pues en cierto modo a ella le debo la vida. Cenaba con ella una noche en París, en espera de ir a oír y ver «Pélleas et Melisande» de Debussy, en la Opera Cómica, cuando sufrí inesperadamente una hemorragia intestinal, causada por una úlcera duodenal cuya existencia no se me había revelado. Me condujo a un hospital, después a mi hotel, dispuso y convino con una clínica privada la rápida operación que hube de sufrir, y sin tiempo para avisar a mi casa y hacer venir a alguien por la urgencia del caso, supo acompañarme en aquellos días con admirable atención y ternura. Muchas veces volví a verla en mis frecuentes viajes a París. Cuando mis viajes se hicieron más espaciados solíamos cambiar cartas una o dos veces al año y nos manteníamos informados de nuestras andanzas respectivas. Las suyas eran muy poco movidas, consagrada exclusivamente a su trabajo, su casa y su perrita. Los dos sucesivos fracasos sentimentales la curaron de posibles reincidencias. La lectura —aprendió a leer el castellano para conocer los poetas de que yo le hablaba y los libros que le regalaba—, y alguna ocasional escapada al cine, llenaban el resto de su existencia.

Hablo de ella en pasado porque en marzo de este año de gracia de 1987 comprobé con dolor la aprensión que tenía sobre la gravedad de la dolencia de que me había hablado en su última carta de la Navidad anterior. Estando yo en París por unos días, la portera de su casa me lo refirió. Gisèle había fallecido hacía pocos meses. Sentí como un vacío interior, como si me hubiesen desgajado una víscera vital en la que se habían acumulado tantas íntimas vivencias. ¡Admirable y bella Gisèle! Fue la nuestra una amistad modélica, en la que, rebasados con su matrimonio y la lejanía los iniciales escauceos, dos espíritus se sienten hermanados por sus gustos, por su concepción del mundo y su común amor a las cosas bellas y a las causas nobles,

a la naturaleza, a los animales, por nuestro compartido sentimiento de que es en efecto el mundo un valle de lágrimas pero que nosotros, con unas gotas de comprensión, tolerancia y buen humor, podemos hacerlo regularmente habitable. Excúseme el lector una vez más de que haya abierto aquí impúdicamente mi corazón, como no podré evitar hacerlo a lo largo de estas páginas cuando vuelvan a lacerarlo los recuerdos de otros seres queridos cuya eterna ausencia ha ido vaciando, con irreprimible desconsuelo y amarga nostalgia, la mágica hucha donde guardaba tantos tesoros de amor y amistad.

Solicitado por exigencias de nuestros negocios volví nuevamente a Madrid diez o quince días más tarde. El Ministerio de Comercio fue una larga temporada centro de obligado, regular y frecuente peregrinaje para los exportadores canarios. Aunque supe que su éxito había decidido al «ballet» francés a prorrogar sus actuaciones, suponía que ya se habrían marchado. Descubrí con sorpresa que seguían en la capital, pues Gisèle y otras tres compañeras vivían también en el Hotel Alfonso. Quebrantando la cerrada promesa del secreto me confió que, encantadas con mi trato y caballerosidad, con la simpatía de los amigos canarios y lo que yo les había referido de mis islas y de su vida en aquella época, unido todo ello a las buenas condiciones que se les ofrecían, habían seguido ensayando, aplazando por ahora el regreso, y habían firmado con un agente teatral que frecuentaba el grill del hotel un contrato para actuar en dos locales de Las Palmas y de Santa Cruz. Me lo habían ocultado cuidadosamente porque, ya en Canarias, pensaban llamarme y darme la sorpresa. Me dieron, en efecto, tal sorpresa que me quedé horrorizado.

—¿Dices que dos buenos cabarets de las islas? ¡Pero si allí no hay sino tugurios inmundos! —exclamé.

El supuesto agente, que luego supe que era un vulgar trapiondista, punto menos que un «maquereau» que hacía ocasional trata de blancas, les había descrito los dos cabarets de Canalejas aquí, y la Cuesta, en Santa Cruz, como unos calificados y lujosos locales a la altura de Casablanca. Y no era lo peor: al mostrarme una copia de los contratos, que incluía hasta una cláusula muy dura de penalidad por incumplimiento y que por no saber español habían suscrito a ciegas, me enteré de que, además de bailar, tenían obligatoriamente que alternar. Me costó trabajo que comprendieran, pues desconocían por completo estos feos recovecos del trabajo cabaretero, lo que significaba y tenía que hacer una «alternanta» de aquella época. Las horrorizadas después fueron ellas. Habían caído en una trampa espantosa. Fue en aquel momento, súbitamente, cuando se incorporó en

mí el Quijote que todo buen español de raza lleva latente, dormido pero bien vivo.

Un viejo proverbio nos enseña que de poetas y de locos todos tenemos un poco. Supongo que esta veta de oculta y virtual demencia la tienen todos los hombres, debe ser un atributo de la condición humana. Creo no obstante que la congénita dosis de insania que tienen los españoles adopta generalmente las formas del quijotismo, entendidas en su mejor sentido generoso y altruista. Por eso es tan normal entre nosotros presenciar con qué tranquila naturalidad asumimos riesgos innecesarios, emprendemos aventuras temerarias, defendemos causas perdidas, vengamos agravios elucubrados, enderezamos entuertos irremediables, nos afiliamos a esotéricas sectas evangélicas y nos hacemos socios de la Unión Deportiva. Mi Quijote particular, sin reparar en detalles, como el héroe clásico frente a los molinos, tomó en el acto las disposiciones del caso, como se dice en lenguaje forense. Hice que todas las chicas me trajeran sus pasaportes, se los llevé a visar a Juanito Betancort, viejo amigo de correrías infantiles en Vegueta, que era a la sazón Comisario de Policía de un distrito madrileño y les saqué a todas los billetes hasta la frontera en un tren que salía al día siguiente a las ocho de la mañana. A todas menos a Gisèle, pues se marcharía con un matrimonio brasileño, huéspedes de mi mismo hotel, con el que yo había hecho buena amistad después de servirles de guía iniciador en una bonísima corrida de toros que presenciamos juntos. Al día siguiente, muy tempranito, las chicas se reunieron en el hall de mi hotel, recogieron billetes y pasaportes, y del modo más sigiloso posible se escaparon por la estación. Gisèle abandonaba Madrid aquella misma tarde en el espléndido coche de los brasileños con rumbo directo a París.

Cuando a la caída de la tarde, como solía hacer de ordinario, llegó al café del hotel el falso agente teatral y no vio a ninguna de las chicas que habitualmente tomaban allí el aperitivo, inquirió noticias del conserje. Este le explicó que las alojadas que él conocía se habían marchado muy de mañana. El hombre no pudo reprimir un violento y contrariado ademán de sorpresa y una airada exclamación. Volvió al bar demudado, blanco de coraje. Sentado al fondo del café con un amigo al que había contado la historia, yo seguía con disimulo sus reacciones. En un momento su mirada se tropezó con la mía. La sostuve tranquilo pero él debió adivinar que yo no era ajeno a la maniobra de la fuga. Me había visto varias veces sentado allí con las francesitas y no ignoraba mi buena amistad con Gisèle. No supe leer lo que decía su mirada, porque como la de todos los tipos de su calaña, era ambigua y huidiza. Pero creo que acertó a leer en la mía

la fruición de haberle malogrado felizmente la sucia fechoría que había proyectado.

Unos dos o tres meses más tarde, cuando la zafra finalizaba, de paso para Londres, volví a París. Advertidas por Gisèle de mi llegada, las chicas, ya reintegradas a sus trabajos respectivos, reconstituyeron por una vez el disuelto «ballet» y me obsequiaron, a mí y a mis invitados, con una gran fiesta en un cabaret de la Place Pigalle, a puerta cerrada, tomado por ellas en exclusiva aquella noche, para mostrarme del modo más alegre posible su amistad y su gratitud.

Parodiando los famosos versos de «La casada infiel», de Lorca, acabaré:

No quiero decir por hombre,
de aquella noche los líos:
«la luz del entendimiento
me hace ser muy comedido».

XXVI

CUARENTA AÑOS DE SEQUIA

Leyendo hace poco unas declaraciones de Julio Caro Baroja, el gran polígrafo vasco, sobre la reciente reedición de su admirable biografía familiar «Los Baroja», explicaba que salvo el añadido de algunas nuevas fotografías, había mantenido el texto anterior cuya narración acaba en 1957. Decía: *Estos treinta últimos años de madurez y vejez han sido interesantes, pero no han tenido la fuerza de los primeros cuarenta.* Caro cumplió ahora 73 años; yo estoy a punto de cumplir, si Dios lo permite, 83. Le llevo diez años, vividos los míos en el mismo clima espiritual y nacional que él llama los años de más fuerza, sólo que los míos fueron diez más. Mi existencia puede fácilmente dividirse en tres bien definidos y distintos lapsos: los 30 años primeros, que yo califico de interesantes; los 40 de la dictadura, años secos, aunque no fueran estériles; los últimos diez de la democracia implantada, que no dudo en llamar hirvientes. Repárese en que digo democracia implantada y no restaurada, porque aunque es verdad que de un modo original, incluso contra la voluntad de los que crearon el invento, la monarquía borbónica se ha restaurado, no puede decirse lo mismo de la democracia, que no se restaura, se instauro, se implanta, es decir, se planta, se crea el huerto y se hincan las raíces, porque no puede restaurarse, recuperarse o recobrase, lo que no se tenía, lo que antes no existía, ni había existido nunca.

La verdad es que en España no ha habido nunca verdadera democracia. El siglo XIX, hasta la restauración de 1874, fue una grillera, en que, empleando el viejo símil y extendiendo el sentido de las palabras, unas veces el pueblo corría detrás de los curas, otras eran los curas los que corrían detrás del pueblo. Hubo paréntesis temporales en los que se disfrutaba de algunas libertades de la panoplia, pero la panoplia completa, los derechos y libertades que ahora, al menos

teóricamente, poseemos, no la habíamos conocido nunca. De aquí que el pueblo español tenga tantas dificultades en acomodarse al nuevo traje, recién confeccionado.

En la larga etapa que va desde la Constitución liberal de 1812 hasta que Martínez Campos sentó en el trono a Alfonso XII, el bisabuelo de nuestro Rey actual, fueron alternando las temporadas de asfixia y reacción con las de mayor apertura. Estas siempre fueron más efímeras, aunque al menos las grandes figuras militares que las ilustran, Espartero, Prim, O'Donnell, Serrano, etc., con la excepción de Narváez, el espadón de Loja, eran liberales, progresistas. Todo el reinado de Alfonso XII, la Regencia de doña María Cristina y la mayor parte de los años activos de Alfonso XIII, no fueron propiamente democráticos, había mucha influencia caciquil, aunque la monarquía fuera parlamentaria. Faltaba la sanción de derechos que hoy son fundamentales, pero hubo libertad de expresión, de manifestación y hasta de prensa, aunque bastantes veces se recogieron periódicos atrevidos, supuestamente infractores de alguna ley. Evoco estos precedentes para interrogarme, como lo han hecho muchos españoles, por qué, a partir de la dictadura de Primo de Rivera, de las dos fracciones en que se dividía el ejército decimonónico —la carlista y la liberal— tomó supremacía la carlista, la reaccionaria, que no sólo era menor, sino que fue derrotada, aunque el abrazo de Vergara salvara las carreras de muchos partidarios de don Carlos.

El hecho evidente, mondo y lirondo, es que durante cuarenta años han estado gobernándonos los carlistas, si no con tal apelativo, que reclamaban para ellos los que todavía se habían quedado en páginas más atrasadas de nuestra historia, el espíritu era realmente carlista, pese a truculentos maquillajes de la doctrina que nadie se creía, acogiéndose a términos ambiguos, tales como el Movimiento, el Alzamiento nacional, el nacionalsocialismo, el franquismo, etc., que en el fondo son camuflajes verbales del viejo carlismo, con los cambios evolutivos naturales, tras un siglo de vida aparentemente oculta, vegetativa.

En un ambiente enrarecido como el de estos larguísimos años pocas cosas podíamos hacer los que, tras la larga prisión, nos incorporamos a la vida civil sin salir de nuestra patria, en lo que ya es un cliché llamar el exilio interior, con el estigma peyorativo de ser unos «rojos». En estas memorias tiene que reflejarse forzosamente esa diferencia de densidad vital entre el período interesante y el período seco, entre el gran protagonismo que tenía el pueblo, a pesar de sus recortadas libertades, y el papel de sumisos borregos que hemos estado desempeñando los españoles durante cuarenta años. Al hacer un retrospectivo balance de todos estos años, salvo mi tenaz bordoneo en

los rincones donde hube de confinarme —el Museo Canario, mis modestas críticas de arte, mis conferencias, que empezaron muy tarde—, apenas distingo los perfiles de hechos relevantes sobre los que se justifiquen una detenida reflexión o una animada descripción. De esto exceptúo, claro es, los episodios personales divertidos o amenos, en los cuales nada jugaban mis antecedentes policiales, esos antecedentes penales que a mí me dañaron, incluso en mi puro trabajo profesional, durante larga temporada.

Fueron cuarenta años de sequía, en los que, faltas de riego, se marchitaron y se agostaron aquellas flores, escasas pero vivaces, que aromaban la existencia nacional hasta el verano de 1936. Reconozco que mi caso es especial: no todos los canarios, aunque fuimos muchos los encartados, teníamos antecedentes penales o policiales. Pero estas páginas son una apretada crónica de mi existencia, y cada uno cuenta de la feria cómo le va en ella, decía ya el viejo marqués de Santillana a principios del XVI. Para entender la historia de España en estos cuarenta años del franquismo, toda la historia y no sólo la que sobresale en la crónica periodística, en los relatos oficiales, hay que saber que los vencedores de la guerra civil, una vez difundido el famoso parte final, dividieron tácitamente a los españoles en dos bandos: los que ganaron y los que perdieron. No necesito recordar cómo y por qué ganaron los ganadores. Ya lo había previsto aquel poeta viejo que escribió esta cuarteta:

Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos:
que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos.

Los sarracenos de los siglos medievales no eran los mismos que los del siglo XX: muchos de estos últimos hablaban italiano. A partir de esa inicial división cada español tenía trazado su destino: si no se había significado mucho y tenía la instintiva capacidad de adaptación al medio de que ya nos hablara Lamarck, se acomodaba y flotaba más o menos, según su capacidad natatoria; si no se había significado nada y se mantenía sumiso, podía aspirar a todo; pero, ¡guay del que se hubiera significado con mayor o menor vehemencia! Ese caía del lado de allá de la raya divisoria y ya sabía que todos sus pasos iban a estar contados. Era natural que yo cayera en esa zona bien acotada después de cuatro años de purgatorio. Lo que no sospechó nadie, ni los más optimistas, es que la cosa, aunque atenuándose paulatinamente por cansancio, durara tanto. Por lo menos en su filosofía. Baste recor-

dar que hasta en el último discurso que nos soltó el General, creo que fue en una de esas bien maquinadas concentraciones populares, la del desagravio tras las penas del juicio de Burgos, con su voz atiplada y su rebatido sonsonete, después del ritual «Españoles todos», nos volvió a hablar de la conjuración judeo-masónica. Pocas semanas más tarde se enfermaba definitivamente.

Apenas salido de la prisión encontré trabajo. En el trabajo de una conocida y vieja empresa canaria no iban a interferir. Pero para salvaguardar mis horas libres me acogí a sagrado: en mi caso fue el grato y fructífero recinto del Museo Canario, donde trabajé mucho en varios cargos, el más duradero fue el de secretario. Tardé bastantes años en asomar las narices por un periódico y cuando ya lo hice, incitado por el ejemplo de otros colegas que lo habían hecho antes, me señalé yo mi propio palenque: la crítica de arte y algún que otro comentario sobre problemas municipales y económicos de la ciudad y de la isla. Por fortuna aunque hubo un «realismo falangista» cursi y alicorto, no fue obligatorio seguirlo en materia de arte como el «realismo socialista» de los soviéticos. Por esos predios estuve andando siempre con una oreja levantada, y confieso que he sabido nadar sin que se me salpicara la ropa. El secreto fue que no me salí nunca de mis playas y éstas, dicho sin jactancia, pocos las conocían como yo. Pero a pesar de todo y como muestra de lo que fueron aquellos tiempos, voy a referir tan sólo unos pocos ejemplos escogidos, sin agotar las pruebas, de cómo me trataron en aquella travesía.

En primer lugar durante más de año y medio, recién salido del Penal de Gando, me obligaron a presentarme cada quince días, más tarde, transcurridos cinco o seis meses, todos los meses, en una oficina de no sé qué puñetera cosa que tenía la Falange en el antiguo Hotel de Santa Catalina. Allí un tipo mal encarado y adusto, casi siempre con el sombrero puesto, me miraba de arriba abajo con aire entre superior y despectivo, consultaba una lista, marcaba algo y me decía: —Puede usted marcharse.

Ni una sola vez preguntó mi nombre, ni una sola vez me sonrió. Un día, cumpliendo mi obligación de movilizado, acudí a la oficina, pero la oficina había desaparecido. No intenté buscarla y corté mis presentaciones. En este largo intervalo sufrí tres nuevas prisiones: una de quince días, con el pobre don Luis Fajardo, a quien confundió el soplón con Bernardo Navarro Valle, y Cristóbal González Cabrera. El delito fue reunirnos los tres matrimonios un día a almorzar en un figón de San Mateo, pues, juntos cuatro años en la prisión y amigos entrañables de siempre, no nos veíamos nunca. Eso ocurrió justamente en junio de 1941 porque coincidió con la ruptura del famoso pacto

germano-soviético y la invasión sin aviso de Rusia por las tropas alemanas. Algún soplón nos vio comiendo y pagamos con quince días de cárcel la conspiración gastronómica. No se me ha ocurrido pensar que nos echaran la culpa de la ruptura de aquel histórico acuerdo. De las otras dos encerronas, aunque una fue la noche de San Juan porque había verbena en el Club Náutico y oíamos la música desde la Comisaría de Policía del muelle de Santa Catalina, no puedo precisar las fechas pero sí las causas: los arribos a la ciudad, en visita oficial, del general Yagüe y de Pilar Primo de Rivera en distintos momentos. Una medida precautoria para evitar que unos conocidos terroristas —casi siempre fuimos los mismos— atentaran contra la vida de tan ilustres personajes. Cuando lo de doña Pilar, uno de los compañeros del encierro —fueron menos, cinco o seis días cada uno— me decía bromeando:

—Hombre, Juan, a ti te han encerrado por esa mala fama que tienes tú con las mujeres. Sin duda temían por la virtud de doña Pilar...

Advertido como ya estaba, en cuanto supe que Franco venía a Las Palmas, tres o cuatro días antes cogí a mi mujer y juntos nos fuimos a Maspalomas, que entonces estaba totalmente desierta, era una inmensa playa, delicia de ecologistas. Acogidos a la inolvidable hospitalidad de Marcial Franco, el encargado de la finca, buen amigo recordado, pasamos allí, en una caseta, los días de la visita cesárea.

No conviene olvidar, por cierto, que la visita dejó otros recuerdos menos gratos. Unos minutos antes de que el General abandonara la Base Naval, donde había desembarcado, se desplomó un gran muro situado frente a la Base que contenía la arena de una de aquellas dunas todavía existentes. No hubo percances personales, pero sí un aparatoso susto para las numerosas personas que desde allí esperaban al cortejo oficial.

Donde sí hubo víctimas mortales fue en otro accidente acaecido en la calle de Triana. Antes de pasar la comitiva oficial se hundió el balcón de una casa situada entre Constantino y Arena, en el conocido edificio de la familia Lleó. La caída produjo la muerte de una hermana de don Francisco Inglott Artiles, el conocido corredor de comercio y otras dos personas. No había en aquel momento todavía mucha gente en la calle. Hubiese sido una catástrofe, pues la arteria poco tiempo después se llenaba de gente.

Pero lo más pintoresco de aquella etapa de coacción sigilosa, insidiosa, en que por fuera no pasaba nada pero por dentro nos hacían la pascua a unos cuantos privilegiados, fue lo de mi pasaporte. Cuando entré a trabajar en la casa Hijos de Juan Rodríguez, S. A., primero como subdirector, a los dos años como director, tuve pronto necesidad de viajar al extranjero, tanto nuestras importaciones, como

nuestras exportaciones de fruta, así lo exigían. Hice la petición de pasaporte y me lo negaron: era peligroso que un rojo contara de viva voz fuera de casa lo que todos sabían, sin tener en cuenta además las posibilidades conspiratorias que daba salir fuera de nuestras fronteras. Por fortuna, y ya puedo contarlo, un buen amigo me sacó de apuros. El tenía en Irún un amigo militar con un alto cargo, a quien había hecho agradecidos servicios, y que había utilizado ya el astuto medio que yo luego empleé. Mi amigo canario se puso en contacto con el jefe militar, cuyo nombre, a pesar de hacer tantos años, guardo por prudencia: fui a San Sebastián, otro amigo me llevó a Irún y allí el coronel me entregó un «salvoconducto oficial», con mi nombre, la autorización y la fecha de salida, la del regreso en blanco para rellenarla oportunamente. Utilicé el sistema dos veces. Llegado a Hendaya cogía el tren de París y allí, un amigo inolvidable, Amadeo Ballester, que bastantes años más tarde tanto ayudaría a mi pobre hijo Octavio en sus años parisinos, me hizo inscribir como súbdito español, residente en su casa de la calle Saint Martín, 25, y con el carnet de vecino de París, ya pude viajar por donde me interesaba. Al año o año y medio, por fin, me dieron el pasaporte con la fórmula famosa: «Todos los países de Europa excepto la URSS y países satélites.»

Cuando traté de ir a América necesitaba un visado especial. A través de cautos avances supe que sería difícil conseguirlo, y desde luego se tardaría mucho. Tuve la suerte de que estuviera aquí de segundo comisario un amigo lagunero, gran persona, conocido de larga fecha, que, sin consultar con la superioridad y pensando que mi viaje no trascendería, me firmó el pasaporte. Pero un día llegó por no sé qué conducto a noticia de un chico canario que trabajaba en Radio Nacional de Madrid —sobrino de José Marrero Regalado, el conocido arquitecto, con quien tuve amistad fraterna— que yo había dado con gran asistencia y éxito tres conferencias en la Universidad de La Habana. El, a su vez, dio la noticia por la radio, comentando el triunfo en lejanas tierras de un paisano, y, ¡allí fue Troya! Desde la Dirección General salieron rápidas y duras órdenes para averiguar, como en el conocido juego gramatical, porqué, dónde, cuándo y cómo le habían dado pasaporte para América a un rojo recalcitrante en cuya ficha policial, entre otros honrosos epítetos, se decía de mí, textualmente, que era «enemigo de la humanidad». El pobre Alonso no tuvo humor para contestarlas invocando los pragmáticos versos:

He reñido a un hostelero.

¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Porque donde, cuando como, sirven mal,
me desespero.

Pudo explicar el dónde, el cuándo y el cómo, pero no supo justificar debidamente el «porqué» y le costó, y menos mal, el traslado a Tenerife, que era su isla natal. Esto ocurría a fines del año 1956.

Desisto de poner otros ejemplos. Los cuarenta años de sequía franquista —se entiende de las libertades, aunque no de los trigales, cuyos fallos suplió Perón— tuvieron tres claras fases, aunque los linderos entre ellas no estuvieran claramente delimitados: la fase triunfal, represiva, desde que acabó nuestra guerra hasta que percibió que la mundial no iba a ganarla Hitler, como seguramente él deseaba desde el fondo de su pétreo corazón, en cuyo cruel transcurso hubo asesinatos y fusilamientos a granel. El General, de sobremesa y tomando café, confirmaba los fallos de los tribunales militares que le traía el jurídico Martínez Fusset, poniendo de su puño y letra *Garrote y prensa*, es decir, que lo mataran y lo difundieran. Esto lo cuenta en sus «Memorias» el general Franco Salgado, su antiguo ayudante. Vino luego la fase del susto, la que produjo la victoria de los aliados y el temor de las medidas que todos esperábamos que ellos tomaran, y no tomaron. Durante unos años el espadón del Ferrol levantó el pie del acelerador y hubo relativa tranquilidad entre los vencidos. Después llegaron, la amistad con los yanquis, la entrada en la UNO, en la UNESCO, etc., que volvieron a ensoberbecer al santurrón del Pardo y volvimos a tener pruebas de otras formas de represión más ladinas y subrepticias, más sigilosas pero no menos vindicativas, con la censura de libros y prensa, con interdicciones, con veladas amenazas, con detenciones, etc. Aquí, por ejemplo, llegó un nuevo gobernador de probada lealtad. Apenas llevaba un mes en el mando requirió de los presidentes de las sociedades a las cuales yo pertenecía como directivo, que me destituyesen del cargo, que yo no podía ocupar por obvias razones. Los presidentes del Museo Canario, del Club Marino de Fútbol y del Club Pala de las Canteras, se hicieron los sordos, agacharon el morro y esperaron. El único que tuvo el valor de dar la cara y coger al toro por los cuernos —esto sólo es una metáfora literaria— fue José Luis Benjumea y Medina, que por algo descende de los Ben Omeya y tiene sus genes moriscos. Le dijo al Poncio que él no lo hacía, que yo era un ciudadano honesto y respetado, y tan bien hizo mi apología que cuando, al azar de una exposición de arte o algo similar, me encontré por primera vez con el delegado del Gobierno, éste se me acercó y me ofreció largas excusas pretextando que lo habían informado torcidamente.

Todo esto explica aquella especie de levitación, de sentirme suspendido en el aire, respirando un oxígeno distinto, más puro y exaltante que el de mi patria, embriagador, sublimador, que experimenté en uno de los primeros días de mi llegada a París después de la guerra. En un cine de aquella capital daban una sesión en la que se proyectaba un noticiario sobre el primer concierto que en la iglesia de Prades, un pueblecito del Pirineo francés donde vivió últimamente en el exilio, organizó el genial violoncelista catalán Pablo Casals dirigiendo a los veinticinco mejores celistas del mundo. El texto del valioso documental era leído por María Casarès, la gran artista teatral franco-española, hija de Santiago Casares Quiroga, jefe del último gobierno republicano anterior al pronunciamiento militar. Aparecía sobre la pantalla el paisaje: unos perfiles montañosos que poco a poco se concentraban en el abigarrado montón de rústicas casas que constituyen el pueblo, con la señera torre de su iglesia. La voz grave, casi bronca, pero clara y bien articulada, de la insigne artista decía así, palabra más, palabra menos, mientras se recortaban los escarpes pirenaicos:

Allá, detrás de esos picos que coronan las nieves, gobierna un tirano que, amparado en la fuerza, desposeyó de sus libertades al pueblo español, y por desprecio del cual vive en voluntario exilio en la pequeña aldea de Prades, fronteriza de su tierra catalana, el mejor violoncelista del mundo, honor de su patria y de la humanidad, que es Pablo Casals.

XXVII

LA LLAGA SIEMPRE ABIERTA DE UN RECUERDO

El que primero se duerme ha facilitado el camino para que el que sobrevive no tenga miedo al sueño eterno.

(FRANÇOIS MAURIAC, «El fin de la noche»)

Si la Providencia, Dios, la naturaleza, o quien sea, hiciera bien las cosas, con arreglo a esa lógica natural o a ese ritmo cósmico que pide que la noche siga al día, el invierno al otoño, el fruto a la flor, la muerte a la vida, yo debí morir antes, mucho antes que mi hijo. También el derecho natural pide que el viejo preceda al joven en el eterno camino desconocido. Octavio tenía 51 años; a mí me faltaban cuatro días para cumplir 81. Desde que nos falta, hace ahora justamente dos años, no ha pasado ni una sola hora sin que su recuerdo me envuelva como una sombra, siempre presente y siempre vigilante. Porque, dondequiera que esté, estoy seguro de que no nos abandona un solo instante, a su madre y a mí, aquella ternura suya, tan tímida en expresarse como solícita y firme en su cercano desvelo. Era contenido y sobrio en las pruebas de su cariño, como serio y reflexivo en todas las decisiones de su existencia. Para él había una sola moral, un solo inmutable principio ético, como había un solo Dios, aunque no se pagara nunca mucho de sus cultos externos. No era un puritano pero tenía de los puritanos de genuina raíz la convicción de que la vida sólo se honra, sólo se sublima en una unidad trascendente sumando día a día el recto ejercicio del deber, el puntual cumplimiento del trabajo, la regular observancia de esas máximas eternas que nos dicen que al prójimo como a ti mismo, no hagas a los demás lo que no quieras para ti, tu mano derecha debe ignorar siempre lo que haga la mano izquierda y el camino de la virtud sólo se cons-

truye piedra a piedra, y pensando que no debemos confiar en que un solo acto de arrepentimiento libera una existencia entera si esa existencia tuvo más senderos torcidos que cabales sendas iluminadas. Estudió en su carrera deontología médica, la ciencia de los deberes, y ni una sola vez, ni antes por instinto, después por sapiencia, hubo de apartarse del justo camino derecho, siempre azaroso, en ocasiones duro, que aquellas normas le trazaron.

Lo que era para él su deber, que en este caso se conjugó con lo que también era para él la ternura filial, se nos muestra en este decisivo episodio de su existencia. Entre unas cosas y otras llevaba viviendo fuera de la isla unos dieciséis años, desde que comenzara en Madrid sus estudios de Medicina, salvo las cortas estancias veraniegas. En ese lapso se había doctorado, se había casado, había pasado tres años en París, había tenido tres hijos, se había labrado en la capital una sólida posición, especialista en endocrinología por oposición en la Seguridad Social, auxiliar del profesor Díaz Rubio, en la Universidad, médico de la Cruz Roja, despacho médico en el pueblo de Barajas y en su propio domicilio, médico de una importante empresa industrial. Había comprado en la sierra, a cinco kilómetros de Rascafría, en la provincia de Madrid, cerca del Paular, a doscientos metros del curso inicial del Lozoya, a unos mil metros de altitud, una parcela llena de pinos y robles, donde el verano es siempre delicioso y el invierno, aunque duro, con buen fuego hogareño, soportable y estimulante, y en el mismo centro del amplio solar boscoso, en un ancho claro, tapizado siempre de verde yerba, había erigido, más que un refugio, una casa cómoda y bien dotada. Su ejemplar condición ahorradora, virtud que no heredó del padre, se lo había permitido en pocos años de trabajo.

Un día, por azar, se encontró en algún sitio de Madrid a un amigo mío que también lo conocía a él. En el curso de la conversación, incidentalmente, el amigo común le dijo:

—Hace poco estuve con tu padre; por cierto anda un poco delicadillo —añadió sin darle importancia.

Yo no he estado delicado nunca. Me han operado dos veces, estuve en trance de perecer por otra causa, nunca de enfermedad, según a punto explicaré, en tres o cuatro ocasiones, pero salvo algún catarro, alguna leve pulmonía, mi salud, si no ha sido de hierro ha sido de roble. Mi hijo se quedó preocupado, telefoneó en seguida y comprobó, en efecto, la exagerada apreciación del amigo, que sin duda me vería casualmente con un acceso de las jaquecas que sin mayor riesgo sufre esporádicamente cualquier cristiano bien azacanao, y yo lo he estado siempre. Advino el verano, mi hijo, su mujer, Mar-

garita, y los tres chiquillos —la cuarta le nació aquí— se pasaron con nosotros el mes de vacaciones y a principios de septiembre todos regresaron a Madrid. Seguimos teniendo nuestra regular comunicación: mis frecuentes viajes a la capital, las detenidas llamadas telefónicas de su madre, etc. Un día de los mediados del noviembre siguiente, me llamó:

—Papá, te llamo para avisarte que la semana que entra vamos para Las Palmas.

—¿Cómo? ¿Es que adelantas las vacaciones?

—No, papá, nos vamos de arrancada.

Me quedé atónito. Era esto lo menos que yo pudiera sospechar, pues aunque él alguna vez, medio en broma, nos dijera que mi mujer y yo, como no teníamos otro hijo, debiéramos irnos a vivir a Madrid, de sobra comprendía que una existencia como la mía, tan llena en la isla, tan nutrida y tan volcada en la isla, no se desarraiga fácilmente, sin un doloroso desgarrón. Y cumplió como dijo: a fines de noviembre estaba aquí. Había abandonado todo, una envidiable situación, un porvenir seguro en la profesión académica para la que lo dotaban espléndidamente su profunda preparación, su bien hablar y su antigua vocación, unas relaciones de amistad y de profesión que tanto cuestan adquirir: venía a comenzar de nuevo, a rehacer una vida que ya estaba colmada, y ello por propia decisión, por un acto de auténtico libre albedrío, y no como su padre, que tuvo que empezar tres veces por insoslayables empujones del destino. Pero él lo explicaba a los amigos con la sencilla claridad de un silogismo:

—Soy hijo único y además soy médico. No puedo sentirme tranquilo teniendo a mis padres, todavía sanos pero tomando años, tan lejos de mí, desvalidos de mis cuidados, desasistidos de mi responsabilidad.

Y añadía, cerrando el razonamiento con la fina ironía que nadie le sospechaba:

—Ya que Mahoma no puede venir a la Montaña, justo es que la Montaña vaya a Mahoma.

Ya establecido aquí, en verdad no le fue difícil volver a situarse bien. Encontró un puesto de especialista en el Seguro, como tenía en Madrid, lo nombraron médico de empresa —también había ganado el título opositando— dos o tres buenas sociedades, abrió consulta pública que pronto fue frecuentada, lo hicieron jefe de la Sección de Nutrición y Endocrinología en el Hospital Insular, explicó Patología Médica en el Colegio Universitario de Medicina, su íntima vocación, era eficaz y recordado director del mismo hospital cuando lo sorprendió la artera enfermedad que nos lo arrebatara. Todo lo con-

siguió merced a su exclusivo esfuerzo. No necesitó sino la ayuda material que su padre, tan contento y tan feliz de poder hacerlo, le proporcionó hasta que él pudo ganarse su propio sustento. Su bachillerato en el Colegio Viera y Clavijo, con sus matrículas y su Premio de Honor, su brillante carrera en la Universidad Central, con unas notas excelentes, su laborioso doctorado, preparado en hospitales de París y Madrid, con la tesis que obtuvo sobresaliente «cum laude», sus dos oposiciones a las plazas de la Sanidad Pública, de Medicina interna y de Endocrinología, con los primeros puestos, incluso su ingreso como interno en el primer hospital de París, el de Laënnec, no tuvieron jamás necesidad de intercesión ajena. Mi única gestión fue recomendarlo en París a la atención del cirujano, el doctor Henri Le Roy, que me operó en la capital francesa en 1951, para que lo introdujera en los medios universitarios y hospitalarios. Su ingreso en el primer centro francés de los cuatro en que trabajara tuvo su anécdota. El director del establecimiento le explicó que lo admitiría con sumo gusto, pero que tendría que sufrir un examen previo que era preceptivo. Octavio, mi hijo, accedió bien gustoso. En aquellos mismos días, en efecto, en un aula del gran edificio varios doctores franceses lo sometieron, junto con otros treinea aspirantes de varia procedencia —franceses, argelinos, vietnamitas, africanos del Senegal y Costa de Marfil, etc., todos graduados en centros franceses— a un largo interrogatorio, terminado el cual le dieron el «placet», el acceso. Estaba ya asistiendo a las visitas de salas y a los laboriosos cuando una mañana se le acercó el director.

—Doctor Rodríguez —le dijo— le debo a usted una explicación.

—Dígame, director, le escucho —asintió Octavio.

—Le dije a usted el otro día que la prueba para el ingreso era preceptiva, pero esa fue la primera vez que la hemos hecho. Yo no tenía mucha confianza en la preparación de los médicos españoles, y para no examinarle únicamente a usted, decidí la prueba general. Y debo explicarle para su satisfacción, que no sólo acreditó usted su buena preparación, sino que es usted el mejor preparado de todos los aspirantes. El nivel de enseñanza está en su país muy por encima de lo que erróneamente suponíamos.

Cuando me lo contaba mi pobre hijo apostilló:

—Eso se lo debo, papá, a la señorita Padrón, mi vieja profesora de Química del Colegio Viera y Clavijo, que tenía fama de ser un «hueso», pero que era estupenda enseñante. Aprendí mucho con ella.

Tuve ocasión de transmitir a la profesora, ya desaparecida, el contento de aquel antiguo alumno por las dosis bien crecidas de ciencia que ella le proporcionó y que tanto le aprovecharon.

En nuestra ciudad, en su acogedor hogar de la Plaza de la Fuente Luminosa, mi hijo volvió a reconstituir la intensa vida familiar que tanto amaba. Apenas salía sino para sus trabajos. Sus dos grandes pasiones, la música y las plantas —estudió piano con el recordado profesor Cástor Gómez Bosch, y tocaba muy bien el acordeón además de la guitarra y el timble— tenían en su propia casa medios y ocasión de expandirse: un piano «Gaveau», que le regaló su padre, una gran discoteca —los barrocos desde Bach en adelante fueron sus preferidos, pero fue el suyo un anchuroso gusto ecléctico— una enorme colección de «cassettes» que casi comprendían la total historia de la música. Poseía un oído finísimo, que han heredado dos de sus hijas, y era el más exigente crítico que pueda imaginarse. A los cantantes de nuestra ópera no les pasaba el menor fallo. En cuanto a las plantas, la botánica fue la rama que más estimaba entre las ciencias naturales, y los anchos balcones y los luminosos salones de su piso fueron testigos de esta entrañada afición: cuidaba a sus plantas con idéntico mimo con que siempre lo hizo a sus animales domésticos, el último que tuvo, una perrita «caniche», por la que sentía especial cariño, pocos meses le sobrevivió. En la vieja casa de la calle de Triana, en casa de su bondadosa abuela, donde mi mujer y él se refugiaron cuando me encarcelaron los militares, había espacio para todo: él tuvo loros, gatos, un mono, palomas y conoció los sucesivos perros, creo recordar que fueron tres, que siempre alegraron nuestro hogar.

Fue, no sólo un hijo solícito, cariñoso, generoso, atento siempre y preocupado de la salud y el bienestar de sus padres, espejo de virtudes y claridades con su esposa y con sus cuatro hijos —de ellos un solo varón—, sino que fue también para mí un amigo incomparable. Sabía yo cuál era su alegría al ver que su padre, en las últimas décadas de su vida, podía respirar al fin en ámbitos de libertad y podía trabajar con vocación y amor por las causas y los ideales humanistas que siempre defendió y que él igualmente compartía. Intuía yo cómo le contentaban todos mis pequeños éxitos, la publicación de mis libros, mi breve pero intensa carrera política. Quizás el último gozo que sintió en su vida —ya fatalmente amenazada— haya sido presenciar el emotivo homenaje que al cumplir los ochenta años me rindieron muchos buenos amigos, en una noche inolvidable. Tuve muchas veces el palpito de que también se sentía íntimamente orgulloso, con tímido orgullo ruboroso, de su padre, de los afectos y adhesiones que suscitaba, de la popularidad sana que la política, y sobre todo su larga alcaldía, le han procurado. Pero él también percibía que su padre se sentía tan orgulloso de su hijo como Pigmalión pudo sentirse alguna vez de Galatea, porque su padre se ha vengado frente a la vida de

todas sus frustraciones proporcionándole a su hijo lo que su propio padre, menos afortunado, no pudo procurarle a él: sus completos estudios universitarios, su buena formación.

Ahora, al evocar su memoria, vuelve a lacerarme la conciencia, como agudo torcedor implacable, la misma muda interrogación que me saltó a los labios cuando lo vi morir: ¡Señor, Señor, ¿por qué, por qué tal injusticia? ¡Tu voluntad, Señor, se hizo contra la mía!, como clamara un gran poeta, también en trance dolorido.

Ya no le tengo miedo al sueño eterno, como escribe Mauriac, porque mi hijo se ha dormido primero, pero a su madre y a mí nos han sido turbados para siempre, el siempre de nuestros días y nuestros pasos contados, nuestros sueños y vigilias terrenales.

XXVIII

EMIGRANTE EN AMERICA

En otros capítulos anteriores he tenido oportunidad de explicar cómo, a partir de su reconocimiento oficial exterior, el régimen franquista inició una segunda onda de represión, hipócrita y subrepticia, cuyos efectos, ignorados del buen pueblo, sólo percibíamos los que directa o indirectamente la sufríamos. En algunos momentos, después de tantos años oyendo el mismo estrambótico sonsonete contra rojos y masones, había pensado en hacer por América un viaje exploratorio, y si me cuadraba bien, establecerme allí. Pero mis responsabilidades como director de una importante empresa, la carrera, todavía a medias, de mi hijo, la dificultad de desarraigarme de la isla, que nos cautiva de tantas maneras, aplazaban mi decisión, que en rigor no estaba bien madura. Mas, una doble circunstancia pesó de pronto en la balanza: a través de Pepe Marrero Regalado, el artista y arquitecto tinerfeño con quien tuve gran amistad, que acababa de regresar de Cuba, el Departamento de Lengua y Literatura castellana, que dirigía un profesor prestigioso, más tarde, en París, embajador de su país ante la UNESCO, Raimundo Lasso, me invitaba a dar tres conferencias en aquella Universidad. Las fechas coincidían con la celebración del 50.º aniversario de la fundación de la «Asociación Canaria de Cuba» y de su excelente hospital en Rancho Boyeros. La directiva de esta institución se sumaba a la invitación para que hablara el día de la conmemoración oficial. A este atractivo señuelo se unió otro hecho, aunque de índole poco grata: después de dieciséis años dirigiendo una importante empresa, la incalificable gorronería de uno de sus más conspicuos consejeros, insensible y ciego a unas decisiones mías, que el tiempo confirmó ser acertadas, me había creado una incómoda situación personal. Matías Vega, que era otro de los consejeros de la empresa, me pidió que reflexionara, me tomara un des-

canso, y después actuara. Pasé dos meses en Londres, 'atendiendo aquellos negocios, pero a la postre me resolví a dejar la empresa. Aquel mismo año fallecía mi madre. Su súbita enfermedad me sorprendió en Londres. La aflicción que me produjo su muerte contribuyó no poco a ensombrecerme el escenario insular. De esto me ocupaba cuando Pepe Marrero me trajo las cartas invitatorias. Vi en ello un guiño expresivo del destino: me iría a América a conocer dos o tres países y probar fortuna. Liquidé cosas, vendí acciones, le puse a mi hijo en su banco el dinero necesario hasta terminar su carrera, embalé algunos libros, ropas y papeles, y Mercedes y yo, a mediados de octubre de 1956, en Santa Cruz de Tenerife levamos anclas rumbo a La Habana. Fueron, precisamente, las anclas del «Santa María», el mismo buque que, meses más tarde, habría yo de estar despachando durante casi veinte años, como director de «Camilo Martínón Navarro», la firma que lo consignaba. Ramón Peñate, el empleado en aquel puerto, amigo de la infancia en San Cristóbal, me recomendó al comandante, Mario Simón, que sería luego un verdadero amigo, incluso mi anfitrión en mis primeras idas a Lisboa. En uno de aquellos viajes a la capital lusitana, frecuentes y regulares, tuve la gran suerte de coincidir —y asistir— con la presentación en Europa de Alfredo Kraus, nuestro gran tenor —a quien concedí la Medalla de Oro de la ciudad a los 25 años de tal fecha—, que cantaba con María Callas la «Traviata», en el Teatro de Opera de la capital portuguesa.

Fue aquél mi primer viaje marítimo a América. Posteriormente haría dos más en el mismo navío y en otro gemelo, de igual bordo. Mis otros viajes a aquel continente los he hecho en avión. He tenido incluso hasta la suerte de sobrevolar, con tiempo claro y espléndido, los Estados Unidos, desde el sur al centro del norte, y desde allí a Nueva York: Fort Myers, de Florida, hasta Minneápolis, donde nace el Missisipi, sobre la llana inmensidad de los campos, tan bellamente coloreados, y de allí a Nueva York, sobre los grandes lagos. Nos dio el soberbio paseo la lujosa avioneta de un buen amigo americano, un aparato con dos reactores para ocho pasajeros: una «gozada», que decimos por aquí. Pero, sin embargo, para mí siempre han sido más gozosos los viajes largos por mar: no hay mejor antídoto para des- embarazarse de las toxinas ciudadanas. No siempre ocurrió así, y menos en los tiempos de la «pacotilla», cuando los canarios llevaban géneros a Cuba y traían en cambio ron, azúcar y conservas de guayaba. El tráfico se hacía en veleros, y fueron famosos los de don Fernando Arocena, el palmero oriundo de Vasconia, abuelo o bisabuelo de José, de Pedro y de Fernando Arocena, viejos y queridos amigos. En uno de sus veleros quiso una vez ir a La Habana don Antonio Ca-

brera, el padre de Agustín, coronel retirado de Artillería. Embarcó en el puerto de la Luz, mas el hombre tuvo mala suerte. El mar se encrespó y batió sin piedad al frágil bergantín, que se averió y tuvo que torcer el rumbo para volver a la isla, hacia el embarcadero más cercano. Tres o cuatro días de navegación inútil, capeando el fuerte temporal. Don Antonio no se había enterado de nada, materialmente clavado en su litera con un espantoso mareo. Cuando el barco ya se acercaba a la costa del norte de la isla, tranquilizado el oleaje, don Antonio subió a cubierta para presenciar el atraque. Muy cerca ya de la orilla, extrañado, advirtió a otro de los pasajeros:

—Si no supiera que estamos llegando a La Habana diría que aquel hombre que está en el muelle es uno de «los Machitos», de Agaete.

En efecto, era uno de ellos: desde siempre se conoce por el apodo familiar de los «Machitos», en la villa norteña, a la laboriosa estirpe de los García. Uno, muy amigo, fue Segundo, compañero de partido y de prisión. Y vástago joven que honra hoy a la casta, es Juan Francisco, el actual director de nuestra Caja de Ahorros.

Llegamos a La Habana, tras escalar en Miami, Curaçao y la Guayra, hacia el 20 ó el 21 de octubre. Nos estaban esperando Raimundo Lasso, el profesor y su esposa Gloria —con quienes años más tarde, estando los cuatro en París, pasamos buenos ratos y visité varias veces el soberbio edificio de la UNESCO— y la directiva de la Asociación Canaria. Entre ellos Pancho Montesdeoca y su mujer Anita, Sonia y Diana, sus hijas, que durante nuestra estancia serían nuestros más frecuentes acompañantes. En primer término también estaba don Tomás Felipe Camacho, palmero de origen, uno de los mejores abogados de la isla, consejero de presidentes y de compañías azucareras, ex decano del Colegio de Abogados. Hicimos una entrañable amistad hasta los mismos días de su enfermedad y muerte en Santa Cruz de Tenerife, adonde vino a vivir tras la toma del poder por Fidel Castro. Guardo de su noble figura un imborrable recuerdo. Me hizo conocer la vida nocturna de La Habana, en restaurantes y espectáculos, casi tan brillante como la de París. Fui a vivir al barrio de El Vedado, residencial, a un apartamento muy bien apanado. El local tenía en el bajo un comedor de aceptable calidad. A indicación de los canarios llevé a Cuba una nutrida colección de fotos, ampliaciones, etc., con toda la obra de nuestro pintor Néstor y de los mejores artistas de la Escuela de Luján Pérez —Felo, Santiago, Arencibia, Gregorio, Plácido, Colacho Massieu, etc.— además de numerosos juegos de fotografías de las islas que me preparó la Delegación de Turismo. Fue aquél un viaje de promoción de nuestro archipiélago. Inauguré el certamen fotográfico con una conferencia evocadora de nuestra historia, nues-

tros usos y hábitos, nuestro humor, que participa a la vez de la sorna y socarronería del gallego, la fina ironía del inglés y la ágil chispa del andaluz. No se me olvidará nunca la emoción de aquellos canarios, hijos y nietos de canarios, muchos de los cuales lloraban a moco y baba, enternecidos por el recuerdo o la soterrada nostalgia. Un caso gracioso me ocurrió en este aspecto con Pepe Hurtado de Mendoza, hermano de Ambrosio, hijo de don Hermenegildo, que fue uno de los sobrinos de Pérez Galdós. Pepe Hurtado pertenecía a la trinca de Claudio de la Torre, el pintor Néstor, Pedro Perdomo, Juan Rivero, periodista, hijo de don Domingo, el gran poeta, Alonso Quesada, Saulo, etc. Fue un extraordinario caricaturista, bohemio integral, original y llamativo en el atuendo, pegado siempre a una pipa que era como prolongación de su rostro, un apéndice natural. Celebró aquí varias exposiciones con éxito y muchas casas poseen magníficos dibujos suyos. Muy amigo igualmente de mi cuñado Manolo Doreste, congénere en el uso de la pipa, estaba enamorado de mi cuñada Pilar, que fue realmente bellísima. Pepe Hurtado salía y volvía a la isla, pero de repente desapareció. Supimos más tarde que se había marchado a Cuba, mucho antes de nuestra guerra. Por las reseñas de los diarios de la ciudad se enteró de mi presencia en La Habana y vino a verme. En aquel momento el avatar personal lo tenía clasificado como profesor de dibujo artístico de una escuela técnica en Rancho Boyeros. Pero seguía pintando. Me regaló dos lindos cuadritos, uno que evoca El Morro de La Habana y el otro un rancho campesino. Pero su vida en aquel largo lapso había sido una apasionante aventura. Se hizo aviador, luchó en la guerra última como piloto de caza americano, estuvo escoltando convoyes a Rusia por el Artico, fue derribado y herido en cielo ruso, había fundado una Sociedad Colombista para honrar la memoria del Descubridor, de la que me hizo socio, se casó dos veces y después volvió a enamorarse como un párvulo de la primera mujer que había abandonado, mientras la segunda, también poco atendida, lo espiaba a todas horas, etc. Y de todo esto tuve pruebas gráficas y materiales en su casa: cruces, medallas, diplomas, menciones honoríficas, condecoraciones rusas. También aprendió el ruso, aunque no era comunista.

Su primera visita duró más de tres horas: fue un inventario puntualizado de todos y cada uno de sus amigos de la isla, con especial interés por mi cuñada Pilar, a quien seguía idealizando en sus sueños de amor imposible. A aquellas alturas Pilar, ya casada con un excelente funcionario de Telégrafos, que también sufrió represalias políticas, tenía ya sus cuatro hijos.

Al día siguiente de nuestra entrevista, muy temprano, a eso de las siete y media de la mañana, sonó mi teléfono:

—Juan, querido, ayer has despertado al canario que llevaba dormido dentro y no he pegado un ojo en toda la noche. No sabes lo emocionado que salí de tu hotel. He vuelto a descubrir la «morriña». Tengo que seguirte viendo porque estoy hambriento de canariedad.

Nos vimos después muchas veces. Vino a mis tres conferencias, me llevó a comer a rincones inverosímiles, donde comí los platos más raros, y hasta me guió a una ceremonia religiosa «vudú», las del sincretismo afrocristiano, tan arraigado en capas populares negras de aquella isla. Y me presentó a la segunda esposa, la desdeñada, y a la primera, la inaccesible. La primera, es decir, la segunda, se me convirtió en lo que aquí llamamos «una pejiquera». Me llamaba a cada instante y desde Cuba me estuvo escribiendo con frecuente regularidad. A la muerte de Pepe Hurtado —yo le dediqué una nota necrológica en un diario local— se propuso reunir su obra dispersa y preparó una exposición en La Habana. Hace tiempo que no sé nada de ella. Debo añadir que la nostalgia de Pepe Hurtado fue tan grande y súbita que lo llevó a regresar y pasar en la isla una temporada, acompañado de la segunda esposa.

El mejor amigo que tuve en Cuba, pues los dos hemos seguido siéndonos fieles, es Teobaldo Emeterio Padrón, natural del Hierro. Tenía un productivo negocio de gasolina y derivados en La Habana, que continuó en San Juan de Puerto Rico, cuando Fidel dispersó a tanta gente. Casado con una gallega dulce y bellísima, Paz, la viudedad de una joven cuñada convirtió al sobrino político en hijo adoptivo. Hoy, cerca del chico, médico reputado, vive en San Antonio de Texas, desde donde se ha dado algunos saltos a nuestras islas, sobre todo al Hierro de sus morriñas y amores. Somos casi de la misma edad y compartimos gustos literarios, de donde se nos prendió la honda afinidad amical.

Los meses que pasamos en La Habana figuran, para Mercedes y para mí, entre los más felices de nuestra existencia. El pueblo cubano era entonces —no creo que anímicamente haya cambiado mucho bajo la férula comunista— el pueblo más generoso, más cortés y más hospitalario que he conocido en el mundo. Por pobre que fuera tu anfitrión ocasional, o la casa o rancho que visitaras, pues recorrí la isla de punta a cabo, de arriba abajo, y como en el verso del Tenorio *a los palacios subí y a las cabañas bajé*, jamás dejaban de ofrecerte tu tacita de café, tu copita, si la preferías, su propia comida, si venía al caso. Mejor café no he vuelto a tomar en mi vida: puestecillos en las calles, bares pequeños, por doquier, la infusión era siempre deli-

ciosa. Mi mujer, más cafetera que yo, no cesaba de encarecermelo. Yo repetí allí una y otra vez que la isla era el último refugio de la cortesía humana, la virtud de la convivencia por antonomasia, que fue muy española y paulatinamente ha ido desapareciendo. Era regla general ceder el asiento en las guaguas a las personas mayores, estrictamente observada. Cuando los estudiantes en Navidad hacían cuestionamientos para sus proyectos, viajes o juergas, y alguno de ellos subía a una guagua a solicitar una contribución, ni una sola persona, repito, ni un solo pasajero, negaba su óbolo. Los hombres son allí tan generosos como la tierra. Los ocasionales huracanes tropicales derriban a veces grandes árboles y los dejan con las raíces totalmente en el aire. Los enderezan, los vuelven a rellenar y al año siguiente reverdecen o florecen como antes. Frente a mi casa tenía un frondoso ejemplar de una especie laurácea que el año anterior había sufrido y superado tal estrago. Se dice allí que en Cuba se planta un bastón y a los dos años tienes un árbol. Explican ellos que la cortesía que a nosotros tanto nos agradó, derivaba de que ellos son el pueblo más hispanizado, pues su total independencia sólo se ganó cincuenta años más tarde que el último país de los que se liberaron. Persistían los apellidos españoles, los títulos de nobleza que en el XVIII tan pródigamente repartieron los monarcas españoles, y en las casas de abolengo te mostraban los trofeos o reliquias del pasado colonial español con secreto orgullo indisimulado. Cosa que no ocurría en México, como después explicaré.

Di en la Universidad las tres conferencias convenidas: dos sobre el teatro universal contemporáneo, desde Ibsen y Strimberg hasta los más recientes ensayos de la época, y la tercera sobre los amores de Colón y Beatriz de Bobadilla, la esposa de Hernán Peraza, recientemente estudiados por Néstor Alamo y Antonio Rumeu de Armas. Ocho años después, en 1964, explayé esta misma lección en el Conferencia Club del Hotel Ritz de Barcelona, invitado por su presidente don Luis Pí Suñer, que era decano del Colegio de Abogados de aquella capital. Las anécdotas de la conferencia consistieron en que la primera la di en el salón de actos de la Facultad de Letras, pero, a pesar de su tamaño, no cabía la gente, por lo que las dos últimas hube de pronunciarlas en el Paraninfo, el gran salón de actos de la Universidad. Al comenzar a hablar el día en que debuté, tras la presentación del doctor Lasso, observé que entraba por el fondo del salón y se sentaba en las últimas filas la figura de un hombre que me causó la impresión de que era persona conocida, pero sin que lograra al pronto encontrar su nombre. Me sonaban su cara y su tipo y su aire resuelto. En mi segunda charla ocurrió lo mismo: pero aquel día, desde un rincón olvidado

de mi memoria, había surgido claro y perfilado el recuerdo del sigiloso personaje: aquel espectador, que llegaba y se iba tan furtivamente, era Feliciano Jerez, el compañero médico evadido de Villa Cisneros, antiguo director del Hospital de la Orotava, a quien no veía justamente desde el año 1936. Inquirí noticias suyas. Fue fácil averiguar que ejercía en un barrio de la ciudad, que su hija mayor tenía una farmacia en Santos, una barriada popular, y que él, ya viudo, hacía una vida muy retraída. Acabada la tercera conferencia, que por la curiosa novedad de su contenido gustó mucho al enorme auditorio, me rodearon los profesores, los amigos, oyentes que querían saludarme. Abriéndose paso entre ellos, se me presentó delante Feliciano:

—¿Me reconoces, Juanito Rodríguez? —me preguntó.

—¡Pero hombre; como no voy a reconocerte: tú eres Feliciano Jerez! —le respondí con tono sorpresivo.

Me abrazó fuertemente y fui yo entonces quien le interrogó:

—Feliciano, explícame: ¿cómo es que has estado viniendo a todas mis conferencias desde un principio y hasta hoy no te has hecho reconocer? Yo te identifiqué desde el segundo día, pude saber de ti con todo detalle, pero no quise romper tu misteriosa reserva...

—Mira, Juanito; es que los que estamos exiliados de España tenemos tendencia a creer que todo el que vive en aquel país es un fascista. Y antes de ir a saludarte, te quise escuchar, no fuera que tú hubieses cambiado... —trató de explicarme.

—¡Ay, Feliciano, Feliciano! no te has curado todavía... Va a hacer casi veinte años que terminó nuestra guerra y se os han quedado parados los relojes en el día en que os marchásteis... No todos los españoles que vivimos bajo el autócrata somos falangistas. Pensando así ofendéis sin querer a los que, tragando sapos y culebras, hemos sabido guardar el tipo...

En días sucesivos, Feliciano, extremando sus muestras de amistad, hizo lo posible y lo imposible por restañar el supuesto agravio. El fenómeno era casi general, como pude comprobar semanas más tarde en México... pero ya hablaremos de ello.

Mas, sin duda alguna, la anécdota más memorable de mi estancia en Cuba, pues cobra verdadera calidad de categoría, fue la que nos aconteció en Santiago, al otro extremo de la isla, a mil kilómetros de La Habana. Fui a aquella bella ciudad, que conservaba un evocador y atractivo aire colonial, con sus balcones corridos a lo largo de todas las fachadas, con sus rincones donde se había detenido el tiempo, con casas y mansiones que tenían aires de Vegueta o de barrio andaluz, invitado por la Universidad para dar una conferencia. Me recibieron

y agasajaron el día de mi llegada el rector y el decano de Filosofía y Letras, que por cierto era gran amigo de Jenaro Artiles, antiguo bibliotecario del Ateneo, que vivió en Cuba y profesó allí varios años. Me invitaron a comer en el Rancho Luna, un comedor popular de las afueras, desde donde se domina la soberbia, la imponderable belleza de la famosa bahía. En aquellas aguas tan azules, tan mansas, tan bien encuadradas, se había consumado la ruina definitiva de nuestro imperio colonial. Allí los americanos hundieron su viejo acorazado, el «Maine», en busca del pretexto para aniquilar lo que quedaba de nuestra flota de guerra. De sobremesa, el decano sacó un sobre y me lo entregó.

—¿Qué me da usted aquí, doctor? —le pregunté.

—Sus honorarios, lo que le ofrecimos —explícame.

Le hice ver que en todas partes me pagaban los honorarios después de dar las conferencias.

—Mire usted, ya el dinero está librado y así no cargo yo con él. Da lo mismo, o es mejor, que lo tenga usted, que es el destinatario final.

No le concedí importancia al hecho, pero al día siguiente tenía confirmación del origen de aquel insólito adelanto. Mi conferencia estaba anunciada para las once en el Paraninfo central. A eso de las diez de la mañana, ya arreglado y haciendo tiempo para que nos vinieran a buscar, apareció en mi cuarto del hotel —se llamaba Hotel Condestable, como uno conocido de Burgos— un chiquillo negrito, que tendría catorce o quince años, con una misiva. El chiquillo, que a juicio de mi mujer era el negrito más guapo que encontramos en Cuba, formaba parte de la servidumbre de la casa. En la misiva el rector me decía que sentían mucho lo sucedido, pero que por causas de fuerza mayor, tenía que suspenderse mi conferencia, que él trataría de entrar de nuevo en relación conmigo en cuanto pudiera, cosa que ahora le era imposible. Al cabo de un rato otro huésped del hotel, el escritor peruano Ciro Bayo, me explicaba la razón: en la madrugada de ese día Fidel Castro y sus tropas habían desembarcado en la Sierra Maestra, situada precisamente en la provincia o departamento de Santiago. El rector, el decano y todos los profesores estaban comprometidos en la subversión, como lo estaba la inmensa mayoría del pueblo y de las clases intelectuales, aunque mucha gente pronto se desengañara. Sobre todo la gente madura, los mayores de cuarenta años que conocieron tiempos mejores.

Había empezado, justamente el día de mi suspendida conferencia, la guerra civil cubana: dos años de dura lucha contra los esbirros de

Batista, hasta que el 1.º de enero de 1959, Fidel y los suyos entraban en La Habana.

Siete días estuvimos Mercedes y yo, y los doce o quince huéspedes del hotel, encerrados sin ni siquiera poder asomar las narices. Una vez que ella, oyendo redoble de pasos en una de las calles laterales, trató de alargar la cabeza, le entró una bala por encima y se clavó en el techo. La curiosidad pudo costarle la vida. En los siete días se acabaron los víveres, tuvimos que alimentarnos de conservas de mango y guayaba, latas de cangrejos y de quisquillas, roscas y galletas. Al día octavo decidimos marcharnos: éramos españoles documentados, ajenos al conflicto, y nada podía sucedernos. Cogimos la guagua de la Ruta 80 —un espléndido Pullman, comodísimo—, y estuvimos viajando no recuerdo cuántas horas, parte de la tarde y toda la noche. Sólo recuerdo que en el camino nos detuvieron varias veces, unas, patrullas de Batista, otras, tropas de Fidel: unas y otras nos hacían abrir las maletas. Al final del recorrido, ya en La Habana, me faltaba un precioso reloj despertador, una joya, aunque nada cara, que había comprado en Miami. No sé qué sueños iría a interrumpir, si los del indio Batista o los del barbudo Fidel. En el camino nos ocurrió una cosa cómica. Desconfiado de que me pudieran quitar el dinero que llevaba —los honorarios de la única conferencia de mi vida que me pagaron sin darla, como le pagué yo una a Camilo Cela, que tampoco dio— le hice poner a mi mujer el sobre metido en el sostén. A lo largo de la noche me quedaba dormido intermitentemente, y cada vez que me despertaba, le ponía la mano en el pecho a Mercedes instintivamente para comprobar si seguía allí el tesoro. El autobús tenía delante del conductor un gran espejo, desde donde dominaba todos los asientos. Sólo íbamos en la diligencia Mercedes y yo como únicos pasajeros. El chófer me sorprendió varias veces, aparentemente metiéndole manos a la señora, a través del retrovisor. Los dos teníamos treinta años menos, y todavía estábamos en edad de «enralarnos». En una de las ocasiones se cruzó mi mirada con la suya, y leí en ella como una burlona reprobación. La sonrisa parecía indicar que se había creído que ni siquiera esperábamos llegar a casa, afectados los dos de impaciencia sexual. Al bajarnos en la terminal, mientras le daba una propina —grave mal americano tan generalizado— le expliqué la verdad, para que rectificara su primer juicio apresurado.

Reanudamos nuestra vida en La Habana, por lo menos un mes más. Allí cada quisque era fidelista: la dictadura de Batista había batido todos los «récords» de corrupción y de bandidaje. Cuba era el exudatorio de los yanquis. Limitaban los cultivos de caña estrictamente a lo necesario, dentro de las vastas tierras afectas a sus inge-

nios azucareros. Aquellos anchos campos, maravillosos de color y de fertilidad, se mantenían estériles. Hasta los tomates y limones se traían de Florida. Todo era allí americano: los grandes hoteles y sus ruletas, las minas de níquel, las mejores del mundo, pero también frenadas, los transportes, el teléfono, etc. La «Cuban Telephone Company» era el mejor negocio del mundo, con dividendos inverosímiles: el cubano era un animal que telefoneaba. Las mujeres sobre todo padecían la manía: se tendían en las alfombras o en las camas y se pasaban horas y horas platicando, como dicen ellos. Todo se hacía por teléfono. Hasta los lujosos mausoleos del gran cementerio central, el de Colón, tenían teléfono: los muertos podían así mandar recados a casa con toda comodidad. Eran americanos hasta los lujosos burdeles, con escenarios rotatorios y unas mulatas de ensueño —las más bellas que he visto en mi vida— exhibiéndose con camisitas de tul transparente. Un fin de semana antillano para un americano medio, no necesariamente muy acaudalado, tenía este acontecer: cogía el viernes por la tarde un barco en Florida —Cayo Hueso está apenas más de cien kilómetros de la costa insular— de los que hacían el «tour» finisemanal; se alojaba en el Hotel Nacional o en el Hilton, se jugaba unos dólares en las timbas doradas, se beneficiaba a una mulatilla suculenta y al final acababa con una cogorza de órdago, que requería ser devuelto casi exánime al transbordador del domingo por la noche, en plena putrefacción etílica. Había que haber pasado por La Habana en aquellos años para apreciar lo que significaba la presencia americana, quizás invisible exteriormente, aunque hasta el papel higiénico era americano, pero muy sensible en todos los dominios. En el terreno médico, muchos cubanos —esto era más positivo— salvaron la vida con medicamentos de la base naval de Guantánamo. El aspecto que me pareció más grave, y para los cubanos más mortificante, era la voluntaria esterilidad de sus fincas, capaces de nutrir a una población diez veces mayor que la real.

En La Habana me ofrecieron buenas situaciones: Gastón Baquero, el mestizo cuarterón, fino e inteligentísimo periodista, director del gran «Diario de la Marina», me ofrecía, bien remunerada, la crítica de arte del periódico; mi hijo podría contar con una plaza segura de médico en el hospital de Rancho Boyeros; la Escuela Técnica Comercial me abría sus puertas para profesar; sólo tenía que elegir... Pero yo había salido de Santiago oyendo tiros por doquier, y veía perfilarse el fantasma de una guerra civil. Había sufrido una desgarradora en mis propias carnes... Nuestros cuerpos no estaban ya para soportar otra nueva...

XXIX

INTERLUDIO MEXICANO

Mi estancia en La Habana me permitió reanudar la amistad que, en su larga excursión por nuestras islas, había contraído con la poetisa cubana Dulce María de Loynaz, y su esposo el periodista Pablo Alvarez de Cañas. Dulce María publicó un libro sobre Canarias de una fina gracia lírica. Ella es la hija mayor del general Loynaz, el último superviviente de los que hicieron la guerra de la independencia cubana. Conocí a su padre en uno de los agasajos que me ofreció. Se había divorciado de la madre de Dulce María y se había casado nuevamente con una muchacha muy bella, mucho más joven que él. La madre de la poetisa tenía en El Vedado, barrio distinguido de la ciudad, una lujosa mansión con un gran parque amurallado. Todo el mundo sabía que su pasión eran los gatos, y así todo el que quería desprenderse de algún ejemplar se lo tiraba a la señora por encima de la muralla. Pablo, el esposo, era cronista de sociedad en un gran diario habanero. Esta especialidad periodística contaba como la más rentable del género. Tenían por misión informar a los lectores de las mundanidades de la capital, cuya vida social era intensísima. Los cubanos celebraban, además de las bodas, los bautizos y los cumpleaños, los aniversarios de las nupcias, dándole a cada uno su nombre específico. No se limitaban a las bodas de plata, oro y diamante, sino las tenían de cobre, de latón, de papel, de paja, etc., que no me las aprendí todas. El cronista social se hallaba siempre desbordado. Todo el secreto del oficio consistía en apuntar los nombres de celebrantes y asistentes y describir con los mejores adjetivos las galas que lucían las señoras. Aquello era un pugilato de hipérboles verbales, a cual más rutilante... y más cursi. Pablito tenía un léxico imaginativo y coloreado, y cada crónica suya era una especie piro-técnica rebosante de destellos y pedrerías. En fin de año —aparte el

suelo del periódico, que cobraba caras las fastuosas reseñas— los cronistas recibían su pago. Las familias agradecidas les enviaban, con la felicitación navideña, un buen regalo. Casi siempre un cheque. En la navidad de 1956 yo ayudé a Pablo a abrir sus sobres. Tuve la curiosidad de ir sumando mentalmente los importes que recibí y rebasaban la cifra de veinticinco mil pesos, cuando un peso equivalía a un dólar. Una verdadera fortuna. Sin contar los pavos: aquélla era la ciudad que en el mundo consumía más pavos, pues el ave era algo así como el plato nacional del rico, o pudiente, y el arroz y los frijoles, la comida ordinaria de los pobres. La verdad es que yo me hinché a comer arroz y frijoles, y no sólo por economizar, sino porque eran un plato delicioso, pues las judías negras, de origen mexicano, son las más tiernas y pulposas que recuerdo.

En casa de Dulce María tuve ocasión de conocer a muy buena gente. Encontré de nuevo a José María Chacón y Calvo, gran escritor, colaborador de «La Revista de Occidente», a quien había conocido treinta años antes en la Residencia de Estudiantes. Solterón vocacional, vivía y salía siempre con una hermana, cuya única misión se cifraba en evitar que José María se atracara de dulces, pues además de glotón era diabético. Conocí al poeta Juan Marinello, ya comunista, pero respetado por todos, a directores de orquestas, periodistas, entre ellos Gastón Baquero, que luego se refugió en Madrid y yo traje al Museo a dar una conferencia, etc. Y en la finca «Soroa», de don Tomás Felipe Camacho, el mejor orquidario que he visitado, con más de 1.500 ejemplares y miles de «crotons» maravillosos, edificada en bancales al modo canario, sobre las laderas de un barranco ubérrimo, conocí a buen número de profesores y abogados prestigiosos. «Soroa», que dirigía un botánico japonés, fue convertida por Fidel a su incautación en Parque Nacional: es uno de los más bellos jardines que he visitado en los tres continentes. Don Tomás se expatrió a nuestras islas, donde contaba con familiares cercanos.

Después de mi regreso de Cuba pocas noticias he tenido de los buenos amigos que allí hice. De Teobaldo Padrón ya hablé en el capítulo cubano. De Dulce María Loynaz tuve, después de Fidel, dos o tres cartas angustiosas en las que me pedía aspirinas y bolígrafos. Le mandé tres o cuatro paquetitos y lápices dentro de sobres normales. No he vuelto a saber nada más de ella. Pablo, su esposo, escapó a Miami y supe que vivía en el barrio del South-West, que los cubanos llaman Sagua, adaptación fonética cubana. Hay allí cientos de miles, y he hablado con muchos de ellos en mis dos posteriores viajes a Norteamérica. En Miami encontré escaparates donde, en vez de decir, como era natural, «Se habla español», decía «Se habla inglés». Hasta

el famoso restaurante habanero «Floridita», el del famoso «daiquiri» tenía un homónimo en el South-West. Allí han demostrado los cubanos que son compatibles el clima tropical y el buen trabajo. El ser el pueblo más «telefonítico» —amigo de la distendida charla por teléfono—, con haber dado ejemplo de adaptación a una nueva vida fecunda en un medio ambiente extraño.

A mediados de diciembre recibimos una invitación para pasar el fin de año en México. Me la hacía mi viejo amigo y compañero Nicolás Cabral, vicepresidente del Cabildo, a quien nuestra guerra sorprendió en Madrid. Empleado por Juan Negrín en altas misiones secretas, pues Nicolás fue hombre de gran talento y experiencia, pudo escapar a México y reunirse allí con su esposa y su hijo Nicolás. Este, que estudiaba Arquitectura, fue mi mejor guía culto en la monumental capital azteca. Como España no tenía relaciones diplomáticas con aquella república, nos dieron un pase especial en el Consulado de Cuba. Recuerdo que en el avión iba con nosotros Lucho Gatica, famoso cantantes chileno. Las formalidades del despacho de nuestro equipaje en la Aduana me dieron de golpe la imagen social del país. El aduanero que nos tocó fue despachando una por una las maletas anteriores, haciendo claramente el simulacro de que las abría. Al llegar a las nuestras me miró un momento, se puso los guantes y comenzó a hacer un registro minucioso y detenido de cada objeto, preguntándome su uso. Aprecié que se retrasaba deliberadamente, mientras todos los demás viajeros iban ya saliendo del aeropuerto. Al otro lado de la gran pared acristalada que nos separaba del público, yo veía a Nicolás, venido para recibirme, que me hacía señas. Por fin lo entendí. Con disimulo saqué un billete de cinco dólares y lo puse junto a una maleta. El aduanero, sin rechistar, atrapó la moneda, se la embolsilló rápidamente y con igual rapidez, me cerró las valijas: acababa de descubrir «la mordida», institución nacional. En toda la América hispana existe la corruptora costumbre, pero creo que es en México donde más arraigo tiene. Forma parte ya de la historia mexicana como el tequila y los mariachis. Tuve otras ocasiones de comprobarlo: para adquirir localidades en un teatro, para permitir que un guardia de tráfico nos dejara pasar, en el coche de un amigo, detenido por una imaginaria infracción del código que nos costó siete u ocho dólares. Allí la corrupción alcanza a todo, empujando por el PRI, el Partido Revolucionario Institucional, que lleva más de setenta años en el Poder. La revolución del título se reduce a ver quién se hace revolucionariamente más rico en menos tiempo. Revolución casi suena a total carencia de escrúpulos. Bien es verdad que aquel país es único. El peso que tiene la población india, la in-

diada suelen decir, no tiene parigual en ningún otro. Nosotros presenciábamos una procesión a la iglesia de Guadalupe, de unos veinticinco kilómetros de larga, indios harapientos en su mayoría, que le encogía a uno el corazón. Todos con su rosario, rezando en alta voz. Pero un amigo me explicó que nunca piden a Dios un beneficio para ellos, sino un mal o un daño para un enemigo. Algo así como:

—Dios mío, pártete las patas al vecino que me robó la gallina.

El indio además es un ser impenetrable y estático. Parece llevar solamente vida vegetativa. Es impenetrable y reacio a la educación y a la cultura. Así se explica el fracaso histórico de la gran revolución de 1910, la de Emiliano Zapata y Pancho Villa. Hicieron entonces una revolución agraria, repartieron las tierras de los latifundios, todos los campesinos recibieron sus lotes. Pero como no las trabajaban, pues la pereza inmovilizante es consustancial atributo del indio, al cabo de los años reapareció el desequilibrio de la injusta riqueza: los más listos se fueron apropiando poco a poco de los predios de los tontos y holgazanes, convirtiéndose en restaurados cacicones. Muchos de ellos, a su vez, vendieron a mexicanos blancos y hoy coexisten en el país grandes fortunas granjeadas con pillerías y la más atroz miseria y desamparo que puedan imaginarse. Presenciamos en la Basílica de Guadalupe un espectáculo kafkiano. En el centro del gran templo, en la nave central, acotada a un lado y a otro, se celebraba una boda distinguida: trajes lujosos, chaquets, pamelas, joyas iridiscentes, toda la mejor gama modisteril y sartorial. En la nave de la derecha, un cura revestido con gran capa, ayudado por dos acólitos, impartía bendiciones a los indios en fila que se inclinaban ante él. Tras cada una, el sacerdote alargaba la mano y el indio dejaba en ella una moneda. Vi a una mujer que al tiempo de pasar daba el pecho a dos hijos, ya claramente muy talludos para tener edad de lactancia, arrastrando detrás a otros tres o cuatro no mucho más viejos. Quise fotografiar las escenas, pero el amigo español que nos acompañaba me hizo una seña de advertencia, pues había cerca unos indígenas que no nos miraban con buenos ojos.

Lo primero que se admira en la gran capital es su monumentalidad. La riqueza de la arquitectura colonial es indescriptible: iglesias, palacios, mansiones sociales, etc. A los que se unen los bellos atrevimientos de la construcción moderna. Grupos escultóricos en todos los cruces de las grandes avenidas: el monumento a la Reforma, a los Insurgentes, a Guatemoc, etc. Y el Caballito, un hito escultórico en el centro de la ciudad: una estatua ecuestre de Carlos IV, con un curioso bombo en la frente del rey que parece evocar simbólicamente los muchos cuernos que le puso María Luisa.

No es mi propósito disertar sobre la gran nación, sus iglesias, sus volcanes, sus contrastes, sus razas indias, sus culturas, desde la arcaica a la mixteca, azteca y maya. Ni de aquella Ciudad Universitaria realmente pasmosa, ni de los frescos de Rivera, Siqueiros y Orozco. Aunque sí debo recordar la indignación de mi mujer cuando visitamos el palacio de Hernán Cortés, en Cuernavaca. Los frescos de Diego Rivera son tan ofensivos e insultantes para los españoles —evocados como cómitres y verdugos, dando latigazos a los indígenas— que se quiso salir del edificio y cortar la visita. Tuve que convencerla de que nosotros sólo debíamos ver los valores plásticos de los murales, que son impresionantes. Como impresionante es el Museo Arqueológico, el más bello del mundo.

Lo interesante de nuestra visita —abstracción hecha del conocimiento de un país tan atrayente, curioso y variado— fueron los encuentros humanos. Muy difíciles de regular para el europeo que tiene una noción cortés de la puntualidad. En México se conviene con un amigo en verlo a una determinada hora. Y te explica:

—A las ocho, p. m.

—¿Qué es p. m.? ¿Post-meridian, después del mediodía?

—No, hombre, no; p. m. significa puntualidad mexicana: que puedo venir a las ocho, que puedo venir a las ocho y media y que puedo no venir...

El primer encuentro después del de Nicolás Cabral, tan anhelado y grato, fue el de Agustín Millares. Lo llamé por teléfono apenas llegué para inquirir su domicilio. Me explicó:

—Juan, yo vivo en el número tal de la calle de Anaxágoras.

—¿Anaxágoras, has dicho, el filósofo griego? —contesté.

—Sí, hombre, sí —y con su fino humor habitual me explicó:

—En la calle de Anaxágoras, a dos pasos de la de Protágoras y enfrente de la de Pitágoras... como ves, no puedo quejarme de la vecindad...

En México las calles de los barrios tienen nombres homogéneos: filósofos, médicos, poetas, flores, ciudadanos ilustres, etc., que facilitan la orientación en una ciudad tan inmensa.

No recuerdo si he dicho ya desde cuándo data mi amistad con Agustín Millares Carlo. Nos conocimos en el Ateneo, cuando me hice socio a fines de 1923. Desde entonces fue la nuestra una amistad fraternal. Lo veía en casi todos mis viajes a Madrid. En el año 1936, unos meses antes de nuestra guerra, en mi última estancia en Madrid, comí con él un día. Fui a buscarle al Archivo municipal donde trabajaba —tenía la pasión y la vocación del trabajo, y yo dije en una ocasión que, como en el latino *nulla dies sine linea*, no había pasado

un solo día de su vida sin escribir, no una línea, cien líneas—, lo acompañé andando a la Caja de Ahorros de Madrid, donde Azaña, para ayudarle económicamente, le había conseguido un puesto de consejero, y volví a recogerlo para la comida. Fue el económico el lado débil de Agustín. En verdad ganó bien su vida, pero se había creado tales obligaciones que todo el dinero se le hacía escaso. Hubo un momento en que sostenía cuatro casas: la suya con su hija Tere, aquí; una ayuda que daba a las hermanas de Paulita, su primera esposa, madrileña, fallecida cuando acababa nuestra guerra y él salía de España; la mensualidad que le pasaba a su segunda cónyuge, de la que estaba separado, la mexicana medio india con quien se casó luego; y, por último, el sostenimiento de su único hijo varón, Agustín, mientras estuvo sin empleo en su domicilio de México. A pesar de lo cual jamás perdió el humor, jamás dejó de deleitarnos con sus ingeniosas ocurrencias. Las he contado muchas veces, pero no me importa repetir algunas de sus chispeantes «caídas». Había ganado la cátedra de Paleografía en la Universidad de Granada, pero se pasaba la mayor parte de la semana en Madrid. Explicaba que él era catedrático en Granada de Paleografía sin hilos, por lo lejos que estaba siempre de su clase. Todos recordamos la telegrafía sin hilos. Viniendo un día de Caracas me regaló un libro que acababan de editarle en Venezuela, pero en el viaje notó que el texto tenía muchas erratas. Al entregármelo me dijo:

—Te regalo este libro, pero tiene tantas faltas que al final, en vez de ponerle una «Fe de erratas» voy a tener que ponerle una «Fe de aciertos»...

Fue un extraordinario profesor, un verdadero maestro, claro, eficaz, metódico, magnífico disertador, de quien todos sus alumnos, que fueron legión, guardaron siempre privilegiado recuerdo. Pero a él le gustaba mucho más trabajar en sus archivos y bibliotecas, manejando papeles, documentos, legajos, libretos y diplomas, que dar clases. Y así contaba que cuando llegó a México encontró, en uno de los aniversarios de la Reforma, unos grandes letreros que decían: «Por una sociedad sin clases». Pensó para sus adentros: éste es mi país ideal... Pero menudo desengaño cuando descubrió que las clases no eran precisamente las universitarias. Agustín sustituyó en la cátedra de Madrid a su viejo profesor el Conde de Las Navas, un pedagogo un poco pesado, que no tenía grandes simpatías entre los estudiantes. El hombre era muy friolero y contaba Agustín que en aquellas aulas destartaladas de San Bernardo, para abrigarse un poco, el viejo catedrático se envolvía cuidadosamente las piernas con una manta. Un discípulo comentó una vez en alta voz:

—¡Ya se lió don Juan la manta a la cabeza!...

En una de sus temporadas en Las Palmas, cuando dirigió el Plan Cultural del Cabildo Insular, siendo presidente Lorenzo Olarte —por cierto, lo cesaron sin justificación, poco menos que de la noche a la mañana, de un modo ignominioso— vivía en un apartamento de la subida a San Nicolás. Una tardecita fui a buscarlo. Había un apagón de luz eléctrica y estaba trabajando a la claridad de una vela:

—Agustín, le dije, ¿estás trabajando a oscuras?

—Sí, Juan, sí; ya tú sabes que yo siempre he sido un oscurantista...

La frase le trajo a la memoria un chiste portugués. En un burdel de Lisboa, al acostarse un amigo con una dama de aquella nacionalidad, vio que la muchacha apagaba la luz.

—¿Te gusta hacer el amor a oscuras? —le preguntó el cliente.

Y la cuitada respondió:

—A os curas, a os fraires, a os frates... a todos, no me importa...

No acabaría nunca, y estoy evocándolas mentalmente, de referir anécdotas de Agustín. Todo el mundo sabe de su faceta de sabio y fecundo investigador, de los cerca de trescientos títulos de sus obras impresas, pero yo quiero dar de él, como de Simón Benítez, la faz cotidiana, humana, del hombre, grande por su obra, pero sencillo, modesto, afable y bueno en su diario comercio humano. No era la suya la cara del sabio siempre serio, meditabundo, mayestático, un poco desasido de las cosas de este mundo, sino la auténtica faz de un hombre como todos los demás, que jamás alardeó de nada, ni quiso ni pretendió nunca ser más que nadie, y que pasó por la vida dejando detrás un reguero inagotable de buenos recuerdos, de fecundo trabajo, de gratitudes hacia su ciencia, y a los amigos una limpia memoria, clara como un espejo. Su memoria, me refiero a la de sus neuronas, era fenomenal. Me permitiré citar fragmentos de unas pocas composiciones festivas de las pocas que me quedaron en el coco, entre las muchas que le oí contar en diversas ocasiones. Hubo en Madrid un escritor llamado Cristóbal de Castro, no mala pluma pero muy pedante. Le hicieron su copla:

El hombre se cree un astro
y es lo más tonto que he visto;
Amigos, me cago en Cristo-
bal de Castro.

Joaquín de Entrambasaguas, antiguo profesor de Literatura en la Universidad Central, solterón quisquilloso, profesaba antipatía a don Dámaso Alonso, el famoso poeta y académico. Un día dijo algo

desagradable de don Dámaso que le contaron a éste. El viejo poeta comentó:

Joaquinito Entrambasaguas,
tú que tanto cacareas,
levántate las enaguas
para ver por dónde meas.

Una vez paseaban a la orilla del mar, en Málaga, varios amigos escritores, uno de los cuales, Jacinto Grau, dramaturgo hoy desconocido, llevaba un sombrero de paja de los aquí llamados «maipoles». De pronto un golpe de viento se lo arrancó y el chapeo fue a caer al mar. Enrique Díez-Canedo, gran crítico y poeta, improvisó:

Ayer cubrías de un cráneo
la noble circunferencia;
hoy cubres el Mediterráneo:
no veo la diferencia...

Lamento recordar muy pocos versos de una composición festiva que Agustín recitaba con mucha gracia, dedicada con notable irreverencia a glosar las glorias gastronómicas y confiteras de las monjas, especialistas en estas materias. Era desternillante. Sólo recuerdo estos dos pareados:

¡Qué tortillas mondas y lisas
hacen las monjas clarisas!
¡Y cómo ponen el conejo
las hijas de San Alejo!

No quiero olvidar, de paso, otro encuentro que tuve en México, o mejor, reencuentro, pues Juan Pulido, el gran cantante canario a quien me refiero, había estado ya en nuestra isla, acompañado de su esposa Dalia Iñiguez, la conocida recitadora y artista cubana. Recuerdo que en aquella estancia Juan y Dalia contribuyeron, si no a decidir, a alentar los propósitos matrimoniales de Saulo Torón e Isabel Macario. Saulo era antiguo amigo de Juan. Juntos anduvieron los cuatro por la ciudad y la isla en aquellos días, y las relaciones de los que habían de constituir una pareja ideal, de perfecta armonía, mutua ternura y admirable compenetración, se formalizaron por fechas cercanas a la visita del cantante.

Cuando encontré a Juan en México ya se había separado de Dalia, doloroso episodio que ensombrecería el resto de su existencia. Vivía

en un piso muy bonito en el casco central de la ciudad, materialmente repleto de los numerosos y variados recuerdos que había ido reuniendo a lo largo de sus brillantes actuaciones, como barítono de bellísima voz y gran estilo, en todos los países del área iberoamericana. Me invitó a comer en su casa, en compañía de un viejo republicano exiliado a quien ahogaba la nostalgia de España como una dolencia física. Oyéndome hablar de nuestra patria el alma se le ensanchó. Me decía:

—Todos acabamos por adaptarnos: es ley de vida. Pero siempre soñamos con nuestra tierra y nos parece que la vigilia insomne es sólo un paréntesis fugaz en nuestra verdadera existencia.

Cuando Juan Pulido murió le dediqué una nota necrológica en el «Diario», que era a un tiempo noticia de su arte a los muchos isleños que no lo conocían.

Otros dos encuentros dignos de recordación tuve en aquel mi primer viaje a México: con un grupo de exiliados nostálgicos, una prolongada charla de una noche entera, y el breve reencuentro con Indalecio Prieto, en que la emoción nos agarró a los dos la garganta.

En México vivían dos diputados socialistas canarios: José Junco Toral, hermano de Antonio, que fue alto oficial de Correos y en la capital azteca, como les gusta a ellos decir, ejercía de abogado, asesor de varias empresas del país, y Emiliano Díaz Castro, diputado por Tenerife, que tenía como sustento una pequeña librería, surtida con buen criterio, en la calle de Francisco Madero, cerca de la Catedral. Pepe Junco era viejo amigo familiar. Sus hijos y su esposa nos recibieron con mucho cariño. Me explicaron que entre varios compatriotas se había corrido la noticia de mi llegada y querían hablar conmigo. Nos reunimos una noche en casa de Pepe Junco. Eramos doce o catorce personas: cuatro diputados socialistas, cinco o seis profesionales que habían colaborado con la República, un diputado de Azaña y el hijo de un compañero asturiano que había fallecido en el exilio. Yo tenía interés en conocer cómo habían reconstruido sus vidas fuera de su patria. Pero era mayor el interés de ellos por saber cosas de España. Cortadas las relaciones con México, estaban en la información un poco a merced de las noticias de los «gachupines», emigrantes anteriores a nuestro conflicto, de muchos de los cuales no se fiaban. Y en cuanto a los «gringos», los americanos del Norte, dueños de muchos negocios, sabían que no les interesaban nada los asuntos de nuestro país. Estuve allí desde las ocho de la tarde a las cinco de la mañana. Casi hablé yo sólo: la historia de la guerra en zona nacional, la represión, los gobiernos de Franco, la situación económica, los problemas europeos... qué sé yo. En muchos momen-

tos se localizaban las preguntas: dime algo de Valencia, dime algo de Sevilla... Y yo veía titilar en los párpados de aquellos hombres bárbaramente arrancados de su patria unas lágrimas temblorosas, que no podría afirmar si eran de nostalgia o de esperanza. Porque yo, como era humano y lógico, les decía y creía entonces que la dictadura tendría que entrar pronto en estado agónico. ¡Faltaban todavía nada menos que otros veinte años!

La visita a Prieto fue corta y emotiva. Había hablado previamente con su hija. Desde la puerta de su cuarto pude columbrarlo, en semi-penumbra, sentado en un amplio sillón, con un aparato de radio junto a él. Esperaba mi visita. Don Inda pasaba los días dictando a ratos, oyendo leerle en otros. Había perdido ya totalmente la vista. Por la voz me reconoció en seguida: era el «canario» que él trataba desde sus primeros tiempos de ministro. Evocamos nuestros últimos encuentros y cómo estuvo a punto de cumplirse su profecía de que aquella era la última vez que nos veríamos.

—Se equivocó usted, porque nos estamos viendo —le dije sonriendo.

—Me equivoqué a medias, amigo, porque usted me ve a mí pero yo no lo veo a usted —replicó dando a la voz el tono de quitarle importancia.

Pero él estaba muy conmovido. Cada visita del otro mundo lo enternecía en exceso y tenía muy débil el corazón. Noté además que cuando yo recordaba detalles de nuestro almuerzo, y hube de nombrar a Negrín, esbozó como un levísimo gesto, como una sombra en su rostro. La llaga seguía abierta y no era yo precisamente el llamado a avivarla. El desastroso fin de nuestra guerra, su salida del último gobierno que presidía Negrín, la dolorosa querrela por cuál de los dos había de administrar el modesto tesoro que se pudo salvar para ayudar a los emigrados, el servilismo contraproducente de amigos del uno y del otro, no había permitido que se restañara la herida abierta, por culpa de la mala ventura histórica, entre aquellos dos hombres excepcionales de grandísimo talento y generoso corazón que, en otras circunstancias nacionales, hubiesen podido llevar a nuestro país por verdaderas sendas de paz y libertad.

Salí de la visita muy afectado. Parecía que se me había hundido gran parte de mi pasado, mutilándome la memoria, enterrando con él lejanas esperanzas e ilusiones. Nada hay más doloroso y desconsolador que el espectáculo de la decadencia de un verdadero gigante. No tiene ni siquiera la poesía del sol en el ocaso.

VEINTE AÑOS TRANSCANARIOS

Fui siempre, desde que tuvo uso de razón, lo que he llamado en ocasiones un canario universal. No porque sea conocido en el universo, ¡Dios me libre!, como pueden serlo Galdós, Guimerá, Negrín, etcétera, sino porque me siento canario, isleño, de las siete islas. En el fondo de mi alma, aunque haga ocasionalmente algún chiste sobre nuestros pleitillos provincianos, he envuelto siempre en mi gran cariño a todas las islas, sin distinción, aunque es explicable que, al residir en Gran Canaria, haya merecido ésta más activa consagración mía a su progreso y a su cultura. Mi generación, casi coetánea de la nacional de 1927, fue desde un principio la que menos vivió y sufrió los histerismos de la famosa división. Supimos mirar desde un principio por encima de las fronteras de mar y cielo que nos alejan de Europa. Fuimos universalistas en nuestras simpatías y nuestros tropismos. Canarias fue, desde que la crearon las sucesivas erupciones submarinas, relativamente jóvenes frente a la antiquísima composición primaria del cercano continente africano, del que no forman parte ni geológica ni históricamente, un lugar abierto en medio de un océano muy transitado desde la antigüedad clásica, de fácil acceso, casi de encuentro inevitable en el obligado flujo descendente que crea la corriente marina del Golfo. Estación de servicio, ahora; pero obligada estación de paso desde la noche de los tiempos. Tienen desde su nacimiento vocación de universalidad.

Esta vocación universal, estas simpatías universalistas que al mismo tiempo son suscitadoras de un canarismo único, concentrado, la sentimos más hondamente los que hemos viajado mucho, evocando desde lejanos meridianos los ensoñadores perfiles de nuestras siete islas. Hijas todas de Plutón, el rey de los volcanes mitológicos, cada una de ellas lleva marcada, sobre el genérico aire de familia telúrica,

una seña específica, unos rasgos propios que la distinguen de sus otras hermanas. Esta es una de las cosas que más amamos los buenos canarios: saber que, en el fondo terráqueo, en su clima, en su fauna y en su flora, en sus hombres y mujeres, tan fecunda y bellamente mestizados, somos iguales, somos hermanas, hijas del mismo magma volcánico, pero a las que la Divina Providencia —llámese Dios o el azar y la necesidad— dotó de un signo distintivo, diferente para cada una: un lunar, un hoyuelo en la mejilla, un palmo más de estatura, un mechón rubio, un cabello más rizado, una nariz más ancha, unas cejas más espesas... Pero, a la postre, hermanas, hermanitas, aunque alguna de ellas a veces se levante con malas pulgas y provoque, como en toda familia que se estime, quisquillas y melindres.

Este «cantabile» preludial viene a cuento de explicar que durante cerca de veinte años he estado yendo a Tenerife dos veces al mes, exactamente desde los primeros meses de 1957, a mi regreso de mi breve exilio voluntario en América, hasta pasada mi jubilación oficial, a comienzos del año de gracia de 1975, en que a la Providencia cupo hacernos cambiar el rumbo histórico. Había estado allí, naturalmente, muchas veces antes. Como profesor de la Escuela de Comercio, hacia el año 1922, hice una visita oficial en la que conocí ya a Arístides Ferrer, hermano más que amigo, junto al inolvidable claustro de profesores de aquella escuela de Santa Cruz, con la figura patriarcal al fondo de don Mario Arocena, cuyos textos barrocos me enseñaron legislación y literatura; como directivo del Museo, en el centenario de Viera y Clavijo, en enero de 1931, para festejar al sabio Arcediano en su casa natal de Realejo Alto. Entonces conocí a otras varias personas, entre ellas al indescriptible e inolvidable don Ramón Gil Roldán, del que fui buen amigo hasta su muerte. Volví a encontrar entonces a Francisco de Aguilar, compañero de generación, que inexplicablemente pasó en su juventud de las clases magistrales de don Fernando de los Ríos a las incómodas filas del fascismo teórico. Rara metamorfosis que, dicho sea en su honor, poco provecho material hubo de granjearle, pues Paquito, hombre de grandísima cultura y parejo talento, a lo que une una fluida aptitud oratoria, no ha pasado en su carrera, que debió ser más reluciente, de director de una Escuela del Trabajo sin mayor relieve académico. Conocí a don Ramón cuando ambos estábamos apostados en una de las ventanas laterales del Ayuntamiento, mientras Paquito Aguilar devanaba desde el balcón su discurso sobre la efemérides histórica. Los que lo conocen saben que Aguilar tiene una complexión sanguínea, una tez rojiza, que acentúa sus tintas al hacer un esfuerzo, cosa que ocurría para poder

ser oído sin micrófonos del amplio auditorio que llenaba la plaza. Don Ramón, vuelto hacia mí, improvisó una de sus célebres cuartetas:

Este Paco de Aguilar
me está poniendo en un brete,
pues parece un salmonete
acabado de pescar.

Después de nuestra guerra, mi primera aparición en un gran teatro público fue, precisamente, en Tenerife. La directiva del Ateneo, presidida por Emilio López, interventor del Cabildo, si mal no recuerdo, pero de la que formaba parte el entrañable amigo Jacinto Alzola, que era quien de verdad me conocía y apostó por mí, me invitó para ser mantenedor de los tradicionales Juegos Florales de La Laguna, en ocasión de las fiestas del Cristo. Era un verdadero atrevimiento: en aquellos años se deslizaba, sinuosa y oculta, como un gusano roedor bajo la corteza de un árbol, la segunda represión de rojos y afines que inició el régimen franquista a raíz de su reconocimiento por los Estados Unidos y el mundo de las Naciones Unidas. Nadie se hubiera atrevido a invitarme a un acto semejante en mi propia isla. Mis fronteras verbales estaban siempre constreñidas en ámbitos reducidos: el salón del Museo, las salas del Gabinete Literario, algún saloncito de sociedad menor, lugares donde la concurrencia, limitada y de cierta altura, estaba vacunada contra mi posible infección ideológica. El 12 de septiembre de 1955 pronuncié mi discurso: lo sé porque en la Universidad de La Habana me lo editaron en el año siguiente. Por aquel mismo escenario habían pasado antes figuras del lustre y prestigio de don Niceto Alcalá Zamora, que fue presidente de la II República, y don Angel Ossorio y Gallardo, el gran abogado y orador. El teatro estaba de bote en bote. Yo estrenaba mi propio frac. Lo digo porque el año anterior, el invitado, un periodista de muchas campanillas, César González Ruano, se había encargado un frac en Tenerife y le había pasado la cuenta al Ateneo. Y otros años más atrás, José María Pemán, en igual caso, había pedido participación en la taquilla, y apenas acabó su discurso, corrió como un tigre a revisarla para que no le sisaran en la cuenta. Yo no hice ni lo uno ni lo otro. Entre el público estaban mis amigos, expectantes, un poco intrigados. Asistían igualmente todas las autoridades, incluido el capitán general, que era entonces el famoso general moro, Mizziám, que había sido capitán general en La Coruña y después en Canarias. El mismo que al restaurar Francia en el trono marroquí al monarca alauita, cambió de nacionalidad y se llevó a la Jefatura del Estado

Mayor de Marruecos todos los secretos militares que tendría en su larga carrera española. Cosas de este género sólo se atrevía a hacerlas el general Franco: si la hubiesen realizado Azaña, Suárez o Narcis Serra, los crucifican en efigie, como hacía la Inquisición.

Era reina de la fiesta precisamente su hija, la señorita Jolly, en francés esto significa, con i latina, bonita, y la chiquilla lo era en alto grado. Fue la famosa esposa raptada por sus padres. Se casó en Tenerife, contra la voluntad de sus progenitores, con un chico tinerfeño, de madre grancanaria y de familia muy conocida en Telde; sobre todo contrariando los deseos de la madre, verdadera matrona de espléndida belleza. El padre del chico era entonces Delegado Regional de Teléfonos. Un día, ya nacido un hijo, viviendo felices en Madrid, los padres, residenciados en Tetuán, invitaron al matrimonio a pasar unos días con ellos. Llegaron al aeropuerto con la alegría que es de suponer. Mas, apenas descendieron del avión, se acercaron a la escalerilla dos mazas con forma humana, de inquietante aspecto, que invitaron al marido a subir nuevamente al aparato. La contundencia de unos brazos feroces le impidió todo intento de resistencia. Compuesto y sin novia, es decir, sin esposa, regresó a España por la misma vía en que había venido. A ella la casaron después con un riquísimo comerciante del país. Sólo ella debe saber si volvió a ser dichosa.

Ante esta chiquilla lindísima, y su Corte de honor, digna de ella, pronuncié mi discurso: «Tres rasgos lacerantes del alma contemporánea». «Libertad, soledad y angustia». Evoco como el detalle más sustancioso de la velada y de mi disertación, que tuvo buen éxito hasta aclamarme en la calle mis paisanos estudiantes, lo que ocurrió al final de la primera de las tres partes en que dividí la perorata. Hablando de la libertad, palabra nefanda, interdicta y sospechosa en un régimen que las había devorado todas, recité un bellissimo poema de Paul Eduard —el gran poeta francés a quien Dalí le robó la esposa, Gala—, que circuló profusamente y clandestinamente por París en los tiempos de la ocupación alemana. Creo que la mía fue la primera traducción que se hizo al castellano. El poema, largo, pues contiene veintiuna estrofas en cuartetos asonantados, muy armoniosas y rutilantes de metáforas, comienza así:

Sobre mis cuadernos de escolar
sobre mi pupitre y los árboles
sobre la arena sobre la nieve
escribo tu nombre.
Sobre todas las páginas leídas
sobre todas las páginas blancas

piedra sangre papel o ceniza
 escribo tu nombre...

Continúa la composición poética, repitiendo como cuarto verso de cada unidad, a modo de «ritornello» o estribillo, «escribo tu nombre», para terminar con este sonoro colofón:

Sobre la salud recuperada
 sobre el riesgo desaparecido
 sobre la esperanza sin recuerdos
 escribo tu nombre.
 Y por el poder de una palabra
 vuelvo a comenzar mi vida:
 He nacido para conocerte
 para nombrarte
 Libertad.

Cuando llegué al final, embalado yo mismo por la cálida y honda eufonía de los versos, grité, más que declamé:

¡¡Libertad!!

La palabra sonó, envuelta en sus míticos atributos, llena de ecos sensibles en cada espectador, como una detonación, clara, articulada, inconfundible. Se hizo en la sala un silencio tan denso y agobiante que pesaba como una losa. Nadie se movió. Los amigos, de reojo, miraban al palco de las autoridades, al del capitán general. Alguno me decía después que al terminar mi recital le corrió por el cuerpo un escalofrío, que no sabía si fue de emoción... o de miedo. Aquel silencio tan grande tenía el simbólico valor de una ovación. Pasaron unos segundos, los que tardé en salir de mi propia enajenación. Y no pasó nada. Enhebré la segunda parte, en que también a través de los versos de un gran poeta, Thomas Elliot, inglés de lengua, glosaba el renacimiento del sentido religioso en el hombre contemporáneo, a consecuencia de la gran soledad radical que crea nuestro mundo fantasmal. No vino nadie a detenerme como alguien temió. El primero en acudir al escenario a felicitarme fue el propio capitán general.

He vuelto a Tenerife a hablar públicamente incontables veces: el año siguiente, en 1956, como pregonero de la Romería de San Isidro, fiesta grande en La Laguna, donde por primera vez un canario hablaba *de la raíz y el estilo del alma canaria*; pregonero, charlista o mantenedor en Icod, Garachico, Puerto de la Cruz, Orotava, Guía de Isora

—con Pedro García Cabrera, recitando, como antes en el Puerto, con él mismo, y con Arturo Macanti y Agustín Millares Sall, tres magníficos poetas insulares—; varias veces en el Ateneo de La Laguna y en el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz, etc. Invitado por el profesor Jerónimo Saavedra, mi gran amigo y compañero, el político más sagaz, más lúcido, más culto y preparado de todo el archipiélago, pronuncié en el Colegio Universitario de La Laguna, en 1976, la primera conferencia rehabilitadora de la memoria de Juan Negrín que se había dado en las islas. Después volvería a hablar sobre Negrín en La Laguna junto al profesor Angel Viñas, conocedor de la figura del gran político canario. La última ocasión en que hablé en Tenerife, siendo todavía alcalde, como pregonero una vez más de las fiestas del Cristo, invitado por el también alcalde, mi leal amigo y pintor ilustre, Pedro González, fue hace ahora tres años. No ha podido ser, pues, más estrecha y fiel mi amistad con las gentes de Tenerife y mi cariñosa familiaridad con sus paisajes, con sus bellezas, con su historia. Antes de instalarse el teleférico, había escalado dos veces la nevada cima del Teide: las dos con Simón Benítez Padilla; una, para mostrarlo a Hauser, el geólogo finlandés, y otra, cuando celebramos el Simposio Geológico que organizó el Museo Canario.

Pero mi tinerfeñismo entrañable me lo gané en aquella larga temporada a que antes aludí: los años en que hicieron escala regular en Santa Cruz, yendo y viniendo de América, los inolvidables transatlánticos portugueses el «Santa María» y el «Veracruz», el primero dos veces al mes, y el segundo, en sus viajes al Brasil, más esporádicamente. Los dos pertenecieron a la Compañía Colonial de Navegación. También escaló allí con frecuencia otro navío de gran porte, el «Infante Don Enrique», de la Compañía Nacional. Yo dirigí más de veinte años la firma «Camilo Martínón Navarro», que consignaba estos barcos en toda la región. Por aquellos años, los de la emigración dorada a Venezuela, el «Santa María», cuya silueta llegó a ser tan familiar en la bahía santacruzera, llevaba y traía una enorme cantidad de canarios, principalmente palmeros y gentes del sur de Tenerife. Hacía el recorrido de Lisboa, Vigo, Madera, Santa Cruz, Everglades (Miami), Curaçao, La Habana y La Guaira, y regresaba rehaciendo al revés el itinerario. Después de Fidel, cambió Puerto Rico por Cuba. Como era el mejor barco de su clase que surcaba el mar hasta la Península —todos recordarán su secuestro por Galvao, el primero de este siglo—, pues los grandes barcos italianos se desviaban por el Estrecho hacia Génova, también tomaban la nave para ir y venir a la Península muchos viajeros de todas las islas. Mis hijos, por ejemplo, lo hicieron varias veces para ir a Madrid vía Lisboa. Eduardo Westerdahl, Maud y yo hicimos un

viaje inolvidable hasta Lisboa y de Lisboa a Madrid en mi coche, haciendo escalas en Evora, Trujillo, bajando a Cáceres y visitando otros bellos pueblos del camino. En el vapor pasaban con frecuencia personajes importantes, los que se llaman VIP por los consignatarios y agencias: senadores americanos, altos políticos venezolanos, artistas y escritores conocidos, hombres de negocios importantes, y hasta un famoso y riquísimo sodomita italiano, radicado en Venezuela, que viajó con bastante frecuencia, y en cada viaje se traía un adolescente distinto. Al anunciarme la hora de llegada de cada escala, la Compañía me daba los nombres de los pasajeros de alto copete a los que quería que yo recibiera y agasajara. El agasajo casi siempre consistía en visitar el norte de la isla, con especial detención en La Laguna, en La Orotava, alguna vez hasta Garachico, Icod alto o las Cañadas, con almuerzo en un buen hotel del Puerto de la Cruz. En aquellos largos años, haciendo de «public relations», recibí a incontables personajes, ministros y aun presidentes venezolanos, curaçaeños, periodistas famosos, un famoso escritor americano que me pidió pasar anónimamente, tan anónimo que no logro recordar su nombre, artistas conocidos y millonarios texanos, llenos de anillos fulgurantes y con camisas a cuadros dignas de Miró. Pero la más inolvidable de estas visitas, que casi me dejó traumatizado, fue la de un famoso senador americano, representante del estado de Florida, presidente de una de las importantes comisiones de la Alta Cámara, que son de máximo prestigio político, que me venía recomendadísimo, incluso hasta el presidente de la compañía armadora, que era la primera de Portugal, y cuyo cargo ocupaba entonces el que había sido médico particular de Salazar, el jefe del Gobierno, me había puesto un cable encareciéndome un trato especial. Llegó el personaje, muy encumbrado, pero con ese mal gusto detonante con que los americanos del Norte eligen sus camisas y sus corbatas, y yo lo recibí como me habían instruido. Paseó, comió con un apetito de león más que de senador, le expliqué la historia de las islas, su conquista por los Reyes Católicos, reyes de Castilla y León, le hablé de la simultaneidad del Descubrimiento con la conquista de las islas, la de Tenerife después, etc. Hasta le conté la bonita historia de la princesa gomera Idalla y el señor de la isla, Hernán Peraza. El asentía, me pedía aclaración de un detalle, apreció el sabor de la anécdota histórica, etc. Desde las ocho de la mañana a las seis de la tarde. De regreso de la excursión, comenzaba uno de esos crepúsculos únicos que tienen las islas cuando el sol, cernido por nubes bajas, deja escapar esos tonos violetas, rosas diluidos y granates fuertes, en transiciones sucesivas, que parecen evocar un escenario wagneriano. Nos bajamos en la Cuesta para que desde la terraza del restaurante que

allí había, creo que se llamaba «Vista Bella», disfrutara del espléndido panorama de la tarde crepuscular sobre la masa abigarrada de Santa Cruz, donde empezaban a destellar las primeras luces vespertinas. Nuestro senador admiró lentamente los colores y el lirismo del bello paisaje urbano. Al fondo se recortaba sobre el dique la soberbia silueta del «Santa María». Esto debió traerlo a la realidad contingente. Volviéndose hacia mí, exclamó:

—¡Nice, very nice!... —hermoso, muy hermoso—...

Y tras breve pausa encadenó:

—Dígame usted, míster Doreste, ¿desde cuándo son estas islas colonia portuguesa?

Todavía me dura la estupefacción. El senador, por lo visto, como buen americano para quien el mundo acaba y termina en su nación, no se había enterado de lo que era Castilla, lo que eran los Reyes Católicos, lo que eran los descubridores. Vano e inútil palabrerío... Y no puedo culpar a mi macarrónico inglés porque el hombre había entendido y reído hasta mis pobres chistes.

Los frecuentes viajes a Tenerife me hicieron renovar mis contactos con los viejos amigos de aquella isla y anudar nuevas valiosas amistades. El recuerdo de algunos de los primeros ha pasado ya por estos capítulos. El más antiguo en el tiempo y en la amistad es Arístides Ferrer, el guanche de Arafo; nos conocimos cuando los dos, recién salidos de las Escuelas de Comercio, éramos profesores ayudantes, él de Cálculo y Contabilidad, yo de Física y Química y Tecnología Industrial. Después coincidimos en la militancia política y varios años juntos en la prisión. En mis «Cuadros del Penal» figura incluso en efígie fotográfica. También era muy antigua en el tiempo mi relación con Pedro García Cabrera, el grandísimo poeta, uno de los estros más ricos y variados de nuestra historia literaria. En estos largos años nos hemos encontrado, él, recitando con justa maestría sus propios poemas, yo, con el soliloquio de mis charlas, en fiestas y lugares diversos de Tenerife, después de haber vivido juntos los históricos días de la elección de Azaña para la Presidencia de la República. El destino hizo que fuera yo también el que evocara su recuerdo y nuestra fiel amistad cuando Manolo Hermoso, alcalde de Santa Cruz, me invitó a dedicarle una velada conmemorativa de su reciente muerte, en el Museo Municipal de aquella ciudad. Lo había conocido hacía muchísimos años, cuando siendo los dos todavía adolescentes, venía a pasar temporadas a casa de sus tíos Trujillos, comerciantes gomeros establecidos en Triana. Simpatizamos en seguida: afinidades electivas y afectivas, diría parodiando a Goethe. En la fila de mis recuerdos se recorta también la figura escueta, vivaz, de frágil apariencia, pero

de buen oro batido, del querido Domingo Pérez Minik. Escritor de primera fila, con una obra de proyección internacional, pues sus libros sobre literaturas nacionales sirven de textos en universidades inglesas y americanas, tarde le llegó el reconocimiento oficial que mucho tiempo le debieron. Domingo es el prototipo del «self-made man», el hombre que se ha hecho a sí mismo. Logró el milagro de que su isla no lo aislara: antes bien, ha sido para él plataforma privilegiada, atalaya columbradora que le ha permitido seguir al día la creación literaria española, inglesa y francesa, universal, siempre «à la page», y desde donde, también sin tener que encaramarse al Teide, su voz ha sido escuchada y atendida en los más amplios círculos de estudios literarios. Al fin en su tierra lo hicieron «doctor honoris causa». Tenía que venir la democracia y vencer reticencias, para que al fin algunos universitarios, sensatos y abiertos, frente a otros muy pagados de su privilegio académico —con ese espíritu, no de cuerpo, sino más bien de clan, tan propio de ciertas profesiones— le reconocieran su saber, su tesonero trabajo, su obra ejemplar de verdadero investigador. En cualquier sitio del mundo Domingo sería hoy —aunque ya jubilado porque tiene mi edad— profesor, emérito, a pleno tiempo, o lo que fuere. No le han faltado ocasiones de serlo fuera de España. Pero cuando un isleño se forja un nido, o un rincón confortable de donde pueda ver sin ser visto, si así lo desea, de donde pueda volar y volver cuando quiera, difícilmente se le arranca del cálido cobijo. Es el imán de la isla, la dulzura del ambiente, la voz ancestral de la tierra, de los hombres y del suelo, es este vivo cosmos minúsculo, encantado y mágico que nos envuelve, nos encandila y nos absorbe. El caso de Eduardo Westerdahl es paralelo en el tiempo, en las andaduras, en los logros. Yo le decía a él algunas veces en broma que, aparte su gran talento, su certera visión y su honda competencia, le había ayudado mucho su apellido que, aunque sueco, suena alemán: Westerdahl, el Valle del Oeste, ahí es nada; él supo pasearlo con decoro, brillantez y honor por muchos lugares donde se cuece la mejor crítica artística universal.

Harina de otro costal, pero harina buena, de las que dan buen pan de fértil levadura, es Pepe Arocena Paredes, el eterno y gracioso protestón, bibliófilo empedernido, lector voraz, que a veces parece lucir espinas, pero todos conocemos la jugosa riqueza de su pulpa cordial. Pudo haber escrito mucho: lo ha hecho poco, pero siempre bien. En cambio ha sabido vivir a su gusto, exprimiendo con buen juicio y hondo provecho sus dos pasiones: viajar y leer. Su despacho de abogado, prestigioso, honesto, que le procuró una buena situación, posee el mismo «atrezzo» que hace cuarenta años: en cambio en su

casa los libros ya no le permiten a uno ni abrir las puertas. Otros nombres se me adelantan en el recuerdo: Juanito Trujillo, finísimo y pudoroso escritor, amigo y compañero casi desde que teníamos calzón corto, cuando él hizo la precursora «Rosa de los Vientos» y yo publiqué allí mis primeras crónicas de arte, sobre Goya y sobre cubismo. Pasó por la vida a punta de pies, con una modestia pertinaz tras la cual todos adivinábamos el tesoro de saber y la gracia de estilo que encerraban sus bellísimas crónicas, recogidas hoy en pulcra edición póstuma.

Renuncio a seguir insertando la nómina de mis amigos de Tenerife a los que podría evocar en este examen retrospectivo, en esta especie de contrita confesión que son unas memorias. Cada uno de ellos se vincula con particular destello a tal o cual episodio memorable de mi existencia. Son muchos, muchísimos, e incurriría en el grave pecado de omisión. Tan sólo, para terminar, rememoro las comidas a que yo invitaba a los más viejos en el «Santa María», donde aquellos dos admirables capitanes, Mario Simao, primero, Ignacio Vieira, después, nos ofrecían la más suculenta hospitalidad gastronómica que pueda soñarse: Arístides, Pedro, Eduardo, Domingo Pérez y Domingo Molina, gran periodista, que compartió conmigo la «regalada» hospitalidad de Gando, Pepe, el Arocena y el Curbelo, amigo de niñez y primo por enlace, etc., y olvido a alguno, sin duda. Venía también Ernesto Salzedo, pues como los «chichas» lo consideraban como tal, uno de los suyos, yo también tenía que hacerlo, reconociendo que se lo había ganado y merecido.

Y no me olvido de ti, Jacinto Alzola, canario transplantado y «lagunizado» por amor y devoción. Jugamos juntos al fútbol, él mejor futbolista que yo, cuando nadie hubiera dicho que al correr de los años iban a ser, no balones redondos, sino porras contundentes, las que algún día tendríamos que sortear juntos en el Penal de Gando. De los evocados faltan ya algunos —Pepe Curbelo, Pedro, Eduardo—: no esperaron por nosotros para seguir agotando, con fidelidad y cercanía, la fruición única, inefable, de nuestra entrañable amistad. Donde estén ahora, convoco a sus fantasmas. Si es verdad que, tras la frontera final, tras el cristal invisible, se abren los amenos prados de la bienandanza, de la buenaventuranza, para quienes aquí supieron ganarla, confío en que por aquellos edénicos parajes habrán ellos de encontrarse, pues que fueron, en el recto sentido clásico de la definición, «homines boni», «viri clarissimis», hombres ilustres y nobles.

UNA NOCHE TOLEDANA EN PLENO PARIS

A mediados del año 1950 se organizaron en París diversos actos para celebrar y recordar la obra artística del medio siglo que acababa de transcurrir. Un medio siglo que desde el punto de vista de la creación y de la originalidad es la etapa más fecunda en toda la historia de la humanidad. No necesito hacer mucho esfuerzo para demostrarlo. En el terreno pictórico, agotadas las últimas fuerzas del impresionismo finisecular, surge con vigor toda esa serie de nuevas tendencias que van constelando, como otras tantas estrellas u otros tantos focos irradiantes, el curso de las décadas: pintores «fauves», pintores de la escuela del «naïf» le Douanier Rousseau, todo el cubismo y sus derivaciones, Picasso, Juan Gris, Braque, Matisse, Derain, Modigliani, etc., constructivismo, esquematismo, surrealismo, hiperrealismo, Kandinsky, Klee, Mondrian, etc.; en escultura surgen desde Sadkine a Maillol, todo un verdadero enjambre de grandes artistas; en la música no podemos olvidar que son los años de Igor Stravinsky, Maurice Ravel, Manuel de Falla, Sergio Prokofiev, el grupo de los «seis» que encabeza Eric Satie, pero también Bela Bartok, los dodecafónicos, Sostakovich, etc. Para darle ancho relieve a la conmemoración se nombró un Patronato o Comité internacional bajo la presidencia del escritor e historiador español Salvador de Madariaga. Cuando a principios de mayo llegé a París en uno de mis viajes habituales, me encontré con los carteles y programas ya circulando hacía muchos días. Había una magna exposición de artes plásticas en el Gran Palais —uno de los pabellones que se construyeron para la gran exposición internacional de París de 1900—, verdadera antología del arte contemporáneo, pues la capital francesa era todavía el corazón artístico del mundo, cuyo cetro le arrebató después Nueva York por la invencible gravitación de los dólares. Dos

días puse en recorrerla. No creo que vuelva a reunirse en ningún otro lugar del mundo los lienzos, esculturas y otras obras que allí se congregaron. Pero entre los actos programados figuraban como grandes atracciones los conciertos que en el Teatro de los Campos Elíseos, el teatro decorado por el escultor Maillol, daba una orquesta considerada entonces como de las mejores del mundo por la bien empastada calidad sonora de sus ejecuciones: la de la Suisse Romande, la Suiza francesa con cabeza en Ginebra, dirigida por uno de los mejores directores que he oído en mi vida, Ernesto Ansermet. Traté inútilmente de encontrar entradas para alguno de los conciertos a que podía asistir en los días de mi estancia, pero no las encontré ni en el propio Teatro ni en la sede del Patronato, en el Museo de la Villa de París. Me acordé entonces de que yo había conocido a Madariaga en Madrid durante la II República. Don Salvador, en efecto, fue el primer embajador en París nombrado por el gobierno republicano para sustituir a Quiñones de León, que llevaba muchos años en la capital francesa, aunque no tantos como estuvo don Fernando León y Castillo, a quien aquél sustituyó. En el curso de la primera legislatura de la República un diputado republicano independiente, Eduardo Ortega y Gasset, hermano de don José, conocido periodista, un poco panfletario, promovió una interpelación sobre la conducta de Madariaga en su embajada. Mi primo Luis Doreste había trabajado allí como agregado y secretario particular de don Fernando y fue cesado poco tiempo después de que Madariaga tomara posesión. Me picaba la curiosidad conocer lo que iba a decir Eduardo Ortega. Le pedí un pase a Negrín y presencié toda la interpelación. Ortega, en resumen, le achacaba a Madariaga que había actuado con poco carácter y energía frente al personal de confianza de la Legación, pues incluso no había puesto obstáculos a dejarles sacar de allí muchos papeles, que, en concepto del interpelante, formaban parte del archivo de la Embajada. Madariaga se defendió bien, aunque no brillantemente. Adujo que los papeles que los funcionarios se llevaron formaban parte de sus archivos particulares, sobre los que tenían pleno derecho, sin que se tocara un solo documento del archivo oficial y que, por otra parte, cuando él fue alto funcionario de la Sociedad de Naciones —organismo creado a raíz de la primera guerra mundial con una misión semejante a la que hoy tiene la ONU, Organización de Naciones Unidas, sólo que aquélla radicaba en Ginebra y ésta tiene su sede en Nueva York—, había trabado relaciones de amistad, consecuencia del trato frecuente, con los funcionarios españoles, que conocía su seriedad y responsabilidad y sabía que su concepto del deber con su patria estaba por encima de partidismos y hostilidades políticas. Recuerdo

haberle contado a mi primo Luis, ya regresado definitivamente a la ciudad, las palabras de Madariaga, que le contentaron mucho. En rigor quienes mejor hicieron la defensa de Madariaga fueron los socialistas, aunque antes, cosa curiosa, en el curso de la discusión, como Madariaga se negara a nombrar a Ortega en un intento de desvalorizar sus palabras, los abucheos de los propios socialistas le obligaron a llamar a Ortega por su propio nombre. Don Fernando de los Ríos tuvo mucha simpatía por Madariaga e hizo que le nombraran, primeramente, embajador de España en Washington, aunque, al poco tiempo, pasó a París. Pero don Fernando, hombre de admirable consecuencia, cambió sus sentimientos cuando vio que Madariaga aceptaba la cartera de Instrucción Pública en el primer gabinete del famoso pillastre que fue Alejandro Lerroux.

El día de la interpelación me presentaron a Madariaga en un corro de diputados en los pasillos del Congreso. Encuentro fugaz que él no podía recordar. Unos años más tarde, sin embargo, hablé con él rato largo, pues fuimos comensales en la misma mesa del banquete que los intelectuales españoles ofrecieron a sus colegas del Frente Popular francés, en la visita de aliento, solidaridad y amistad que una representación de ellos hizo a Madrid después de nuestras elecciones de febrero de 1936. Vinieron a España tres grandes escritores: Jean Cassou, reputado hispanista, crítico literario e historiador, muy conocido y bien relacionado en los medios artísticos españoles; Henri Lenormand, que era a la sazón uno de los mejores dramaturgos y comediógrafos del país galo, cuyas obras triunfaban en todas partes y André Malraux, el gran novelista y tratadista del arte, autor de «El Museo imaginario», y de la gran novela de la revolución china, «La condición humana», y que luego organizaría, como aviador, la primera escuadrilla aérea voluntaria que vino a España en ayuda de la causa republicana. Escribió una de las mejores novelas que se han hecho sobre nuestra guerra civil, «L'espoir», «La esperanza», llevada después al cine. Mucho más tarde, en una de sus evoluciones ideológicas, fue ministro de Cultura con el general de Gaulle. Fue siempre y sigue siendo una de mis más fieles admiraciones literarias. Al banquete que le ofrecieron sus colegas españoles asistió un gran número de intelectuales y escritores, incluso algunos políticos como don Fernando de los Ríos. En la mesa presidencial se sentaba, con otros conocidos escritores, Federico García Lorca, que fue el encargado de ofrecer el banquete. A los postres hablaron los tres escritores franceses. Malraux fue un orador extraordinario, iluminado, de verbo magistral. En la mesa que yo ocupaba estaban sentados Ernesto Navarro, Claudio de la Torre, el gran poeta Pedro Salinas, Antonio Espina

y creo recordar que también Marcelino Pascua, ex-diputado socialista por Las Palmas, director general de Sanidad con el gobierno republicano-socialista y después primer embajador de España en la República Soviética. Frente a nosotros, al otro lado de la mesa, se sentaban, entre otras personas, don Salvador de Madariaga, que en aquellos años del 30 al 40 fue el escritor español más conocido y leído en el mundo, incluso más que Unamuno y Ortega. Madariaga estaba frente a frente de mí. En un momento de la comida sirvieron espárragos, unos vistosos y gordos espárragos riojanos de los grandes, los llamados «pericos». Se trabó entre los que estaban del lado mío una pintoresca controversia sobre si los apetitosos tallos se comían con los dedos o con cubiertos, y en broma alguien sugirió que nos atuviéramos al fallo de Madariaga, pues habiendo sido éste embajador en grandes ciudades, debía de estar bien impuesto en los usos gastronómicos a la moda. Tácitamente quedamos sin tocar los espárragos esperando que don Salvador comenzara. Pero don Salvador se había enfrascado en una larga conversación con uno de los comensales que tenía a su lado, no recuerdo quién era, y tardaba en atacar el plato. Al cabo de unos minutos, y entre la cómica expectación de los restantes compañeros de mesa, el hombre se decidió, ¡y cogió los espárragos con los dedos! Hacerlo así y estallar una sonora y nutrida carcajada fue todo uno. Madariaga quedó suspenso, su mirada, interrogante y sorprendida, nos recorrió a todos, hasta que alguien le explicó el origen de la algazara. Habían ganado los «digitalistas» frente a los «cubertistas», aunque el árbitro nos explicara luego que ambos usos eran protocolarios y correctos.

Cuando en París me encontré sin posibilidad de conseguir entradas para alguno de los conciertos de Ansermet, me acordé, repito, de la presidencia de Madariaga. Averigüé si estaba allí y dónde se alojaba y di con su dirección en el Hotel Maurice, uno de los mejores de la capital. Ni corto ni perezoso me aventuré a visitarlo. No pensaba que pudiera recordarme, quince años después de aquella histórica comida, pero nada perdía con hacerlo. Me recibió en seguida, con extremada amabilidad, y al cabo de unos minutos, reavivado el recuerdo del acto y del gracioso episodio de los espárragos, charlamos un buen rato, me regaló un libro que acababa de publicar y me dio una tarjeta que me facilitaría la entrada para uno de los conciertos, el que más se ajustaba al programa de mi breve estancia en la capital. Ni que decir tiene que buena parte de nuestra conversación versó sobre España y su vida pública, pues Madariaga fue desde un principio tenaz y combativo adversario del franquismo.

Asistí, por fin, al ansiado concierto. Fue algo inenarrable. Aquella

orquesta y aquel director pocos rivales tenían en el mundo filarmónico de entonces. Recuerdo con especial deleite la interpretación que hicieron de «La Consagración de la Primavera» de Stravinsky, una obra magistral que por la variedad de timbres, por la borbotante riqueza melódica, por el uso sabio y equilibrado de una maravillosa instrumentación, es un banco de prueba para los buenos conjuntos orquestales. Salí del teatro sobrecitado, inquieto, fuera de mí mismo, como supongo que se sale de una fiesta báquica en que la música embriagadora sustituyera al alcohol. Apenas eran las doce de la noche. No podía irme a acostar porque en tal estado me costaría muchísimo trabajo conciliar el sueño. La noche estaba fría, pero agradable. Resolví dar una vuelta por Montmartre para matar el tiempo y serenar el ánimo. Tomé un taxi y me bajé en la Place Pigalle, el corazón del famoso barrio. Al azar de mis pasos entré en uno de los pequeños cabarets de la zona y me senté en una mesa desocupada de las más cercanas al pequeño escenario. Terminaba en aquel momento el habitual espectáculo de prima noche: un grupo de chicas, escogidas por su palmito y perfección de formas, bailaba el «can can» final. Me llamó la atención, entre ellas, una de tez morenita y bellos ojos oscuros. Era realmente, dicho en el argot de mi época, un «bombón». Rogué a un camarero que, cuando terminara de actuar, la invitara en mi nombre a venir a mi mesa. Lo hizo así, en efecto. Al cabo de un cuarto de hora la bellísima chiquilla, ya vestida de calle, acudió a mi invitación. De cerca, incluso, ganaba. Tenía una sonrisa encantadora y una dentadura ejemplar. Pedí la botella habitual y comenzamos a hablar. Observé en su habla un marcado acento sureño. Era casi catalana porque había nacido en el Rosellón francés. Me pidió que si podía acompañarnos su hermana, que también formaba parte del conjunto coreográfico. Asentí gustoso y la muchacha se sentó con nosotros. Era también bastante guapa, aunque no tenía los rasgados ojos oscuros de la otra. Estábamos sentados en la mesa de modo que yo daba la espalda a la puerta del salón y las dos chicas, una ladeada y otra frente a mí, encaraban la entrada.

Llevaríamos hablando un poco más de media hora cuando de pronto reparo en que mi amiguita —la llamaré Ivette, porque no recuerdo su nombre— se sobresalta, se le contrae el rostro, y poniendo una mano temblorosa y crispada sobre mi rodilla, musitó más que exclamó:

—¡Por favor, ahí viene, ayúdeme, ayúdeme!

Deduje que se acercaba alguien que le desagradaba.

—¿Qué pasa, quién es, quién es?, le inquirí:

—¡El artista ese, se ha encaprichado por mí y me solicita... y no puedo, no puedo, me da un asco horrible!...

Me volví hacia el pasillo y vi como avanzaban por él dos señores engabanados, muy voluminoso uno, de porte más normal el otro. Se acercaban a las mesas contiguas y hasta que no los tuve casi frente a mí no los reconocí: el señor voluminoso, desbordado de carnes, era Orson Welles, el famosísimo actor y director. Entretanto la hermana de Ivette —ésta seguía muda, sin aliento— me explicaba que el artista había conocido a su hermana en una de sus correrías nocturnas, cuando casualmente entró en el local donde ella trabajaba, que había vuelto tres o cuatro veces, la acosaba y la había requerido, pero ella le había cobrado verdadera aversión porque siempre acababa muy borracho, pesado y enojoso.

La tranquilicé:

—No tengas cuidado. Tú estás conmigo. Nadie te molestará.

Los recién llegados tomaron asiento en la mesa de al lado. El acompañante quedó casi hombro con hombro conmigo. Al mirarlo descubrí que tenía un asombroso parecido físico con mi primo Nestoro, el hermano más pequeño de Luis Doreste Silva. El pobre Nestoro, bien dotado de físico y de voz, una voz de tenor bellamente timbrada, debió renunciar a una carrera artística por tener que atender a sus padres, muy mayores, y ser el único soltero de la familia. El falso Nestoro se dirigió a mí:

—Perdóneme usted, yo soy Fulano —no recuerdo el nombre aunque sí el rostro— director de la Banca Nacional Otomana, dijo al paso que me tendía su tarjeta.

Yo no podía quedarme por debajo:

—Yo soy Zutano, director de la Banca Rodríguez de las Islas Canarias, le repliqué, sacando y entregándole otra tarjeta.

Mentía a medias porque, en efecto, la casa Hijos de Juan Rodríguez, S. A., tenía una vieja licencia bancaria y en las oficinas del Puerto de la Luz y en la vieja sede de la sociedad, en Triana, había abierto dos locales modestamente destinados a tal negocio, que hacían operaciones de descuento y de corresponsalía de otras bancas. Fue esta licencia la que permitió, por traspaso autorizado, establecerse en la ciudad al Banco Central, que estuvo primero asociado con Rodríguez una larga temporada.

—¿Tiene usted inconveniente en que juntemos las dos mesas?, me pidió el otomano.

Consulté con la mirada a las chicas. Ivette, tranquilizada por mi actitud y mis palabras, había ido poco a poco recobrando su talante

normal. Pensé, por otro lado, que a un artista de tal altura no se le podía negar tal cortesía.

—Con mucho gusto, señor, unamos las mesas, contesté.

No sentamos en torno a ellas, Ivette entre el banquero y yo, la hermana entre el banquero y Orson Welles. Y allí comenzó la noche toledana. No sé si el lector conoce el sentido de noche tempestuosa, pero no por los elementos meteorológicos, que tiene esta expresión.

El banquero llevaba la iniciativa, pero quien se lo bebía todo era el artista. No creo haber encontrado en mi vida un succionador de tal capacidad. Agotamos no sé cuántas botellas antes de abandonar el local, ya de madrugada, los cinco en amable camaradería. Pero allí en rigor solo bebía el cineasta; el turco le seguía, pero también al final simulaba. Desde la tercera o cuarta garrafa de champán, las dos chicas y yo nos llevábamos las copas a los labios, pero las vertíamos en el suelo con disimulo: era imposible afrontar tan asombroso trasiego. En la puerta nos esperaba el gigantesco coche del actor: un imponente Cadillac de la época en que, cuanto mayores fueran los coches, más importancia tenía el propietario. Nos acomodamos en su interior holgadamente. Le dieron al chófer una consigna y empezamos una ronda nocturna que creo que pocas personas puedan efectuar conservando su sanidad. Hay en París, como en todas las grandes ciudades, una vida nocturna secreta, que no es la que frecuentan y viven los turistas. A un nivel mucho más elevado en calidad y servicio existe una red de clubs privados donde, a semejanza de los clásicos clubs ingleses, sólo se puede entrar siendo socio o en compañía de uno que garantice al visitante.

Algunos de ellos tienen lo que los franceses llaman «mot de passe», es decir, la palabra secreta que franquea las puertas. El chófer de Orson Welles conocía bien los dominios. Nos fue llevando de uno en otro con arreglo a un itinerario que tenía bien trazado. En la gozosa, exultante y neblinosa visión que me habían procurado las copas ingeridas, aquel desfile de bares lujosos, discretamente iluminados, decorados con barroca profusión de espejos rutilantes, lámparas de cristal, focos coloreados, regios sillones, alfombras mullidas, entre músicas insinuantes y lacayos almidonados, etc., me producía la sensación de hallarme inmerso en el ámbito de un cuento mágico de las «Mil y una noches». No sé cuántos de estos privilegiados escondrijos pudimos recorrer. Orson Welles bebía y bebía, y los demás compartíamos tácitamente la comedia de la simulación. Ya bien entrado el día no se podía tener: el capitán turco ordenó a la nave que pusiera rumbo al Hotel Ritz. Allí desembarcamos al artista, no sabíamos si

a punto de reventar, pues el rostro semejaba un congestionado puño rojo abultado y compacto.

El coche nos llevó a mí y a las dos chicas a la dirección que éstas dieron. En su compañía hube de pasar el resto de la jornada. Hace muchos años de todo esto, pero conservo la impresión de que no dejé mal el pabellón nacional. De la noctívaga y deslumbrante excursión conservé hasta hace pocos años el recuerdo material de una fotografía que nos hicieron a los cinco en uno de aquellos antros dorados. Me sirvió inicialmente para emular a Manolo Pulido que, establecido por su cuenta, me había acompañado a París. Alardeaba con frecuencia de sus amistades con los condes de Elda, propietarios entonces del edificio «Capitol» de Madrid, y otros amigos de prosapia, que había conocido durante nuestra guerra y que solían invitarlo a sus cacerías y saraos. Pero nunca pudo correrse una juerga de supermillonario con Orson Welles.

La foto testimonial, en unión de esas otras que a lo largo de una vida intensa van constituyendo nuestro archivo secreto y confidencial, la destruí cuando me jubilé oficialmente. Al trasladar a mi casa carpetas y archivadores con todas mis pertenencias personales, tropecé con un sobre abultado y cerrado. Al abrirlo me salió al encuentro un tropel de recuerdos. Me acometió una especie de crisis: contrición, remordimiento... «chi lo sá»?... Y con la misma lenta y demorada fruición con que las fui guardando, procedí a desgarrarlas una por una. Cuando acabé solté un profundo suspiro. No sé todavía si de alivio o de nostalgia.

LA OLLA REVUELTA DE LA UPC

Para terminar suplico a los ciudadanos de Las Palmas que dando pruebas de solidaridad con el pueblo saharauí, contribuyan generosamente a la recogida de gofio, vestidos y ropas que se ha abierto para ayudar a un pueblo que lucha tan heroicamente por su independencia.

Con estas palabras, poco más o menos, terminaba su discurso inaugural el primer alcalde de la ciudad democráticamente elegido por el pueblo. Constituyen toda una definición simbólica del tono, es decir, del carácter expresivo y del estilo político que habría de asumir la nueva corporación en los dieciséis meses de gobierno de la coalición de izquierdas. No podía ocurrir de otro modo dada la heterogénea composición de la mayoría: nueve concejales de la coalición UPC, Unión del Pueblo Canario, procedentes, a su vez, de cuatro o cinco fracciones originarias del Partido Comunista, fruto de sus múltiples y sucesivas disgregaciones, con el añadido de algún elemento de una inédita Unión Socialista, que no encontró otro asidero electoral; cuatro concejales del PSOE entre los que yo figuraba; un concejal del Partido republicano federal, romántica y abnegada supervivencia del que fue verdadero germen del movimiento sindical y de la rebeldía política en la isla, vertebrados después por otros cauces; y finalmente, un representante de la Asamblea de Vecinos, curioso movimiento nacido entre algunas asociaciones vecinales, con esa mezcla de confusión ideológica, radicalismo verbal e indefinición política que caracteriza a las diversas variantes del populismo, fuente nutridora, a la larga o a la corta, como la historia nos demuestra, de los fascismos de toda clase que en el mundo han sido.

Los nueve concejales de la UPC tenían el aparente denominador común del nacionalismo canario, diversamente teñido: desde el sepa-

ratista excluyente al nacionalista flatulento y acomodaticio. Habían hecho una vigorosa campaña electoral moviendo los posos del eterno descontento insular ante las torpezas del centralismo. Al removerlos, salieron a la luz las viejas frustraciones y los seculares agravios, convirtiendo la ardorosa campaña casi exclusivamente en un movimiento de signo negativo, no con un programa «pro», sino con un programa «contra». Un detalle revelador es que nos lanzaban a nosotros como un insulto el airado apóstrofe de «¡españolistas!». En cuanto a la capacidad política, las notas dominantes eran la total inexperiencia, el mediocre nivel cultural, con pocas excepciones, el fácil arbitrismo y el ciego sectarismo propio del origen comunista de la mayoría. Mi equipo personal era corto, pero bien preparado. Un concejal aportaba una variada experiencia en problemas de urbanismo, adquirida en el duro ejercicio de una profesión calificada; otro disponía de una preparación científica y práctica en problemas de sanidad, y el tercero, curtido en experiencia sindical, había dado muestras de sus aptitudes de organizador en una de las primeras cooperativas de consumidores de la ciudad. Las batallas entre bastidores para concluir el acuerdo de gobierno fueron muchas y duras. Sobre todo, curiosamente, con los representantes de los asamblearios. Estos han logrado asentarse al cabo de los años sobre masas de campesinos, o todavía con mentalidad pareja, ignaras políticamente, de fácil persuasión demagógica, a cuya labor, por otra parte, hemos contribuido los demás, socialistas incluidos, por acción ineficaz u omisión notoria.

No es posible, a menos de consagrarles páginas que no merecen, describir con detalle aquellos estrambóticos meses de gobierno, en los que se alcanzaron niveles de «relajo» político jamás soñados. El Ayuntamiento se convirtió en lugar de encierro de toda clase de protestantes, desde los guagüeros a los familiares de marineros afectados por los conflictos en las aguas africanas. Más de una vez tuve que faltar al trabajo porque mi despacho de primer teniente alcalde había sido convertido en dormitorio de familias marineras encerradas. Los retretes se tupían, se agotaban los rollos de papel, se registraban llamadas telefónicas a Venezuela o países lejanos, las fachadas a León y Castillo de las oficinas aparecían de pronto tapizadas de largas y llamativas pancartas en que se defendía lo mismo la independencia saharauí que el abaratamiento del agua.

Una nota curiosa fueron siempre las ausencias del alcalde, todas sin avisarme. Cada vez que había un conflicto callejero el alcalde desaparecía. Su paradero resultó siempre ignorado. En una ocasión, coincidiendo con uno de esos molestos conflictos artificialmente provocados, nos refirió al regreso que había ido al Senegal a incremen-

tar su colección malacológica. Como es natural, yo estaba allí para el obligado quite, que dicen los taurinos.

Los sábados no iba nunca el alcalde a las oficinas, pero sus colegas solían organizar en el gran salón contiguo a su despacho —hoy transformado en varias salas de reuniones— unas divertidas cuchipandas domésticas, a base del bien surtido bar del despacho, de las que dejaban huellas en la moqueta las micciones de algún asistente a quien las risas aflojaban los esfínteres vesicales.

La tónica de la gestión general, salvo la honrosa excepción de algún que otro concejal cuyos nombres no cito para no alborotar el cotarro, la da este hecho repetido: para conocer la marcha del Servicio de Agua, el concejal encargado no interrogaba al ingeniero director, sino a los fontaneros de guardia nocturna.

Sobre este abigarrado cuadro de fondo, para marcar las distintas fases del perigeo de aquel gobierno, tras el inicial apogeo saharauí, referiré únicamente unos pocos episodios significativos. El primer escollo con que, personalmente, yo tropecé fue la supresión de la festividad oficial de San Pedro Mártir el 29 de abril. Posesionados de nuestros cargos apenas hacía un año, la fecha se venía encima. Fue un acuerdo atropellado: los nacionalistas querían suprimirla porque era simbólica del comienzo de la esclavitud del pueblo canario, de nuestra «colonización» peninsular. Tesis que, más o menos camuflada, alcanzó hasta las altas cumbres eclesiales que le dio a la fiesta la puntilla definitiva. Los míos, mi hijo incluido, veían en la fiesta sólo su evidente degeneración, que de exaltar nuestra incorporación al mundo civilizado del Renacimiento a través de Castilla, pasó a ser torpe remedo de las fiestas de «liberación» de ciudades peninsulares por las tropas marroquíes que Franco logró movilizar. Tuve que apechar con el acuerdo, pues no podía promover litigios cuando apenas habíamos comenzado. Defendí con sinceridad la instauración del 24 de junio como día festivo, porque todos los seres vivos racionales, desde los hombres a las ciudades, celebran la festividad del natalicio. Que no es obstáculo a la conservación de la del 29 de abril, que tiene más jerarquía ciudadana que la festividad del Pino, de carácter insular. Esta es otra contradicción de la Iglesia canaria: de fiende lanza en ristre la fiesta «oficial» del Pino, arrimando a un lado, porque así conviene en la ocasión, la filosofía de su separación rigurosa del Estado.

Los primeros presupuestos que aprobamos pasaron sin traumatismo. Trabajamos con los del año 1978, prorrogados mes por mes. Había que regularizar la situación. En junio aprobamos, pues, unos presupuestos para el 2.º semestre de 1979 que reproducían, reducidas

a la mitad con algún retoque, las cifras de los anteriores: un total, con urbanismo y agua comprendidos, de 2.335 millones, lo que equivale a 4.670 millones para el año. Los primeros que yo confeccioné como delegado de Hacienda para el año 1980, sumaban por todos conceptos 5.008 millones, un 14,20 por ciento de incremento sobre el año anterior. Estos presupuestos fueron la chispa que iniciara la cercana explosión de la mayoría. Hablaré de ellos en su punto. También pasó sin traumas el providencial presupuesto de liquidación de deudas de la Corporación. Por primera vez la ciudad de Las Palmas fue incluida en la liberación de las deudas de las Corporaciones municipales, absorbiéndolas el Estado a través del Banco de Crédito Local. Sólo habían alcanzado hasta entonces los beneficios de esta política a las siete ciudades mayores de España, y la nuestra, que ocupa el octavo lugar, se había quedado en puertas. Logramos que también la alcanzara el nuevo Decreto. Gracias a ello pudimos amortizar 350 millones de los 600 que le costó a la ciudad municipalizar las guaguas. Este histórico acuerdo, el más laborioso de todo el mandato, en que tomé parte destacada, pues yo llevé personalmente las duras y largas negociaciones con los propietarios y la directiva, es, sin duda, el hecho de mejor cariz constructivo de toda aquella agitada etapa de gobierno. Me enorgullezco sin rubor de haber intervenido, desde que entré en el Ayuntamiento hasta que abandoné la Alcaldía, en todos los felices avatares de este Servicio, que fue pesadilla y agobio de corporaciones anteriores. Entre el caos organizativo, económico y social con el que nos enfrentamos originariamente y el servicio que dejé al cesar, tan bien dirigido por un Estado Mayor de excepcional condición, de cuyos componentes guardo un agradecido y bien entrañado recuerdo, la distancia que se recorrió solamente pueden apreciarla los que lo conocieron en una y otra etapa. Si hay milagros municipales, aquél fue uno.

En el camino de la municipalización de las guaguas —cuyo sequestro fue decidido por la corporación que presidía el excelente alcalde Fernando Ortiz Wiot, como única salida a los graves problemas que el Servicio venía ocasionando, desde las huelgas casi endémicas del quisquilloso personal a los inevitables y sucesivos aumentos de las tarifas—, se tomó el histórico acuerdo de adquirirlas de una vez, en octubre de 1979. La cifra de los 600 millones en que finalmente se cerró el trato fue obra de un difícil parto histórico. Recuerdo con retrospectivo pavor mis repetidos paseos desde el cuarto donde yo batallaba con el presidente guaguero y el abogado asesor, en un cerrado pugilato de números contrapuestos, al despacho donde aguardaban mis colegas el resultado del parto. De esos 600 millones,

250 representaron el valor neto de los 115 ó 116 coches, de distinta antigüedad, que se adquirieron. Dos millones doscientas mil pesetas, aproximadamente por unidad, precio político pero a la postre precio razonable. El resto lo formaban déficits acumulados, gastos adelantados por los propietarios, existencia de repuestos, etc., aunque hubo algún pillo que cobrara unos neumáticos que no entregó y que luego vendió subrepticamente, que de todo hubo en aquel batiburrillo.

La segunda reunión plenaria de la Corporación sobre las guaguas, de las varias que hubo de consagrar al asunto, se celebró en el mes de noviembre siguiente con objeto de adaptar a las leyes municipales los viejos Estatutos de la Patronal que habíamos adquirido con sus haberes y deudas. Puso a prueba por primera vez el sentido crítico de los concejales de UPC. En cerrada lucha se hallaban en aquel trance los verdaderos intereses de la Corporación por asegurar un normal funcionamiento del servicio, frente a las disparatadas pretensiones del Comité de Empresa de los trabajadores, verdadera jaula de grillos, por llevar las riendas de la empresa. Y como era lógico esperar, estando por medio ya el propio alcalde y una irreflexiva promesa que hizo sin consultarnos, triunfó el disparate. Se trataba de fijar el número de representantes de los trabajadores en el Consejo de Administración que se creaba. Defendí inútilmente que con dos Vocales, en un total de nueve, pero con cuatro partidos que pedían representación, se daba una buena intervención al personal. Este pedía cuatro, es decir, igual al número de concejales. Pero éstos pertenecerían, sin homogeneidad ideológica, con previsibles discrepancias entre ellos, a las cuatro fuerzas políticas presentes en el gobierno: uno para la UCD, opositora; otro para la UPC; otro para el PSOE y otro para la Asamblea de Vecinos. Aunque el Consejo lo presidiera el alcalde, bastaría que cualquier concejal discrepante, no sólo el de la oposición, sino dado el especial talante levantisco que entonces reinaba, cualquier otro de la frágil mayoría, se abstuviera o votara en contra, para que la resolución de cualquier asunto vital quedara en manos de los vocales obreros, unidos como una piña, que en aquella fecha eran realmente irresponsables, sin solidaridad con la empresa, preocupados únicamente de acrecer los salarios y mantener los beneficios que ellos solos gozaban entre los colectivos de servicios públicos de la ciudad, tales como la ilimitada antigüedad. Por fortuna para la población y el buen servicio, el personal ha cambiado totalmente de conducta y de modales y hoy se halla convencido de que la salud de la empresa municipal es también la salud, la garantía y la estabilidad de sus puestos de trabajo. Este acuerdo temerario, que también hubimos de tragarnos para no romper el gobierno, nos dio ya la medida

de lo que podía esperar la ciudad de un grupo político tan desorientado, tan falto de verdadero sentido de lo que convenía a los intereses municipales, por encima siempre de los discutibles intereses de una reducida fracción social. Por ventura, cuando al final del largo expediente de municipalización del servicio, se aprobaron los Estatutos de la actual sociedad anónima municipal, aquel virtual desequilibrio se corrigió y prevaleció nuestra tesis original: dos vocales obreros en el Consejo, suficiente y justa representación ponderada de uno de los factores de la empresa.

En esta tortuosa senda en la que se iban concatenando los disparates, no era difícil que algún día llegáramos al absurdo absoluto, puro, total. Todo se anduvo: alcanzamos también esa difícil meta para una Corporación pública, marcando un hito histórico nunca alcanzado en España por Ayuntamiento alguno. Presenciamos la increíble proeza de que el propio alcalde, y los concejales de su grupo, votaran contra unos presupuestos que teórica y legalmente él presentaba y auspiciaba, y que tuvieron que ser aprobados con los votos de la oposición. Caso único, repito, en los anales del municipalismo español. La historia, además, no puede ser más esclarecedora de la ingenuidad política de unas gentes a quienes aquellas funciones rectoras de la ciudad les venían sobradamente anchas. Empecé a elaborar los presupuestos para 1980, en la imposibilidad de hacerlos aprobar antes de fin de año, a mediados de enero. Tuve pronto preparado, con la eficaz intervención del departamento, un primer borrador, que hice conocer al alcalde. Se trataba, además, de unos presupuestos de transición, pues era necesario acometer una seria reorganización de los servicios recaudatorios y una revisión de las ordenanzas, cosa que sólo pude llevar a cabo en el curso de mi segundo mandato de alcalde. Después de explicarle los rasgos generales, qué partidas aumentaban, cuáles sólo tenían aumentos vegetativos, etc., quedamos en que pusiera en limpio los apuntes para luego someterlos a juicio y aprobación de los compañeros. Así lo hice y así comenzó aquella inverosímil odisea presupuestaria. Me encontré que la mayoría de los miembros de UPC reclamaban más dinero para sus respectivas concejalías. Ninguno, sin embargo, sugería de dónde habían de salir tales aumentos porque los ingresos municipales eran habas contadas. El forcejeo duró varias semanas. El representante asambleario también se sumó a los petitorios antojos de los otros muchachos. Adujaban que los presupuestos no tenían contenido social, y había que dárselo. Por si fuera poco los deseos del uno contradecían las aspiraciones del otro. Al final, y después de no sé cuántos cabildeos, pues desde mediados de abril los tenía terminados y aprobados por el

alcalde, se pusieron de acuerdo para presentarme un cuadro de aceptación general: si yo, haciendo cubiletes con los números, aceptaba y encajaba aquellas cifras, los presupuestos pasarían a tener contenido social. Una especie del milagro de los panes y los peces. La cifra total de los presupuestos era, según aclaré antes, 5.008 millones de pesetas. El importe de lo que podían asignar a unas partidas, quitándolas de otras, para transformar mágicamente unos presupuestos con fétido olor capitalista a otros con aromado perfume social, eran 64 millones, es decir, solamente el 1,07 por ciento del total. Estos pocos millones iban a actuar de potente catalizador económico-político: teñir de rojo unos presupuestos de color violeta. Para acen-tuar más la ridícula falsa pretensión social diré en qué consistían las enmiendas:

Primero, aumentar ficticiamente, sin ordenanzas que los legaliza-ran, los ingresos por gastos suntuarios —lo que pagan por consumi-ciones bares y restaurantes, sociedades de recreo por las cuotas de admisión de socios, etc.— partida que en años anteriores no se había cubierto nunca: se les añadirían 30 hipotéticos millones, la mitad de lo que pedían; en vez de pagarle a UNELCO 125 millones de una deuda atrasada mucho mayor, sólo se le pagarían 100 millones; se reducirían de 5 a 2, ahorrando 3, los gastos de representación de la Corporación, siempre insuficientes dado el prestigio de la ciudad; se anularía una partida de 500 mil pesetas destinadas a una oficina municipal de turismo y, la más social de las medidas, la subvención a la UNED, la Universidad a distancia, el único centro universitario con estudios completos de varias profesiones que teníamos en la ciudad, donde podían licenciarse los pobres, los que sólo pueden estudiar a ratos por su trabajo, las personas jóvenes y mayores que no pudieran acudir a otras universidades, etc., el centro que tiene cerca de 3.000 alumnos inscritos en sus distintos cursos, con eficacia pedagógica bien demostrada, es decir, una institución de pleno sentido social si las hay, a la UNED, repito, se le rebajaban 6 millones de una subvención de 7, dejándola reducida a un millón. Todo ello para que seis o siete concejales dispusieran a su antojo de ocho o diez millones cada uno para pagarle los alquileres a las asociaciones de vecinos amigas, para *fomentar locales donde el pueblo pueda parti-cipar*, etc.; sencillamente para hacer política electoralista con dinero de las arcas municipales. Me negué en redondo a tanta insensatez. Le advertí al alcalde su ridícula situación puesto que legalmente era él quien estaba obligado a presentar, y siempre presenta, como ins-trumento económico indispensable para su política, los presupuestos municipales. En la previa reunión reglamentaria de la Comisión de

Hacienda pasaron los presupuestos con el voto favorable de los concejales de la oposición. Pero pensé que el alcalde reflexionaría en los cuatro o cinco días que faltaban para el señalado y anunciado Pleno. El alcalde, dicho sea para exculparlo en lo que quepa, era un secuestrado; había caído en la tentadora trampa de unos políticos ingenuos con las cabezas a pájaros. Y así sobrevino el magno Pleno de 2 de junio de 1980: el Ayuntamiento de Las Palmas aprueba sus presupuestos para el año, ya avanzado, por 18 votos a favor y 10 en contra. Los 18 votos fueron los 14 de la oposición, nuestros adversarios los concejales de UCD y los 4 votos socialistas. Fingió enfermedad, por no pasar vergüenza, el concejal republicano federal. El renqueante carromato de la mayoría municipal acababa de sufrir un fatal tropezón. Era muy difícil restablecer su equilibrio. Y así, entre unas cosas y otras, surgió la petición de un voto de censura al alcalde presentado por la UCD, que también tiene su historia digna de ser conocida.

La corporación timoneada por la UPC tenía la obsesión de meterse en todos los problemas de la ciudad y de la isla ajenos al área municipal, como si con los nuestros no tuviéramos bastantes. En vano les predicaba. Como no tenían otra plataforma política notoria, ni diputados, ni senadores, ni periódicos, los Plenos municipales eran su «Agitprop», lugar, ocasión e instrumento de agitación y propaganda, según un término familiar. Tuvimos así que tragarnos interminablemente moción tras moción sobre la petición de sexo por parte de los ángeles, sobre los atributos políticos de los polisarios, etc. Rebrotó en aquellos días uno de los muchos conflictos que en los últimos años han venido planteando los obreros portuarios, la aristocracia de la clase trabajadora, dotada de un inconfundible espíritu corporativista, excluyente, para asegurar unos verdaderos privilegios que no disfrutaban los restantes estamentos del trabajo. Un corporativismo que se resume en una frase que yo escuché una vez: «A nosotros sólo nos interesa lo nuestro... a los demás ¡que los parta un rayo!». Entre los demás que, en cada una de sus heroicas hazañas cae fulminada por el rayo, figura la economía de la isla, cada vez más sensible a estos súbitos colapsos paralizadores, que lo mismo afectan a suministros para trabajos urgentes, que a medicinas de necesidad vital. No recuerdo en aquella ocasión, porque ya han sido tantas, qué demanda habían planteado, pero recuerdo perfectamente que la UGT había condenado la pretensión de los portuarios por injusta e inoportuna. Mis colegas de la UPC, por el contrario, fieles a su política de hacer ruido para hacerse notar, presentaron al Pleno su correspondiente moción, advirtiéndola a los portuarios en huelga para que asistieran

a la reunión. Los trabajadores se manifestaron por la ciudad, llegaron a la Plaza de Santa Ana y ocuparon todas las sillas del Salón Dorado. En el mismo Pleno, y como último punto del Orden de asuntos, se debatía el voto de censura que, oportunamente, aprovechando las grietas visibles de la mayoría, había presentado el grupo de la UCD.

Cuando le llegó el turno a la moción portuaria, la defendió un «upepecero». A mí, como jefe del grupo socialista, me tocó rebatirla esgrimiendo, y haciéndolo así constar, los argumentos de la UGT también interesada en el problema, pero con un criterio distinto. Y ¡allí fue Troya! Los portuarios, desde sus asientos, incluso poniéndose de pie, empezaron a insultarme estentóreamente con todos los epítetos escogidos de su ejemplar educación. Desde mi puesto, junto al alcalde, pues yo era siempre el que llevaba los plenos y explicaba los asuntos, ya que el alcalde parecía de «ausencias», escuchaba sólo los gritos pero no los dicterios. En cambio mi hijo Octavio, que ocupaba un lugar cercano al público, los escuchaba perfectamente. Dos o tres veces, en voz alta y recriminatoria, se dirigió a la Presidencia:

—Señor alcalde, haga usted callar a estos señores o expúselos de la sala. Están insultando a mi padre, están alterando el orden. Tenga usted autoridad.

Le estaba pidiendo al alcalde precisamente lo que había perdido, si es que la tuvo alguna vez: autoridad. Si la trajo de la calle, y su ruda complexión física parecía afirmarlo, la fue perdiendo en su lento secuestro. A aquellas alturas del mandato ya no le quedaba ninguna, porque apenas si agitó la campanilla mientras los portuarios se desgañitaban. Octavio, con gesto airado, indignado de la cómplice pasividad del presidente, se levantó de su puesto y abandonó la sala. Necesitábamos su voto para que no prosperara la censura de la UCD. Nuestra mayoría era de un solo concejal. Salí corriendo tras él. Inútilmente traté de convencerle para que volviera:

—Pero, papá, ¿tú crees que podemos seguir así, presenciando estos espectáculos y presididos por un muñeco?, me contestó.

Yo volví al salón muy disgustado. Contra toda razón y toda lógica, después del vergonzoso episodio de los presupuestos que los enfrentó con nosotros, los socialistas habíamos acordado mantener la mayoría, votar contra la censura. Y Octavio hubiera votado de no haberse sentido agraviado y maltratado en sí, y en su sentimiento filial, por la patente debilidad del primer edil. Se leyó y se votó la moción reprobatoria: 14 votos favorables, 14 en contra. El alcalde podía decidir con su voto de calidad. Pero no era ético emplearlo en su propio caso. Se levantó la sesión.

Al día siguiente, encorajinado, el alcalde firmó dos decretos ur-

gentes: uno, relevándome a mí de la primera Tenencia y relegándome a la séptima, y el otro, nombrando primer teniente de alcalde al concejal de su grupo que le seguía en la lista. Propalaron el rumor de que la retirada de mi hijo había sido una maniobra preparada para que prosperase el voto de censura y, eventualmente, yo pudiera ser alcalde. Sobre la torpeza, añadían la ruindad. No tenía el mezquino ser que inventó tal patraña la menor idea del talante moral de mi hijo. En la tarde de aquel mismo día el alcalde presentó su dimisión. En el fondo estaba deseando hacerlo, pues, entre otras cosas, ya sabía que no podría seguir cobrando, por la incompatibilidad que existe, su buen sueldo de funcionario de Hacienda, y la paga del alcalde era entonces todavía muy reducida. Así acabó el espectáculo de aquella «Corte de los Milagros», o de aquel «Patio de Monipodio». Una experiencia inolvidable.

XXXIII

ALCALDE «EN TIERRA DE INFIELES»

Apenas hubo dimitido el alcalde de la UPC —Unión del Pueblo Canario— yo abandoné la isla para tomarme unos días de bien ganado reposo. Habían sido quince meses de verdadera tensión, luchando siempre en dos frentes, a cuál más erizado. El frente inmediato lo formaban los específicos problemas del Ayuntamiento, sobre todo su hacienda, que atravesaba el período de más bajo crédito que en bastantes años había sufrido la corporación, sometida al criterio funcional de que lo primero era pagar los empleados y los demás ya esperarían. Entre los demás agobios estaban, por ejemplo, el combustible para la potabilizadora, la gasolina para los coches de los guardias, los impresos para el trabajo burocrático, la limpieza de las escuelas, etc., todos ellos gastos ineludibles y apremiantes. En el otro frente, con muchos núcleos esparcidos, casi tantos como concejales tenía la frágil mayoría, saliendo al paso, vigilando de continuo, poniendo remiendos y parches a los errores o a los desaguisados de los colegas.

Marché con mi mujer a la finca que mi hijo tenía en la Sierra de Madrid, cerca del Paular, a cinco kilómetros de Rascafría, un delicioso refugio montaño acogido a un copioso arbolado donde el clima en los duros días de la canícula continental es fresco, grato y estimulante. Contaba desde antes allí con la buena amistad del alcalde socialista y del reducido personal municipal, que me permitían usar el teléfono. El secretario tiene una cercana raíz canaria porque su abuela materna era de Arucas.

En la tarde del día 14 de agosto me llamaron desde Las Palmas; los rumores iniciados apenas se produjo la crisis se confirmaban: la UCD quería pactar con nosotros el gobierno municipal. Jerónimo Saavedra y Fernando Bergasa, máximos representantes de los dos

partidos, se iban a reunir mañana. Me rogaban que estuviera fácilmente localizable.

El día 15, en efecto, en casa de Fernando Bergasa, jefe del gobierno regional, en la Playa de Puerto Rico, Jerónimo se entrevistaba largamente con los líderes locales de la UCD. El día siguiente me comunicaban que, a falta de mi aceptación, se había logrado un principio de acuerdo. Que como era más penoso hacerme venir a mí a Las Palmas, se trasladarían a Madrid los comisionados para reunirnos en el Hotel Barajas, a dos pasos del aeropuerto. Me telefonarían el día y la hora exactas. Y así el martes 18 tomé muy temprano el coche de mi hijo, hice los ciento y pico kilómetros hasta el hotel y en un saloncito reservado se celebró y se confirmó el histórico pacto: la UCD me ofrecía sus votos para la Alcaldía, con la condición de reservarse ellos las dos primeras Tenencias de Alcaldía, pasando José Medina a la tercera. Cuando el pacto estaba logrado en lo fundamental, falto de detalles, llamé desde el hotel a Felipe González, ya informado previamente de la situación, para que me recibiera a primera hora de la tarde. De Barajas salimos juntos Jerónimo y yo; él rumbo a Salzburgo, a su festival de música, yo a Santa Engracia. Fuimos los únicos del Partido en la histórica conferencia. Por parte de la UCD estuvieron Rafael Calvo Ortega, ministro de Trabajo y secretario general de la UCD, Rafael Martín Hernández, Santiago Falcón Pérez, Jesús Gómez Doreste y un cuarto miembro cuyo nombre no recuerdo, que no era concejal. Felipe me recibió en cuanto llegué. Estaba reunido con Mario Soares, el jefe socialista portugués, que fue testigo de mi larga explicación. Felipe me deseó buena suerte y me dijo:

—Tú que eres hombre de un puerto no debes ignorar que te enrolan como capitán en un barco casi zozobante, que además posee, como ocurre en otros niveles de alto cabotaje, una tripulación arisca y quisquillosa porque la constituyen hijos de muchas madres. Todos querrán llevar el timón. Que te acompañe la suerte y no sufras muchas borrascas.

No sospechaba él que precisamente borrascas no me faltarían, hasta el extremo de que siempre he dicho que aquel fue un Ayuntamiento de «borrascosa transición».

Recuerdo que ya de vuelta en la finca, después de hacer los doscientos y pico kilómetros, me volvieron a llamar desde el Ayuntamiento. Televisión Española me rogaba encarecidamente que acudiera a última hora de la tarde a Prado del Rey, porque querían dar en vivo la noticia de mi acceso a la Alcaldía de Las Palmas. Venciendo la resistencia de mi hijo Octavio, que consideraba otro viaje a Madrid en el mismo día una verdadera paliza, me encaminé a Prado del Rey



Foto 27.—El alcalde de la ciudad, en su intento de revivificar los populares Carnavales, se disfraza de Greta Garbo, la estrella cinematográfica de su tiempo, bajo los auspicios vestimentarios y capilares de unos grandes almacenes. Si el parecido no es exacto, le edad es aproximada. (Foto J. L. Rubio.) Año 1982.



Foto 28.—

*Las hijas de las madres que amé tanto
me besan hoy como se besa a un santo."*

Ramón de Campoamor

En la boda de Manuel Medina Ortega, eurodiputado, y Lola Palliser, entonces Consejera de Transportes y Turismo. En Yaiza de Lanzarote, 29 de diciembre de 1984. Dos bellezas nórdicas residentes en la isla.



Foto 29.—El Profesor de la Universidad de Harvard Juan Marichal, el publicista y ensayista Domingo Pérez Minik y el autor, en el acto en que les fueron entregadas a los tres la Medalla de Honor de la Universidad Internacional "Menéndez y Pelayo". Año 1985.



Foto 30.—El Presidente Raúl Alfonsín con el Presidente del Gobierno canario, Jerónimo Saavedra, y el Alcalde de Las Palmas de Gran Canaria, en una de las primeras escalas ocasionales en nuestra isla del estadista argentino.



Foto 31.—El autor y su esposa, Mercedes Doreste Morales, en el salón biblioteca de su domicilio. Año 1986.



Foto 28.—

*Las hijas de las madres que amé tanto
me besan hoy como se besa a un santo.”*

Ramón de Campoamor

En la boda de Manuel Medina Ortega, eurodiputado, y Lola Palliser, entonces Consejera de Transportes y Turismo. En Yaiza de Lanzarote, 29 de diciembre de 1984. Dos bellezas nórdicas residentes en la isla.



Foto 29.—El Profesor de la Universidad de Harvard Juan Marichal, el publicista y ensayista Domingo Pérez Minik y el autor, en el acto en que les fueron entregadas a los tres la Medalla de Honor de la Universidad Internacional "Menéndez y Pelayo". Año 1985.



Foto 30.—El Presidente Raúl Alfonsín con el Presidente del Gobierno canario, Jerónimo Saavedra, y el Alcalde de Las Palmas de Gran Canaria, en una de las primeras escalas ocasionales en nuestra isla del estadista argentino.



Foto 31.—El autor y su esposa, Mercedes Doreste Morales, en el salón biblioteca de su domicilio. Año 1986.

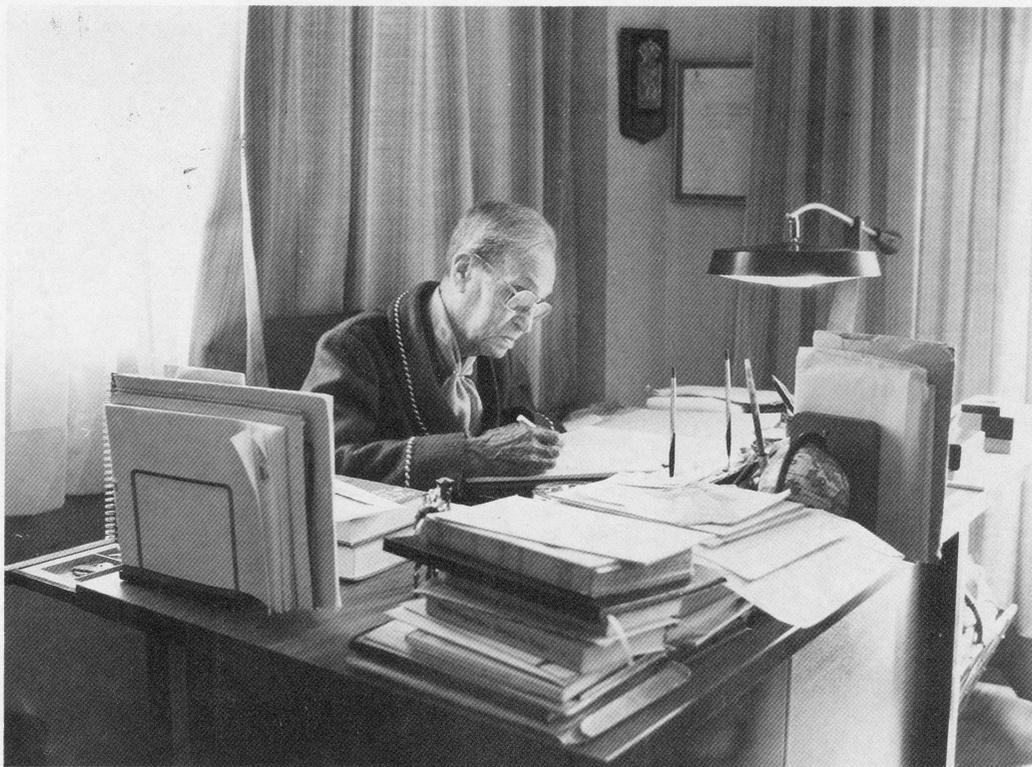


Foto 32.—El autor de estas Memorias, en el curso de su redacción, en su despacho particular. Diciembre 1987. (Foto Ildefonso Bello).



Foto 33.—Con los hijos de Saulo Torón, en ocasión de la inauguración del busto del poeta isleño, emplazado en le Paseo de las Canteras, Las Palmas de Gran Canaria, con motivo del centenario del nacimiento del ilustre literato.



Foto 34.—Dragos canarios en Andalucía. El autor, plantando un drago en la plaza del Ayuntamiento del Puerto de Santa María.



Foto 35.—El autor con Severo Ochoa y Alfredo Herrera Piqué, presidente de El Museo Canario, y otros directivos, en ocasión de la visita del Premio Nóbel a la centenaria institución científica.

cincuenta mil, según cálculos serios de la policía, los asistentes—, el ambiente de fiesta, de verdadera fiesta nacional, que reinó en el curso de la bella y ordenada ceremonia. Mi discurso, muy bien amplificado y bien audible a todo lo largo de la ancha avenida marítima donde el acto se celebró, fue elogiadísimo y por la cinta que se grabó lo reprodujo completo la revista nacional «Ejército». El coronel del Regimiento de Infantería, ascendido pronto a general, me confesó, meses después, que él utilizaba párrafos enteros de mi perorata en cuantas ocasiones podía, porque yo había hecho en diez minutos la síntesis más brillante de la historia de España que jamás había oído.

En verdad mi discurso —del que sólo conservo unas notas, fiado como siempre en mi nativa facilidad, cosa que ahora, ya viejo, lamento, porque he perdido lecciones que pudieron ser aceptables textos— era eso: una recapitulación de los grandes nombres de seres más o menos representativos, que en todos los campos de la actividad humana perfilan, configuran y completan nuestra historia nacional. El respeto, el amor y la adhesión a nuestra bandera debe ser atributo de todos cuantos sientan la responsabilidad histórica de ser españoles. Ser español —definía yo— significa aparecer inserto, en un lugar y en un tiempo que varía para cada uno de nosotros, en ese anchuroso caudal de hombres y de pueblos que en tantos siglos acumuló experiencias y vivencias, grandezas y servidumbres, victorias y derrotas, sueños y desvelos, y todo ello en un acotado rincón del planeta en el que, confluyendo sangre de distintos orígenes, se configuró prontamente una nación llamada España. Una nación que perfeccionó una lengua, desde el anónimo «Cantar del Mío Cid» a las cultas estrofas de Aleixandre, contribuyendo a ello las glorias literarias de nuestro idioma, desde Berceo a Cervantes y Galdós; una nación con una numerosa pléyade de artistas, músicos, pintores, escultores, que comienza con los vihuelistas y juglares medioevales y sigue hasta nuestros días con Albéniz y Falla, y Picasso y Miró; una nación que dio con fecundidad juristas, historiadores, grabadores, geógrafos, santos, guerreros y sabios, al tiempo que daba variedad de jugos y savias a sus distintos pueblos. Todos ellos, hombres y pueblos, componen ese glorioso mosaico de nuestra patria en que la diversidad de timbres y de estilos se une a su infinita riqueza. Transcribo de mis notas, pues tengo interés en que se conserven, los párrafos finales del discurso, que duró exactamente diez minutos, porque tuve el cuidado de verificarlo en mi propio reloj.

«Todo este inmenso cúmulo histórico, existencial, toda esta inmensa trama que han formado en el espacio y en el tiempo los hombres de esta nación, se condensa, con ese poder de transmutación, de

síntesis, de alegoría y hasta de metáfora que asumen los símbolos humanos, en este supremo, enaltecido y exaltador símbolo que es la bandera nacional, la bandera roja y amarilla que proclama el artículo 4.º de nuestra Constitución. Al rendirle homenaje público rendimos homenaje a nuestra larga historia común, fortalecemos los lazos de unión y solidaridad entre todos los españoles para poder encarar con resolución los duros riesgos y azares del presente, y ayudamos a forjar el esperanzado proyecto común, el común empeño en un futuro en que se pueden conjugar la paz y el trabajo, la justicia y la equidad, la libertad y la fraternidad.»

El general González del Yerro estaba al final del acto eufórico de alegría. A mí me pasó como a don Quijote cuando a la del alba salió de la venta armado caballero, «estaba tan contento, tan gallardo, tan alborozado, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo». A mí me reventaba por las cubiertas del coche que me llevaba a mi casa, acompañado por cierto del obispo don Ramón Echarren, que había asistido a la misa solemne de la jura. Un diario de Madrid, «Pueblo», publicó días después un comentario del acto del que me atrevo a copiar dos párrafos:

«El domingo, en Las Palmas, el alcalde socialista y el capitán general de la Región renovaron, desde distintas plataformas de servicios a la comunidad, un mismo y entusiasmado respeto a la bandera nacional. Rodríguez Doreste y González del Yerro proclamaron, desde distintas situaciones en el compromiso de un idéntico cumplimiento del deber respecto a España, su adhesión a la bandera...»

«Hay que descalificar el sutil mensaje que desprenden las parrafadas ultraderechistas cuando éstas abrazan con exclusividad el amor a la Patria y la defensa de sus representaciones simbólicas. El mencionado alcalde socialista ha debido entenderlo así, con lo cual sienta un precedente y contribuye a centrar las cosas en este terreno. Esperemos que se repita. A ver si acabamos con la falacia de que sólo son patriotas quienes más lo gritan.»

Mi gozo bien patente tenía una causa y había de tener una saludable consecuencia. Había apostado fuerte cuando le aseguré de antemano al capitán general que el acto sería un éxito, que yo conozco bien a mi pueblo, que es patriota como todos y más si cabe por el factor de su lejanía, pero que el suyo es un patriotismo tímido, sin alharacas, contenido, como son todos los afectos en el corazón de los canarios. Había apostado y había ganado. Pero al mismo tiempo, ante aquella manifestación multitudinaria, a la que combatieron y resistieron inútilmente los epígonos de la falsa izquierda, tuve el palpito, que otros compartieron, de que aquel día, y con aquel acto, se inicia-

ba el proceso de degradación y de ruina del nacionalismo radical, el fanático y torpe, que todos hemos visto cumplirse y completarse gradualmente en las últimas consultas electorales.

Este gran acto, sin duda, fue el que mayor satisfacción me produjo en los veintitrés meses, siete días y doce horas en que fui alcalde «in partibus infidelium», alcalde en tierra de infieles —sólo cuatro concejales socialistas en una mayoría de veinte— como los obispos nominales de Sión y de Antioquía que figuran en la Curia romana.

XXXIV

LAS CONGOJAS DE UN ALCALDE CAUTIVO

En aquel Ayuntamiento del pacto con la UCD, que alguna vez he llamado el de la borrascosa transición, hubo en efecto más borrascas que bonanzas. Los concejales de la coalición anterior, disuelta con la dimisión del alcalde, abandonados a sus propios impulsos, se me convirtieron en francotiradores con la única misión de hostigar sin descanso al adversario. Exceptúo, como expliqué en capítulo anterior, los dos ediles que, tan convencidos como yo de la inviabilidad de aquella alianza trabada con alfileres, se incorporaron a mi nueva mayoría. La más elemental gratitud me obliga a dar sus nombres, ya que sé que para tomar tal resolución estuvieron movidos, tanto por coherencia y sentido político, como por estimación y afecto hacia mi persona: Francisco Carrascosa Lagos, de Asamblea de Vecinos, pasó a presidir la Comisión de Cultura y Festejos, en la que fue un excelente colaborador, y Santiago Gutiérrez Peña, antiguo republicano federal, de los de la fiel llama permanente al recuerdo de Franchy, que presidió la Comisión de la Tercera Edad. Cuando Carrascosa, obligado por sus deberes profesionales, tuvo que dimitir, lo sustituyó José Villegas Saavedra, del mismo grupo, que en aquel resto del mandato cumplió con eficacia y pundonor las misiones que le confié. Una de ellas fue inspeccionar y tratar de poner orden en los talleres municipales, que realizó con el celo que cumplía a su preparación de experto mecánico. Las paradojas de la política hicieron que en el siguiente Ayuntamiento, en el que yo dispuse de mayoría propia, el buen amigo Villegas se convirtiera en contrincante, aliado al comunista disidente Andrés Alvarado. A pesar de ello, uno y otro pudimos comprobar que el temporal enfrentamiento político no ha turbado la honda estima mutua que contrajimos al trabajar juntos en la etapa anterior: *in amicitia semper*, en la amistad siempre.

Como pasa con todas las borrascas de la naturaleza, sobre todo las marinas que nosotros mejor conocemos, las hay de muy variada condición. Hubo borrascas aparatosas, con muchos truenos y otros fenómenos meteorológicos, que, sin embargo, se disiparon sin dejar otra huella que su recuerdo. Otras menos aparentes, en las cuales, como ocurre en la que los barqueros de San Cristóbal me enseñaron a llamar «mar de leva», las grandes olas pasan inadvertidas, son solamente una ancha ondulación superficial, pero estallan con violencia insospechada al llegar a la orilla. Las borrascas de la primera clase se originaban casi siempre fuera de las aguas municipales, aunque luego encontraran asidero, apoyo o aliento entre mis enemigos recientes; las segundas nacían en la propia casa y muchas veces nadie, salvo el alcalde y algún interno colaborador, se enteraba de su presencia y su disipación.

Todos sabemos que la implantación de la democracia ha significado para muchas gentes poco formadas o mal informadas algo así como soltar los estribos. Han confundido la democracia, que es un ámbito, una nueva atmósfera, un medio envolvente que facilita y estimula nuestra existencia, como el balón de oxígeno a un cardíaco, con una panacea, con el remedio mágico de todos nuestros males. Olvidan que la democracia es el camino libre, abierto, que se pone al franco servicio de nuestra andadura, de nuestros pasos. De aquí que los que desconocen su verdadero valor, sus posibilidades, pero también sus limitaciones, le exijan lo que ella no puede darles y ellos no saben ganarse. Creo que fue Churchill quien la definió como el menos malo de todos los sistemas políticos que el hombre ha ensayado. Aquel erróneo concepto de remedio universal que en un pueblo ineducado políticamente ha prendido con tanta facilidad, es correlativo de la permisividad: todo está permitido, todos se creen con derecho a todo sin tener que dar nada. Y también correlativo de otra exigencia: la inmediatez: todo ha de lograrse en seguida, de lo que se deduce que todo hay que pedirlo pronto y a la vez. No trato de condenar lo que es un movimiento del ánimo colectivo español, natural, explicable y hasta lógico después de cuarenta años de mudez y mordaza. Trato tan sólo de explicar cómo al primer ayuntamiento democrático, en general a todos los poderes públicos, se les comenzó a pedir la solución inmediata de viejos males crónicos, de difícil y lenta curación, y se le empezaron a exigir mejoras que implicaban serios desembolsos, sin tener para ello recursos suficientes. Hago esta digresión para tratar de explicar el recóndito origen que tuvieron la mayoría de los conflictos municipales que se plantearon en mi primer mandato. A este factor medular de confundir la herramienta o el instru-

mento, que no otra cosa es la democracia, con el remedio mismo, con el medicamento adecuado o la cirugía oportuna, confundir el fin con los medios, se suma un mal endémico del pueblo español: la impaciencia. Aquello del paciente labrador, el paciente ciudadano, ha pasado a ser virtud retórica. La impaciencia de las masas degolló a la II República, nacida bajo felices auspicios.

Hubo en mi primer mandato cuatro o cinco conflictos de borrasca externa, y unos pocos, pero decisivos, de los que no trascendían claramente pero los sufría el alcalde. Borrascas externas, unas más duras que otras, las que se promovieron por problemas del suministro de aguas y las huelgas de la limpieza, de los guagueros y de la policía municipal. Cada una de ellas requiere somera descripción. La promovida con un pretexto —fue sólo un pretexto— del suministro de agua a una barriada popular, la convirtieron los ocultos agentes que la provocaron en un ensayo en probeta de la revolución social. Yo estaba en Madrid, en uno de esos viajes ineludibles de gestión, ajeno por completo al conflicto que había estallado en la mañana del mismo día de mi regreso.

Al llegar a Gando, a eso de las diez y media de la noche, ya noté en la actitud de Domingo González Chaparro, que era el jefe de mi Secretaría política, cierto embarazo pronosticador. Me dijo que llamara en seguida a Edmundo Rodríguez, concejal de UCD que esperaba mi llamada:

—Juanito, me explicó con verbo agitado, la ciudad se encuentra en estado de sitio. Ven en seguida al Ayuntamiento.

Pensé que si era cierta tal situación, era el gobernador a quien debía dirigirme. Así lo hice: El gobernador, que era Juan José del Barco, me explicó lo sucedido:

—Esta mañana se formó en el barrio una manifestación, en apariencia espontánea, para protestar por los cortes de suministro, pero pronto se vio que había sido provocada y manipulada por agentes exteriores. La policía municipal trató de disolverla, no pudo y acudió a auxiliarla la nacional. Lo logró en aquel sitio pero al cabo de una hora se recomponía en el otro extremo de la ciudad, por la entrada de Guanarteme. Así hemos estado todo el día, como en una guerra de guerrillas: atacaban o amagaban por un sitio y reaparecían por otro. Entre tanto han cometido algunos desafueros, han derribado casetas de la Telefónica, prendieron fuego a un coche, han apedreado a la policía... Como ves, actos todos inusuales en estas algaradas de la ciudad. Los agentes han creído columbrar de lejos a algunos personajes conocidos. Pero en estos momentos la ciudad está tranquila

y tengo apostada gente en sitios adecuados para reventar cualquier nuevo intento.

Había unos pocos detenidos, pero todos ellos eran muchachos desconocidos, sin antecedentes ni relieve políticos. Más tarde los agentes municipales, que conocen a todo el mundo, me informaron que habían detectado la presencia en los lugares, en algún caso arengando a los presentes, de dos o tres concejales de la extinta coalición y a un jefecillo que en aquellos años se singularizó como encendido activista, para apagarse luego como un cohete consumido.

Desde el Gobierno civil me dirigí a mi despacho. Allí encontré a la plana mayor de la UCD, pues hasta Fernando Bergasa había acudido al Ayuntamiento. Caras largas por doquier: alguien me explicó que estaban molestos porque en vez de acudir a su llamada, había ido antes al Gobierno civil. No comprendían que cuando aquél toma el mando para restablecer el orden, la autoridad municipal sólo tiene que seguir sus indicaciones. Pero las caras largas se explicaban también por otra razón: aquel día habían descubierto que nuestra ciudad, malévolamente manipulada por unos irresponsables, que alardeando de revolucionarios sólo eran, en verdad, unos revoltosos, podía convertirse en un pequeño y peligroso polvorín. Se habían asustado mucho y les parecía que estaban viendo los colmillos del lobo. Que a la larga acabarían por ser más inofensivos que los caninos de un corderillo.

Caras largas, o faz de circunstancias, encontré en varias ocasiones. Cuando el primer teniente de alcalde me decía que quería hablar conmigo, ya sabía yo que algo les había contrariado o querían hacer algo que a mí me contrariaría y, por ende, yo no haría. No quiero detenerme en todos estos tiquimisquis. Fueron numerosos, sin que, no obstante su aparente y presumida seriedad, me inquietaran demasiado, aunque servían para recordarme de continuo que yo vivía en tierra de infieles.

El conflicto de la limpieza fue el que tuvo mayor trascendencia pública: un pulso entre el Ayuntamiento y el Comité de empresa de los trabajadores, que entonces acaudillaba, bajo la inspiración de un flácido sindicato nacionalista, un empleado de cierto rango administrativo. Acabó en la cárcel porque, además de lioso, resultó falsificador: contrahizo unas falsas nóminas, según resultó probado en juicio. Me propuse reducir aquel brote injusto e injustificado de violencia y lo conseguí. Poco a poco los huelguistas fueron desertando y hoy, en el Servicio Municipal de Limpieza, prevalece una comprensiva armonía de trabajo y relación. Nuestros sudores nos costó.

Las huelgas de los «guagüeros» —término acuñado por el uso

popular, soberano en esto del lenguaje— fueron realmente endémicas durante varios años. El aire de leve matonismo de algunos dirigentes, la escasa cultura de muchos de ellos, los conatos de agresión a las unidades que infringían la orden de paro, y la escasa o nula colaboración de los policías, la municipal y la otra, todo contribuía a que, por un quítame allá esas pajas, los ariscos directivos paralizaran el servicio. Todo fue entrando en orden poco a poco. Los trabajadores cobraron conciencia de su corresponsabilidad en la eficacia y mejora del servicio y que los anchos caminos del diálogo son siempre más seguros y cómodos que los arriscados senderos de la violencia; el Ayuntamiento, por su parte, no les ha regateado nada de lo que es justo y merecido, y al cabo de los años he tenido la satisfacción íntima de que una empresa que, con la ayuda del excelente personal de cuadros directivos, yo llevé exclusivamente desde mi primer día de concejal, a través de complicados meandros, haya alcanzado el grado de creciente y complaciente eficiencia que hoy tiene el transporte público en nuestra ciudad.

El problema de la policía municipal es otro cantar. Ese sí que es un problema endémico, por otra parte muy fácil de diagnosticar: la falta de autoridad de que, frente a ella, han dado muestras los débiles concejales que la tuvieron a su cargo, y la falta de autoridad personal, irremediable, de sus jefes inmediatos de ahora. Se nace o no se nace con dotes de mando y organización: «lo que Natura non dat Salamanca non praestat». La policía municipal de nuestra ciudad adolece de los mismos achaques que los largos años de dictadura hicieron contraer en casi toda España a estos cuerpos tan en contacto con la vida cotidiana de sus ciudades: el pequeño favor al vecino que es buena persona; el pequeño regalo que se aceptaba por haber accedido a permitirnos aparcar en sitio no autorizado en tal o cual ocasión; el cuidar que no aparque nadie frente a nuestro escaparate o por el contrario dejarnos aparcar sólo a nosotros en una vía reservada al transporte público, etc. Por esta senda de menudas corruptelas, de uso indebido de la autoridad, los policías, mal o torpemente dirigidos, se van encaminando a lo que deja de ser corruptela para ser punible corrupción: hacer la vista gorda ante la apertura de tiendas o bares sin licencia municipal; autorizar verbalmente o no impedir obras y construcciones clandestinas, etc., que de todo ello hay casos en la viña del Señor. Todo se resume en un mal servicio, prestado sin estímulo y con desgana, en falta total de productividad. Por fortuna la mayoría de la policía está incontaminada; hay mandos leales, eficaces y honestos y muchísimos guardias a los que no tenemos nada que reprocharles. Sólo pecan de timidez, de falta de arrojo personal

o sobra de temores infundados, para decidirse a denunciar a quien corresponda faltas o delitos que casi todos conocen pero que sin embargo encubren.

Poco pude hacer yo en mi primer mandato para extirpar un mal de tan larga gestación. Tenía informes acerca de policías de buenas zonas comerciales y de playas, que, amparados en pequeños favores, habían escalado niveles visibles de bienestar económico, imposibles de alcanzar con las propias soldadas; gentes de zonas rurales que, al zoco de autorizar obras sin licencia, se agenciaron también sus propias casas, etc. En esto les ayudaron y dieron ejemplo concejales desaprensivos de los varios que en los años del silencio pasaron por la Corporación. Desarraigar estos focos endémicos es labor lenta y paciente, y que sólo puede llevar a cabo alguien que venga de fuera del Cuerpo y no pueda ser tachado de complicidad activa o pasiva en la actual situación. Además, deberá poseer dotes de mando, de organización y de convicción: esa suerte de autoridad personal que se emana, que es como un aura flotante que se percibe, algo equivalente, en su escala y en su dominio, al carisma del buen político, del buen orador, del buen actor, del que tanto se habla ahora cuando ya lo habían descubierto los latinos.

En la primera etapa de mi regiduría un comité fantasmal de la policía municipal me planteó una huelga, ilegal por los cuatro costados, y por tanto punible con códigos y reglamentos en la mano. Contrariando lo que me aconsejaban algunos de mis concejales, no tomé represalia alguna: sencillamente dejé que el conflicto se pudriera, que acabaran asándose en su propia salsa. Así ocurrió. Recuerdo que la gente comentaba jocosamente que sin la presencia de la policía en la calle, la circulación era más fácil, más fluida. Los viandantes de todo género colaboraban espontáneamente a que así fuera. La policía se llevó una buena lección con aquel error garrafal. Al final las aguas volvieron al cauce por donde siempre deben discurrir las justas aspiraciones y demandas de los componentes de un importante servicio público. Por otra parte, también moralmente obligados a dar buen ejemplo público y privado, porque el de la policía es el servicio exterior que prestigia o enturbia la imagen de una ciudad.

Por mi parte, tuve constancia de algo que había presumido y temido: la insuficiente autoridad, y por ello la ineficacia del jefe que yo mismo había confirmado. La huelga, y su conducta en aquellos días, fue claramente reveladora. El cargo venía desierto, ocupado tan sólo interinamente, aunque el ocupante interino era, teóricamente, quien tenía preferencia legal para desempeñarlo. De una vez había que resolver la interinidad. Recuerdo perfectamente que tomé con-

sejo y opinión de mis mejores colaboradores de uno y otro partido. Alguien me dijo:

—Vas a hacer cargar a la Corporación con un «maula» —en castellano puro es vocablo femenino— para toda su vida.

En mi segundo mandato, contando con un colaborador excepcional, ajeno a la casa, adelantamos muchos pasos: pusimos a los buenos en el lugar adecuado; movimos a los remisos; organizamos una recluta de nuevos guardias que apenas hubiese costado un millón y va a costar diez; dividimos la ciudad en sectores para mejor controlarla; adquirimos bastante material, coches, motos, etc. Todo se ha venido abajo: la puerilidad de mis sucesores, unos políticos bisoños, ha permitido que en la policía municipal vuelva a haber reinos de taifas.

Las borrascas interiores no tardaron mucho en aparecer. El compuesto orgánico de la UCD tenía escaso soporte ideológico, una vaga idea de centrismo muy teñida de populismo, y un gran componente de personalismos, de adhesiones personales a varios jefes. Bien pronto tuve de ello clara evidencia. En el seno del grupo se percibieron dos banderías. No se mostraban al hablar conmigo, pero mi instinto, aguzado por la experiencia, me lo hizo descubrir. La descomposición real, exterior, empezó más tarde, pero al final ya no podía enmascararse.

Abandonó la Corporación el primer teniente, sin duda porque yo le hacía demasiada sombra o él se creía llamado a otros destinos. También otro significado edil, pero esta vez por cuestiones jerárquicas interiores: los puestos en la recomposición de la Comisión Permanente. Un tercer concejal, de los más valiosos con que el grupo contaba en áreas de urbanismo, también desertó para atender sus propios asuntos. Fueron sustituidos por los siguientes de la lista, tres «ucederos» del montón. Uno de ellos, que sólo tiene una voz hueca y campanuda, trató de molestarme sistemáticamente en los últimos plenos que dirigí. Trabajos de amor perdidos... A otro hube de frenarlo porque tuve noticia de que había dado una licencia verbal para una casa en el campo, a modo y usanza de antiguos colegas. El tercero se tomó a pecho su misión en la policía, pero batía en hierro frío. En las filas del partido había comenzado la «danza de las chaquetas». Que no fue exclusiva de UCD. Algunos años antes un conocido y alto personaje de la prensa canaria, escoltado por un joven escritor, con bien ganado prestigio posterior, y por un aprendiz de brujo local, hicieron venir a Felipe González, en viaje ex profeso, para ofrecerle seiscientos votos y su incorporación al Partido entrando por la cabeza. Felipe les explicó que no se hacía uno socialista de la noche a la

mañana sin una previa doctrinación, que al final se convino en que yo me encargaría de realizar, tras la cual el propio juego democrático pondría a cada cual en el sitio que mereciera y ganara. «¡Ojos que te vieron ir por esas mares afuera!»... como dice el cantar. La cosa no pasó de un conato forzado y fallido de atraque. Digo atraque, que no atraco, que son cosas de igual etimología pero distinto significado.

También es justo que reconozca la lealtad y fidelidad con que me ayudaron algunos de los mejores hombres del equipo, con los cuales sigo conservando una amistad que es para mí verdadero regalo. Uno de ellos fue el que me advirtió la sorpresiva ruptura del pacto.

Este inesperado quiebro taurino de la UCD tuvo, sin duda, una doble motivación: la necesidad de singularizarse, de asumir personalidad política destacada, cuando ya se acercaban los meses finales del mandato y había que preparar la próxima comparecencia ante los electores, a lo que se unía la igualmente necesaria exigencia de buscar en el equipo la figura que mejor pudiera representarlo en tal decisiva ocasión. Para lograr ambas cosas yo era el gran obstáculo: a mi sombra, como dicen que ocurre a la sombra de la higuera, no podía prosperar ningún vástago. Contribuyeron a adelantar, casi a precipitar la decisión, mis éxitos personales en el Carnaval.

Una vez que ocupé la Alcaldía puse todo mi empeño en que las populares fiestas tuvieran la brillantéz, la asistencia y la organización que su creciente auge venía reclamando. Aquello era ya una merienda de negros. Bastantes elementos de los supuestamente desinteresados organizadores, una tanda de frescos, con muy pocas excepciones, se aprovechaban de lo lindo. Se movían ya muchos millones y muchas personas para dejarlos a cargo de improvisadores, a los que, si no puede negárseles el impulso entusiasta inicial, ya no tenían ni fuerzas ni capacidad para abarcar tanto. Que la iniciativa fue fecunda lo muestra el enorme incremento de la masa popular que se ha ido incorporando a la fiesta en sucesivas celebraciones. En el primer Ayuntamiento que presidí le di al Carnaval dos millones de pesetas; en el último, sesenta. El Ayuntamiento es hoy su verdadero sostén. Ya no se reduce a una larga y cansina cabalgata, sino a múltiples festejos esparcidos por varios lugares de la ciudad. Debo aquí público reconocimiento al que fue jefe de mi secretaría política, José Martín, sobre quien recayeron las furias conjugadas de la envidia, los celos y la bilis congénita de algunos gacetilleros y jefecillos desplazados. Para dar una prueba de mi interés personal, llegué, ¡a mis años! hasta disfrazarme de Greta Garbo con bastante propiedad. El entierro de la sardina anterior a la ruptura —ésta ocurrió a mediados de marzo de 1982 y estuve de alcalde hasta el 2 de agosto— fue un verdadero

plesbicitico popular. Yo mismo me asombré de las dimensiones que había alcanzado mi popularidad. La muchedumbre, a un lado y otro del cortejo, no cesaba de aplaudirme y vitorearme. Yo, siguiendo la comedia, fingía llorar, hacía gestos de dolor, sacaba un enorme pañolón blanco para enjugarme las lágrimas. La gente se reía y me aclamaba. A mi lado marchaban dos o tres concejales de UCD que imitaban mis gestos y parodiaban mis llantos, tratando en vano de llamar la atención. Cuando cesaba el juego los sorprendía cariacontecidos, confusos. La marea de mi popularidad estaba muy alta: ya corrían el peligro de que los anegara definitivamente.

Pocos días después hubo en el teatro una función a la que yo asistí en unión de otros concejales: En el primer entreacto, llegó de la calle uno de mis amigos. Me susurró al oído:

—La Comisión Ejecutiva de la UCD acaba de acordar la inmediata ruptura del pacto municipal.

Al día siguiente, a media mañana, me llamó Lorenzo Olarte. Con muchos circunloquios —necesidad de no ser confundidos, etc.— me comunicó la noticia oficial. La acogí como había acogido la del pacto: previsto desenlace en una alianza «contra natura». El Partido, a través de sus órganos reglamentarios, me ordenó que no dimitiera. En el primer Pleno ordinario —celebré cuatro en la cuerda floja— expliqué por qué no dimitía, acogéndome a una vieja sentencia latina. *Pacta sunt servanda*, los pactos hay que cumplirlos. Lo traduje en términos populares: «Santa Rita, Santa Rita, lo que se da no se quita».

Seguí en el mando. Presenté una vez los presupuestos para el año, retrasados todavía, y me negaron su aprobación. La UPC se abstuvo. Los presenté una segunda vez y reiteraron la negativa. En vista de ello el 30 de julio de 1982 dimití.

En mi discurso de despedida les dije, entre otras cosas:

«Habeis cortado una gestión pacífica y equilibrada de la Corporación que ha culminado con el hecho de enorme relevancia histórica para la ciudad de su primera Emisión de Deuda Pública, cubierta totalmente por la Caja de Ahorros de esta provincia... La gente en esta ciudad se preguntará: Si el alcalde lo está haciendo bien, ¿por qué lo quitan?; ¿o es que lo quitan porque lo está haciendo bien?»...

Que no lo estaba haciendo tan mal se infiere de que en las elecciones del siguiente año la UCD como la UPC habían desaparecido como tales partidos, y yo volvía al Ayuntamiento con mayoría propia, de mi propio Partido.



UN SOLAR HISTORICO Y UN VALIOSO MONETARIO

Si pongo más demorada atención y mayor espacio, en este repasón que le doy a mi vida, en las cosas del Museo, ya expliqué antes por qué lo hago: por la verdadera importancia que, aunque bastante ignorada, ha tenido esta Casa en el conocimiento y en la difusión de la cultura, principalmente la canaria, trabajando en la sombra, como las estrellas, según decía Goethe, sin prisa pero sin reposo. En segundo término, porque las páginas que vivimos juntos son realmente páginas de nuestra historia cultural en que mi trabajo, fundido con el de los compañeros de directiva, tiene proyecciones exteriores dignas de ser conocidas. En capítulo anterior narré algunos de los eventos culturales ocurridos bajo las presidencias de Rafael Cabrera y Simón Benítez, los dos ya desaparecidos. Les toca el turno ahora a otros presidentes, el primero de los cuales, el doctor Juan Bosch Millares, también eternamente ausente, fue larga temporada director del Museo, cargo que, como el de conservador, puede renovarse ilimitadamente porque implica cierta preparación específica. Juan Bosch, gran médico y generoso corazón humano, trabajó mucho en el Museo en sus propias tareas de investigador. Se ocupó especialmente de las enfermedades de los aborígenes, de modo particular de aquellas que dejaban huellas en los fragmentos óseos. Las curiosas fracturas de miembros que se exhiben en las vitrinas dieron pie a descubrimientos esclarecedores. En algunos cráneos del Museo aparecía una lesión ósea que especialistas antropólogos habían supuesto era una señal patógena de la sífilis, lo cual hubiese significado que los indígenas canarios la habían padecido. La hipótesis contradecía la creencia general de que tal enfermedad es posterior al descubrimiento de América, y habría que buscar otro origen de la dolencia. Juan Bosch llegó a la conclusión de que tales cicatrices no son el goma sífilítico que

se presumió durante mucho tiempo. Bosch escribió la única biografía completa que se ha editado sobre don Gregorio Chil y Naranjo, el benemérito mecenas canario que fundó el Museo y le legó sus bienes. Fue autor igualmente de una exhaustiva «Historia de la Medicina de Gran Canaria», en dos tomos, que el Cabildo Insular le editó en 1968. El documentado trabajo había ganado en 1966 el Premio de erudición «Viera y Clavijo».

Fueron muy interesantes los años en que ejerció la Presidencia del Museo el doctor Juan Díaz Rodríguez. Juan Díaz es uno de esos casos en que se ponen a prueba y saben triunfar el tesón, la voluntad y la inteligencia de un hombre. Hijo de unos modestos campesinos del centro de la isla, hizo, primero, el bachillerato y después su carrera de Medicina en Sevilla, con su único y exclusivo esfuerzo. Cuando estudiaba aquí bajaba y subía todos los días a su casa rural, robando continuamente horas al sueño. Hoy es además Perito Mercantil y licenciado en Derecho. Ha tenido una vida de gran actividad en los campos profesionales y social, y es justo que subraye que fue vicepresidente del Patronato Benéfico de San José Artesano, en rigor el «factotum» de la noble empresa, que construyó las mil viviendas de «Lomo Blanco» en esta ciudad. Creo que es el único caso, no ya en Canarias, sino en toda España, de una urbanización de tal calibre erigida exclusivamente con fondos privados, sin ayudas ni subvenciones oficiales de ninguna clase. Ejerce hoy la Presidencia de la Fundación Universitaria, creada por su iniciativa. En recatado silencio realiza esta Institución la valiosísima labor de obtener dotaciones económicas de entidades privadas para becas destinadas a promover altos estudios y estudios universitarios, sobre todo en conexión con nuestra Universidad Politécnica.

Igual celo y cariño que a estos empeños consagró a su gestión en el Museo. Tuvo ésta, además, algunas complicaciones derivadas de la especial «sensibilización» franquista que la nación sufrió por aquellos años. Recuerdo los dos casos que más nos inquietaron. Daba una conferencia en nuestro salón de actos la conocida escritora y poetisa Gloria Fuertes. Famosísima como autora de cuentos infantiles, ha cultivado igualmente una variedad de poesía social, con gracioso desgarro y ribetes satíricos. En el curso de su lectura dos espectadores —militares de alta graduación vestidos de paisano— empezaron a protestar y a interrumpir a la escritora, que, como todos los buenos colegas de la época, era desafecta al régimen. Juan Díaz, primero en la sala y después en las gestiones a que hubo de recurrirse en otras instancias, supo resolver el conflicto con prudencia, autoridad y dignidad. También se resolvió sin complicaciones otro

incidente con los ensoberbecidos militares de entonces. Publicaba el Museo, bajo la iniciativa y dirección de Manuel Hernández Suárez, excepcional bibliógrafo y el más eficaz auxiliar aquí de Agustín Millares en su monumental «Biobibliografía de escritores canarios de los siglos XVI-XVIII», una preciosa colección llamada «Cuadernos de San Borondón». Salió a la luz un día un tomito de cuentos, debido a la pluma de un joven escritor, que hacía por aquellas fechas sus primeras publicaciones —luego consagrado novelista y cronista—. En uno de ellos, en la línea de la literatura hispanoamericana, se reflejaba el soliloquio quejumbroso de un generalito destituido y encerrado por otros colegas. En un momento de rabia se quita la guerrera y se orina encima. Alguien en las altas esferas castrenses estimó que el inofensivo cuento era atentatorio al prestigio del uniforme y se estuvo en el dramático tris de que la justicia militar, que no gastaba bromas, empaelara al autor o al director, o a los dos a la vez. La feliz circunstancia de que los dos tenían cercanos parientes militares, y la intervención oportuna de nuestro presidente, nos ahorró un serio disgusto. Pero esto da idea de cómo se vivía en aquellos años que tantos flatos nostálgicos siguen suscitando entre gentes coriáceas al progreso, que olvidan que la supuesta edad de oro comprendió una etapa de trece o catorce años de escuálidas cartillas y duros racionamientos, de verdadera hambre en muchos sectores, pues no todo el pueblo podía acceder al privilegio de las compras de «estraperlo», origen de tantas malolientes fortunas, amasadas con la abusiva especulación, el cohecho y la corrupción, que hoy aparecen bendecidas hasta por títulos nobiliarios.

Ya expliqué que Juan Díaz dirigía el Museo al celebrarse aquí el centenario del hombre de Cro-Magnon. Aquella junta tuvo otras felices iniciativas. Creó una Comisión para conocer la situación de los estudios universitarios en Las Palmas, de la cual salió la petición oficial de crear en esta ciudad, con la evidente justificación de su tráfico marítimo y pesquero, un Centro Superior de Estudios Marítimos-Pesqueros, lo que los japoneses llaman Universidad de Pesca, una Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales y una Escuela de Ingenieros Navales. Pero tuvo también aquella Junta buena ocurrencia: plantear una especie de «lock-out», es decir, dimitir en bloque, con un previo aviso en la prensa, que se encargó de hacer el propio presidente, para llamar la atención de las autoridades sobre la angustiosa situación económica de la institución. Las ayudas oficiales que el Museo recibía eran insuficientes y ridículas, al lado de las que disfrutaban otros centros culturales de la isla; el agobio económico diario distraía en exceso nuestra dedicación y por otra parte



las viejas instalaciones habían quedado obsoletas y se hacía necesario renovarlas y modernizarlas. El plante dio resultado. El Cabildo Insular elevó a cinco millones de pesetas la subvención anual que era tan sólo de doscientas cincuenta mil. El acuerdo fue pactado con Juan Pulido Castro, entonces presidente del Cabildo, a quien debemos agradecer la iniciación de esa fructuosa colaboración, que se hizo posible legalmente creando el Patronato del Museo Canario, cuya presidencia tiene atribuida el que desempeña la del Cabildo Insular. Juan Pulido ha dado toda su vida pruebas de abierta sensibilidad en los campos de la cultura y de los estudios universitarios.

Aludí antes a la conferencia de Gloria Fuertes. Estuvo ésta integrada en un ciclo que nos permitió con otras ayudas coyunturales hacer venir a la isla a numerosos y prestigiosos conferenciantes, entre los que recuerdo a la citada poetisa, Julián Marías, Camilo José Cela, Guillermo Díaz Plaja y Julio Caro Baroja, académicos de la Lengua, Federico Muelas, poeta, Alvaro Cunqueiro, uno de los mejores escritores gallegos de todos los tiempos, «historiador» de la fantasmal isla de San Borondón, Carmen Conde, hoy también académica, Enrique Lafuente Ferrari, eminente crítico de arte, etc. Todos ellos guardaron, y guardan los vivos, grata memoria de su estancia en la isla, que nosotros procurábamos amenizar.

En el curso de esta presidencia sobrevino el primer asunto en que salió a voleo el solar de San Francisco, donde estuvo el Cuartel del Regimiento de Infantería n.º 66. Este solar tiene dos historias: una historia primitiva y una historia contemporánea, quizás mejor, una prehistoria, poco o nada conocida, y una historia sonada, repercutida, y a la postre fallida, que se desarrolla en los tiempos de mis dos alcaldías.

Llegó a la ciudad para pasar una temporada de restablecimiento el ex-ministro del Movimiento y consejero Nacional, don José Luis Arrese. La familia de su esposa posee en Corella, de Navarra, un pequeño museo misceláneo donde se guardan cuadros, libros, muebles, objetos valiosos de lento y viejo acopio familiar. El señor Arrese se interesaba mucho además, como académico de Bellas Artes, por problemas de museología. Conoció a Juan Díaz, éste a su vez le mostró las instalaciones de nuestro Museo, y el ex-ministro quedó entusiasmado con la riqueza y calidad de nuestras colecciones. Se convirtió entonces en alto y tenaz patrocinador de nuestra idea de modernizar el Museo, para lo cual una de las mejores soluciones consistía en construir otro nuevo, bien adecuado ya a nuestras necesidades y a las peculiaridades de los variados objetos que hoy posee y exhibe. Nos ofreció, además, obtener en Madrid una subvención para suple-

mentar las ayudas locales que con tal fin pudieran aportar nuestras Corporaciones. Estábamos abrumados por la falta de espacio para albergar y exponer gran parte de nuestras existencias de todo tipo y a este propósito habíamos iniciado también conversaciones con los propietarios de las casas colindantes. Arrese tomó tal interés por el nuevo Museo, que llegó a comprometer al alcalde Ramírez Bethencourt para que nos donara una parcela de la nueva Avenida Marítima. No descansó hasta lograr colocar incluso la simbólica primera piedra, pensando en adaptar al terreno cedido un bello anteproyecto que nos había hecho el magnífico arquitecto Salvador Fábregas ajustado al edificio actual de Vegueta. Pero pronto las gestiones tomaron otro camino. Supimos que el Cabildo le había vendido a la Caja Insular de Ahorros el solar de San Francisco. Como las dos corporaciones, el Cabildo y el Ayuntamiento de la ciudad, fruto en parte de las insistencias de Arrese, habían acordado cada una de ellas una subvención de quince millones para el nuevo Museo, se destinarían los quince millones del Cabildo a la compra del solar. Se tomaron los acuerdos correspondientes, el Cabildo pagó a la Caja los quince millones y el Museo fue dueño teórico del terreno durante unos pocos meses. Antes de continuar el relato, como acabaron aquí los buenos oficios de Arrese, debo referir otra gestión suya que me concierne. Como es natural, en todo este lapso de tiempo José Miguel Alzola, que habría de suceder a Juan Díaz en la presidencia, y yo, los dos grandes aficionados a las bellas artes, hicimos buena amistad con Arrese, que por lo que ocurrió después, valoró nuestra común afición y devoción quizás con excesiva estima. De regreso a Madrid, en una sesión de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, habló de nosotros con otros dos amigos comunes, el pintor gomero José Aguilar, cuyo estudio visité alguna vez y a quien conocía desde muchos años atrás, y Enrique Lafuente Ferrari, el gran tratadista de arte, con quien amistamos durante su estancia en la ciudad cuando vino para hablar en el Museo. Los tres firmaron la propuesta oportuna y la Academia nos nombró a los dos académicos correspondientes. Algo similar a lo que nos ocurrió con el nombramiento de la de Sevilla, por mediación del profesor don José Hernández Díaz.

Estos proyectos sobre el nuevo Museo llevaron a algunos buenos socios a sugerirnos que debiera reconsiderarse el plan de traslado, aunque se había pensado siempre en seguir utilizando las casas de Vegueta exclusivamente para los archivos y bibliotecas. Todos reconocíamos que en aquella determinación inicial nos habíamos visto un poco coaccionados moralmente por el entusiasmo y el ardor de cosa propia con que Arrese había planteado la erección de otro edi-

ficio nuevo para las ricas colecciones etnográficas. Ante su auténtica contagiosa convicción, el poder persuasivo de sus altas influencias y la perspectiva de enriquecer la ciudad con un nuevo buen instrumento cultural, se habían inhibido nuestras capacidades de reflexión. No fue necesario discutir mucho para enmendar el acuerdo anterior. El Museo no debe salir del viejo barrio, cuna de la ciudad, y debe seguir allí prestigiando el sector y contribuyendo a convertirlo cada día más en asiento de la mejor actividad cultural de la población, el fragmento urbano de más solera, más historia y mejor conservado. Nuestra política debe orientarse, y así la ha llevado José Miguel Alzola en los bien repletos doce años de sus repetidas presidencias, tan llenos de logros sustantivos, hacia la paulatina adquisición de los predios colindantes y cercanos para que toda aquella manzana, si fuera posible, se convirtiera en un ancho y vivo núcleo cultural. Se decidió, pues, devolver el solar al Cabildo. Este, en su turno, volvió a enajenarlo a la Caja de Ahorros, que le dio al Cabildo el mismo dinero que de él antes había recibido, y como existía una diferencia en los precios de inventario y de venta, sobraba una suma, cuya cuantía no recuerdo, que le fue entregada, como bendición del cielo, a nuestro voraz Museo. Digo voraz, no por su ansia y apetito, sino por su permanente necesidad de dinero para mejor cumplir sus fines institucionales.

El fermentido solar, tan llevado y traído, no tiene ni 3.500 metros de extensión, y está encajonado entre la alta pared trasera de un edificio de pisos de la Avenida 1.º de Mayo y el muro frontal, irregular y feo, de la iglesia de San Francisco. Es muy pequeño para convertirlo en verdadera plaza y muy grande para ser ocupado con una sola edificación. Por otro lado, el sector urbano en que se emplaza —Vegeta-Triana, objeto de especial protección mediante un Plan especial que aprobó mi Corporación— dispone de mayores zonas libres y ajardinadas, en relación con su menor densidad demográfica, que otras muchas de la ciudad. Están las plazas de Santo Domingo, Santa Ana, la Plazuela de Hurtado de Mendoza, la Alameda de Colón y el Parque de San Telmo, los jardines y escalinatas espalderas de la Catedral y la placita del Espíritu Santo. Cuando el terreno llevaba inocupado, únicamente utilizado para aparcamientos por un comercio privado, cerca de diez años, la Caja Insular de Ahorros, a quien lo restituyó el Cabildo, presentó un proyecto de edificación que fue la chispa provocadora del litigio verbal subsiguiente. Mi propósito fue siempre convertir aquella parcela, mal encajada, en un rincón urbanizado, bien adecuado y acorde con su antiguo marco arquitectónico, moviendo planos estructurales que rompieran la fealdad del entorno

amurallado. Algunos de los varios grupos ecologistas de la ciudad —cuyas ruidosas intervenciones hasta ahora sólo han servido para retrasar o dificultar buenas iniciativas urbanas, tales los casos del Auditorio de la Puntilla y el Casino de Santa Catalina, uno y otro retrasados «sine die» y quién sabe si definitivamente perdidos para la ciudad—, con machacona majadería, digna de mejor empleo, se empeñaron en que el solar fuera únicamente una zona libre, una plaza pública. Llegaron a recurrir a ciertas violencias: verbales, en la prensa y en alguno de mis Plenos, a través de los turiferarios propicios de la UPC, y violencia forestal o violación arbórea, plantando en la capa externa, arcilla pura, del terreno tallos de palmeras condenadas a perecer. El asunto era para los «extremosos» de la izquierda un aparente buen bocado electoralista que luego les falló. En el fondo se trataba claramente de una de las tantas muéstras de hostilidad hacia mi Ayuntamiento, pero especialmente hacia mi persona, de militantes, ex-militantes, compañeros de viaje y afines del Partido comunista, que tienen en mí su enemigo favorito, su blanco preferido. Es una manía vieja. No me ha quitado nunca el sueño. Me sirve de relativo consuelo saber que no son todos. Siempre tienen disidentes hasta en las buenas causas.

Al final ha prevalecido el buen sentido y se ha impuesto la solución inicial. El Ayuntamiento ha comprado el solar a la Caja en muy buenas condiciones, y habrá de convocar un concurso arquitectónico que permita remodelar un conjunto urbano, ordenado en torno a una placita central porticada; jugando adecuadamente con los volúmenes, habrá de levantarse allí el edificio para el nuevo Conservatorio Superior de Música de la ciudad. Dejé al abandonar la Alcaldía todo preparado, créditos, acuerdos previos con la Caja, etc. El Gobierno regional se comprometió a realizar la construcción en dos ejercicios. Esperemos que, una vez más, la indecisión «hamletiana» que agarrota los brazos de mis sucesores no estropee el bello proyecto, cuyo alcance y magnitud no supieron estimar y valorar ciertas personas aquejadas de daltonismo político.

Otro buen logro de la presidencia de Juan Díaz fue la hermosa y valiosísima colección numismática que donara al Museo don Alejandro Lifchuz, ingeniero ruso de origen, nacionalizado español, que vino a España a trabajar, y que consiguió a lo largo de su vida reunir un conjunto numismático que va desde la creación de la moneda a la caída del Imperio romano. Al Museo le donó las romanas y de pueblos contemporáneos. Las ibéricas y otras igualmente valiosas las regaló al Museo Arqueológico Nacional. Hubo que hacer una costosa instalación especial en una habitación blindada. Las monedas se ins-

talares en vitrinas y muebles que diseñó el propio don Alejandro, y el cuarto está dotado de máxima seguridad en razón del elevado valor de lo que contiene. Se halla en libre exhibición, pero siempre con la precaución de exigir la entrega del documento de identidad, para mayor garantía, y en todo momento con la presencia de un empleado de la casa. Al acto histórico de la entrega, hecha ante notario con todas las exigencias legales, asistieron la Junta entera, el presidente del Cabildo y otras autoridades. Incluso estuvo en la ceremonia la esposa de don Alejandro, pues siempre consideramos que en un matrimonio de tan larga fecha y tan bien avenido, estos excepcionales rasgos de auténtico mecenazgo que conllevan, detrás de los objetos donados, años y años de paciente e inteligente rebusca, estudio, selección, parcelas en fin de la propia personalidad del coleccionista, honran efectivamente al beneficiado, pero confieren también honor, honor fecundo y no vulgar vanagloria, a los donantes. La colección ha sido ya debidamente estudiada y catalogada por numismatas de formación universitaria. Hago esta detallada historia porque algunos años después de instalado el monetario en su gabinete especial, la viuda de don Alejandro, quizás momentáneamente obnubilada y olvidadiza de los términos y condiciones de la donación, estrictamente cumplidos por el Museo, esbozó la reclamación de su mitad del legado con el pretexto de que se incumplían las estipulaciones de la entrega. La cosa no pasó de indeciso tanteo y no supimos más. Repito que estimo que aquel inesperado gesto debió de originarse en un fugaz extravío de la memoria de la ilustre dama, bien explicable si se tiene en cuenta su longeva edad.

Por la paciencia, buen tacto y sensibilidad que mostró en el largo curso de aquel notable enriquecimiento de las colecciones del Museo, Juan Díaz sumó un timbre más a la gratitud de todos sus socios.

EL MUSEO Y LA ESCUELA

Título así, escuetamente, este capítulo porque para mí ambos nombres sustantivos, en su expresiva sencillez, encierra, cada uno en su propia esfera y después reunidos, un universo de vivencias que llenan muchas, muchas horas de mi vida. Quizás horas decisivas en mi conformación espiritual, porque fueron horas de aprendizaje, de formación, de descubrimiento de nuevos horizontes, de arado y siembra en los campos de mi ávida curiosidad de palabras, conceptos, esquemas formales, que luego fructificarían a lo largo de mi existencia para forjar el mejor tesoro del hombre, la educación, la cultura. Aunque a veces, paradójicamente, recuerde la afirmación de Henri Henriot, conocido escritor francés, que decía que *la cultura es lo que queda cuando todo se ha olvidado*. Yo he procurado olvidar lo menos posible, aunque la memoria, fémina al fin y al cabo, me juegue alguna mala trepa de vez en cuando escamoteándome un nombre, alguna fecha, algún detalle que yo sabía haber acopiado. La Escuela de Luján Pérez, con el magisterio inolvidable de «Fray Lesco», la frecuentación de sus aulas, la amistad ininterrumpida posterior con sus mejores alumnos, Felo Monzón, Santiago Santana, Plácido Fleitas, tempranamente segado, Jesús Arencibia, etc., todos los que han llenado con su auténtico arte, con su peculiar estilo, con su buen y fecundo trabajo, llenado y colmado las expectativas juveniles de cuando nos conocimos, juntos con Eduardo Gregorio, compañero y profesor después de todos ellos, más que amigo, hermano queridísimo, todos y cada uno han contribuido a mantener viva en mi espíritu la llama de mi gran amor a las artes plásticas que germinara en los tempranos años de la Escuela. El Museo Canario me ha dado otras enseñanzas, me abrió el apetito por conocer la historia de mis islas y de la de sus mejores hombres, la de su creación artística, literaria, periodística,

social, pero también me suscitó el interés por otros aspectos de nuestra presencia insular, desde la geología hasta la climatología, que han sido fuente de contento, estímulo y satisfacción de mi amor hacia nuestro archipiélago.

La vinculación que de hecho ha mantenido el Museo con la Escuela durante una larguísima etapa se basaba en que durante los más de cuarenta años últimos siempre había en la directiva del Museo alguna persona espiritualmente vinculada a la Escuela, o en alguno de sus puestos de dirección tradicionales. A la muerte del fundador del centro escolar, don Domingo Doreste, «Fray Lesco», para superar el colapso económico que su desaparición ocasionó, a principios del año 1941, los antiguos alumnos y los amigos más fieles decidieron constituir un Patronato que tomara a su cargo algunos aspectos de la labor, insustituible por otra parte, que él había desempeñado generosamente tan largo lapso como creador y máximo animador de la empresa. Se celebraron las conversaciones en el despacho de Rafael Cabrera, que era entonces presidente del Museo. El primer Patronato quedó constituido así: lo presidía Rafael Cabrera, y fue siempre norma que lo presidiera el del Museo, y además lo integraban Miguel Martín Fernández de la Torre, el querido Miguel, ya en eterna ausencia, don Secundino Zuazo Ugalde, también desaparecido, el arquitecto famoso, autor de los Nuevos Ministerios, que vivió residenciado en nuestra isla desde 1941 a 1943: Simón Benítez Padilla, Rafael O'Shanahan Bravo de Laguna, dos ex-presidentes del Museo, Manuel Doreste Grande, hijo de «Fray Lesco», Mario Pons Cabral, que sería algún tiempo director de la Escuela, grande y generoso espíritu humanista, y los antiguos alumnos Eduardo Gregorio, entonces director, Francisco Martín Vera, abierto y pródigo corazón, gran coleccionista de arte, cuyo conjunto compró el Cabildo Insular, y a cuya generosidad económica tanto debe la Escuela, Tomás Miranda Ortega, jefe provincial de Estadística, muerto luego en Africa, componente sustantivo, inteligente y activo de nuestro grupo juvenil de amigos, y yo mismo, que seguí asumiendo las labores de secretario del centro. Nos abandonaron ya casi todos los primeros patronos, tan queridos y llorados. Fue este Patronato quien nombró a Santiago Santana, el grande y polifacético artista, modelo de coherencia en estilo y talento, para sustituir a Eduardo Gregorio López cuando éste se ausentó de la isla a conquistar en España y en América, como ceramista en otros sitios, la fama de gran escultor que su propia isla no conoce suficientemente. La Caja Insular de Ahorros, Caja de Ahorros de Canarias, de palmera simbólica, que hoy posee una de sus obras maestras, el Cristo crucificado, en cobre batido, le dedicó uno

de esos bellos calendarios que ha venido consagrando a los grandes artistas canarios desaparecidos y que tanto contribuyen a su conocimiento póstumo. Ahora, con feliz iniciativa, ha empezado a dedicarlo a artistas vivos, habiendo abierto Santiago Santana la nueva serie, con todo honor y toda justicia.

Siendo presidente del Museo Rafael O'Shanahan, siempre tan unido a Eduardo Gregorio y a mí en felices episodios de nuestra juventud, y de nuestra vida entera, cortada la suya prematuramente, quiso dar un paso más en aquella vieja alianza espiritual y su directiva acordó —tengo a la vista el trabajo que en la revista del Museo consagré a la historia de los primeros cuarenta años de la Escuela— convertir al viejo y prestigioso Centro en la Sección de Artes Plásticas del Museo Canario. Acuerdo que tomó la junta general el 30 de diciembre de 1958. Se fundamentó en que nuestro salón era entonces casi el único, con el Gabinete Literario, donde los artistas canarios celebraban regularmente sus exposiciones; la Escuela, que funcionaba sólo merced a la ayuda de un grupo de amigos, y que venía cumpliendo en la isla el papel del mejor vivero de artistas plásticos de toda su historia, necesitaba con urgencia que se acudiese en su auxilio, sin perder su plena autonomía oficial frente a otros estamentos oficiales y públicos, con una aportación económica que la ayudara a estabilizar su vida y librarla de los dramáticos altibajos económicos que la habían puesto en peligro varias veces.

Era ya profesor-director de la Escuela Felo Monzón, que ha seguido consagrándole hasta hoy mismo su mejor aliento, su sabio consejo, su diestra experiencia, su ayuda material cuando ha sido preciso, su prudente y dúctil temple y flexibilidad en el trato de los hombres y en la enseñanza de las artes, en las que es ya consagrado maestro. El caso de Felo Monzón es otro de los característicos en la reducida panoplia de nuestra insularidad. Aunque es bastante conocido de la crítica nacional e internacional, venciendo las barreras de su lejanía geográfica, y también las de cierto modesto retraimiento personal propio de los canarios, la irradiación de su prestigio como inquieto creador en el terreno de la pintura, movido siempre por un claro imperativo estilístico, autor de una obra tan copiosa como variada y calificada, equiparable, si no superior, a la de cualquier eminente y jaleado pintor contemporáneo del continente, no ha alcanzado en esferas extrainsulares, en otros niveles más extensos, la difusión y el conocimiento que de verdad y con toda justicia merecen y tienen bien ganados. No es de extrañar. Hace algunos años el Museo de Arte Contemporáneo organizó una exposición de arte modernista,

en la que figuraban todos los artistas, catalanes principalmente, que en nuestro país se inscribieron en aquel feliz movimiento artístico de principios de siglo, que tuvo un histórico paralelo e idéntico lustre en otros de Europa, particularmente en Francia y Austria. Al recorrerla detenidamente observé que el organizador se había olvidado de Néstor, el nuestro, uno de los mejores artistas de aquella tendencia en todo el mundo. Se lo hice ver a Luis González Robles, el organizador, que es, a pesar del fallo, un expertísimo conocedor de la materia. Se llevó un disgusto, porque él conocía bien la obra de Néstor. Su disculpa y su justificación para tan patente omisión estuvo en que la mejor obra de Néstor, la que le coloca en la cima de esta especial estilización de la pintura, se cumplió y se expone en Canarias, lejos del hervidero central, y él no encontró, al preparar el certamen y reunir las obras, una cita o una referencia cercanas que lo guiara debidamente hacia nuestro grandísimo artista. Así pues, el caso de Felo, citado en obras de crítica, relacionado con muchos profesionales, no tiene otra justificación que nuestro obligado apartamiento geográfico. Y no haber querido él tampoco correr la aventura de la exclaustración insular, que supieron acometer con éxito otros artistas canarios como Manolo Millares y Martín Chirino, que ahora disfrutaban fama universal. Felo, además, no ha sido un artista que se limitara a descubrir unas formas y a repetirlas toda su carrera. Antes bien, ha sabido ir evolucionando con el aire de su tiempo, y de ser de los primeros y más vigorosos indigenistas, ha pasado por etapas de estilo cinético, constructivista, etc., hasta asumir últimamente un expresionismo de violenta coloración con respaldos de esquematismo formal. Quizás puede llamársele a esto, la diversa mutación del canon pictórico, incoherencia estilística. En arte tal cosa puede ser provechosa y útil: ahí está el ejemplo genial del proteico Picasso. En cambio, en la ideología política tiene menos explicación y escasa justificación. Una larguísima lealtad, probada a fuerza de constancia, de coherencia y de entrega, no puede sacrificarse y quebrarse con una verdadera pirueta como la que le llevó a abandonar su partido de toda la vida para incrustarse como un cuerpo extraño en una híbrida candidatura de la UPC. ¿Extravío propio o engañosa inducción ajena? Por fortuna, caído de su error, se ha reintegrado al seno de la vieja organización donde tenía tantos amigos, que estuvo a punto de perder irremisiblemente, y en donde nadie ha puesto en duda la sinceridad de su arrepentimiento.

Rafael O'Shanahan fue de los hombres de mi generación más familiarizado con problemas humanos de toda especie, fuera de los que afectaban a su área profesional médica, en la que destacó entre

los mejores. Como todos los muchachos de mi generación, recibimos muy pronto lecciones de historia del arte, cultivamos la amistad de buenos poetas, leímos los libros que éstos nos aconsejaban, abrimos nuestra curiosidad a campos más anchurosos que los que transitan muchos de los hombres que nos han seguido, demasiado constreñidos la mayor parte al cultivo exclusivo de su especialidad, con el peligro de caer en lo que Ortega llamó *la barbarie del especialista*. Procuramos acercarnos modestamente al «hombre universal» del Renacimiento. Rafael era especialista en psiquiatría, tras serios estudios en Madrid con el famoso profesor Sanchiz Banús, de quien fue alumno predilecto y ayudante, que le hubiesen llevado a una cátedra, si la imprevista ruina de su padre no le hubiera obligado a regresar y establecerse aquí para contribuir al sostenimiento de su familia. De todas las especialidades médicas es sin duda la psiquiatría la que puede decirse que ocupa un puesto central, del mismo modo que la médula espinal, como prolongación del encéfalo, es el centro motor de nuestro organismo. De aquí que él tuviese tan profundos conocimientos médicos, afianzados en una larga actividad profesional, fuera del Hospital Psiquiátrico que muchos años dirigiera. Ejerció, primero, en Santa Brígida. Había terminado su carrera junto con Luis Manchado Martín, también excelente médico y amigo, que murió prestamente. Después los dos pasaron a dirigir las dos Casas de Socorro de la ciudad, que entonces tenían una gran importancia por no existir servicios sanitarios de urgencia bien regulados. Luis Manchado vino a Las Palmas y Rafael a la del Puerto. Solíamos Eduardo Gregorio y yo aliviarle el trabajo de las noches de guardia acompañándole hasta altas horas, pues éramos solteros los tres. Aquella Casa de Socorro del Puerto fue siempre un mirador privilegiado para conocer las infinitas pequeñas miserias humanas del gran sector portuario. Y también escenario de hechos variados y pintorescos. Una noche de nuestra compañía trajeron a la Casa a un costero de la Isleta a quien en una riña le habían asestado una puñalada en el vientre. Le curaron y como el hecho podía tener secuelas graves, Rafael avisó al Juzgado de guardia. Al cabo de pocos minutos apareció el juez, cuando aún estaban cosiéndole las tripas al pobre hombre, que venía además con unas copitas. El juez, que se llamaba el señor Nestares, y le decían en broma el señor Néctares por su gusto de los buenos vinos —él mismo contaba la broma—, comenzó a tomar declaración al herido:

—Míe usted, señor juez, «er individuo» me «trincó er totiso» y me «jincó un cabe»...

El juez no entendía una palabra e insistió:

—¿Cómo dice usted?...

Nosotros, testigos mudos de la escena, nos partíamos de risa. El lenguaje del roncote resultaba ininteligible para el juez peninsular.

—Si, señor, «me trincó el totiso» y me «jincó un cabe». Yo me «revolví» y le «jiqué una guiñá»... y «antonces» sacó la faja...

El juez nos miraba atónito como preguntando qué lengua hablaba aquel desventurado. Rafael tuvo que apresurarse a traducírselo en cristiano. Poseía éste, rasgo que nos unía más, un gran sentido del humor que, como todo buen humorista, se aplicaba a sí mismo. Refería que una mañana en que subía con su coche para ir al Hospital del Monte se metió distraídamente por una calle de sentido contrario. Un guardia, que le conocía, lo detuvo:

—Don Rafael, ¿dónde va usted?

—Al Manicomio, guardia, al Manicomio, le respondió.

—Ya se ve, don Rafael, ya se ve... le comentó el agente.

El coche de Rafael —era entonces casi un privilegio tener un automóvil— estaba muy trabajado y le daba frecuentes sustos con inoportunas averías. Una tarde, viniendo del Monte, notó que el motor le estaba fallando, pero, jugando con el volante y cuesta abajo, logró llegar hasta la acera frente a la Catedral. Se bajó, levantó el capot y empezó a hurgar para intentar arreglar la avería. Estando en estos apuros salió del templo de las vísperas o algo así, el ilustre canónigo don Deogracias Rodríguez, buen amigo del doctor. Solícito se dirigió a éste:

—Don Rafael, ¿puedo ayudarle en algo?, dígame, le ofreció.

—No, don Deogracias, muy agradecido, pero éste no es un problema de auxilios espirituales...

Como era natural por su oficio, guardaba en la memoria una verdadera antología de cuentos de locos. Yo recuerdo muchos, oídos de sus labios. No renuncio a contar uno de los buenos.

Tuvo interna en el Hospital a una chiquilla de doce o trece años que padecía de cleptomanía. Dada ya de alta, un día se encontró por casualidad a la madre de la criatura, y, cortés y atento como siempre, se interesó:

—¿Y cómo anda la niña, señora?

—Está mucho mejor, don Rafael, mucho mejor: ya empieza a traernos a casa objetos de valor...

Debo a Rafael un cuento de médicos, que he repetido muchas veces, porque es bastante significativo de la ironía, de la sorna canaria, que nos llegó por vía de gallegos.

Una mamá, inquieta por la salud de su niña, una pollita ya hecha,

con sus bultitos pectorales y todo, que venía sufriendo jaquecas y náuseas, la llevó al médico:

—Doctor, mire usted a mi hija, que tiene estos días unos mareos y una provocación muy raros. Ella me dice que es porque, jugando con ella, se tragó por descuido una medallita que tenía con la Virgen y el Niño. ¿Por qué no me la mira por los rayos?, le pidió la afligida madre.

El médico que, tras un primer reconocimiento, ya adivinó la causa de la dolencia, accedió a la pantomima para contentarla. La mamá, ansiosa, mientras el galeno observaba la pantalla, le preguntó:

—Qué, doctor, ¿se ve ya la Virgen?

—No, señora, la Virgen no se ve, pero el niño se ve perfectamente...

Si me he detenido más y con tamizada emoción en la evocación de este grande y entrañable amigo desaparecido, como he hecho ya con otros en igual caso, es porque fue una de las grandes radas amistosas de mi vida. A él acudía en los momentos de vacilación, cuando necesitaba un consejo, no sólo cuando necesitaba un auxilio médico, en los instantes en que la vida me ponía en uno de esos trances cuyo único parcial alivio es contarlos, vaciar uno su pena, su aflicción, su disgusto, su confusión, su conflicto interno, oyéndose uno a sí mismo en alta voz ante el corazón abierto y el aliento de un amigo verdadero. Lo mismo le ocurría a él conmigo. Amigos así tuve muy pocos en mi vida. En los últimos cuarenta años, que yo recuerde ahora, pues tantos han partido, que vivieran aquí, tan sólo Eduardo Gregorio y Rafael.

Sigo venerando su recuerdo. Mi fiel afecto envuelve hoy por igual a los suyos, a su mujer, la querida Paquitina Roca, a todos sus hijos, de los que creo ser correspondido. A veces, no obstante, las esporádicas salidas de tono de uno de ellos, escritor y periodista, que ha confundido en ocasiones dónde termina la justa crítica de una gestión y dónde comienza la ofensa innecesaria, me ha llevado a creer, no que sea él una excepción entre los suyos, sino que hay por enmedio otros valores y otros compromisos, que yo no acierto a explicarme.

Bajo la presidencia de O'Shanahan organizó el Museo el centenario del gran escultor canario José Luján Pérez. El acto más sencillo, pero el de recuerdo más perenne, consistió en la colocación de una placa conmemorativa de su vida y trabajos en la casa de la calle Santa Bárbara, perpendicular a la de Luis Millares, donde el artista residió y tuvo su taller en Las Palmas. Fui yo el encargado del discurso del descubrimiento. En aquel año habitaba la casa en que se adosa el mármol inscrito, la pintora Lola Massieu. Me sirve el recuerdo para dejar constancia de mi admiración por su calificado arte de pin-

tora, tan original dentro de su expresionismo jugoso y sugeridor, y también de mi honda estimación personal por el ejemplo de genuina vocación, laborioso y tenaz esfuerzo y ajustada coherencia que ella da con su arte y con toda su existencia. Yo tuve la satisfacción de presentar una de sus mejores exposiciones entre las numerosas que la artista ha celebrado en esta ciudad.

El centenario de Luján se celebró igualmente con la exhibición de las más selectas obras, reunidas aquí por primera vez, del insigne imaginero, organizada de acuerdo con el Obispado de la diócesis. El Museo invitó con tal motivo a pronunciar una conferencia al docto y muy llorado profesor de Sevilla, nuestro paisano Enrique Marco Dorta, catedrático de Historia de América. Por su buena amistad con nosotros, y sobre todo con Rafael y José Miguel Alzola, Enrique hizo gestiones en la capital andaluza para que un conocido y prestigioso restaurador de esculturas viniera a Las Palmas a examinar, y restaurar en su caso, las tallas de Luján que enriquecen tantos templos canarios. Se convino previamente con el Cabildo Insular que éste asumiría los gastos que se ocasionaran, que consideramos muy módicos teniendo en cuenta la condición excepcional del restaurador. Pero en aquellos días el presidente del Cabildo, hombre muy sensible a intriguillas menores, se enemistó con Rafael, y la isla, por una momentánea sombra en las sienas del jefe político, más tarde disipada, se perdió una ocasión histórica de someter la enorme obra de nuestro escultor a una seria y responsable revisión técnica. De tal fuste fueron muchos de los políticos del largo estiaje: voluntariosos, caprichosos, a veces obcecados, obnubilados porque nadie podía o se atrevía a contrariarlos, y sin negar el talento de algunos, así vimos a muchos fantasmones auparse a sitios que les venían notoriamente anchos.

ENTRAÑADAS IMAGENES DE LANZAROTE

Sentí siempre, mucho antes de que el turismo la consagrara lugar predilecto, gran simpatía, verdadera atracción por la isla de Lanzarote. Recuerdo haber publicado en una revista gráfica, bastante anterior a nuestra guerra, uno de los primeros artículos sobre la isla, precursor de los que después ha suscitado la excepcional belleza de sus campos de lava, de su erizada piel cuarteada por los magmas eruptivos, vinculando precisamente a esta tectónica condición su impar belleza, cuando solamente se admitía que lo bello en el archipiélago eran los verdes campos, los húmedos y boscosos barrancos, los escondidos valles rumorosos de aguas furtivas. Aparte la gran atracción de su naturaleza, de la originalidad de su estructura geológica, me han atraído siempre las gentes de la isla. Supe pronto de su nobleza, de su hospitalidad, de su abierto y sencillo trato. La guerra civil me dio ocasión de comprobar estas cualidades que yo había apreciado en mis frecuentes visitas: Lanzarote fue la isla que, además de dar el menor contingente de presos a nuestros campos, sufrió relativamente menos detenidos que ninguna otra. Ejemplo que hizo contrastar el caso de la isla de la Palma, no sólo más densamente poblada, sino con viejos problemas de rivalidades políticas y personales que no se habían dado sino excepcionalmente en la historia de Lanzarote. Aduzco esto, no como una justificación de índole humanitaria a mi amor por esta isla, sino como una ratificación esperada de un juicio moral anterior.

En la isla de Lanzarote tuve yo mi primera actuación política relevante y en ella celebré el último mitin de las elecciones de 1936, tras las cuales comenzó la guerra civil. Pertenecen estos recuerdos a lo que al principio llamaba el período más interesante en la memoria de los hombres de mi generación. En mi caso concreto a los primeros

treinta o treinta y cinco años de mi vida. No puedo eludir en esta movilización de imágenes del pasado que ahora hago, sacando del cajón y dándoles cuerda a tantas efigies que el tiempo había arrumbado, algunas que tienen a gentes y lugares de aquella isla encuadrados en escenas de inolvidable memoria.

Cuando se celebraron las primeras elecciones legislativas de la II República, para nombrar los diputados que habían de elaborar la Constitución de 1931, yo fui a Lanzarote como delegado del Comité Electoral para una de las zonas en que dividimos la isla. Eran las primeras elecciones libres que se celebraban en España. Hasta entonces los mandatos de la monarquía estaban muy condicionados por el caciquismo y además las últimas elecciones que se habían celebrado en la nación databan del 1.º de junio de 1919, es decir, doce años antes. Elecciones que tampoco se celebraron en esta circunscripción, pues al presentarse una sola candidatura, cosa que ocurrió por obra y gracia de aquel inveterado caciquismo, los diputados salieron proclamados por el famoso artículo 29 de la Ley Electoral. Las elecciones de la República eran las primeras libres de verdad y además eran el aprendizaje para el electorado de un derecho casi inédito. Derecho que luego ejerció sólo dos veces más en el mismo periodo republicana, pues después cayó sobre la voluntad del pueblo la pesada losa de los cuarenta años de dictadura.

Yo velaba, pues, mis primeras armas políticas. También mi primer discurso de carácter político público —antes ya había pronunciado dos conferencias sobre temas de arte, una presentando la exposición del pintor alemán Carlos Beuter y otra en el centenario de Goya que organizó el Gabinete Literario en 1928— fue motivado por aquellas elecciones. El cine Cuyás —cerrado el teatro— ofreció su escenario al acto. Hablaban, entre otros oradores, Rafael Guerra del Río, que llegaría a ministro antes de la dictadura, diputado por la isla en todas las elecciones, afiliado antiguo del partido de Lerroux; Miguel Barrera, un viejo socialista, fundador del Partido en Las Palmas, concejal socialista ya en tiempos de la Monarquía, y creo recordar que también José Gallardo Quevedo, uno de los puntales del Partido republicano federal. Recuerdo que Rafael, con quien conservé muy buena amistad por encima de discrepancias políticas, y que entonces apenas me conocía, me hizo hablar el primero, de telonero, como se dice en argot teatral. Yo solté mi discursito y recuerdo que Rafael, realmente sorprendido, me dijo:

—¡Caray! muchacho, si yo llego a saber que tú lo haces tan bien te dejo para el último. Lo cual equivalió a una condena a prisión perpetua de discurseador, pues desde aquel día, salvando el bache

dictatorial, no ha habido campaña electoral en las islas donde yo no haya lucido mi palmito, tan sólo presentable, y mi voz, que siempre tuvo una buena impostación natural.

Con este modesto bagaje yo me presenté en Lanzarote, a fines de junio de 1931, a buscar y ganar votos. Evoco con claridad que el centro electoral debió abrirse en Mácher, pero por no sé por qué razones lo establecimos en el pueblecito marinero que en aquella época se llamaba la Tiñosa, hoy Puerto del Carmen, creo recordar. Tenía a mi cargo todos los municipios del sector hasta Teguiise. No lo hicimos tan mal, pues nuestra candidatura salió triunfante. Bien es verdad que tampoco teníamos verdaderos contrincantes, pues la euforia republicana ahuyentó a los caciques como, después del aquelarre, disipa a las brujas la radiante aurora. Este primer contacto político me hizo anudar mis primeras amistades en la isla, que siempre se reclutaron en los medios sociales más variados. Hay una rama conejera de mi familia paterna, por el apellido Medina, que me liga a Lanzarote hace muchos años. Son los Medina de Manolo Medina Ortega, el actual eurodiputado y uno de los muchachos más inteligentes y preparados de mi Partido, catedrático de la Universidad de Madrid. Constituyen una de esas familias bien avenidas y trabajadoras que son la médula social de Arrecife, y que tanto han contribuido a modelar su faz humana y afectiva. Un año más tarde, meses más, meses menos, la imprecisión cronológica me es inevitable y no quiero recurrir a otros elementos que le den aire historicista a estos recuerdos, volví a la isla de Lanzarote como pacificador.

Había estallado en Arrecife la primera gran huelga de su historia sindical. Los marineros de la ciudad habían abandonado los barcos que se dedicaban a la pesca en aguas africanas. La pesca era en aquellas calendas el principal recurso de la isla, y de modo especial de su capital. No lograban ponerse de acuerdo con los patronos, el conflicto se enquistaba y la isla se paralizaba. Más de tres meses duró aquel paro inmovilizador de la principal fuente económica insular, pues los vinos y otros productos de la agricultura poco contaban todavía. Desplazaron aquí los compañeros de Arrecife a unos delegados para que nuestro Partido interviniera en la resolución de aquella grave desavenencia. Y para la isla salimos Nicolás Navarro Valle y yo. Nicolás fue un fraternal compañero que compartió la prisión conmigo. Como ocurre en estos casos, el problema se había agudizado por celos y desconfianzas de carácter personal. El líder de los pescadores no acertaba a entonar con los representantes de los armadores, por otro lado, faltos unos y otros de experiencia en estas lides. Nos dimos, sin embargo, buena maña y al cabo de varias reuniones de dura contro-

versia, conseguimos ponerlos de acuerdo. El día en que se firmó la paz, es decir, el convenio sindical, fue recordado durante muchos años por los lanzaroteños, como uno de los más gloriosos de su historia. El vino corría por las calles como el agua suelta de un manantial. Los dueños de bodegas, y recuerdo particularmente el «moscatel dormido» de Arencibia, un comerciante originario de Teror, sacaban barricas y barricas y en una confraternización sin precedentes, la población entera se echó a la calle a beber, cantar y bailar para celebrar el magno arreglo final. Arrecife había salido de un oscuro y difícil trance, que casi yugula a la isla entera. Evoco con vívida luz el escenario del cine Díaz Pérez, o algo así, que llevaba Paco Saens, donde los marineros, don Antonio Márquez, el viejo armador, presidente de su Sociedad, Camejo, otro armador, Nicolás y yo dábamos al auditorio entusiasmado la noticia de la feliz culminación del conflicto. Aquella histórica escala me permitió sumar nuevas amistades. Se me insinúa hasta el recuerdo de un inofensivo «flirt» con una de las chiquillas más lindas de la ciudad, que luego casó con un médico y viviría en Tenerife. El éxito fue tan clamoroso que los compañeros —tengo especial emoción por el recuerdo de Domingo Ortega, Rafael Medina, Paco Sáenz, Domingo Lasso, Antonio Medina Mesa y otros, algunos ya desaparecidos— decidieron organizar un acto sin precedentes, y que después ha resultado ser el único de su especie en toda mi vida: un mitin en el cine sólo para mujeres.

No peco de vanidoso si refiero que el local se llenó de bote en bote. No recuerdo en toda mi larga existencia ver reunida una asamblea semejante. La adjetivación que se usa en estos casos, una deslumbradora asistencia, se me queda corta. No sólo me asombró ver el número de mujeres, la inmensa mayoría de las cuales no habían acudido nunca a actos públicos de esta naturaleza, todavía muy retraídas, cantidad inconcebible para la densidad de la población en aquellos años, sino el número de señoritas y señoras de bello porte y agraciado rostro que nutrían el auditorio.

Resulta difícil que concurso igual en la alta homogeneidad de buenos tipos y bellos rasgos femeninos pueda lograrse en pueblos semejantes, si acaso en una ciudad muchísimo más poblada que aquella apacible, grata y sosegada Arrecife de los años treinta. No acabaron mis sorpresas al asomarme al escenario. Dentro de éste, visibles para mí pero no desde la sala, dos bellísimas enlutadas habían tomado asiento para escucharme. Me produjo la impresión de que, para rendirme honores, habían desplazado al escenario a las dos más bellas asistentes a la conferencia. Dos bellezas originales y singulares, que fueron en su juventud, como dijo el poeta, «gala y ornato» de la

isla: las hermanas Rijo Rocha. Tenían luto reciente y por eso estaban entre bastidores. Una casaría, madre fecundísima, con Pepe Correa Viera, y sería mi vecina de calle por muchos años; la otra sería la esposa de Pepe Díaz, secretario del Ayuntamiento, que también iría a vivir fuera. Entre mis compañeros socialistas en el actual Concejo municipal figura un hijo de la primera, mi tocaya Juanita.

Lo de la belleza de los Rijos era cosa de la casta. Me acuerdo de su hermano Eugenio, que fue Asambleísta de la Unión Patriótica de Primo de Rivera, que tenía toda la prestancia, el color y el porte de un príncipe indio. Contaban que cuando en Madrid iba a un ministerio, las secretarías salían al pasillo para verlo pasar.

No necesito yo muchos estímulos para que me aflore ese viejo poso de galantería dieciochesca que llevamos en un rincón del alma los buenos españoles. La ofuscante vista de aquella insólita concentración puso alas a mi fantasía y escasos frenos a mi lengua. Les hablé del papel que la mujer había jugado en la historia de la humanidad, cómo una cultura de absorción y privilegios masculinos la había relegado siempre a puestos de segundo rango, con una subyacente dosis de menosprecio, y cómo ellas se habían vengado manejando y manipulando subrepticia pero eficazmente muchos hilos secretamente fautores de la historia. Creo que pasé revista a todas las mujeres famosas del pasado, desde las cortesanas griegas, desde Safo y Friné, las mujeres de la Biblia, Marta y María, a Josefina de Beauharnais, la primera mujer de Napoleón; la nariz de Cleopatra y el ojo tuerto de la princesa de Eboli, los consejos de Madame de Maintenón y las audacias viriles de Aurora Dupin, «Jorge Sand», la falsa virginidad de Isabel de Inglaterra y los escándalos galantes de nuestra Isabel II, así como la ciencia de Madame Curie y la gracia lírica de Sor Juana Inés de la Cruz, etc.; no voy a repetir ahora aquel inolvidable y único discurso de mi vida en que recibí los aplausos más gentiles que había recibido orador alguno en toda la faz de la tierra.

Volví a la maravillosa isla, hija favorita de Plutón, en ocasión de las elecciones de febrero de 1936, las últimas de la República. Recorrimos la isla Juan Negrín, candidato, y yo. Nos acompañaba, haciendo las veces de secretario mío, Manuel León Peñate, inolvidable compañero, bromista ingenioso, hombre de probada coherencia que también trabajó conmigo en mi etapa de director de «Avance». No pudo ver tampoco el fin de la sequía. Dimos en Arrecife, justamente dos o tres días antes del cierre de la campaña, un sonado mitin que nunca podría olvidar. Fue también en un cine. Debió de ser el mismo del mitin femenino, pues lo llevaba en explotación el compañero Paco Sáenz Infante y supongo que también nos lo facilitaría. En Arrecife,

como ocurrió en las demás islas, habían surgido en el seno de la masa obrera, que militaba mayormente en la UGT, unos núcleos de la CNT de inspiración anarquista, cuya abstención electoral, según explico en otro lugar, nos habían hecho perder las elecciones del 33. Habían ocurrido ya, hacía más de dos años, los famosos sucesos de Casas Viejas, grave extralimitación de la fuerza pública ante un verdadero motín popular, en la autoría de los cuales la derecha española hizo correr el infundio de que Azaña había ordenado a los guardias dar «tiros a la barriga». Casas Viejas era la consigna dada a los anarquistas para alterar y romper los actos del Frente Popular. Eran muy pocos, pero estratégicamente distribuidos por las salas, y acompañando con gritos el ritmo de sus interrupciones verbales, sembraban confusión y deslucían los actos. Aquel día, antes de comenzar, nos lo advirtieron. Así me extrañó mucho que dejaran hablar, primero al compañero que nos presentó, y después a mí, sin que hubiera una sola interrupción. Le tocó el turno al candidato. Negrín fue un magnífico orador de cátedra, de palabra tranquila y fácil discurrir, habituado al tono oratorio de sus clases y conferencias. Frío y sereno, pero riguroso y metódico en la exposición, era un maestro como los de la escuela de Ortega y Gasset, eficaces y admirables profesores. Comenzó a hablar en tono persuasivo, convincente. Al cabo de cinco o seis minutos surgió la primera interrupción:

—¡Casas Viejas, Casas Viejas!, gritó un espectador. No habían pasado otros dos minutos, cuando brotó otra voz irritada. Le siguió un tercero, ya con el estribillo:

—¡Los tiros a la barriga!

Negrín, advertido, hacía breves pausas, y seguía. Pero poco a poco se pusieron a graznar todos los rompedores, que no llegaban a la docena en todo el recinto, pero que por su colocación daban la impresión de ser muchos más. Juan cortó su discurso, un poco indeciso, titubeante. Sin pensármelo mucho, me adelanté al proscenio, aparté hacia un lado a Negrín y con toda la fuerza de mis pulmones y de mi voz, que fueron siempre potentes, pero lo eran más a mis treinta años, increpé a los reventadores:

—¡Saboteadores! ¡Lacayos de la derecha! ¡Sacristanes disfrazados! ¡Aliados del papa! ¡Enemigos de la libertad!...

Lo del papa se me ocurrió por recordar que uno de los postulados de su credo es una antirreligiosidad agresiva, que es la que ha puesto la tea incendiaria en tantas manos inconscientes en muchos lamentables episodios de nuestra historia, verbi gratia, cuando los incendios de iglesias en mayo de 1936, a poco de implantada la República en España. No se ha podido discernir el oscuro origen de aquellos

atentados, que tanto dañaron la imagen del régimen recién instaurado, pero siempre hubo sospechas sobre unos activistas de aquella filiación que fueron vistos repetidamente en algunos de los focos.

Mis gritos desaforados, que dominaban desde mi altura a los interruptores, consiguieron imponer silencio. Apaciguado el cotarro, pronuncié unas breves palabras y empujé nuevamente a Negrín al centro del escenario. Se obró entonces ante nuestra atónita mirada una verdadera metamorfosis. La palabra tranquila y sosegada del orador de antes, se transformó en el caudal borbotante, de brillante tono alzado, de un tribuno. No sé de dónde había sacado el sabio profesor aquellos potentes alardes de orador callejero. Con una fluencia, una claridad y una rotundidad asombrosas se metió materialmente al auditorio en el bolsillo: explicó lo que en verdad había ocurrido en Casas Viejas, cómo se tenía la certeza de la presencia de provocadores entre las gentes del pueblo, cómo aprovechó la derecha cerril el triste suceso para desprestigiar a los gobernantes, etc. El entusiasmo del público no tenía límites. Los instigadores del escándalo se pusieron rápidamente a buen recaudo, pues los buscaban para lincharlos. Una enorme manifestación de las gentes que nos esperaban en la calle, nos acompañó triunfalmente hasta el hotel. Ya de vuelta, sentados con unos compañeros, ante unos vasos de cerveza, le pregunté bromeando:

—¿De dónde diablos sacó usted de pronto aquellos arrestos oratorios de vendedor callejero? ¿Dónde tenía escondido al tribuno?

—Eso es, Juan, una prueba más de la capacidad de adaptación al medio que tiene nuestra especie, y en general los seres vivos: las abejas cuando están en peligro sacan el aguijón.

Sigo sin explicarme, a estas alturas de la historia, por qué no se ha rendido todavía la justicia que merece a la ejemplar figura de Juan Negrín, verdadero coloso humano de ciencia, presciencia, vitalidad y coraje. Y menos acierto a explicármelo entre las gentes de mi propio Partido. He pensado hallar cierta justificación en los hechos históricos anteriores y posteriores a la formación del gobierno que le encargó Azaña, cuando Francisco Largo Caballero, primer ministro de la República desde septiembre de 1936, abandonado por unos, censurado y agobiado por otros, incapaz de imponer orden y concierto en la retaguardia republicana, dimitió en junio de 1937. Juan Negrín hizo el milagro que no pudo hacer Largo Caballero: restableció el orden, metió en vereda a los anarquistas catalanes y a los catalanistas desaforados, reorganizó la industria de guerra, puso en su sitio al embajador ruso que había mangoneado mucho cuando gobernaba Largo, organizó varias divisiones y, sobre todo, previó, y

la historia lo confirmó, que nuestra guerra fue una avanzadilla de la segunda mundial y que prolongándola, resistiendo —sólo cinco meses separaron el final de la nuestra y el inicio de la mundial— podríamos convertirnos en frente aliado y sumar a nuestra causa las ayudas que Francia, imperdonablemente, pues gobernaba allí un socialista, Leon Blum, e Inglaterra, más explicable porque lo hacía un conservador, nos negaron ciegamente. Tampoco impidieron que lo hicieran con prodigalidad al general Franco, Alemania e Italia. Negrín hizo ministro de Defensa a Prieto. Pero a principios de 1938, creo que en abril, hubo de aceptarle la dimisión. Don Indalecio, no sólo estaba profundamente desmoralizado, sino que infundía su pesimismo, su fatalismo, hasta a los mismos Altos Mandos del Ejército a los que él tenía la obligación de alentar y animar. Tengo la impresión de que Prieto no se lo perdonó. Acabó allí una antigua y larga amistad. Después discutieron por quién había de administrar los recursos que el Gobierno republicano logró sacar de España para ayudar a los que escaparan, el famoso cargamento del «Vita», los fondos bancarios, etc. Yo hablé con Negrín largamente de todo esto las dos veces que le vi, en Londres y en París. Curiosamente su dirección en Londres me la dio Luis Araquistáin, amigo antiguo, después rival de nuestro paisano, por medio de un común amigo vasco que recibía la fruta de la sociedad canaria llamada «Ciel». Sinceramente creo que tenía razón, como la tenía cuando sin fundamento corrieron la especie calumniosa de que era poco menos que «compañero de viaje» de los comunistas, cuando él fue el único que le paró los pies al embajador ruso y nombró menos comunistas para altos cargos que los que habían nombrado Largo y Prieto. Si se apoyó en ellos fue porque eran compañeros de lucha y Rusia fue la única nación que, con su interés por supuesto, prestó verdadera ayuda a la causa legítima de la República.

Pero Negrín, que se mantuvo fiel a Prieto cuando éste era rival de Caballero, había perdido, primero, a los amigos de este último, y después, al salir Prieto de su gobierno, en el fondo resentido, se enajenó los amigos de Indalecio. Ni lo apoyaron, ni apoyan hoy su memoria, los compañeros del aparato burocrático del Partido que son herederos, si no de las filosofías respectivas porque los tiempos han cambiado, pero sí, en cierto modo, de las respectivas memorias históricas. De ahí el olvido en que se tiene a su figura, genial por tantos aspectos. Ante muy pocos hombres he tenido la sensación de respirar aire vertiginoso de alturas, de sentirme junto a un coloso, de esos que honran a la estirpe española muy de tarde en tarde: Pablo Iglesias, Maura, Ortega y Gasset, Unamuno, Azaña, Negrín. Genio, vitalidad, cualidades proféticas, valor, prudencia: un compendio de

raras virtudes. En mi viejo Partido somos en rigor solamente dos viejos compañeros los que mantenemos fidelidad a su memoria: José Prat, senador por Madrid, y yo, senador por Gran Canaria, que con el gallego Jacinto Calvo, formamos la minoría «decrépita» en estas dos últimas legislaturas. Prat fue subsecretario con Negrín y conoce bien los entresijos de nuestra historia.

Perdóneme el lector indulgente que, hablando de la querida isla conejera, haya puesto este final bélico y retrospectivo a una emocionada evocación. Pero al hilo del recuerdo, me pareció ver cómo Juan Negrín, desde su rincón privilegiado en mi memoria, me saludaba expresivamente cuando rememoré su proeza oratoria frente a unos provocadores. Y quise corresponder a su invisible saludo. Como quiero corresponder aquí al cariño y a la devoción que siempre me han brindado mis amigos de Lanzarote, palenque de muchos de mis discursos y conferencias, en mis visitas a aquel montón de residuos volcánicos donde anida una variedad del género canario, abierta como unos brazos, generosa y confortadora como sus vinos, gentil y caballerosa, todo lo cual le confiere un timbre claro y específico entre nuestras distintas voces insulares.

XXXVIII

LA VIEJA CASA SE ACICALA

Muchas veces en el curso de los años en que el Museo se convirtió en mi segundo hogar, no sólo por las horas que en él pasaba, sino por el ambiente moralmente confortador que me brindaba, pensé que la venerable institución cumplía de alguna manera el hospitalario papel que en el siglo XVIII desempeñara Holanda, una parte de los Países Bajos que dominó España. Es bien conocido que Voltaire, el grande y agresivo filósofo y escritor francés, en algunas ocasiones, para prevenir ser perseguido por sus enemigos, o huyendo de ellos, a los que atacaba con furia y cáustico ingenio, abandonaba Francia y se acogía al amparo de aquella joven nación, todavía no bien cohesionada. En el Ateneo de Madrid oí alguna vez que en los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera llamaban a la Casa «la Holanda de España». El Museo fue, pues, mi Holanda particular. No porque en ella pudiera hallar la inmunidad y la protección que Voltaire encontraba en los Países Bajos —aquí nadie estaba protegido ni siquiera refugiándose en lugar sagrado—, sino porque al entrar en ella cambiaba totalmente el ámbito espiritual. Allí convivimos en las juntas directivas, en el mutuo respeto y en el profundo afecto, hombres de las más encontradas ideologías. Recuerdo al eminente lectoral don José Feo y Ramos, historiador meritísimo cuya obra, por haber sido escrita con lápiz, en gran parte se ha perdido; a don Juan Alonso Vega, el famoso orador sagrado; a don José Marrero, Magistral de nuestro primer templo, uno de los mejores oradores que he oído, un poco todavía con el estilo retórico y enfático del género religioso, pero con plenos recursos de voz, entonación, actitud, amenidad y fuerza; a Antonio Limiñana López, prestigioso abogado, asesor del Obispado de Canarias, hombre de delicioso trato humano, periodista que contendió conmigo en campañas juveniles, él, dirigiendo «El Defensor de Ca-

narias», yo, desde las columnas de «El País», cosa que incluso robusteció nuestra larga y buena amistad. Alojados en otras zonas del pensamiento estábamos allí Simón Benítez, nutrido en el anticlericalismo francés de fines de siglo, Luis Belón, competente naturalista y otros directivos, ninguno de los cuales hubo de sentirse incómodo en compañía de otros compañeros de distinta formación. Para todos nosotros era la tolerancia el factor primordial de la «otredad», la ineludible, sana y necesaria presencia del «otro», base de la convivencia, sin la cual no se concibe que el hombre sea un «animal político», como lo definió Aristóteles, y no porque tenga aficiones políticas, sino porque vive en la «polis», la ciudad, la germinal institución social que los griegos crearon. En el Museo ha trabajado muchísima gente, y no solamente las legiones de estudiantes que pasaron por allí cuando era la única biblioteca pública de la ciudad. Han desfilado historiadores, profesores universitarios españoles y extranjeros —desde Verneau a nuestros días, todos los antropólogos mejores del mundo—, artistas famosos, doctorandos que preparaban tesis sobre temas canarios y después que se abrió al público, clasificada y ordenada, la rica hemeroteca, cientos de personas que buscan datos y noticias en el inagotable repositorio de nuestra historia contemporánea que es la colección de periódicos y revistas canarias, uno de los tesoros que la Casa guarda. Recordaré que, bajo la presidencia de Juan Bosch, organizamos una exposición donde se mostraron ejemplares de 506 títulos de todo el archipiélago, muchos más de los que registró Luis Maffiote en su célebre Catálogo.

Me detengo sólo a evocar a dos visitantes ilustres por distinto concepto: el arquitecto Secundino Zuazo Ugalde y el profesor de Antropología de Oviedo, antes ayudante de Barcelona, Miguel Fusté Ara. Zuazo residió en Las Palmas, confinado por la dictadura franquista, dos años, del 41 al 43. Hizo después muchas visitas. Tenía ya gran renombre cuando Prieto, a la sazón ministro de Hacienda, le encargó el monumental proyecto de los Nuevos Ministerios de Madrid. También intervino en los enlaces ferroviarios. Este punible hecho de colaborar técnicamente con un ministro socialista, le concitó las furias del régimen, que lo deportó a nuestra isla. También contribuyó a ello la oculta envidia de otro colega, la envidia es el mal español por antonomasia, que figuró mucho con el régimen, el señor Mugu-ruza, arquitecto mangoneador en el área durante muchos años. Don Secundino lo llamaba siempre «el moro Muza», parodiando el nombre del caudillo árabe famoso. En la biblioteca del Museo se pasaba Zuazo las tardes enteras. Para darle trabajo, Rafael Cabrera, que fue su receptor y protector, ideó construir un cine y formamos al efecto una sociedad, que no funcionó pero le pagó los honorarios, Simón

Benítez Padilla, el propio Rafael, mi hermano Jesús, el más pequeño de todos, espíritu emprendedor, laborioso, zumbón y afortunado a quien tanto quise, y que murió tan joven, don José Brossa Roger, viejo republicano federal, comerciante conocido, bastantes años directivo del Museo y yo mismo. Zuazo edificó después la Casa de las Academias municipales, ejemplo de composición y armonía para una fachada vegueteña, y la casa de Paco Lemes, en el Paseo de Chil, con la nobleza de su balcón canario, luego Inspección Provincial de Industria..Dos modelos de buena y adecuada arquitectura.

La odisea política de don Secundino fue un claro ejemplo de aquella estúpida represión posterior a la guerra. Lo deportaron, le incautaron la cuenta corriente en los bancos, donde tenía más de ochenta millones de pesetas de la época, pues estaba realizando importantes obras para el Banco de Vizcaya, lo inhabilitaron para la profesión, lo vejaron públicamente. Todo para que, al final, su monumental proyecto madrileño haya sido realizado como él lo concibió y sobre sus mismos planos. Seguí cultivando su amistad hasta que murió. Cada vez que iba a Madrid, recalaba por su lujoso estudio en la plaza de la Independencia. Zuazo me proveía siempre de noticias políticas frescas. Formó parte del Consejo asesor de don Juan de Borbón y yo conocí muchos episodios de las relaciones del pretendiente con el General, bastante tensas y con muchos altibajos, por los relatos de Zuazo. Contribuyeron no poco a fortalecer mi idea, que comparte la gente que conoció los bastidores de la escena política, y que he leído confirmada por Antonio Tovar, el eminente profesor, de que a Franco sólo le interesaba conservar el poder personal suyo, fuera como fuera. Antonio Tovar ha escrito que *«España fue conducida casi cuarenta años, condicionada a la posición y el mantenimiento del jefe del Estado. No confió en nadie y decisiones de graves consecuencias fueron tomadas por él solo..., con un aire más mayestático y distante de todos sus colaboradores. Se percibía que en lo que Franco pensaba primero era en su posición y en su porvenir al frente de un Estado que consideraba su propiedad particular»*.

Cuando Zuazo ingresó en la Academia de Bellas Artes disertó sobre el Monasterio del Escorial, en cuyo estudio se había especializado. Yo tuve el honor de hacer la corrección de estilo de la pieza oratoria, pues rara vez los técnicos tienen aptitudes literarias. Fue el arquitecto del Seminario de don Anonio Pildain, vascos los dos, con quien tuvo gran amistad. Don Antonio, por cierto, le modificó a su gusto la altura de la iglesia y provocó el enfado del arquitecto, que el gran obispo se encargó luego de disipar. He hablado de ello, de los dos, con el cariño y la estimación que merecieron, en un librito de la colección «Guagua» del Cabildo Insular.

Otro visitante que no quiero olvidar es el profesor Fusté. De todos los antropólogos que han pasado por la isla para estudiar la morfología y otras peculiaridades de los restos aborígenes que conserva el Museo, Fusté ha sido, a mi juicio, el que mejor ha puntualizado y diseñado, al menos en términos comprensibles para el profano, las características de los pobladores que encontraron en la isla los primeros soldados de Castilla. Estuvo varias veces en la ciudad. Antes y después de ganar la cátedra de Oviedo, de la que poco disfrutó, pues falleció, tempranamente, cuando tenía poco más de cuarenta años. Sus artículos para la Revista de la sociedad son de lo más claro, preciso y didáctico que se ha escrito sobre tan apasionante materia. Fusté encontró rasgos cromañoides en bastantes pobladores actuales de las islas, en especial entre las gentes que viven en el centro, donde la endogamia, es decir, la mezcla interior de la sangre sin influjo externo, ha permitido conservar mejor los rasgos definidores de aquella variante racial que fue la primera pobladora del archipiélago.

Una tarde estaba yo en el Museo, en las salas de Verneau, viendo trabajar a Fusté con los viejos cráneos, haciendo mediciones y calculando ángulos, acompañado de Juanito Pérez Navarro, ejemplar amigo, que trabajó en la Secretaría de la sociedad con un amor y un celo del que se conserva gratísima memoria entre las gentes de la casa. Fusté estaba situado frente al arco de entrada del salón y nosotros dos estábamos de espaldas. Sentimos unos pasos, Fusté levantó la vista de sus huesos, miró hacia la puerta e hizo un leve gesto, apenas perceptible. Nos volvimos nosotros y vimos que se acercaba Manuel Morales Ramos, que era entonces el presidente. No había saludado aún al profesor y venía a hacerlo aquella tarde. Departimos unos minutos y Manolo abandonó la sala. Intrigado por aquella leve aparente sorpresa que me parecía haber observado, le pregunté a Fusté:

—Dígame, doctor, ¿por qué hizo usted un gesto de sorprendido cuando don Manuel Morales entró en la sala?

—Es que, al verlo surgir súbitamente por el cuadro de la puerta, tuve la sensación de que se había salido de la vitrina uno de esos ejemplares que se guardan ahí; tan acusados tiene sus rasgos cromañoides la cabeza de Morales.

Los familiares de Manolo, hijo mayor del gran poeta Tomás, tienen por ambas ramas muy cercanas las raíces campesinas, sobre todo arraigadas en el corazón de la isla, donde se practicó la endogamia por espacio de siglos. Otro caso igual es el de Quintana, no recuerdo su patronímico, que después de trabajar en la farmacia de Manolo Hernández Guerra, típica familia de Tejeda, de donde salió el pobre

Domingo a triunfar en Madrid, fue alcalde del pueblo y dueño de una granja avícola de las primeras que se montaron en la isla. Quintana como Morales, difuminados cromañoides en el anchuroso complejo racial de las islas, debieron de tener un retatarabuelo, o algo más lejano, que formaba parte de la ancestral población canaria y cuyos genes se han ido transmitiendo hasta nuestros días. No recuerdo si le he contado esta anécdota al propio Manolo, a quien tanto quiero y estimo por su corazón, por su fina sensibilidad y por su aguda inteligencia. Durante su presidencia se fundó en el Museo el Teatro Insular de Cámara, al que aludí en otro punto, bajo la dirección conjunta de Pedro Lezcano y su hermano Ricardo. Fue aquél, sin duda, el intento más calificado y serio que se ha hecho en la ciudad para poner en escena obras del buen teatro. Los hermanos Lezcano poseían el buen juicio y la información puntual necesarias para acertar en la elección de las obras, y el elenco contó con la colaboración de aficionados de tanta aptitud y tan buenos recursos dramáticos como los de cualquier curtido actor profesional. Pedro y Ricardo constituyen una pareja singular; cuyas virtudes respectivas se conjugaban y se adaptaban perfectamente en el desarrollo de lo que fue una loable empresa. Ricardo es el hombre constante, inteligente y lúcido a quienes los sueños, aunque le rebosen, no le hacen perder el equilibrio. Pedro es un torrente de sueños líricos, lúdicos, metafísicos y hasta políticos, que le han tenido toda su vida en vilo, en difícil equilibrio. Su existencia ordinaria, su faceta de impresor pulcro y exigente, su ajedrecismo recalcitrante, su vivo y permanente inconformismo de rebelde con muchas causas, que algún susto gordo le costó bajo el franquismo, su particular ideología política en que se mezclan la utopía con la filantropía, no sabemos en qué proporción, su excepcional creación poética, que hacen de él uno de los mejores poetas vivos de toda España, cumplida también, como todo lo suyo, de modo casi espasmódico, por ráfagas, por brotes inciertos, toda su obra, valiosísima, y toda su acción, en fin, tan en apariencia zig-zagueante, confluyen en modelar una personalidad realmente singular, un ejemplar humano de los que honran la especie. En este caso nuestra especie canaria, pues aunque él no naciera aquí, canaria ha sido su íntegra vocación existencial. Muchas veces me he preguntado qué adjetivo castellano podía cuadrarle plenamente y no lo encuentro. En cambio sí encuentro en inglés una palabra llena de matices, que es también española pero no tiene la carga semántica de la otra: me refiero al adjetivo «mercurial», que tampoco lo definiría por completo, y que a la vez significa activo, vivo, despierto, animoso, y a un tiempo veleidoso, mudadizo, imprevisible. Quedará, pues, aquí como el genial y mercurial poeta don Pedro Lezcano y Montalvo, un segun-

do apellido lleno igualmente de resonancias poéticas: monte albo, monte blanco, monte nevado, monte nuboso, las nubes del ensueño.

Dicho sea de paso, las voces más fecundas y mejor timbradas de la poesía canaria en estos últimos veinte años —apuntan ya otras calificadas aspirando al relevo— se suscriben políticamente en la izquierda, pues dentro de sus generosos confines han vivido Pedro García Cabrera, gomero, Agustín Millares Sall, el cuarto Agustín Millares de esa ya gloriosa genealogía, otro magnífico vate de copiosa obra y estro variado, y Pedro Lezcano, vagamente peninsular, más anímicamente canario. No doy los nombres de los colaboradores de aquella admirable iniciativa teatral aludida por no incurrir en inevitable omisión. Los buenos aficionados no la olvidarán nunca.

En el año 1979 el Museo celebró el centenario de su fundación. No lo pudo hacer bajo mejores auspicios. Había ya iniciado su fecunda presidencia José Miguel Alzola, nuestro gran historiador, que ha sabido llevar su vivaz pesquisa y su buen estilo a husmear y mostrar luego con pericia y amenidad, pequeños rincones y personajes de nuestra existencia insular, que se revelaron interesantes, pródigos en reflejos significativos y en proyección histórica. El acuerdo económico con el Cabildo Insular logrado por Juan Díaz, se completó, primero, con una ayuda del Ministerio de Cultura, que sirvió para la reforma del salón de actos, un proyecto de Luis Alemany, donde pasaron a exhibirse, debidamente enmarcados, la mejor parte de la valiosa colección cartográfica que posee la entidad; después, con los fructuosos convenios que a lo largo de los años 1984 y 1985 se firmaron con la Consejería de Cultura del Gobierno de Canarias, y que con sus cincuenta millones de pesetas, hicieron posible la consolidación y restauración del viejo edificio social, base de la modernización de algunas instalaciones, que hoy son modélicas en su género. Conforme a sus viejas aspiraciones, la Sociedad comenzó a aumentar su patrimonio inmobiliario: recobra la casa de su propiedad, medianera de la calle Luis Millares, después de cuarenta años de cedida en alquiler por un directivo de la etapa franquista carente de visión, y adquiere otra en la calle de Santa Bárbara para destinarla a depósito de materiales de arqueología. La casa propia se transforma en las nuevas salas con los bellos dioramas que evocan hitos de nuestro pasado aborígen. Reformas que se completan después habilitando nuevas dependencias para el depósito de publicaciones, para almacén de la biblioteca y para una segunda sala de lectura adjunta a la hemeroteca. Con este beneficioso trajín el Museo, de ser un depósito mudo de riquezas inestimables, ha pasado a convertirse en una muestra viva y atrayente de los distintos modos de la vida aborígen en nuestro archipiélago.

Otras cosas igualmente fructíferas ha emprendido nuestra Sociedad en estos últimos años. Amparándose en el hecho de que José Miguel Alzola era Consejero Provincial de Bellas Artes, el Museo recuperó la facultad de volver a realizar excavaciones arqueológicas que tan buenos frutos habían dado en épocas anteriores, sin temor a que dómynes improvisados les pusieran burocráticas dificultades: Guayadeque, Guayedra, Cueva Pintada, Tufia, Centro, Barranco de Jinámar, Los Caserones, El Perchel de Arguineguín, Cuartel de Infantería de Marina, Las Cumbres de Tejeda, el Hormiguero de Firgas, el Pajar de Arguinegín, la Necrópolis de Arteara, etc., no solamente dan idea de lo que ha sido la labor del Museo en este aspecto tan interesante en el estudio de nuestro pasado prehistórico, sino que nos suministran una prueba evidente de la riqueza de nuestra isla en material arqueológico. Gran Canaria no es únicamente el paraíso de un geólogo, como me la definió un sabio francés, sino asimismo el paraíso de la arqueología canaria. Lo uno ayudó a lo otro. La variedad de tierras y suelos favoreció el establecimiento de núcleos humanos a lo largo y ancho de su superficie, aprovechando la multiplicidad de cuevas, refugios y lugares abrigados y seguros que el relieve insular ofrecía. Sobre estos estudios se han elaborado dos documentos importantes: la carta arqueológica de Gran Canaria y el inventario del Patrimonio arqueológico de la provincia.

Como reconocimiento oficial de esta labor, el Museo recibió en el año 1980 la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, que le concedió el Ministerio de Cultura, y fue el propio Rey quien, en audiencia especial, entregó a la Directiva el título que la acredita. Aquel mismo año se acuñó la medalla conmemorativa del centenario de la Sociedad con la efigie de su ilustre fundador el doctor Chil y Naranjo.

Creo que he contado en otro lugar una graciosa anécdota de don Gregorio, pero como en un libro impreso los recuerdos tienen más fija permanencia, no está de más que aquí la repita. Una tarde, yendo hacia el Museo, en una de sus habituales visitas —estaban las instalaciones en los desvanes del Ayuntamiento—, don Gregorio se encontró en la plaza de Santa Ana a una antigua amiga, mujer ya madurita, en ese breve lindero en que las carnes, como les gusta a los franceses la de buey, concentran todos sus jugos antes de iniciar la decadencia o la putrefacción, quiero con ello decir todavía de buen ver, como decían los clásicos. Hacía mucho tiempo que no la veía y don Gregorio se detuvo a departir con ella con cierto ánimo nostálgico. La charla derivó hacia el pasado y evocaron íntimos episodios de otros tiempos que poco a poco fueron encandilando a nuestro hombre. No pudiendo aguantarse más, le propuso a la amiga:

—Oye, Mariquilla, ¿y si echáramos un «repasón»?

Un poco se ha perdido el uso de esta vieja palabra escolar, cuyo sentido es obvio: volver a repasar las lecciones, que en este caso, como en el título clásico, serían «Lecciones de buen amor».

Las actividades de la rejuvenecida Sociedad, encandilada y animada con los milloncejos que al fin otorgó un Gobierno comprensivo y un consejero culto, se extendieron igualmente a otros confines. Se logró incorporar al Archivo Social, ya tan rico, los papeles y documentos que pertenecieron a la escritora Ignacia de Lara, al castizo y popular compositor don Santiago Tejera Ossavarry, al antiguo comisario de Excavaciones don Sebastián Jiménez Sánchez, al sacerdote don Pablo Artilles, la biblioteca de José Rivero Marrero, admirable ciudadano siempre alerta, muy amigo de la Casa, antiguo procurador de los Tribunales, y cartas, apuntes y notas de aquel gran pintor surrealista que también pasó por la Escuela, que fue Juan Ismael González, amigo inolvidable, inseparable de Víctor Doreste en alguna etapa borrascosa, luego superada.

No me gustaría dejar en el tintero, ya que estoy haciendo la justa apología de aquel Centro de mis devociones, dos hechos dignos de recordación. Cuando en el año 1976 se trajeron desde Venezuela los restos mortales, guardados en un cofre, de aquella gran figura de nuestra historia contemporánea, espejo de ciudadanía, honestidad, sacrificio y coherencia ideológica, que fue don José Franchy y Roca, fueron depositados primeramente en el Museo, desde donde se organizó la solemne, multitudinaria y silenciosa conducción al sepulcro familiar en el Cementerio de Vegueta. La iniciativa tenía una doble justificación. Don José fue activo miembro de las primeras juntas directivas de la Sociedad, con el ardor y el entusiasmo que siempre puso en todos sus empeños, y además ocupó la dirección de la Revista en una de sus primeras etapas, colaborando en ella con valiosos artículos que llevan su firma. El Museo brindaba, pues, póstuma hospitalidad a uno de los soñadores que en el último tercio del siglo pasado pusieron aquí una pica en Flandes, contribuyendo a la consolidación en sus primeros pasos de este generoso núcleo germinal de nuestra cultura.

La institución también fue sensible al hecho de que en la traída a su isla natal de los restos de aquel hombre ejemplar y en la ceremonia de su inhumación, no intervenían solamente banderizas simpatías políticas de algún sector. La ciudad entera, la ciudadanía en su totalidad, rendía homenaje a un ser que, con frase de Unamuno, podemos afirmar que fue un hombre, nada menos que todo un hombre, un hombre excepcional con los mejores atributos de la condición humana, orgullo de muchos, ejemplo para todos. Algo semejante hube yo de decir en las emocionadas palabras que, como tributo de

despedida final, pronuncié desde la galería alta de la necrópolis, en medio del conmovido silencio de la multitud, después de que el cofre funerario fuera colocado en la hornacina de la tumba. Allí sigue recibiendo el renovado testimonio de recuerdo de un grupo de fieles republicanos federales y viejos amigos que visitan el lugar el 15 de noviembre de cada año, fecha en que se cumple el aniversario de la cruel inmolación, en el año 1911, de unos trabajadores leales seguidores del que fue su maestro.

Un bello y meritorio acuerdo del Museo en esta etapa cierra el rápido bosquejo de su pródiga andadura en estos últimos doce años. Al celebrar la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria el quinto centenario de su fundación, el 24 de junio de 1478, por las tropas castellanas de Juan Rejón, el Museo contribuyó a la feliz efemérides rotulando por su cuenta, mediante cartelas de cerámica encargadas a Sevilla, las principales calles de Vegueta, en las que aparecen los diversos nombres que ha tenido cada calle.

Ahora acaba de cesar en la presidencia de la Casa José Miguel Alzola, sustituido por Alfredo Herrera Piqué, a quien nadie supera en amor a la ciudad. La Sociedad le nombró hace pocos meses «Socio de honor», distinción poco otorgada y que comparte, entre otras ilustres personas, con el doctor Verneau, el doctor Wöelfel, Simón Benítez Padilla, Juan Bosch Millares, Agustín Millares Carlo, José Naranjo Suárez, la abeja incansable e inolvidable en el viejo colmenar, y los socios fundadores. No saben los lectores que tengan la resignada paciencia de alcanzar hasta este punto de mi relato, cuánto me complace poder hacer esta exégesis. No sólo me guía el viejo y hondo afecto de verdadero y fiel amigo por José Miguel. José Miguel ha sido para mí prototipo de la amistad, en la doble vertiente que esta relación debe siempre asumir: atento y recíproco servicio, generosa ternura afectiva. La ternura es la mejor moneda de cambio en el comercio humano, en el trato de los hombres. En esta somera descripción que hago yo ahora de su labor está también implícito, pienso yo, el reconocimiento de todos los que sinceramente creemos que cuando se trabaja por la cultura y la instrucción de un pueblo como él lo ha hecho desde su admirable acción en nuestro Museo, se ha ganado merecidamente el honroso calificativo de ciudadano ejemplar.

XXXIX

UN PRIMER CABO SUELTO: EL 23F

Conforme me acerco al final de esta dilatada rememoración, veo que se quedan rezagados pasajes y lances de mi vida, un poco desconectados del curso normal, pero que, a mi juicio, merecen ser recordados. Son los cabos sueltos del largo viaje. Este de ahora debí encajarlo al ocuparme de mi primera Alcaldía, pero lo omití. Lo revivo ahora porque todo ciudadano español que, directa e indirectamente, haya sufrido los horrores de nuestra guerra y su larga secuela, debe pensar que en las tensas horas de aquel 23 de febrero de 1981 pudo haberse iniciado una catástrofe como la anterior, cuando ni siquiera hemos llevado todavía la paz del espíritu a muchos españoles que no logran absorber históricamente el pasado abominable de las dos Españas.

Cuando aquel día subí al coche a eso de las cuatro de la tarde, de regreso al Ayuntamiento, en la puerta de mi casa uno de los guardias de mi escolta, no recuerdo si fue Salvador o Faustino, me dijo:

—Sr. Alcalde, en Madrid está pasando algo porque la Radio Nacional acaba de suspender su emisión desde el Congreso. Se oían como gritos y disparos.

Se estaba celebrando, en efecto, aquella tarde el debate de investidura de Leopoldo Calvo Sotelo. Apresuré la marcha del coche. En mi despacho no tenía ningún aparato receptor. El conserje me trajo uno pequeño de su casa. Poco a poco, a través del dramático y entrecortado relato del locutor, iba percibiendo retazos sueltos del suceso. Tardé en reconstituir la génesis de aquella extraña irrupción de fuerza pública en el hemicycleo. Las versiones eran contradictorias: que si el general Armada, hombre que parecía gozar de la confianza del Rey, estaba implicado en el asalto; que si por el contrario se había acercado a los coches asaltantes para tratar de convencerlos. La tarde estuvo llena de noticias vagas, muchas veces confundidoras

más que aclaratorias. Tan sólo pudimos conocer la verdad de lo sucedido en las primeras horas de la noche. Un teniente coronel de la Guardia civil, llamado Tejero, había penetrado en el recinto del Congreso, había hecho unos disparos de intimidación y tenía inmovilizados a todos los diputados en espera de las órdenes e instrucciones que recibiría del supuesto jefe supremo de la intentada subversión. Pero pasaban las horas y las instrucciones no llegaban. El guardia civil amotinado recluía en un cuarto aparte, como supuestos rehenes, a Suárez, a Carrillo, a González y a Calvo Sotelo. Entre tanto corrían alarmantes noticias de las provincias. Que si la guarnición de Valladolid, que si la de Valencia. Me decidí a llamar por teléfono a los alcaldes con los que tenía amistad y confianza. Primero llamé a Madrid. Tras muchos recados, que pasaron desde la Policía Municipal al gabinete de la Alcaldía, sólo hablé finalmente con Ana María Tutor, que era entonces jefa del gabinete y es hoy Delegada del Gobierno en la Comunidad Autónoma de Madrid. Me explicó que don Enrique estaba en el Ayuntamiento, pero no podía acudir al teléfono. El tono de voz de Ana me desanimó. Ella, que es un prodigio de vivacidad y dinamismo, acusaba en la voz un tinte de reserva que no sabía si atribuir a prudencia o a temor. Fallaron igualmente mis intentos por hablar con Tomás Rodríguez Bolaños, alcalde de Valladolid, y con Narcis Serra, que entonces todavía era alcalde de Barcelona. No me atrevía a llamar a Valencia porque pronto se supo que el único sitio donde las tropas levantiscas se habían echado a la calle fue en aquella Capitanía. En algún otro departamento militar hubo órdenes y contraórdenes. Pero sólo Milans del Bosch, militar brutote y bravucón, llevó su audacia al extremo. Ya había protagonizado antes algún molesto incidente con el alcalde, Ricardo Casado, por asuntos de protocolo. Se negaba a reconocer, y menos admitir, la supremacía del poder civil y en las ceremonias oficiales quería mantener las antiguas abolidas jerarquías. Al fin me decidí. Serían las doce de la noche cuando pude tenerlo al teléfono:

—Ricardo, ¿cómo estás?, ¿cómo te encuentras?

—Nada, Juan, Valencia resiste, me contestó con su inalterable voz segura y confiada.

—¿Qué quieres decir con «Valencia resiste»? , volví a inquirir ya realmente confuso.

—Que Valencia resiste... Tengo en la calle a dos tanques con los cañones enfilados contra el Ayuntamiento.

Horrorizado, no quise oír más. La impresión de sueño ya vivido, de vieja pesadilla, de flotación en el aire, de vacío físico, de limbo, en que me dejaron las palabras de Ricardo Casado no puedo describirlas. Sin embargo, las noticias que daban las emisoras de Radio

Nacional no eran tan inquietantes. En el hemisiciclo todo seguía igual. En el exterior se sucedían los cabildeos, las llegadas y salidas de coches militares que nadie sabía si eran leales o desleales y el general Armada llegaba a la puerta del Congreso, pero no sucedía nada definitivo. Todo parecía estar en un lento y tenso compás de espera. No aparecía el mensajero que esperaba Tejero.

Pasadas las doce y media, o la una —las horas se devanaban con agobiantē lentitud—, pero sí antes de que hablara el Rey, me atreví a llamar al Capitán general. La fiesta de la bandera, y todo el proceso de relación que aquello suscitó, nos había convertido en buenos amigos a González del Yerro y a mí. Al cabo de unos minutos tuve al habla a uno de los oficiales de su Cuarto. Le pregunté si le habían transmitido al general mi recado. El oficial, muy cortés y afable de tono, me explicó:

—Sí, señor Alcalde; el capitán general me encarga de decirle que todo está en orden.

Alrededor de las dos de la mañana sonó la voz del Rey en todas las radios nacionales. La camisa me volvió al cuerpo, aunque en ningún momento les hice ver mi zozobra y mis temores a los concejales y al personal de mi secretaría, confusos y desorientados, que entraban y salían del despacho trayendo noticias, completando informaciones. De los concejales de la oposición pasaron por mi despacho Zumalquero, Andrés Pascual y Miguel Ramos. Todo se les iba en preguntarme qué hicimos nosotros la noche del 18 de julio de 1936. El primero me habló incluso de preparar un barco para huir si triunfaba la intentona. Andrés y Miguel se demoraron en mi despacho y estuvieron acompañándome largo rato. Después de escuchar al Rey mi coche oficial los condujo a sus domicilios. Ya tranquilizado con el mensaje real, pude asistir serenamente, desde mi modesto aparato receptor, a la memorable sucesión de los hechos. Viendo en la noche siguiente en la pantalla de la televisión, las imágenes de la dramática noche anterior, conocido ya el feliz desenlace, sentado cómodamente en mi casa con un whisky delante, tuve verdadera conciencia del susto que había pasado. En el remanso de la paz recuperada sentí una especie de sobrecogimiento retrospectivo. Me pasó aquella noche como dicen que les sucede a muchos viajeros de avión que tienen miedo a volar. No es el suyo un miedo manifiesto en los nervios, en el sudor de las manos, en todos los síntomas corporales de la descarga humoral que acompaña a tal sentimiento, sino un miedo subconsciente, un pavor que no alcanza a herir las capas de la conciencia, pero sí en cambio moviliza otros resortes del cuerpo, y entre ellos, la evacuación intestinal inesperada. El miedo mío, tras mi aparente serenidad para no desmoralizar a mis gentes y a mis visitantes, no sólo fue consciente

y subconsciente, sino que yo diría que hasta metafísico. Que cualquiera de ustedes, complacientes lectores, se ponga en mi caso.

Hasta las diez de la mañana del día 24 no volví a mi hogar. Lo necesario para bañarme, cambiarme de ropa, desayunar más fuerte y regresar a mi despacho. Volví a recordar a los ingleses de la última guerra después de los bombardeos de los aviones alemanes: *Working as usual*. Había que seguir trabajando como si no hubiese pasado nada. La democracia había sufrido un desagradable encoñtronazo, pero había reanudado su camino con el paso lento, pero firme y seguro, que todos necesitábamos.

XL

EL ULTIMO CABO SUELTO: PANORAMA DE UNA ALCALDIA

Empleo aposta la palabra. Está muy cerca la gestión; todavía no se han terminado las obras que yo empecé o conseguí, aunque sí comienzan a estropearse algunos de los mejores logros de nuestro equipo; por otra parte, la titubeante política que me ha sucedido me está añadiendo un cierto adicional prestigio circunstancial; estoy escribiendo unas memorias y no haciendo política electoral: por todo ello creo que no es prudente ni oportuno hablar de mi propia gestión. Pero sí voy a permitirme pasear una breve mirada panorámica sobre los hombres que, a una y otra orilla, me acompañaron en el mandato. En todos los eventos históricos siempre me ha interesado preferentemente el papel, la intervención individualizada que los hombres hayan asumido. Repito una vez más la vieja sentencia latina atribuida a Terencio: «Homo sum et humani nihil a me alienum puto», soy hombre y nada de cuanto es humano puede serme extraño, que contradice aquella afirmación tan graciosa de don Pío Baroja, en una de sus estupendas novelas, en la que un personaje exclama: «El hombre: un milímetro por encima del mono cuando no un centímetro por debajo del cerdo». Todavía no he perdido la estimación por la especie hasta esos extremos; a estas alturas, y tras tantas experiencias, no creo que pueda perderla ya.

De antemano conozco que mis palabras no son definitivos juicios de valor, sino rápidos bocetos expresivos de mi opinión, falible como todo lo humano, sobre tal o cual faceta de unos seres determinados, las cuales pueden no ser significativas de su personalidad, a quienes el destino les obligó a bregar junto a mí en una específica ocasión histórica. Pueden quizás incluso producir, si no irritación, algún escozor. En mi disculpa aduzco que yo he pasado cerca de ocho años recibiendo picaditas, cuando no saetazos, sobre mi sufrida y bien sensible piel sin hacer un guiño. Era un gajé inevitable del oficio.

Lo mismo les digo a los demás. Cuando uno acepta bañarse plenamente, no pueden molestarle las salpicaduras.

En el último Ayuntamiento las fuerzas políticas estaban así distribuidas: 15 concejales del PSOE; 10 de Alianza Popular, 2 de la Asamblea de Vecinos-Izquierda Nacionalista Canaria y 2 del Partido Comunista. Mirando hacia atrás no guardo especial mala memoria de ninguna de ellas, y no es iracunda, ni mucho menos, mi mirada. Bien es verdad también que yo a veces tengo madera de fraile compasivo y olvido bien pronto los enojos. Pero si no una mala memoria, sí guardo, en cambio, de algunos de ellos, imágenes ciertamente divertidas.

Los muchachos de Alianza Popular se portaron bastante mejor de lo que en un principio esperábamos de ellos. Una oposición normal, yo diría que incluso bien ponderada, con alguna que otra intempestiva puerilidad o salida de tono, quiero decir, aparatosa salida del salón de actos, alguna de ellas visiblemente obligado el portavoz por el gesto conminatorio de otro compañero más pundonoroso. Olvidaban que la ausencia voluntaria, en una corporación democrática, no tiene más valor que el de una mera abstención, y las mayorías son las mayorías, las que asumen siempre en todo caso la responsabilidad. Lo que más me divertía era el celo puntilloso que ponían en defender su fe democrática, la limpieza de su nuevo linaje. No sé si saben que los mártires se han reclutado siempre más entre las filas de los catecúmenos que entre las de los viejos creyentes, por naturaleza más escépticos y acomodaticios. Los duelos verbales con los de la izquierda, o con alguno de los míos, que tenían la osadía de poner en duda tan reciente fe, o que aludían al sombrío pasado cercano de muchos de los padres espirituales de la Alianza, son dignos de perpetuación escrita. Me recordaban el viejo cuento del barquero: «tú a mi mujer puedes hacerle lo que quieras, pero al niño no me lo asustes». El niño de estos amigos, criado con mimo por su fragilidad, es la fe nueva, exculpatoria tras acto de contrición, como manda la Iglesia, de los extravíos del pasado.

Como ocurre con todo grupo humano, había unos más preparados que otros y algunos con más vocación escénica que los demás, y no siempre coincidían ambas aptitudes, pues había alguno bien preparado que, sin embargo, salvo en alguna rara ocasión, apenas abría el pico. Los escénicos, los que decididamente buscaban la exhibición, peleaban de distinta manera. Así había un gallo de buena casta, de esos que se crían en las fincas de los ricos en el campo, dotado de buenas espuelas pero que siempre picaban demasiado alto, por lo que sus tiros no alcanzaban el cuello del rival. Cada intervención suya —alguna realmente impertinente implicó a funcionarios ajenos a

nuestro juego, con notoria injusticia— era una especie de «Summa» político-económica abracadabrante. En alguna ocasión, pretendiendo cazar mosquitos a cañonazos. Oyéndolo desde mi podio presidencial pensé alguna vez, parodiando a Maestro Pancho Sosa:

—Mal empleadito discurso para tan escaso auditorio.

Porque, como es natural, los periodistas sólo narraban después lo que juzgaban más llamativo, y citar a Keynes o a Spengler no les parece de suficiente resonancia pública.

Contaba también el grupo con otro gallo, sin duda un poco mestizo —muy buena persona, honesta y trabajadora que fue, pues sobrevino ser el único del mandato que falleció en su transcurso—, que se comportaba como esos gallillos peleones, muy combativos, pero a los que toda la fuerza se les va en las muchas pasadas sin que acierten a herir al contrario. A veces se ponía majadero, pero no llegaba nunca mucho más allá. Como en ese aspecto no lo tomé muy en serio —aparte mi consideración personal que no negué a ninguno— no resultó nunca inquietante. Tampoco resultó inquietante, y a la postre más bien cómico, un tercer gallo que se creía buen animal de pelea cuando en realidad solo era un cachiporro. Es un caso de antología: jamás he visto gallo con menos méritos cantar tan jactancioso sin darse cuenta de que, en vez de cantar, cacarea. Su destemplada vocación escénica le llevaba a intervenir muy a menudo, siempre en tono sobreagudo, como si la voz campanuda supliera la hueca resonancia del discurso. Sufría de un defecto fonético de los que los gramáticos llaman vicios de dicción: confundir la *r* con la *l* en sílabas que se apoyan en la segunda consonante. Infaliblemente, cada vez que me interpellaba, pronunciaba bien distintamente:

—Señor arrcarrde, señor arrcarrde...

Una leve sonrisa de sorna se dibujaba entonces en todos los labios edilicios, comprendidos los de sus propios compañeros. Compadecido, tratando de evitarle esa silenciosa burla y no queriendo abordarlo en persona para hacer menos sensible la lección, se lo dije a un compañero, con el fin de que, cuando fuera a dirigirse a mí, lo hiciera despacio y con atención a esas erres intempestivas. En efecto, en el Pleno siguiente el hombre pronunció:

—Señor al... al..., y como percibió que las eles seguían atragantándosele, cambió rápidamente el apelativo:

—Señor presidente, señor presidente.

Para el resto del mandato yo dejé de ser su alcalde para convertirme en su presidente. Título por título, este último tiene mucha mayor proyección.

De lo que ellos creen que es el límite izquierdo del espectro político teníamos en la casa tres representantes, aunque en distintos

grupos: un concejal del heterodoxo Gallego, es decir, moscovita puro, y dos del ortodoxo Gerardo Iglesias. El primero vino formando parte de la coalición de Asamblea de Vecinos-INU, junto a otro concejal que ya lo había sido en la anterior corporación, incorporado después de la ruptura del primer pacto de gobierno a mi mayoría. Me prestó en ella excelentes servicios como delegado de Talleres, pues es un experto mecánico. En este mandato apenas habló, afectado por una dolencia de la que ha ido reponiéndose. Esa coalición es el pacto más teóricamente extraño que pueda soñarse. Ahí es nada: los cristianos de base aliados con los comunistas rabiosamente ateos, de los que hacen del ateísmo una profesión de fe. Los antípodas de la vida ordinaria convertidos en singulares compañeros de viaje. El comunista de la disímil pareja es hombre que ladra mucho más que muerde. Quiero decir que fuera del circo es un hombre comprensivo, razonable y discreto, bastante bien organizado de cabeza. Cuando el conflicto del agua, al principio de este mandato, me produjo el único contratiempo que llegó a preocuparme, nos ayudó muy abiertamente a resolverlo. Pero en los Plenos era harina de otro costal. Apareado en la oposición con los comunistas de la rama «gerardina» había que apurar mucho la pe para singularizarse en el radicalismo, de donde venían los ardores y los aspavientos que el «galleguista» ponía en muchas de sus intervenciones. Aspaventoso y estentóreo, me vi obligado a callarlo alguna vez demostrándole que, aunque soy mucho más viejo —su padre fue concejal socialista con la II República y compañero mío de prisión— mis registros vocales son más poderosos que los suyos. Como a todos sus congéneres, lo pierde el sectarismo. También se trabó de pico con los aliancistas en más de una ocasión. Pero todos sabemos que no hay doblez ni fariseísmo en su conducta ni en su talante. Metal con más o menos quilates, pero metal puro con la ley que aparenta que es la misma que posee. No es un caso de sobrevaloración política, como ocurre con algún otro ejemplar de esa misma especie.

El último grupo de la casa lo formaban dos gallos colorados que venían por primera vez a la gallera. Uno, más bisoño, al que le gusta pelear fuera del circo, especialista en hacer que hace: entregar casas que otros de verdad entregan; otro, también debutante, pero muy peleado en distintos recintos. Pertenece a la clase de gallos que también pierden mucha fuerza en las pasadas, una y otra vez, intentando clavar las espuelas sin apenas lograrlo en rara ocasión. Es natural, en los circos municipales de aquí son gallos de adorno, que vienen más que nada a entretener al personal, sobre todo a esos espectadores, medio ingenuos medio papanatas, que luego cuentan a los amigos los intentos fallidos como si fueran intentos logrados. Desde luego a

mí me reservó sus mejores tiros y se pasó todos los viernes de pelea, y en algunas peleas extraordinarias, sin bajar en su agresividad permanente. Si se me permite trasladar las metáforas a otro campo más expresivo, diría que no desmontó ni un solo momento sus baterías de artillería pesada, reservándonos sus mejores obuses, aunque muchas veces los disparos le salían fallidos porque había usado pólvora mojada. Esta actitud beligerante, que lleva a hacernos creer que la finalidad y la justificación de sus peleas, y de las de sus congéneres en galleras de más alto nivel, es tan sólo abatir al gallo socialista, olvidando al gavilán que nos ronda y que a uno y otro nos conturba, contrasta con el porte que le hemos visto tomar en las nuevas peleas de esta temporada. Si entre gallos pudiera hablarse así, diría que de la embestida ciega y pertinaz que antes era habitual, ha pasado a una cortesía, que llamaría versallesca si el término pudiera aplicarse a los gallos, pero que de todas maneras es resueltamente gallinácea. No sé si será porque el primer gallo del Partido que hoy pelea en el circo no le parece digno contrincante o porque se ha sentido ganado de súbito por un sentimiento de compasión al verlo tan poco afilado de espuelas como se ha presentado. También, como cantan en «La Verbena», los gallos del pueblo tienen su corazoncito.

Y esto ocurre porque a estos gallos colorados los nutren y los entrenan de tal manera que lo que puedan tener de bueno por un lado, lo neutraliza y anula lo que en exceso tienen de malo por otros costados. Así, por ejemplo, nadie puede negarles habilidad dialéctica, óptima condición para salir airoosamente a cualquier ruedo público. Mas, de poco puede servirles cuando caen en evidente garrulería verbal al servicio de más o menos teñidos populismos demagógicos. Será difícil que se curen de estos perturbadores defectos. Genio y figura hasta la sepultura, dice un viejo refrán. Alejarían la sepultura, no cambiando el genio, cosa difícil porque —lo dice la palabra— es condición genética, sino simplemente cambiando los modales.

Acabo hablando de los míos y abandono el apólogo. Mucho hablabron lenguas afiladas y gimieron prensas afines de las discrepancias en el seno del grupo socialista. En el área de sus concretas actuaciones, en la relación diaria de éstas con el alcalde, en el conjunto del trabajo del equipo, no se dio ni una cisura, ni una grieta. El alcalde contó desde un principio con todos y cada uno, y cada uno y todos supieron corresponder a su confianza. Como ocurre con cualquier colectivo de trabajo, los había buenos, excelentes y excepcionales. Pero desde fuera, para procurarme algunos de los días más amargos de mi mandato, se empeñaron en separar y distanciar a dos colaboradores excepcionales algunos periodistas entrometidos, parapetados tras la impunidad política de sus columnas respectivas, de los que,

a falta de carne, exprimen los huesos, ayudados, hay que decirlo, por algunos compañeros quisquillosos, aquejados de súbito mal conspiratorio. Yo fui en todo momento «primus inter pares», primero entre los iguales, primacía de edad, saber y experiencia que no tuve nunca que invocar, porque, repito, ellos veían que la autoridad, cuando es auténtica, es como una encarnación espontánea, un aura invisible pero sensible. A ninguno en absoluto puedo ponerle un cero. Y aunque, en alguna rara ocasión, alguno me fallara en puntual gestión concreta, supo después rehabilitarse y ganar nueva y totalmente mi confianza prestándome en otros terrenos valiosos servicios.

Al final mismo del mandato hubo, no obstante, unos casos curiosos: dos personitas que se creyeron estrellas sin reparar que, cuerpos opacos de por sí, la luz que llevaban era refleja, no propia. Como satélites perdidos vagarán ahora por los limbos de la indefinición.

En cuanto a esos dos excepcionales colaboradores con los que dirimían en dominios municipales, impropios e inadecuados, sus rivalidades de empresa los dos grandes periódicos, utilizándolos en cierto modo como propicios chivos expiatorios y haciéndoles con ello a uno y otro un daño innecesario e injusto, debo afirmar que, siendo como son, por su ciencia, por su bien nutrida experiencia, por su instinto político, dos verdaderas figuras de mi Partido, de darse el improbable caso de que yo fuera llamado a otras nuevas misiones, cosa ya muy difícil por reticencias del soma, del cuerpo, que no de la psiquis, de la mente, contaría con ellos para llevarlos a trabajar a cualquier nivel, por elevado que fuere. Y sé, igualmente, que cuando el Partido vuelva a movilizarlos, contará con dos de sus más calificados y competentes hombres, provistos ya con la experiencia política, administrativa, social, humana en suma, que dan cuatro años de duro y eficaz trabajo en un conjuntado equipo que dirigía un compañero, y no un Califa.

Claro es que en una Corporación como el Ayuntamiento de Las Palmas no sólo hay que contar con los compañeros de equipo, los temporeros, dicho en jerga oficial, sino con la tripulación enrolada, los funcionarios. Como en todos los organismos que atravesaron el largo período dictatorial, existe entre ellos lo que en términos de mineralogía se llama una «ganga», materia inútil que se separa del mineral bueno, formada por los restos de la «digitocracia», los nombrados con el dedo, que en muchos casos no fueron dedos políticos, sino los de algún secretario avisado, muy ducho en picardías, el que los designaba, buscando, más que el tinte político, tan mudable, el color rural, que es más indeleble y tiene raíces más extensas y familiares. En buena parte se nutren de esta ganga —gentes con poco apetito laboral— algunos de esos Comités que ahora han brotado

como hongos en tierra húmeda. Yo los tuve de toda condición y pelaje: bermellón, rojo, rosa y hasta amarillo, que en medicina es el color de la ictericia y en sindicalismo era el de los «esquiroleros», los que rompían las huelgas. Hoy es, o suele ser, el color de los «corporativistas», los que se creen el ombligo del mundo y que sólo son respetables sus legítimos intereses pero igualmente sus injustos privilegios. Son, precisamente, los que ahora organizan los paros y alguno que otro se propuso inquietarme, mas las aguas volvieron pronto a su cauce. Pero, en general, como término medio, no tengo quejas. Esto del término medio hay que saberlo entender: si uno pone los pies en un lebrillo con agua hirviendo y envuelve la cabeza en hielo, el término medio, que es la barriga, se encuentra perfectamente. Hay en nuestro Ayuntamiento bastantes personas muy calificadas entre los servicios económicos, técnicos y jurídicos, comparables e incluso superiores a los de otras entidades de igual rango; hay también gente sin títulos que dan la talla de universitarios y licenciados que no pasan de sargentos. Hay laborales que sólo son unos revoltosos y otros, autodidactas, que son una joya. Aquí sí que puede decirse que hay de todo en la viña del Señor. En cuanto a mis servicios inmediatos, los de convivencia diaria, los de mi secretaría, sólo sé decir una cosa: no agradeceré nunca bastante su solicitud, su cariñosa atención, su eficacia, su abnegación: me libraron de miles de pejueras, de acosos impertinentes, hasta de sablazos inevitables; no me produjeron ni una contrariedad, ni un mal retraso, ni la más leve preocupación. Merecieron las notas de sobresalientes. Hay que sopesar lo que eso significa sirviendo a un alcalde que tuvo tanta popularidad y que por ello se convirtió en el centro de gravedad, o mejor, el gran imán, o gran fosa adonde todo caía y confluía, desde el tropezón del ciudadano en la tapa de una alcantarilla hasta la rotura de un muro clandestino en una finca particular. Debo sinceramente confesar que eso de la popularidad, tan halagadora «a priori», tan reconfortante para un político, puede ser una bendición del Cielo para los que están muy altos, a los que no salpica el cercano oleaje, pero para los que estamos al nivel de las aceras, envueltos en «el vulgo municipal y espeso» que dijo el poeta, habrán de creermos los lectores si les digo que es una verdadera calamidad.

XLI

LAS SIETE VIDAS DE UN GATO

Me estoy acercando al fin de este memorial, que me ha salido más largo de lo pensado. La vida de un curioso un poco impertinente, como he sido yo, y más si se alarga más de lo normal con la cucurbitácea craneana bien iluminada, da para escribir mucho. He tenido que dejar en el desván una multitud de recuerdos, sobre todo de breves recordós, de súbitos fagonazos que desvelaban escenas fugaces, momentos que pudieron ser estelares, pero que, por su breve duración y su intensidad emotiva, no resisten el pleno aire de una descripción verbal. Son las pequeñas hondas emociones, inefables, sutiles como el reguero de luz temblorosa que se cuele por una rendija, que en algunos minutos de nuestra existencia hicieron vibrar nuestros sentidos, nuestro corazón, obrando sin apenas tocarlo, como hace una medusa marina sobre una piel humana: unos segundos de contacto y una larga llaga, difícil de curar, que luego se recuerda hasta con nostalgia. Es la emoción que nos gana como un breve escalofrío presenciando, de la mano de un ser querido, una puesta de sol sobre el mar de un crepúsculo caribeño; un ocaso de nubes dormidas en el horizonte de un campo de Castilla; los acordes finales de la muerte de Isolda en «Tristán e Isolda», una «Romanza sin palabras» de Mendelssohn,... Fue, por ejemplo, el nacimiento de mi primera nieta, María Mercedes, la mayor alegría de toda mi vida, una embriaguez de gozo como no había sentido jamás.

Entre esos momentos, que fueron cortos y hasta pudieron ser decisivos, están los que yo he llamado, hablando con algún amigo, mis siete vidas del gato. Siete sucesos enmarcados en épocas muy lejanas dentro de mi propia existencia, cada uno de los cuales pudo cortarme el resuello para siempre. He rehuido en todo lo posible hablar de mí mismo cuando era yo solo el que aparecía afectado o envuelto en el episodio. Pero me voy a permitir, sin embargo, narrar brevemente

esas siete ocasiones en que tuve muy cerca de mi cabeza la guadaña segadora.

A la luz de esta retrospectiva mirada resulta curiosamente casual la profecía que una vez en Londres, hacia los años 1951 ó 52, me hizo una señora inglesa, muy aficionada a los horóscopos y muy versada en esas intrincadas cuestiones de cuadrantes y conjunciones de que se ocupa la astrología. Tendría yo entonces cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, antes de operarme en París. La amiga vidente inglesa me escribió un papelito, que ahora, con motivo de estas memorias, he encontrado al azar entre otros viejos apuntes. Traduzco textualmente:

«Es usted un Sagitario y es independiente, vivaz, extrovertido y versátil. Caracteriza su personalidad la saeta rápida, aguda y de libre alcance. No sea demasiado impaciente con la gente que no está dentro de su longitud de onda mental y trate siempre de expresar sus opiniones un poco menos violentamente. Júpiter, el regidor de su signo, le traerá a usted pronto éxitos financieros. Como muchos otros sagitarios, tendrá usted una vida muy larga y ricamente variada.»

Salvo en lo de la violencia verbal, que si la tuve la he perdido, soy más bien persuasivo y sereno al discutir, la astróloga no anduvo muy descaminada; exceptuando el éxito financiero, que fue más bien lo contrario: cumpliendo un compromiso familiar se disiparon todos mis ahorros.

La primera frustrada cita de la Parca fue cuando, teniendo yo unos diecisiete años, por descuido al cruzar la calle me atropelló una guagua. Me bajaba de una en que iba y no advertí la llegada de otra en sentido contrario. Una centésima de segundo me trajo el recuerdo de una escena semejante en una vieja cinta de Harold Lloyd: me lancé al suelo en sentido longitudinal y las cuatro ruedas pasaron a ambos lados de mi cuerpo extendido. Sólo me di un coscorrón en el occipucio con una pieza del coche.

La segunda ocasión fallida, y de ésta recuerdo perfectamente la fecha, porque ocurrió en el verano de mi primer viaje a Madrid, en 1923, fue cuando intenté salvar a un joven amigo que se estaba ahogando. Ocurrió en la playa de la Laja. Habíamos ido desde la de San Cristóbal un nutrido grupo de chicas y chicos a reunirnos y bañarnos con mis primos, los hijos de mi tío Néstor, Simón Doreste, para mí más que primo, un hermano, y sus hermanas, y los hijos e hijas de don Miguel Padilla y de don Agustín Motas, que veraneaban allí. Estaban todos en la bella y peligrosa playa, entrando y saliendo en el agua, cuando el océano de pronto se alteró. Una inesperada mar de leva alzó unas olas enormes que arrastraron a casi toda la chiquillería. Simón y yo, que éramos los más viejos y los más exper-

tos, nos tiramos al agua y empezamos a sacarlos uno por uno. Pero de pronto observé que la marea había llevado a otro aguas adentro. Lo reconocí por el bañador. Se usaban entonces de cuerpo entero y el del chico lucía unas gruesas rayas azules, como el que yo tenía puesto. Era Juanito Peñate Zumalave, de unos quince años. Sin pensarlo, nadé fuertemente tras él. Lo alcancé, logré agarrarle de un brazo, e iba a darle la vuelta para empujarlo por detrás, sin que él se asiera a mí, pues me habría inmovilizado, cuando una ola más furiosa me lo arrebató y lo sumergió. Pasaron unos segundos antes de que lo descubiera nuevamente. Habíamos llegado a una zona de la playa donde hay siempre una fuerte corriente. Lo divisé al fin, en medio del espumerío, ya muy distante. Apareció y desapareció súbitamente. No podría ya alcanzarlo. Apareció destrozado dos días después en las playas de Telde. Me acometió como un súbito desaliento y me abandoné. Llevaba más de media hora luchando con todas mis fuerzas. Vi que me hundía. Pero el oscuro instinto reaccionó. Braceé, braceé, y me dejé llevar por el flujo de las aguas. Desde tierra me hacían señas y otros chicos corrían hacia otra baja cercana al túnel. Allí se remansaba el mar y, agarrándome a una cuerda que me lanzaron, gané al fin la orilla, exhausto, agotado. Cuando he referido el episodio y cuento el cómico colofón, la gente se ríe creyendo que lo invento, pero es rigurosamente cierto. Por un caso de «cerebración inconsciente», como dice un famoso verso de Rubén, cuando luchaba con el mar me saltó al pensamiento la letra de una vieja copla que había oído cantar muchas veces.

A la orilla de la mar
no me vengas a esperar
porque la mar es traidora,
y si hoy tus plantas va a besar
luego te arrastra y te ahoga.

Fue un relámpago en la conciencia como en el recuerdo de Harold Lloyd.

La historia de la tercera tentativa de secuestro del dios Hades, esposo de Proserpina, hijo de Cronos, a quienes los antiguos no se atrevían a llamar por su nombre, ya no fue puramente casual. Había estallado nuestra guerra. Yo me había librado, por una feliz casualidad, de ser detenido junto con otros amigos y compañeros en el Gobierno civil la noche que lo sitiaron los militares, porque llegué tarde, no me reconoció la tropa y no me dejaron entrar. En el interior del edificio se encontraba el gobernador Boix Roig, el único de todos los de España caídos en manos rebeldes que salvó la vida,

acompañado de un grupo numeroso de concejales de Las Palmas, incluido el alcalde, la venerable figura de don Luis Fajardo Ferrer, consejeros del Cabildo, su presidente accidental Manuel Herrera González, y otros altos funcionarios locales. Pasada largamente la medianoche, con los cañones apuntando desde la avenida de Galán y García Hernández (hoy 1.º de Mayo), las conversaciones para la entrega del Gobierno no hallaban término. Al fin se presentó el general Orgaz, residenciado en la isla, a pactar con los sitiados. Les dijo que si abandonaban la resistencia sin mayor violencia, les daba su palabra de que quedarían en libertad y no se intentaría ninguna acción posterior contra ellos. Los encerrados deliberaron y abandonaron la casa, rumbo a sus domicilios. No habría pasado un mes cuando los procesaron a todos, en una causa que llamábamos «la del Gobierno civil». «No comment»... se dice ahora discretamente.

Por eso anduve fugitivo unos meses: con mi cuñado Rafael en Teror, con mi hermana Carmen en otro sitio y al final en casa de mi suegra. Una tardecita, recién llegado yo a hurtadillas a la casa de Triana, vinieron a buscarme. Alguien había denunciado mi presencia. Quisieron negarla, pero lo rehusé. Venía por mí un siniestro personaje apellidado Teresa, que dejó en la ciudad una crónica negra, y nada menos que un primo mío, entonces ciego de fanatismo. Después, más tarde, casi hasta le salvé la vida. Pero esa es otra historia que no contaré. Aquello era simplemente un proyectado «paseo nocturno», a semejanza de otros tantos sobrevenidos en la misma época. Me conducían a pie por Triana, no sé con qué destino, cuando bajando por la calle Torres, nos tropezamos con un teniente coronel de Ingenieros, retirado voluntariamente por la Ley de Azaña, que ejercía su profesión civil y me conocía mucho por mi trabajo en la Junta de Carreteras. Algo sospechó don Manuel Cuartero que se acercó a nosotros, se identificó, reclamó llevarme él y, en efecto, me presentó en el Gobierno militar. A mí me habían citado para comparecer en un expediente por abandono de destino instruido en la misma Junta de Carreteras. El comandante de Estado Mayor, después de aplicarme unos cuantos agradables epítetos, con alguna alusión a la virtud de mi madre, se limitó a ordenarme:

—Preséntese usted mañana en la Junta para que preste declaración.

Don Manuel me estaba esperando en la puerta y me condujo nuevamente a casa. Poco iba a durarme el contento.

Unos quince días más tarde caí enfermo con una fuerte gripe. En este trance se presentaron dos policías para detenerme. En mi casa, la casa de mi suegra donde me había refugiado, le explicaron que estaba postrado en cama. Exigieron que viniera el médico que me

asistía. Vino efectivamente Paquito González Medina, hijo de don Rafael, antiguo médico de mi casa. Don Rafael estaba casado con una prima hermana de mi padre. Paquito les firmó un certificado. Al cabo de un cuarto de hora llegó a mi casa una pareja de Seguridad con la orden de no perderme de vista, de vigilarme de cerca. Se sentaron uno a cada lado de mi lecho: yo haciendo de Cristo, y los guardias de buen y mal ladrón. Allí estuvieron sin moverse unas horas, yo febril, ellos azorados. La cosa no era para menos: veían entrar y salir a Mercedes y coger ropa para irse a vestir a otro lado, señal de que también dormía allí. Los dos «ladrones» percibían lo embarazoso de la situación. Decidieron entonces montar la guardia fuera del cuarto, en la galería de acceso. Pero la dolencia se prolongó más de lo previsto; no se habían descubierto los antibióticos. Pasados dos o tres días, cuando ya todos en casa se habían familiarizado con su presencia, y hasta aceptaban café y hablaban con la gente, desaparecieron sin avisar. Volví a quedar teóricamente libre. Pero yo no podía más con mi desazón. Alguien ha escrito que muchas veces la espera de un mal hace sufrir más que el mal que se espera. No podía seguir con tanta incertidumbre, máxime sabiendo ya con toda seguridad que aquello, el conflicto, no era cosa de días ni de semanas. Me inquietaba y remordía también saber que tantos amigos purgaban penas en la Isleta y yo seguía en libertad, aunque acosado como un conejo en su madriguera. Decidí presentarme yo mismo. Pedí consejo por teléfono a don Domingo Padrón, comandante de Infantería, viejo amigo mío por mi cercana amistad con sus hijos. El mismo me condujo y me entregó a la puerta del Campo de la Isleta. Fue en buena hora. Al día siguiente comenzó la cacería de los implicados en un resonante proceso militar que se llamó el del «Asalto al cuartel». Un complot que he explicado en mis Memorias del Penal y que causó fusilamientos y desapariciones sin cuento. Fueron también a buscarme a mi casa, en aquella ocasión, pero yo estaba ya encerrado. No cuento esto como otra fallida maniobra de la cruel segadora, porque no sé si entonces estaba yo destinado igualmente al pasaporte definitivo o no. Omito el lance del traslado colectivo de todos los presos de la Isleta al Lazareto de Gando, que también refiere en mi citada obra. Se hizo en las bodegas de un correílo y tardamos siete u ocho horas en una travesía que podía durar, cuando más, dos horas. Los que teníamos alguna cultura histórica pensamos en casos semejantes, utilizados, abriendo las compuertas, para deshacerse de molestos enemigos. Recordemos la atribuida desaparición por este medio del duque de Enghien, enemigo de Napoleón.

Cuando sí tenía destino seguro fue cuando me procesaron. Lo cuento igualmente en el mismo libro. Mi cuñado Arturo, comandante

de Oficinas militares, descubrió por azar que mi nombre y el de otros compañeros de prisión en Gando figuraban en unas listas que se firmaban todos los días, y las firmaba un alto militar, contrito creyente, pasaportando a los favorecidos para uno de los dos destinos que eligiera, el infierno o el purgatorio: el cielo nos estaba teológicamente vedado. Ponían a los presos en libertad, abajo, en el Penal, y arriba les esperaban las patrullas exterminadoras. Arturo logró que me procesaran para sacarme de la jurisdicción militar y ponerme a salvo de un juez. Fue, y tengo que recordarlo, mi amigo Fortunato López Chaves. Como después de la Gran Movida Nacional yo no había hecho sino escapar de escondite en escondite, me procesaron por un discurso en un mitin que habíamos celebrado tres meses antes del golpe militar. Eso se llama la «irretroactividad» de las leyes penales. Pero gracias a su infracción salvé esta cuarta vez —no sé si la quinta, por lo que antes referí— mi juvenil pellejo.

Era éste menos juvenil, aunque todavía mostraba una no desdeñable tersura, cuando, a causa de una grave hemorragia intestinal, me operaron de úlcera de duodeno en una clínica de París en el año 1951. Ya lo he contado someramente en otro capítulo. Lo que no dije entonces es que aquella fue, por la gravedad del percance y la cantidad de sangre que perdí, una operación a vida o muerte. Me salvó en esta quinta o sexta frustrada cita con Proserpina —pues se me ha metido entre ceja y ceja que es la mujer de Plutón la que me persigue, irritada por unos desaires que no perdona nunca una mujer— como ya referí, la providencial asistencia de mi inolvidable amiga parisina, y la gran pericia del cirujano que me operó. Conservé con él amistad hasta el final de sus días. Estuve yendo a revisión anual o bienal a su consulta hasta que se retiró. Me decía que yo había sido el cliente más fiel que había tenido en su vida. Después el doctor Le Roy recomendó a mi hijo para sus prácticas hospitalarias en París. Y me hizo conocer, y envió aquí para reponerse de sus operaciones, a varios distinguidos clientes: un gran armador francés, un embajador, un hermano menor del rey de Arabia Saudita —después he conocido aquí al heredero—, un agente de bolsa parisién, etc. Todos me vinieron consignados por mi cirujano y algunos de ellos han reiterado sus visitas a las islas.

La última vez que les di un susto morrocotudo a mis gentes fue hace tres años. Estando en Madrid, para asistir a una sesión del Senado, me sentí súbitamente mal: unos vómitos incoercibles que en vano trataron de contener el pobre Paco Pérez y Pérez, médico excelente, compañero de escaño, ya desaparecido con tanto dolor de sus muchos amigos, y Alberto de Armas, también compañero en el Senado, igualmente médico. Una tarde y una noche enteras pasé así.

Al día siguiente, a las once y media, ingresaba en el Hospital Insular, donde ya se encontraba mi pobre hijo en la segunda intervención que sufriera. Pedro Betancor, gran médico, que tiene tanto corazón como talento, los dos descomunales, guió y aconsejó una rápida operación; aquello, según los primeros pronósticos, tenía muy mal aspecto. El mes en que me operaron cumplía ochenta años. Después resultó ser una obstrucción intestinal, pero el propio Wenceslao Granados que con tanta pericia me operó, me dijo que antes de hacerlo había tenido sus dudas. Fue Luis Martel, mi anestésista, en teoría política mi primer adversario en el Ayuntamiento, cariñoso y buen amigo, quien vino a explicarme y tranquilizarme acabada la operación. No miento si les confieso que en aquel trance yo era de los menos asustados. Mi hijo Octavio, Mercedes y los médicos temían algo más grave. Pero yo, que soy en apariencia tan nervioso, que no he dejado de tener en mi vida algún tic de nerviosismo exterior, en los trances duros no he perdido nunca mi serenidad. No la perdí tampoco en esta última ocasión en que di a la Intrusa con la puerta en las narices.

Tendrá que venir a buscarme otra vez. No sé si, como en los bellos versos de Antonio Machado,

*dormiré muchos días todavía
sobre la orilla vieja...*

Pero sí sé, como dijo el mismo gran poeta, que en ese día, cuando me toque, Dios habrá de encontrarme

*... a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

Ligero de equipaje material, desde luego: yo no nací para rico. Las monedas se hacen redondas para que corran. Yo no he puesto reparo nunca en gastarme las moneditas del alma y las que tenía en las manos. En cuanto al otro equipaje, el de mis culpas, pocos son los hombres que conocen las suyas y muchos menos los que las confiesan.

XLII

EPILOGO EN FORMA DE APOLOGO

«Triste cosa es envejecer; pero no hay otro medio si se quiere vivir mucho tiempo.»

TIMÓN DE PARIS

En un libro de leyendas orientales de las que solía citar Jorge Luis Borges, aprendí la siguiente:

«Yamara va al bosque a rezar al dios Vinchnú. De pronto todo en su derredor se ilumina. Y Yamara oye una voz que le dice:

—Yamara, tengo sed, tráeme un vaso de agua.

Yamara abandona sus rezos y marcha a su aldea para cumplir el encargo del dios. Atraído por algo, se distrae y se olvida. Pasa el tiempo. Yamara se casa, tiene hijos, cultiva sus tierras, edifica una hermosa casa con un florido jardín. Pero un día estalla una enorme tormenta, el gran río se desborda, sus aguas tumultuosas arrasan el jardín y la casa y se llevan también con ellas a la mujer y a los hijos. Yamara se salva milagrosamente cogido de una rama en un montículo más elevado adonde lo arrastró la corriente. Yamara llora amargamente su desgracia. El bosque, de súbito, vuelve a llenarse de blanco resplandor. Y Yamara oye una voz que le dice:

—Yamara, ¿dónde estás? Hace media hora que te pedí un vaso de agua.»

La bella leyenda india nos recuerda la fugaz brevedad de la vida humana, la ínfima porción del tiempo que llenan los latidos de un corazón de hombre frente a la inmensidad de la creación. Mis ochenta y tres años no llegan ni a una millonésima de segundo en la inagotable arena del reloj de Cronos. De su brevedad, del lento cambio que se va obrando en nuestro cuerpo, del declinar paulatino, de cómo van apagándose uno tras otro, insensiblemente, los fuegos que ardían tras cada uno de nuestros sentidos —la vista se oscurece, el

oído se endurece, el olor se disipa, el gusto se confunde, el tacto se embota—, sólo nos advertimos cuando, como el barco viejo que al cambiarle una cuaderna rota muestra que también tiene dañadas las restantes costillas, empiezan a brotar los pequeños quebrantos somáticos que se van encadenando. Mas también, como si fuera una partícula dotada de vida distinta, como si fuera trasunto de la chispa divina que Prometeo robó a los dioses, sigue ardiéndonos dentro, alojada en un rincón inalcanzable, una luz viva, de variable fulgor, que destella con los gozos, que se enturbia y debilita con los dolores y que a veces, quizás muchas veces, se estremece incierta con las dudas.

Esa luz no ha dejado nunca de ser en mí curiosa, interrogadora, casi inquisitiva. Me ha ayudado, me ha alentado, me ha mantenido: ¿A qué hemos venido casualmente a este trozo de roca marina en la faz de una estrella que, como tantas otras, gira eternamente? No he podido nunca imaginar otra respuesta que la de pensar que, aunque no lo sepamos, cada uno de nosotros ha venido al mundo con una misión secreta, cuya clave sólo conoce el Ser supremo que nos diera la existencia. Pues del mismo modo que la máxima antigua nos dice que la naturaleza aborrece el vacío, debe también aborrecer la inacción. Cada uno, pues, ha traído a la tierra su misión, su encargo. En suma, su deber, un deber que cumplir. No podemos saber al cabo de tantas jornadas, tan diversamente iluminadas, si lo hemos cumplido bien o no lo hemos sabido cumplir. Sin embargo, en lo que a mí me toca, sí sé que siempre he querido en todo momento estar a la altura de mis deberes. Un bello poema de Rabindranath Tagore reza así:

«El Sol poniente preguntó:

—¿No habrá por ahí quien quiera reemplazarme?

—Se hará lo que se pueda, maestro,
contestó la lámpara de barro.»

No puedo saber lo que han podido hacer las mágicas lucecillas de otros seres que han corrido caminos paralelos a los míos. Pero sí estoy seguro, y en esto cifro mi confianza más allá del juicio de los hombres, de que mi modesta lámpara de barro, de débil lumbre, pero siempre ardida y encendida, ha intentado en todos los instantes hacer lo posible por cumplir las pequeñas concretas misiones que se le hayan confiado. Lo que no sé, y mis dudas y tanteos me aconsejan que renuncie a averiguarlo, es si he sabido, he podido, o no, cumplir esa otra misión secreta que intuyo nos ha confiado a todos nuestro Supremo Hacedor.

INDICE

Págs.

Memorias de un hijo del siglo	5
I Prólogo con historias	11
II Las primeras décadas de nuestro siglo	17
III Fiestas que perecen y fiestas que permanecen	27
IV Grandes y pequeñas añoranzas	37
V El recuerdo político más antiguo	47
VI Un típico adolescente de su tiempo	51
VII En el hervidero madrileño	59
VIII La musa popular	67
IX En la "Suite" del Hotel Jorge Quinto	75
X Las raras y sonadas visitas de altos dignatarios	81
XI Paréntesis portuario	89
XII Ateneísta de Derecho	95
XIII "Yo soy residente de estudiante"	105
XIV El decreto que dividió la provincia	113
XV El Museo Canario, mi segundo hogar	119
XVI Poetas, escritores y cómicos	133
XVII En el tinglado de la antigua farsa	143
XVIII Espectador de primera fila	155
XIX Compromisario de Azaña	165
XX Las premoniciones de Indalecio Prieto	173
XXI El periódico en la vida insular	179
XXII Los periódicos que he conocido	185
XXIII Los periódicos en que colaboré	195
XXIV La resurrección de un diario	211
XXV Quijotesca peripecia en los madriles	217
XXVI Cuarenta años de sequía	225
XXVII La llaga siempre abierta de un recuerdo	233
XXVIII Emigrante en América	239
XXIX Interludio mexicano	249
XXX Veinte años transcanarios	259
XXXI Una noche toledana en pleno París	269
XXXII La olla revuelta de la UPC	277
XXXIII Alcalde "En tierra de infieles"	287
XXXIV Las congojas de un alcalde cautivo	297
XXXV Un solar histórico y un valioso monetario	307
XXXVI El museo y la escuela	315
XXXVII Entrañadas imágenes de Lanzarote	323
XXXVIII La vieja casa se acicala	333
XXXIX Un primer cabo suelto: El 23-F	343
XL El último cabo suelto: Panorama de una alcaldía	347
XLI Las siete vidas de un gato	355
XLII Epílogo en forma de apólogo	363
Indice	367
Colofón	369

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

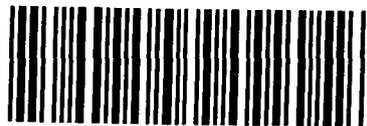
100

100

Este libro se acabó de imprimir en
Artes Gráficas Clavileño, S. A.,
el día 10 de mayo de 1988.

BIG 860-9 ROD mem

95146



BIBL. UNIV. - LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



La actividad como escritor de Juan Rodríguez Doreste —nacido en Las Palmas de Gran Canaria el 29 de noviembre de 1904— comienza en los primeros años de su juventud con artículos de colaboración, principalmente crítica de arte, literaria y temas económicos, en los periódicos de la época y en las revistas de arte tales como “La Rosa de los Vientos”, “Cartones” y la madrileña “Cosmópolis”. Trabaja luego como redactor-jefe en el diario “El País”, desde el año 1928 a 1931, y dirige el diario socialista “Avance” durante el año 1933, alternando con otras colaboraciones. En el seno del “Museo Canario”, de cuyas directivas forma parte desde hace cincuenta años, se ha interesado por los múltiples aspectos de la cultura canaria que aquel centro auspicia y promueve. Nuestra guerra, con la secuela de su prisión y la represión ideológica que la siguió, llevan a su pluma a un largo silencio, que rompe al cabo de quince años, reanudando sus conferencias, sus colaboraciones y su iniciativa como promotor de una importante empresa periodística.

Es Académico correspondiente de la Real de Bellas Artes de San Fernando y de la de Santa Isabel de Hungría de Sevilla, y posee la Gran Cruz del Mérito Civil y la Gran Cruz del Mérito Militar. También es Caballero de la Legión de Honor de Francia.

Ha sido durante varios años Alcalde de su ciudad natal. Hoy es Senador por la isla de Gran Canaria y ha presidido la Comisión de Economía y Hacienda de la Alta Cámara durante las dos últimas legislaturas.

